



AND  
SIX  
1214

2134803

# EL BARBERO DE SEVILLA.



POR D. R. ORTEGA Y FRIAS.



EDICIONES POPULARES ILUSTRADAS

DE

MANINI HERMANOS, EDITORES.

---

# EL BARBERO DE SEVILLA

POR

D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

---

TOMO I.

---

MADRID:

IMPRESA DE MANINI HERMANOS,  
calle de la Palma Baja, 61, bajo.

---

1862.



MANINI HERMANOS S.A.  
CALLE DE SAN JUAN, 100

# EL PASADITO DE SEVILLA

DE PASADITOS Y PASADITOS

MANINI

MANINI HERMANOS S.A. - SEVILLA

1951

Es propiedad de Manini hermanos.

---

## PRIMERA PARTE.

ROSA.

### CAPÍTULO I.

Fígaro.

No quiero, lector, hacer una descripción de Sevilla, porque tendría que llenar muchas páginas para que formases una vaga idea de lo que es la ciudad de Fernando el Santo, lo que son sus encantadoras mujeres, y sobre todo, para nombrar, nada más que nombrar á los varones ilustres que han nacido bajo su cielo sonriente y puro. Ya conoces, lector, aquel, que no sabemos si llamar refrán, que dice: *El que no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla*. Pues bien, esta es la verdad sin exageración: la ciudad que se levanta á orillas del caudaloso Guadalquivir es una maravilla por su suelo, su cielo, sus recuerdos, y sobre todo, vuelvo á decirte, por sus hechiceras mujeres. Conténtate, pues, lector, con

saber lo que de Sevilla te hayan dicho, que para no hacer una pintura exacta, prefiero no hacer ninguna. Y por esto no me llames perezoso, que no puede haber pereza para dejar que el pensamiento se traslade á un paraíso: si callo, es porque mi deseo se estrella en lo imposible, como á otros ha sucedido, Victor Hugo, cuyo talento para describir no pondrás en duda, sobre todo desde que escribió su *Paris á vista de pájaro*, en su mas célebre novela, al hablar de Sevilla no dijo mas sino que no podia haber dos, lo cual significa que no puede hacerse la pintura de ella.

Esto advertido, y con tu licencia, querido lector, comienzo la historia del travieso Fígaro, historia cuyos detalles no conoces, porque nadie se ha cuidado de hacerlos públicos.

Lo que nadie ignora (así quiero principiar) es que en Sevilla hay muchas, muy estrechas y muy tortuosas calles, y á una de ellas vamos á trasladarnos para examinar el exterior é interior de una casita que ya desapareció, pero que existia en el último tercio del siglo pasado.

Esta casa no tenia mas que un piso, y en su fachada, blanquísima como una paloma, se veia la puerta y una ventana grande con reja de hierro.

Durante el día, y aun algo despues de anochecido en verano, en lugar de las pesadas hojas con clavos y aldabon de hierro que cerraban la puerta, habia otras de ligera celosía, pintadas de verde, y sobre estas, y colgadas de dos palomillas de madera, oscilaban mas ó menos, segun la fuerza del aire, dos bacías de cobre, relucientes como el oro, que solian chocar con un centenar de muelas engastadas en alambre, á manera de rosario, pendiente tambien de sus extremos á los de las palomillas. Ambas cosas, y los variados acordes de una guitarra que de vez en cuando solian resonar tras la celosía, no dejaban duda de que aquella era la

tienda de un barbero, sacamuelas y sangrador, como lo eran todos en aquella época, pues ninguno que rapaba barbas dejaba de manejar la lanceta y aplicar ventosas.

El interior de la tienda ó establecimiento, como dicen hoy los barberos, sastres y otros artesanos que se empeñan en llamarse artistas, era reducido y no tenia mas luces que las que recibia por la puerta. Lo que en él habia lo diré para mayor claridad, á modo de inventario.

Á la izquierda, un sillón de nogal con asiento y respaldo de cuero de vaca, sujeto con grandes clavos de cobre, y sobre este, colgada en la pared, una bolsa ó navajero de tafilete encarnado, donde habia seis navajas. Á la derecha, una mesa medio apollillada, ocupada con un tintero de plomo, algunos botes de barro con untos ó pomadas, una tijera, otro navajero, un peine, una taza rota con un pedazo de jabon, una bacía de cobre y un jarro del mismo metal con hornillo debajo, porque antiguamente los barberos llevaban el agua caliente á las casas á donde iban á afeitar. En la pared habia un espejo que no tendria mas de doce pulgadas de largo. Á cada lado de la mesa habia dos sillas, sobre una de las cuales estaba tendido el paño de afeitar que se secaba allí. Enfrente, y cerca de una puertecilla cubierta con una cortina de lienzo blanco, pendia de un clavo una guitarra de cinco cuerdas, adornada con un lazo enorme de muchas hojas hecho de cinta de seda de variados y vivos colores.

Nada mas se veia en la tienda del barbero, porque los demás útiles ó instrumentos de su profesion, como eran lancetas, ventosas y gatillo, estaban dentro del cajon de la mesa.

La descripcion que acabamos de hacer es algo rara, pero sin duda alguna la mas clara y exacta.

Estamos en el mes de noviembre.

Eran las diez y media de la noche.

Como todos los días á tales horas la tienda estaba cerrada, y su interior alumbrado por la luz rojiza de un candil.

En el sillón, y como quien descansa de una larga fatiga, habia sentado un hombre que no pasaria de los veinticinco años. Era de mediana estatura y bien formado. Aunque indolentemente recostado, debia ser ágil y enemigo de la quietud, segun lo revelaban sus ojos negros, de reluciente pupila y mirada penetrante, ardiente y espresiva que vagaba sin cesar, fijándose en todas partes sin detenerse mucho en ninguna como si le bastase un segundo para examinar lo que se presentaba á su vista. Era su rostro ovalado y moreno y aguileña su nariz. Su ancha frente revelaba una clara inteligencia, la astucia se adivinaba en sus delgados lábios, y su travesura y carácter alegre estaba bien pintado en su gesto. Vestia como la clase plebeya de entonces, la ropilla, cuya forma empezaba ya á variar y fué modificándose hasta llegar á ser la chaqueta que hoy conocemos: era de paño bastante fino azul oscuro, lo mismo que los calzones; llevaba medias de hilo blanquísimas y zapatos de cordoban negro con lazos de cintas de seda del mismo color. No estaba peinado con los bucles que usaban los señores, pero sus negros cabellos eran largos en la parte posterior y estaban trenzados á la usanza de entonces.

Tal es el retrato de Fígaro, barbero, sacamuélas y sangrador conocido en toda la ciudad, pues era, no solo un consumado maestro en su oficio, sino un pícaro refinado, astuto, ingenioso, intrigante sin rival, y donde quiera que se le nombrase no faltaba quien refiriese de él alguna travesura. En todas partes dejaba recuerdos mas ó menos gratos, porque no habia para él empresa difícil ni enredo que no desenredase. Para todo encontraba recursos su imaginacion viva y fecunda. Poseia el don de cautivar con su

palabra á cuantos le escuchaban, y engañar á los mas cautos y prevenidos con su audacia y serenidad para mentir. Aseguraban muchos que el dinero que Fígaro gastaba en la taberna, en galas y devaneos, no era todó ganado con las navajas y lancetas, sino percances de otro oficio menos honesto y nada cristiano, pues habia sido causa de que las doncellas recogidas é inocentes sacudiesen el paterno yugo por medio de una nocturna escapatoria, y maridos de poco aguante rompiesen el lazo del matrimonio ó las costillas de su blanda mitad. Todo lo que se cuenta se exagera y desfigura al pasar de boca en boca, y es posible que hubiera exageracion en lo que del barbero decia la fama; pero aun rebajando la mitad, resultaba siempre como muy cierto que Fígaro era un truhan consumado, cuyo ingenio, travesura y habilidad para la intriga no dejaban de ser cualidades temibles para muchos y provechosas para no pocos.

Para ciertas intrigas tenia el barbero sus paniaguados que le servian fielmente mediante una retribucion ya embebida con creces en el ajuste del negocio.

No tenia Fígaro malos instintos, ó como suele decirse, el alma atravesada. Por nada del mundo hubiera vendido su brazo temible, porque era hombre de corazon y sabia manejar admirablemente el puñal y la espada, ni hubiera robado á pesar de su aficion al dinero; pero sin mas guia en su niñez que sus propias inclinaciones y teniendo que vivir en fuerza de aguzar su ingenio, se habia acostumbrado á las travesuras y no daba importancia á una intriga de amores por mas que en ella se jugase el sosiego y la honra de una familia. Y esto debia perdonársele, porque otro cualquiera en su lugar hubiera acabado por ser ladron y asesino en vez de barbero. Fígaro ignoraba quiénes fuesen sus padres, y solo en el mundo, hubiera muerto de hambre y miseria si, pri-

mero la caridad y luego su ingenio, no le hubiesen ayudado. No habia podido averiguar por qué motivo se veia abandonado, aunque probablemente seria por lo mismo que otros muchos infelices. Las mujeres se olvidan de la honra cuando las domina una pasion, y despues de cometida la falta sacrifican al hijo de su liviandad para salvar una honra que antes sacrificaron, tal vez á un capricho. Fígaro debió ser víctima de uno de esos cobardes actos de hipocresía contra naturaleza y deber. Guardaba un tosco relicario, cuyo contenido podia servirle para ser reconocido por sus padres, pero era menester que estos pareciesen.

Entre los recuerdos de su infancia conservaba el de una casa de campo y una mujer cariñosa, el mal trato de unos gitanos que despues lo llevaban consigo, sin duda por haberlo robado, el haberse escapado de entre ellos y comenzado su vida aventurera y desdichada. De lo que despues le sucedió se acordaba con toda seguridad. Habia pedido limosna y dormido en las calles, tomando despues el oficio de esportillero y sido jugador de náipes, acabando por entrar al servicio de un caritativo barbero y sangrador que le enseñó á rapar barbas, romper venas y arrancar huesos de la boca, permitiéndole que en los ratos de ocio aprendiese á leer y escribir y tocar la guitarra.

Dióse tan buena maña el ingenioso y travieso Fígaro, que en pocos años fué tan consumado maestro como el suyo, y antes de cumplir cuatro lustros se encontró dueño de la tienda, segun la voluntad última de su amo, solteron y sin parientes, que le instituyó por único y universal heredero.

Cinco años llevaba, pues, Fígaro de ser un vecino de casa abierta y vivir libre y alegremente cuando lo presentamos á nuestros lectores.

Hemos dicho que estaba sentado con abandono, como si se

encontrára muy fatigado; pero nos equivocamos en esto, porque estaba impaciente por dejar el ancho sillón, y si ya no lo había hecho era porque aguardaba á que llegasen los que habían de ayudarle en cierto negocio de amores que había tomado á su cargo aquel día, y de cuyo buen resultado esperaba nada menos que salir de su humilde condición de barbero y sacamuelas.

Dieron las once menos cuarto y sonó un golpe dado con el aldabón en la puerta de la tienda.

—Debe ser el *Cojo*,—dijo Figaro.

Y saltando ligeramente del sillón, se acercó á la puerta y abrió sin preguntar.

No debió equivocarse, porque entró un hombre de escasa estatura, grueso, y cuyo pié derecho, torcido de manera que el talón miraba hácia los dedos del otro, le dificultaba los movimientos para andar. Iba envuelto en una muy mala capa, y cuando se desembozó, dejó ver un rostro abultado, moreno, de ancha nariz y ojos pardos y redondos de alegre mirada. Llevaba sujeto en el cinturón un trozo de espada convertido en daga por un herrero que le había sacado punta á fuerza de lima, y debajo del brazo izquierdo una flauta de boj, que por lo larga hubiera podido servirle de bastón.

—Buenas noches,—dijo con voz no tan ronca como se esperaba que saliera de aquel cuerpo.—Soy el primero, ya lo ves.

—Sí,—respondió el barbero;—eres tan buen cumplidor de tus palabras, que no se sabe qué alabar más en tí, si tu exactitud ó la habilidad con que soplas y haces sonar ese canuto.

—Te has empeñado en no darle á este instrumento su nombre; pero no importa, vengan ducados y llámale como quieras.

—¿Ducados?—replicó Figaro, sonriendo irónicamente.—Ya te contentarás con cinco reales.

—Fígaro...

—El trato es trato, amigo *Cojo*; y como dice el refran, antes que te cases mira lo que haces. Hemos convenido en que por cinco reales tocarás esta noche, y si te has arrepentido, á tiempo estás, toma la puerta, que á pesar de la hora encontraré flautistas á centenares al volver la primera esquina.

—Cuando yo suelto una palabra,—dijo con gravedad el *Cojo*,—la cumplo.

—Es que te conozco, y para evitar disputas que me obligarian á romperte la pierna que tienes sana, quiero que sepas que no te daré ni un maravedí mas de lo ajustado.

—Mientras tú te haces rico...

—Lo cual no te importa.

Sonó otra vez el aldabon, abrió la puerta el barbero y entró un hombre de elevada estatura y tan flaco, que envuelto en la capa, parecia, mas que otra cosa, manga de entierro ó longaniza gallega puesta de punta en el suelo.

—Dios os guarde,—dijo con ronca voz y frotándose las manos.—Hace un frio que hiela las palabras.

Y desembozándose dejó ver un rostro tan enjuto, que mirado de frente no tenia dos dedos mas de anchura que la nariz. Llevaba una espada sin vaina, con cazoleta de hierro enmohecido, y pendiente del brazo izquierdo por medio de un cordon, una bolsa de cuero como de tres palmos de largo y dos de ancho, donde, por un trozo de varita negra que asomaba por su parte superior, podia deducirse que iba un violin.

—Deja tu chicharra y siéntate, Pascual,—le dijo el barbero,—que quiero hablaros antes que llegue la persona á quien hemos de servir.

—Antes,—replicó el del violin,—dame siquiera tres gotas

de ese rico aguardiente que guardas, porque estoy tieso de frio y ni escucharte podré.

—Pascual, eres un borracho y no piensas mas que en poner el codo á la altura de la frente. Mañana te daré cuanto quieras, pero esta noche no, porque es preciso que tengas la cabeza despejada.

—Pero hombre, tres gotas...

—Siempre me pides lo mismo y luego despabilas tres vasos en un decir amen.

—¡Tres vasos!—murmuró Pascual, exhalando un suspiro.

Y dobló su largo cuello, dejando caer sobre el pecho la cabeza.

—Escuchadme, bribones,—dijo Fígaro.

—Te escuchamos,—respondió el *Cojo*.

—¡Uf!—repuso Pascual.—De buena gana me meteria en el infierno, con tal de quitarme el frio.

—No tardarás en ir á él, ya eres viejo y no ha de valerte tu violin.

—Ni á tí tus picardías...

—¿Me escuchareis?

—Esplicáte.

—Por estas,—dijo el barbero cruzando las manos y besándolas,—os juro que si no me dejais airoso esta noche...

Sonó un fuerte aldabonazo.

Fígaro se puso de un brinco en la puerta, y abrió.

Otro embozado entró; pero no se parecia á ninguno de los anteriores.

Iba envuelto en una capa de finísimo paño verde. Llevaba sombrero de tres picos, ó como llaman comunmente de tres candiles, galonado de oro, y zapatos charolados con hebillas que, segun reflejaban la luz, debian tener algo mas que plata.

No tuvo por conveniente bajar el embozo, pero sin embargo, se veían los bien peinados bucles que salían de su sombrero, y dos ojos grandes y negros y de ardiente mirada.

—¿Vamos?—dijo apenas entró.

—Ahora mismo,—respondió el barbero.

Y desapareció ligeramente por la puerta de la cortina, saliendo á los pocos segundos con su capa, sombrero de alas anchas, aunque un poco recogidas por los costados, y una espada que ciñó.

Luego tomó la guitarra, y mientras que por las clavijas la colgaba de su brazo izquierdo, cuidando de no arrugar la moña, exclamó:

—¡Compañera fiel, alivio de mi tristeza, esta noche van á llegar tus sonos dulces á los oídos de la mas hermosa y casta doncella que el Guadalquivir vió nacer en sus orillas!

Y volviéndose hácia el caballero embozado, añadió:

—Estos que tiene delante vuestra señoría, buscados por mí, tocadores, de flauta el uno y de violin el otro, formarán conmigo la orquesta. Son mozos de confianza, y no quedará vuestra señoría menos contento de su discrecion que de su habilidad.

—Bien,—dijo el caballero, mirando rápidamente á los músicos, cuyo aspecto no debió satisfacerle.

—Tenga presente vuestra señoría,—repuso Figaro como si hubiese adivinado lo que el galan pensaba,—que el hábito no hace al monje, y muy particularmente en lo que toca al violinista, se cumple aquello de que bajo una mala capa se oculta un buen bebedor.

Pascual miró al barbero como si con la vista quisiera matarlo, porque comprendió la alusion.

—Somos pocos,—prosiguió Figaro;—pero no hay cuidado

por eso, que ha de quedar complacida mi señora doña Rosa y ha de hablarse muchos años en la vecindad de nuestra serenata.

—Son las once, —replicó el caballero, volviéndose hácia la puerta.

—Cuanto mas tarde, mejor, porque nos favorecerá el silencio; pero vamos, porque no es justo que la impaciencia atormenté á vuestra señoría.

Abrió Fígaro la puerta.

Salió el galan, tras él los músicos y luego el barbero, despues de apagar el candil; cerrando la puerta y guardando la llave.

El frio, como habia dicho Pascual, se dejaba sentir bastante, pero no tanto que produjese mucha incomodidad.

La oscuridad era completa.

El silencio profundo.

No transitaba alma viviente por la estrecha calle.

Delante el caballero y Fígaro, y detrás los músicos, tomaron á la izquierda.

—Señor, —dijo el barbero al galan, —con la serenata de esta noche y el que mañana vaya á misa vuestra señoría y espere á mi señora doña Rosa, le dé agua bendita al entrar y al salir y la siga disimuladamente hasta dejarla en casa, la tendrá rendida y tierna como una paloma.

—Así lo haré, —respondió el caballero despues de convenirse de que los músicos iban á buena distancia y no podian oír la conversacion.—Pero no se contenta mi deseo con miradas ni aun señas.

—Poco á poco se va lejos, señor.

—Mas pronto se llega de prisa.

—Ó mas tarde, porque hay mas peligro de tropezar y caer.

—Fígaro, amo locamente á Rosa, y cada dia que pasa es para mí un tormento.

—En buen hora, señor conde, que se abrevie cuanto sea posible el término del amoroso afán de vuestra señoría; pero menester es tener en cuenta que doña Rosa es en extremo honesta y tímida y no se atreverá á decidirse de buenas á primeras.

—Si me ama...

—Hay tambien que buscar la ocasion propicia de burlar la vigilancia del viejo tutor, que está mas sobreaviso por la circunstancia de aspirar á la mano de su pupila.

—¡Vive el cielo!—exclamó el galan con acento de coraje.—¿Pero ha perdido la razon ese viejo maldito?

—Bien puede hacerla perder una niña de quince á diez y seis años, hermosa como un sol, fresca como su nombre, inocente como un ángel y que lleva un dote de sesenta mil ducados.

—Pero ella resistirá á semejante union que labra su desdicha.

—Ella está sola en el mundo, sin parientes ni amigos, es tímida por naturaleza, y no solo no se atreverá, sino que no acertará á negarse, y aun se puede jurar que cree que está obligada á obedecer ciegamente á su tutor, como representante de su padre.

—¡Pobre niña!

—Por eso el viejo, que es malicioso y astuto como una zorra, tiene buen cuidado de no dejarla salir mas que á misa ni hablar con nadie.

—Preciso es salvar á esa infeliz criatura.

—No han de valerle al vejete sus marrullerías, ó dejaré de llamarme Fígaro.

—Cuenta con mi liberal agradecimiento...

—No hablemos de eso, señor: yo me contento con poco.

Así hablando, entraron en una calle estrecha y tan oscura y solitaria como las demás, y se detuvieron delante de una casa de buena apariencia.

—Alto, —dijo Fígaro á los dos músicos. —Aquí ha de ser donde quede memoria de nuestra habilidad. Abajo los embozos, fuera los instrumentos, témplense y dése principio despues de reconocida la calle.

Pascual y el *Cojo* obedecieron.

Vuelve, lector, la hoja, que la serenata merece un nuevo capítulo.

---

## CAPÍTULO II.

### La serenata.

La casa frente á la cual se detuvieron los músicos parecia ser la vivienda de una modesta familia. Tenia sobre la puerta un balcon de barandilla de madera que salia del muro muy cerca de dos piés y estaba sostenida por cuatro gruesas vigas con rosetones groseramente tallados en sus extremos. Cerrábalo, además de las hojas de madera con postigos de vidrios, una espesa celosía, defensora del recato y estorbo á las miradas curiosas de la vecindad ó á las atrevidas de los transeuntes. Otras tres ventanas desiguales y abiertas en la blanca pared sin mas cálculo que el de la comodidad interior de la casa, completaban el número de sus agujeros y estaban cerrados tambien con discretas celosías.

La puerta de aquella casa se abria muy pocas veces, porque pocas salian sus habitantes, y poquísimas eran las personas que entraban en ella.

El galan, el barbero y los dos músicos guardaron silencio por algunos instantes y escucharon.

—Duermen, —dijo en voz baja el conde.

—Los despertaremos con los alegres sonidos de nuestra música, —añadió Fígaro.

—Comenzad, pues.

—Antes, —repuso el barbero, —es prudente asegurarse de que ningun otro galan hay escondido por aquí en el hueco de alguna puerta ó tras una esquina, pues como la niña es perla muy codiciada, nada tendria de estraño que hubiera quien acechara, obligándonos con alguna imprudencia á guardar los instrumentos para sacar las espadas.

—Veamos.

El galan y Fígaro anduvieron algunos pasos, mirando cuidadosamente á derecha é izquierda, y convencidos de que nadie los espiaba, volvieron á situarse bajo las ventanas del amoroso objeto que los habia guiado allí.

Salieron los instrumentos, acordáronse y rompió la música con un aire de seguidillas tan alegre y acompasado que encantaba al oido y daba de la habilidad de los tocadores la mas ventajosa idea. Fígaro era un consumado tañedor de guitarra, y no habia engañado al conde al decirle que los otros músicos eran de lo mejor que encerraba Sevilla.

En los tiempos que corremos, semejante serenata hubiera sido un insulto para la mujer menos presumida; pero en aquella época envanece la que de tal modo era galanteada, y una guitarra, una flauta y un violin hacian saltar de sus camas á todos los vecinos de una calle. Escuchábanse con mucho gusto tales músicas, y mas que todo se fijaba la atencion en las coplas que se cantaban, pues se componian esclusivamente para la dama obsequiada, y en ellas se daban celos, se hacian súplicas ó se retrataba con todos sus pelos y señales la belleza amada, con lo cual los

enamorados lucian su ingenio, haciendo gala del donaire con que llenaban las trovas de retruécanos, equívocos y metáforas.

Poblóse el silencioso espacio con los alegres acordes.

Mas de una ventana ó balcon se entreabrieron cautelosamente; pero las de la casa de Rosa permanecieron cerradas como si nadie hubiese morado allí ó sus habitantes durmieran tan profundamente que no fuesen bastante para despertarlos los sonidos armoniosos que se repetian en la calle.

Fíguro, como buen español y por añadidura andaluz, calzaba sus puntos de poeta, y mas de una vez habia trocado las navajas por la lira de Apolo. Distinguíase en lo de buscar retruécanos y palabras de doble sentido, lo cual le habia valido no pocos aplausos y dinero en ocasiones como aquella, y así se atrevió á componer unas seguidillas para sorprender y agradar al conde, aumentando tambien las probabilidades de que fuese mas crecida la ganancia en el negocio.

Despues de algunas variaciones sobre el mismo tema, hábilmente ejecutadas, dijo el barbero al conde:

—Si vuestra señoría me da licencia, cantaré unas coplillas que á propósito compuse esta mañana y no salieron del todo mal. Creo que darán gusto á mi señora, decidiéndola á asomarse si puede burlar la vigilancia de su horrible dueña y no ha despertado el pícaro viejo y puéstose de centinela como suele hacer.

—Pero,—respondió el galan,—puede conocer tu voz y ofenderse de que no sea yo quien cante, pues las amorosas declaraciones gustan siempre mas de boca de quien ama.

—Nada de eso, señor,—replicó Fíguro sin dejar de puntear;—por el contrario, mis coplas le probarán que pagais generosamente cuando las he compuesto y las canto: y nada tiene esto que ver para que luego vuestra señoría, si ha tomado mi

consejo y compuesto tambien alguna trova, requiera de amores con ella á doña Rosa, entonándola y acompañándose, si el tañer no le es estraño. Así es la costumbre y así acabará de ablandarse su corazon, y casi es seguro que entonces erujirá una de esas celosías en prueba de que os han escuchado y agradecido el obsequio, que es cuanto puede pedirse y esperarse de una niña honesta, recatada y tímida como doña Rosa.

—Sea como dices y veamos si eres tan buen poeta como buen músico.

—Voy á comenzar, y mientras yo canto, observe vuestra señoría si se mueve ó suena alguna celosía, particularmente la de esa ventana de la derecha que es la mas cercana al aposento de doña Rosa.

—Así lo haré,—dijo el galan.

Y fijando en la ventana indicada por Figaro una mirada ardiente y afanosa, muestra del fuego amoroso que su pecho encerraba, esperó.

Tosió el barbero dos ó tres veces, levantó la cabeza, y con voz clara y dulce entonó la siguiente copla:

Deja que de tus ojos  
 La luz yo vea;  
 Mira que de mi cielo  
 Son las estrellas.  
 Y en vez de cielo,  
 El que estrellas no tiene  
 Es un infierno.

—Bien,—dijo el conde:—no sin razon has alabado tus coplas.

—Quedan las mejores, —respondió Fígaro con un sí es no es de sencillez desdeñosa y como quien está acostumbrado á los aplausos por lo poco, siendo capaz de hacer mucho.

—Prosigue.

Fígaro volvió á toser, advirtió al *Cojo* que diese con mas dulzura los últimos puntos de las coplas y los primeros del estribillo, y cantó:

Si oyendo estás las quejas  
De mis amores  
Tras de las celosías  
De tus balcones,  
Ten cuenta, niña,  
Que celos han de darme  
Las celosías.

—Vuelvo á darte la enhorabuena, —dijo el conde:— yo mismo no hubiera dicho mas en esa copla.

—Tengo por mejor la que queda, señor.

—Venga, pues, y demos tregua á la música por algunos momentos por si entre tanto quiere asomarse la que adoro, y si no, volveréis á tocar y cantaré yo luego por despedida.

No se hizo esperar la tercera y última copla, que cantada con mas dulzura que las anteriores decia así:

De un corazon que en fuego  
De amor se quema,  
Alivia los tormentos,  
La dura pena.  
Y pues te llamas  
Rosa, las hojas abre...  
De tu ventana.

—¡Bien, por mi vida!—exclamó el conde entusiasmado.—  
Declaro, Figaro, que eres el mejor poeta que hay en veinte le-  
guas á la redonda, y aun muchos de los ingenios que brillan en la  
corte quisieran tener el tuyo.

—Gracias, señor.

—No me arrepiento de haberte ofrecido sacarte de barbero,  
y si la fortuna me ayuda en esta amorosa empresa, no tardarás  
en dar al traste con navajas, bacías y ventosas.

—Así lo espero de la magnificencia de vuestra señoría.

Los músicos alquilados escuchaban y callaban, tocando con  
mas fuerza y ardor como para desahogar el coraje de la envidia,  
que estaba carcomiéndoles el alma al oír las alabanzas y prome-  
sas del conde.

Tocaron buen rato aun, y al fin, á una señal del enamorado  
mancebo, cesó la música.

El mismo silencio y la misma quietud que antes volvió á  
reinar.

Ninguna ventana se abrió.

En vano el conde miraba y escuchaba con todo el afán de su  
pasion ardiente.

Pasaron algunos minutos.

—El viejo ha despertado,—dijo Figaro en voz baja.

—Despacha á los músicos.

—Estais demas,—repuso el barbero, dirigiéndose al *Cojo* y á  
Pascual.

Este murmuró algunas palabras con tono de mal humor y me-  
tió el violin en la funda, y aquel exhaló un suspiro, sacudió la  
flauta, para que saliese la saliva que le habia quedado dentro, y la  
guardó.

—Iremos mañana temprano,—dijo el *Cojo*.

—Y si me niegas un vaso de aguardiente, —añadió Pascual, —no cuentes mas conmigo.

Quedaron solos el galan y Fígaro.

—Dame la guitarra, —dijo el conde despues de algunos momentos.

Un preludeo duleísimo volvió á interrumpir el silencio de la calle. Pocas veces, quizás ninguna, se habia oido allí una música tan espresiva y grata.

Á los acordados sonos se unió la voz dulce y conmovedora del enamorado galan que entonó el romance mas tierno y amoroso de cuantos han salido de boca de nocturnos rondadores.

Si Rosa conocia al mancebo, era imposible que al escuchar la trova no palpitase con violencia su corazon.

Perdiéronse los últimos ecos en alas del viento sutil y glacial que soplabá.

Miró el conde con mas afan que nunca á la silenciosa casa.

Empero ni se abrió una celosía, ni un débil destello de luz se escapó por entre las rendijas.

—No ha despertado ó le enojan mis galanteos, —dijo el conde.

—Lo cierto será que la hipócrita dueña estará haciéndole rezar el rosario, y el codicioso viejo se habrá puesto de centinela.

—Mal principio, Fígaro.

—Así será mejor el fin.

—¿Qué hacemos?

—Si aun quiere esperar vuestra señoría, tal vez, cuando se descuiden porque crean que os habeis ido, pueda mi señora doña Rosa asomarse ó hacer algun ruido en la ventana para dar á entender que ha escuchado y queda agradecida.

Iba el mancebo á responder, pero se detuvo porque crujió la ventana de la derecha.

— Se asoma, — dijo Figaro en voz baja.

Y se separó hasta ocultarse en el hueco de una puerta de enfrente para dejar en libertad á los enamorados.

Volvió á crujir la ventana y se abrió.

Los ojos del galan brillaron como dos luciérnagas, y con apasionado acento y reconcentrando la voz cuanto pudo, comenzó á decir:

— ¡Divina Rosa!...

Empero se detuvo porque asomó por la ventana un bulto blanco, y en medio de la oscuridad pudo verse relumbrar en el aire como un plateado relámpago.

Luego se oyó un ruido que no podía confundirse con ninguno otro, y el galan dejó escapar una imprecacion de rabia.

— ¡Vive Dios! — exclamó tambien Figaro.

— ¡Tal burla!... ¡Tal ultraje! — gritó el enamorado mancebo.

— ¡Oh!... Señor, debe haber sido ese condenado viejo mata-sanos...

— ¡Por quien soy que vengaré la afrenta!

— ¡Y nunca he pensado en cortarle el pescuezo al afeitarlo! — repuso el barbero en voz baja, pero con iracundo acento.

Suponemos que nuestros lectores han comprendido lo que sucedió; pero por si dudan, los llevaremos al interior de la casa de Rosa para que sepan lo que allí pasó mientras se cantaba en la calle, y así quedará bien explicado el fin que tuvo la serenata.

---

*Por. a. G. G.*

### CAPÍTULO III.

Donde se da cuenta del suceso que tuvo lugar mientras tocaban y cantaban los músicos.

Permítanos el lector que antes de referir lo que sucedió en el interior de la casa, digamos quién la habitaba.

El dueño era un médico solteron de sesenta años, avariento, regañon y extravagante. Preciábase de poseer vastísimos conocimientos en la ciencia de curar, lo cual no era cierto, pues no pasaba de ser escasamente una medianía. Era estremadamente rígido en sus costumbres domésticas, y su severidad rayaba en el ridículo. La mas leve cosa que sucediese era para él motivo bastante para pronunciar un discurso con voz hueca y levantada entonacion, concluyendo siempre por recordar el temor á Dios y el respeto que se debe á los mayores y superiores. Nunca se habia alterado en aquella casa la hora de comer ni de dormir; se rezaba el rosario todas las noches, se confesaba todos los meses, y nadie salia de casa mas que él para visitar á sus enfermos, y los demas para oír misa.

Á pesar de vida tan cristiana, decíase, y creemos que no sin razon; que allá en otro tiempo, cuando tenia veinte primaveras el ama de gobierno de la casa, sucedieron cosas que bien pudieron suceder, porque al fin las criaturas somos débiles, el demonio nos tienta y la carne es uno de los enemigos del alma, y enemigo de tal naturaleza; que no necesita tomarse el trabajo de buscarlos porque siempre vamos tras él. Los que de tales cosas estaban enterados solian preguntarse qué habia sido de una criatura venida al mundo secretamente, y nadie sabia responder. La murmuracion abulta, pero en el caso de que se trata, tenemos noticias de que el bulto no era de los murmuradores.

Era el tal médico muy conocido en Sevilla: llamábase Bartolomé Sanson; pero desde su niñez habian dado en llamarle Bartolo, y por don Bartolo no mas se le conocia. Á pesar de su apellido, nada tenian de hereúleas sus formas ni valeroso su espíritu. Era de escasa estatura, grueso y de abultado vientre. Su ancha nariz y sus carrillos salientes de forma esférica como si siempre estuviera soplando, eran colorados como cerezas, y á veces se tornaban amarotados como remolachas.

Habiendo advertido que era avariento, escusamos decir que hacia veinte años llevaba la misma casaca de paño verde con botones de acero bruñido, los mismos calzones de igual tela y color y chupa de alepin negro de seda con pespuntos azules. Gastaba, por decoro á la clase, medias de seda negra y zapatos de cordoban con hebillas de plata, chorreras y vuelos de encaje que heredó de un pariente veinticuatro de Córdoba, y redequilla de seda verde donde recogia la escasa y empolvada coleta.

El ama de gobierno de que hemos hecho mencion era tambien de formas abultadas y complexion apoplética. Tenia cincuenta años y no iba en zaga á su amo en lo de gruñona y desabrida. Por

su categoría era tratada con cierta distincion, y cuando la llamaban le decian señora Anastasia. Hablaba mucho, era presumida y creia de buena fé que aun podia interesar el corazon de los hombres, porque al fin y al cabo, como ella decia, se conservaba frescota y no dejaba de tener garabato por aquello de que el que tuvo y retuvo guardó para la vejez. Se habia plantado en los cuarenta y cinco, y nadie la sacaba de allí: si se le preguntaba en qué año nació, contestaba que no entendia de cuentas y que solo sabia que vino al mundo por la paseua de Pentecostés.

Conocidos estos dos personajes, vamos á hablar de la bellisima Rosa.

Era esta una niña de diez y seis años, de rostro hechicero y mirada, á veces ardiente y espresiva, á veces cándida. No podia calificársela á primera vista, y aun con el trato era muy difícil juzgarla. En ciertas ocasiones mostraba una imaginacion viva, chispeante y fecunda y un carácter verdaderamente travieso, impetuoso y firme, mientras que en otras no se veia mas que la niña cándida, tímida y débil, mas dispuesta á sufrir que á luchar. Si esto era efecto de la inocencia de los pocos años ó una estudiada hipocresía y refinada malicia, no podia decirse. El que, teniéndola por niña inocente, pensaba engañarla, se encontraba con la mujer traviesa, y el que buscaba á la mujer suspicaz y atrevida, no encontraba mas que á la niña tímida y cándida. Rosa era, pues, un conjunto estraño, digno de estudio, pero que, hipócrita ó inocente, buena ó mala, no era una mujer vulgar.

Como era estremadamente bonita, la habian galanteado mucho, y no era la de aquella noche la única música que habia resonado bajo sus ventanas, ni la vez primera que su nombre habia sido pronunciado entre alabanzas y suspiros al entonar amorosos romances. Pero Rosa no habia correspondido á ningun galanteo,

habia escuchado con indiferencia quejas y súplicas, y como algun apasionado rondador le habia dicho entre los conceptos de una cancion, parecia tener de nieve el pecho y el corazon de diamante. No era, sin embargo, así: en los negros y rasgados ojos de Rosa brillaba el fuego de las pasiones: habia nacido para amar, pero no habia encontrado quien interesase su corazon. Verdad es tambien que veia muy pocos hombres porque le estaba prohibido asomarse á las ventanas, y no salia á la calle sino para ir á misa muy temprano, pues los teatros, pascos y saraos no eran, segun la opinion de don Bartolo, mas que invenciones de Satanás para aumentar el número de los habitantes de sus negros dominios.

Rosa era huérfana: á los cinco años habia quedado sin madre y á los once sin padre: Este le habia dejado una pingüe fortuna y un nombre sin mancha; pero cometió el desacierto de elegir para tutor de su hija á don Bartolo, porque no miró para esta eleccion mas que los intereses, y creyó que los de su hija no podia ponerlos en mejores manos que las del médico, cuya reputacion de honrado era por todos reconocida.

Don Bartolo educó á su pupila como hubiera educado á una hija suya, humildemente é inculcándole los mas sanos principios, llevados hasta la exageracion. Rosa tomó de esto lo que quiso, ó lo que sus instintos y carácter estaban dispuestos á tomar, aunque es lo cierto que, si bien mas despreocupada que su tutor, no lo era tanto que surgiese en su cabeza una sola idea en desacuerdo con los buenos principios de virtud.

Rosa sufría bastante porque la clausura en que consumia su juventud no estaba conforme con las inclinaciones propias de su edad; pero nunca exhaló una queja, porque habia jurado á su padre moribundo respetar y obedecer á don Bartolo, y queria cumplir su juramento.

Tal era Rosa, objeto de la amorosa pasión del conde.

Dos personas mas habitaban la casa.

Era la una la dueña Alfonsa, vieja que pasaba de las sesenta navidades, flaca, de rostro arrugado, larga, delgada y aguileña nariz, mas delgados labios encubridores de cinco dientes amarillos y puntiagudos como cinco colmillos, y ojos pequeños, redondos y de verde pupila. Era hipócrita, asustadiza, habladora y maliciosa en extremo, y mas que guardar espía á la jóven por órden de su señor.

La otra persona era la doncella de labor, muchacha de veinte años, morena, bonita, graciosa y traviesa y que tenia la habilidad de hacer creer á don Bartolo que espía á Rosa, cuando lo que hacia en union de esta era burlarse de los demas. Llamábase Soledad; y seguramente no hubiera faltado quien en soledades como aquella hubiera pasado sus dias.

Le haremos recorrer al lector una parte de la casa, porque así es preciso, y lo llevaremos á un gabinete que servia de tocador á la pupila. Á la izquierda habia una puerta que daba paso á una alcoba, donde la dueña tenia su cama, y por esta alcoba habia de pasarse á otros dos aposentos, de los cuales, el primero era el dormitorio de Rosa, y el segundo de Soledad.

Á la parte opuesta de la casa habia dos aposentos que servian de estudio y dormitorio á don Bartolo, y en el interior tenia el suyo la señora Anastasia.

Del mueblaje y adornos nos ocuparemos en otra ocasion: baste por ahora saber que todo era sencillo, modesto, ó mas bien pobre, y de poco gusto.

Cuando los músicos entraron en la calle, todos en la casa dormian; pero no hubo uno que no despertase á los primeros sonidos de los instrumentos.

Todos escucharon sin moverse, y cada cual creyó que los demás dormían.

Oyóse la primera copla.

Rosa y Soledad levantaron la cabeza, y como á nadie nombró el cantor, ambas se creyeron objeto del galanteo.

Trascurrieron algunos instantes.

Figaro entonó la segunda copla, y si hubiera habido luz, hubiérase visto sonreír á Rosa y á Soledad, hacer un gesto horrible á don Bartolo y á la dueña, é incorporarse en la cama á la señora Anastasia, que empezó á sospechar si su frescura era la causa del galanteo.

La tercera copla los sacó á todos de dudas.

El médico y la dueña se sentaron en la cama é hicieron un segundo gesto.

Rosa se oprimió el pecho porque su corazón palpitó con violencia, y dijo para sí:

— Debe ser el mismo que me sigue á misa y pasea la calle.

Soledad, comprendiendo que se le preparaba ocupacion en que poner en juego su travesura, se frotó las manos con muestras de contento.

La señora Anastasia sonrió, pero con la alegría del que se goza en el mal ajeno.

Cuando volvió á sonar la música y empezó á cantar el conde, Rosa, creyendo que su dueña dormía, se bajó silenciosamente de la cama.

Don Bartolo y la señora Anastasia dejaron también el lecho, no creyendo que los demás durmiesen, sino sospechando que Rosa al oír la música saliese de su aposento.

Ya hemos dicho que la casa estaba á oscuras.

Los tres que se habían levantado, sin vestirse por no perder

tiempo ni hacer ruido, tentando las paredes y con pasos lentos y silenciosos como los de un fantasma, se dirigieron hácia una misma parte, es decir, hácia una sala que estaba situada en el centro del edificio y separaba las habitaciones de don Bartolo y Rosa.

Apercibióse la dueña de la salida de la jóven; calló con intento de sorprenderla en el momento mas crítico, y cuando conoció que estaba fuera de la alcoba, echóse tambien de la cama y la siguió tan de cerca que con solo un paso mas la hubiera alcanzado.

Una tras otra atravesaron el gabinete.

Rosa abrió la puerta sin hacer el mas leve ruido, y un momento despues, fugitiva y perseguidora se encontraron en la sala.

Pero es el caso que al mismo tiempo, por otras dos puertas que habia, una enfrente y otra á la derecha del tocador, salieron don Bartolo y la señora Anastasia, de manera que, andando todos de frente, debian encontrarse á la vez en el centro de la habitacion.

Las distancias se acortaban por momentos, y llegaba el de la mas cómica escena.

Todos procuraban contener la respiracion para no hacer ruido; pero don Bartolo, mas fatigado que ninguno por la edad y la robustez, veíase de vez en cuando obligado á respirar con mas fuerza de la que reclamaba la situacion.

Adelantaron algunos pasos mas, y con otro bastaba para que se tocasen.

Don Bartolo se sintió medio ahogado, detúvose, se enderezó y respiró con alguna libertad.

Los demas se detuvieron tambien.

La dueña creyó que el ruido era de un amoroso suspiro de Rosa.

El ama de gobierno sospechó que don Bartolo iba en busca de

Soledad, como treinta años antes fué en busca de ella, y dijo para sí:

—No ha perdido sus antiguas mañas.

La pupila comprendió el peligro en que se hallaba, y no pensando mas que en salvarse, iba á retroceder, pero al mismo tiempo la dueña intentó dar otro paso y le crujieron los huesos de las rodillas.

Anastasia se convenció de que su amo no estaba solo, y la ira de los celos le hizo rechinar los dientes.

Don Bartolo creyó seguro el golpe y extendió los brazos.

Rosa, que habia oido los tres ruidos, dijo para sí:

—Tengo un enemigo delante, otro detrás y otro á la derecha... Por la izquierda, pues, y me burlaré de todos.

Y para dar mas libertad á sus movimientos, levantó su fina camisa, dió de costado dos pasos á la izquierda y retrocedió sin encontrar nuevos enemigos.

Los tres que quedaban tenian estendidos los brazos y adelantaron.

Don Bartolo tocó las manos de la señora Alfonsa y las cogió, apretándolas con toda su fuerza.

Sorprendida y asustada la dueña porque encontró lo que no buscaba ni esperaba, y sin fuerzas para resistir el rudo choque y apretón, cayó medio arrodillada medio sentada y exhaló un ahogado grito.

Entonces la señora Anastasia dejó caer las manos y asió del cuello á don Bartolo.

—¡Ah!—exclamó este, intentando desasirse, pero sin soltar su presa.

—Señora Alfonsa, doña Rosa,—gritó el ama de gobierno con ronca voz.—Luz... acudid... un ladron...

Algunos momentos despues se levantó la cortina de la puerta del gabinete, y si no en camisa, poco menos, con un velon encendido apareció Soledad, fingiendo gran sorpresa y espanto.

Reinó un profundo silencio.

Don Bartolo y las dos viejas permanecieron inmóviles y sin acertar á pronunciar una sílaba: tal era su turbacion al verse burlados y en tan ridícula guisa.

Rosa, oculta tras la cortina, contemplaba aquel cuadro y con grande esfuerzo contenia la carcajada burlona que pugnaba por escaparse de sus labios.

Si Soledad permanecia grave, era porque ya habia desahogado la risa y podia sujetarla.

Estaba don Bartolo colorado como una amapola y medio ahogado; la señora Anastasia tenia el rostro pálido de ira y los ojos mas encendidos que la torcida del velon, y la dueña presentaba el semblante tan ridiculamente compungido que casi daba lástima el verla.

Concluyó en aquel momento el conde su cancion y se perdieron los últimos sonidos del músico instrumento.

Soltó don Bartolo á la dueña y él tambien se vió libre de la manó del ama de gobierno.

Esta abrió la boca para hablar; pero el médico, á la vez que se enderezaba, colocó en sus labios el dedo índice de su diestra é impuso silencio con un gesto imperioso.

Luego se acercó á Soledad, le quitó el velon, y sin mas recato ni miramiento entró en el gabinete y de allí pasó al dormitorio de Rosa.

Esta se encontraba en su cama y parecia dormir profundamente.

Contemplóla un instante don Bartolo, arrugó la frente, medi-

tó, y saliendo á la alcoba de la dueña, cogió la primera vasija que encontró, volvió al gabinete, dejó la luz, acercóse á la ventana, y abriéndola, sacó el brazo derecho con la vasija.

Lo demas lo saben nuestros lectores.

El médico tomó nuevamente la luz y entró en la sala.

La casta y pudorosa dueña se habia ocultado tras una cortina y solo asomaba su larga nariz y un ojo.

Anastasia habia desaparecido.

Soledad esperaba tranquilamente.

—Silencio y á dormir,—dijo don Bartolo.

Y desapareció por la puerta de su estudio.

La doncella y la señora Alfonsa se volvieron á tientas á sus respectivos aposentos y se acostaron.

Entre tanto decia Fígaro al conde:

—Señor, no pasará el dia de mañana sin que yo sepa lo que ha sucedido.

—¡Si hubiera sido ella!—murmuró el galán.

—¿Eso piensa vuestra señoría?

—No lo creo, pero...

—Es imposible que doña Rosa haya dado á vuestra cancion tan sucia respuesta.

—Entonces...

—Obra es del pícaro viejo, que arrebatado por los celos habrá querido vengarse así porque le falta el valor para ponerse frente á vuestra señoría.

—¡Vive el cielo!

—Suspenda su juicio vuestra señoría y ame á doña Rosa como siempre, que una dama que se estima en algo, no puede obrar así.

—Ciertamente.

—Vámonos, que vuestra señoría querrá mudarse de vestido y descansar.

—Sí, sí.

—Acompañaré á vuestra señoría, porque tenemos que atravesar malas calles, aunque bien mirado, no habria ladron á quien no ahuyentase con lo que llevo encima.

El conde y Fígaro se alejaron á buen paso de allí.

—Averigua, Fígaro, averigua y que yó salga de dudas.

—Repito á vuestra señoría que mañana lo sabré todo, aunque puede desde luego asegurarse que ha sido el viejo.

—Sin embargo, por lo que importe, no iré mañana á misa.

—No soy de la misma opinion.

—Así lo aconseja la prudencia.

—¿Y cómo comprenderá doña Rosa que sois vos el de la música?

—¿Y si por un capricho de mujer, por una locura de niña, hubiera hecho ella?...

—Imposible.

—Haria yo un papel tan ridículo...

—Señor, dice el refran que el que no se moja no pasa el rio.

—No temo arriesgar la vida por esa mujer á quien tanto amo, pero arrostrar el ridículo y no alcanzar mas que desprecios...

—No se consigue de valde lo que vale mucho.

Calló el conde y meditó algunos instantes.

—Bien,—dijo al fin,—haré lo que me aconsejas: no sabe quien soy, y todo será huir de Sevilla.

—No tendrá vuestra señoría que hacer semejante cosa.

Siguieron hablando mientras andaban, y diez minutos despues llegaron á la posada del conde.

Llamó este y le abrieron.

—Véte, Fígaro, y vuelve mañana á decirme lo que sepas.

—No faltaré...

—Toma,—repuso el caballero, sacando un bolsillo y dándolo al barbero.

—Ya que vuestra señoría se empeña,—dijo Fígaro, guardando la bolsa,—lo tomaré como recuerdo, no como precio de mi trabajo, porque nada quiero por servirle.

Entró en su casa el galan.

El barbero se alejó con la mano izquierda en el bolsillo y la derecha en la espada.

—De buena me he librado,—decia mientras caminaba apresuradamente.—Si no llego á ocultarme en el hueco de la puerta, me remojan. ¡Maldito viejo!... ¡Oh!... Si supiera que yo he sido el director de la serenata y compositor de las seguidillas... ¿Y si me ha conocido? Lo sentiria, no tanto por el parroquiano que pierdo, como por la ocasion que me quitaria de entrar en su casa y favorecer los deseos del conde y ver á la hermosa Soledad, que empieza á trastornarme con sus ojos.

---

---

## CAPÍTULO IV.

De cómo el conde se convenció de que no era Rosa la que había contestado á su canción.

Aun no eran las siete de la mañana y ya Rosa se había levantado y peinado y estaba acabando de vestirse para ir á misa con su dueña. Encontrábase en su gabinete con Soledad que le abrochaba los últimos corchetes de un vestido negro de lana, y ambas se dirigían de vez en cuando miradas de inteligencia, pero no se hablaban, sin duda porque en la alcoba estaba la dueña poniéndose su largo manto.

Las dos jóvenes hubieran querido estar solas porque desde que se levantaron no habían podido dirigirse la palabra sin testigos, y la una tenía muchas ganas de preguntar y la otra mas de responder. En vano buscaron pretextos para alejar á la vieja, pero esta contestaba á todo que no podía perderse un instante porque no llegarían á tiempo á misa.

—Bien, dejadme en paz,— le había dicho Rosa con tono de mal humor.

—Es menester que sepais, —le replicó la dueña con voz nasal y desagradable, —que está muy mal visto entrar en la iglesia despues que se ha comenzado la misa, aunque todavía esté el sacerdote en el Evangelio.

—Si no oimos una oiremos otra.

—Eso es, y volveremos á casa á las mil y quinientas, y se almorzará Dios sabe á qué hora, trastornándolo todo, hasta los quehaceres del señor.

—Pues que tenga paciencia, que mas necesito yo para levantarme todos los dias al rayar el alba.

—¿Os disgusta madrugar?

—Mucho.

—No os pareceis á vuestra madre, á quien Dios tenga en su gloria, que se levantaba antes del amanecer, como debe hacerlo toda mujer de su casa; pero en estos tiempos de perdicion y trastorno que corremos, han dado las niñas en estarse en la cama hasta las tantas del dia, y así hay casa donde se almuerza casi á la hora de comer y se come á las tres ó mas de la tarde. Hacen de la noche dia, se entregan á mundanos placeres, y fatigadas despues de los paseos y saraos, se acuestan sin acordarse de Dios ni de ahuyentar al diablo que tan de cerca las sigue.

Rosa hizo un gesto de desden y calló.

—Sí, sí, encogeos de hombros: os entra por un oido y por otro os sale.

—¿Quereis callar?—replicó al fin la jóven con acritud.

—Bien dice don Basilio...

—Me fastidian vuestros sermones.

—¡Ya lo creo!...

—Vuestra obligacion es servirme.

—Y guardar vuestra honra.

—Guardadla en hora buena, es lo que deseo; pero nada tiene que ver la honra con la hora de levantarse. Además, tanto hablar y tan sin tino...

—Que me quejaré á vuestro tutor...

—Quejaos... ¡Ah!... Esta tiranía es insoportable: porque á mi tutor le guste madrugar no ha de gustarme á mí tambien, y porque le cansen los paseos, los saraos le enojen y las comedias le den sueño, no es justo que me tenga encerrada sin permitirme siquiera asomarme al balcon, pasando la vida, no de una mujer recatada, sino de una monja. Como don Bartolo es un viejo...

—¡Señorita!—interrumpió severamente la dueña.

—¿Tengo la culpa de que naciera muchos años antes que yo?

—Respetadlo, que ahora está en lugar de vuestro padre, y dentro de pocos dias sereis su...

—¡Oh!... Callad, —interrumpió vivamente Rosa.—Eso es horrible...

—¡Horrible!...

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque... tengo horror al estado que quieren darme...

—Si no es mas que eso...

—¿Os parece poco?

—Es una aprension...

—Sea lo que quiera.

—En vuestra vejez os arrepentiriais de no haberos casado. Á mí me sucedia lo mismo que á vos, desprecié á cuantos solicitaron mi mano, que fueron mas de treinta, sin contar esos galanteadores de pasatiempo, y luego... ¡ay!—exclamó la vieja, exhalando un suspiro lastimero.—Luego que he comprendido la falta que hace la sombra de un marido, me ha pesado no casarme, por

lo menos dos ó tres veces, caso de haberme visto en la triste situación de viuda.

—Pues aunque despues haya de arrepentirme, no quiero casarme, porque no quiero trocar la tiraría de un tutor por la de un marido: para estar tiranizada prefiero al tutor, cuyo dominio tiene su término, mientras que el de un marido no acaba sino con la vida.

—¡Jesus, Jesus!...

—Y si don Bartolo, abusando de la autóridad que sobre mí tiene, me obliga á casarme, me hará la mujer mas infeliz del mundo.

—Creo, —dijo la vieja, mirando de reojo á la jóven, —que el horror que teneis es por...

—¿Por qué? decidlo.

—Porque estais distraida.

—No os comprendo.

—Yo me entiendo y basta para mi gobierno, señorita, —replicó la dueña como quien habla á un inferior.

—Cuidado con perderme el respeto, señora Alfonsa.

—Bien, —dijo esta, saliendo al gabinete.

Y acabando de arreglar su manto, miró á la jóven y añadió:

—¿Aun estais á medio vestir?... ¡Dios mio!... Vamos á perder la misa.

—Si me hubiérais traído el rosario que os pedí, no hubiera tenido que perder tiempo en ello Soledad y ya estaria vestida.

—Á ella tocaba traer el rosario. Además, para nada lo necesitábais puesto que teniais el otro.

—No es tan de mi gusto.

—¡Un rosario de palo santo, traído de Roma y bendito en el altar mayor de San Pedro!...

—Pues yo quiero el de corales y plata que heredé de mi madre. ¿Qué mal hago en ello?

—El rosario no es el que da la devoción, y con el que menos valga puede alcanzarse la gracia divina como con uno de oro y diamantes. ¿Acaso es algún adorno? ¿Lo lleváis para lucir y hacer gala de rica? Pues sabed que es un gran pecado convertir las cosas sagradas en objetos de vanidad.

—Señora Alfonsa, —replicó la joven con aspereza, — el mayor pecado que podéis cometer es mortificarme con vuestra charla sempiterna.

—¡Señorita, cuidado!...

—Mi manto, Soledad.

—¿Queréis este? —preguntó la doncella que hasta entonces había permanecido callada.

—Sí, cualquiera, que es muy tarde, —dijo la vieja.

—Pues no lo quiero, —replicó Rosa. — Dame el otro.

La doncella no esperó segunda orden, y salió del gabinete.

—¡Santa Rita, abogada de los imposibles, me valga! —exclamó la señora Alfonsa, cruzando las manos y haciendo un gesto de resignación. — Si seguimos así, voy á decir á mi señor don Bartolo que os busque nueva dueña de manga mas ancha.

—Mucho ganaré.

—Dios solo, que ve mi interior, sabe lo que cada día me cuesta la misa, y si hoy la perdemos no sé qué excusa he de dar.

—Culpadme á mí.

—No basta: don Bartolo me dirá que por qué no le he dado noticia de vuestro proceder.

—Pues bien, id, en su estudio lo teneis, decídselo todo, me alegraré porque prefiero sus reconvenciones á vuestra murmuración eterna.

—Doña Rosa, tengamos la fiesta en paz; no empiece el dia tan desgraciadamente como acabó el de ayer...

—¿Pues qué motivo de queja os dá? Os escuché con paciencia, me acosté mas temprano que nunca...

—Y dormisteis á pierna suelta.

—¿Es tambien malo dormir?

—Yo me entiendo.

—Todas vuestras palabras son hoy misteriosas. ¿Qué quereis decir?

—Nada, señorita, nada, que á mi es muy difícil que me engañen.

Rosa se encogió de hombros.

—Y que vuestro disimulo de nada os servirá,—añadió la vieja.—¿Esais que á mi puede dárseme gato por liebre?

La jóven se cruzó de brazos resuelta á no responder, aunque sobradamente habia comprendido las indicaciones de su dueña.

—Á pesar de mi edad,—prosiguió esta,—tengo muy buenos oidos y me sobra vista. Pero á bien que en el pecado va la penitencia, y el mas atrevido suele volver esquilado cuando va por lana... ¿Peró nó nos vamos?

—Espero á Soledad...

—¿Dónde se ha metido?

—Aquí estoy,—dijo la doncella, entrando con un manto negro de seda, y cubriendo con él la cabellera empolvada de blanco de Rosa.

—Eso es,—dijo la dueña,—el manto nuevo...

—Señora Alfonsa, á mi buen padre, que en el cielo está, plugo dejarme sesenta mil ducados despues de haberme criado con lujo.

—Muy bien, señorita; yo respeto lo que hizo vuestro padre y

mi señor, que en paz descanse; pero esos pensamientos en una jóven...

—No son ningun crimen.

—¡Siglo de perdicion!...

—Vamos,—replicó Rosa á la vez que tomaba de manos de Soledad un precioso rosario de corales engastados en plata con medallones del mismo metal guarnecidos de filigrana cordobesa.

Entonces la traviesa doncella, con pretexto de arreglar el manto de la pupila, se puso entre esta y la dueña é hizo un gesto significativo.

—Esperad,—dijo la vieja, quitando un nudo que se habia formado en el hilo de sus gruesas camándulas.

—Que es tarde,—replicó la jóven, que entonces parecia tener gran prisa.

Y acompañada de su dueña salieron de la casa pocos momentos despues.

Llevaba Rosa cubierta gran parte del rostro con su negro manto; pero bien se dejaba ver su belleza, pues no mas que sus negros ojos, cuyas miradas lánguidas y espresivas se escapaban á través de sus largas pestañas, eran bastante para hechizar y enloquecer.

No lejos de la casa, medio oculto en el hueco de una puerta y embosado en una capa de finísimo paño azul, habia un hombre que no tendria mas de veinticuatro años y cuya calidad no podia dudarse al ver sus empolvados bucles, su sombrero galonado de oro, las hebillas de plata y diamantes de sus zapatos y la contera, tambien de plata, de su espadin que asomaba por debajo de la capa. Sus ojos eran negros, brillantes y de mirada atrevida, blanco su cutis, y sus facciones tan correctamente dibujadas que hubieran podido servir de modelo al artista mas exigente. Galan mas

—Y grande cuando el pensamiento está en el mundo mientras se finge tenerlo en Dios.

—Pero...

—¿Me entendéis ahora?

—Tampoco.

—Pues hemos concluido.

—Me alegro.

—Iré á mi señor don Bartolo que de seguro me entenderá, y él podrá esplicároslo mejor que yo.

—¡Dios mio, esto es horrible!— exclamó Rosa, haciendo un gesto de desesperacion.

—Vos lo quereis...

—Pero sepamos en qué consiste mi falta. ¿Acabareis de decírmelo?

—Señorita, cuando vuestro tutor no os ha puesto paje, es porque no lo cree conveniente.

—¡Paje!

—Sí, y como así lo ha dispuesto don Bartolo, no quiero llevarlo. ¿Me entendéis ahora?

—Proseguid, porque...

—¿No habeis advertido que nos seguian?

—¡Que nos seguian!— repitió la jóven con fingida sorpresa.

—Cuidado que la mentira...

—Os aseguro...

—Repito que nos seguia un mancebo.

—No lo he visto; pero aun siendo así, no he de pagar culpas ajenas.

—Ajenas ¿eh?

—¿Puedo estorbar que un hombre vaya por la misma calle que yo, delante ó detrás?

—No dando pié para ello...

—¿Acaso lo he dado?

—No correspondiendo á las miradas, ó recibéndolas con la seriedad, gesto y recato que debe tener una jóven bien nacida y bien criada...

—Á nadie he mirado.

—¿Y lo del agua bendita?

—¿Lo del agua bendita?... ¡Ah!... Ya me acuerdo...

—¿Se os habia olvidado?

—Sí.

—Yo lo tengo bien presente.

—Pero nada de particular tiene lo que ha sucedido,—respondió Rosa con sencillez.

—¡Nada de particular!... ¡Dios mio!... ¿Á qué tiempo hemos llegado? ¿Con que no es nada que una doncella honesta y temerosa de Dios tome del primer galan que se presenta lo que le ofrece?

—Era agua bendita...

—¡De la mano de un hombre!...

—Me la dió con las yemas de los dedos...

—Y con las yemas de los dedos la tomásteis.

—¿Qué pude hacer?

—Volverle la espalda.

—Hubiera dicho que era yo una mujer mal educada, grosera...

—Se hubiera convencido de que nada adelantaria con seguir.

—Me turbé de tal manera, que no acerté con lo que debia decir, y como nada me advertisteis vos...

—Si en vez de mirar al galan atrevido y profano me hubié-

seis mirado á mí, fácilmente conociérais en mi cara lo que debíais hacer.

—Señora Alfonso, le habeis dado mucha importancia á lo que yo creí que no tenia ninguna, y si ahora no me hiciérais estas advertencias, ni me acordaria de lo que ha pasado.

—Pues para que no pequeis de ignorante...

—¿Creereis que no puedo decir si es viejo ó jóven el que me ofreció el agua? Yo creí que era costumbre hacer lo que él hizo cuando un caballero está junto á la pila y se acerca una dama.

—No quiero averiguar si me engañais,—replicó la dueña;—pero valga por lo que valga, os advertiré una cosa.

—¿Qué mas quereis decirme?

—Que si ese mancebo vuelve á seguiros y le correspondeis siquiera con una mirada de reojo, se lo diré á vuestro tutor.

—Sois injusta, señora Alfonso.

—¿Por qué?

—Debeis pensar que yo no tengo la culpa de que me sigan.

—Pero si mostrais que os agrada...

—Descuidad, que no haré tal cosa.

—Pase por la primera, señorita, y olvidemos lo demas tambien.

—¡Lo demas!... Ahora sí que muy de veras os digo que no os comprendo.

—Ni daré lugar á esplicaciones, porque no quiero ponerlos en el caso de mentir: básteos saber que nada, absolutamente nada ignoro, y que os habeis equivocado al creer otra cosa.

Rosa pensó algunos momentos si le convenia mas entrar en esplicaciones ó callar, y decidiéndose á lo segundo, quedó silenciosa y dijo á su doncella despues de algunos momentos:

— Acabá pronto de arreglar esa ropa y avísame cuando haya mos de almorzar.

— Antes, — respondió la doncella, — avisaré á don Bartolo que, segun me dijo, queria hablaros reservadamente.

La jóven palideció.

— Bien, — repuso, — pues dile que aquí estoy, que disponga si he de pasar á su aposento ó lo espero en el mio.

La sirvienta salió.

— Cuidado, — dijo la vieja, — cuidado, doña Rosa, mucha prudencia y mucho respeto á vuestro tutor, que os quiere como un padre y no desea mas que vuestra felicidad.

— Siempre lo he respetado...

— Bien, pero hay momentos...

— Podeis estar tranquila...

— Tal vez hoy se decida...

— ¡Oh!... — murmuró Rosa, mientras sus miembros temblaban ligeramente como si empezase á sentir una convulsion.

— ¿Aun os horrorizais?

— Sí.

— Doña Rosa...

— ¿Quereis dejarme sola? — repuso la jóven, cuya inquietud crecia por momentos.

— ¿Para qué?

— Ya habeis oido lo que ha dicho Soledad.

— No sé...

— Que don Bartolo quiere hablarme reservadamente.

— En buen hora; puede hacerlo.

— Pero si no os vais...

— Apenas entre me iré, — replicó la vieja, acomodándose en la silla como resuelta á no moverse.

—Como os plazca,—dijo Rosa con acento de forzada resignacion.

—Quiero que me encuentre en mi puesto, porque así verá que cumplo con mi obligacion.

—Bien.

—No debo separarme de vos.

Rosa se sentó, cruzóse de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó pensativa y triste.

Abrióse la puerta y don Bartolo entró.

—Dejadnos,—dijo severamente á la dueña.

Y cuando esta hubo salido, volvió á cerrar la puerta con pretesto de evitar que entrase el aire frio.

## CAPITULO V.

### De lo que determinó don Bartolo.

Los ojuelos redondos y despestañados de don Bartolo fijaron una mirada tierna y cariñosa en la jóven, contemplándola por algunos instantes.

—Buenos dias, Rosa,—dijo con voz un tanto cascada, y sentándose.

—Dios os los dé buenos,—contestó la niña sin levantar los ojos y con muestras de turbacion.

—¿Qué tienes? ¿Estás mala ó triste?

—No, señor.

—Si algo tienes, no me lo ocultes: ya sabes el cariñoso interés que me inspiras...

—Os repito que nada tengo.

—Pues parece que estés distraida.

—No... pensaba... en lo que tendríais que decirme... y como las mujeres somos muy curiosas...

—¿Acaso,—repuso don Bartolo, arreglando su bata de manera que disimulase lo abultado de su vientre,—acaso no adivinas lo que tengo que decirte?

—No...

—Lo siento: yo hubiera querido que lo adivinases, porque así me hubieras probado... En fin, me explicaré; otra vez hemos hablado del mismo asunto, ó mejor dicho, yo te hablé, pues que nada me contestastes.

Rosa se estremeció, palidicieron sus mejillas, y para disimular su turbacion empezó á entretenerse en doblar y desdoblar un pedazo de su vestido.

—Bien,—murmuró con voz entrecortada,—os escucho...

—Pero habrás de responderme.

—Sí.

—De un modo terminante, sin que me quede duda, porque ya sabes que tu felicidad es la mia y que deseo tu dicha aunque hubiera de costarme un sacrificio.

—Gracias, mi buen tutor.

—¡Tutor!... ¡Ah!—exclamó el médico, exhalando un suspiro.—¡Tutor, nombre frio que tengo ganas de dejar de oír!

—¿Deseais que me separe de vos?

—¡Separarte!... ¿Qué dices, Rosa mia?—replicó don Bartolo con cómica vehemencia.—¡Separarte de mí!... ¡Oh!...

—Entonces...

—Al contrario, quiero que estés mas unida, por lazos que solo la muerte pueda romper.

Rosa palideció y calló.

—Ya te dije cuál era mi deseo, cuál el plan que tenia formado para hacerte feliz y serlo yo, y supongo que no lo habrás olvidado.

—Sin duda os referis...

—Eso es, eso es; no te ruborices,—repuso el médico, acercando un poco mas su silla á la de Rosa y sonriendo maliciosamente.

—Don Bartolo...

—Estás en edad de tomar estado...

—¡Oh!... —murmuró la jóven, que no acertaba á responder ni á levantar los ojos.

—El mundo está perdido, cunde la maldad, y como no creo que puede encontrarse un hombre completamente honrado y digno de tí, y como por otra parte ¡ay! te amo con delirio, con un ardor que no hubiera amado en mi juventud, quiero decir, cuando tenia menos años, por eso...

—¡Ah!... —exclamó la pupila sin poder disimular el horror que le causaban las palabras del viejo.

—Rosa,—prosiguió este con creciente entusiasmo,—nuestra dicha no tendrá igual; tú estarás á cubierto de las asechanzas del mundo, y yo tendré una persona que me mire con interés.

El médico, algo fatigado, calló y volvió á contemplar á Rosa con esa ternura ridícula de los viejos.

Hubo algunos instantes de silencio que la jóven no se atrevió á romper.

—¿Nada me dices?—preguntó al fin don Bartolo.

—Esperaba que acabáseis...

—Solo me resta decirte que te prepares, porque además de mi deseo, tengo otras razones para apresurar nuestra boda.

La pupila se estremeció convulsivamente y apenas pudo contener una exclamacion de horror.

—¡Tan pronto!—dijo con voz ahogada.

—Sí, Rosa: es preciso que te pongas á cubierto del peligro que te amenaza.

—¡Dios mio!

—La seducción con su falsa y deslumbradora belleza, ha fijado en tí su mirada satánica mientras elabora su veneno sutil y mortal.

—¿Qué estais diciendo?—preguntó la pobre niña, fijando en don Bartolo una mirada de espanto.

—¡Si supieras!...

—Pero...

—¡Un monstruo con voz de sirena se prepara á devorarte!...

—¡Ah!...

—Tu hermosura no tiene igual, Rosa, y en este siglo de desbordamiento de las pasiones, la hermosura es un mal, un peligro, una desgracia.

—Pero... no os comprendo...

—¡Tórtola inocente!

—Decidme qué peligro me amenaza.

—¡Oh!...—exclamó el doctor con prolongado acento y estendiendo los brazos con cómico ademán.

—Porque si he de guardarme de él...

—Oye y horrorízate,—repuso don Bartolo, acercando otra vez su silla á la de Rosa.—Menos sufrirías si lo ignorases, pero si te has de guardar...

—Sí, esplicaos, la duda me atormenta.

—Anoche,—dijo el médico, bajando la voz,—hubo en esta calle un escándalo que jamás se borrará de mi memoria.

—¡Un escándalo!—repitió la pupila con muestras de una sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—Sí.

Rosa, al ver el gesto de su tutor, empezó á creer que hubiese sucedido alguna cosa mas que la agradable serenata.

—Esplicaos,—dijo,—esplicaos...

—Uno de esos hombres sin religion ni respeto á nada, llegó á la media noche, acompañado de una turba de gente de mala vida.

—¿Dieron con alguna ronda y hubo cuchilladas?

—Ojalá, porque así, yéndose despues del encuentro, nos hubieran dejado en paz.

—¿Entonces?...

—Se pararon frente á esta casa, sacaron violines, flautas, guitarras y no sé qué otros instrumentos, y empezaron á tocar y cantar, haciendo tanto ruido que no debió quedar en el barrio vecino que no despertase.

—¡Cantaron!—repitió Rosa, ya mas tranquila y mirando á don Bartolo.

—Sí, cantaron. ¡Y qué coplas tan poco honestas!

—¡Oh!...

—Y para colmo de su atrevimiento, para indignacion de la gente honrada, para vergüenza nuestra, sin miramiento ni recato, sin pudor ni respeto, pronunciaron veinte veces tu nombre con clarísima voz.

—¡Mi nombre!—dijo Rosa con sorpresa fingida y con muchas ganas de reir á pesar de que su situacion era bastante apurada.

—Enrojecen tus mejillas, no lo estraño...

—¡Dios mio!

—¿Qué habrá dicho la vecindad? Á nadie consta si tú das ocasion para escándalos tales, y no faltará quien haya sospechado que si así te galantean es porque tú correspondes á ello.

—Bien me conocen y saben...

—No importa ni basta: todos son mas inclinados á creer lo malo que lo bueno.

—¿Pero por qué me nombrarian? Ignoro quién es esa gente.

—No tienes mundo...

—¡Oh!... Decidme lo que despues hicieron, porque si comen-  
zaron por alborotar con gritos, Dios sabe con qué acabarían.

—Despues, uno de ellos, la sirena engañadora de que te ha-  
blo, el atrevido seductor, tocó la guitarra y cantó un romance en  
que decia... ¡Oh!... No quiero lastimar tus oídos castos; basta con  
que sepas que dijo tales cosas que me ruborizaron, y volvió á nom-  
brarte, dando señas de tu persona sin dejar ni aun los dientes. Te  
juro, Rosa, que á no ser por miramiénto á mi dignidad, no hu-  
biera podido contenerme, y tomando la espada hiciera pagar al  
deshonesto galanteador muy caro su atrevimiento. Pero no mere-  
cia tanta honra, y lo castigué como debia y de tal manera que no  
creo, que le hayan quedado ganas de volver.

—¿Y al fin?...

—Se fueron.

—¿Sin hacer mas?

—Nada.

—Ya,—dijo la jóven.

Y guardó silencio, volviendo á lo de plegar y desplegar su  
vestido.

—Veo,—repuso don Bartolo,—pintada en tu rostro la in-  
dignacion.

—Es verdad,—contestó Rosa, que efectivamente estaba indig-  
nada por lo que el médico había hecho la noche anterior.

—Solamente de oirme te avergüenzas...

—Teneis razon,—dijo la jóven sin mentir; porque se aver-  
gonzaba de oír al viejo hablar de amores y decir ternezas.

—¡Horror, horror!—exclamó don Bartolo, poniéndose de  
pié.—¡Siglo de perdicion completa!... ¡Inocente paloma mia!...  
Yo te defenderé... tu Bartolo te servirá de escudo contra la maldad

y corrupcion mientras duermes tranquila en brazos de tu candidez.

Y el enamorado viejo tocó cariñosamente la barba de Rosa y sonrió, dejando asomar á los ojos el fuego débil de su pasion rídícula.

—¡Oh!— exclamó, paseando á lo largo del gabinete.—No extraño que la persigan. ¡Es tan hermosa!

Hemos dicho que era el mes de noviembre, y hacia bastante frio aquella mañana; pero el rostro del médico se puso amoratado como una remolacha; empezó á dar resoplidos como si sintiese un gran calor, y aun recurrió al extremo de hacerse aire con la falda de su bata.

Rosa, colorada como una cereza, tenia los ojos bajos; fija la mirada en el suelo, y sus manos temblaban, no sabemos si de dulce emocion al acordarse del mancebo del agua bendita, si de ira al escuchar á don Bartolo, ó de miedo al pensar que habia llegado el instante de decidir de su suerte.

Pasaron algunos momentos de silencio.

El médico, mas sosegado al fin, volvió á sentarse, miró con ternura á su pupila y dijo:

—Rosa, no te atormentes con pensamientos desagradables: si hubo un escándalo, lo castigué y no se dará el segundo; pero aun sucediendo así, no tengas cuidado, que yo te defiendo de todo y pronto haremos callar la murmuracion. Hablemos, pues, de nuestra felicidad: sepa yo que estás pronta á cumplir mis deseos.

Permaneció silenciosa la jóven.

—¿No me contestas?

Rosa palideció.

—Señor,—dijo con voz balbuciente,—dejadme... pensar algunos dias...

- ¡Algunos días!... Hace muchos que te lo anuncié.
- Sí, pero...
- Preciso es decidirse: ya ves lo que pasa, y antes de dar lugar á mayores males...
- Pero lo que me proponéis...
- ¿Acaso no es de tu gusto? ¿Sería posible que no te llenara de alegría?
- Don Bartolo, os diré la verdad,—contestó Rosa.
- Sí, la verdad, pero mira no te equivoques, no te engañes...
- Conozco bien mis inclinaciones y no pienso hacer traicion á mis sentimientos,—dijo la jóven con gravedad.
- Habla, pues.
- No seré feliz casándome...
- ¡Rosa!—exclamó el médico, fijando en su pupila una mirada de singular sorpresa.
- No tengo inclinacion al matrimonio.
- ¡Oh!...
- Y quiero permanecer soltera.
- ¿Qué estás diciendo?
- Señor, no es forzoso que todas las mujeres deseen casarse...
- ¿Y qué han de hacer solas en el mundo, sin el apoyo y guia de un marido, sin conocer los sentimientos dulces de las afecciones de familia, sin llenar sus deberes, cumplir la misión para que fueron criadas? ¿Acaso quieres ser monja?
- No.
- Entonces, ¿qué has de hacer?
- Vivir como ahora, honrada y tranquilamente.
- Pero cuando yo te falte...
- Aun tardará eso.
- ¿Quién lo sabe?

— Si os arrebatase la muerte, casada ó soltera, sola me quedaria; y si el cielo os conserva la vida, puedo estar á vuestro lado sin ser vuestra esposa.

— ¿Y tu reputacion, Rosa? ¿Y tu reputacion, que á estas horas andará de boca en boca mal parada?

— Eso no, — dijo con firmeza la jóven; — mi honra no puede haber perdido porque haya dado á un hombre la humorada de cantar en mi calle.

— Publicó su amor con tu nombre...

— Cualquiera puede nombrarme sin mi licencia; y no por eso ha de perder mi honra un solo quilate. ¿Acaso ese galán dió á entender que yo le correspondia?

— Es que tambien dijo...

— ¿Qué pudo decir?

— Rosa, no conoces el mundo...

— Lo sé; pero como nada hago que esté en contradiccion con los buenos principios de virtud...

— Eso es poco para el mundo.

— Me basta con tener la conciencia tranquila y no dar lugar á que murmuren.

— Pero si á pesar de eso la maledicencia...

— Se cansará, la desmentirán los hechos...

— ¡Rosa!

— Y sobre todo, hasta ahora, lo mas que pueden decir es que un hombre me galantea porque quiere hacerlo y no hay quien se lo estorbe.

— ¡Oh!... — murmuró el doctor, que empezaba á temer una negativa terminante.

— Dejadme vivir segun mis inclinaciones, no me violentéis, que yo no he nacido para casada.

Don Bartolo se levantó por segunda vez, volvió á pasear y meditó algunos instantes.

—¿Es esa,—preguntó,—tu resolución firme?

—Irrevocable.

—Escúchame,—repuso el médico con la mas seria gravedad:

—Os escucho,—contestó Rosa, inclinando la cabeza respetuosamente.

—Tengo el deber de hacerte feliz y quiero cumplirlo porque, además de que así lo exige mi conciencia, deseo corresponder á la confianza que en mí depositó tu padre, que del cielo goce, cuya amistad venia de muchos años.

—Gracias, señor.

—Por consiguiente, si mi conciencia y mi deber, mi experiencia y sabiduría y el cariño que te profeso me aconsejan que te case, lo haré y serás feliz, aunque en los primeros momentos creas que en ello consiste tu desgracia.

—¡Oh!...

—¿Reconoces la autoridad que Dios, tu padre y el mundo me dan sobre tí?

—Siempre la he respetado,—contestó Rosa con voz ahogada.

—¿Has olvidado el juramento que de obedecerme hicistes á tu padre moribundo?

—Aunque muy niña entonces,—dijo Rosa con acento de conmocion profunda y á la vez que sus negros ojos se llenaban de lágrimas,—no he olvidado aquellos momentos de angustia horrible, de mortal dolor.

—Pues bien, Rosa, yo que sé mejor que tú lo que te conviene, yo que tengo la mision de hacerte dichosa, te mando que te cases.

La jóven exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—En nombre de tu padre...

—¡Dios mio!...

—Dentro de pocos días...

—¡Tened compasion de mí, en nombre de mi padre!—  
clamó Rosa.

—Está decidido.

—¡Os lo pido de rodillas!...

—No... no... basta,—replicó don Bartolo.

Y mientras la pobre niña cruzaba las manos y se levantaba para dejarse caer de hinojos, salió del aposento, sofocado, dando resoplidos y haciéndose aire con su bata.

Quizás si hubiera durado mas la conversacion, Rosa hubiera dicho que amaba al galan atrevido de los cantares; pero de nada le hubiera servido mas que de empeorar su situacion escitando los celos de don Bartolo, que indudablemente apresuraria en tal caso la boda.

Dejóse caer nuevamente la jóven en la silla sin poder decir mas que

—¡Dios mio!

Y atormentada horriblemente dejó correr sus lágrimas y salir sus tristes y abrasadores suspiros.

## CAPITULO VI.

### De cómo Fígaro empezó á tener ocasiones de enredar.

Mientras don Bartolo hablaba con Rosa, Fígaro, provisto de todo lo necesario para afeitarse, cerraba la tienda y á buen paso se encaminaba á casa del médico, diciendo para sí:

— Bien puede suceder que la niña no ame al conde, pero aun así, mientras ella desdeña y él se convence, tendré ocasion de enredar, ó lo que es lo mismo, podré meter en mi bolsillo algunos doblones. Todo lo que necesito es que no sea Rosita la que anoche nos bautizó de tan mala manera, y por esta parte debo estar tranquilo porque ella no tiene ánimos para tanto: la idea fué sin duda del pícaro viejo, ó si no de la horrible dueña en venganza de que el galan no la hubiera elegido por mediadora en el asunto, pagándole generosamente. ¡Oh! las dueñas son la perdicion de las mujeres. En fin, pronto saldré de dudas: Soledad, como de costumbre, se hará la enconradiza conmigo, y aunque hace dos dias que se muestra algo enojada, no dejará de decirme la ver-

dad. También el conde, si ha tomado mi consejo, habrá ido á misa y podrá decirme cómo se ha mostrado la niña y qué gesto ha puesto la vieja. Por de pronto, y suceda lo que quiera, anoche me regaló el amante la bolsa, que contenia veinte ducados, lo cual es ya negocio muy lucido aunque mas no produjera.

Restregóse Figaro las manos porque el viento soplaba cada vez mas frio, subió el embozo de su capa y apresuró el paso.

Llegó á casa del médico, llamó, y la señora Anastasia, despues de haberle reconocido, se dirigió á la escalera para abrirle; pero se le adelantó Soledad, bajando en cuatro brinco y mientras contestaba á las observaciones del ama de gobierno.

—¿Á dónde vais?—dijo está.

—Á abrir para evitaros el hacerlo.

—¡Sin preguntar quién es!...

—¿No habeis dicho que Figaro?

—No he dicho nada; ¡señora entremetida!

—Aun debiérais agradecermelo...

—Ya os conozco,—dijo la señora Anastasia, bajando también la escalera para evitar que Soledad hablase con el barbero.

Pero la doncella era lista y descorrió llaves y cerrojos en un instante, recibiendo del rapabarbas un saludo tan galante y expresivo que le hizo olvidar el enojo de los dias pasados.

—Buenos dias, Soledad,—dijo Figaro en voz alta.

Y luego añadió de modo que solo pudiera oirlo la jóven:

—¿Quién nos bautizó anoche?

—No fuí yo,—respondió la doncella.

—¿Pero quién fué?

—¿Qué te importa?

—Nuestra felicidad, nuestro amor, nuestro casamiento; en fin, dependen...

—El viejo,—replicó Soledad, poniéndose colorada como una cereza.

—¡Bendita sea esa boca que tan buena noticia me da!—dijo el barbero.

Y de dos en dos escalones empezó á subir, cantando alegremente.

—Poco á poco,—le gritó la señora Anastasia:—que me atropellais.

—Tengo prisa.

—¿Cuándo no es pascua?

—Me esperan en otra parte...

—Si no hubiérais perdido el tiempo en la puerta...

—Sois muy maliciosa, señora Anastasia: me detuve para meterme un zapato que se me habia salido.

—Un zapato ¿eh?—dijo el ama de gobierno, mirando de reojo á Figaro, porque habia oido algunas de las últimas palabras que este dijo á Soledad.—¿Era esa la noticia?

—¡La noticia!... No sé... ¡Ah!... Ya me acuerdo... dije á Soledad que tenia que daros una noticia.

—No sé lo que pueda ser,—repuso la señora Anastasia, siguiendo al barbero.

—Es que se dice en Sevilla que os casais.

—¿Empezais con burlas?

—Os juro...

—Dejaos de bromas.

—Y aun se añade el nombre del dichoso mortal que va á ser dueño de vuestra hermosura.

—¡Señor Figaro!—exclamó el ama de gobierno con aire de amenaza.

—Está demas la señoría,—repuso tranquilamente el barbero.

- No toleraré...
- ¿Os enfadais?
- Me enfadaré.
- No es mia la culpa, sino vuestra,—repuso el barbero, entrando en la habitacion de don Bartolo, dejando el sombrero, la capa, las navajas y la bacía, y sentándose.
- ¿Y quién tiene el atrevimiento de ocuparse de mí? ¿Qué hago yo para que así se murmure?
- Casaros.
- ¿Otra vez?
- Una no mas.
- Vamos, no me hagais perder la paciencia!
- Os repito, señora Anastasia, que se asegura que os casais con don Basilio.
- ¡Dios mio!—exclamó el ama de gobierno, cruzando las manos.—¡Con don Basilio!... ¡Qué horror!
- ¿Por qué?
- Un sacristan...
- Organista.
- ¡Gran cosa!
- Maestro de música...
- Hambriento...
- Y cantor afamado que no tiene igual, segun él mismo asegura, para entonar un *Stabat Mater*.
- Será todo lo que quiera; pero ya sabeis que entre don Basilio y yo hay un abismo,—dijo la señora Anastasia, inclinando la cabeza sobre el pecho.
- Y exhaló un suspiro ridículamente tierno.
- Ignoro...
- Fingís ignorarlo...

—Pues aun se dice mas,—repuso el barbero, conteniendo la risa.

—Es imposible que se invente calumnia mayor.

—Se asegura que...

—Callad,—replicó la señora Anastasia, fingiendo una pudorosa turbacion.

—¿Nos oyen?

—No, pero...

—Entonces puedo hablar.

—¿Mas mentiras?—repuso el ama de gobierno, que gradualmente iba dulcificando la voz.

—Repito lo que me han dicho,—contestó el barbero, pudiendo apenas contener la risa.

—Nadie está libre de una mala lengua.

—Ni de una buena música.

—¿Qué estais diciendo? ¡Ah!—exclamó la vieja, que aguantó la respiracion algunos segundos con intento de ponerse colorada como si el rubor arrebatase la sangre á su rostro.

—Que anoche, á ser cierto lo que me dijo un amigo, hubo serenata en esta calle.

El ama de gobierno fijó una mirada escudriñadora en Figaro.

—Y parece,—añadió este,—que se cantaron coplas bien significativas...

—¿Tambien vos habeis sabido?...

—¿Con que es verdad?

—¡Qué escándalo!—exclamó la señora Anastasia.

—¡Escándalo!... La cosa es bien sencilla, y á nadie se ofende con galantear á una mujer soltera con fines honestos. En fin, nada os digo puesto que oísteis la música.

—Tengo el deber de vigilar...

- Y si estábais advertida...
- ¿Por quién?
- Por don Basilio.
- ¿Otra vez él?—replicó la vieja, volviendo á su entonación ágría y desagradable.
- Hablamos de su serenata...
- ¡Fígaro!...
- Y de las coplas que os cantó...
- ¡Señor Fígaro!—gritó el ama de gobierno sin disimular su ira.
- ¿Volveis á la señoría?—repuso el barbero con burlona sonrisa.
- ¿Pero qué tiene que ver la música con el organista?
- Me han dicho que fué don Basilio y que entre suspiros y ternezas resonó vuestro nombre mas de una vez...
- Esto es insufrible,—replicó el ama de gobierno sofocada.
- ¿Es ó no cierto?
- No y cien veces no.
- Como hablásteis de escándalos...
- Hubo serenata, pero no me nombraron.
- Siempre se exagera... Pero en fin, lo mismo tiene...
- No don Basilio, sino otro era el atrevido galán.
- Entiendo... Lo han ¡equivocado,—dijo Fígaro con calma.
- Debe ser algun mozalvete desalmado y poco temeroso de Dios...
- ¿Porque os ama?
- ¿Y tengo paciencia para tanto?—replicó la vieja, clavando en el barbero una mirada terrible.
- No nos entendemos.
- Me han confundido.

—¿Con la señora Alfonsa?

—¿Os burlais?

—Acabareis por aturdirme, —dijo Figaro, encogiéndose de hombros.

—Vale mas que no hablemos de semejante cosa. ¡Ah! Si supiera don Bartolo...

—¿Acaso no despertó?

—Mas le hubiera valido dormir.

—Por lo que decís, señora Anastasia, el lance fué sério.

—No quedarán al cantor ganas de volver otra noche.

—Sentaos, porque segun veo, don Bartolo está muy ocupado... Ya sabéis que os quiero de veras, tranquilizaos y referidme lo de la música.

—Puede entrar don Bartolo...

—¿Qué importa?

—Esperad.

La señora Anastasia se asomó á la puerta y escuchó, volviendo luego y sentándose muy contenta de tener aquella ocasion de hablar con Figaro.

Este cruzó las piernas y se dispuso á escuchar, muy contento tambien porque pensaba divertirse con el relato de la vieja.

Pero en aquel momento se oyeron pasos y la tos del médico que acababa de salir de la habitacion de Rosa.

La señora Anastasia hizo un gesto de despecho, levantóse y salió al encuentro de su amo mientras decia:

—Esperad, Figaro, que no tardará en venir mi señor don Bartolo.

Pocos momentos despues entró el médico triste y cabizbajo.

Figaro le hizo una profunda reverencia.

—Buenos dias, —dijo.

Y dobló las mangas de su ropilla, disponiéndose á ejercer sus barberiles funciones.

Tan pensativo estaba don Bartolo que no contestó al saludo del barbero, y aun se hubiera dicho que ni siquiera lo vió, pues en vez de sentarse empezó á pasear por el anchuroso y casi desamueblado aposento.

—No direis,—repuso Fígaro mientras afilaba con ligereza una de las navajas en un pedazo de cuero,—no direis, señor don Bartolo, que hoy he venido tarde con perjuicio de algun enfermo que os aguardaba para recobrar la salud. Ya veis que he madrugado, á pesar de que la mañana está fria y he pasado la noche en vela porque no me ha dejado cerrar los ojos un pícaro dolor de cabeza que con nada se me aliviaba. Vos tambien parece que habeis tenido mala noche: estais ojeroso y... Es preciso cuidarse, don Bartolo; á vuestra edad...

—¡Mi edad!—repitió el médico con amargura porque pensó que sus años eran el mayor inconveniente para conseguir el amor de Rosa.—Sí, á mi edad empieza á quebrantarse la salud.

—No es esto decir que sois viejo...

—Lo seré muy pronto; no me hago ilusiones: ya me quedan pocos años de vigor; pronto empezaré á perder las fuerzas de la virilidad...

—Aun estais fresco... parece que por vos no pasan dias...

—No dicen todos lo mismo.

—Pues se equivocan: no hay mas que miraros...

—Aféitame,—interrumpió el médico,—que ya hace una hora que he debido salir.

Y se sentó, dejando que Fígaro le pusiese el paño, le colocase la bacía y empezara á jabonarle la barba.

—Me parece,—dijo,—que está el agua demasiado caliente...

—Al contrario, señor, y aun temí que os quejáseis de su frialdad.

—Será aprension...

—Si hubiéscis salido á la calle con el frio que sopla...

—¿Y qué noticias corren? Tú lo sabes todo...

—Pues hoy no puedo deciros nada; porque con nadie he hablado: vos sois el primero á quien afeito, y desde mi casa he venido aquí sin detenerme ni encontrar á ningun amigo.

Don Bartolo exhaló un suspiro y quedó silencioso.

—¿Os sentís indispuesto?—preguntó Figaro, quitándole la bacía y tomando la navaja.

—No.

—Parece...

—Figaro,—interrumpió don Bartolo,—si fueras más hombre de bien podrias hacerme un servicio y yo te recompensaria; pero no me atrevo á fiarme de tí.

—¡Señor!—exclamó el barbero.

—Sí, eres indiscreto, intrigante...

—¿Qué decís?

—La verdad.

—¿Á quién he sido traidor? Se murmura de mí, lo sé, pero cuanto se dice es hijo de la envidia de muchos que me ven medrar y no tienen la virtud de quitarse la vida trabajando como yo. Soy alegre y me gusta divertirme, lo cual no es estraño á mi edad; pero cuando se toca á lo sério, entonces no hay quien me llegue á formal y discreto.

—Creo que solo el interés...

—Os equivocais.

—Por eso te he dicho que te pagaria generosamente; aunque no es de importancia lo que deseo.

—Mandad y me conocereis.

—Si me prometes...

—Y juro si lo quereis así.

—Puedes ganar fácilmente un ducado.

—¡Un ducado!—repitió Figaro, fingiendo que le parecía gran cantidad y conteniendo una risa burlona porque se acordó del bolsillo del conde.

—¿No esperabas tanto?

—No.

—Pues bien, cuéntalo por tuyo si para mañana averiguas una cosa.

—Explicaos,—dijo el barbero, suspendiendo por un instante la operacion de rapar.

—Es el caso que la noche pasada, á las once ó poco mas, sentí ruido en la calle, escuché, y... ¡Si supieras lo que oí!...

—¿Alguna riña?

—Peor...

—¿Cuchilladas?

—¡Ojalá!

—Entonces...

—Un galan, que debe ser de esos que pasan la vida pervirtiendo honradas doncellas, acompañado de una turba de aventureros, se paró delante de esta casa.

—¡Ah!

—Y sin miramiento alguno empezaron á tocar diversos instrumentos con tal ruido que no hubo vecino que no despertase y se asomara á la ventana.

—¡Qué escándalo!...

—¡Ayl!...

—Señor...

—Me has cortado...

—Perdonad... la indignación... la sorpresa...

—Es natural.

—¿Con que atronaron la calle con una música?...

—Horrible.

—Mentira parece.

—Pues aun hicieron mas.

—¿Es posible?—dijo el barbero, mirando á don Bartolo con bien fingida sorpresa.

—Sí, Fígaro: no contentos con haber despertado á la vecindad, empezaron á cantar amorosas endechas.

—¿Acaso habrá dado Soledad ocasion á semejante escándalo?

—No, Fígaro; no tengo queja de esa pobre muchacha, que si bien es de genio festivo, tiene sentimientos muy honestos y cristianos.

—¿La señora Anastasia?...

—Tampoco.

—Pues en cuanto á la señora Alfonsa...

—No está en edad de tales devaneos.

—Entonces no adivino...

—Los atrevidos cantores nombraron á una mujer... ¡á mi inocente pupila!

—¡Don Bartolo!

—¡Cien veces repitieron su nombre!

—Sin duda os equivocásteis.

—Lo pronunciaron con mucha claridad...

—¡Oh!...

—Ya ves, Fígaro, si tengo razon para estar intranquilo.

—No ha podido ser mayor la audacia. Sin embargo, los que

oyeron la música comprenderán que doña Rosa no es dueña de evitar que toquen y canten en la calle.

—Queda la duda...

—Se desvanece.

—Tarde ó nunca, Fígaro.

—Creo que debéis tranquilizaros: todo el mundo sabe que vuestra pupila es en extremo honesta y recatada...

—Hay otra cosa.

—¿Mas aun?

—Rosa es inocente como un niño, cándida como una paloma, y aunque la guarda su virtud, puede suceder que, así como la mariposa encuentra la muerte en la misma luz que busca con tanto afán, ella, sin conocer que camina á su perdicion, escuche los halagos y falsas promesas de la seduccion venenosa de ese galan.

—Exagerais, don Bartolo.

—Bueno es ponerse en todo: tengo mas esperiencia que tú y estoy convencido de que nada es imposible, tratándose de hombres y mujeres. Rosa es al fin una niña que no conoce el mundo.

—Vos la guardais...

—Sí, pero quien quita la ocasion quita el peligro.

—¿Y qué pensais hacer?

—Ante todo quiero saber quién es el galan.

—Es muy fácil,—dijo el barbero, que trabajosamente podia contener su alegría.

—¡Muy fácil!—repitió admirado el médico.

—Buscaré tres ó cuatro amigos de confianza, nos escondemos en la calle, esperaremos, y cuando lleguen los músicos...

—No llegarán.

—¿Cómo lo sabeis?

—Porque yo contesté á sus cantares, bautizando á los músicos, de manera que no se atreverán á volver.

—El galan habrá creído que fué doña Rosa...

—Con esa intencion lo hice.

—Entonces podeis estar ya descuidado.

—Pero si sospecha la verdad...

—Es imposible, señor.

—Fígaro, no estoy satisfecho.

—Disponed entonces lo que os plazca.

—Quiero...

—¿Descañono mucho?

—No, que me escuece la cara.

—Proseguid.

—Tú conoces á todos esos tunantes que por cualquiera cosa van á tocar donde les mandan.

—Conozco á muchos.

—Pues bien, preguntando á unos y otros, averiguarás...

—Comprendo.

—Ya sabes que puedes ganar un ducado...

—Como si ya le tuviera en el bolsillo.

—El secreto me importa mucho, y si me engañas...

—Os he jurado...

—No volverías á sangrar ni á poner ventosas á ninguno de mis enfermos.

—Don Bartolo, no olvido que os debo la mayor parte de mi parroquia, y como soy agradecido...

—Y yo liberal para el que me sirve fielmente.

—Mañana sabreis quién es el que anoche cantó bajo vuestras ventanas, y aun tal vez sus intenciones.

—Entonces la recompensa será doble de lo prometido.

—Gracias, don Bartolo; sois el hombre mas generoso y espléndido que he conocido, y no os quejareis de mí.

Acabó Fígaro de afeitar al viejo, lo peinó con maravillosa ligereza y se dispuso á salir.

—Cuidado,—le dijo el médico,—que la mas leve indiscrecion...

—Nada teneis que advertirme.

—Ya sabes que serán dos ducados si logras descubrir...

—Cuanto deseais,—replicó el barbero.

Y sin detenerse, porque queria ver al conde, salió con apresurados pasos y cantando alegremente.

Quedó el viejo sumido en profundas meditaciones, dudando si habia hecho mal en valerse de Fígaro para averiguar quién era el que á su pupila galanteaba, y pensando que su proyectado casamiento empezaba á presentar mas dificultades de las que pudo imaginar.

—¿Es posible,—decia,—que Rosa no quiera casarse; como asegura, ó se escusa de esa manera porque no se atreve á decirme que no le satisface mi amor? ¡Oh! si el atrevido galán de anoche ha interesado su corazon y me desprecia por él... Entonces habrá lucha, sí, y la victoria... ¡ah!... será mia, por lo menos en parte: Rosa no se casará conmigo si tiene valor para resistir, pero tampoco se casará con él mientras esté bajo mi autoridad: no será para mí ni su hermosura ni su dote, pero tampoco será para otro. Desde hoy la vigilaré mas que nunca, y no permitiéndole asomarse á las ventanas ni hablar con nadie mientras su dueña ó yo no estemos presentes, será imposible que nos engañe á todos, porque no tendrá medios para ello. Al amanecer á misa, y aun eso no mas que los dias de fiesta si ofreciese peligro; despues á casa, y nadie la verá en el resto del dia mas que don Basilio para darle leccion;

pero con este puedo contar, porque mas bien favorecerá mis proyectos con esperanza de que yo ayude los suyos, si es que no me equivoco en los que creo que tiene, ó de que le pague generosamente sus servicios. Mi plan no puede estar mejor combinado: sí, Rosa, cuya belleza no tiene igual, será mia.

Los ojuelos del vejete se animaron.

—¿Por qué no ha de amarme?—añadió.—Es verdad que he cumplido los sesenta y cuatro, pero ella no lo sabe, y yo apenas represento los cincuenta, es decir, la edad de la razon madura, pero no de la vejez; de la calma, pero no de la debilidad; la edad en que se ama, sino con tanto ardor, con mas constancia, y en que se tiene bastante esperiencia para distinguir lo bueno de lo malo, bastante tino para hacer feliz á una mujer.

Lleno de vanidad se levantó don Bartolo y se puso frente á un espejo, contemplando su figura con satisfaccion.

—No tengo,—dijo,—muchas arrugas, y fuera de este caso abultamiento del abdómen, que puede corregirse con un rigoroso sistema de alimentacion floja, mis formas son buenas, mi talante majestuoso y agradable mi conversacion, que no cansa porque tengo acierto para salpicarla de sentencias ó interesantes ejemplos.

Don Bartolo se volvió de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, mirándose de arriba abajo y encontrándose cada vez mejor, y hubiera acabado por creer que no habia mancebo que lo igualase, si no lo interrumpiera la voz de la señora Anastasia que lo llamaba para almorzar.

Tan ufano de su persona como de sus proyectos amorosos, echó una última mirada al espejo, exhaló un suspiro y salió del aposento mientras decia al ama de gobierno que no cesaba de llamarlo:

—Calma, mas calma, que si no he ido antes habrá sido por estar ocupado.

—Pero como son mas de las ocho y aun teneis que vestirós...

—Me vestiré.

—Y el recado que trajeron de don Antonio Montalvan...

—¿Callareis?—replicó ásperamente don Bartolo.

—¡Ay!—dijo el ama de gobierno exhalando un suspiro.—¡Lo que va de ayer á hoy!...

—¿Qué murmurais?

—Nada... Decia que perdonáseis, si os habia incomodado...

—Señora Anastasia...

—Ya he callado.

int  
sen  
hor  
lad  
mi  
que  
de  
era  
roj  
edu  
cie  
cu  
tra

## CAPÍTULO VII.

Quién era el galán que á Rosa galanteaba.

Llevaremos al lector á una casa de suntuosa apariencia, y lo introduciremos en un gabinete ricamente amueblado y donde, sentado en un dorado sillón cerca de una chimenea, había un hombre que apenas tendría veinticinco años. Tenía el rostro ovalado, blanco el cutis, negros los ojos y de ardiente y espresiva mirada, y la frente espaciosa, pero marcada con una leve arruga que partía de entre sus arqueadas cejas y que sin duda era señal de su carácter taciturno ó caviloso. La espresion de su semblante era casi siempre altiva, muchas veces desdeñosa, y poquísimas sus rojos labios se entreabrían para sonreír. Ya fuese efecto de una educacion exageradamente severa ó de su temperamento, es lo cierto que demostraba una gravedad ajena de sus pocos años, lo cual no quitaba nada á su belleza poco comun, sino que al contrario, la hacia mas varonil.

Vestia con suma elegancia una casaca de terciopelo azul bor-

dada de plata y seda, calzones de finísimo paño del mismo color, chupa de raso blanco, bordada también, camisa con chorrera y vuelos de encaje de Flandes que le cubrían la mitad de la mano, medias blancas de seda y zapatos con hebillas de plata y diamantes. Llevaba, como era costumbre, dos relojes, según podía verse por dos cintas de seda azul que salían por debajo de la chupa y de cuyos extremos pendían algunas llaves y sellos de oro. Su peinado era el de los caballeros de su época, empolvado de blanco el pelo y recogido en bucles sobre las sienes y atrás en una trenza que iba metida en una bolsa de red de cordoncillos de seda verde.

Hecho el retrato del hermoso mancebo, solo nos falta decir que era el conde de Almaviva, huérfano y dueño de una fortuna inmensa.

Hacia poco más de un mes que desde Madrid, su habitual residencia, había ido á Sevilla sin más objeto que conocer aquella tierra encantadora, cuya belleza le hizo prolongar su estancia allí, decidiendo no volver á la corte cuando conoció á Rosa y sintió el fuego de un amor vehemente.

El conde no había amado nunca, y aquella pasión, como la primera, absorbió todos sus sentimientos, dominando su razón y su voluntad.

Seguro estaba de que su nombre era bastante para alcanzar correspondencia de cualquiera mujer; pero él no se contentaba con esto, quería un amor desinteresado, y decidió ocultar su clase para poner á prueba los sentimientos de Rosa.

Nada de particular tiene esto en quien ama, y mucho menos en el conde, que era de natural receloso y se dejaba llevar fácilmente de las sospechas y dudas que con débil ó ningún fundamento se engendraban en su ardiente y fantástica imaginación. No le hubiera satisfecho, no hubiera creído en el amor de la huérfana

de un simple hidalgo al conde de Almaviva; pero el amor de la rica heredera al simple hidalgo Fadrique no podia ponerlo en duda.

Determinado esto, habia hecho lo que ya saben nuestros lectores, presentándose no como quien era, y valiéndose de Fígaro, á quien conoció por casualidad y de quien le contaron maravillas como hábil enredador en los asuntos de amores.

Despues de dejar en su casa á Rosa, entusiasmado y alegre volvió el conde á su posada, almorzó con mas apetito que nunca, habló, contra su costumbre, familiarmente con sus criados, le pareció bueno lo que otros dias encontraba malo, y entregándose á sus risueñas ilusiones, esperó con impaciencia al barbero.

Al fin se levantó el tapiz flamenco que cubria la puerta y se presentó un criado diciendo:

—Señor, el barbero Fígaro ha llegado...

—Que entre,—respondió vivamente el conde.

Y pocos momentos despues, el travieso Fígaro entró en el gabinete con semblante que revelaba el contento que sentia.

—Albricias, señor conde,—dijo.

—¿Me ama?—preguntó vivamente el enamorado mancebo.

—Poco á poco, señor: bueno es correr; pero volar se queda para los pájaros.

—Como te veo tan alegre...

—Y con razon.

—Cuéntame, Fígaro...

—Si antes quisiera vuestra señoría decirme si hizo lo que le aconsejé...

—Fuí á misa, doña Rosa correspondió á mis miradas á pesar del impertinente cuidado de su dueña, y tomó el agua bendita que le ofrecí.

—Lo cual prueba...

—Que anoche no te equivocastes.

—Y tanto es así, señor, que acabo de saber de un modo positivo que fué el viejo quien os bautizó.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Primero la doncella de doña Rosa, que es lista como una ardilla, y luego el mismo don Bartolo.

—¡Don Bartolo!... ¿Acaso te conoció?

—Es muy torpe, y con mucha formalidad me ha dicho en secreto lo de la serenata, ofreciéndome un ducado si lograba averiguar quién era el galán, y dos si llegaba á penetrar sus intenciones.

—¿Con que á tí te encarga?...

—Á mí, señor,—repuso Fígaro, riendo á más no poder.— Aunque en honor de la verdad, no anda descaminado, porque nadie mejor que yo puede darle las noticias que desca.

—¿Y qué has hecho?

—He aceptado gustosísimo la comisión,—respondió el barbero,—seguro de ganar los dos ducados, diciéndole mañana lo primero que se me ocurra.

—Cuidado, Fígaro.

—Nada temais, señor, que el pandero no está en manos de cera. Mi intencion es tranquilizarlo, haciéndole creer que el galán ha desistido de su galanteo en vista de lo mal recibida que fué su serenata; y así, perdiendo el miedo de que le quiten á Rosa, no apresurará su casamiento, y nos dará lugar á dejarlo á la luna de Valencia.

—Fígaro, eres un consumado maestro en la intriga, y con tu ayuda...

—Todo saldrá á medida de nuestro deseo; pero hay que dar

tiempo al tiempo y no hacerse ilusiones. Parece que doña Rosa os ama...

— Y no tengo mas que un rival despreciable.

— Despreciable porque es viejo, sí; pero hay que tener en cuenta los medios poderosos de que dispone.

— Si Rosa me ama...

— No es eso bastante, es preciso ponerse en comunicacion, lo cual presenta dificultades que no es posible superar en pocos dias.

— ¿Empiezas á desconfiar?

— Señor, — dijo el barbero, á quien convenia que el enredo se dilatase para tener ocasion de dar mas importancia á sus servicios y hacerlos producir mas, — no desconfío ni pierdo los alientos á las primeras de cambio, sino al revés, trabajo con mas ahinco cuando se aumentan los inconvenientes y disminuyen las probabilidades de triunfar; pero como conozco el terreno que piso, no quiero abrigar esperanzas risueñas que pueden verse desvanecidas con realidades tristes. Y si no, supongamos lo mas favorable, es decir, que doña Rosa os ama: faltará que vuestra señoría le declare su pasion y ella se asegure de que sus intentos no la ofenden.

— Y así lo haré.

— ¿Cómo?

— Buscando una ocasion para hablar con ella...

— Imposible.

— Lé escribiré.

— ¿Llegará el billete á manos de doña Rosa? Hé ahí la primera dificultad.

— ¿No te comprometes á vencerla?

— Sí, señor, pero no puedo fijar plazo. Yo estoy tambien ena-

morado, ya lo he dicho á vuestra señoría, y sé lo que es esperar; pero cuando se atraviesa un imposible no hay mas que tener paciencia y trabajar para vencerlo. Pasan semanas y meses sin que yo vea á doña Rosa: no sabeis cómo la guarda el maldito viejo.

—¿Y su doncella?

—¡Ay, señor!... Por casualidad he podido hoy decirle dos palabras, y para eso Dios sabe lo que le costará, porque sucede que el ama de gobierno se ha empeñado en una cosa...

—Esplicáte.

—Pues bien, me persigue, quiere que me case con ella, y los celos le hacen vigilar á Soledad con mas cuidado que el viejo á doña Rosa. De manera que cuando voy, ella me abre y me acompaña hasta el aposento de don Bartolo, esperando fuera hasta que salgo para seguirme otra vez, hablándome de no sé qué dinero que tiene ahorrado, hasta que estoy en la calle. Soledad es traviesa, y como hoy, puede alguna vez burlar la vigilancia de la vieja; pero esto sucede muy de tarde en tarde.

—¿Y la dueña?

—Nada espere de ella vuestra señoría.

—¡Vive el cielo!—exclamó el conde con marcada impaciencia.—¿Qué hemos de hacer entonces?

—Esperar, señor.

—¡Esperar!... Vana palabra que nada dice á mi deseo.

—Es verdad, lo comprendo porque estoy en el mismo caso, pero...

—Dime,—interrumpió el caballero como inspirado repentinamente,—¿no entra en la casa nadie que pueda tener mejores ocasiones que tú?

—El maestro de música de doña Rosa...

—¡Ah!—exclamó el conde alegremente.

- La ve todos los dias y aun suele quedar á solas con ella.
- De ese nos serviremos...
- De ese nos guardaremos, porque pertenece en cuerpo y alma á don Bartolo.
- Si yò le pago mejor...
- Es que quierè, no solo dinero, sino otra cosa que vos no podeis darle. Así como el ama de gobierno me ofrece sus ahorros porque me case con ella, el maestro de música quiere casarse con el ama de gobierno para ser dueño de esos ahorros.
- Pues bien, yo le pagaré largamente sus servicios y así podrá mas fácilmente casarse y tener además el dote de la vieja.
- ¿Y cómo se casa ella sin que lo consienta don Bartolo?
- ¿Es acaso su hija?
- Otra cosa ha sido...
- Te comprendo, pero ¿qué importa eso? Ella es libre...
- Hay nudos que no se desatan con la facilidad que se atan.
- Figaro, empiezo á desesperarme...
- Señor, aguante un poco vuestra señoría y déjemè obrar, pues estoy al cabo de todo y puedo hacer lo que nadie.
- Pero entre tanto el tiempo pasa, el codicioso viejo apresurará su boda y...
- Ocupe otro mi puesto, señor conde,—replicó Figaro, haciendo una reverencia.
- ¿Me abandonas?
- No sirvo para el caso.
- ¡Figaro!
- ¿Para qué he de prometeros lo que no puedo cumplir?
- ¿Quiere vuestra señoría que lo engañe?
- Tendré paciencia,—dijo el conde, haciendo un gesto de resignacion.—Dime cuál es tu plan.

—Primero; llevar siempre en el bolsillo un billete vuestro para doña Rosa y aprovechar la ocasion que se presente para entregarlo. Y suponiendo que la jóven os ama, y que por consiguiente conviene que se dilate la boda de don Bartolo, hacer que este, el maestro de música, el ama de gobierno y la dueña se enreden y confundan de tal modo que al salir de un error caigan en otro y acaben por no entenderse ni acertar con lo que deben hacer.

— Bueno es el plan, pero la ejecucion...

— Yo me encargo de ella y estoy seguro de conseguir mi intento. Así, mientras ellos trabajan para entenderse no pensarán en nosotros; y nos darán tiempo para prepararles la última burla.

— Eres un intrigante consumado.

— Soy un servidor de vuestra señoría.

— Te recompensaré...

— No hablemos de eso, señor. Déme vuestra señoría el amoroso billete.

— Ahora mismo,— repuso el conde.

Y sentándose delante de una mesa donde habia lo necesario para escribir, meditó algunos instantes, dejó correr la pluma sobre el papel y á los cinco minutos firmó con el nombre de Fadrique, añadiendo el apellido Villalonga, que era uno de los suyos.

Escusado es decir que la carta iba llena de ampulosos conceptos que espresaban un amor vehemente.

— Toma,— dijo el conde á Figaro:— si consigues que pronto llegue á su poder, no tendrá límites mi agradecimiento. En tus manos pongo mi felicidad...

— Descuide vuestra señoría, que ha de quedar contento de mí.

— Así lo espero.

— Y si nada mas tiene que mandarme, voy á cumplir con los deberes de mi oficio mientras combino el plan de campaña.

—El cielo te guie, Figaro.

El barbero salió, cantando alegremente como tenia por costumbre, y el conde volvió á entregarse á sus amorosos pensamientos.

—¡Rosa!—solia murmurar mientras sonreia.—¡Qué nombre tan dulce y tan espresivo de su belleza y candidez!... ¡Ah!

Y sin variar de postura pasó mas de una hora.

## CAPITULO VIII.

Donde conoceremos á un nuevo personaje.

Don Bartolo, despues de almorzar, salió de su casa para ir á visitar á sus enfermos, y Rosa, triste y meditabunda, volvió á su aposento acompañada de la dueña, que no la perdía de vista un instante.

Así pasaron una hora, bordando la jóven y rezando ó haciendo que rezaba la vieja, hasta que esta, guardando sus camándulas, rompió el silencio para decir:

—¿Qué teneis?

—Nada,—respondió Rosa.

—¿Estais enferma?

—No.

—¿Y triste?

—Tampoco,—repuso la jóven, que queria evitar la conversacion.

—¿Por qué suspirais tanto?—dijo la señora Alfonsa, que tenia, como siempre, muchas ganas de hablar.

- Porque quiero,—contestó Rosa ásperamente.
- Pero el motivo...
- Capricho.
- Bien raro.
- Rosa calló, y la dueña repuso:
- Tambien habeis llorado, y silencio, lágrimas y suspiros significan... ¿Me entendéis?
- No.
- Significan pena. ¿Me equivoco?
- Dejadme, señora Alfonsa.
- Tengo orden de no moverme de vuestro lado.
- Pues callad.
- Os hablo para distraeros...
- Me duele la cabeza.
- Entonces no estudiareis hoy la leccion de clavicordio...
- Sí,—replicó la jóven, levantándose con ligereza porque pensó librarse así de la impertinente conversacion de la señora Alfonsa.

Y seguida de esta, salió al aposento inmediato, que era la sala donde la noche anterior habia tenido lugar la cómica escena de que dimos cuenta á nuestros lectores.

Allí, con una mesa que habia sido dorada y unas sillas de nogal heredadas por don Bartolo de sus padres, habia un clavicordio de caoba, único mueble que Rosa conservaba de su casa, y único tambien que en la del médico desdecia de la humildad y casi pobreza que todo presentaba allí.

La jóven abrió el instrumento, sentóse delante de él, hojeó algunos amarillentos papeles de música, y como si no encontrase lo que deseaba, los arrojó con desden.

—Pronto os cansais,—dijo la dueña.

Rosa no respondió: dilatóse su rostro, brillaron sus negras pupilas y sus dedos se deslizaron con sorprendente ligereza sobre el teclado.

Resonó una armonía dulce, muy expresiva para un alma triste, pero nada significativa para el que no sufriese alguna pena.

Á los pocos momentos cambió el compás; las notas se sucedieron con mas rapidez y en caprichosa alternativa.

—¿Qué es eso?—preguntó la dueña.

Rosa tampoco respondió.

—No recuerdo que don Basilio os haya puesto semejante lección,—añadió la señora Alfonsa.

La jóven guardó el mismo silencio, bien porque le enojara la conversacion ó porque distraida no oyese mas que los gratos sonos acordados por su fantasía.

—¿No me respondeis, señorita?—repuso la vieja con acento que no dejaba duda de su mal humor.

Y como tampoco Rosa contestase, acercósele y la movió, poniéndole una mano en la espalda.

—¿Qué queréis?—dijo ásperamente la jóven.

—Os he preguntado...

—Bien.

—Eso que tocais no os lo ha enseñado don Basilio.

—¿Y qué os importa?

—Mucho.

—¿Estais tambien encargada de darme lecciones de música?

—No, pero es natural que quiera saber de dónde habeis sacado...

—¡Ah!—exclamó Rosa, levantándose repentinamente.—Este tormento no tiene igual.

—Señorita...

—No, no puedo sufriros,—replicó la jóven mientras que de sus ojos brotaban dos lágrimas de despecho.

—¡Dios mio!—exclamó la vieja, cruzando las manos y mirando al cielo.

—Vuestra vigilancia se ha convertido en una tiranía horrible.

—¡Qué palabras!...

—No soy dueña de moverme, ni de hablar, ni de callar, ni de mirar, ni de dormir, sin que os encuentre á mi lado y os dé cuenta del por qué estoy triste ó me rio, tengo sueño ó me desvelo, habiendo llegado el abuso hasta exigirme que manifieste cuanto siento y pienso.

—Muy bien, señorita, muy bien.

—Si pensais que he de tolerar mucho tiempo que se me trate así, os equivocais.

—Vos sois la equivocada si habeis creído que he de sufrir vuestra altivez y consentir que me falteis á todas las consideraciones que merezco. Hoy mismo ¿lo entendeis? hoy me quejaré á don Bartolo...

—Escusad el trabajo, porque lo haré yo antes.

—Me alegro, señorita, porque así saldremos de una vez de esta situacion, y si no os corregís, me iré de esta casa, que en otras me esperan con los brazos abiertos porque todo el mundo sabe quién es la señora Alfonsa Peralta, en qué pañales me he criado, cuál ha sido mi conducta y de qué manera sé cumplir mis deberes, sin que haya nadie que pueda decir de mí nada que no sea bueno. ¡Pues no faltaba mas! De ningun modo, no me quedaré...

—¡Qué felicidad!

—Ya lo creo, vendrá otra que tenga ancha la manga y os deje vivir á vuestro antojo suceda lo que suceda. ¿Consiste en eso

la felicidad?... ¡Ay!... Llegará día en que me lloréis con lágrimas de sangre, pues como decía mi difunto señor...

—Basta, señora Alfonsa.

—¿A dónde vais?

—Seguidme y lo vereis...

—Así lo haré... ¿Pero y la lección de clavicordio?

—Responderé á don Basilio...

—Ahí lo teneis,—interrumpió la dueña, oyendo que llamaban.—¡Y no ha vuelto don Bartolo!

Rosa volvió á sentarse junto al músico instrumento y esperó mientras la vieja seguía murmurando y haciendo exclamaciones.

Pocos momentos despues entró un hombre como de cincuenta años; de elevada estatura y muy flaco; de rostro largo y enjuto, de color de pergamino muy usado; imberbe como una mujer; de nariz prolongada, pero formando una curva entrante y algo remangada, ancha é irregular en su parte inferior como si allí le hubiesen puesto lo que mas arriba le faltaba; de boca grande, lábios descoloridos y secos, y desiguales y separados dientes, que no parecian de marfil, sino de chocolate; ojos redondos, pardos, despastñados, coronados de una sospecha de cejas canosas, y de orejas descomunales, redondas y muy separadas de la cabeza. Sus labios y todos los músculos de su rostro eran en extremo movibles, de manera que cuando hablaba hacia tales y tan variados gestos que no parecia sino que quería ir formando caractéres ó signos de una clave especial donde pudiera descifrarse lo que decía sin necesidad de oír sus palabras.

Su vestido no era menos raro que feo su rostro, presentando una mezcla estraña: nadie hubiera podido decir la clase á que aquel hombre pertenecía, y en carnaval, con un antifaz, hubiera pasado por una máscara caprichosa que para disfrazarse habia co-

gido en casa de un ropavejero las prendas que encontró mas cerca de la mano sin cuidar de que el conjunto significara ni representara nada. No habia relacion ni igualdad mas que en el color, pues iba todo vestido de negro. Llevaba zapatos de cordoban con hebillas de estaño y medias de lana llenas de puntos y puntadas de zureidos. De calzones no podemos hablar, porque la mayor parte de las piernas la cubria una sotana de bayeta que habia tenido pelo diez años antes y tenia que ser tratada con tanto cuidado como un encaje, para que los pedazos no se fueran tras los dedos al tocarla. Las mangas eran muy cortas, de modo que dejaban fuera una buena parte de los brazos, que no eran sino dos huesos forrados de pellejo, haciendo que las manos pareciesen mas largas y flacas de lo que realmente eran y se asemejasen á unas disciplinas cuyos nudosos cordeles eran los dedos. Sobre sus estrechos, puntiagudos y levantados hombros descansaba una capa de paño de venerable antigüedad, que aunque larga no cubria del todo la sotana. Tan singular vestidura la completaba un sombrero negro de anchas alas y que podia disputar los años de servicio al mas veterano de su especie.

— ¿Qué era aquel hombre?

— Ya lo hemos dicho, nadie hubiera podido acertarlo.

Quitóse el sombrero y dejó ver una frente estrecha y saliente y una cabeza redonda, calva en su parte superior, pero cuya falta de pelo la disimulaba con algunos mechones grises que subia de atrás y de los lados, atándolos con un nudo en sus extremos para que no se desordenasen. No iba, por consiguiente, peinado á la usanza de la época ni tenia necesidad de redecilla.

Al ver á Rosa hizo una profunda y grotesca reverencia, y dijo:

— Buenos dias.

## Segunda sorpresa.

La voz de aquel hombre era de bajo profundo, tan grave y de tal fuerza que se asemejaba al sonido de una trompeta de órgano, y con poco que la levantase junto á un mueble hueco hecho de tablas delgadas, vibraban estas produciendo sonidos confusos.

Tal era el retrato del ente singular que entró en el aposento. Fáltanos decir algo sobre el papel que representaba en la sociedad y sus cualidades morales.

Llamábase Basilio Dragon, ó don Basilio del Dragon, como él decía, y era sacristan y organista de una parroquia. Además tenía tres ó cuatro discípulos á quienes daba lecciones de música, clavicordio y canto, y aunque entre una y otra cosa reunía una renta suficiente para vivir con alguna decencia, era vicioso, le gustaba el vino tanto como el juego y ambos eran el único placer que tenía. Aunque el hombre borracho ó jugador es siempre liberal, verdaderamente manirote, don Basilio, por una rarísima escepcion, era avaro y tacaño, y solo en vino ó en jugar gastaba sin que le doliese, en lo primero porque lo dominaba la pasión por levantar el codo, y en lo segundo porque esperaba ganar aunque casi siempre perdía. Sin embargo, tenía el buen juicio de no emborracharse mas que solo en su casa, y si bebía con algun amigo en la taberna, nunca se escedía hasta el punto de perder la razón ni el tino para andar, y en cuanto al juego, solo en altas horas de la noche se entregaba á él. Por estas circunstancias eran poquísimas las personas que conocían los defectos del sacristan, y generalmente se le tenía en opinión de un buen hombre, aunque entremetido en demasía, ocupándose de las vidas ajenas mas de lo que era menester.

No piensen nuestros lectores que por ser tan feo y estrafalario don Basilio era tonto; al contrario, estaba dotado de claro ingenio

y no dejaba de tener alguna travesura para la intriga. Don Bartolo lo creia un hombre honrado á carta cabal y buen cristiano porque le oia citar de vez en cuando alguna máxima de los Evangelios y hablar constantemente contra las malas costumbres del siglo y la inevitable perdicion á que caminaban los hombres desde que se habia hecho moda ser filósofos. El médico solia escuchar encantado tales discursos y se quedaba con un palmo de boca abierta al oir tronar contra los enciclopedistas franceses, la escuela materialista, la ecléctica y la racionalista, palabras todas que el sacristan habia aprendido del cura y repetia como un papagayo, convencido de que así conquistaba la voluntad del vejete.

Conocido ya física y moralmente el maestro de música de Rosa, seguiremos nuestro relato, diciendo que la jóven no contestó al saludo del sacristan, y que este, dejando el sombrero y la capa, se acercó al clavicordio, restregándose las manos y sonriendo.

—¡Ah!—exclamó, mirando á Rosa.—Estais pálida... ¿Os sentís indispuesta?

—No.

—¡Loado sea Dios!... Sin duda el frio, que hoy es cruel, os ha puesto así. ¡Qué dia!

—No lo olvidaré, —dijo la dueña suspirando.

—Ya lo creo, —repuso el sacristan.—Este tiempo á vuestra edad... ¿Pero y el señor don Bartolo?

—No ha vuelto, —contestó la señora Alfonsa.—Y lo siento porque...

—Estareis con cuidado...

—No, pero...

—Entiendo, —interrumpió don Basilio, haciendo un gesto:— sin duda doña Rosa ha estudiado bien la leccion, y quisiérais que la oyese don Bartolo.

—Sí, quiero que la oiga,—replicó la vieja con una intención que no comprendió el maestro.

—¿Empezamos?—preguntó Rosa.

—Sí, empecemos!

Sentóse don Basilio, estendió uno de sus largos brazos y se dispuso á marear el compás sobre el instrumento.

La jóven comenzó á tocar.

—¡Bien!—exclamó don Basilio á los pocos instantes.—Bien... así... mas fuerte ese *la*... piano el *re*... ¡Oh!... ¡Bravísimo!... Esa semifusa no tiene igual... ¡Muy bien!... Ya se conoce que... Mas piano... habeis... Modulad... así... estudiado mucho... Dentro de poco sabreis casi tanto como yo... Repetid ese compás... Perfectamente.

Acabó Rosa la leccion.

—Descansad algunos momentos,—dijo el sacristan,—y repetid. Estoy entusiasmado...

—Ahora mismo... No me he cansado.

—Como gusteis.

Iba la jóven á empezar nuevamente, pero llamaron á la puerta de la calle y don Basilio la interrumpió diciendo:

—Esperad por si es don Bartolo, que se alegrará mucho de oiros.

Efectivamente, pocos minutos despues entró el médico, quejándose del frio, saludó amistosamente al sacristan y le preguntó:

—¿Qué tal la discípula?

—Bien, y vos mismo juzgareis, porque iba á repetir la leccion, y al oiros llamar le he dicho que suspenda.

—Pues basta por hoy...

—No está cansada y...

—Es que tengo que hablaros, don Basilio.

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 1.<sup>a</sup> — ¡Bien! — exclamó don Basilio á los pocos instantes. — Bien... así...

an

st

pe

é s

mi

vu

lon

po

hic

te

qu

y

ha

—Eso es otra cosa.

—Venid, pues, á mi aposento, porque necesito de vuestra amistad.

El sacristan levantó la cabeza con aire de importancia, tosió y siguió á don Bartolo, diciendo:

—*Amicus fidelis...*

—Cerrad la puerta, —interrumpió el médico, que no estaba para latines.

—Cerrada.

—Sentaos y escuchadme.

—Me siento y escucho con toda la atencion que mereceis.

¿Se trata de algun asunto grave?

—Muy grave.

—Pues esplicaos, don Bartolo, que dispuesto estoy á daros mis consejos y á servirlos en cuanto pueda. Ya sabeis que soy vuestro verdadero y mejor amigo.

El médico reflexionó algunos instantes, exhaló un suspiro doloroso, y luego dijo:

—Estoy en una situacion muy apurada, amigo mio.

—¡Oh!...

—Ya os dije que tenia pensado casarme con mi pupila, no porque tenga un dote lucido, sino por cumplir con la promesa que hice á su padre de labrar su dicha. Ella es buena y... francamente, su belleza me ha enamorado, lo cual es un doble motivo para que yo quiera realizar esa union.

—Bien pensado, don Bartolo; sois el hombre de mas talento y juicio que he conocido.

—Pero muy poco afortunado.

—¡Poco afortunado decís!... ¿Hay en Sevilla un médico que haya logrado tan buena clientela como vos? Lo mereceis, es ver-

dad; pero no siempre la suerte es justa. Además, vais á casaros con una jóven hermosa, virtuosa, inocente, rica y...

—Precisamente en eso consiste mi desgracia.

—¿Pues no decís que la amais?—preguntó don Basilio con estrañeza.

—Sí; pero ignorais que Rosa se niega á casarse...

—¡Oh!—exclamó el sacristan con tal fuerza de entonacion, que casi hizo temblar las paredes.

—Comprendo vuestra sorpresa.

—Os confieso, amigo mio, que me he quedado como el que ve visiones.

—Lo mismo me sucedió á mí,—repuso el médico.—¿Cómo habia de figurarse nadie semejante cosa?

—¿Y con qué se escusa?

—Con la poderosa razon de que quiere permanecer soltera toda su vida.

Don Basilio miró fijamente al médico, y dijo despues de algunos instantes:

—¿Habeis creido eso?

—No.

—Yo tampoco lo creo,—repuso el sacristan, haciendo un gesto como si hubiese bebido vinagre.

Y luego, arqueando las cejas, añadió con sentencioso tono:

—Don Bartolo, no os fieis de las mujeres; porque nacieron para mentir y engañar á los infelices hombres.

—Es verdad.

—Eva engañó á Adan; Judit á Holofernes; Dalila á Sanson; la Cava á don Rodrigo; Lucrecia á todos sus maridos, y... perdónadme que os lo diga con franqueza, á vos os engañará, vuestra pupila si no andais muy listo...

—¿Es decir que sospechais?... —

—Que doña Rosa se propone con ese ardid evitar el casarse ahora con vos para poder luego hacerlo con algun mozalvete que la tendrá embobada.

—¡Hombre extraordinario! — exclamó el médico, estrechando con efusion las manos del sacristan. — ¡Admirable perspicacia la vuestra!

—¿Con que no me he equivocado? — dijo don Basilio, abriendo estremadamente los ojos y medio levantándose de la silla.

—Así lo creo, aunque me faltan pruebas.

—Don Bartolo, es preciso acudir prontamente al remedio: el fuego se apaga mas fácilmente cuando acaba de prender.

—Por eso he querido conferenciar con vos y nada os ocultaré.

¡Ah!... Soy muy desgraciado...

—No hay que desmayar al primer contratiempo: es preciso luchar...

—Por supuesto que lucharé.

—Tal vez el mal no esté muy arraigado...

—Presumo que no... ¡Oh!... Todo lo adivinais, mi buen amigo.

—Ya veis, — dijo don Basilio con aire de desden, — la experiencia... el estudio que he hecho del corazon humano...

—Lo conocéis como yo el cuerpo, y entre los dos podremos hacer mucho.

—Aliados, seremos invencibles.

—Se entiende que yo recompensaré vuestros servicios...

—Dejemos eso, don Bartolo; ya sabéis que soy desinteresado...

—Voy, pues, á deciros lo que me hace sospechar de Rosa.

—¿No sigue tan sumisa y recogida como siempre?

—Lo mismo.

—¿Se asoma mucho á las ventanas?

—No las abre.

—¿Recibe billetes?...

—¡Oh!—interrumpió el médico.—Eso sería el último de los escándalos.

—¿Habeis observado si ronda la casa algun galan?

—Mas que eso. Anoche le dieron una serenata...

—¡Oh!...

—Y cantaron...

—¡Dios bendito!

—Y entre amorosas palabras pronunciaron cien veces su nombre...

—¡Horror, horror!—exclamó el sacristan, haciendo un gesto de fingido espanto.

—Afortunadamente desperté y pude castigar al atrevido galan, arrojándole...

—Comprendo.

—Como no pudo conocerme porque no saqué mas que una mano, tal vez haya creído que enojada Rosa...

—¡Prevision sin igual! ¡Gran golpe! ¡Ingenioso medio de ahuyentar para siempre al seductor! Don Bartolo, no me sorprende en vos tan acertada traza.

—Sin embargo, no estoy tranquilo: si el galan duda y hace segunda y distinta prueba...

—¿Sabeis quién es?

—No.

—¿Tampoco lo habeis visto?

—Tampoco.

—Pues lo primero que hay que hacer es conocerlo...

—Eso mismo he pensado, y ya he tomado mis medidas para

conseguirlo. El galan traía una caterva de músicos, que supongo serian pagados...

—No merecen la honra de que los llameis músicos, sino alborotadores: los verdaderos artistas no se venden, no profanan así el arte sublime que es el idioma del alma...

—Bien, lo mismo tiene para el caso.

—Proseguid!

—Como mi barbero conoce á toda esa gente, le he encargado que averigüe...

—¡Oh!... ¿Qué habeis hecho? ¿No sabeis que Fígaro es un tunante y os engañará? Se valdrá de vuestro aviso, y si algo averigua, buscará al galan y le venderá el secreto de que no fué Rosa, sino vos quien respondió á la música y castigó el atrevimiento sin decir «agua va.»

—¡Don Basilio!

—¿Lo dudais? Vuestra confianza os perderá.

—Fígaro se ha obligado con un juramento solemne y además, le he amenazado con hacerle perder la clientela que tiene por recomendacion mia y que le produce mucho dinero.

—Se habrá reido de vuestra amenaza.

—Tambien he tocado otra cuerda para obligarlo: es amigo del dinero, y le he ofrecido regalarle un ducado...

—¡Un ducado!

—¿Os parece mucho? Pues aun he hecho mas; le he prometido doblar la cantidad si logra averiguar las intenciones del galanteador. Vais á decirme que soy despilfarrado; pero no importa; en ocasiones como esta no debe repararse en el dinero.

—¿Sabeis, amigo mio, lo que son dos ducados para el barbero? Nada. Esa cantidad, y aun tres veces otro tanto, la gasta él en cinco minutos con sus amigos.

—¡Dos ducados!—exclamó admirado don Bartolo.—¿Con que os parece que he debido ofrecerle mas?

—Nada hubiérais adelantado con ofrecerle cien pesos, porque el enamorado galan hubiera dado mas que vos, y siempre habria resultado lo mismo. No tardareis en conocer el error que habeis cometido. ¡Tan delicado asunto en manos de ese bribon!...

—El caso es que ya no puede deshacerse lo hecho.

—Hay que dejarlo, y cuando ese tunante os hable del asunto, escuchadlo, callad, pagadle y no le nombreis mas semejante cosa.

—Tomaré vuestro consejo.

—Además, es preciso que ignore que yo entiendo en vuestro casamiento.

—Lo ignorará.

—Sí, porque habeis de saber que Fígaro me aborrece sin mas motivo que el de valer yo bastante para desbaratar cualquiera de sus inícuos enredos.

—Y que no puede negársele habilidad para la intriga.

—¡Oh!... Es un tunante de siete suelas.

—Lo conozco, don Basilio, lo conozco.

—Por eso es muy estraño que os hayais fiado de él. Pero como lo hecho ya no tiene remedio, esperemos prevenidos el resultado y combinemos nuestro plan. Estais decidido á casaros...

—Tan decidido, que nada me hará retroceder un solo paso.

—¿Os sentís con valor para desoir las súplicas de doña Rosa?

—Mi pasion me dará fuerzas.

—¿Y sus lágrimas?

—Mis celos no dejarán que me ablanden.

—¿Y si el galan es ligero de cascos y la toma por aquello de,

entre rivales la espada, la sangre y la muerte?—preguntó el sacristan, estendiendo el brazo derecho como si se pudiese en guardia, y haciendo un gesto horrible.

—Me escusan mis años y mi falta de agilidad,—respondió el médico, acariciando su enorme barriga,—y en último caso me defenderán las leyes y los tribunales de justicia.

—Y tambien queda el recurso de pagar á un espadachin...

—Eso es mas sério,—replicó don Bartolo.—Sin escrúpulos mataré á cualquiera de buena fé, es decir, con arreglo á mi ciencia y conciencia, escribiendo en latin la sentencia fatal y encabezándola con un *Recipe*; pero de otra manera, no: sacar sangre con la lanceta es una cosa, y con la espada otra: matar á un enfermo no es crimen ni pecado porque se le mata con la ciencia y la buena intencion de devolverle la salud; pero acabar con un hombre cuya economía funciona con regularidad y no necesita que le operen agujereándole los ventrículos del corazon, no está dentro del ejercicio de mi profesion, amigo mio. Por consiguiente, dejemos ese recurso y quedemos en que los tribunales de justicia se encargarian de mi rival.

—Pensais como hombre honrado.

—Lo cual no se opone á que me mantenga firme en mi propósito.

—Dejadme reflexionar algunos instantes,—dijo don Basilio.

Y poniendo en los labios el dedo índice de su diestra, y en la frente la siniestra mano, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Don Bartolo cruzó las manos, dejólas descansar sobre su esférica barriga y fijó una mirada afanosa en el sacristan.

Pasaron algunos minutos.

El sacristan rompió el silencio.

—Lo primero,—dijo,—es conocer al galan.

—Figaro lo averiguará y me lo dirá, pues esto no se opone á que cometa la traicion de vender el secreto.

—Seguramente os engañará á vos y al amante, para que ambos le pagueis; pero el resultado será que sabremos lo que deseamos.

—¿Qué mas?

—Es preciso, quizás lo mas importante, conocer las intenciones de vuestra pupila, que como oyó la música...

—No despertó...

—Pudo fingir que dormía.

—Á vos quizás os lo hubiera hecho creer; pero á mí no, porque los médicos conocemos el sueño verdadero del fingido en señales inequívocas. Rosa dormía profundamente.

—Falta saber si ya conocia al galán.

—Nunca se asoma á las ventanas, y como no sale de casa sino para ir á misa...

—Pues bien, entonces...

—La acompaña su dueña, que tiene vista de lince y es rígida en extremo.

—Su dueña, —dijo don Basilio, haciendo un gesto de incredulidad, — será como todas...

—Tengo completa confianza en ella.

—No importa, preguntadle, hacedle observaciones, que tal vez así...

—Lo haré.

—Y cuando sepamos á qué atenernos sobre este punto, veremos cómo nos conviene obrar.

—Creo que habremos de decidarnos por un golpe inesperado que no deje á Rosa tiempo para meditar.

—Segun las circunstancias...

—De cualquier modo, cuento con vuestra ayuda...

—¿Podeis dudarle?

—Gracias, don Basilio.

—No me las deis porque á mi vez os pediré otro favor.

—Si en mi mano está, contadlo por hecho. El serviros es para mí un deber, y todo me parecerá poco para recompensaros si vuestra ayuda me saca del apuro en que estoy.

—Vamos á tener un enemigo muy temible.

—¿Quién?

—El barbero: no lo dudeis, es un bribon que á todo se atreverá.

—Yo lo castigaré.

—Y yo burlaré sus ingeniosas trazas,—repuso el sacristan, levantándose.

—¿Os vais?

—Sí, porque aun no he dado mas leccion que la de vuestra pupila y es tarde.

—No olvidéis lo que hemos hablado...

—Me interesa tanto como á vos.

—Y cuando necesiteis de mí, segun me habeis anunciado...

—Acudiré sin reparo alguno.

—El cielo os guarde, don Basilio.

—Con Dios quedad, doctor.

—¿Qué querrá?—se preguntó el médico cuando el sacristan hubo salido.—¿Pensará pedirme dinero?... ¡Oh!... Si no pasa de lo que he de darle por los servicios que me preste, bien; pero si me pide treinta ó cuarenta ducados... No, porque seria mucho atrevimiento... En fin, contra pedir mucho tengo el recurso de dar poco ó nada.

Don Basilio salió á la sala donde habia dejado á Rosa y á la

dueña, encontrándolas allí todavía, rezando esta en voz baja y hojeando aquella distraidamente los papeles de música.

Tomó el sacristan su raida capa y su mugriento sombrero.

—Os felicito por vuestros adelantos,—dijo á la jóven,—y me voy lleno de vanidad porque soy vuestro maestro.

—¿Para mañana?...

—La misma leccion.

—Bien.

—Siempre es bueno repasar de mas.

—Dios os guarde...

—Y os haga dichosa á vos... Señora Alfonsa, hasta mañana.

—La Virgen os acompañe,—respondió la vieja, mirando con un si es no es de ternura al sacristan y exhalando un suspiro.

Si Rosa hubiera podido penetrar los pensamientos de la señora Alfonsa y apercibirse del suspiro y la mirada, habria tenido un arma terrible para atacar la hipócrita rigidez de principios é impertinente severidad de la dueña.

—Ahora,—dijo esta á la jóven cuando hubo salido el sacristan,—veamos, señorita, en qué hemos de quedar.

—En que podeis hacer lo que mas os plazca.

—Mirad que quiero evitaros un disgusto muy sério...

—¿Qué me importa uno mas?

—Si os arrepentís de vuestro injusto proceder conmigo...

—Basta,—replicó la jóven con desdeñosa indignacion.

—Doña Rosa...

—Os atreveis á mucho... Callad.

—Decida, pues, don Bartolo,—dijo la vieja, levantándose.

—En su aposento lo teneis.

Iba á replicar la dueña, pero oyó la voz del médico que decia:

—Señora Alfonsa...

—¿Qué mandais, señor?

—Venid.

La dueña salió sin detenerse.

—Otra conferencia, —dijo Rosa para sí.— Bien, se conjuran todos contra mí... sea en buen hora; yo lucharé... ¡Ah!... Quieren sacrificarme... No será, no. Mi codicioso tutor, don Basilio, mi hipócrita dueña, la señora Anastasia... Me queda Soledad que vale mas que todos... Yo tambien aprovecharé esta ocasion para conferenciar.

La enamorada jóven se levantó y salió apresuradamente en busca de su doncella, con quien en aquel dia no habia podido hablar á solas.

Afortunadamente la traviesa Soledad estaba en el gabinete de Rosa, mientras el ama de gobierno se encontraba en la cocina, y esta casualidad le proporcionó la ocasion que tanto deseaba.

Las dejaremos; para encontrarlas despues, y volveremos al aposento de don Bartolo para presenciara la escena que iba á tener lugar allí.

---

## CAPITULO IX.

• De cómo la dueña refirió á don Bartolo lo del agua bendita.

—Alabado sea Dios,—dijo la vieja al entrar en el cuarto del médico.—¿Me mandásteis venir?

—Sí,—contestó don Bartolo mientras paseaba de un extremo á otro de la habitacion.—Sentaos, escuchadme con atencion, respondedme con brevedad y tened cuidado con lo que decís.

—Señor, ya os escucho,—dijo la dueña, mirando al médico como si quisiera adivinar lo que pensaba.—Ya conocéis mi fidelidad, sabéis cómo cumplo mis deberes, y...

—Bien, voy á convencerme.

La señora Alfonsa cruzó las manos y esperó.

Don Bartolo meditó algunos instantes y luego dijo, ahuecando la voz:

—Señora Alfonsa, vuestra mision con respecto á mi pupila es santa, la mas importante de todas las misiones, mas aun que la del médico, porque del acierto de esté no depende mas que la

vida, mientras que de vuestros cuidados depende la salvacion del alma tal vez, y de seguro la honra, la reputacion y aun la felicidad de una mujer. Rosa es una niña inocente y cándida, es temerosa de Dios, sumisa, respetuosa, y está dotada de un alma noble y tierna. Como niña inocente, no hay nada mas fácil que engañarla, y abusando de su ternura, precipitarla por el camino de la eterna perdicion.

Tras este exordio, detúvose el doctor para tomar aliento, estiróse la chupa que se habia arrugado sobre su enorme barriga, y mirando á la dueña para ver qué efecto causaban sus palabras, prosiguió diciendo:

—Vuestro deber es vigilar á mi pupila, aconsejarla y darme cuenta de sus acciones.

—Ese es mi deber,—replicó la vieja, que no era posible que permaneciese callada hasta que terminase don Bartolo su discurso.—Ese es, y con tal exactitud lo cumplo, que doña Rosa se queja de mi proceder, llamando á mi vigilancia tiranía, impertinencias á mis consejos, hipocresía á los principios de honestidad y recato que le enseño.

—¿Se queja? No importa. Yo le diré el respeto que os debe.

—Ninguno me guarda...

—Trataremos de eso; pero antes quiero saber cómo cumplís vuestro delicado encargo, porque sospecho que pecáis de descuidada ó por lo menos de indulgente.

—¡Jesus!—exclamó la dueña.—¿Qué me decís, señor don Bartolo de mi alma? ¡Santa Rita, mi patróna y abogada de los imposibles, me ayude!... ¡Yo, Alfonsa Peralta, conocida en toda la ciudad, criada en tan buenos pañales!...

—Vos, sí,—replicó severamente don Bartolo,—y os lo probaré.

—Pero, señor...

—No habreis olvidado el escándalo de anoche...

—¡Olvidarlo cuando hubiera querido que me tragara la tierra antes que las miradas de un hombre!...

—Hablo de la música,—interrumpió el médico.

—¿De la música? Me levanté para llamaros, pero...

—Bien, pero ¿qué decís de aquellas coplas?...

—Lo mismo que vos, que fué un escándalo:

—¿Nada mas?

—Y que hicisteis muy bien en lo que hicisteis...

—¿Pero por qué dieron la música?

—Lo mismo sabeis vos que yo.

—No, no sé lo mismo, ó al menos no debo saberlo.

—Tocaron y cantaron porque les dió la gana y no hubo quien lo estorbase.

—¿Pero creéis que ningun hombre se atreve á tanto sin haber hecho antes otras cosas que se hallan recibido bien, entreviendo así un rayo siquiera de esperanza? Ese galan atrevido habrá rondado la calle y mirado á Rosa, y sus miradas habrán encontrado correspondencia. Y si no, ¿cómo se comprende que dijera en el romance aquello de, cuando tu mirada se encuentra con la mia, añadiendo lo de, las tristes horas que paso al pié de tu balcon? Esto prueba que ronda y que mi pupila lo ha mirado.

—Eso prueba,—replicó la señora Alfonsa,—que los galanes cuando cantan para enamorar dicen dos mil disparates. Yo que me he visto tan perseguida por los hombres, lo sé por experiencia, y muchas, muchísimas veces, me han dicho eso mismo, que no es nuevo, galanes á quienes yo no habia visto una sola vez.

—¿Con que negais?

—Niego, señor, que tal dijera con fundamento el músico:

mintió como un bellaco al hablar de esas horas que pasa en la calle, y mas mintió al decir que sus miradas se encontraban con las de doña Rosa.

— ¡Señora Alfonsa!

— Os juro que doña Rosa no habia visto á semejante hombre.

— Imposible.

— No os aseguraré lo mismo con respecto al dia de hoy.

— ¿Qué decís? — replicó don Bartolo vivamente.

— Si no habeis de enojaros...

— Esplicaos, pronto...

— Me haceis temblar...

— Esplicaos os digo.

— Cuando salimos de casa habia en la puerta de enfrente un hombre...

— ¡Ah!...

— Que miró á doña Rosa...

— ¿Y ella?

— Tambien lo miró.

— ¡Desdichada!...

— Nos siguió...

— ¿Sin decir nada? — preguntó don Bartolo, sentándose como si le faltaran las fuerzas.

— Ni una palabra.

— ¿Y luego?

— Cuando estuvimos cerca de la catedral, se adelantó y desapareció.

— Respiro, — dijo el médico, haciéndolo con gran fuerza.

— Entramos en el templo y...

— ¿Otro galan?

— El mismo, que estaba junto á la pila del agua bendita.

—¡Señora Alfonsa!

—Mojó los dedos; alárgó á doña Rosa la mano, y ella...

—¿Tomó el agua?—preguntó el doctor con voz ahogada.

—Dudó...

—¿Pero al fin?...

—La tomó.

—¡Dios mío!

—Quedé horrorizada, señor; corrió por todo mi cuerpo un sudor frio y sentí un desmayo, que estuve á punto de caer al suelo sin sentido ó muerta; pero me encomendé á mi patrona santa Rita...

—Buen remedio,—replicó don Bartolo fuera de sí.—Si en tales casos no sabéis hacer mas que sudar, desmayaros y encomendaros á santa Rita, puedo fiar en vos.

—¡Jesus Nazareno me valga!

—¿Por qué no estorbásteis que tomase doña Rosa el agua bendita?

—Señor, ella iba delante, y por pronto que quise llegar para cortarle el paso y la accion... ¡ya era tarde!

—Sois muy pesada...

—Ella fué muy ligera.

—Señora Alfonsa, no teneis escusa.

—Pero decidme, por los benditos clavos de Jesucristó...

—Cuando visteis que os seguia un hombre debísteis haber vuelto á casa.

—¿Y la misa?

—Hoy no es fiesta y podia dejarse.

—¿Qué decís?

—Y aun siendo el dia mas señalado, es mayor pecado oír á costa de otro misa, que el dejar de oirla.

—¡Virgen santa!—exclamó la dueña, elevando al cielo una mirada suplicante.

Y por sus arrugadas mejillas corrió abundante llanto.

Volvió á levantarse don Bartolo, y con agitados pasos recorrió dos ó tres veces el aposento.

Su rostro se habia puesto de color de remolacha, y su enorme barriga se levantaba y bajaba con rapidez á impulsos de su agitada respiracion.

—Señora Alfonsa,—dijo despues de algunos minutos,—Rosa está al bordé de un precipicio horrendo y es preciso salvarla.

—No os equivocais,—respondió la vieja con voz entrecortada por los sollozos.—Creo que el galan ha interesado el corazon de esa pobre niña, y lo conozco mas que en nada en que nunca como hoy se ha atrevido á perderme el respeto.

—Ya sabeis que he determinado casarme con ella.

—Acertada determinacion que la librárá del peligro que tan de cerca le amenaza.

—Pues bien, si he de conseguir mi buen desco, es preciso que Rosa no vuelva á ver á ese hombre, para que, perdida la esperanza, lo olvide, y aburrido él de pasear la calle y cantar sin resultado, la deje en paz.

—Dadme vuestras órdenes.

—Rosa no volverá á misa.

—¿Y los dias de fiesta?

—Los dias de fiesta... cuando llegue uno veremos.

—Pueden tomarse precauciones...

—Antes de salir registraré yo mismo la calle, y si no está el galan insolente y atrevido, saldreis bien tapadas.

—Pero es indispensable que hagais entender á doña Rosa el respeto y obediencia que me debe, pues dice que mi obligacion

no es mas que servirla. De otro modo no me comprometo á guardarla.

—Descuidad, y en cuanto á vos, por ser la primera falta que habeis cometido os la perdono.

—Señor...

—No hablemos mas... Dejadme.

—¡Dios y su santa madre me ayuden en esta ocasion!—exclamó la vieja, disponiéndose á salir.

—Esperad, —dijo el médico, deteniéndola.

—¿Teneis algo mas que mandarme?

—Se me olvidaba lo que mas importa. ¡Oh! ¿Qué ha de suceder? Tengo la cabeza trastornada...

—No lo extraño, señor, porque yo no sé en dónde estoy.

—Decidme las señas de ese hombre...

—Es verdad; no he pensado siquiera...

—¿Es jóven?

—No tendrá veinticinco años.

Don Bartolo hizo un gesto de desagrado y se miró disimuladamente al espejo.

—¡Un verdadero rapaz!—dijo.

—Ni mas ni menos.

—¿Y su cara, su cuerpo?...

—En cuanto á eso... yo os diré... No es mal parecido, tiene el rostro blanco, fino el cutis como el de una dama, los ojos grandes y negros...

—Bien, bien, —interrumpió el médico, que no podia escuchar la descripcion hasta el fin, —lo que mas importa es su traza.

—No parecia un hidalgo cualquiera, y fácilmente puede tomarsele por un caballero.

—¿Por qué?

—Por su vestido.

—¿Tan bueno era?

—Mucho, señor, pues llevaba en los zapatos unas hebillas de diamantes...

—¡Diamantes!—repitió admirado don Bartolo.—Sin duda os habeis equivocado.

—Os digo que...

—Serian de acero bruñido.

—No estoy ciega para confundir así los diamantes con el acero: además, bien puede llevar diamantes quien lleva tambien un hermosísimo sombrero con galon de oro, una capa de paño tan fino como la seda, vuelos de riquísimo encaje de Flandes, chupa primorosamente bordada...

—¿Y cómo pudisteis ver tanto?—interrumpió con despecho el doctor.

—Primero en la calle y despues en la iglesia, pues como de-  
beis suponer, no lo perdí de vista un instante.

—Probablemente,—replicó don Bartolo,—deberá todo lo que lleva encima ó habrá gastado en ello cuanto posea, desesperanzado de recobrarlo con usura del dote de Rosa.

—Eso es otra cosa.

—No hay duda, porque si fuera lo que parece, no se ocultaría, sino que se hubiera presentado á mí sin temor á sufrir un desaire. Por otra parte, las personas de calidad, si dan una serenata, no lo hacen con esos músicos de mala muerte:

—No cantaban muy mal...

—¡Señora Alfonsa!—replicó severamente el médico.

—Quiero decir, que para ser la gente que era...

—Retiraos.

—Bien, señor.

—Y no olvidéis asomaros á la ventana de vez en cuando para saber si vuelve el galan, y si lo veis estando yo en casa, avisadme en seguida.

—¡Avisaros!

—¿Por qué no?

—¡Ay, señor don Bartolo!... No os dejéis arrebatar...

—Haré lo que me convenga.

—¡Dios bendito!...

—¿Qué os sucede?

—Temo que lo encontréis, y como los hombres acaban en todas las cuestiones por la maldita espada...

—Eso es cuenta mia,—replicó el doctor, que para darse importancia con la vieja no quiso negar la posibilidad de un duelo.

La dueña salió del aposento mientras don Bartolo se limpiaba el sudor que corria por su frente y miraba su reloj de cobre, diciendo:

—Cerca de las doce... ¡Oh!... He perdido la mañana... Bien dice don Basilio, las mujeres... Pero se trata de un dote... Paciencia... Aun podré ir á ver á don Juan antes de comer.

El médico deseansó algunos instantes, volvió á tomar su capa y su sombrero y salió, llevándose la llave de la puerta exterior de la casa como hacia muchas veces.

---

## CAPÍTULO X.

Soledad empieza á dar pruebas de su ingenio.

—¿Venís sola?— preguntó Soledad á la pupila, apenas esta entró en el gabinete.

—Sí,— contestó Rosa:— don Bartolo ha llamado á mi carcelera, y como sospecho que hablarán largo rato, he aprovechado la ocasion.

—Habeis hecho muy bien, porque tengo muchas cosas que decirlos.

—Así lo he creido, y como tú eres la única persona de quien puedo fiarme y que comprende lo que sufro...

—Lo comprendo y estoy dispuesta á todo por servirlos.

—Quieren sacrificarme...

—Lo sé, ese viejo chocho se ha empeñado en casarse con vos...

—Eso es horrible...

—Primero consentiria yo que me emplumasen. ¡Qué asco!—

dijo la traviesa Soledad, haciendo un gesto de repugnancia y escupiendo luego.—Tan feo, tan sucio...

—Tan mezquino...

—¿Y á dónde dejais el estorbo de su barriga? No debiera consentirse que un hombre así se casara, porque bien pensado ¿cómo ha de dar la mano á la novia, si por mucho que alargue el brazo le impide el barrigon acercarse á ella? Miradlo bien, señorita; cuando abre una puerta, tiene que ponerse de costado, porque de frente no puede acercarse lo bastante para llegar con la mano á la cerradura: si ahora entrase aquí veríais que un cuarto de hora antes de asomar las narices empezaba á entrar el tambor que le ha colgado la naturaleza. ¡Jesus! ¡Un hombre que no puede mirarse los piés como no sea en un espejo!...

—Estoy á punto de desesperarme, Soledad.

—Y con razon.

—No amo ni amaré nunca á don Bartolo.

—Ya lo creo. ¡Amar á un tonel!...

—Por consiguiente, estoy decidida á resistir cuanto pueda.

—Y si no, hacedos de miel y vereis cómo os casan volando...

—No, no.

—¡Y ahora que teneis tan rendido, loco de amor al caballero mas gentil que pasea en Sevilla!...

—¡Ay, Soledad!—exclamó Rosa, exhalando un suspiro.

—¿Acaso no lo amais?

—Demasiado por mi desgracia.

—¡Por vuestra desgracia!

—Sí, porque no sé si ese hombre es digno de mi amor...

—¿No conocísteis anoche la voz de Figaro cuando cantaron aquellas seguidillas?

—Sí, pero no sé qué relacion tenga eso con las circunstancias é intenciones del galán.

—Nunca os he visto tan torpe.

—Si no te esplicas mas...

—Figaro no es un desalmado como algunos creen; os quiere mucho, os respeta mas y se conduce de vuestra suerte tanto como yo.

—¿Y de todo eso deduces?...

—Que si el desconocido caballero no os amara de veras ni fuera persona de vuestra misma calidad por lo menos, no lo hubiera acompañado ni se hubiera decidido á servirle para que lograra su deseo de ponerse en comunicacion con vos.

—Si así fuera...

—No lo dudeis.

—¿Pero cómo sabes todo eso?

—Muy sencillo es: hoy he conseguido adelantarme á la señora Anastasia y abrir la puerta á Figaro, el cual, al entrar me preguntó quién habia contestado anoche tan indignamente á la música.

—¿Y qué le respondistes?

—La verdad.

Rosa respiró como si se sintiera aliviada de un gran peso.

—Gracias, Soledad, — dijo.

—Además, — repuso la sirvienta, — me hizo ciertas indicaciones por las cuales comprendí que habia tomado á su cargo este asunto.

El rostro de la pupila se dilató y brillaron sus negros ojos.

—¿Y qué puede hacer el buen Figaro?— preguntó afanosamente.

—Mucho, señorita.

—Nunca me ve, tampoco puede hablarte porque lo estorba el ama de gobierno con su impertinente presencia.

—Pero como yo adivino lo que ha de suceder...

—Espíciate, Soledad. ¡Ah!... Quizás depende de tí mi dicha...

—Eseuchadme...

—Sí, habla y aprovechemos estos momentos preciosos.

—Como el galan no puede hablaros, recurrirá al medio de escribiros.

—Es lo mas natural. ¿Pero cómo ha de llegar su billete á mis manos?

—De eso se encargará Fígaro y buscará una ocasion.

—No la tendrá.

—Si yo le ayudo...

—¡Ah!—exclamó Rosa.—¿Con qué podré pagarte?

—Ya sabeis qte amo al barbero...

—Sí.

—Pero que necesito vuestra proteccion para casarme con él...

—Te comprendo: si ese misterioso galan me ama y se realiza nuestra union, tendrás un dote.

Soledad besó con respetuoso cariño las manos de su jóven ama.

—Prosigue,—dijo esta.

—Pues bien, mi querida señorita y bienhechora, he ideado una traza para dar á Fígaro ocasion de entregarme el billete que suponemos os habrá eserito vuestro galan.

—¿Cuál?—preguntó afanosamente Rosa.

—Atended,—dijo Soledad.

Y acercándose á un cofre donde habia ropa y algunos objetos de la pupila, lo abrió y sacó un devocionario con forro de tafilete.

—Hoy,—repuso,—cuando vinisteis de misa, como siempre,

guardé vuestro libro de oraciones; pero lo hice atolondradamente y quedó así.

Soledad colocó el libro abierto, de manera que una de sus tapas quedó sobre el borde del cofre, y ejecutando lo que iba diciendo, prosiguió:

—No advertí mi torpeza, cerré de golpe el cofre, y cogiendo con la tapa la del libro, se rompió esta.

—¿Qué haces?—preguntó Rosa, viendo que su doncella, como lo había dicho, había roto el libro.

—Ya lo veis,—respondió tranquilamente Soledad.

—¡Cuando lo sepa mi tutor!...

—Se pondrá hecho una furia como le sucede con todo lo que le cuesta dinero. Pero ello es que está roto y ha de componerse.

—Aun no adivino...

—Os lo explicaré. Mañana cuando esté Fígaro afeitando á don Bartolo, entraré en su aposento con el libro, le diré lo que ha pasado y le pediré licencia para ir á componer la rotura. Gritará, dirá que yo he de pagarlo, y Fígaro, que no tiene un pelo de tonto y habrá observado una mirada mia, se ofrecerá á llevar el libro á un amigo suyo que lo arreglará de balde. Don Bartolo aceptará, y mañana volverá vuestro libro compuesto y con el billete entre sus hojas.

—¡Ah!—exclamó Rosa sorprendida y llena de júbilo.

—¿Os parece bien?

—¡Cuánto te debo!...

—Ya veis si vale la pena de oír á vuestro tutor gruñir un rato.

—Me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Si á pesar de que Fígaro tiene una imaginacion viva, no te comprende y calla...

—Entonces don Bartolo tendrá que darme licencia para salir y yo iré á buscar el billete.

—¿Y si mi tutor, en vez de darte licencia, dispone que el libro lo lleve la señora Anastasia cuando vaya de mañana á comprar, ó quiere llevarlo él mismo?

—No, porque si yo he de pagarlo, justo es que yo busque quien lo haga por el precio mas ventajoso.

—Es verdad, pero...

—Si á pesar de todo no conseguimos nuestro deseo, paciencia y á buscar nueva traza que dé mejor resultado.

—Bien, probemos...

—Tengo fé completa en el entendimiento de Fígaro. Solo una cosa nos falta.

—Comprendo: todos los dias no se puede romper mi devocionario.

—Pero con el billete de amor puede venir otro de Fígaro en que diga de qué medio hemos de valernos en adelante. Puede hacerse de muchos modos; lo que falta es ponerse de acuerdo.

—¿Y si no viene mas que el billete?

—Lo dudo; pero bueno es prevenirse y advertir á Fígaro lo que ha de hacer.

—¿Cómo?

—Escribiéndole yo, aunque presenta la dificultad de que no me enseñaron á escribir, y solo puede remediarse haciéndolo vos...

—¡Una carta mia!...

—No, una carta mia que empezará diciendo: «Mi adorado Fígaro.» y acabará por «te quiere de corazon y no te olvida tu Soledad.» ¿Qué importa la letra?

Rosa meditó algunos instantes, y decidiéndose al fin á tomar el consejo de su doncella, dijo:

—Lo haré, pero no sé cuándo ni cómo. Me falta papel y ocasion en que no me vea la señora Alfonsa.

—Es muy sencillo.

—¡Oh!... todo lo encuentras fácil.

—Cuando pongais la cuenta del gasto de la comida, en vez de ir escribiendo «garbanzos, pan, lentejas» y todo lo que os diga la señora Anastasia, poneis el aviso á Figaro.

—¿Y cómo sabré lo que importa la cuenta?

—Decís lo que os parezca; no estará conforme, y para ver si os habeis equivocado, volveis el papel y la ajustais de nuevo. Como la señora Anastasia no sabe leer...

—Basta, te he comprendido.

—Don Bartolo os pedirá luego la cuenta, decís que la habeis perdido y haceis otra por tercera vez.

Admirada Rosa del ingenio y travesura de su doncella, la contempló algunos instantes, y se disponia á decirle algunas palabras de gratitud y cariño; pero en la sala inmediata sonó la tos de la dueña y se detuvo, sentándose y tomando su bordado.

Soledad salió corriendo y cantando alegremente, y la dueña entró con aire de triunfo:

---

## CAPÍTULO XI.

La doncella continúa demostrando su habilidad.

Al día siguiente y á la hora de costumbre, Soledad empezó á sacar la ropa de su señora, creyendo que esta iria á misa, y diciendo á la dueña:

—Señora Alfonsa, va siendo tarde...

—¿Y qué os importa?—replicó la dueña con su acritud acostumbrada.

—Otros días os enfadais porque no os aviso y se pasa la hora de la misa.

—Hoy no saldremos de casa.

—¿Qué decís?—preguntó vivamente Rosa.

—Que no vamos á misa.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Señora Alfonsa...

—Señorita,—interrumpió la vieja,—ayer me dió vuestro tu-

tor amplias facultades para disponer lo que mejor me pareciese, y como he advertido que casi todos los dias madrugais de mala gana, para complaceros...

—Cierto que no me gusta madrugar, pero como la obligacion de oir misa es sagrada y no puede escusarse, segun vos misma decís, sino por graves motivos...

—Hay uno que no es despreciable.

—No acierto...

—Las mañanas son muy frias y húmedas, y como estais delicada, puede quebrantarse vuestra salud y aun acometeros una pulmonía.

Rosa comprendió entonces lo que el dia anterior habian tratado don Bartolo y la dueña, y convencida de que toda reflexion seria inútil para hacer que se modificara la decision de vigilarla y estrecharla mas, no dijo otra cosa que,

—Bien, si me lo prohiben no seré yo responsable de la falta.

—Allá para la conciencia de don Bartolo quedará: cuando así lo dispone...

—¿Es decir que desde mañana podré levantarme mas tarde?

—Ya habeis visto que hoy no os he dado prisa.

—Si me lo hubiéseis dicho antes... Soledad, guarda la ropa...

—¡Ah!—exclamó la doncella.—¡Dios me ayude!...

—¿Qué sucede?—preguntó Rosa con fingida sorpresa.

—¡Señorita de mi alma!—repuso la sirvienta con ahogada voz.—¿Qué va á ser de mí?

—¿Acabareis de explicaros?—dijo la dueña sin acertar con el motivo del susto de Soledad.

—Mirad,—dijo esta, enseñando el devocionario.

—Pero...

—¿No veis que está roto?

—¿Qué habeis hecho?—gritó la señora Alfonsa.—¿Qué habeis hecho, aturdida, loca, desastrada? ¿Así cuidais las cosas?

—Soledad,—dijo severamente Rosa,—¿cómo ha sucedido eso? ¡Oh!... Cuando lo sepa don Bartolo...

—¡Ah!... Yo no se lo digo... ¡Dios mio!

—¿Y cómo ha de ocultársele?

—No es posible... pero... vos, señorita, que sois tan buena...

—¡Decírselo yo!...

—Ó vos, señora Alfonsa...

—¿Cómo os atreveis á proponerme eso? ¿Por qué no tuvisteis cuidado? Nunca mirais lo que haceis, os lo tengo dicho... Justo es que pagueis la pena... ¡Un libro como ese, que costó cinco ducados!... ¡Qué horror!...

—Sin duda al cerrar el cofre...

—Ello es que lo habeis roto...

—Pero podrá componerse,—dijo Soledad,—dando vueltas al libro con muestras del mayor apuro.

—¿Lo harán de balde?

—Soledad,—dijo Rosa,—preciso es que tú des cuenta de lo que has hecho: el libro no puede componerse sin que lo sepa mi tutor.

—¡Me abandonais!—murmuró tristemente Soledad.

Y sus negros ojos se empañaron con las dos lágrimas de que á todas horas disponen las mujeres.

—Apurado es el caso, pero no para llorar,—repuso la pupila, dulcificando su acento como compadecida de su sirviente.—Despues que se lo digas á don Bartolo, yo le hablaré...

—¿Ya os ablandais?—replicó la señora Alfonsa.—Siempre sucede lo mismo y por eso no se enmienda esta muchacha. Dejadla, que así tendrá cuidado otra vez.

—Bien,—dijo Soledad, secando las lágrimas y como decidida

á arrostrarlo todo;—no necesito ayuda.

—No en verdad; sois bastante atrevida...

—Señora Alfonsa, tengo ama que me riña y amo que me despida...

—Y yo tambien...

—No y cien veces no...

—¡Desvergonzada!...

—Silencio,—interrumpió severamente Rosa.—¿Así me perdeis ambas el respeto?

—Es que...

—Silencio... Vete, Soledad.

La doncella calló, cerró el cofre y salió con el libro, mirando despreciativamente á la dueña.

Esta habló todavía largo rato sobre el mismo asunto, y luego tomó su rosario y empezó á rezar.

La pupila recurrió al bordado; pero como el pensamiento lo tenia en el galan de los ojos negros, daba de vez en cuando un punto y quedaba inmóvil.

Todo estaba preparado: la carta á Figaro habia sido escrita el día anterior y la tenia Soledad para meterla en el libro.

Entre tanto el conde, oculto en el hueco de una puerta, esperaba en la calle la salida de Rosa y se entregaba á las dulces ilusiones de su amor.

No dejó la dueña de interrumpir dos ó tres veces el rezo para asomarse á la ventana y ver si estaba el galan de las hebillas de diamantes; pero como este, por consejo de Figaro, se habia colocado de manera que no pudiesen descubrirlo sino pasando por su lado, aquella se volvió tranquila.

Una hora despues llamaron á la puerta de la casa; el ama de

gobierno corrió para abrir y evitar que Soledad lo hiciese como el día anterior, y Fíguro, disimulando su coraje por no ver ocasión de dar el amoroso billete, entró diciendo:

—Señora Anastasia, buenos días. Estais tan fresca y remozada como siempre...

—Y vos tan mentiroso y adulador como de costumbre,—respondió el ama de gobierno mientras sonreía llena de satisfacción.

—¿Adulador?... No tal, digo lo que siento, y es verdad que muchas de quince abrilés quisieran parecerse á vos.

—¿Y de qué me sirve?—replicó la señora Anastasia, exhalando un suspiro y mirando con ternura al barbero.

—¡Ay!—exclamó este, pudiendo apenas contener la carecajada.—¡Quién fuera sacristán!...

—¿Señor Fíguro!...

—¿Qué os sucede?

—Ya sabeis...

—¿Os enfadais?

—Sí, porque me haceis la ofensa de creer que yo puedo amar á un hombre como don Basilio. ¿No he quedado para otra cosa?

—Así se dice...

—No sé con qué fundamento...

Fíguro entró ligeramente en la habitacion de don Bartolo, y este, sin contestarle á los buenos días, le preguntó afanosamente:

—¿Has averiguado algo?

—Sí, señor,—respondió el barbero.—Tratándose de ser viros...

—Sepamos,—repuso el médico, acomodándose en su silla y cruzando sobre el vientre la bata.

—Después de mil vueltas y revueltas,—dijo Fíguro mientras

sacaba las navajas y echaba el agua en la bacía,—logré dar con los músicos que acompañaron al galan desconocido, los animé con algunas botellas, y hablando de negocios y aventuras me contaron lo mismo que vos. Repetí los brindis, porque los malditos lo beben como agua, y acabaron por decirme que el galan, cuando recibió el desagradable bautismo, echó toda la culpa á doña Rosa, diciendo mil pestes de ella y alejándose con firme propósito de no entrar en la calle en lo que le queda de vida.

—Te han engañado,—replicó don Bartolo.

—¡Que me han engañado!—repuso vivamente el barbero.—

Tengo pruebas...

—No puede ser.

—Os digo que sí.

El médico no tenia mas medio de convencer á Fígaro que refiriéndole la aventura de la mañana anterior; pero como le habia hecho desconfiar don Basilio, no se atrevió á revelar lo que él creia un secreto, y se contentó con decir:

—Pues yo tambien tengo pruebas de lo contrario.

—Voy á convenceros, don Bartolo.

—Es imposible.

—Ayer mañana,—repuso Fígaro en tanto que jabonaba la cara del doctor,—estuvo el galan con los músicos en una taberna, los convidó á almorzar, y quedó con ellos en ir á la noche á obsequiar á otra dama que parecia menos esquivada que doña Rosa.

—Se han burlado de tí, Fígaro.

—Lo que os digo es tan cierto como que á las siete de la mañana estaban en la taberna, y allí permanecieron hasta cerca de las nueve, hora en que yo entré, dando la casualidad que en aquel momento se separaba el galan de los músicos; de manera que lo ví como os miro á vos ahora, y puedo daros sus señas.

—Desde las siete hasta las nueve,—murmuró don Bartolo pensativo.

—¿Quereis mas pruebas? Es alto, flaco, tiene los ojos azules, la boca grande, la nariz aguileña y el bigote rubio.

—¿Serán dos?—dijo el médico para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y su porte?...

—El de un pobre hidalgo que quiere aparentar lo que no es.

—¿Reparastes en las hebillas de los zapatos?

—Por casualidad.

—¿Y eran?...

—De cobre.

—¿Estás seguro?

—Como de que soy Figaro.

—¿Y la capa?

—De paño verde.

Don Bartolo quedó pensativo. No sospechó que lo engañaba el barbero, y creyó firmemente que eran dos los que enamoraban á su pupila.

—¿Y su edad?—preguntó.

—Veintiocho años, poco mas ó menos.

—¿Su nombre?

—No lo saben los músicos.

El médico volvió á meditar.

Figaro siguió afeitando mientras inventaba nuevas mentiras para satisfacer á las preguntas que pudiera hacerle don Bartolo.

Por fin este abrió la boca para hablar, pero se detuvo porque en aquel momento entró Soledad con rostro compungido, llevando en la mano el libro de oraciones.

—¿Qué quieres?—le preguntó ásperamente el doctor.

— Señor, — dijo esta con timidez, — perdonad... pero...

— ¡Ay! — gritó don Bartolo. — Me has cortado...

— No, señor, — respondió el barbero; — ha saltado un cañón... como tenéis aquí un remolino...

— Tú tienes la culpa, — dijo el médico á Soledad. — ¿Quién te manda entrar aquí?

— Es que, — balbuceó la doncella, — como doña Rosa... no ha querido...

— Acaba. ¿Desde cuándo eres tímida para hablar? No será bueno lo que piensas decir cuando tanto te cuesta...

— Ayer... al cerrar el cofre... este libro...

— ¿Qué? — preguntó don Bartolo con impaciencia.

— Mirad... se rompió...

— ¡Roto! — exclamó el doctor como si dijera, « ¡Estoy arruinado! » — ¿Qué has hecho, desdichada?

— Sí, harto desdichada soy, — dijo Soledad, cuyos ojos se humedecieron.

— ¡Un libro como ese!...

— Pero lo compondrán.

— Es claro, todo se compone, pero...

— Fué al cerrar...

— Sí, sí, allí debieras haber tenido la cabeza, — replicó don Bartolo, tomando el libro y examinándolo.

Aprovechó Soledad aquel momento para dirigir á Figaro una mirada de inteligencia, y aunque este no adivinó el significado, comprendió que no era casual la rotura del libro ni haber dejado la doncella para entonces el ponerlo en conocimiento de su amo, y así con su acostumbrada viveza, ocurrióle terciar en la cuestión segun había presumido Soledad que sucedería.

— ¡Acabarán con cuanto tengo! — exclamó el doctor.

—Don Bartolo,—dijo el barbero,—no os incomodeis que eso se remediará sin perjuicio de nadie. Si quereis, dadme el libro, lo llevaré á un amigo encuadernador que me debe muchos favores, y siempre me está rogando que le proporcione ocasion en que servirme para demostrarme su agradecimiento, y él lo compondrá primorosamente porque no hay quien le iguale en su oficio.

El rostro del médico cambió, tranquilizóse y dijo despues de algunos instantes:

—Eso sería un abuso.

—No tal, señor: os repito que me lo agradecerá despues de hacerlo de balde, y á no estar yo seguro de ello no me ofreceria.

—Figaró...

—No tengais reparo, y aun si algun otro libro teneis roto ó por encuadernar, dádmelo tambien, que lo hará con mucho gusto.

—No es á mí el favor, sino á esta loca que debe pagar la compostura...

—Bien.

—Si tanto te empeñas...

—Soledad,—replicó Figaró,—dejad el libro sobre la mesa. Y siguió afeitando al doctor para estorbarle volver la cabeza.

—Dios os lo premie, señor Figaró,—dijo la doncella, secándose con el delantal los ojos.

La mesa estaba detrás de don Bartolo, y esta circunstancia favoreció á Soledad para meter en el libro el papel que llevaba oculto en una manga, operacion que no pasó desapercibida para el barbero.

Este se apresuró á concluir, guardó las navajas y el libro y tomó su capa y su sombrero.

—Aguarda,—le dijo don Bartolo,—que yo cumplo lo que prometo y voy á darte los dos ducados.

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 2.<sup>a</sup> — Esta circunstancia favoreció á Soledad para meter en el libro el papel que llevaba oculto.

ocu

su

des

¿T

con

refl

me

que

la o

—Lo mismo tiene mañana: de todos modos, aun me he de ocupar del asunto...

—¿Para qué?—replicó el médico, registrando los bolsillos de su chupa y sacando algunas monedas.—Puesto que el galán ha desistido de su temeraria empresa, nada me importa ya.

—Sin embargo, si llego á averiguar el nombre os lo diré.  
¿Teneis algo mas que mandarme?

—Nada.

—Guárdeos el cielo.

—Adios.

Salió Fígaro.

Don Bartolo dijo para sí:

—El asunto se enreda: dos amantes en vez de uno... Y no confío en lo de que no vuelva el de la música, porque si entra en reflexiones y sospecha que fui yo quien lo remojé... Por de pronto me cuesta dos ducados el galanteo. ¡Oh!... Esa cantidad es justo que la embeba en los gastos de mi pupila, puesto que ella ha sido la causa de que se gaste.

---

## CAPÍTULO XII.

Donde se verá que Fígaro no valia menos que la doncella.

Fígaro salió apresuradamente de la casa, y por si el ama de gobierno lo observaba por entre las celosías, no sacó del libro la carta hasta que entró en otra calle.

—¡Incomparable Soledad!— exclamó en tanto que desdoblaba el papel.—Hé aquí un golpe digno de tu ingenio sin igual. ¡Y yo, torpe y bruto, que no comprendí el juego hasta que sus divinos ojos me lo explicaron!... ¡Oh!... No me perdonaré jamás semejante torpeza. ¿Qué se diría de Fígaro si supieran que poniéndole delante lo que buscaba no acertó á dar con ello? Pero compensaré mi bobada, haciendo tales cosas que admiren á cuantos lleguen á saberlas y prueben á Soledad que no soy indigno de su amor. Sí, hechizo de mi alma, doble doncella, rivalizaremos en ingenio y travesura como tambien en cariño andamos á cuál de los dos tiene mas. Veamos lo que dice este papel que no debe tratar de otra cosa que del generoso conde.

Figaro leyó, quedó pensativo algunos instantes, y dijo:

—Ocasión se me presenta de probar lo que valgo y de ganar mucho dinero; pero el caso es mas apurado de lo que parece. Mañana irá en el libro el billete del conde; ¿pero y cómo he de hacerlo para seguir dando y tomando otros? ¡Oh!... Todos los días no puede romperse un libro, ni todas las semanas, ni siquiera una vez al mes, y por consiguiente, es menester valerse de otro medio.

Aquí fué el apuro del barbero: hasta entonces para todo habia encontrado recursos su fecunda inventiva; pero en el caso de que se trataba atormentó en vano su caletre sin dar con el resorte deseado.

Pensar en dar las cartas á la doncella al entrar ó salir, era en vano, porque la señora Anastasia lo estorbaba con su presencia; sobornar á la señora Alfonsa, imposible, tanto porque no habia de ser traidora á don Bartolo cuando esperaba merecer de él otros favores, quanto porque faltaba la ocasion de hablarle despacio para convencerla; y en quanto á don Basilio, hubiera sido perder el tiempo, como lo probaban las fundadas razones dadas el dia antes por el barbero al conde de Almaviva.

Don Bartolo habia tomado todas las precauciones posibles: no permitia que se abriesen las ventanas; se llevaba al salir de casa la llave de la puerta, y no habia medio de comunicarse á solas sino con el ama de gobierno cuando iba al amanecer á comprar las miserables provisiones para la comida.

Largo rato meditó Figaro mientras se dirigia lentamente á la morada del conde, y nada consiguió mas que calentarse la cabeza, desesperarse y reconvenirse duramente por su falta de entendimiento, avergonzándose de no valer tanto como Soledad.

—¡Vive el cielo!—exclamó, apretando con rabia los puños.—¿Con que habré de confesar que no sirvo para nada? ¿Y

ha de verse en tan triste caso el barbero Fígaro que tiene fama de vencerlo todo con su ingenio y su valor?... ¡Oh!... ¡Declararme vencido!... No, y mil veces no; antes me rompo la cabeza contra una esquina, ya que tan vana está, ó me voy á vivir á un desierto.

Volvió Fígaro á su meditacion, pero tan inútilmente como antes, y ya llegaba cerca de la casa del conde, cuando se detuvo, brillaron sus negras pupilas, se dilató su rostro y exclamó:

— ¡Triunfé!... ¡Y no se me ocurría una cosa tan sencilla!... Está visto, hoy tengo la cabeza trastornada. Claro es que si sola ella sale á la calle, de ella solamente puedo valerme, y claro es tambien que por lo mismo que es desconfiada hay que ponerle las cosas mas á la vista para que no desconfie. ¡Y me ha costado media hora lo que debí imaginar en medio minuto!... ¡Cómo se hubiera reido Soledad de mí si me hubiera visto tan apurado! El medio es sencillo y seguro; solo tiene el inconveniente de... Pero en fin, que tengan paciencia, porque no todo puede conciliarse; y como no se trata de ningun crimen... ¡Oh!... Todo se le figurará poco al conde para recompensarme. Por supuesto, le ocultaré la invencion de Soledad, como ella me encarga, porque en realidad, creeria que doña Rosa habia faltado al recato, buscando ella misma la ocasion, es decir, pidiendo el billete antes de que se lo dieran y le rogasen que lo tomara.

Fígaro, alegre como si hubiera encontrado un tesoro, apresuró el paso y en pocos minutos llegó á casa del conde, que lo esperaba con la mas viva impaciencia.

El enamorado galán estaba en el mismo gabinete y sitio que el día anterior, y apenas entró el barbero lo miró afanosamente, preguntándole:

— ¿Has entregado el billete?

—Mañana, —dijo Figaro, mostrando el libro con aire de triunfo, —mañana á estas horas ya sabrá doña Rosa que la adorais y habrá leído diez veces seguidas vuestra tiernísima carta.

—¡Figaro! —exclamó Almaviva, cuyos ojos brillaron con todo el fuego de su pasión.

—Mañana, señor, mañana la leerá diez veces, veinte, ciento, y tal vez... ¡oh!... ¿quién sabe si sus labios se pondrán donde su mirada.

—¡Ah!... ¡Si no correspondiera á mi amor!...

—¡Qué locura!... Seguro estoy que os adora; y si no fuera por el pícaro viejo...

—¿Qué me importa el viejo?

—Á mí mucho, señor.

—¿Pero por qué mañana y no hoy?...

—Porque hasta mañana no puede volver esta prenda á manos de doña Rosa.

—¿Es suyo ese libro?

—El que lleva á misa.

—¡Oh! —exclamó arrebatadamente el conde.

Y levantándose con el rostro encendido y palpitante el pecho, quitó el libro á Figaro y lo besó frenéticamente.

—¿Ha perdido el juicio vuestra señoría?

—¡Suyo! —repuso el caballero. —Aquí ha puesto sus manos... aquí su mirada... habrá besado esta cruz...

—Pero, señor...

—Me quedo con este libro.

—¿Qué está diciendo vuestra señoría?

—Que no sale de mis manos este tesoro.

—¡Oh! —murmuró Figaro. —Muchos se han vuelto locos de amor, y...

—Fígaro...

—Señor conde, sin el libro no puedo volver á casa de don Bartolo ni entregar el billete.

—Es verdad, —dijo el conde con languidez y volviendo á sentarse.

—Entre sus hojas...

—Sí, sí, lo comprendo; pero me lo dejarás hasta mañana.

—Imposible.

—¿Por qué?

—¿No veis que está roto?

—Eso no importa.

—Si se dignara escucharme vuestra señoría...

—Expícate, Fígaro... ¡La amo tanto!

—Como yo á Soledad; pero...

—Dime cómo y por qué tienes este libro.

El barbero, que no podía hablar sin mentir ó exagerar aun cuando no tuviese necesidad de ello, respondió sin detenerse:

—Cuando fuí á afeitarse á don Bartolo encontré la casa convertida en un infierno: unos gritaban, otros lloraban, y sin entenderse ninguno, hablaban todos á la vez mientras que ese libro pasaba de mano en mano. Quedé sorprendido y aturdido, y aun estuve á punto de huir de aquella diabólica confusión, porque don Bartolo estaba hecho un basilisco, la dueña, entre lamentos que arrancaban el alma, invocaba á Dios y á toda la corte celestial, el ama de gobierno chillaba, Soledad lloraba y doña Rosa, asustada y sofocada, pedía á todos que se calmasen. Como dice el refrán que á río revuelto ganancia de pescadores, se me ocurrió que tal vez podría valerme de la confusión para dar el billete á Soledad ó doña Rosa, y me quedé.

—¿Pero estaban espiritados?

— No parecian otra cosa.

— ¿Y cuál era la causa del alboroto? — preguntó el conde con viva curiosidad.

— Así lo pregunté; pero nadie me contestó, y no lo supe hasta que por lo que decian comprendí que todo provenia de que el libro se habia roto sin saber por quién, y unos á otros se echaban la culpa.

— ¿Pero por tan poco?...

— Para el vejete tiene mucha importancia todo lo que le cuesta dinero. ¿No he dicho á vuestra señoría que la codicia y mezquindad de don Bartolo no tienen igual? ¿Creeria nadie que mantiene á doña Rosa con lentejas y garbanzos, que le escasea el pan y rara vez le da carne?

— ¡Fígaro! — exclamó el conde, que no comprendia que nadie pudiera mantenerse con tales alimentos.

— ¿Se sorprende vuestra señoría?

— Sin duda exageras...

— Es tan cierto como que os estoy hablando.

— ¡Viejo miserable!

— Ruin y tambien hipócrita, pues dice que lo hace para que doña Rosa no pierda la salud, porque no hay nada mas sano que las comidas frugales.

— ¡Oh!

— Por eso, yo que lo conozco, acabé en seguida la cuestion del libro, diciendo á don Bartolo que yo tenia un amigo encuadernador que haria la compostura primorosamente y de balde porque me debia muchos favores.

— ¡Bien, Fígaro, bien! Esa traza es digna de tí.

— Tranquilizóse, aceptó, me dió el libro, que devolveré mañana compuesto, y aquí me teneis triunfante.

— Con tu ayuda estoy ya seguro de lograr mis deseos... To-

ma,—repuso el conde entusiasmado y quitándose una sortija con diamante.—La has ganado.

Figaro no se hizo de rogar y tomó la joya, esperando tambien algunas monedas cuando explicara el plan que habia concebido.

—¡Ah!—exclamó.—¿Con qué pagaré á vuestra señoría?

—Nada me debes.

—Señor conde...

—Es decir, que mañana...

—Irá el billete con el libro; pero como todos los dias no habrá la misma ocasion...

—No habia pensado en eso.

—¿Cómo se dan y se reciben mas billetes?

—Figaro, no desmientas tu ingenio.

—Ya sabe vuestra señoría que es casi imposible...

—Sí, pero teniendo tú ganas de servirme, tomándolo con empeño...

—No hay mas que un medio, señor.

—Esplicate...

—Pero tiene un inconveniente.

—Siendo tuyo el plan...

—Por bueno lo tengo.

—¿En qué consiste?

—Solamente el ama de gobierno sale de casa al amanecer para comprar las provisiones del dia.

—¿No me dijistes que era imposible sobornarla?

—Sí, señor, es imposible.

—¿Entonces?...

—He pensado que de ella precisamente debemos valernos para que lleve los billetes.

—No acierto cómo.

—Todos los días va á comprar á una misma tienda, cuyo dueño es conocido y parroquiano mio, aficionado al jugo de la uva y al dinero.

—No comprendo aun.

—Es muy sencillo: al tendero no le importará envolver las lentejas ó garbanzos en un papel que yo le dé...

—¡Ah!...

—Por consiguiente, los cucuruchos que lleve el ama de gobierno estarán hechos con las cartas de vuestra señoría.

—¡Feliz idea!

—El inconveniente es que el tendero se enterará de lo que diga la carta.

El conde meditó algunos instantes.

—No,—dijo,—no se enterará porque el papel irá en blanco. Fígaro miró con sorpresa al conde.

—No se verá lo escrito sin ponerlo antes cerca del fuego, con cuya sencilla operacion aparecerán las letras con toda claridad.

—¿Ha estudiado mágia vuestra señoría?—preguntó el barbero cada vez mas admirado.

—Te descubriré el secreto,—respondió, sonriendo, Almaviva.

—¡Si yo lo hubiera sabido en algunas ocasiones!...

—Así, ni el tendero leerá mis cartas ni habrá peligro de que caigan en poder de don Bartolo por alguna casualidad fatal.

—Nos burlaremos de todos.

—Falta el medio de que te has de valer para recibir las cartas de Rosa.

—Eso es mas fácil: Soledad las dejará caer por la ventana á la calle mientras el ama de gobierno baja para abrirme la puerta, y otros días, como sucede algunos, me las dará en presencia del viejo con el jarro de agua caliente que suelo pedir para afeitarlo.

—Nada mas falta, pues.

—Nada, señor.

—Pues no pierdas tiempo.

—Ante todo voy á llevar á componer el libro.

—Tómalo, —dijo el conde, besándolo por última vez.

—¡Si os viera don Bartolo!...

—Mas ha de ver y tendrá paciencia.

—Después del encuadernador veré al tendero, lo convidaré á beber y se arreglará el negocio en la taberna.

—No quedes mal por dinero, ofrécele cuanto quiera y empieza por darle el que te pida.

—Mi mayor placer sería que vuestra señoría no gastase un solo maravedí, pero...

—Toma, —replicó el conde, sacando de un bolsillo de la chupa algunas monedas de oro y dándoselas al barbero sin mirarlas.

—Señor...

—¿Necesitas mas?

—Me sobra para hoy.

Figaro no se detuvo mas que para referir al conde cómo habia engañado á don Bartolo, sacándole dos ducados, y luego se fué rebotando contento y bendiciendo su fortuna.

El conde se consideraba feliz, y al amor del fuego de la chimenea, dejó que se remontase su pensamiento en alas de sus risueñas ilusiones, de sus deseos y sus esperanzas, que son muchas y muy halagüeñas las de los enamorados.

Aquel dia, como el anterior, decian sus criados:

—¿Qué pasa á su señoría? Está desconocido: habla y ríe... Ese barbero ha traído á esta casa la alegría.

---

## CAPITULO XIII.

De cómo el barbero arregló el negocio de las cartas.

Fígaro no perdió un momento: llevó el libro al encuadernador, dejó en su casa la bacía, navajas y jarro, y contemplando la sortija y sonando las monedas de oro se fué en busca del tendero con quien debía tratar el negocio del papel para los garbanzos.

—Lo que mas produce es lo primero,—decía para sí mientras caminaba á buen paso;—por hoy tendrán paciencia los que esperan para afeitarse, y si se enfadan y buscan otro barbero mas puntual, no perderé gran cosa: de todos modos, si el conde sigue mostrándose tan liberal como ahora, en pocos dias ganaré mas que rapando barbas en muchos años. Murmurarán mis vecinos porque ven la tienda cerrada casi todo el dia, y me pondrán como hoja de perejil, creyendo que me ocupa alguna intriga: no se equivocan si tal piensan, ni me importa que así piensen, alegrándome de que no se equivoquen, porque es lo cierto que muchos de los que me critican envidian ser criticados como yo. Mientras ellos hablan lleno mis bolsillos de felicidad, es decir, de dinero, y

acabará por ser el mas respetado porque seré el mas rico. Y aquí de mi filosofía: el que menos vergüenza tiene hace mas fortuna, y el mas afortunado es mas atendido y considerado en este pícaro mundo: los que se envanecen de tener vergüenza, debieran mas bien decir que fundan su orgullo en su falta de valor para ser desvergonzados, y como la cobardía es mal mirada por todos, de aquí el que los modestos y encogidos hagan el último papel en la comedia que representamos. De todo esto deduzco que puede decirse: «Bienaventurados los atrevidos porque de ellos es el reino del mundo, el dinero, los placeres, todas las felicidades; porque ellos, en fin, gozan y se ríen mientras los demas sufren y lloran.» Cuando yo era aprendiz de barbero, no habia quien no me despreciara, y para nombrarme decian, «ese tunantuelo;» cuando heredé á mi maestro, empezaron á llamarme Figaro y me escuchaban; y despues que con mi ingenio aumenté mi caudal y me vieron salir con chupa de seda y capa de paño fino, me llamaron señor Figaro, y desde entonces, no solo me escuchan, sino que me piden consejo, siempre me dan la razon y mis chistes les hacen mas gracia que antes. Ahora arrecia el viento de mi fortuna, soplándome como un huracan, y cuando vean este diamante y se aperceiban de que mi bolsa está siempre llena de oro, no seré un pícaro ni intrigante de cuya compañía debe huirse por ser deshonrosa y peligrosa, sino un hombre de ingenio y valor á quien buscarán para honrarse y aprender.

Como el barbero hablaba solo cuando no tenia con quién hacerlo, porque no podia vivir sin hablar, siguió su monólogo sin interrumpirse hasta llegar á la puerta de una tienda miserable de comestibles, tras cuyo mostrador habia sentado un hombre como de cuarenta años, escaso de carnes, de rostro aguileño y ojos pardos y redondos que no carecian de espresion.

—Dios bendiga, —le dijo Fígaro entrando, —al señor Paco, mi mejor amigo y el mas concienzudo mercader de los cuatro reinos de Andalucía.

—Precisamente, —respondió el tendero levantándose, —pensando estaba en vos, señor Fígaro.

—Por eso estaria yo contento sin acertar el motivo.

—Siempre el mismo, siempre...

—¿Y por qué pensábais en mí, si el preguntarlo no es indiscrecion?

—Porque quiero afeitarme, y á no ser por la pereza que me da el frio, no me hubiérais encontrado ya aquí.

—Ni vos á mí en la barbería.

—No traereis las navajas...

—No; pero dejad eso, que tiempo teneis, y puesto que habfais hecho intencion de salir, tomad la capa y el sombrero y acompañadme á beber un jarro de vino para entrar en calor.

El tendero dudó, y mirando á Fígaro como si quisiera adivinar quién de los dos tendria que pagar el vino, respondió:

—El caso es que...

—No admito excusas, —interrumpió el barbero, que adivinó lo que su amigo pensaba; —tengo gusto de convidaros y no es cosa de que me dejéis mal.

—Si tanto os empeñais...

—Llamad á vuestra mujer, —repuso Fígaro, desembozándose y restregándose las manos para que el tendero viera la sortija, —llamadla y que se quede para despachar.

El señor Paco vió el diamante, brillaron sus pupilas y dijo:

—Al momento: ya sabeis que soy vuestro mejor amigo, y que no solamente en lo que me pedís ahora estoy dispuesto á complaceros, sino en cosa de mas importancia.

—Así como yo os probaré muy pronto que no me olvido de vos.

—¡Catalina!—gritó el señor Paco, asomándose á la puerta de la trastienda.—Mi capa y mi sombrero... Date prisa que me aguarda el señor Figaro.

—Pienso,—dijo este, mirando á uno y otro lado,—que si derribárais ese tabique y ensanchárais la tienda, abriendo puerta tambien á la otra calle, ganaríais mucho.

—No os equivocais, pero es obra muy costosa y no están los tiempos para tanto.

—¡Muy costosa!...

—Sí, seria menester hacer un nuevo mostrador, añadir anaqueles...

—Todo no cuesta mas de veinticinco doblones.

—¿Y os parece poco? Si los tuviera...

—Los tendreis, Dios mediante, porque sabreis ganarlos.—  
repuso el barbero.

Comprendió el tendero que Figaro iba á proponerle algun negocio, y picada su curiosidad y despertada su codicia, volvió á llamar á su mujer.

Esta, cuya sobra de carnes no le permitia correr, entró, diciendo:

—Toma el sombrero y la capa y no te apresures tanto, que para ir á divertirte siempre es buena hora.

—No os enfadeis, señora Catalina,—dijo Figaro;—tengo que hablar con el señor Paco...

—Pudiérais hacerlo aquí y me escusárais abandonar mis faenas.

—Catalina, Catalina,—replicó el tendero,—déjame en paz y respeta lo que dispongo.

—Sí, probablemente ireis á la taberna á gastar en vino lo que yo ahorro, quitándome la vida.

—Lo que quieras, mujer,—replicó el tendero, levantando la trampilla del mostrador y saliendo:—no estoy de humor de pendencias.

—Que el cielo os conserve,—dijo Fígaro.

Y ambos salieron mientras la tendera seguía murmurando y anunciando que su marido acabaría por perderse si no abandonaba la compañía de hombres tan peligrosos como el barbero.

Este y su amigo encontraron en la inmediata calle una taberna, donde era fama que el vino se vendía sin agua, campeche ni otros aliños, y entrando se sentaron junto á una mugrienta mesa colocada en el rincón mas apartado.

—Tic Pepon,—dijo Fígaro al tabernero, que era un hombre de extraordinario volúmen, parecido á las tinajas y barriles de su bodega,—dadnos un jarro del que me gusta y algo para hacer boca, que tengo el tragadero como una yesca.

El tabernero, con una calma sin igual, llevó el vino y algunos arenques y volvió á su puesto sin decir una palabra.

—Empecemos,—dijo Fígaro despues de convencerse de que no podían oír lo que hablasen.

—Os doy el ejemplo,—respondió el señor Paco, tomando una sardina.

Y despues que la suya comió cada cual, llevaron los vasos de espumoso tinto, los hicieron chocar uno con otro y levantaron el brazo.

—Á vuestra salud,—dijo el tendero.

—Por vuestra amistad,—respondió Fígaro.

Y de un trago dejaron vacías las vasijas, limpiándose despues la boca y castañeteando la lengua.

—No hay quien lo tenga como el tío Pepon.

—Es moro como el mismo Mahoma.

—Venga otro.

—Venga, que este apenas ha llegado al gaznate.

Volvieron á llenar los vasos, soplaron la espuma y se levantaron los codos á la altura de la frente.

—Bien.

—Esto es ya otra cosa.

—Empieza á calentarse el cuerpo.

—Pero la cabeza firme.

—Como una roca.

—Templado, como ninguno, señor Paco,—dijo el barbero, comiendo otra sardina:—sois un hombre completo.

—No falta resistencia.

—Mucha calidad.

—Nada teneis que envidiarme, señor Figaro.

—Tengo ánimos, pero no tan buena cabeza, porque si bebo mucho suele flaquearme y...

—¡Malditas espinas!...

—¿Se atascó alguna?

—Sí.

—Cuidado con la calle del Pan...

—La limpiaremos con un trago.

Volvieron á beber tan garbosamente como antes, y el tendero, que era muy aficionado al espirituoso jugo, dijo:

—Apuesto una oreja á que estos vasos no son los que siempre da el tío Pepon.

—Lo mismo digo y juro que son la mitad mas pequeños.

—Por consiguiente...

—Para beber uno hay que vaciar dos.

Y los llenaron y vaciaron con nuevos brindis.

—¿Otro arenque?—dijo el tendero, cuyos ojos parecian haberse achicado.

—Mejor será una magra,—replicó Fígaro.

—Es verdad, algo que se pegue á los riñones.

Pocos momentos despues destrozaban un pedazo de jamon y apuraban el quinto vaso.

—Proseguid que os escucho con la atencion que el asunto merece,—dijo el señor Paco, como si tuvieran comenzada alguna conversacion.

—Pues bien,—respondió el barbero sin manifestar estrañeza,—como os decia, en nada puede comprometeros lo que tenéis que hacer, ni es cosa tampoco que repugne á vuestra conciencia; por el contrario, hareis una buena obra, redimiendo un cautivo, sacando un alma del purgatorio, y ganando al mismo tiempo lo que necesitais para ensanchar la tienda, porque con cada papel irá uno de estos.

Y Fígaro metió la mano en uno de los bolsillos de su chupa y sacó y puso sobre la mesa un doblon de oro.

—¡Cuatro duros!—murmuró el tendero, abriendo estremadamente los ojos.

—Cada vez,—repuso Fígaro.

—Entremos en pormenores.

—Es muy justo:

—Empezad de nuevo y me enteraré mejor.

—Ya conocéis al ama de gobierno del médico don Bartolo.

—Compra en mi tienda todos los dias.

—Y no pasará uno sin que lleve garbanzos ó lentejas.

—Es muy raro el que falta.

—Pues bien, cuando sea necesario, en vez de envolver los

garbanzos en un papel cualquiera, los envolveréis en uno que yo os daré la noche antes con un doblon de á ocho de tan buena ley como el que estais mirando.

—¿Y ese papel?...

—Será blanco, y si está escrito ó impreso, no será mas que como otro de los muchos viejos que usais.

—¿Y cómo yendo en blanco el papel?.....

—¿Qué os importa?

—Como supongo que se trata de introducir de esa manera cartas amorosas en casa del doctor...

—Es posible.

—Si no está escrito el papel...

—Ningun riesgo para vos.

—Es verdad, pero...

—¿Qué se os ocurre?

—Parece brujería...

—¿Que eso diga un hombre de vuestro temple!...

—En fin...

—¿En qué quedamos?

El tendero meditó, bebió otro vaso y dijo:

—¿Cuándo empezaré á tomar doblones?

—Ahora mismo.

—¿Traeis algun papel?

—No, pero como regalo, además de lo convenido...

—Entiendo,— dijo el señor Paco.

Y guardó la moneda despues de convencerse de que no era falsa.

—Negocio hecho.

—Un trago porque todo salga bien.

Por última vez vaciaron el vaso.

—Tengo un poco sueño,—dijo el señor Paco, restregándose los ojos,—no por lo que he bebido, sino porque siempre que como se me pone la cabeza pesada.

—Pues yo tengo calor y voy á tomar el fresco que corre.

—Sí, vamos, que ya empezará á impacientarse mi mujer.

Figaro pagó, saliendo con su amigo y separándose en la puerta de la taberna despues de prometerse cumplir fielmente lo tratado.

—¿Qué falta? —dijo para sí el barbero, encaminándose á su casa.—Nada, absolutamente nada; no queda ningun cabo por atar. ¡Oh! Estoy orgulloso de mí mismo; no puede imaginarse un enredo mas ingenioso. ¿Y qué dirá Soledad de mí? Seguro estoy de que su amor va á triplicarse cuando conozca mi plan. Ya puedo presentarme á ella sin avergonzarme, porque con su diabólica invencion del libro puede competir la mia de los cucuruchos. Voy, pues, á escribirle una carta dándole instrucciones y diciéndole tantas ternezas como el conde pueda decir á doña Rosa. ¡Oh, fortuna, cuán pródiga te muestras conmigo! Tengo dinero, me prometen mas, y Soledad será mia con un dote. Mi dicha no tendria igual si encontrara á mis padres; pero ya he perdido la esperanza; para eso no me ha servido mi ingenio ni mi travesura. Paciencia: no hay felicidad completa en este mundo.

El barbero olvidó por algunos minutos la intriga de los amores del conde y Rosa para pensar en sus padres y reunir los recuerdos de su niñez. Seguramente hubiera dado todo el oro que esperaba ganar por el nombre de que carecia y un abrazo de su madre. Su desconocido nacimiento era la nube que constantemente empañaba el cielo de su alegría.

---

---

## CAPÍTULO XIV.

De cómo la señora Anastasia puso al doctor en un nueve aprieto.

Volvamos á casa de don Bartolo para saber lo que allí sucedía mientras Fígaro hablaba al conde y se ocupaba en beber con el tendero.

El doctor habia meditado largo rato sobre los inconvenientes que presentaba su casamiento, y á pesar de que creía que eran dos en vez de uno los rivales, acabó por convencerse de que no era desesperada la situación, pues al fin, ni uno ni otro enamorado habian pasado de un galanteo que nada significaba puesto que no habian tenido ocasion de comunicarse con Rosa.

—Una cosa,—decía el doctor,—he visto probada, y es que mi pupila, á pesar de sus pocos años y falta de mundo, sabe mentir y fingir con maestría, pues con lágrimas en los ojos me asegura que quiere morir soltera, cuando por lo que dió á entender con tomar el agua bendita, siente el mas vivo deseo de casarse con el galan de las hebillas de diamantes y los vuelos flamencos.

Don Basilio no se equivoca ; todas las mujeres son como Eva, engañadoras y causa de la perdicion de los hombres ; y como nosotros nos parecemos tambien á nuestro primer padre Adan, tenemos como él momentos de debilidad y ofuscacion y tarde ó temprano mordemos la tentadora manzana , para cuyo bocado no conoce la ciencia digestivo eficaz ni emético que la haga volver. Pero en fin , decidido estoy ya , y lo que me importa es concluir cuanto antes para quedar tranquilo. Mis disposiciones están bien tomadas : la dueña no me hará traicion ; don Basilio, siquiera por ese favor que dice espera de mí , me servirá de todas veras ; Soledad es una aturdida , pero no me infunde recelo porque está bien espiaada por la señora Alfonsa y Anastasia , y esta , aunque pareció disgustarle mi proyecto , me ayudará tambien , porque mas le conviene estar bien que mal conmigo , suponiendo , como supongo , que no tendrá la pretension ni esperanza de ser mi mujer. Nadie entra en la casa mas que Fígaro , que aunque capaz de todo lo malo , nada puede hacer mientras me afeita. Por consiguiente , solo me falta pensar en los preparativos de boda y fijar el dia del casamiento.

Así pensaba el doctor cuando el ama de gobierno interrumpió sus meditaciones , entrando con gravedad y sin pedir licencia.

— Ya voy , — dijo don Bartolo , creyendo que la señora Anastasia iba para avisarle que estaba el almuerzo.

— Aun no está frita la asadura , — replicó la sirvienta , sentándose ; — pero tenemos que hablar...

— ¿ Ha sucedido alguna otra desgracia como la del libro ?

— Es asunto mas sério , — respondió la señora Anastasia con aspereza.

Miróla el doctor sorprendido , y comprendiendo que la conversacion iba á ser desagradable , dijo:

—Ahora estoy muy ocupado.

—Ya lo veo,—replicó la vieja con ironía.

—Aunque parece que no hago nada...

—Está bien; pero no puede dejarse para mañana lo que tenemos que hablar.

—¿Qué significa esto? ¿No mando ya en mi casa?—preguntó el médico alarmado.

—Sí, señor doctor, mandais, pero no para abusar.

—¡Señora Anastasia!

—Es verdad,—replicó el ama de gobierno con amargura,—eso nada mas soy, la señora Anastasia, vuestra criada y vuestra víctima.

—¿Has perdido el juicio? ¡Oh!—exclamó don Bartolo, á quien no quedó la mas leve duda del motivo de aquella entrevista.

—Por lo que he sufrido,—dijo la sirvienta, perdiendo, como suele decirse, los estribos, y dando rienda suelta á su enojo,—por lo que he sufrido nada tendria de extraño que me hubiese vuelto loca.

—No levanteis la voz.

—Han de oirnos los sordos...

—¡Anastasia!

—Seductor ingrato.

—¡Silencio!—exclamó el doctor, cuyo rostro se habia puesto amarotado.

—¿Dónde está mi honra, dónde?

—Pero...

—No callaré: vengo á pedir cuentas de lo que es mio, y habrás de escucharme, porque ahora no somos amo que manda y criada que obedece, sino el enamorado Bartolo de otro tiempo, que promete, jura y seduce, y la pobre Anastasia, niña inocente, que

ciega de amor sucumbe á los falsos halagos, y pierde su honor para verse luego abandonada. Eso somos en este momento.

—Anastasia,—replicó el doctor acobardado por el desentono y maneras amenazantes de la vieja,—te arrebatas fácilmente, no reflexionas...

—¡Que no reflexiono cuando hace veinticinco años que pienso lo mismo!

—¿Pero á qué viene ahora tratar de cosas tan añejas que deben tenerse olvidadas?

—¡Olvidadas!—exclamó el ama de gobierno.—¿Con que debe olvidarse mi honra?... ¡Dios mio!... ¿Y esto dice un hombre que nos aturde con sus sermones sobre la virtud?... ¡Hipócrita!

—Esto es insufrible...

—Ciertamente, y por eso no lo sufriré.

—Ni yo que se me pierda el respeto.

—¿Y mi honor?

—¡Anastasia!...

—Veremos, señor predicador, veremos...

—Basta ya,—se atrevió á decir ásperamente el médico.

—Bien, me iré; pero no callaré y todo el mundo sabrá quién eres.

—¡Oh!—exclamó don Bartolo sofocado y haciéndose aire con un faldon de su bata.

—Estoy rebosando veneno.

—Si yo lo hubiera recetado, con poca dosis responderia de mi tranquilidad.

—No tendrás el gusto de bailar en mi sepultura.

—¡Uf!...

—Viejo verde.

—Esto no es mujer, es un demonio...

— Hace veinticinco años me llamabas ángel, y querubín, y paloma, y tórtola...

— Pero has sufrido una metamorfosis horrible.

— No entiendo esas palabras de doctor.

— Metamorfosis quiere decir trasformacion, cambio.

— Es verdad: era la niña pura, cándida y dichosa, y ahora soy la mujer deshonrada por tu desenfreno, desengañada y desdichada.

— Acabemos, Anastasia, porque pierdo la paciencia.

— Sí, acabemos, Bartolo.

— ¿Qué quieres?

— Demasiado, pero...

— Entonces...

— ¿No me he explicado con claridad?

— Supongo que habrás venido con algun fin mas que recordarme lo que debemos olvidar.

— No te equivocas: vengo á pedir reparacion.

— ¡Reparacion!

— ¿Te espantas?

— Es que no entiendo...

— Escúchame, Bartolo, y no me interrumpas.

— Aguarda, — dijo el médico, mirando su reloj. — ¡Las nueve!... Mañana hablaremos... ó despues...

— Ahora mismo.

— Imposible: me llama el deber, me lo impide mi conciencia...

— No saldrás.

— La vida de un hombre, de un padre de familia, depende únicamente de mi exactitud...

— Mentira.

—Dios, la humanidad...

—Tambien depende mi honra y mi sosiego de que te quedes.

—¡Anastasia!...

—He dicho que no.

—Morirá el paciente y su sombra te perseguirá.

—Sucedá lo que quiera no saldrás de aquí ó alborotaré la veindad.

—¡Infernal mujer! ¡Furia desencadenada! —exclamó don Bartolo, cuya frente estaba inundada de sudor.

—Mal cristiano.

—Caiga sobre tu cabeza la sangre del infeliz que espirará sin mi socorro, dejando huérfanos y desamparados á nueve hijos de tierna edad, que tambien han perdido á su madre.

—Estoy muy acostumbrada á tus sermones y mentiras, y te escucho como quien oye llover.

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

—¿Aunque se muera ese infeliz padre de familia?

—Así habrá un hombre menos y ganará mucho el mundo.

—Lavo mis manos.

—Escúchame.

—Comienza: estoy resignado,—dijo el médico, limpiándose el sudor del rostro y descansando las manos cruzadas sobre su enorme barriga.

La señora Anastasia calló algunos instantes para tomar aliento, y luego dijo:

—Hace veinticinco años...

—Eso ya lo sé.

—Quiero recordarlo.

—Bien.

—Hace veinticinco años, mi belleza, codiciada por cuantos me veían, encendió también en tí una pasión fatal.

—Soy de tu opinión, fatal, fatalísima...

—Con halagos y promesas falsas, después de rogarme noche y día, lograste ablandar mi firmeza, derribar la dura roca de mi virtud.

—Deja las metáforas y acabaremos más pronto.

—Hablo como sé: no soy doctora.

—Quiero decir que vayas al grano.

—¿Es acaso paja mi virtud?

—¡Oh!...

—No me interrumpas.

—Comenta, compara, diluye...

—Repito que caí en la red de tu seducción, porque te amaba como la tortolilla á su tortolito... ¡Ay!—exclamó la señora Anastasia, exhalando un profundo suspiro.—¡Qué tiempo aquel!

—Todo acaba en este mundo.

—Por eso acabó tu amor y mi dicha, y también se ha concluido mi paciencia.

—Prosigue.

—Tu engaño y mi debilidad dieron por resultado...

—Una cosa muy natural: tuvimos un hijo.

—¡Hijo de mis entrañas!—exclamó el ama de gobierno, limpiándose los ojos.

—Nadie se apercibió de tu estado: en el silencio de la noche nació nuestro hijo, y para que no sufriese tu reputación lo dí á criar fuera de Sevilla, sin economizar gasto alguno.

—Es verdad.

—Creció el niño,—repuso conmovido don Bartolo;—era hermoso como un ángel, vivo y travieso como una ardilla, y cuan-

do tenía cinco años, desapareció sin que hayamos podido averiguar su paradero. ¿De qué puedes acusarme?

—Si te hubieras casado conmigo, nuestro hijo hubiera estado con nosotros.

—Pero no me casé y ya no tiene remedio: perdimos á nuestro hijo, Dios lo dispuso así porque convendría, y debemos respetar los decretos divinos.

—No te casastes porque dijistes que motivos que no podias revelar te obligaban á permanecer soltero.

—Dije la verdad.

—Bien, pero aquellos motivos ya no existen, y...

—¡Que no existen!...

—La prueba está en que has determinado casarte con tu pupila.

Ante la lógica de la señora Anastasia quedó desconcertado el doctor y no acertó á responder.

—¿Qué dices á eso?—preguntó la sirvienta con aire de triunfo.

—Digo que... me caso con Rosa... porque tengo que cumplir lo prometido á su padre moribundo á consecuencia de una atrofia del corazon, contra la que fueron ineficaces todos los dilatantes que le propiné, es decir, cuantos conoce la farmacopea, concluyendo por...

—¿Qué música es esa?—interrumpió la señora Anastasia.—¿Qué tiene que ver nuestro casamiento con las estrofas y los distantes?...

—¡Qué horror!...

—El pan, pan, y el vino, vino.

—Eso quiere decir...

—Que no me avengo á morir soltera.

—¿Y he de ser yo tu marido?

—Justo es que se clave las espinas el mismo que cogió la rosa.

—¿Volvemos á las metáforas?

—Bartolo, has de casarte conmigo.

—¡Tú mi mujer!—exclamó el doctor.

—Delante del altar divino.

—¡Oh!...

—Y muy pronto.

—Sueñas, Anastasia.

—Tampoco te casarás con tu pupila.

—Me casaré.

—Sueñas, Bartolo,—replicó la sirvienta, remediando al doctor.

—¿Quieres ser mi verdugo?

—Quiero ser tu esposa.

—¡Dios mio!

—Y veremos quién puede mas.

—Anastasia, busca otro marido.

—¿Y mi deshonra, y mi amor?

—Despues de tantos años debe haberse cicatrizado la herida de tu amor primero.

—¡Ay!—exclamó la sirvienta con romántica entonacion.—Las heridas del corazon jamás se cierran.

—Eso no significa nada, y si continúas hablando con ese estilo de novela, no nos entenderemos.

—Lo que significa mucho y tú no quieres comprender, es que á mi edad no es fácil encontrar marido.

—¿Y he de cargar por eso con tu vejez?

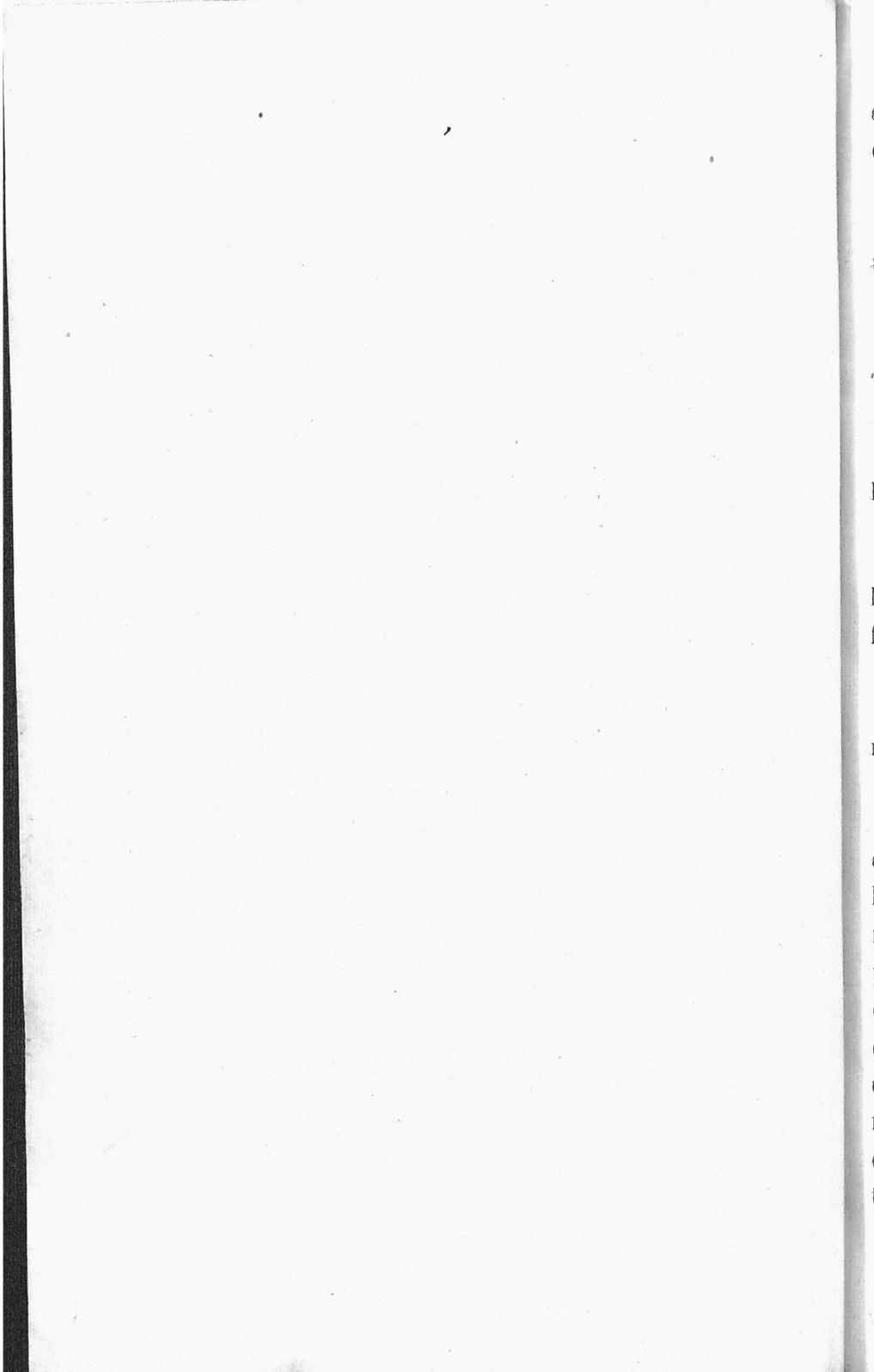
—¿Por qué no dijistes lo mismo de mi lozana juventud?

—Anastasia, no recordemos nuestras antiguas locuras, por-

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 3.<sup>a</sup> — ¡Tú mi mujer! — exclamó el doctor.



que me entristece mucho el contar los años que han pasado desde entonces.

—Basta de rodeos, Bartolo, —replicó la sirvienta.

—Basta de conversacion, —dijo el médico, levantándose resuelto á terminar aquella enojosa escena.

—Sí, quedemos dentro ó fuera...

—Anastasia, —interrumpió el doctor, haciendo un esfuerzo, —no esperes casarte conmigo.

—¡Bartolo!...

—Dí á todo el mundo lo que pasa, escandaliza cuanto quieras, pero no seré tu marido.

—¡Dios mio!...

—Tal vez consigas que no me case con Rosa, pero tú tambien te quedarás soltera, porque una vez dado el escándalo, confesada por tí tu deshonra, ningun hombre te se acercará.

El ama de gobierno solo contestó con lamentos y lágrimas.

—Escucha, Anastasia, —repuso el doctor, que apenas podia respirar, —escucha y toma mi consejo...

—¡Ingrato!

—Nuestro amor no es mas que un recuerdo, y si tienes juicio debes comprender que no es posible que yo me avenga á pagar hoy una calaverada de hace veinticinco años, casándome con una mujer vieja, pobre y de la última condicion social. No te ofendas, porque yo tambien me reconozco viejo y feo; pero por lo mismo quiero una mujer jóven y bonita y que además me traiga un dote. Á no ser así ¿para qué habia de casarme? No valia la pena de avisar al cura. Por consiguiente, cálmate, convéncete de que no he de casarme contigo solo porque me remuerda la conciencia, que no me remuerde, al pensar en tu honra, y en vez de malgastar el tiempo en acusarme y pedir lo que no has de lograr, inviér-

telo en buscar los medios de encontrar un marido. Tú tienes ahorros que suman una cantidad no despreciable, y si á ella añado ya cuatrocientos ducados, habrá, no uno, sino muchos que consideren su mayor dicha casarse contigo. No puedo hacer mas, y aun si tanto te prometo, es porque el dote de Rosa me permitirá hacer un desembolso tan crecido, que es lo mismo que si dijéramos que te compro el novio.

Secó el llanto la señora Anastasia y repentinamente cambió la expresion de su semblante, mostrando la tranquilidad de su espíritu.

—¿Te parece bien?—preguntó el doctor alegremente al ver el efecto producido por sus palabras.

—No me satisface, porque solo tu amor...

—Anastasia...

—Pero me consuela.

—Por supuesto que si no me caso con Rosa...

—Se entiende.

—Pues bien, empieza desde hoy á tender la red para cazar al que haya de ser tu marido.

—Uno hay,—dijo la sirvienta despues de reflexionar algunos momentos,—que con tu ayuda tal vez...

—Haré cuanto pueda.

—Creo que no le soy del todo indiferente, y una indicacion tuya...

—¿Es acaso alguno de los que entran en casa?...

—Sí,—respondió el ama de gobierno, bajando los ojos como si se ruborizase.—Uno que no se atreverá á negarte lo que le pidas porque te debe mucho y puedes hacer mas por él.

—Basta,—replicó don Bartolo,—adivino quién es y estoy seguro del éxito.

—¡Ah!

—Es verdad, me debe mucho y espera mas de mí,—repuso el médico, creyendo que era don Basilio el designado por la sirviente.—Me tiene anunciado que ha de pedirme un favor de mucha importancia para él y que yo puedo fácilmente otorgarle...

—Mira no te equivoques...

—Repito que no es menester que te espliques mas: el que designas para víctima será inmolado y aun quedará agradecido...

—¡Cuánto te deberé!...

—Y has hecho buena eleccion: es hombre de mundo, tiene un entendimiento privilegiado...

—Lo has adivinado... ¡Es el mismo!—dijo la señora Anastasia, pensando que don Bartolo aludía al barbero.—Le sobra ingenio...

—Y nunca le faltará pan, porque sabe hacerse querer, es vidor...

—Como ninguno.

—Tiene algunos defectos, es verdad; pero solo Dios es perfecto.

—Y con la nueva vida del matrimonio:...

—Cambiará, no lo dudo.

—¡Ay, Bartolo!

—Anastasia, serás feliz.

—¿Y cuándo?...

—Le hablaré del asunto la primera vez que lo vea, hoy, mañana...

—Hoy ya no podrá ser.

—Lo mismo tiene un dia mas que menos... Pero déjame ahora...

—Acalorada... te he dicho algunas cosas... Pero me perdonarás...

—Estás perdonada... Dispon el almuerzo.

La señora Anastasia salió con los ojos chispeando de alegría.

Don Bartolo respiró con toda la fuerza de sus pulmones, y exclamó, sentándose como si hubiera perdido todas las fuerzas:

—¡Oh!... Mentira me parece que he librado tan bien de la horrible persecucion de ese demonio. Cuatrocientos ducados me costará; pero aseguraré el dote de Rosa, perdido de otra manera, porque esa mujer hubiera sido muy capaz de armar un escándalo, y mi pupila hubiera tenido un pretexto para negarse á darme su mano. ¡Pobre don Basilio!... Mas le valiera morir de repente que cargar con esa furia. Y sin embargo, creerá haber hecho un gran negocio, porque ochocientos ducados que reunirá Anastasia no puede él ganarlos en toda su vida aunque esté dia y noche repicando las teclas y cantando.

---

---

## CAPÍTULO XV.

Donde el doctor empieza á demostrar sus dotes de aventajado diplomático.

Descansó el pobre don Bartolo de la lucha que acababa de sostener, y gracias al triunfo que habia alcanzado, pudo almorzar con algun sosiego, aunque disgustado porque Rosa estaba en estremo triste.

Apenas dejó la mesa y recomendó á su pupila que no se entregase á la melancolía que al parecer la dominaba, vistióse apresuradamente con intento de salir; pero llegó el maestro de música, y por no dar motivos de enojo á la señora Anastasia, detúvose para tratar del casamiento.

—El llanto sobre el difunto, —dijo para sí el doctor;—son las diez y de todas maneras puedo dar por perdida la mañana.

Don Basilio entró, como de costumbre, con rostro placentero, haciendo profundas reverencias y preguntando á todos por la salud; pero solamente el médico y la señora Alfonsa le contestaron

con plácemes y sonrisas, pues Rosa apenas le hizo una inclinación de cabeza, el ama de gobierno le volvió la espalda y se alejó á buen paso con pretesto de que tenia que acudir á la cocina, y Soledad tuvo que ocultarse presurosamente porque no pudo contener una prolongada y burlona carcajada que aquel dia le produjo la presencia del sacristan, lo cual no hubiera sucedido si la conversacion que el médico tuvo con la señora Anastasia no la hubiera escuchado sin perder una sílaba la graciosa y traviesa doncella.

Sentóse la pupila delante del clavicordio sin pronunciar una palabra, y dejó correr los dedos sobre el teclado con la misma soltura que el dia anterior habia arrebatado al sacristan.

Este empezó á demostrar su entusiasmo con ademanes, gestos y palabras, en tanto que el doctor, sin apartar la mirada de Rosa, sonreía y con una mano llevaba el compás, dándose golpecitos en el vientre.

Á no estar tan entusiasmados los unos y tan absorta en sus pensamientos la otra, hubieran podido oir entre los sonos armoniosos del instrumento algun suspiro que la señora Alfonsa exhalaba al mirar disimuladamente y con ternura á don Basilio; pero Soledad, que siguiendo su añeja costumbre lo observaba todo oculta tras la cortina de la puerta del gabinete, vió las miradas y, por los gestos de la dueña, adivinó los suspiros, y estaba á punto de reventar de risa, viéndose al fin obligada á retirarse y oprimirse con ambas manos la cintura mientras daba libre curso á su hilaridad.

La voz de don Basilio dominó al fin los acordados sonos.

Terminó la leccion.

—¿Qué os parece, mi señor don Bartolo?—preguntó el sacristan, poniéndose de pié.—¿No admirais los adelantos prodigiosos de doña Rosa?

—Estoy satisfecho de su aplicacion, —respondió el médico, pensando mas en la señora Anastasia que en la música.

—No estará demas repetir...

—Basta por hoy: no quiero que se fatigue... Venid á mi aposento que tengo que hablaros.

—Soy vuestro servidor, —dijo el sacristan, haciendo una profunda reverencia.

Y siguió á don Bartolo, entrando ambos en la habitacion de este y sentándose.

Miráronse, guardaron silencio por algunos segundos, hizo un gesto y abrió la boca el sacristan, pasóse el médico las manos por la frente, y dijeron los dos á la vez:

—¡Ah!...

Volvieron á mirarse, y callando entonces don Basilio, esperó á que el doctor le hablase.

—Amigo mio, —dijo este, —he meditado sobre mi situacion en vista de las noticias que tengo.

—¿Son malas?

—De todo hay.

—¡Oh!...

—Segun lo que Fígaro...

—Don Bartolo, desconfiad de ese tunante, —interrumpió vivamente el organista.

—No confio; pero bueno es no despreciar tampoco sus avisos. Dice que ha visto al galan de la música, y no es el mismo que ayer siguió á misa á Rosa.

—¡Que no es el mismo!...

—No, y me alegro, porque resulta que son dos los galanes, y por consiguiente distraerán mas la atencion de mi pupila, evitando que desde luego se interese por uno.

Don Basilio inclinó la cabeza y cruzó los brazos con aire meditado.

—Pero esta cuestion, —añadió el médico,—es para examinada mas despacio, y ahora os he llamado para que hablemos de otro asunto que entiendo debe interesaros.

El sacristan miró con sorpresa al doctor.

—Os escucho, —dijo;—pero no dejéis por lo que pueda interesarme lo que á vos importa y que es primero para mí.

—No hacéis mas que pagarme y os lo voy á probar, —repuso el médico sin saber cómo dar principio á lo que tenia que decir.

Luego meditó algunos instantes, tosió, estiróse la chupa y añadió:

—He pensado que vuestro porvenir, si no os favorece mas la fortuna, no es nada risueño.

—Bien triste, —respondió don Basilio.

—Ahora, con la sacristía y las lecciones vais pasando; pero cuando la edad no os permita acudir á lo uno y lo otro, y tal vez á nada, no sé lo que será de vos sin bienes de fortuna que os den para comer.

—Por eso precisamente, mi buen amigo don Bartolo, me habia ocurrido una idea, cuya realizacion me pondria á cubierto de la miseria, y os dije que necesitaria vuestro apoyo, pues casi depende de vos.

—Otra me ha ocurrido á mí, y dudo que la vuestra sea mejor; pero os advierto, —repuso don Bartolo, que temia se sospechase que lo del casamiento era cosa convenida con la señora Anastasia, —os advierto que no sé si encontraríamos inconvenientes por parte de otra persona, cuya aprobacion es indispensable.

—¿Qué se pierde por intentar conseguirlo?

—Además, puede no ser de vuestro agrado, y...

—Explicaos y os daré mi opinion, —replicó don Basilio, atormentado por la curiosidad.

—Me explicaré: si os parece mal, como si nada se hubiera dicho...

—Perfectamente... ¿Con que decíais?...

—Que en mi opinion, —repuso el médico, esforzándose como si las palabras se le atragantasen, —en mi opinion debíais... casaros.

—¡Idea feliz! —exclamó el sacristan, abriendo estremadamente los ojos.

Don Bartolo, á pesar de que no habia salido bien sino de la primera parte de su pretension, respiró como si se sintiera libre de un gran peso.

—¿Con que lo aprobais? —preguntó.

—Es lo mismo que yo habia pensado.

—¡Qué conformidad de ideas tan sorprendente!.. Por supuesto que casaros para no tener mas que mujer...

—Desatino.

—Nos entendemos.

—No podia suceder otra cosa.

—De manera que vuestro plan era casaros...

—Con una mujer de buenas costumbres y que no estuviera en edad de devaneos...

—Entre los cuarenta y cinco... Dispuesta para el gobierno de la casa...

—Eso es.

—Y que llevara un dote...

—Siquiera de cuatrocientos ducados.

—Es poco, don Basilio: cuatrocientos ducados no aseguran el pan de una familia.

—Opino como vos; pero mayor cantidad no puede tenerla una mujer de condicion humilde.

—Menos de ochocientos ducados...

—¡Ochocientos ducados!—repitió el sacristan con voz hueca y grave mientras arqueaba las cejas.—¿Y dónde puede encontrarse eso?

—Las hay...

—Lo dudo, don Bartolo.

—¿Habeis pensado en alguna?

—Sí.

—¿Quién es?—preguntó el médico con vivo interés porque la respuesta del sacristan le evitaba dar el golpe en falso.—¿La conozco?

—Francamente, don Bartolo, desde que habeis hecho la observacion oportuna de los ochocientos ducados, no me parece buena eleccion la mia, y quiero otra mujer.

—No importa, decidme su nombre.

—Antes os ruego que no lleveis á mal el que yo haya pensado en semejante mujer, pues ya sabeis cuán sana era mi intencion.

—Está demas esa advertencia.

—Pues bien, la elegida, aunque no cuento con su consentimiento, es la señora Anastasia.

—¡La señora Anastasia!—exclamó el doctor sin poder disimular su alegría.

—¿Qué tal?

—Desde luego os respondo del buen resultado.

—Pero..

—No hay que hablar mas.

—Tened en cuenta que...

— Os digo que es cosa hecha, — interrumpió el médico. — Bien, don Basilio, muy bien: la señora Anastasia es la mujer que necesitáis.

— No habeis pensado...

— En todo: os casareis el mismo día que yo con Rosa.

— ¿Pero y los ochocientos ducados?

— ¿Dudais?...

— Es que no llegan á tanto los ahorros de vuestra ama de gobierno.

— ¿Pues cuánto calculais que tiene?

— Segun ella dice, cuatrocientos...

— No miente.

— Entonces...

— Ignorais que yo, agradecido á su lealtad y compadecido de su situacion, le tengo prometido un dote...

— ¿De cuánto? — preguntó vivamente don Basilio.

— De cuatrocientos ducados.

— ¡Oh! — exclamó el sacristan con voz que hizo temblar las paredes.

Y estendió los brazos y abrió cuanto pudo la boca, fijando en el médico una mirada ardiente.

— Ya veis, pues, que nada falta...

— Su consentimiento...

— Corre de mi cuenta.

— Temo...

— Nada temais, don Basilio.

— ¡ Hombre generoso!

— Creo cumplir un deber de buen cristiano...

— ¡ Corazón grande, alma noble!...

— Es cuanto puedo hacer...

—¡Sois mi Providencia!— exclamó don Basilio, levantándose.

—Soy un buen amigo...

—¡Hombre sin igual!... ¿Con qué os pogaré?... ¡Oh!...

El médico no cabia en sí de gozo.

—Pagado estoy,—dijo,—con la satisfaccion de contribuir á vuestra felicidad.

—Don Bartolo, ayer os ofrecí mis servicios con la mejor voluntad, pero hoy os prometo no ocuparme de otra cosa mas que de favorecer vuestro casamiento, evitando que esos galanes lleguen á entenderse con doña Rosa. Seré un centinela dia y noche, vigilaré alrededor de vuestra casa, y nadie podrá acercarse sin que yo lo vea.

—Me haceis pensar en una cosa que dará muy buen resultado. Dentro de casa no tengo cuidado por mi pupila, pero fuera...

—Os digo que seré un centinela, aunque tenga que abandonar mis lecciones.

—Hacedlo y no os pesará,—repuso don Bartolo,—que yo os indemnizaré...

—Eso no...

—Es muy justo,—replicó el doctor, levantándose y abriendo un cajon de su mesa, de donde sacó algunos pesos.—Tomad, por que si abandonais á vuestros discípulos, no tendreis para comer.

Resistióse el sacristan á recibir el dinero, pero al fin le obligaron á aceptar las vivas instancias del doctor, que si se mostró tan generoso fué porque creia que así aseguraba el dote de su pupila.

—Nada me digais, don Bartolo; sé lo que he de hacer, y creed que la precaucion que tomamos dará el resultado que se espera. Esos atrevidos galanes no dejarán de rondar por aquí con la esperanza de ver á doña Rosa, y pronto sabremos quiénes son y si debemos temerles.

—El de la música, segun me ha dicho Figaro, es rubio, flaco y parece un hidalgo de escasa fortuna.

—Pero el del agua bendita...

—Ese por las señas de la señora Alfonsa, debe ser un caballero principal, pues lleva en los zapatos hebillas de diamantes...

—¡Diamantes!...

—Y vuelos de encaje flamenco, y capa de finísimo paño.

—Es el mas temible.

—Mucho mas con los ojos que tiene y su porte...

—¡Oh!...

—Las señas no me han dado que reir.

—No tardaremos en saber su nombre.

Algunas palabras mas se cruzaron entre el médico y don Basilio, y este salió, pareciéndole un sueño lo de los ochocientos ducados, y mas el que aquel hubiese llevado su liberalidad hasta darle tres pesos, mostrándose con ánimos de dar muchos mas.

Don Bartolo meditó, sonrióse al pensar cuán próspera le era la fortuna, y dijo:

—Las mujeres son mudables: desean las cosas mientras no las tienen, y no les dan valor sino se les hacen desear: por consiguiénte nada diré á la señora Anastasia de lo que he conseguido, y teniéndola impaciente y afanosa hasta mañana, me agradecerá mas el servicio que acabo de hacerle. Ahora, sin darme por entendido, saldré para visitar á mis enfermos.

## CAPÍTULO XVI.

De cómo don Bartolo no descubrió nada de la intriga del libro, y el barbero empezó á descubrir los planes del ama de gobierno.

Á pesar de que aquella noche durmió poco Rosa, al día siguiente se levantó mas temprano que nunca y sin que fuese menester despertarla, lo cual estrañó la dueña, dándole motivo para decir que si se tratara de ir á misa no sucederia lo mismo. Pero la jóven dejó hablar á la vieja y apeló á su bordado, que por cierto adelantaba muy poco, y contando, no las puntadas, sino los minutos, esperó que llegase Fíguro, con el afan consiguiente á su amor. No habia ocurrido á Rosa la mas leve duda sobre las buenas intenciones del mancebo que la galanteaba, ni menos habia pensado en quién podria ser, bastándole como prueba el que le dijese Soledad que cuando Fíguro protegía las amorosas pretensiones debian encaminarse estas al mejor de los fines.

Sucedíale á la pupila lo que á todo enamorado, pues la pasion ciega el entendimiento y no deja lugar al juicio, encontrando

bueno cuanto la halaga y promete dejarla satisfecha. Ninguna prueba hubiera sido bastante para hacer creer á la jóven que era indigno de ella el hombre que habia interesado su corazon. Ni la belleza del conde, ni sus espresivas miradas, ni sus tiernas demostraciones hubieran enamorado en tan poco tiempo tan vehementemente á Rosa, si esta no hubiera sufrido los rigores de una vigilancia exagerada; pero el mismo deseo de libertad y el temor, verdaderamente espantoso, de casarse con su tutor, hicieron que su amor fuese desde el primer dia lo que no hubiera sido sino despues de mucho tiempo, es decir, una verdadera pasion contra la que en vano hubiera querido luchar la voluntad.

Como la calle era solitaria y silenciosa, el ruido de los pasos de los que transitaban por ella se oia perfectamente desde el aposento de Rosa, y así sucedia que cada persona que pasaba hacia palpar violentamente el corazon de la jóven y palidecer ó enrojecerse sus tersas y blancas mejillas.

De tal manera pasaron angustiosos los minutos, hasta que á las ocho sonaron pasos en la calle, y tras estos los golpes del aldabon de la puerta.

Rosa no pudo contener un grito.

—¿Qué os sucede?—le preguntó la dueña.

—Me he clavado la aguja en un dedo...

—Apretadlo para que salga la sangre...

—Ya pasó...

—Se os formará un uñero...

—No importa.

—Consentiríais perder un dedo por contradecirme.

La señora Anastasia se habia apresurado á abrir la puerta, y el barbero entró, dando los buenos dias y dirigiéndose á la escalera apresuradamente.

— Parece que el diablo os sigue, — dijo el ama de gobierno, corriendo cuanto podia.

— Tengo prisa.

— Esperad que no sé si don Bartolo...

— Avisadle, — replicó Fígaro mientras subia los últimos escalones, disgustándole no encontrar á Soledad.

— ¿Compusieron el libro?

— ¿Qué decís? — preguntó el barbero, fingiendo que no habia entendido á la sirvienta, y siguiendo hasta llegar á la sala.

— Que si han compuesto el libro...

— ¿El libro?... Creí que me decíais otra cosa y por eso no os contesté.

— Pero...

— Sí, lo han compuesto, — repuso Fígaro, viendo á Soledad que limpiaba el clavicordio.

Y sacando el devocionario lo entregó á la doncella.

— Dádmelo, — dijo la señora Anastasia.

Pero Soledad corrió hácia el gabinete de Rosa, gritando:

— Señorita, señorita...

— Dadme ese libro, — repuso el ama de gobierno con iracundo tono, y corriendo tambien para detener á Soledad.

— Antes que vos, — dijo esta, — es doña Rosa.

— Os digo que me lo deis, — gritó fuera de sí la señora Anastasia.

Detúvose la doncella, y volviósese con aire mohino, á tiempo que don Bartolo, envuelto en su ancha bata, salió de su aposento, preguntando:

— ¿Qué significan esas voces?

— ¿Qué ha de ser? Lo de siempre, — respondió el ama de gobierno, — locuras, falta de respeto, desobediencia de esta muchacha.

—¿En qué he faltado?

—Fíguro ha traído el libro, se lo ha dado, y ella, en vez de entregároslo, se va á donde le parece y no me escucha cuando le mando que me lo dé.

—Venga el libro,—dijo don Bartolo con gravedad;—yo soy el amo de la casa, el jefe de la familia...

—Tomad,—dijo con humildad hipócrita la traviesa doncella,—como es de doña Rosa, creí...

—Todo es aquí mio.

—Bien, pero como á ella le sirve...

—Retiraos... Bien, Fíguro,—repuso el doctor, examinando el libro,—está perfectamente.

—Ya os dije que quedaríais contento.

—Tu amigo es hombre de habilidad. Señora Anastasia, llevadlo á doña Rosa. Y tú, Fíguro, ven y afeítame lo mas pronto que puedas, que tengo que salir.

—¡Bendita y cien veces bendita Soledad!—decia el barbero para sí mientras seguía á don Bartolo.—¿Qué mujer habrá en el mundo que te iguale?

Los papeles que iban en el libro estaban en el pecho de Soledad, cuya ligereza de manos era tan admirable como la viveza de su imaginacion. ¿Quién habia de sospechar que en aquellos momentos y en presencia de todos se habia entregado un billete de amor para Rosa?

Fíguro afeitó y peinó al médico con cuanta ligereza le fué posible, porque le interesaba concluir cuanto antes para ir á dar parte al conde del éxito de la intriga.

—Nunca,—dijo al concluir,—habeis quedado tan bien: cuanto mas deprisa lo hago mejor sale.

—Bien, estoy contento...

—¿Me mandais algo mas?

—Nada.

—Pues que el cielo os guarde.

—Adios.

Salió Fígaro, mirando por si encontraba á Soledad; pero quien en la escalera lo detuvo fué la señora Anastasia, que lo miró como queriendo leer en su rostro el resultado de la conferencia que suponía acababa de tener con don Bartolo; pero como nada adivinó, siendo mas su curiosidad y su impaciencia que su timidez ni honesto recato, se atrevió á decir:

—Os vais, señor Fígaro, sin hablar palabra, lo cual es muy extraño cuando se trata de asuntos graves.

El barbero miró sorprendido á la señora Anastasia.

—Supongo, —añadió esta,— que don Bartolo os ha hablado de... En fin, ya lo sabeis.

Fígaro, con su viveza de imaginacion, comprendió que las palabras del ama de gobierno significaban algo de importancia y que era prudente averiguar por lo que pudiera valer, y dijo:

—Señora Anastasia, los asuntos graves no se pueden tratar de prisa ni en sitios como este.

—Teneis razon.

—Por eso callaba...

—Pero yo no queria saber mas que vuestra resolucion, —replicó la sirvienta, bajando los ojos.

—Mi resolucion...

—Don Bartolo se ha empeñado, y...

—Sí, —dijo el barbero, sin adivinar aun de qué se trataba,— ya conoceis su carácter... y...

—En esta ocasion ha dado una prueba de su generosidad...

—Ciertamente...

—Y como supongo que le habreis contestado...

—¿Quién lo duda?

—Pues bien... no estrañeis mi impaciencia... al contrario... es natural, —repuso el ama de gobierno, haciendo y deshaciendo pliegues en su delantal de cocina como si estuviese turbada en estremo.

—Lo mas natural, pero...

—El que ama...

—¡Oh!... El amor es... ¡Ah!... Se comprende... Las pasiones... ¡Oh!...

—Callad, —dijo el ama de gobierno al oír las exclamaciones de Fígaro; —reprimid los impulsos de vuestro corazón... pueden oírnos...

Estas palabras hicieron sospechar al barbero algo parecido á la verdad, pero aun no se atrevió á fiarse de sus conjeturas, y replicó:

—Hay momentos en que uno no puede contenerse... Por eso... aquí no es prudente hablar...

—Pero podreis decirme una palabra...

—¡Una palabra!...

—Es bastante... ¿Habeis aceptado?...

—Hemos de esplicarnos, señora Anastasia, porque..... ya veis... esas cosas... como don Bartolo...

—No es al fin el interesado...

—Por eso... Y voy de prisa... y pueden observar...

—¡Oh! —exclamó el ama de gobierno en el colmo de su impaciencia. —¿Quereis venir á mi cuarto?

Reflexionó el barbero algunos instantes, y aunque sin acabar de comprender claramente las indicaciones de la sirvienta, dijo:

—Vamos.

—Nadie nos verá.

—Y aunque nos vean...

—Sí, todo ha de santificarse en breve y nada tendrán que decir... ¡Ay!...

—Preciso es, —dijo el barbero para sí,— aclarar este misterio: aquí hay alguna equivocacion, y ¿quién sabe si podré sacar partido de este enredo? No hay duda que se trata del amor impertinente de esta vieja; sin embargo de que no acierto qué tiene que ver don Bartolo ni qué generosidad es la suya.

La señora Anastasia se dirigió á su dormitorio, que estaba cerca de la cocina, y Fígaro la siguió, pensando cómo salir del apuro.

—Aquí nadie ha de interrumpirnos, —dijo sentándose el ama de gobierno.

—Sepamos, pues, —contestó el barbero.

—Yo soy quien espero saber, señor Fígaro, puesto que don Bartolo os habrá explicado...

—Sí, pero dice las cosas de una manera... y además, no se le pueden pedir ciertas esplicaciones, porque tiene un genio...

—Pero en suma, no habreis dejado de entender que se trataba de nuestra boda.

—Vuestra boda...

—Y vuestra tambien.

Fígaro miró al ama de gobierno, sino con sorpresa, con miedo, con horror.

—Sí, —dijo despues de algunos instantes, —pero ya comprendereis que...

—¿Os habeis negado? —preguntó vivamente el ama de gobierno.

—Hablabo con respectó á mis recursos...

—¿Pero no os ha hablado don Bartolo de los cuatrocientos

ducados que ha de darme y de los cuatrocientos que yo tengo?

—¡Ochocientos ducados!—dijo el barbero, mirando á la señora Anastasia y pareciéndole que era menos fea y mas jóven.

—¿Qué podemos temer con esa cantidad?

—Siendo efectiva...

—¿Dudais?

—Decís que don Bartolo ha de daros cuatrocientos ducados; pero como aun no lo ha hecho...

—Hasta que se case con doña Rosa...

—Comprendo... ¡Torpe de mí!—exclamó Figaro, dándose una palmada en la frente.—¿Creceis que no os habia entendido antes por mas que me devanaba los sesos?

—¡Señor Figaro!—dijo el ama de gobierno alarmada.—Esplícaos...

—Digo que ahora comprendo de dónde ha de sacar don Bartolo los cuatrocientos ducados de vuestro dote.

—¿Qué nos importa?

—Á mí nada.

—Ni á mí.

—Y con ese dinero...

—Y el de mis ahorros seremos ricos...

—No hay duda, sereis ricos.

La señora Anastasia palideció de miedo y de coraje.

—Creo, —replicó, — que mi marido será tan rico como yo...

—Por eso digo sereis.

—Acabemos, señor Figaro.

—Aun no hemos empezado.

—¿Os burlais de mí?

—Pensaba haceros la misma pregunta, porque sin duda os habeis propuesto darme envidia, hablándome de vuestro dote.

—¿Qué estais diciendo?... ¡Oh!... No tengo paciencia para tanto...

—Ni yo.

—De una vez... ¿En qué habeis quedado con don Bartolo?

—En nada.

—¿Necesitais pensarlo?

—Ahora sí que no os entiendo.

La señora Anastasia se levantó agitada.

—Claramente, —dijo con el desentono consiguiente á su coraje, —¿no os ha propuesto don Bartolo que os caseis conmigo?

—¡Con vos!...

—Responded.

—Nada me ha propuesto...

—¡Infame! —exclamó la sirvienta. —Me ha engañado y me ha puesto en ridículo...

—Francamente, creí que al hablar de casamiento, os referíais al sacristan...

—¡Esto mas!...

—Perdonadme, pero...

—¡Qué horror!

La señora Anastasia ocultó el rostro entre las manos.

—Calmaos, —le dijo el barbero, —que tal vez don Bartolo, pensando en su boda, se haya olvidado de la vuestra. ¿Quién sabe si mañana me hablará del asunto?

—¿Es decir, que si os habla?...

—Responderé.

—Pero...

—No puedo detenerme, —interrumpió Fígaro, embozándose en su capa: —el casamiento es una cosa muy seria y debe pensarse.

—¿Negais?...

—No.

—¿Concedeis?...

—Tampoco.

—¡Duda horrible!—exclamó el ama de gobierno.

Figaro salió sin detenerse y pensando si podría sacar algún partido de lo que acababa de suceder.

La señora Anastasia enjugó el llanto de falsa vergüenza que el despecho había sacado á sus ojos, y dispuesta á sostener sus derechos, se encaminó al aposento de don Bartolo.

---

---

## CAPÍTULO XVII.

El doctor se ve en mayor aprieto.

Al ver don Bartolo entrar al ama de gobierno, no sospechó que le amenazaba una tormenta espantosa, sino por el contrario, que solo tendría lugar una conferencia pacífica; pero su sorpresa y aun susto fueron grandes cuando por primer saludo, la sirvienta, con amenazante ademán y acento colérico dijo:

— Embustero, hipócrita, falso...

— ¿Qué es esto? — interrumpió el doctor, levantándose de la silla y retrocediendo algunos pasos.

— ¿Pensabas burlarte de mí? Pues te equivocas: no me dejó engañar fácilmente...

— ¿Pero qué ha sucedido? ¿Te has vuelto loca, mujer ó demonio?

— Sí, sí, llámame loca; pero no ha de valerte: veremos si tu cordura te libra de mi venganza. ¡Oh!... No sé cómo me contengo y no he dado ya un escándalo.

—Ya empiezas, y con señales de no ser pequeño. Y lo mejor es que aun no has dicho la causa de ese enojo tan repentino.

—Viejo marrullero.

—Anastasia, —replicó el doctor aturdido, —espíciate ó te echo por esa ventana aunque todo se pierda.

—¿Amenazas á mí?... Atrévete.

—¡Anastasia!

—No callaré.

—Quiero que hables, sí, que hables mucho, pero que digas lo que te pasa.

—¿Tienes el descaro de preguntármelo?

—Como no soy adivino...

—¿Qué has hecho para cumplir tus promesas de ayer?

—¡Ah!—exclamó el doctor.—¿Y no tienes mas sino que te figuras?...

—La verdad, Bartolo. Me has engañado, y lo que es peor, fiando en tu palabra, he hecho una cosa que me ha puesto en ridiculo, dando lugar á que el barbero se burle de mí...

—¡Figaro!...

—Sí.

—¿Has cometido la torpeza de revelarle?...

—¿Y por qué no?

—¡Dios mio! ¡Hablar de asunto tan delicado á la persona de quien mas debe guardarse!... ¡Oh!... Bien lo has hecho, muy bien.

—¿Has perdido la razon? —dijo sorprendida la sirvienta.

—¿Qué necesidad habia de que Figaro supiese nada?

—Pero, Bartolo...

—Ya lo creo, se ha burlado porque de todo saca partido para reirse. ¡Si tal entendiera don Basilio!

—¿Y qué le importa?

—¡Friolera!

—Métase en su sotana...

—¿Ha de ser indiferente á lo que tan de cerca le toca?

La señora Anastasia no acertó á responder y miró cada vez mas sorprendida al doctor.

—Ya ves, —añadió este, —el que de tí se burla lo hace de don Basilio, porque al fin va á darte su nombre...

—¡Bartolo!

—Quiero decir que va á ser tu marido...

—¡Bartolo, Bartolo!—gritó la sirvienta con voz ahogada y temblando.

—¿Qué te pasa?

—¡Yo mujer del sacristan!...

—¿Ya te has arrepentido?

—Pero, Bartolo, por Dios dime si estás trastornado...

—¡Anastasia!

—¡Yo casarme con don Basilio!

—¿Pues no lo descabas ayer?

—¿Qué dices?

—¿No me rogastes, estando sentada en esa misma silla?...

—¡Dios mio, se ha vuelto loco!—exclamó la señora Anastasia.

El médico la miró con espanto, y ambos quedaron mudos é inmóviles por algunos instantes.

—Anastasia, —dijo por fin el doctor, —tranquilízate y esplicame...

—La esplicacion ha de ser tuya.

—¡Mia cuando no entiendo lo que pasa!...

—¿De dónde has sacado que he de casarme con don Basilio?

—¿Otra vez niegas?

—Y negaré eternamente.

—¿Pues qué me pedistes ayer?

—Reparacion á mi honra.

—Dejemos eso.

—Despues convinimos...

—En que yo hablaria al maestro de música...

—No, no,—interrumpió vivamente el ama de gobierno.

—Sí,—replicó el doctor,—en eso quedamos, y efectivamente, hablé con don Basilio y está conforme...

—¡Desdichado!—gritó la sirvienta.—¿Qué has hecho? ¡Ah!...

—El pulso, Anastasia... Es preciso ver el estado de tu cerebro...

—Aparta, menguado...

—Sí... sí,—repuso don Bartolo con agitacion;—ya no me cabe duda... esa mirada... esos ademanes... ¡Hay una enajenacion mental!

—Hay,—replicó la señora Anastasia en el colmo de la desesperacion,—hay todo el fuego del infierno, achicharrándome las entrañas.

—¡Anastasia!...

—Torpe, bruto...

—¡Pobrecilla!—murmuró el médico con acento de compasion.—Está en el acceso...

—Pobre de tí, porque me pagarás el daño que me has hecho...

—Pero deja que te tome el pulso...

—¡Bartolo!...

—¡Oh!...

—Has cometido una torpeza imperdonable.

—¿Pero no acabarás de decirme en qué consiste?

—¿No me espliqué ayer con claridad?

— Sí, pero hoy...

— Digo lo mismo, que quiero casarme con tu barbero...

— ¡Con Fígaro!...

— Sí.

— ¡Ahora lo comprendo todo! — exclamó el doctor, dejándose caer en una silla. — ¡Jesus me valga!...

— De Fígaro y solo de Fígaro te hablé ayer...

— Y yo entendí...

— Eres un animal...

— Sí, tienes razón, soy un estúpido, pero ya no tiene remedio, y... ¿Qué hemos de hacer?

— Declaro que no me casaré con el sacristan.

— Cálmate, déjame meditar algunos momentos, y entremos despues en esplicaciones.

La señora Anastasia calló para tomar aliento, y don Bartolo, despues de reflexionar, dijo:

— Ya sabes, mi querida Anastasia, que Fígaro es un bribon incorregible, capaz de todo lo malo, y si te casas con él, á los dos meses habrá gastado en devaneos los ochocientos ducados.

— No importa.

— Además, como no te ama y tiene mal corazon, te molerá á palos y acabará con tu vida en pocos meses.

— ¿No piensas que donde las dan las toman? No intentaré pegarme mas que uno, te lo aseguro, porque lo dejaré escarmentado.

— Al fin la mujer es débil...

— Bartolo, te cansas en vano: quiero casarme contigo ó con el barbero, y no variaré de propósito aunque sepa perder cien vidas.

— Pero...

— He dicho que no.

— ¡Horrible tenacidad!

— Tú ó Figaro...

— ¿Y qué excusa he de dar á don Basilio?

— La que quieras.

— Se convertirá en mi enemigo, y abusando de la confianza que he depositado en él, intrigará para que Rosa no se case conmigo, en cuyo caso no podré darte el dote.

— No transijo, — replicó la señora Anastasia, cruzándose de brazos.

Don Bartolo dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso.

Así pasaron algunos minutos.

— Anastasia, — dijo al fin el doctor, — no seas cruel; en nombre de nuestro antiguo amor...

— No, no y no. Estoy decidida.

— Sea como quieras y paciencia; pero habremos de adoptar un término medio. Haré á don Basilio una proposicion que tal vez aceptará, y entonces quedaré fuera del compromiso.

— Adivino tu plan.

— Es difícil...

— Piensas proponerle otro casamiento.

— Sí, y á costa de otro sacrificio.

— ¿Tienes mujer que ofrecerle?

— Dudo...

— Te diré de una que, segun mis observaciones, no mira con indiferencia á don Basilio.

— ¿Quién es?

— La señora Alfonsa.

— ¿Es posible? ¡Á su edad!...

— ¿No quieres tú casarte?

— Esas alusiones son ofensivas. ¡Compararme á la dueña!

— Bartolo, dejemos lo que no importa. ¿Qué harás con respecto á Figaro?

— ¿Qué has hecho tú?

— Me ha dicho que ahora no niega ni concede, porque es cosa para pensada despacio.

— Entonces cuenta con que será tu marido.

— Creo que no te costará mucho trabajo decidirlo.

— Quedamos, pues, en seguir ese plan...

— Me parece el mejor.

— Voy á hacer algunas indicaciones á la señora Alfonsa.

— Te convencerás de que no me he equivocado.

— Dios lo quiera.

— De cualquier modo, ya sabes mi resolución...

— No la olvido.

— Y en último caso...

— Estamos conformes. Dí á la señora Alfonsa que venga, y tú dispon el almuerzo.

Salió el ama de gobierno mas sosegada, y don Bartolo exclamó:

— ¡Ah!... Todo se conjura contra mí. Caro me cuesta el dote de Rosa, y es lo peor que no está seguro, porque este maldito enredo no se aclara.



---

## CAPÍTULO XVIII.

### Amor sublime.

No habia comprendido el doctor que el paso que iba á dar ofrecia un nuevo peligro, porque si el maestro de música no aceptaba la proposicion, estando enamorada la señora Alfonsa, se convertiria en un enemigo al verse despreciada. Pero don Bartolo, en el apuro en que se hallaba no encontró mas medio de conjurar la tormenta, añadiendo á la torpeza de su plan la de hablar primero á la dueña que á don Basilio.

La verdad es que el pobre doctor estaba aturdido y ofuscado por las amenazas del ama de gobierno y el temor de perder el dote de Rosa, y era imposible que obrase con acierto.

La dueña entró con su hipócrita humildad, sentóse por mandado del médico, lióse á una muñeca su largo rosario y esperó.

—Señora Alfonsa,—dijo el doctor despues de toser y arreglarse la bata,—tengo que hablaros.

—Sea en buen hora,—respondió la vieja;—la señora Anastasia me ha mandado venir...

—Pues bien, quiero que me escuchéis con atención porque...  
En fin, hay cosas que deben tratarse con mucha calma.

—Espero vuestras órdenes, mi señor don Bartolo, y deseo serviros, como es mi deber.

—No se trata de mí.

—Comprendo: de doña Rosa...

—Tampoco.

—Entonces no adivino...

—Á vos os toca nada mas lo que voy á deciros.

—¡Á mí!

—Sí, vuestra fidelidad y todas las demas prendas de virtud que os adornan, me obligan á pensar en vuestra suerte.

—No merezco tanto, señor: soy una miserable pecadora que no piensa mas que en alcanzar la misericordia divina.

—Bien, pero como en tanto que llega la hora terrible de dar cuenta á Dios de nuestras acciones, es preciso vivir, la virtud no se opone á que pensemos en cubrir nuestras necesidades y evitar que el día de mañana nos encontremos en la miseria.

—Ciertamente; hablais como buen cristiano,—dijo la dueña.—Siempre que honradamente pueda adquirirse lo necesario para vivir, debe hacerse.

—Estoy convencido de que no ambicionais nada.

—Miro con indiferencia las vanidades de este mundo.

—Sin embargo, tambien debéis mirar que puede llegar un día en que os encontréis sola, enferma y sin recursos.

—Puede suceder; pero ya sabéis que no tengo medios de evitar esa desgracia.

—He pensado en ello y creo que con mi ayuda...

—Todo lo espero de vos.

—¿No habeis pensado nunca en casaros?

—¡Casarme!

—No es ningun pecado...

—¡Ay!—exclamó la dueña, exhalando un profundo suspiro.—

No me habéis de eso.

—¿Tanto horror os inspira el matrimonio?

—De cuarenta pasan los pretendientes que he tenido; pero

yo...

—Habeis hecho mal.

—Está el mundo tan pervertido...

—Sí, pero hay hombres honrados...

—Pocos son, y esos no se presentan fácilmente.

—¿Y no habeis variado de opinion?

—Os diré... como no ha llegado el caso de que un hombre como yo lo desearia...

—¿Pero y si llegara?

—Estoy tan bien con mi recogimiento...

—¿Y vuestro porvenir?

—No sé...

—En fin, es preciso que me contesteis categóricamente. Suponed que pretendiera vuestra mano un hombre como... ¿quién diré?... como don Basilio.

—¡Ah!—exclamó la vieja, abriendo sus ojuelos y fijando en el doctor una mirada de sorpresa y profunda emocion.

—¿Os parece que un hombre de sus cualidades?...

—No se encuentra, don Bartolo, y por consiguiente...

—Pero si se encontrara...

—Es imposible,—replicó la dueña con visible agitacion.—

¡Un hombre como don Basilio!... ¡Ah!... Repito que no puede ser.

—Pero supongamos...

—Creeria ofenderlo con tales suposiciones, porque otro igual...

—¿Y si él?...

—¿Qué decís?

—Que si don Basilio pretendiera vuestra mano...

—Desgraciadamente...

—¿Os negaríais?...

—No sucederá,—repuso tristemente la vieja.

—¿Es decir, que os casaríais con él?

—Don Bartolo, os abriré mi corazón, puesto que os empeñais en saber...

—Sí, habládme con franqueza.

—Las criaturas somos débiles... y yo, infeliz pecadora, he tenido la desgracia... Perdonadme, don Bartolo; me avergüenzo...

—¿De qué?... Es una cosa muy natural el amor.

La vieja exhaló un tierno suspiro, bajó los ojos y exclamó:

—¡Ah!...

—No tengais reparo en decir...

—Pues bien, mi corazón arde con el fuego de una pasión que acabará con mi vida.

—¡Señora Alfonsa!

—Amo á don Basilio, y sin él me es indiferente la existencia.

—¡Dios bendito!

—Sí,—repuso arrebatadamente la dueña,—mi amor es de esos que todo lo dominan y no acaban sino al exhalar el último aliento.

Y poniendo la diestra sobre el corazón como para contener sus latidos, miró al cielo, abrió la boca y dejó escapar un ay doloroso.

El médico contempló sorprendido á la vieja; pero luego, entusiasmado también, exclamó con voz conmovida:

—¡Yo también amo!... Sí, amo con ternura, con ardor, con frenesí, y comprendo vuestra pasión.

—¡Oh!...

—¡Ay, si Rosa me amara como vos á don Basilio!...

—¡Ay, si don Basilio me amara como vos á doña Rosa!...

El viejo y la vieja quedaron silenciosos por algunos instantes.

—Dios mediante, —dijo al fin don Bartolo,— conseguiremos nuestro deseo. Hablaré á don Basilio, le propondré, como cosa mia, que se case con vos, y lo hará, porque yo os dotaré largamente, y con vuestros ahorros...

—¡El cielo os bendiga!

—Por supuesto que lo del dote se entiende si me caso con Rosa.

—Os casareis ó dejaré de ser quien soy.

—Cuidado, señora Alfonsa, que tenemos en el palenque dos rivales en vez de uno, pues segun he podido averiguar, el de la música no es el del agua bendita.

—Pues ni á uno ni á otro verá doña Rosa, ni de ellos recibirá cartas ni recados, y por consiguiente los dos quedarán iguales.

Decía esto la vieja sin sospechar que en aquellos momentos la pupila, aprovechando la ocasion que le proporcionaba la ausencia de su carcelera, leía y releía el billete del conde con todo el afán de su ardiente pasión.

—Mucho cuidado, señora Alfonsa, mucho cuidado, que los hombres de hoy dia están inspirados por Satanás y son capaces de meterse por el ojo de una cerradura.

—El que ha sido cocinero y luego fraile...

—Sin embargo de vuestra esperiencia y astucia, puede suceder una desgracia.

—Respondo de doña Rosa.

—Entonces contad con el dote...

—Y con don Basilio.

—Se entiende.

—¡Qué felices seremos!...

—¡No habrá dicha como la nuestra!

Don Bartolo y la dueña siguieron hablando buen rato de su futura felicidad, creyendo seguro el logro de sus deseos, sin miedo á los enemigos que dentro y fuera de casa tenían.

Veamos entre tanto cómo aprovechaban el tiempo Rosa y Soledad, cuya travesura debía burlar vigilancia, encierros y cuantas precauciones tomase el receloso doctor.

---

---

## CAPÍTULO XIX.

De cómo leyó Rosa la carta del galán.

Ya hemos dicho que Soledad, siempre que podía, escuchaba las conversaciones de todos, y que así lo había hecho el día anterior cuando habló el ama de gobierno con don Bartolo y este con don Basilio, haciéndolo aquella mañana, de manera que estaba al corriente de la intriga, divirtiéndose á su placer porque unos y otros se enredaban cada vez mas y estaban en camino de acabar por no entenderse ni comprender cada cual su situación.

Quando el médico dijo á la señora Anastasia que preparase el almuerzo y llamase á la dueña, Soledad dejó el sitio donde estaba escuchando, y apenas la vieja salió del aposento de Rosa, la traviesa doncella entró en él con los ojos chispeantes de alegría.

—¡Triunfamos!— exclamó, enseñando las dos cartas del conde y el barbero que habían ido entre las hojas del libro de devociones.

—¡Ah!— exclamó Rosa, cuyas frescas mejillas enrojecieron

como si fuese á brotar la sangre, mientras que sus negros ojos brillaban con todo el fuego de su pasion.

Y trémula y sin poder apenas respirar, como si le quitase el aliento la emocion que sentia, levantóse y arrebató á su criada los preciosos papeles mensajeros de su amorosa dicha.

No se equivocó la jóven al elegir el billete que debia leer primero, pues desdobló el del conde, cuyo papel liso y perfumado pareció abrasarle los dedos.

Suspendió el corazon de Rosa sus latidos por algunos instantes, temblaron sus manos, y su mirada ansiosa se fijó en los pocos renglones que contenia la carta.

Moviéronse sus labios, aunque sin pronunciar la palabra «amor,» que mentalmente leia, y como sus labios se agitó nuevamente su esclavo corazon, latiendo con violencia y desigualdad.

Nunca habia sentido la jóven emociones como las que en aquel momento embargaron su espíritu; nunca habia sentido oprimirse el pecho como entonces, ni derramarse por sus venas la sangre convertida en fuego.

Nunca, á través de sus largas pestañas, habia brotado de sus negras y brillantes pupilas una mirada tan lánguida y ardiente, ni con tanta dulzura se habia entreabierto su boca, mientras que su labio inferior, rojo y ardiente, titilaba con inconcebible rapidez.

Acabó la lectura.

Habíase olvidado la enamorada niña de que no estaba sola, y acercando los labios al papel, estampó un beso en las palabras de ternura que habia escrito la mano y dictado el corazon.

Parecióle haberse trasportado á una region desconocida y encantada, donde solo habia sonrisas escapadas de labios invisibles.

Era que los objetos habian desaparecido para su mirada, que solo percibia la luz, pareciéndole mas brillante que nunca.

La primera emocion de amor no tiene segunda.

Si la primera sensacion amorosa no fuera instantánea, mataria.

—Sin duda se esplica bien, —dijo Soledad.

Rosa exhaló un grito y volvió de su sueño.

—¿Qué os sucede?— preguntó la doncella.

—¿Estabas ahí?

—Donosa pregunta.

—¡Oh!—murmuró la pupila, oprimiéndose el pecho.

—Con las glorias se va la memoria, —repuso la sirvienta. —

Ya se conoce que os agrada lo que en su billete dice el galan.

—Dice... que...

—Os adora.

--Sí...

--Y como vos lo amais tambien...

--Lo amo...

—Es suyo vuestro corazon y debe serlo tambien vuestra mano.

—Y lo será.

—Con permiso del viejo, —replicó la traviesa Soledad.

—Ahora me siento con valor para rechazar las pretensiones ridiculas de mi codicioso tutor, —replicó Rosa con energia.

—Preciso es que no os acobardeis.

—No, Soledad; basta de fingimiento: don Bartolo sabrá que no lo amo: le diré que es de otro hombre mi corazon...

—Y estrechará vuestro encierro.

—Estoy dispuesta á rebelarme contra su tiranía.

—Pero como sois menor de edad y os faltan ocho años para poder disponer de vuestra persona...

—¡Ocho años!— repitió Rosa tristemente.

—No tiene vuestro amor tanta paciencia..... ni tampoco el mio... ¡Si fueran ocho dias!...

— Es preciso luchar...

— Es preciso engañar, —replicó la sirvienté, —y engañarlos á todos porque estamos rodeados de enemigos.

— Lo sé.

— No lo sabeis como yo, porque no he podido hablaros... ¡Oh!... La intriga que tenian preparada... Estoy hecha un chicharron, —añadió Soledad, poniendo la mano izquierda en la cadera y levantando la otra con ademan amenazante. — Si me dejara llevar de mi genio... Pero afortunadamente se equivocan... ¡Oh!... Necesitan comerse mucha sal para pegármela ni engañar á Fígaro...

— ¿Pues qué sucede? —preguntó Rosa alarmada.

— Quieren quitarme el novio... Pero no ha nacido la buena moza que ha de poder tanto.

— Espíciate...

— Antes leed la carta de Fígaro y sepamos cómo vendrán los billetes del conde.

— Tienes razon... estos momentos son preciosos...

— Aun tardará en volver la bruja que os guarda.

La carta de Fígaro explicaba el plan que ya conocen nuestros lectores, con tal claridad y tan detalladamente, que ninguna duda podia quedar para su ejecucion.

— ¿Qué tal? —preguntó Soledad llena de orgullo. — ¿Qué decís de Fígaro?

— No tiene igual su ingenio...

— ¿Es digno de mí?

— Habeis nacido el uno para el otro.

— Pues bien, la señora Anastasia, que está enamorada de él, ha acudido á don Bartolo con la pretension de casarse...

— ¿Con Fígaro?

—Por supuesto.

—Eso es imposible, —replicó la pupila sorprendida.

—He escuchado la conversacion...

—Te habrás equivocado...

—Os contaré lo que ha sucedido.

—Sí, sí.

—Antes os diré que en otro tiempo hubo entre vuestro tutor y la señora Anastasia amorosa correspondencia que traspasó los límites de todo miramiento.

—¡Soledad!...

—He oido murmurar muchas veces de esos amores, pero ayer lo supe con seguridad, porque el ama de gobierno fué á pedir reparacion de su honra á don Bartolo, diciéndole que estorbaria que se casase con vos.

La admiracion de Rosa crecia por instantes, pues ni sospechas tenia de lo que estaba oyendo á Soledad.

—Hablaron, —prosiguió esta, —de un hijo que habia desaparecido, se dijeron mil desvergüenzas, y por último, don Bartolo prometió dar á la señora Anastasia cuatrocientos ducados para que con cuatrocientos que ella tiene de ahorros pudiera ofrecer un dote que le proporcionara marido; pero á condicion de que se verificara vuestro casamiento, pues si no, decia el viejo que no tenia de dónde dar los cuatrocientos ducados.

La indignacion de Rosa llegó á su colmo.

—¡Oh! —exclamó.—¿Con que ese viejo hipócrita quiere sacrificarme á su codicia?

—Y que vuestro dinero sirva para pagar sus antiguos pecados.

—No será.

—La señora Anastasia, —repuso Soledad, —se avino al trato,

pero también con la condición de que don Bartolo hiciese de manera que ella se casase con un hombre á quien amaba.

— Eso es repugnante:

— Pero cierto.

— Prosigue...

— Entendió vuestro tutor que se trataba del maestro de música, y prometió.

— ¿Y al fin?...

— Ayer habló á don Basilio, que aceptó de mil amores.

— Pero cuando la equivocación se descubra...

— Ya se ha descubierto, porque la señora Anastasia ha preguntado á Fígaro, que á lo que entiendo, se le ha burlado, pero dejándole alguna esperanza.

— ¡Qué enredo!

— Aun hay más: en una segunda conferencia se ha convenido en que el sacristán se case con la señora Alfonsa...

— ¿Qué dices?

— Y Fígaro con el ama de gobierno.

— ¡Dios mío!...

— Por supuesto, dotando á vuestra dueña, no sé con cuánto.

— ¿Se han vuelto locos?

— Se volverán.

— ¿Acaso mi tutor dispone de la voluntad de Fígaro y del organista?

— Don Basilio hará lo que le digan en dándole dinero.

— ¿Y Fígaro?

— Se burlará de todos.

— Pero la señora Alfonsa...

— Ya os he dicho otras veces que está enamorada de vuestro maestro de música.

— Á su edad...

— Peor.

— De manera que todos están interesados en que yo me case con mi tutor...

— Todos, y por eso os he dicho que en vez de fuerza debemos oponer astucia.

— ¿Y he de consentir?...

— Llegará el día de la venganza, que mas la deseo yo que vos: ¿Qué adelantais, pues, con declarar vuestro amor? Nada.

— ¿Y con callarlo?

— Que os dejen preparar el golpe.

— Soledad...

— Señorita, tomad mi consejo: decid que no quereis casaros porque sois opuesta al matrimonio, y aparentad que no os atreveis á desobedecer á vuestro tutor.

— Tanto fingir...

— Será nuestra salvacion, porque entre tanto, veremos si efectivamente os ama ese galan, y cuando esteis segura de no dar un paso en falso, acabaremos la comedia como convenga.

— Puesto que tan indignamente se me trata, fingiré.

— Y yo; pero cuando pueda quitarme la mascarilla, le aseguro á la señora Anastasia que ha de pesarle haber nacido. ¡Miren la vieja, que parece un talego de mendrugos!

— Debes despreciarla.

— Pues no digo nada la otra, que no puede con la fé de bautismo, con esa cara de lechuza y los ojos ribeteados que le lloran aceite y vinagre...

Soledad se interrumpió porque oyó la tos seca de la señora Alfonso, y recogiendo y ocultando las cartas se puso á limpiar los muebles.

La dueña entró.

—¿Qué haces aquí?—preguntó á la doncella.—¿Estando doña Rosa te pones á limpiar?

—Me lo ha mandado, pero me voy por no veros ni oiros.

—Cuidado que...

—Sin cuidado vivo,—replicó Soledad.

Y salió del aposento mientras la vieja prometia no tolerar que se le faltase al respeto por aquella muchacha.

Rosa tomó su bordado y volvió á reinar en toda la casa el mas profundo silencio.

---

---

## CAPÍTULO XX.

El doctor se convence de que ha de servirle mas la intriga que la diplomacia.

Aquel dia tampoco salió don Bartolo despues de almorzar, sino que esperó al maestro de música, y cuando fué y terminó la leccion, entraron ambos en el aposento del médico.

Los apuros de este fueron entonces como nunca, pues temia no salir con su empeño, y no acertó en algunos minutos á empezar la conversacion.

—Amigo don Basilio,—dijo al fin,—pienso en vos tanto como en mí, creedme...

—No lo he dudado,—respondió el sacristan, sospechando que las vacilaciones del doctor significaban algo desagradable.

—Tendreis presente lo que ayer hablamos...

—¿Cómo he de olvidar lo que tanto me interesa?

—Así lo he creído,—repuso don Bartolo, que aun no acertaba á empezar á hablar del ama de gobierno y la dueña.—Indudablemente os interesa...

— Por eso...

— Sí, por eso...

— ¿Con que decíais que?...

— Quería comunicaros una idea...

— Os escucho, — dijo el sacristan, cuya inquietud crecía por instantes.

Don Bartolo se movió en la silla como si no se encontrase bien, arreglóse la bata y repuso:

— Las lenguas murmuradoras no respetan nada: para ellas no existen personas honradas, y en último caso, todo lo mas que conceden en favor de alguien es la duda.

— Gran verdad: habeis hecho un estudio profundísimo de los hombres, y conoceis como nadie el corazon humano.

— Pues bien, — repuso don Bartolo, — esa misma esperiencia me ha hecho tomar en consideracion una cosa en que no habia pensado ayer.

Don Basilio estiró los brazos, varió de postura y miró al médico con estrañeza.

— ¿Qué querrá decirme? — se preguntó.

— Está en ascuas, — dijo don Bartolo para sí. — Creo que mi discurso le disgustará, y temo que no acepte la proposicion. Sin embargo, el punto que voy á tocar llega al alma, y puede ser que dé el resultado que deseo.

— ¿No proseguís? — preguntó el sacristan.

— Decía eso, — repuso el doctor, — porque he llegado á entender que no ha faltado quien se ocupe de la señora Anastasia para calumniarla.

— ¿Es posible?

— Sí, amigo mio, se ha murmurado, poniendo en duda su honradez y aun refiriendo no sé qué historia.

—¡Horrible calumnia!— exclamó don Basilio con voz hueca y haciendo un gesto de repugnancia.

—Muy horrible.

—¡Pobre señora Anastasia, tan buena, cuya vida es un modelo de virtud!...

—Es verdad, y en el cielo encontrará la recompensa,— repuso don Bartolo sin atreverse á mirar al organista; —pero entre tanto el mundo la señala...

—Comprendo: me lo advertís, suponiendo...

—Que no queréis participar de la supuesta mancha...

—Don Bartolo,—replicó el organista con gravedad cómica,—yo desprecio al mundo.

—Yo tambien; pero hay cosas...

—Estoy convencido de la honradez de la señora Anastasia, y me basta mi conciencia.

—Digno es eso de un alma grande como la vuestra, don Basilio.

—No hay mas que hablar.

El apuro del doctor llegó á su colmo: le habia desconcertado la resolucion pronta y enérgica del sacristan, y no sabia cómo insistir sin comprometerse.

—Sin embargo,—dijo despues de algunos instantes,—á pesar del buen concepto que tengo de la señora Anastasia, como hay un refran que dice: « cuando el rio suena... »

—¡Don Bartolo!

—Don Basilio...

—¿Seríais capaz?...

—Se trata de vos, á quien estimo en mucho, y no quiero que tengais que arrepentiros...

—Os hablaré con franqueza,—replicó el maestro de música.—

Tenemos ya bastantes años para no ignorar que en este mundo es todo una farsa.

—Desgraciadamente.

—Pues bien, á mi edad probaria que soy tonto si me hiciera la ilusion de encontrar una mujer que fuera lo que pareciese ó lo que todas dicen que son.

Don Bartolo abrió la boca y fijó una mirada de sorpresa en el sacristan.

Este prosiguió diciendo:

—¿No seria una ridiculez que á mis años corriera yo tras un fantasma? Quédese eso para los jóvenes que no han visto el mundo mas que por un agujero; pero nosotros.... seria cosa de morirse de risa, amigo mio.

—De manera, que segun eso...

—Exigiré á mi mujer fidelidad; pero no me meteré en camisa de once varas.

—Entiendo.

—Por consiguiente,—repuso don Basilio, á quien no se habia ocultado la intencion y el plan del médico,—me casaré con la señora Anastasia, y de esta resolucion no me volveré atrás por nada.

—Os he dicho eso...

—Agradezco vuestra buena intencion; pero solo una cosa me haria cambiar de propósito.

—¿Cuál?—preguntó vivamente el médico, decidido á aprovechar cualquier pretexto.

—Que no aceptase la señora Anastasia.

—Ella...

—Me habeis respondido de eso...

—Sí.

—Estoy, pues, descuidado.

El buen doctor estaba batido en todas las trincheras, y ya no le quedaba mas que rendirse á discrecion. El sacristan habia comprendido que peligraba el negocio de los ochocientos ducados, y su intencion de no ceder estaba conocida. Era, pues, preciso salir del apuro por cualquier medio.

—Don Basilio, —dijo el médico despues de algunos instantes de reflexion, —haceis bien en fiar de mi palabra. Os prometí...

—Que me casaria con la señora Anastasia.

—Y os casareis.

—Lo cual significa que ella...

—Está pronta á daros su mano despues que yo me case; pero pone una condicion.

El sacristan hizo un gesto de desagrado y fijó una mirada de impaciencia en el doctor.

—Ya os he dicho, —añadió este, —que las lenguas murmuradoras...

—Sí, sí, —interrumpió don Basilio; —pero la condicion...

—Es que ha de guardarse el mas profundo secreto, porque quiere evitar...

—Comprendo, —dijo el organista, tranquilizado completamente.

—Y como esa muchacha... Soledad...

—Es una bachillera.

—Y Figaro anda siempre á caza de secretos, es preciso...

—Entiendo... Hay que disimular.

—Por consiguiente no variareis de conducta para con la señora Anastasia, ni ella para con vos.

—Solamente una entrevista...

—Tampoco.

—Parece mal que no le diga siquiera una vez que la amo con todo mi corazón...

—Dejad eso á los mozalvetes que viven de ilusiones.

—Si ella se empeña...

—Está decidida á romper con vos si en casa ó en la calle le decís una sola palabra de este asunto, y aun si os acercáis á ella.

—Me someto á su voluntad.

—Cayó en el lazo; —dijo para sí don Bartolo, creyéndose en aquellos momentos un hábil diplomático.

Y animado con el éxito de lo que tenia por ingeniosa travesura, añadió en voz alta:

—Ahora, amigo mio, voy á pedir os un favor, del cual depende tal vez mi casamiento.

—¡Un favor!... Espero vuestras órdenes.

—Antes he de advertiros que tengo que confiaros un secreto de mucha importancia para la honra, el decoro de una mujer.

—Os escucho, don Bartolo, —dijo el sacristan, acomodándose en su silla.

—Ya sabéis que muchas veces nos dominan las pasiones, sin que haya medios de ahogarlas.

—Es verdad, —replicó el organista con voz hueca y sentencioso tono. —Las pasiones brotan en el corazón como el agua de un manantial, y es locura querer atajarlas, pues la impetuosa corriente, si por un lado se le estorba el curso, busca por otro salida, y se desborda cuando por todas partes se le rodea.

—Eso es, se desborda y por eso es mejor dejarla correr mansamente.

—Proseguid.

—Dejando eso aparte para volver despues á ello, os recordare mi situación con respecto á Rosa.

—Somos de la misma opinion: si lograis estorbar á vuestra pupila que vea al galan de las hebillas de diamantes, no tendrá valor para resistir y os casareis con ella.

—Pues bien, eso depende de la persona que la guarda.

—¿Desconfiais de la señora Alfonsa?

—Al contrario, creo que si ella se despidе no encontraré otra que ayude mi intento con tanto afan.

—¿Acaso piensa dejar la casa?

—Don Basilio,—dijo el médico, bajando la voz,—la señora Alfonsa está enamorada locamente.

—¡Enamorada!—exclamó el sacristan, haciendo un gesto de profunda sorpresa.

—Su pasion es de esas que todo lo dominan, que arrebatan, que trastornan, que enloquecen, que matan...

—¡Don Bartolo!...

—Así me lo ha confesado.

—Me dejais aturdido.

—Y lo peor es que está resuelta á encerrarse en un convento, si el hombre por quien suspira no muestra con alguna mirada que algun dia puede corresponder á su volcánica pasion.

—¿Y ese hombre?...

—No puede amarla.

—Pero al menos, puesto que ella se contenta con que de vez en cuando la miren dulcemente, puede ese hombre satisfacerla, y entre la esperanza y el temor se pasarán algunos dias, dando así tiempo á que se efectúe vuestra boda.

—Me admira, don Basilio, que siempre y en todo tengamos el mismo pensamiento.

—Entonces solo falta que ese hombre, objeto de la pasion de la dueña, quiera serviros.

—Es un amigo verdadero.

—Si es amigo no debe negarse á cosa de tan poca importancia.

—Tragó el segundo anuelo,—dijo para sí el doctor, en cuyo rostro se pintó su alegría.—¡Oh!... He nacido para la intriga.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Con que es esa vuestra opinion?

—Sí,—respondió don Basilio.

—¡Me he salvado!—exclamó el médico.

El sacristan lo miró con estrañeza.

—¡Gracias, amigo mio, gracias!—repuso don Bartolo, levantándose entusiasmado y queriendo abrazar al maestro de música.

Pero este se levantó, dió un paso atrás, abrió cuanto pudo la boca y los ojos y fijó en el doctor una mirada de sorpresa.

—Dejad que os estreche contra mi pecho en prueba de gratitud,—añadió el médico, asiendo de la sotana á su amigo para que no se alejase.

—Cuidado con mi sotana,—replicó vivamente don Basilio:—cuidado, que se va como carne cocida...

—¡Sois mi salvador!...

—¿Pero quereis explicaros?

—¿Pues no habeis comprendido que el hombre á quien ama la señora Alfonsa sois vos?

—¡Aaaaah!—exclamó el organista, abriendo tanto la boca y con voz tan sonora, hueca y grave que hizo estremecerse asustado al doctor y retemblar las paredes.—Así os hubiérais explicado desde el principio y evitárais poner mi magin en el mayor de los aprietos.

—Y como supongo que no os negareis...

—Don Bartolo, el compromiso es grave, gravísimo. ¿Qué dirá la señora Anastasia?

—Ella no ha de saberlo.

—Cuando esté presente...

—Pocas veces será, y esas podeis aparentar indiferencia.

—¿Pero y si el diabló, que es amigo de encender el fuego de la desavenencia?...

—Sed consecuente: antes habeis dicho que era cosa de poca importancia; y como tambien estais interesado en mi casamiento, porque sin él no hay dote...

—No hablemos mas del asunto.

—¿Estais conforme?...

—¿Cuándo me he negado á serviros? Cerraré los oidos á la voz de mi conciencia y encenderé mas su corazon con falsas esperanzas.

—Es digna de lástima; pero...

—Víctima de una pasion fatal... ¡Ay, el dia terrible del mortal desengaño cómo fulminará contra mí la horrible acusacion de mi alevosía!... «¿Por qué, me dirá, asesino de mi corazon, enviastes á mi alma la luz de la esperanza si habias de oscurecerla en breve con las tinieblas del desengaño? ¿Por qué, como en fértil pensil blancas azucenas, dejastes que brotaran en mi ardiente fantasía risueñas ilusiones si habias de arrancarlas con mano impía y cruel? Con mi última ilusion huye mi existencia; no me queda mas que el sepulcro; muero de amor; vive tú con el remordimiento.»

—¿Á dónde vais á parar? ¿Acaso la señora Alfonsa sabe decir cosas tales?

—El que ama sabe decirlo todo: la pasion inspira porque exalta, y tanto algunas veces, que la inspiracion degenera en locura.

—Esa es ya cuestion fisiológica, patológica y...

—Vos conoceis la ciencia del cuerpo; pero yo la del alma.

— Don Basilio...

— Punto redondo, porque seria cuento de nunca acabar.

— Como gustéis.

— Quedamos en que enganaré á la señora Alfonsa y que me casaré con la señora Anastasia.

— Por supuesto.

— Entonces, si nada mas teneis que decirme...

— Nada hasta que hable otra vez á Rosa y determine cuándo ha de efectuarse nuestra union.

— Me voy, pues.

— Don Basilio, — dijo el médico, apretando la huesosa mano del sacristan, — nuestra amistad se estrecha cada dia por lazos que no pueden romperse.

— Jamás.

— Dios os acompañe.

— Y á vos os dé larga vida, insigne doctor, honra de la ciencia de Hipócrates.

Salió el maestro de música, haciendo profundas reverencias, y don Bartolo, despues de felicitarse por su habilidad y bendecir su buena estrella, determinó dar la última mano á su obra sin esperar á otro dia.

— Así, — dijo, — quedaré tranquilo desde ahora, y escusaré nuevas reclamaciones y exigencias.

Y asomándose á la puerta del aposento, llamó á la señora Alfonsa.

Esta se presentó pocos momentos despues.

— Se han cumplido vuestros deseos, — le dijo el doctor.

La vieja no acertó á contestar: de tal modo la turbó la alegría, que solo pudo exhalar un suspiro ó lamento, pues lo mismo era lo uno que lo otro.

—¿Amáis mucho á don Basilio?—añadió el médico.

—¡Ah!—exclamó la dueña, oprimiéndose el tabiculo pecho con ambas manos.

—Pues mas os ama don Basilio.

—¡Me ama!—dijo la vieja, levantando al cielo los ojos y apoyándose en el respaldo de una silla como si se sintiera próxima á desfallecer.—¡Oh!... Bien dicen, que lo mismo puede matar la alegría que el dolor... ¡Día feliz!... Pobre corazon mio, ya no eres el solitario viajero que caminabas sin esperar que te acompañase mas que tu dolor.

—Apuesto,—dijo para sí don Bartolo,—á que no se equivoca el sacristan.

—Á los ojos de mi alma enamorada,—prosiguió con entusiasmo la dueña,—se presenta desde hoy un horizonte risueño, y en el jardin de mis ilusiones no crece sola y triste la blanca y pura azucena de mi amor: tambien el ardiente lirio estiende sus hojas de terciopelo.

—Señora Alfonsa,—interrumpió el doctor,—no os entregéis aun á esas ilusiones...

—¿Por qué?

—Aun no os he dicho que...

—¡Dios mio!—exclamó la vieja con espanto.—Acabad...

—Don Basilio pone una condicion...

—Acabad... ¡Tormento horrible!

—Como las lenguas maldicientes sacan partido de todo...

—Es verdad, pero...

—Quiere evitar murmuraciones, y para conseguirlo, desea que se guarde el mas profundo secreto sobre vuestros amores hasta que llegue el dia...

—Entiendo,—replicó la dueña, tan agitada que apenas po-

dia hablar,—entiendo... hasta que llegue... el día... sí... el día feliz...

—Eso es.

—Pero nuestro amor que es puro, santo...

—Sin embargo, sabéis lo que es Soledad...

—Una insolente.

—Y Figaro...

—Un bribon.

—Y al fin la posición social de don Basilio...

—Sí... sí...

—Su clase le impone el deber de guardar cierta circunspección y gravedad...

—¿Pero cómo ha de ocultarse?

—Siguiendo la misma conducta de siempre y que todo lo mas...

—Alguna palabra de ternura...

—No.

—¡Oh!...

—Solamente alguna mirada...

—Pero saldrá á nuestros ojos el fuego de nuestra pasión; en ellos se leerá como en un libro lo que sienten nuestros enamorados corazones...

—Los que eso vean sospecharán, dudarán; pero no podrán afirmar...

—¡Ocultar el amor!... Imposible.

—Disimularlo.

—Muy trabajosamente.

—Pues es condición precisa.

—Haré el sacrificio,—dijo la dueña, suspirando tristemente.

—Día llegará en que nada os estorbe manifestar lo que sentís.

—Ese día... ¡Oh!... No sé lo que sucederá con una pasión como la que enciende mi sensible pecho...

—Paciencia por ahora.

—La tendré.

—Quedamos, pues, conformes y seréis esposa de don Basilio en cuanto Rosa lo sea mía.

—¿Cuándo os casáis?

—Muy pronto.

—No deis lugar á que doña Rosa se desaturda, porque se rebelará.

—Pienso hablarle por última vez esta noche ó mañana.

—Esta noche será mejor.

—Lo haré.

—¡Dios nos proteja!

—Si vos guardais bien á mi pupila, conseguiremos lo que deseamos. Todo depende de que ella no llegue á ponerse en comunicacion con ese maldito galan de las hebillas de diamantes.

—Descuidad.

—Volved, pues, á su lado y preparadla, porque...

—Hoy le ha dado la manía de no contestarme.

—Con tal que os escuche...

—¿Qué ha de hacer?

—Dejadme.

Volvió la señora Alfonsa á su puesto, y muy fatigado se dejó caer el doctor en una silla para descansar y luego salir á ver á sus enfermos.

Entre tanto Rosa pensaba en el conde, la señora Anastasia en Figaro, y este ideaba una nueva travesura para vengarse de lo que el doctor habia hecho la noche de la serenata.

---

## CAPÍTULO XXI.

### Nuevas travesuras de Fígaro.

—Fígaro,—decía el conde al barbero,—has hecho mas de lo que puede hacer ningun hombre, lo reconozco; pero si Rosa, como parece, escucha mis ruegos y corresponde á mi amor, no me contentaré con lo que hemos adelantado.

—Ya supongo,—respondió Fígaro,—que vuestra pasion aspira á mas que á papeles, pues no quedará satisfecha sino efectuándose vuestro casamiento.

—Pero mientras ese caso llega, y te aseguro que me parecerá tarde por breve que sea el plazo, mientras llega, digo, es preciso que yo vea á Rosa.

—¿Y por qué no?—replicó Fígaro, que fingia no entender al conde.—Por lo menos los domingos han de llevarla á misa...

—Sin duda me esplico mal,—dijo con impaciencia el noble mancebo.

—Ó yo soy torpe...

—No has dado pruebas de tal. Lo que quiero es hablar, tener con ella una entrevista.

—¡Señor!—exclamó el barbero como asustado.—¿Sabe vuestra señoría lo que pide?

—Lo que deseo, ló que es preciso, porque debes comprender que por muy espresivas que sean mis cartas no decidirán á Rosa á dar un paso peligroso.

—Me declaro en derrota, señor conde, porque todo mi ingenio no alcanza á vencer imposibles.

—¡Figaro!

—¡Una entrevista con doña Rosa!... Aun las idas y venidas de los billetes tocarán sus dificultades. Señor conde, contentaos con lo que hemos conseguido.

—Pero como no hemos de pasar la vida escribiéndonos...

—Pero como doña Rosa tiene noche y dia un centinela...

—Burlando su vigilancia...

—La dueña es una sombra...

—¿No te atreves á vencer esos obstáculos?

Figaro meditó, hizo un gesto de duda y luego dijo:

—Lo que vuestra señoría desea podrá tal vez hacerse, favoreciéndonos alguna circunstancia que ahora no podemos decir cuál deba ser. Esa es la única esperanza que hay, y aun así falta lo principal, y es que doña Rosa quisiera acceder á ello.

—¿Qué mujer no quiere oír palabras de ternura dichas por el hombre á quien ama.

—Pues bien, dando por supuesto que doña Rosa secundaria nuestros planes, no me atrevo á prometer otra cosa mas que aprovechar la primera ocasion.

—Una tienes que en mi concepto es la mejor.

—¿Cuál?

—Me has dicho que el ama de gobierno está empeñada en casarse contigo...

—Sí, señor, pero no quiero comprometerme hasta tener la seguridad de que puedo sacar partido del amor de la vieja. Según he traslucido, don Bartolo ha tomado cartas en el juego, y espero á que Soledad me ponga al corriente de lo que pasa. Ahora, señor, lo que deseo es vengar la ofensa que el viejo hizo á vuestra señoría la noche de la serenata, y en cuanto á lo demás, es prudente que dejemos trascurrir algunos dias para ver cómo se encuentra la situacion y observar segun convenga y con seguridad.

—Bien, Fíguro, aguardaré algunos dias, pero serán pocos. Debes comprender mi impaciencia. Esa mujer se ha hecho dueña de mi corazon, de mi voluntad... ¡Oh!... Mi pasion ha llegado á ser un delirio, un tormento... Fíguro,—añadió el conde arrebatadamente,—por ella lo haré todo, todo lo sacrificaré, hasta la vida si preciso fuera...

—Al contrario, señor; hay que conservarla para gozar. Lo que conviene es que vuestra señoría tenga mas calma y no se deje arrebatar tan fácilmente, pues entonces todo saldrá mal. Tenga en mí vuestra señoría completa confianza y yo le respondo del resultado. Procedamos con orden y no intentemos precipitar los sucesos.

—Sea como quieras,—dijo lánguidamente el de Almaviva:—mi dicha está en tus manos...

—No se perderá.

—Dispon, pues, lo que te plazca.

—Vuelvo á lo de antes: es una locura principiar por el fin. Dejadme, repito, que ahora me ocupe solamente en vengar la ofensa de marras.

—¿Qué adelantaremos?

—Que yo no me muera de un berrinche, señor conde, porque si el vejete se quedara sin pagar lo de aquella noche...

—¿Y si nos colocamos en peor situación? Vale más dejarlo, para que deseché sus recelos, y su descuido nos servirá de mucho.

—Siento no pensar como vuestra señoría sobre ese punto. Creo que conviene obrar de manera que el viejo se ponga hecho una furia.

—¿Para qué?

—El que se enfurece se aturde y no hace nada con concierto.

—Don Bartolo apresurará su boda, y con tino ó sin él se casará.

—Eso ha de darnos la victoria.

—¿Su casamiento?

—No, sino el querer apresurarlo.

—No comprendo...

—Es muy sencillo: obligará á doña Rosa de tal manera, que ella, desesperada, no vacilará un momento en seguimos. ¿Qué diferencia encuentra vuestra señoría entre una mujer y una guitarra? Ninguna, señor. El que sabe templarla saca de ella el partido que quiere; pero el que cree que ha de hacerle sonar más por atirantar las cuerdas, no consigue sino hacerlas pedazos.

—Por quien soy, —replicó el conde sonriendo, —que si la comparación no es muy galante...

—Es exacta. Don Bartolo, que no sabe pulsar más que enfermos, pero no vihuelas, apretará las clavijas, las cuerdas saltarán, y cuando conozca su error será tarde para que lo remedie.

—Bien, Figaro; nada tengo que replicarte, y desde ahora apruebo cuanto hagas.

—Señor, el día está despejado, la noche estará serena, alum-

brará la luna y vuestra señoría cantará un amoroso romance á doña Rosa.

—Nada mas de mi gusto puedes proponerme, —dijo el conde; —pero debes advertir que nos esponemos á ser bautizados por segunda vez.

—Precisamente busco esa ocasion para vengarme, y sentiré que el viejo no despierte.

—¿Cuál es tu plan?

—Si vuestra señoría me permite callarlo, se lo agradeceré. De seguro no cometeré ninguna torpeza.

—Estás en libertad de hacer lo que te cuadre.

Pocas palabras mas se cruzaron entre el conde y el barbero, y este salió para ir á su casa á preparar lo necesario para aquella noche.

Esta llegó, y la casualidad, protectora decidida del barbero, quiso que don Bartolo, ocupado con un enfermo rico y de gravedad, no se recogiera en su casa hasta las diez, hora en que segun su antigua costumbre estaba ya durmiendo otras noches.

Quejándose del frio y prodigándose alabanzas por el acierto que habia tenido en recetar, cenó, y despues que se hubo rezado, dijo á Rosa:

—Tengo que hablarte á solas.

Estremecióse la jóven, que adivinó lo que el médico habia de decirle, y queriendo excusarse respondió:

—Bien, pero os advierto que los ojos se me cierran, y si no fuera muy urgente lo que teneis que decirme...

—Aun puedes estar tres ó cuatro horas sin dormir, —replicó don Bartolo.—Además, el asunto de que hemos de ocuparnos es muy importante, y no quiero dejarlo para mañana porque tendré que salir muy temprano.

—Si así lo mandais...

—Sí.

El doctor quedó solo con Rosa en el aposento de esta.

Ambos permanecieron silenciosos algunos instantes: ella, sentada, inmóvil y con la mirada fija en el suelo, y él, arreglándose la corbata, estirándose la chupa, y restregándose las manos mientras buscaba en su imaginación una frase para empezar su discurso.

Al fin, sentándose frente á la jóven, contemplándola con ternura y tomándole una mano, dijo con acento cariñoso:

—¿Rosita?

—Señor,—respondió esta sin levantar la cabeza.

—¡Ah!... Cada día me pareces mas hermosa... Estás temblando... ¡Demonio de nervios!

La jóven, que efectivamente temblaba, retiró su mano.

—¡Cuánto me encanta esa timidez!... Pero no me contestas...

—Espero á que me digais...

—Tú has de decirme, Rosa mia.

—¿Yo?

—Sí, quiero saber tu opinion sobre la felicidad de las mujeres.

La jóven miró con estrañeza al médico, y este exhaló un suspiro, diciendo despues de algunos instantes:

—Conozco tu sorpresa y la comprendo en tu inocencia. Me explicaré y así podrás responderme.

—Os escucho.

—En mi opinion, una mujer cuando se casa no puede desear mas sino que su marido sea honrado y la ame. ¿Es verdad?

—Como nunca he pensado en casarme, no puedo decirlo...

—Pero estás muy cerca de hacerlo y debes preguntarte lo que necesitas para ser dichosa.

—Don Bartolo,—replicó la pupila con marcada turbación,— os suplico...

—Rosa,—interrumpió el médico,—quien suplica soy yo y espero que me respondas á lo que te he preguntado. Se acerca el día de nuestra union y quiero tener mi conciencia tranquila...

—¡El día de nuestra union!—murmuró la pobre Rosa.— ¡Oh!...

—¿Acaso lo ignorabas?—preguntó el médico, olvidándose del propósito que habia hecho de tratar con su pupila *diplomáticamente* como aquella mañana con don Basilio y la dueña.— Te anuncié formalmente que estaba resuelto á casarme contigo...

—Pero yo os dije...

—No admito la excusa, lo sabes.

—¿Nada vale,—replicó la jóven con mas energía,—mi declaración formal de que mi dicha consiste en permanecer soltera

—Nada, porque tu falta de mundo...

—Don Bartolo, yo sé mejor que nadie lo que me agrada.

—Pero no lo que te conviene. Prometí á tu padre hacerte feliz...

—Y lo cumplís,—replicó Rosa con amargura.

—¡Rosa!—exclamó el viejo sorprendido.—¿Desde cuándo te atreves á usar ese tono de ironía que ofende mi autoridad? Tú, niña tímida y cándida... ¡Qué cambio!... ¡Dios mio!...

—Libreme Dios de faltáros al respeto; pero me preguntáis creo de mi deber contestaros la verdad.

—¡Oh!...

—Don Bartolo, hablemos con claridad.

—Sí, con mucha claridad,—dijo el médico, que empezaba a sofocarse.—Esta será la última vez que hablemos de nuestra boda y es preciso que cada cual sepa á qué atenerse.

—Pues bien, os declaro formalmente que vuestro proyecto de la labrará mi desgracia.

—¡Rosa!

—Os agradezco ese amor que decís os he inspirado; os agradezco mas la buena intencion de hacerme feliz; pero como no me sento dispuesta á corresponder á esa pasion ni comprendo esa fidelidad...

—Basta,—replicó don Bartolo, poniéndose de pié.

—Basta, pues,—dijo la jóven.

—No te he pedido consejos...

—¿Qué quereis?

—Obediencia.

—¡Obediencia!—murmuró Rosa.

—Sí.

—¿Y qué me mandais?

—Que te dispongas á ser mia...

—¡Oh!—exclamó la pupila como si le clavasen un puñal en la garganta.

—Solo una cosa te serviria de excusa.

—¿Cuál?

—Que hubieses puesto en otro tu amor.

Rosa era demasiado ladina para caer en el lazo que acababa de tenderle el viejo.

—Señor,—dijo tristemente,—si no ha de valerme otra excusa, ninguna tengo entonces.

Don Bartolo miró á su pupila con desconfianza, meditó algunos instantes, volvió á sentarse y dijo, dulcificando su acento:

—Rosa, nos hemos propuesto hablar con franqueza porque es el único medio de evitar males.

—Os he dicho la verdad.

—Creo que no amas á ningun hombre: tú no sabes mentir, ni habia tampoco para qué ocultar la verdad, cuando por el contrario, te convenia decirla; pero como tambien es posible que si amor hayas fijado tu atencion en alguno...

—Tampoco.

—Rosa...

—Vos lo habeis dicho, no sé mentir.

—Quizás tú misma no hayas sabido darte cuenta...

—¿Cómo quereis que nadie haya llamado mi atencion si nadie veo?

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí,—respondió la jóven con firmeza y admirable serenidad.

Y su mirada ardiente sostuvo la escudriñadora y recelosa del doctor.

—Tengo noticias,—dijo este,—de cierto suceso...

Rosa lo interrumpió con una risa burlona.

—Ya sé,—replicó—á lo que os referís. Mi carcelera os ha contado que una mañana en la catedral...

—¿Y eso te hace reir?—dijo don Bartolo, cuyas mejillas se tornaron amoratadas.

—Creo que no merece mas que risa...

—¿Qué diria aquel hombre? Rosa, el mozalvete perverso osado y hereje que profanó el templo...

—Aquello fué una galantería...

—¡Jesus!—exclamó asustado el doctor.—¿Tú tambien terminas con este siglo de perdicion en que se ha dado en llamar galanterías á las desvergüenzas?... ¡Oh!...

—Sabeis que no tengo mundo...

—¡Dichosa ignorancia la tuya!

—Señor...

tr,  
a-  
a

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 4.<sup>a</sup> — ¡Por compasion!

—Concluamos, —replicó el médico, volviendo á perder la serenidad.

—Como gustéis.

—Tus escusas nada significan.

—¿Y decidís?...

—Casarme contigo.

Rosa no contestó.

—Por consiguiente, —repuso don Bartolo, levantándose y estendiendo un brazo, —dentro de ocho dias serás mi esposa.

—¡Ocho dias! —repitió la jóven, sintiendo que le faltaban las fuerzas.

—Así te lo mando en nombre de tu padre, que gloria haya, á quien jurastes...

—¡Dios mio! —exclamó Rosa con acento desgarrador.

—Ni un dia mas.

—¡Por compasion!...

—No intentes negarte...

—Al menos, dilatad el plazo...

—No.

—Pero...

—Está dicho, —replicó don Bartolo, volviendo la espalda á Rosa.

Y se dirigió á la puerta con intento de irse para evitar que los ruegos y lágrimas le obligasen á ceder, concediendo mayor plazo.

Empero en aquel instante los sonos acordados de una guitarra interrumpieron el silencio de la solitaria calle, y don Bartolo, como herido por un rayo, quedó inmóvil y mudo.

Rosa sintió palpar su corazon con violencia, y muy trabajosamente pudo reprimir un grito de alegría.

La música parecia haberlos petrificado.

El doctor, con la mirada fija, inclinada á un lado la cabeza como para oír mejor, y apretando los puños, continuó vuelto de espaldas á su pupila, mientras que esta, oprimiéndose el pecho, vueltos los ojos á la ventana, como si á través de la pared intentase ver al trovador, y apenas atreviéndose á respirar, escuchó y sus labios se entreabrieron.

Multiplicáronse los gratos acordes.

Pasaron dos minutos.

El tapiz que cubría la puerta del aposento se movió, y primero la cabeza y luego el flaco cuerpo de la señora Alfonsa se dejaron ver. Sus despestañados ojos se fijaron en don Bartolo una mirada interrogadora y luego se volvieron hácia la calle. Dió algunos pasos, silenciosos y lentos como los de un alma en pena, detúvose entre el médico y la pupila, y con las manos cruzadas y encorvado el cuerpo, quedó también inmóvil.

Agitóse otra vez el tapiz, y entró la señora Anastasia, con los ojos chispeantes, cerrados los puños y haciendo oscilar la cabeza de hombro á hombro con aire de terrible amenaza. Miró también á don Bartolo mientras estendía un brazo hácia la ventana, como reconviniéndole porque tenía la debilidad de tolerar que galanteasen á su novia, y se detuvo, quedando en aquella posición.

Soledad espiaba sin dejarse ver, porque no podía contener la risa.

Trascurrieron algunos minutos de completa inmovilidad y profundo silencio en el gabinete de Rosa.

En la calle, y entre el sonido de la música, se había oído el crujido breve y seco del maderaje de alguna ventana al abrirse por los vecinos curiosos ó por las mujeres que se creían objeto de la serenata.

Á los acordados sonos se unió la voz clara, vibrante y dulce

de un hombre que con acento de sin igual ternura entonó la primera estrofa de una cancion amorosa, en que á vueltas de mil requiebros se nombraba á Rosa.

La señora Anastasia no pudo aguantar mas, y dirigiéndose á don Bartolo, dijo con voz réconcentrada:

—¡Si yo tuviera esos calzones!...

—¡Qué escándalo!—exclamó la dueña, santiguándose con muestras de gran susto.

—¡Oh!—exclamó el médico, mirando á todos lados afanosamente.—Á testarudo nadie me gana... Veremos quién se burla de quién.

Y despues de dar aturdidamente dos ó tres vueltas por la habitacion y asomarse á la alcoba de la vieja, cogió la primera vasija que se le fué á las manos y se dirigió precipitadamente á la ventana, abriéndola con intencion de bautizar por segunda vez al atrevido galan.

El primer impulso de Rosa fué detener al vejete; pero comprendiendo que así declaraba su pasion, contúvose y permaneció inmóvil.

Al abrirse la ventana cesó la música, y don Bartolo, que no queria errar el golpe, antes de verter el líquido miró á la calle para descubrir el bulto y dejarle caer encima continente y contenido por si lograba romper un hueso al trovador.

Empero aunque el resplandor de la luna permitia distinguir con facilidad los objetos, á nadie vió en la calle ni tampoco oyó ruido de pasos. Se hubiera dicho que la tierra se habia tragado al galan.

Acabó el doctor de abrir de par en par la ventana; sacó mas la cabeza y despues hasta medio cuerpo, dándole de lleno el clarísimo resplandor de la luna, y cuando con todo el afan de su co-

raje miraba á uno y otro lado con encendidos ojos, sintió en la frente como si le hubiesen dado un fuerte golpe con el extremo de una varita, é instantáneamente se inundó su rostro de un líquido frio, viéndose obligado á llevar á él las manos y cerrar los ojos, aunque sin acertar á darse cuenta de lo que le sucedía.

Su sorpresa y espanto fueron tales, que quitándole toda serenidad y aun turbándole el juicio, retrocedió hasta la pared opuesta, restregándose la cara y gritado con voz agitada y acento de terror:

— ¡Favor!... ¡Asesinos!... ¡Socorro!....

Y así continuó sin intervalos y de tal modo, que comunicando su espanto á la señora Anastasia y á la dueña, le hicieron coro con gritos descompasados y sin que á contenerlos fuesen bastante las palabras de Rosa y Soledad que habia acudido presurosamente.

Las dos viejas corrieron á la ventana voceando en demanda de socorro; y no pudiendo las dos jóvenes aguantar un instante mas la risa, metiéronse en sus dormitorios y se dejaron caer, una en la cama y otra en el suelo, oprimiéndose con ambas manos la cintura y revolcándose para resistir la casi convulsiva hilaridad que se habia apoderado de ellas.

Razon tenian, y lo mismo hubiera sucedido á cualquiera al mirar á don Bartolo.

El líquido que el pobre doctor habia recibido en el rostro debía ser tinta, á juzgar por su color, y se habia extendido mas y manchado su corbata, camisa y chupa al restregarse con las manos, de modo que presentaba el mas extraño aspecto que puede imaginarse.

Entre tanto la dueña y el ama de gobierno continuaban con sus desaforados gritos, armando tal alboroto que en breves instantes se habian abierto las ventanas y balcones de las casas vecinas y asomado muchos velones, candiles y cabezas despeinadas ó cubier-

tas con gorros blancos, viéndose, en cuanto la claridad lo permitía, en todos los rostros la muestra del susto ó la curiosidad.

Algun vecino, y de estos fueron lo mas tres, se atrevió á salir de su casa, armado de pistola ó espadin mientras desde arriba le gritaba su mujer:

—¡Cuidado!

Y él respondia:

—No lo tengas por mí sino por el que se me ponga delante.

Quiso la casualidad que una ronda acertase á pasar por uno de los extremos de la calle, precisamente el opuesto al por el que acababan de salir el conde y Fíguro, y oyendo las voces de la dueña y el ama de gobierno, mas las de algunas vecinas que las imitaron, se dirigió con gran prisa á la casa de don Bartolo, desnudando los corchetes sus espadas y agitando su baston el alcalde.

Llegaron, dijéronle los vecinos donde se pedia el socorro y llamaron con recios golpes, ordenando que les abriesen.

El ama de gobierno, algo mas repuesta, tomó un velon, bajó corriendo y abrió á la alguacilesca tropa, cuyo jefe preguntó:

—¿Dónde está el asesino?

—En la calle... se escapa... corred, —respondió la señora Anastasia con voz ronca.

—Cuatro de vosotros registrad la calle y sus alrededores y detened á cuantas personas encontréis, —dijo el alcalde.

Y cuatro corchetes, blandiendo los relucientes estoques, corrieron calle arriba, dirigiendo al paso estocadas á los huecos de las puertas y gritando:

—¡Alto á la justicia!... ¡En nombre del rey!...

Los demas siguieron al ama de gobierno y llegaron al gabinete de Rosa, cuando el médico, empezando á tranquilizarse conocia su error y la burla de que habia sido objeto.

—¿Qué esto?—preguntaron, retrocediendo un paso al ver á don Bartolo y soltando una carcajada.

—¡Justicia!—exclamó el doctor.

—Justicia se hará,—respondió el alcalde;—pero explicad lo que ha sucedido...

—¿No lo veis?

—Os vemos negro; pero esto nada tiene de comun con asesinios ni ladrones...

—Es una burla infame...

—Sí,—dijo la señora Anastasia,—un bribon desalmado que escandaliza algunas noches tocando una guitarra para enamorar...

—Soy tutor de una huérfana...

—¿Y la enamoran?

—Sin respeto á que va á casarse.

—Pero...

—Me asomé para ver quién era el atrevido que cantaba, y de pronto sentí como un flechazo...

—¡Ah!—exclamó el alcalde y los alguaciles en coro.

—¿Comprendeis?

—¿Y solo por eso habeis alborotado la vecindad?

—Estas mujeres se asustaron...

—Porque dijisteis «asesinos,»—replicó la señora Anastasia.

—Caballero,—dijo el alcalde,—la alarma que habeis producido merece castigarse.

—¡Tanto alboroto,—añadió uno de los alguaciles,—porque un chusco ha tenido la humorada de dispararos un jeringazo de tinta!...

—¿Y si hubiera sido pistola como fué jeringa?—replicó el doctor, que apenas podía hablar.

—Pagareis una multa por el escándalo.

—¡Una multa despues que me han puesto de esta manera!...

—Y otra los que han gritado con vos.

—¿Así se hace justicia?—replicó el ama de gobierno.

La dueña, que se habia refugiado en un rincon y temblaba como un azogado, solo se atrevió á exhalar un lastimero suspiro.

Tocar al bolsillo de don Bartolo era tocarle al alma; así que, la amenaza de la multa lo sacó de quicio, y olvidando la rarísima figura que presentaba, tomó su acostumbrado aire magistral y replicó al alcalde con hueca entonacion, y amenazando nuevamente este, y tomando parte en la disputa la señora Anastasia y luego los alguaciles, llegaron á no entenderse y producir nuevo alboroto que dió motivo para escitar otra vez la risa de Rosa y Soledad, que permanecian ocultas en las alcobas.

Sabe Dios á dónde hubieran llegado; y si tal vez el doctor y la señora Anastasia, en el calor de la defensa de sus intereses, hubieran faltado al respeto á la autoridad y dado con sus cuerpos en la cárcel; pero todos hubieron de callar porque sonaron recios golpes en la puerta de la casa y se oyó que decian:

—Abrid, que ya hemos cogido al asesino.

—¡Ah!—exclamó alegremente don Bartolo.—¡Sabré al fin quién es ese atrevido galan!

Rosa y Soledad, que estaban oyéndolo todo, dejaron de reir y se estremecieron.

—¡Han cogido á Figaro!—dijo la sirviente con acento de ira.

—¡Dios mio!—murmuró la pupila, temblando.—Don Fadrique... que...

—Habrá logrado escapar, y por favoreerlo Figaro... ¡Oh! ¡Se ha dejado prender por unos miserables alguaciles!

No habia contado el barbero con el alboroto ni la ronda; y como la venganza es un pecado y en el pecado va siempre la pe-

nitencia, el travieso rapa-barbas encontró el castigo en su mismo proceder. Aunque, como sospechaba Soledad, hubiera librado el conde de las uñas de los corchetes, era un grandísimo mal el descubrimiento de la intriga de Fígaro, que no podría volver á casa de don Bartolo.

La pupila y su doncella se acercaron á la puerta cuanto podían sin dejarse ver, y quedaron inmóviles, y atreviéndose apenas á respirar.

Entre tanto, la señora Anastasia, tan gozosa como el doctor, habia ido á abrir, y pocos momentos despues entraron en el gabinete los cuatro alguaciles, llevando al preso.

Don Bartolo dejó escapar una exclamacion de sorpresa y la señora Alfonsa exhaló un grito doloroso, dejándose caer en una silla porque le faltaron las fuerzas.

El supuesto criminal era el maestro de música. Tenia la sotaña hecha girones, aplastado el sombrero y agujereada la capa. Estaba pálido como un cadáver y sus ojos desencajados y relucientes lanzaron una amenazante mirada á los alguaciles.

—¡Sacrilegos!—exclamó con toda la fuerza de sus pulmones y tan grave y prolongado tono que se asemejó al mugido del huracan.—¿Qué habeis hecho, desdichados? ¿No veis estas vestiduras respetables?

—¡Don Basilio!—dijo el médico.

El organista estendió los brazos y abrió cuanto pudo la boca para pronunciar un anatema; pero miró á don Bartolo, y retrocediendo asustado, exclamó:

—*Vade retrò!... In nomine Dei...*

—¡Don Basilio!—repitió el doctor, yendo hácia su amigo.

—¿Es esto un sueño ó una horrible realidad?—dijo el maestro de música.

—¿Y vos, quién sois?— le preguntó el alcalde.— Acabemos de una vez...

—Estoy aturdido... No entiendo este enredo,— dijo el doctor.— Señor alcalde, este que veis y por criminal han cogido, es sacristan y organista de nuestra parroquia, maestro de música, mi mejor amigo y el hombre mas honrado de Sevilla.

—¿Lo estais oyendo?— preguntó don Basilio, paseando una mirada altanera sobre los corchetes.—¿Por quién me habeis tomado?

—Por el bribon atrevido que ha puesto á mi señor en el estado en que lo veis,— dijo la señora Anastasia, reventando de ira.— Eso es lo que sabe hacer la justicia, atropellar á la gente honrada y dejar á los criminales.

—Bachillera, insolente,— replicó un alguacil.

—Sí,— repuso el ama de gobierno,— insolente porque no me muerdo la lengua para decir las verdades. Todo lo sabrá el señor corregidor, aunque tan bueno es Pedro como Juan, y los lobos no se muerden unos á otros; pero no ha de criarme postema...

—Que calle esa mujer,— dijo el alcalde.

—¡Señora Anastasia! — gritó don Bartolo.— Nos perderá vuestra maldita lengua.

—¡Cómo me defiende!— dijo para sí el maestro de música.

La señora Alfonsa exhaló un lastimero suspiro y contempló con ternura al sacristan.

—Basta,— repuso el alcalde.— Puesto que sois amigos y nada teneis que pedir el uno contra el otro, os dejo; pero evitad otro escándalo, porque no os perdonaria la multa.

—¿Y quién paga las costas?— preguntó un alguacil.

—¿Y mi sotana?— replicó don Basilio.— Mi sotana que me costó quince ducados y á uñaradas la habeis hecho añicos...

—¡Señor sacristan!—interrumpió un alguacil, tomando por ofensivo epígrama lo de las uñas.

—¡Silencio!... Abridnos la puerta.

La ronda abandonó la casa, y los vecinos curiosos volvieron las suyas, no sin haber preguntado á los alguaciles lo que habia sucedido.

Don Bartolo se dejó caer en una silla porque ya no podia sostenerse.

El organista miró y remiró su sotana y exhaló un ay tan lastimero que hizo asomar una lágrima á los ojos de la señora Alfonsa.

—¡Cómo la han puesto!—exclamó.

Y remangándose la sotana como una mujer coqueta y graciosa pudiera levantar la falda para pasar un arroyo ó subir una escalera, la mostró, añadiendo:

—Mirad, mirad... ¡Y si al menos tuviera yo una esposa que me la zurciera!...

La dueña estuvo á punto de ofrecerse para el caso; pero se detuvo porque le pareció que al recato, pudor y timidez de una doncella no sentaba bien mostrar el deseo de tocar la ropa de un hombre, y sobre todo una sotana.

—¿Pero cómo os encontrábais á estas horas en la calle?—preguntó el doctor.

—¿Olvidais,—respondió el sacristan,—lo que tenemos convenido? Rondaba por si la casualidad...

—Entiendo.

—Entonces, esplicadme lo que ha sucedido, porque á pesar del sentimiento que me causa mi desgracia, me atormenta la curiosidad al veros de esa manera.

Exagerando y comentando refirió don Bartolo el suceso.

Prorrumpió don Basilio en sus acostumbradas exclamaciones.

juró no descansar hasta conocer al galan atrevido, y concluyó por lamentar nuevamente la desgracia de su sotana.

Mientras esto sucedia, Rosa y Soledad aprovechaban la ocasion para conferenciar largamente sobre el partido que deberian tomar.

Ya era mas de la media noche.

El sacristan se despidió y se fué, dejando al médico rendido y desesperado.

La señora Anastasia entró en el gabinete con un pedazo de limon.

—Tomad, —dijo á don Bartolo.

—¿Qué es eso?

—Limon para que os laveis...

—¡Qué horror!

—Pero...

—¡Un astringente como ese tan nocivo para la epidermis!...

—¿Con qué os quitareis la tinta?

—Es verdad... Llevadlo á mi aposento, que antes de nada quiero decir dos palabras á Rosa.

Y llamando á su pupila, que se presentó pálida y agitada, le dijo con severo tono:

—Ya veis á dónde conducen las locuras. Miradme, reflexionad y horrorizaos.

—Sí, me horrorizo, —contestó Rosa; —pero no tengo yo la culpa...

—Tú, niña inesperta, eres la causa, aunque inocente, de que se me haya hecho esta ofensa, poniéndome en el mas espantoso ridiculo.

—Señor...

—Si no hubieras alentado á ese atrevido galan...

—Pero...

— Sé lo que digo.

— Sois injusto, — replicó Rosa.

— Estas son las consecuencias de haber tomado el agua bendita...

— ¿Acaso podeis asegurar que es el mismo?

— ¿Quién ha de ser? Pero no sucederá otra vez : aquí estaréis encerrada noche y día.

— ¡Oh! — exclamó la jóven, llorando de coraje. — ¿Por qué no me quitará Dios la vida?

— ¡Rosa!

— Es insufrible lo que haceis conmigo... Bien, encerradme, atadme si quereis, pero...

— ¿Qué?

— No penseis en casaros conmigo.

— ¡Rosa! — gritó don Bartolo fuera de sí.

— ¿Qué hareis conmigo siendo vuestra esposa, si ahora que os conviene halagarme me tratais así? No y cien veces no diré al pié del altar.

— Cálmate, — dijo el doctor, comprendiendo que un rigor exagerado podia tener un resultado fatal. — Cálmate y piensa que estoy desesperado, rabioso... ¿Es para menos lo que me ha sucedido? He querido decirte...

— Habeis dicho...

— Tranquilízate, Rosita, y escúchame.

— ¡Oh!...

— Quise decirte que el lance de esta noche te ha dado á conocer al hombre que te galantea.

— No me importaba conocerlo porque no pensaba en él.

— Siempre es conveniente...

— Don Bartolo, os suplico que me dejéis descansar.

El médico hizo un gesto de resignacion, exhaló un suspiro y salió del aposento para ir á lavarse y á dormir, caso que el estado de su espíritu le permitiera cerrar los ojos á un sueño reparador.

Rosa enjugó sus lágrimas y pocos minutos despues se encontraba en su lecho, decidida á poner pronto y eficaz remedio á su triste situacion.

---

---

## CAPÍTULO XXII.

De cómo el barbero estuvo á punto de reventar de risa, Rosa de trastornarse en fuerza de sus amorosas emociones y el sacristan de morir de espanto.

Figúrese el lector los esfuerzos que tendria que hacer Figaro al dia siguiente para no soltar la carcajada al ver al doctor, en cuyo abultado rostro se veian las señales del insomnio, y cuya mirada, ya triste, ya sombría, denotaba el estado de agitacion de su espíritu.

Como el suceso de la noche anterior se habia hecho público, y particularmente en todo el barrio, no se hablaba de otra cosa aquella mañana, no tenia el barbero necesidad de fingir ignorancia, y aun se atrevió, para completar la pesada burla, á preguntar al médico sobre el lance. Pero antes de tocar esta cuestion, y presumiendo que Soledad tendria la respuesta de Rosa á la carta del conde, quiso dejar corriente este asunto como el de mas importancia.

Soledad habia procurado encontrarse limpiando la sala á la

hora en que acostumbraba á ir el barbero, y despues que este, dejando con la palabra en la boca á la señora Anastasia, entró en el aposento de don Bartolo, siguió en su operacion que tenia aun á medio hacer.

Figaro puso sobre la mesa la bacía, sacó las navajas, y metiendo un dedo en la vasija del agua caliente, que llevaba segun costumbre, dijo con la mayor naturalidad:

—No lo estraño... ¡Como que hace un frio que hiela las palabras!...

—¿Qué sucede?—preguntó don Bartolo con asperceza.

—El agua...

—Lo de siempre: estará fria.

—No es por falta de fuego, señor, pero...

—Es por falta de cuidado.

—Perdonad... Voy á pedir á la señora Anastasia...

—Espera,—replicó el médico.

Y deteniendo á Figaro que se disponia á salir de la sala, se asomó á la puerta para llamar al ama de gobierno: mas como viese á Soledad que aun seguia limpiando, le dijo:

—Muchacha, trae agua caliente.

No se detuvo un instante para obedecer la doncella. En dos brinco's fué á la cocina, tomó el agua y volvió al aposento del médico, diciendo al entrar:

—¿Dónde la pongo?

—Ahí,—respondió Figaro, señalando á la mesa que estaba detrás de don Bartolo.

Y echando á este el blanco paño sobre el pecho y los hombros, le hizo bajar la cabeza para sujetárselo atrás.

No era Soledad mujer que desaprovechara tan buena ocasion, así que, sacando de una manga el billete de Rosa, lo puso

en la mesa y sobre él la vasija de estaño en que llevaba el agua.

La operacion no pudo hacerse con mas limpieza; bien que por mirarla Fígaro, descuidóse y clavó en el almohadillado cogote del médico el alfiler con que sujetaba el paño.

Lanzó el pobre don Bartolo un doloroso grito; salió corriendo y como asustada Soledad, y dando Fígaro con un pié en el suelo, exclamó:

—¡Torpe de mí!... Hoy no me sucederá nada bueno...

—Torpe y bruto,— replicó don Bartolo.

—Señor, no estraño que esto me suceda, porque la primera persona que hoy he visto al salir de casa ha sido un tuerto.

—Despacha y no hables tanto,—dijo el médico, bajando la cabeza y pasándose una mano por la parte maltratada de su cuello, mientras que Fígaro, volviéndole la espalda y acercándose á la mesa, echaba agua en la bacía y ocultaba el billete en un bolsillo de la chupa.

—Señor,—dijo el barbero en tanto que jabonaba el rostro que la noche antes habia llenado de tinta,—estoy sobre aseas hace dos horas, y me parecia que nunca habia de llegar el momento de venir.

—¿Por qué?—preguntó con estrañeza don Bartolo.

—Porque deseaba saber cómo os encontrábais.

—¿Tanto te interesa mi salud?

—Mucho, ya lo sabeis, y hoy mas que nunca por lo que se cuenta.

—¡Cómo!—exclamó el doctor.—¿Acaso se habla?...

—Tal vez se miente; pero como dice el refran que cuando el rio suena...

—Explicate, Fígaro. No me sorprende que las lenguas murmuradoras se ocupen hoy de mí.

—Dicen, señor, que anoche intentaron asesinaros...

—Es verdad.

—¡Con que es verdad!—exclamó Figaro, suspendiendo por un momento su operacion y haciendo un gesto de espanto.—¡Oh!...

—Sí, el insolente galan de quien te hablé...

—¿Y cómo pudo intentar semejante crimen? ¿Logró introducirse en casa?

—El miserable empezó por cantar...

—Comprendo,—interrumpió Figaro:—os tendió un lazo. Sin duda conoce vuestro carácter, sabe que no sois hombre de bastante paciencia para tolerar dos veces un insulto...

—¡Si me hubiera dejado llevar de los ímpetus de mi coraje!...

—Eso buscaba.

—No te equivocas.

—Esperaba que saliéseis á la calle para castigar su atrevimiento, y entonces, con la gente que tendria emboscada...

—¡Oh, agudeza sin igual la tuya!—exclamó don Bartolo entusiasmado.

—Conozco las mañas de esos bribones,—repuso el barbero, que apenas podia contener la risa.

—Y tanto es así, que viendo frustrado su plan, porque ni Rosa ni la señora Anastasia me dejaron salir, recurrió á otro medio para escitar mi cólera, y de seguro hubiera conseguido su intento, porque la ira me cegó; pero la señora Alfonsa y Anastasia, asustadizas y cobardes como mujeres, poseidas de espanto, comenzaron á gritar, se asomaron los vecinos, acudió una ronda y el miserable huyó sin que pudieran darle alcance.

—Os librásteis de una muerte segura. Dad á Dios gracias por la cobardía de las mujeres, pues de otro modo hubiérais caido en el lazo y hoy tendríamos que llorar vuestra pérdida.

—Tienes razon. En aquel momento hubiera yo arrancado la lengua á los que gritaban; pero despues, cuando pude pensar con alguna calma en el suceso, me alegré de que hubiera tenido tal desenlace.

Imposible es comprender los esfuerzos que Fígaro tuvo que hacer durante el anterior diálogo para no soltar la risa que en sus labios empezó á retozar muchas veces; pero aunque pudo sujetarla, temeroso de dar al fin al traste con su fingida gravedad, y deseoso de llevar el billete al conde, porque sabia lo que habia de valerle, apresuró cuanto pudo la rasura y el peinado, y se despidió, dejando á don Bartolo mas consolado con la feliz idea que le permitia interpretar tan favorablemente el suceso de la noche anterior.

— Si anoche,—decia para sí el médico,— me hubiera ocurrido lo que á este tunante de Fígaro, no hubieran podido echarme en cara los alguaciles el alboroto, llamándome con cierto disimulo cobarde; pero me servirá para con don Basilio, á quien diré por qué razon dí tanta importancia á la burla.

Fígaro se dirigia á casa del conde, y Rosa, á quien un gesto de su doncella le hizo comprender que el billete caminaba á su destino, creia ver con los ojos de su imaginacion al barbero, y mientras daba de tarde en tarde una puntada en su bordado, decia para sí:

— Ya está cerca... Ha llegado... Llama... Entra... Sube... ¡Con qué afan le pregunta Fadrique!... Lo veo... sus negros ojos brillan con el fuego de su amor... Fígaro enseña con orgullo mi carta... ¡Ah!... ¡Se ha lanzado hácia el barbero como un sediento á la fuente!... ¡La coge como el moribundo la vida!... Y... la... ¡la besa!...

Rosa dejó escapar un grito y su frente se tiñó de púrpura.

—¿Qué os sucede? —le preguntó sorprendida la dueña.

—Nada,—balbuceó la jóven, temblando á impulsos de su grata emocion; —es que...

—Ese grito...

—Sí, un grito...

—Y temblais...

—Sí...

—¿Estais indispuesta?

—No... es que... pensaba... en...

—¿Acabareis? —dijo la vieja.

—Me acordaba de... lo que anoche sucedió... y asustada... he gritado...

—Buen lance.

—Por eso... ya veis...

—El pobre don Basilio pagó las ajenas culpas y perdió su sotana... Pero no por eso deja de ser quien es, con la sotana rota ó nueva, siempre...

—Es claro,—dijo Rosa, repuesta ya,—siempre será el sacristan...

—Un hombre como hay pocos... ¡Dios lo proteja! —exclamó la señora Alfonsa, exhalando un suspiro.

Rosa no se habia equivocado: apenas el barbero entró en la habitacion donde se encontraba el conde, este, con el vivo afan de su pasion arrebatadora, le preguntó:

—¿Qué has hecho?

Por toda respuesta, Fígaro, como el soldado vencedor que enseña la bandera conquistada al enemigo, levantó en su diestra la carla.

Y efectivamente, como el sediento que á la cristalina fuente se arroja, Almaviva, levantándose de su asiento, salvó de un

brinco la distancia que entre él y Fígaro mediaba, y arrebatando el papel lo llevó á sus labios y lo besó mil veces.

— ¡Suyo! — fué lo único que se le ocurrió decir.

— Y mensajero de agradables nuevas, — dijo el barbero, — segun he colegido del semblante de mi Soledad.

Pocas palabras contenia el papel; pero de tanta importancia para el conde, que en aquel momento le pareció que tanta felicidad, ó era un sueño, ó una realidad que acabaria por hacerle perder el juicio.

Una vez y otra, y hasta veinte lo menos, leyó el billete, y cuando, no cansado ni harto de su lectura, sino falto de fuerzas porque en pocos instantes las habia empleado todas en sentir y gozar, dió treguas á su entusiasmo loco, sentóse nuevamente y dijo:

— Fígaro, me ama Rosa...

— No me equivoqué, señor.

— Ahora mas que nunca es preciso que yo la vea, que le hable...

— Esperaremos: antes es necesario saber la última determinacion de don Bartolo, y si su pupila está ó no resuelta á romper por todo.

— Se decidirá si le hablo.

— Bien, pero mientras eso puede conseguirse, escríbale vuestra señoría, dígame que no quiere dilatar un punto el casarse porque lo tiene trastornado el amor, y que si cree que don Bartolo ha de otorgar á vuestra señoría la mano de su pupila, que sin perder tiempo acudirá con la demanda.

— Me contestará que no.

— Entonces le pregunta vuestra señoría qué ha de hacerse para salir del apuro y si está decidida á todo.

—Figaro, solo de una manera podemos conseguir nuestro deseo.

—Entiendo, señor: saliéndose doña Rosa de su casa y casándose despues.

—Lo cual es imposible que haga una mujer recatada por un hombre á quien no conoce mas que de haberlo visto una vez en su vida.

—Ciertamente; pero como ahora no podemos hacer mas...

—Escribiré, esperaré; pero, te lo repito, mi paciencia durará muy pocos dias. En último caso...

—¿Descubrireis vuestro nombre? Indudablemente, de ese modo no os negaria el viejo la mano de doña Rosa.

—Pero yo no quedaria satisfecho: creeria que el amor de Rosa era interesado.

—Tome vuestra señoría mi consejo; escriba la carta que ha de ir mañana con los garbanzos, y veremos lo que de la respuesta se trasluce.

El conde escribió lo que pueden figurarse nuestros lectores: era aquella la primera carta despues de saber que su amor tenia correspondencia.

Con el billete recibió el barbero un bolsillo en recompensa de su acertado proceder, y dispuesto á gastar una buena parte en divertirse, salió, dejando al conde entregado á sus ilusiones de amor.

Este, que es un niño travieso, no deja sosegar á los que en sus redes aprisiona, y así sucedió que el de Almaviva, despues de saborearse con la esperanza de su felicidad, echó de menos una cosa sin acertar cuál era, y se convenció de que necesitaba moverse, fatigarse, gastar el exceso de fuerzas que le habia dado su exaltacion mental. ¿Pero á dónde ir?

Esto se preguntó, y tras esta pregunta intentó convencerse de que era imposible que Rosa estuviera tan guardada que alguna vez no le permitiesen asomarse al balcón para respirar el aire libre.

—¿Por qué,—dijo,—no ha de dar la casualidad que se asome cuando yo pase por la calle? Esto es posible, y como si no sucede no habré perdido nada, quiero intentarlo. Sí, iré, y luego... luego saldré al campo y correré mientras pienso en ella sin que nadie me interrumpa.

Nunca faltan razones para convencerse uno á sí mismo de lo que desea ó le conviene, aunque sea el mayor de los desatinos.

El conde agitó una campanilla de plata que habia sobre la chimenea.

Un lacayo lujosamente vestido se presentó, esperando cerca de la puerta, inmóvil como una estatua.

—¿Y Querubin?—preguntó Almaviva.

—En su aposento, señor.

—Que venga, y entre tanto, que ensillen su yegua y mi alazan.

El criado salió.

El conde volvió á pensar en Rosa.

Pocos momentos despues se levantó el tapiz que cubria la puerta y apareció una criatura que hubiera podido tomarse por un ángel.

Era un jóven que atravesaba esa dichosa edad de la adolescencia en que todo sonríe á nuestro alrededor porque no hay recuerdos dolorosos, ni se han recibido amargos desengaños que turben las halagüeñas esperanzas ni hagan comprender la locura de las ilusiones. Así lo revelaba su espaciosa y blanca frente y sus ojos de un azul trasparente y puro, á través de cuyas largas pestañas

rubias se escapaban miradas dulcísimas, lánguidas, cándidas ó alegres, pero siempre encantadoras. Tenia su rostro, no solamente toda la belleza artística imaginable, sino ese don de agradar, de atraer, de fascinar que la naturaleza concede á algunas criaturas. Con razon le habian dado el nombre de Querubin, y para parecerlo no le faltaba mas que haber dejado caer sobre su blanco cuello su cabellera rubia y finísima en vez de sacrificarla á las exigencias de la moda, cubriéndola de polvos blancos y recogíendola en bucles. Pero aun así estamos seguros que no era menos cabal su belleza que la del incestuoso hijo de Mirrha.

Su vestido de terciopelo azul claro con botones de acero bruñido, media de seda, zapatos con hebillas de plata, chupa de raso blanco y vuelos de encaje, daban á Querubin el aspecto de lo que no era, y se le hubiera tomado por un hermano ó amigo del conde á no presentarse á este con muestras de un respeto y timidez que no dejaba duda de su inferioridad.

Querubin era hijo de un hidalgo que no tenia mas fortuna que su espada. Habia quedado huérfano en los primeros años de su infancia, y la familia de Almaviva lo recogió y educó, dedicándolo despues al servicio de Fadrique, quien le cobró un tierno cariño, tratándolo con una distincion la mas delicada. Esto bastaba para que los demas criados respetasen á Querubin como no respetaban á ningun paje, pues consideraban que este, mas que otra cosa, era un favorito, un verdadero mueble de lujo, y estaban seguros de que una queja de él hubiera sido bastante para que todos fuesen despedidos.

Querubin no debia estar ya mucho tiempo al servicio del conde, pues este le habia prometido hacer que lo nombrasen alférez, y el hermoso niño, cuya ambicion no podia contentarse con la condicion humilde de paje de un gran señor, esperaba con afan el

dia en que pudiera con su valor y su talento crearse una posición honrosa.

Fáltanos solamente decir que el paje estaba dotado de una inteligencia privilegiada, de una sensibilidad delicadísima, y era inclinado á todo lo noble y grande.

Cuando entró en el gabinete fijó una mirada penetrante en el conde, que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, y sonrió como si quisiera decir:

—Adivino lo que sientes y lo que piensas.

—Querubin, —dijo Almaviva despues de algunos instantes,— quiero pasear á caballo fuera de la ciudad, en el mismo sitio donde estuvimos el otro dia.

—Bien, señor, —respondió Querubin con voz dulcísima.

—Pero te irás solo y me esperarás allí.

El paje se inclinó, y sin responder salió del aposento.

—Querubin, —dijo el conde, llamando nuevamente.

Volvió á aparecer el hermoso niño.

Almaviva, absorto en sus amorosos pensamientos, permaneció silencioso algunos instantes, como si se hubiera olvidado del paje.

—No pasearé á caballo, —dijo al fin.— Véte.

Iba el paje á obedecer; pero el enamorado mancebo lo detuvo segunda vez, y cambiando de opinion, repuso:

—Sí, pasearé... Monta á caballo... y que lleven el mio...

Querubin salió sonriendo maliciosamente y diciendo para sí:

—No sabe lo que quiere... ¡Ah!... ¿Tendremos boda?

Diez minutos despues se encaminaba el conde hácia la calle donde vivia el doctor, tan distraido que mas de una vez tropezó con los transeuntes porque no veia nada de lo que tenia á su alrededor.

Llegó frente á la casa de don Bartolo.

Detúvose y contempló con afán las espesas celosías sin ver lo que deseaba ni oír el mas leve ruido.

—¡Ah!—murmuró en tanto que sus pupilas dejaban escapar una centella, ó mejor dicho, una chispa del fuego de su pasión.

Salió de sus labios un suspiro ardiente.

Oprimióse el pecho con ambas manos y sin pensar que arrugaba los ricos encajes flamencos de su fina camisa.

—Rosa, Rosa,—dijo en voz baja y con suplicante acento.

Y como si la hermosa niña hubiera querido responderle, oyéronse los sonidos armoniosos del clavicordio, cuyos gratos ecos se escaparon por los estrechos agujeros de las celosías, pareciéndole al galán los de la voz de un ángel mensajero de su dicha.

Rosa estudiaba la lección; pero como hacer solía desde que estaba enamorada, á las armonías sin expresión dispuestas por el maestro, substituyó bien pronto las inspiradas por su ardiente fantasía.

Como si aquellos sonos hubieran sido los de la mágica lira de Orfeo, el galán, con la mirada fija en el balcón, palpitante el pecho y conteniendo la respiración, dió un paso y otro paso hácia la casa, olvidándose de que estaba cometiendo una imprudencia.

Desde entonces nada vió ni oyó otra cosa mas que la grata música, cuyos compases eran cada vez mas lentos, cuyos sonidos iban siendo mas leves y mas dulces, pero mas expresivos y conmovedores.

—¡Ah!—murmuró el mancebo, cuyo rostro, de púrpura teñido, daba claras muestras de lo que en su interior pasaba.—Eso dice amor... pasión como la mía... ¡Cuánto la adoro!

Otro suspiro se escapó de su abrasado pecho y quedó inmóvil.

Por uno de los lados de la calle asomó en aquel momento la extraña y tristísima figura del sacristán que, no bien hubo andado algunos pasos, vió al conde.

Lo que este hacia allí, con la mirada fija en el balcon y una mano sobre el pecho como si contase ó quisiera contener los latidos del corazon, cualquiera lo hubiera adivinado, y mas fácilmente lo comprendió el organista.

—¡Oh!—dijo para sí, despues de arquear las cejas y arrugar la frente.—¿Será este el galan del agua bendita, las serenatas y el jeringazo? Puedo conocerlo por una cosa... Veamos.

Y dando algunos pasos mas, estiró el cuello, miró los piés del conde y exclamó:

—¡Las hebillas de diamantes!... Es el mismo... No se me escapará; lo seguiré hasta el fin del mundo y sabré quién es... ¡Oh!... Me vengaré de los ultrajes que por su causa recibí anoche, de la rotura de mi sotana y de haberme puesto en peligro de que los malditos alguaciles me registrasen en presencia de don Bartolo y me hubieran encontrado los náipes con que acababa de perder al truco las ganancias de quince días. Debe ser pájaro de cuenta... un gran señor... esos bordados, esas hebillas, esos encajes... ¡Pobre don Bartolo y!... ¡Pobre dote de Anastasia!... El enemigo es terrible... ¿Se convertirán en humo mis esperanzas risueñas?

El sacristan exhaló un triste suspiro, y antes que el conde saliese de su éxtasis y lo viese, ocultóse en el hueco de una puerta y se preguntó:

—¿Me convendria mas pasarme al bando contrario?... Tal vez... ¡Ah!... Con solo que me regalase las hebillas de sus zapatos, esas hebillas que tan fácilmente puede perder, no me importaria quedarme sin el dote de Anastasia.

Don Basilio era de esos hombres de quienes se dice que se arrian al sol que mas caliente, y desde luego hubiera cometido la traicion de venderse al conde si no se hubiera acordado del refran que dice, mas vale mal pan conocido que bueno por conocer.

Cesó la música, y al perderse sus últimos ecos, el conde se pasó las manos por la frente, y como si acabase de despertar de un profundo sueño y pensase en que mientras dormía había cometido una imprudencia, miró á todos lados y luego dijo:

—Afortunadamente la calle es solitaria y nadie me ha visto. La música me embargó el alma de tal modo, que me olvidé del sitio donde estaba y... No es prudente abusar de la fortuna que tan decididamente me protege: no me engaña Fígaro: esas celosías no se abren nunca, y á través de sus estrechos agujeros, solo pueden penetrar mis suspiros y los ecos de mis cantares. ¡Ah!... No acierto á moverme de aquí; pero es preciso, puedo comprometer á Rosa... ¡Si saliera el maldito viejo, verdugo de nuestros corazones!... Adios, pobre cautiva; si cómo el mio es tu amor, no estorbarán mis intentos gruesos muros, discretas celosías ni veladoras Argos, que mi pasión, como destructora centella, paso se abrirá para arrancarte de las garras del milano que en tu nido, tímida paloma, intenta devorarte.

Quedó el conde tan satisfecho como si sus palabras hubieran llegado á oídos de Rosa; que esta ilusión, por mas fuera de tino que parezca, es achaque de todos los enamorados. No hay de estos uno que deje de hablar á solas, diciendo mil ternezas al objeto amado y luego calle y escuche, quedando al fin tan contento como si le hubiesen dado cumplida respuesta y ciento por uno en lo de promesas y juramentos de amor.

Echó el conde una última y tierna mirada, y dejando como recuerdo un suspiro, alejóse con tardo paso.

Salió de su escondite el sacristan.

—Esta es la mia,—dijo.—Ante todo sepamos quién es, y luego decidiremos.

Y siguió al galan.

Este, al doblar la esquina, volvió la cabeza, pero ya no vio la casa del médico, sino la negra figura de don Basilio, que no llamó entonces su atención porque no lo conocía ni podía tampoco sospechar que lo espía.

Anduvo buen trecho, casualmente miró segunda vez, y como también encontrase el negro fantasma, dijo para sí:

— Juraría que ese hombre me sigue.

Mirólo entonces con intención, procuró el sacristan recatarse el rostro con el embozo de su raída capa; pero no por esto dejó de chocar más al conde aquella figura, mezcla de hombre y de fantasma, de religioso y de seglar, de sombra y materia.

— Mala catadura tiene, — repuso el mancebo. — No hay duda que me sigue... ¿Será un espía de don Bartolo, un ladrón, un mendigo ó un pretendiente? Lo último no, porque nadie me conoce en Sevilla; mendigo, me hubiera pedido; ladrón, tal vez; espía... ¡Ah!... ¡Torpe de mí!... Mil doblones apuesto á que es... Sí... son las señas que me ha dado Fígaro... ¡El maestro de música!... Por esta vez se quedará burlado.

Gozándose el conde con el chasco que iba á dar al organista, apretó el paso y bien pronto se halló fuera de la ciudad, encontrándose á Querubin y á un lacayo que esperaban con los corceles.

— ¿Habré paseado en balde? — se preguntó don Basilio, viendo que Almaviva y su hermoso paje cabalgaban. — ¡Oh!... Pero me queda el lacayo, que se volverá á pié porque no tiene en qué montar, y siguiéndolo... Estoy descuidado.

Dijo el conde algunas palabras á su lacayo, espoleó su potro, partió como una centella y tras él Querubin que, á pesar de sus pocos años, era un consumado ginete.

Cuando envueltos en una nube de polvo se perdieron de vista, el lacayo miró de reojo á don Basilio y entró en la población.

La escena, aunque muda, no dejaba de ser significativa y tener su mérito particular.

El criado del conde tenia toda la pinta de un taimado, y sin duda debia haber recibido instrucciones de su señor, porque de vez en cuando volvia la cabeza atrás y miraba al organista como quien no abriga intenciones de nada bueno.

Seguido el uno y siguiendo el otro dejaron atrás algunas calles, comprendiendo al fin don Basilio que su plan habia sido adivinado, porque el doméstico de Almviva caminaba volviendo indistintamente á la izquierda ó la derecha, y aun desandando á veces el camino andado.

—Sospecha,—dijo para sí el sacristan;—pero no conseguirá sino hacerme perder algunas horas, porque al fin ha de parar en su casa. Es cuestion de perseverancia: veremos quién es mas duro de cabeza y resistente de piés. No están mis pobres zapatos para muchos trotes, pero juro no abandonar la empresa hasta conseguir mi intento. Ese truhan va poniendo gesto de vinagre; me mira con un si es no es de enojo, y á lo que su mala cara dice, debe tener el alma atravesada. Tal vez fué el autor del certero disparo de tinta que anoche sufrió don Bartolo, y es posible que pierda la paciencia y como se atrevió á lo de la jeringa se atreva á solfearme las quijadas, en cuyo caso me haria desistir de mi propósito, no por miedo, sino porque la sotana me quita la libertad de meterme en camorras, y porque el doctor no es hombre para recompensarme la pérdida de algunos dientes ó un ojo ni la moledura de mis costillas. Esto es suponer, porque bien pensado, es imposible que ese tunante se atreva á tanto, ya porque respetaria mi traje, ya porque no tiene derecho á estorbarme el libre paso por donde se me antoje mientras yo no lo moleste.

No se equivocaba don Basilio al pensar que el doméstico per-

deria la paciencia, como lo demostró repitiendo con mas frecuencia las miradas de creciente enojo.

Estremeci6se el sacristan, que nada tenia de valiente, y acort6 el paso; pero no dej6 de seguir al otro, pensando en los alguaciles y en su sotana para cobrar alicentos con el deseo de vengarse.

El sirviente se par6, cruz6se de brazos como si estuviera resuelto 6 concluir pronto y de una vez aquella broma, y clav6 una mirada asaz alarmante en don Basilio.

Este se detuvo tambien, y aunque se apercibi6 de la amenazante mirada, tuvo 6nimos para permanecer all6.

Todo iba bien mientras no se pasase de ademanes y gestos. Trascurrieron algunos minutos.

El dom6stico miraba de frente y con el mayor descaro al sacristan; pero este, vuelto de costado, no se atrevia 6 observar 6 aquel sino con el rabo del ojo y ocult6ndose la cara con el embozo de la capa.

Quiso la casualidad que acertase 6 pasar por all6 un vendedor de varas de acebuche de las que usan los arrieros, y deteni6ndolo el lacayo, compr6le la que de todas le pareci6 mas fuerte.

Don Basilio torci6 el gesto y se estremeci6, presintiendo algun abuso en da6o de sus huesos, y observ6 con afan hasta los mas insignificantes movimientos del sirviente por si penetraba sus intenciones.

No debian estas ser buenas, pues el robusto lacayo cimbr6 varias veces la vara como para convencerse de que no se rompiera, empu6ola con inequívoco ademán y di6 un paso h6cía el organista, mir6ndolo tan fieramente que ya no pudieron quedar dudas de lo que intentaba.

Ver esto el organista, remangarse la capa y la sotana y escapar como una centella, fu6 obra de un segundo.

—¡Ese loco!... ¡Abridle paso!... ¡Ahí va!—gritó el doméstico con toda la fuerza de sus pulmones.

Y como si de la tierra hubiesen brotado, una turba de raperuelos apareció, los cuales, *vista* la estraña figura del sacristan, y *considerando* que solo un demente podia correr de aquella manera cuando ningun peligro le amenazaba, prorrumpieron en desaforados gritos y se lanzaron tras el desdichado organista, tirándole piedras y cuanto arrojadizo encontraban á la mano.

Corrió mas y mas don Basilio, y gracias á sus larguísimas piernas, alcanzó alguna ventaja sobre sus ágiles perseguidores; pero como estos no se desalentaban, mas ó menos cercano, era siempre el mismo el peligro.

Hubiérase detenido el sacristan para aclarar el suceso y hacer ver que no estaba loco; pero temió que le aporreasen mientras daba esplicaciones, y se decidió por librarse de la tormenta con ayuda de los piés.

Su rostro estaba bañado en sudor; apenas podia respirar; pero dábale fuerzas el miedo y ligereza algun otro canto que iba á caer sobre sus descarnadas costillas.

Al fin, dando mil vueltas y revueltas, consiguió que lo perdiesen de vista los endiablados muchachos; y haciendo el último esfuerzo llegó á casa del doctor, llamando á la puerta con desatentados golpes, repitiéndolos hasta que la señora Anastasia, despues de ver quién era, bajó y abrió, diciendo:

—No llamárais tan fuerte si diérais con la cabeza. ¡Bah! Pues no parece sino que algun toro os persigue.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el organista, entrando apresuradamente y sin dar los buenos dias al ama de gobierno.—¡Uf!... ¡No puedo mas!...

Y de cuatro brincos subió la escalera, entró en la sala, y con

sorpresa de don Bartolo, Rosa y la dueña, se dejó caer en una silla, jadeante, medio ahogado y agotadas las fuerzas.

—¿Qué os sucede?—preguntó don Bartolo al sacristan despues de algunos instantes.—Esplicaos, amigo mio, porque segun estais, debe haberos sucedido alguna desgracia.

—¡Ah!—exclamó el organista, limpiándose el sudor que aun corria en abundancia por su rostro.—Don Bartolo, es horrible lo que me ha sucedido; acabo de ser víctima de un escandaloso atropello, y ha faltado muy poco para que me cueste la vida el lance.

—¡Dios mio!—dijo la dueña, cruzando las manos y mirando afanosamente al maestro de música.—¿Con que habeis estado en peligro?...

—De muerte.

—¡Válganos la Virgen santísima!

—Pero...

—Lo sabreis todo, amigo don Bartolo, pero es asunto reservado.

—Venid á mi aposento.

—Vamos, sí: y vos, doña Rosa, perdonadme si no os doy leccion, porque en el estado en que me encuentro...

—Mañana será doble.

—Además, solo de ver el clavicordio se me erizan los cabellos, porque... En fin, vale mas callar...

—Os aguardo,—dijo el doctor, que estaba temiendo que el lance tuviera relacion con los amores de su pupila.

—Con vuestro permiso,—repuso el sacristan.

Y haciendo un esfuerzo doloroso, se levantó y siguió al médico.

Este cerró la puerta, se sentó y dijo:

—Estamos solos y podeis hablar sin reserva ni cuidado.

—Don Bartolo, solo por vos me hubiera espuesto á lo que he sufrido, y gracias que, sin libertad por el traje que visto, no ha tenido el lance peores consecuencias.

—¡Por mí!

—Por vos nada mas.

—Me poneis en gran cuidado...

—Yo me he visto en gran apuro.

—Pero en fin...

—He logrado sorprender al galan de las hebillas de diamantes...

—¡Don Basilio!—exclamó el doctor, brincando sobre la silla como si le hubiesen clavado una aguja en el abdómen.

—Sí, el de las serenatas, el agua bendita y el jeringazo...

—¡Lo habeis visto!

—Con estos ojos que han de comer tierra.

—¿Estais seguro?

—No se equivocan unas hebillas de diamantes con unas de estaño, ni los ojos de un enamorado ocultan el amor cuando contemplan la morada de su dama.

—¿Es decir que estaba en esta calle?

—Sí, hace una hora, cuando vuestra pupila tocaba el clavicordio.

—¡Dios mio!

—¿Quién sabe si se entienden por ese medio? Él canta; ella toca para responderle...

—Imposible.

—La música es el idioma del alma...

—La música es un ruido como otro cualquiera.

—¿Qué estais diciendo, profano?...

—Y si no, referidme con el clavicordio lo que os ha sucedido,

que es cosa que bien os ha llegado al alma, y veremos si hay quien lo entienda.

— Está visto, don Bartolo, en sacándoos del terreno de la materia...

— Don Basilio, vamos á lo que importa.

— Me olvidaba... ¡Oh!... Cuando se toca al arte...

— Decíais que estaba en la calle el galán...

— Sí.

— ¿Y habéis averiguado quién es?

— Un gran señor con pajes y lacayos ricamente vestidos, con caballos...

— ¡Don Basilio!...

— ¡Ay, don Bartolo!...

— ¡Un gran señor!...

— Peligra vuestra boda y el dote de la señora Anastasia.

El médico palideció.

— Preciso es adoptar sin pérdida de tiempo una resolución enérgica.

— ¿Pero es posible que un caballero de tal alcurnia y tan rico haga lo que anoche hizo el galán de la guitarra?

— Posible es todo.

— ¿Y cómo se llama ese hombre, ese potentado?...

— No lo sé.

— Entonces...

— Escuchadme.

Y don Basilio, con los mas vivos colores, refirió lo que acababa de sucederle, exagerando el peligro para que no se le tuviera por cobarde.

La sorpresa y espanto del doctor no tuvieron límites, ni parecía que iban á tener fin sus exclamaciones...

—Estamos, pues, perdidos,—repuso el sacristan.

—Teneis razon; es preciso acudir pronto al remedio.

—Creo que ya es tarde.

—Por eso Rosa se atrevió anoche á lo que nunca, dando á entender que en último caso se negaria abiertamente.

—Señal positiva de que sabe quién es ese hombre y se comunica con él.

—¿Cómo habia de comunicarse? Os aseguro que no.

—Don Bartolo, vuelvo á mi tema: quizás la música...

—No digais semejantes desatinos,—replicó el doctor.—Lo ha visto y tomó el agua bendita; pero nada mas. Solo la señora Anastasia pudiera hacerme traicion, porque es la única que sale á la calle; pero sabeis que está tan interesada como yo en mi casamiento...

—Entonces no hay mas que darse por vencidos...

—¡Jamás!

Don Basilio se encogió de hombros.

—¿Me abandonareis?—preguntó el médico con tono de amarga reconvencion.

—¿Qué hemos de hacer contra el imposible?

—No podemos oponer la fuerza, opondremos la astucia. Ya no tengo duda de que Rosa ama á ese hombre; pues bien, busquemos un medio de hacerlo aborrecer.

—Buena es la idea; pero su ejecucion...

—Á vuestro agudo ingenio toca lo demás.

—Me poneis en el mayor aprieto, don Bartolo.

—¡Ah!—exclamó este con acento suplicante.—¿Me dejareis en lo mas apurado de la lucha?

—¿Y las consecuencias? ¿No puede suceder que ese hombre, viéndose burlado, apele á medios peores que la jeringa y la vara

de acebuche? Por de pronto, me he quedado sin sotana y me han apedreado los muchachos.

—Aquí estoy yo,—replicó don Bartolo.

—Ya os veo, y aquí están también estos desgarrones...

—No he olvidado eso, don Basilio, y os esperaba hoy para regalaros dos doblones y que pudiéseris compraros una sotana.

El sacristan hizo un gesto de agradable sorpresa y respondió:

—Cuidado, amigo mio, que nunca he pensado en que pagáseis vos...

—He sido la causa, aunque inocente...

—Si os empeñais, por no despreciar vuestra fineza...

—En el bolsillo los llevaba,—replicó don Bartolo, sacando la cantidad prometida y entregándola al sacristan para animarlo.—Y aun os soy deudor de mas.

Brillaron los ojuelos del maestro de música y guardó las monedas, diciendo:

—Gracias, amigo noble y generoso...

—Volvamos á nuestro asunto.

Cruzó los brazos el organista, cerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Fijó en él don Bartolo una mirada afanosa, y sin atreverse siquiera á respirar, aguardó el resultado de aquella meditacion.

Algunos minutos trascurrieron, al cabo de los cuales el sacristan levantó la cabeza, se restregó las manos y dijo:

—Triunfaremos.

—¿Qué habeis ideado?

—Nuestros enemigos no se paran en los medios con tal de llegar al fin.

—Ya sabeis lo que anoche sucedió. ¡Guerra á muerte!—exclamó el doctor.

—Pero no habeis de tener escrúpulos. Apelaremos á la calumnia,—dijo el sacristan, bajando y ahuecando la voz.

—¡La calumnia!—repitió el médico, haciendo un gesto de espanto.

—Sí.

—¡Oh!...

—Si el valor os falta...

—La conciencia...

—¿La tuvo anoche vuestro rival?

—Teneis razon: sus armas fueron de mala ley.

—La jeringa, arma alevosa...

—Y la llenaron de tinta para que fuera verdadero el borron.

—¿Tendreis aun escrúpulos?

—No,—dijo resueltamente el médico;—pero la calumnia, si se desvanece...

—Siempre deja la duda.

—Sois un gran pensador.

—La filosofía es mi fuerte... Escuchadme con atencion.

—Os escucho,—dijo don Bartolo, cruzando las manos y descansándolas sobre su enorme barriga.

—Mañana,—repuso el organista,—vendré mas temprano que de costumbre. Fingireis sorprenderos, y yo os diré que vengo á suplicaros visiteis á una enferma.

—Comprendo.

—Me preguntareis qué padece, y entonces, para poder contestaros, tendré que referir una horrible historia de amores. Como es natural, mostrareis deseos de saber el nombre del amante, y como lo ignoro, daré sus señas, desconocidas para vos, pero muy conocidas para doña Rosa.

—Adivino el plan; pero si las señas no son bastante...

—Buscaremos un medio de que no le quede duda.

—Aunque se le nombre, si Rosa no sabe cómo se llama...

—Le diremos ese es.

—Habrá que vencer algunos inconvenientes; pero me parece felicísima la idea.

—Estamos, pues, convenidos... Nos vengaremos; don Bartolo.

—¡Ah!... Cada vez que me acuerdo de la burla de anoche...

—¿Qué diríais, si como yo, tuviérais el cuerpo lleno de cardenales?... ¡Oh!... Como que llovían las piedras sobre mis espaldas.

—Permitidme,—dijo el médico, acercándose al sacristán y tomándole el pulso.—Hay alguna escitacion... Tomad en seguida calaguala...

—Bien la necesito.

—Dios os libre de mal, mi fiel amigo.

—Ya veis que no os abandono...

—Á vuestro ingenio y buena voluntad deberé mi dicha.

—Y yo mi fortuna á vuestra generosidad.

Hizo el organista algunos gestos de dolor al levantarse y se despidió, saliendo no sin que la señora Alfonsa lo detuviese para preguntarle cómo se sentía.

Don Bartolo se entregó á profundas meditaciones sobre su crítica situacion, y despues de recomendar á la dueña que vigilase mas que nunca á la pupila, se fué á la calle, exhalando un triste suspiro, porque se acordó de los dos doblones que habia dado al maestro de música.

El plan de este era diabólico, y sus resultados podian ser fatales para Rosa y el conde si se ejecutaba la farsa con habilidad.

---

## CAPÍTULO XXIII.

Dudas.

Al día siguiente cuidó Soledad de coger el papel en que la señora Anastasia había llevado envueltos los garbanzos, y acercándolo al fuego, brotaron como por encanto promesas de amor, esperanzas de dicha incomparable y cuantas palabras de ternura usan los enamorados para espresar las ideas que abriga su caletre y probar que el juicio está en razón inversa del amor, ó de otro modo, que el amor es un trastorno mental que solo puede curarse por el sistema de *similia similibus*.

Rosa consideró aquel día el mas feliz de su vida, sin sospechar que el horizonte de sus esperanzas se cargaba de nubarrones y le amenazaba mas de cerca que nunca la tormenta.

Pesadas habian sido las burlas del barbero y del lacayo del conde, y mal parados habian quedado de ellas el doctor y el sacristan; pero el diabólico plan de calumnia de este debía ser fatal para los pobres enamorados, sin que el conde pudiera borrar tan

fácilmente la mancha de la calumnia como don Bartolo la de la tinta, ni Rosa cicatrizar la herida que abriese la duda en su corazón en tan poco tiempo como el organista remendar su sotana.

Fíguro no faltó aquel día, y mas fácilmente que nunca pudo recoger una carta de Rosa, entregada al paso por la traviesa Soledad.

Apenas se afeitó don Bartolo pidió el almuerzo, durante el cual estuvo en extremo decidor y afable con su pupila.

—Rosita, —dijo al levantarse de la mesa, —mucho te agradeceré que mientras llega la hora de mi salida toques el clavicordio.

—Lo haré con el mayor contento, —respondió la jóven, que no descaba otra cosa para desahogar la escensiva alegría que su alma no podía contener y que con nadie podía comunicar.

Sentóse la jóven delante del músico instrumento, á su lado el doctor, y á corta distancia la dueña, que empezó á mover los labios y á pasar las gruesas camándulas que siempre llevaba consigo.

Sonaron las cuerdas y sus armónicos y dulces ecos volaron con un suspiro de la enamorada niña.

La señora Alfonsa cerró los ojos como si concentrase sus ideas, aunque en realidad era para entregarse á un dulce sueño.

Lo mismo hubiera sucedido á don Bartolo á pesar de lo frugal que habia sido el almuerzo; pero lo despabilaba la idea de que pronto llegaría don Basilio, y el deseo de demostrar que no era indiferente á la música ni posible que se bajasen sus párpados junto al objeto de su amor.

La comida y la música son dos narcóticos de los mas activos para los viejos y los que no sienten; pero el médico queria á toda costa disimular sus años y que no se conociese su insensibilidad.

Continuaron los acordados sonos interrumpiendo el silencio de la tranquila casa y la solitaria calle, durmiendo á su compás la vieja y á su compás pensando don Bartolo en la intriga ideada por el sacristan.

Que Rosa pensaba en el conde, escusado es decirlo, así como tambien que se habia olvidado de su tutor y su dueña y que entregada á sus amorosos recuerdos y por sus recuerdos y su amor inspirada, dejaba correr los blancos dedos sobre el menos blanco teclado.

Al verla en aquel momento, con el rostro dilatado por una leve sonrisa, húmedos los ojos, las pupilas brillantes, teñida de carmin la frente y entreabiertos los rojos y ardientes labios, al verla, decimos, el mas indiferente, cualquiera, menos don Bartolo, hubiera exclamado:

—¡Teclas dichas por tales manos tecladas, yo me cambiara gustoso por un elefante si de mis colmillos hubiesen de sacar el marfil para tan feliz teclado!

El sonido del aldabon interrumpió la música.

La señora Alfonsa despertó asustada.

—¿Quién puede ser á esta hora?—dijo el médico con acento de fingida sorpresa.

Y pocos momentos despues, el maestro de música entró en el aposento, aparentando que estaba muy fatigado y haciendo como que se limpiaba el sudor del rostro.

—Buenos dias,—dijo con su voz grave y sonora.—Con vuestro permiso me sentaré... Estoy rendido y trastornado...

—¿Qué os sucede?—le preguntó el médico.—¿Es posible que hoy tambien tengamos que lamentar una desgracia?

La señora Alfonsa miró con afan al organista.

—No, mi buen amigo; pero yo estoy afectado, porque hay

cosas que no pueden mirarse con indiferencia cuando se tiene algun corazon y un alma como la mia.

La dueña suspiró.

—Me pusisteis en cuidado,—dijo don Bartolo,—porque como no acostumbrais á venir á esta hora...

—Es que me trae un asunto de mucha importancia. Se necesita vuestra ciencia, don Bartolo.

—Sabeis que mi deber es emplearla en favor del que sufre.

—Pero en esta ocasion tendreis que cavilar mucho, porque no se trata de una enfermedad de poco mas ó menos.

—¿Quién es el paciente?

—Una mujer.

—¡Oh!... La organizacion y el temperamento de las mujeres...

—Sobre todo el temperamento...

—¿Qué enfermedad padece?

—No tiene nombre.

—¡Que no tiene nombre!... Vos lo ignorareis...

—Convendreis conmigo.

—Escitais mi curiosidad. Dadme algunas esplicaciones, porque conviene estar en antecedentes...

—Es una mujer que se muere porque la matan.

—Así acaban muchos: muerte violenta...

—Pero no se han servido de un puñal, ni de una pistola, ni de un veneno: le quitan la vida con un desengaño, sucumbe al dolor mas amargo, á la desesperacion...

—Comprendo.

—¡Y aun no tiene diez y ocho años!...

—¡Ah!—exclamó Rosa conmovida porque adivinó qué clase de desengaño era.

—Decid, don Basilio, decid lo que le ha sucedido á esa desdichada.

—La infeliz tuvo la desgracia de enamorarse...

—Rosa, —dijo el doctor,—retírate á tu aposento: no está bien que oigas... Vos, señora Alfonsa, podeis quedaros.

Seguro estaba el médico de que su pupila escucharia la conversacion, como sucedió, pues levantándose esta y entrando en su gabinete, se colocó detrás de la cortina de la puerta para no perder una palabra del sacristan.

Á los quince años no hay nada mas interesante que una historia de amor.

—No habia pensado, —dijo el organista, —en que estaba aquí doña Rosa...

—Ya podeis hablar con descuido, proseguid.

—Como os decia, esa jóven tuvo la desgracia de enamorarse, y cometió la locura de creer las promesas y juramentos del hombre á quien amaba.

—¡Inocente!

—El villano, haciendo uso de la halagüeña seduccion, que tan suavemente se resbala, introduce y taladra el alma, abusó indignamente de la candidez de la pobre niña.

—¡Qué horror!

—No fuera tanto si el inicuo, cumpliendo sus promesas, se hubiese allanado á reparar la falta; pero cuando ella le dijo, «aquí me tienes, mas que nunca tierna y amorosa, pero dolorida con fatales recuerdos, pon remedio á mi desdicha,» él le respondió con desden y volviéndole la espalda: «olvida lo pasado, que los recuerdos fatales son un estorbo para la dicha presente.»

—¡Horror, horror!...

—Ella, entre lágrimas y sollozos, le dijo entonces: «¿Así me

dejas?» Y él le replicó: «No me hagas la ofensa de creer que yo soy uno de esos hombres vulgares que se someten al yugo del matrimonio.»

— ¡Oh!— exclamó el médico.— ¡Y es verdad que existen tales monstruos!...

— Existen.

— ¡Siglo de perdición!

— No puede llegar á mas.

— ¿Es decir, que los jóvenes de ahora se avergüenzan de casarse como de cometer un crimen?

— Así sucede.

— Y tal vez ese hombre se llene la boca de caballero...

— Nadie habrá que le contradiga al mirarlo.

— ¿Lo conocéis?

— Una sola vez lo he visto. La apariencia es de un caballero, un gran señor, y no extraño que se enamore de él la inocente niña, porque es hermoso, va vestido como un potentado y dicen que canta como un ángel.

— Sirena, debírais decir.

— Ó Satanás en forma humana, porque á mí mismo me hubiera engañado. Figuraos un mancebo de veintitantos años, de mediana estatura, airoso, blanco, con ojos negros como el azabache y un bigote finísimo y reluciente, retorcido con mucha gracia, y tendreis al seductor.

— Bella pintura.

— Va peinado con mucho esmero, y tan ricamente vestido como os podreis formar idea con solo deciros que las hebillas que gasta en los zapatos están cubiertas de diamantes.

La cortina de la puerta del gabinete de Rosa se agitó levemente.

—¡De diamantes!— exclamaron el médico y la dueña.

—Ni mas ni menos.

—Debe ser muy rico...

—El día que yo lo ví al salir de casa de la infeliz que está muriéndose, lo seguía un paje tan hermoso como un serafín y vestido con tanto lujo que se le hubiera podido tomar por un señor.

—¿Y no sabéis cómo se llama?

—No he querido preguntar su nombre por no aparecer curioso.

—Señora Alfonso, —dijo el médico á la dueña, —cuidado que nada sepa mi pupila de esta historia.

—¡Dios me libre!

—La pobrecita es muy inocente y no debemos abrirle los ojos.

—Descuidad, señor don Bartolo. ¿Cómo había yo de decirle esas cosas?

—De manera, —dijo el médico, —que esa desgracia ha quebrantado la salud de esa mujer...

—Empezó á ponerse flaca y pálida, perdió el apetito, las fuerzas y la alegría y está á punto de morir.

—Desconfío de su curacion.

—Otros médicos la han visitado ya y han dicho lo mismo.

—¿Entonces para qué he de verla?

—Su pobre madre ha tenido noticia de que sois un segundo Hipócrates, le han asegurado que haceis prodigios, y como sabe la amistad que nos une, me ha rogado que venga por vos y os espera impaciente.

—Sea pues.

—Dios os bendecirá.

Levantóse don Bartolo, pidió su capa y su sombrero, que le llevó la señora Anastasia, y encargando nuevamente á la dueña que guardase el secreto de la triste historia de la engañada y el engañador, salió con el sacristan.

— ¡Ah! — exclamó la dueña. — Mi Basilio no es capaz de hacer semejante cosa...

Y despues de meditar algunos instantes, añadió:

— Es sospechoso: las señas de ese galan son las mismas que las del que dió á Rosa el agua bendita. Los ojos negros, el bigote reluciente, y sobre todo las hebillas de diamantes... ¡Si fuera el mismo!... ¡Santo Dios!...

Luego entró en el gabinete de Rosa.

La pobre niña estaba pálida y de vez en cuando se estremecía ligeramente. Tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, y tan absorta estaba en sus pensamientos, que no eran nada gratos, que no se apercibió de la llegada de su dueña.

Esta la contempló algunos instantes.

— ¿Qué teneis? — preguntó.

— ¡Ah! — exclamó ó mas bien gritó la jóven, mirando á su dueña con espanto.

— ¿Os asusto?

— Estaba distraida...

— Entiendo.

— Dejadme.

— ¿Os sentís indispuesta?

— No...

— Esa palidez y...

— Me duele la cabeza.

— Os habreis constipado.

— Tal vez.

Sentóse la dueña, y despues de mirar de reojo á la pupila, volvió á empuñar sus camándulas.

Rosa se oprimió el pecho y tomó su bordado.

Solo se oyó entonces la voz fresca y vibrante de Soledad que allá afuera entonaba unas picantes seguidillas al son de la escoba, y el metálico sonido del almirez donde machacaba un ajo la señora Anastasia.

---

---

## CAPÍTULO XXIV.

De cómo el doctor tendió hábilmente á Rosa un segundo lazo.

Aunque el convenir las señas que habia dado don Basilio con las del conde no probaba que este fuera el supuesto malvado seductor, la duda atormentó á la enamorada Rosa y desde aquella mañana se le vió triste y meditabunda, pálida y ojerosa, sin que á tranquilizarla bastasen las apasionadas cartas que diariamente recibia, sino que al contrario, los deseos de una entrevista que el conde manifestaba con la mayor insistencia, infundian miedo á la jóven, haciéndole sospechar que se tendia un lazo á su honra. Por esta razon contestaba con negativas á las súplicas y con temerosa reserva á las palabras de amor, llegando á desesperarse el galan porque pasaba el tiempo sin haber adelantado nada.

Observaba don Bartolo con gusto la mudanza de su pupila, y conferenciando con el sacristan, convinieron en que debian dar el golpe decisivo.

—Rosita,—dijo el médico á la jóven con cariñoso acento,—hace algunos dias que estás pálida y triste. ¿Qué tienes?

—Nada,—respondió la pupila, estremeciéndose y palideciendo mas.

—Me espanta la idea de que se altere tu salud...

—Estoy buena.

—Sin embargo, tu palidez reconoce alguna causa, porque sin causa no hay efecto.

—La ignoro...

—Veamos el pulso,—repuso el doctor, cogiendo una muñeca de la joven.

Y despues de algunos instantes de observacion, añadió:

—Escitado... con tendencias á febril... ¿Cómo sientes la cabeza?

—Suele dolerme...

—¿Mucho?

—Poco.

—¿En qué parte?

—La frente...

—¿Y el apetito?

—Escaso.

—Es verdad, comes poco...

—Lo bastante...

—La variacion de vida ha producido una ligera alteracion en el sistema nervioso.

Rosa calló.

—Acostumbrabas á salir todos los dias...

—Poco era...

—Influye mucho en la salud el respirar siquiera por espacio de una hora otra atmósfera de condiciones distintas á la que nos rodea constantemente.

—Me prohibísteis salir...

—Ya sabes el motivo, que aunque á tí te parezca despreciable, es de mucho valor para mí que tengo esperiencia y conozco el mundo. ¡Oh!... No sabes, Rosa, lo que son los hombres, y sobre todo los jóvenes de este siglo de perdicion. ¿Habia yo de encerrarte por el placer de verte sufrir cuando daria mi vida por tu felicidad?

—Por eso me someto á vuestra voluntad y la respeto.

—El atrevido que te dió el agua bendita y ha escandalizado dos noches con sus músicas, ultrajándome además como tú vistes, debe ser, porque así sus hechos lo dicen, uno de esos hombres sin religion, poseidos de Satanás, que nada respetan.

—Pero si no lo he visto mas que aquella mañana, ni sé quién es...

—Por fortuna.

—Me haccis pagar sus culpas...

—Te he librado de un gran mal, te he apartado de los bordes de un abismo que no veia tu inocencia. Pero en fin, supongo que el atrevido mozalvete, convencido de que su maldad habia de estrellarse contra tu virtud y mis cuidados, no habrá querido perder mas tiempo y habrá ido con la música á otra parte.

—Eso tendré que agradecerle.

—Por consiguiente, desde mañana volverás á tu antigua y santa costumbre de ir á misa temprano, y verás como otra vez vuelven á tus mejillas las rosas y á tus labios la sonrisa.

En otra ocasion, Rosa no hubiera podido disimular su alegría; pero entonces no acertó á convencerse de si debia entristecerse ó alegrarse.

—¿Qué te parece?—le preguntó el doctor, mirándola fijamente para ver el efecto que producian sus palabras.

—Obedeceré, —respondió distraidamente la joven.

—¿Pero no eres de mi opinion?

—Lo mandais...

—Creo que el movimiento, el aire puro de la mañana...

—Tal vez... No sé...

—Pero cuidado, Rosa, con esos galanes de esquina.

—Podeis estar tranquilo...

—No del todo, porque Satanás tiene mil medios de tentar á las criaturas.

Rosa bajó los ojos y nada respondió.

—Á veces,—repuso el médico,—suele el demonio presentarse á las mujeres en figura de ángel para inspirarles confianza; y ¡ay! cuando las infelices descubren las uñas del espíritu malo, ya es tarde porque las tienen clavadas en el alma.

Todo esto que otras veces hubiera hecho reir burlescamente á la jóven le hacia cavilar en aquella ocasion.

Don Bartolo hizo otras muchas reflexiones á su pupila y la dejó entregada á sus dudas atormentadoras.

Al dia siguiente fué Rosa á misa acompañada de su dueña.

Pero no encontraron al conde.

La pobre niña, poseida del mayor espanto, no se habia atrevido á decir á su amante que iban á tener aquella ocasion de verse.

Sin embargo, Soledad dijo muy quedo y al pasar por su lado á Figaro:

—Á misa todos los dias.

Y al siguiente á las siete de la mañana, alterando sus aristocráticas costumbres, el conde esperaba tras una esquina.

Si Rosa hubiera participado sus dudas á Soledad, tal vez esta la hubiera tranquilizado ó por lo menos propuesto que se enterase del caso á Figaro para que averiguase la verdad; pero la pupila,

aconsejada por el amor propio inherente á su sexo, creyó que manifestar sus sospechas era rebajarse.

Las mujeres no confiesan que han sido engañadas sino cuando les conviene aparecer víctimas para engañar.

Salió Rosa con su horrible dueña, y cuando menos lo esperaba presentósele delante el conde y le asestó una mirada ardiente y afanosa, muestra del fuego que abrasaba su enamorado corazón.

Turbóse la jóven, quiso bajar los ojos y volver á otro lado la cabeza; pero fascinada por el galan, tornó hácia él cabeza y ojos, y á través de sus largas pestañas se escapó un luciente rayo de sus negras pupilas, rayo que delataba á la vez la pasion y el miedo.

Murmuró entre dientes la dueña un Jesus, María y José.

Suspiró el galan.

Y la tímida niña, tras la mirada de miedo y amor, fijó otra escudriñadora en los piés del conde para convencerse de que eran de diamantes las hebillas de los zapatos, midióle la estatura y aun le revisó los bordados de oro y seda del vestido.

Este exámen aumentó sus sospechas y huyó de su frente el carmin de la pasion, dejando la palidez del miedo.

Si Querubin hubiera seguido al conde, las sospechas de Rosa se habrian convertido en convencimiento, porque convenir las señas del señor y el paje era mucho sin que este y el seductor de marras no fuese el mismo; pero así no sucedió, con la sospecha quedó tambien la duda, que al fin, por mucho que atormentase, era preferible al dolor de un desengaño.

No hay que decir que el conde siguió al templo á la pupila, y escusado es tambien advertir que la dueña, apercebida del peligro evitó que se repitiera lo del agua bendita, interponiéndose entre ambos cuando él ofrecia, y ella, turbada y sin saber lo que hacia, alargaba una mano para aceptar.

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 5.ª —..... Interponiéndose entre ambos.....

vo  
an

in

ell

al

ha

qu

P

d

ro

jo

el

Arrodilláronse en el último rincón.

Bajó Rosa cuanto pudo el discreto manto; pero los ojos se le volvían hácia el galán, pudiendo ver que los de este, ardientes y anhelantes, no se apartaban de ella un segundo.

Solia toser el mancebo, y cómo si su tos fuese el estampido inesperado de un arcabuz, estremecía la niña.

La misa concluyó, perdida para los tres, porque ninguno de ellos pudo rezar.

La dueña y la pupila, seguidas del conde, volvieron á casa.

Apenas la señora Alfonsa dejó el manto y la basquiña, corrió al aposento del doctor.

—¿Qué ocurre?—le preguntó este, aunque adivinaba lo que habia sucedido.

—¿Qué ha de suceder?... Vengo sofocada...

—¿Hay moros en la costa?

—Lo que hay es ese galán endemoniado, Dios me perdone, que no nos ha dejado pié ni pisada.

—¡Otra vez!...

—Lo ha tomado con empeño.

—¿Y qué habeis hecho?

—¿Qué habia de hacer? Observar, pero eso no le importa, porque es el hombre mas desvergonzado que existe, y no ha dejado de mirar á doña Rosa, de toser y suspirar con el mayor descaro, lo mismo en la calle que en la iglesia.

—¿Y el agua bendita?...

—Intentó dársela á doña Rosa; pero como yo conozco á los cojos en el modo de andar, adiviné su perversa intencion y lo dejé chasqueado, poniéndome en medio.

—Bien, señora Alfonsa; os habeis portado como quien sois.

—Aun no os he dicho lo que me ha puesto mas en cuidado.

—Esplicaos.

—Dios me perdone por el mal pensamiento; pero ese hombre tiene las mismas señas que el infame seductor de que habló don Basilio...

—¡Señora Alfonso!—exclamó el médico, fingiendo una sorpresa y un espanto que estaba muy lejos de sentir.

—Las hebillas de diamantes, los ojos, la estatura...

—¡Oh!...

—No me llega la camisa al cuerpo.

—Me haceis temblar...

—No digo que sea el mismo; pero según las señas...

—¡El asesino de aquella desdichada!...

—¡Ah!... ¡Santa Rita, abogada de los imposibles nos ayude!... Yo no hago más que rezar á Nuestra Señora del Socorro, mi patrona, pidiéndole que nos libre de la desgracia que nos amenaza.

—Será preciso tomar una determinación seria y pronta.

—Por supuesto, no más misa...

—¿Y la salud de Rosa?

—¿Y su honra, señor?

—Es preciso conciliarlo todo: si enfermase...

—¡Dios mío!

—Necesita pasear, respirar un aire puro...

—Pero no hay por ahora peligro de que se quebrante su salud.

—¡Oh!... Está amenazada de... No os lo digo porque no lo entenderíais.

—Entonces no sé lo que ha de hacerse.

—Veremos, señora Alfonso. Mientras ese hombre no haga más que mirarla...

—Porque no puede hacer otra cosa.

—Sin embargo, me tranquiliza la conducta que observa

Rosa...

—No hay que fiar en eso, señor; las mujeres tenemos el corazón muy tierno, y á fuerza de miradas, suspiros y trovás... ¡Ay!—añadió la dueña, exhalando un suspiro lastimero y arrojando las cejas.—Lo sé por experiencia: el amor penetra en el corazón tan suavemente, que no se apercibe una de su llama hasta que se ha convertido en una hoguera, en un volcan.

—Pues eso es lo que quiero evitar que suceda á Rosa.

—Yo, que amo á don Basilio...

—Bien, bien,—interrumpió el doctor, queriendo evitar que la vieja hablase de lo que nada le importaba.—Redoblad vuestros cuidados, y según lo que suceda...

—No me duermo, señor.

—Dejadme ahora.

Entre tanto, Soledad aprovechaba la ocasión para hablar á la pupila.

—Ya sé,—decía,—que lo habeis visto.

—Sí,—contestó distraidamente Rosa.

—Agradecédmelo á mí, porque si yo no le hubiese advertido ayer á mi Figaro...

—Has podido comprometerme.

—Parece que no os alegráis,—repuso la sirvienta, fijando en la pupila una escudriñadora mirada.

—Temo que luego me pese,—dijo Rosa.—Aun no sé quién es ese hombre.

—¿No os lo ha dicho?

—El nombre es lo que menos importa.

—¿Ahora pensais en eso?

—Siempre es ocasión de precaver.

— Cuando Figaro se ha decidido á ayudarle, descuidad. Además, con solo ver su porte...

— ¡Oh!... No estoy tranquila.

— ¡Estraña mudanza!

— ¡Quién sabe si acierta mi tutor!...

— ¿Qué dice?

— Suele Satanás tomar la figura de un mancebo hermoso...

— En lo que suele convertirse el diablo, — replicó Soledad, — es en un viejo malicioso y ruin como don Bartolo. Mirad, sinó, el hipócrita cómo está engañando á don Basilio, á vuestra dueña y á la señora Anastasia para conseguir lo que desea. Fiaos de un hombre así. No podeis acusar de otro tanto á don Fadrique.

Rosa exhaló un suspiro y bajó los ojos.

— Lo cierto es, — dijo, — que lo amo á mi pesar, y en vano he querido olvidarlo. ¡Ah!... ¡Si me engaña!...

— Desechad esos temores.

Rosa sonrió con amargura y movió tristemente la cabeza. Tal vez se habia decidido á participar sus dudas á Soledad; pero se detuvo porque oyó los pasos y la tos de la dueña.

Casi al mismo tiempo que los dos anteriores diálogos, otro tenia lugar entre el conde y Figaro.

— Desengáñate, — decia el de Almaguiva, — hay algun misterio.

— ¡Misterio y no descubrirlo Soledad!... Imposible, señor.

— ¿Qué significa entonces la conducta de Rosa? Parecia que me miraba con miedo...

— Ya he dicho á vuestra señoría que es tímida.

— Siempre ha sido lo mismo.

— Además, el miedo de que la pícara vieja observase algo...

— Otra cosa debe ser.

—Pues bien, señor, ó dejo de llamarme Figaro, ó antes de tres dias he de averiguar lo que haya.

—Preciso es si hemos de salir de esta situacion. Los dias pasan, concluye mi paciencia...

—Y la mia, señor.

—Figaro, dentro ó fuera de una vez.

—Á repar al viejo voy ahora.

—Te espero por si me traes alguna carta de Rosa.

—Y tal vez alguna noticia mas.

El barbero se encaminó á casa de don Bartolo mientras decia para sí:

—Tiene razon el conde: algo sucede que ignoramos... ¡Oh!... El pícaro sacristan debe haber armado algun enredo... es malo... y deseará vengarse... ¿Pero qué hace Soledad? ¿Es posible que la engañen?... ¡Oh!... Preciso es aguzar el ingenio ó todo se pierde...

Acelerando cada vez mas el paso, llegó á la vivienda del doctor.

Abrióle la puerta, segun costumbre, la señora Anastasia; pero Figaro, sin darle los buenos dias, atravesó corriendo el patio, subió de cuatro brincos la escalera, y antes de que el ama de gobierno tuviese tiempo para alcanzarlo, dijo á Soledad, que en aquel momento salia de la sala:

—¿Qué sucede?

—Algo,— contestó la doncella; —pero lo ignoro.

—¿Carta?

—No.

—¡Vive el cielo!...

—Averiguaré...

—Para mañana...

—Haré cuanto pueda.

— Entrais con buenos modos,— gritó en aquel momento la señora Anastasia, llegando jadeante de fatiga.

— Tengo prisa...

— Sí, tarde y con daño...

— ¿Está en su aposento don Bartolo?

— Ya podíais haber entrado.

Desapareció Figaro mientras Soledad se alejaba por distinto lado y el ama de gobierno seguía hablando sola.

---

---

## CAPÍTULO XXV.

Aumentan las sospechas.

Apenas el barbero afeitó á don Bartolo, corrió á casa del conde, atormentando su caletre sin poder adivinar lo que sucedia; pero sospechando que fuese lo que fuese debia tener parte en el negocio don Basilio.

El de Almaviva conoció en el rostro de Figaro que este no le llevaba ninguna nueva agradable, así que, en cuanto lo vió dijo:

—¡Oh!... ¿Te has convencido de que no me equivoqué?

—Señor...

—No tengas miedo, dí lo que pasa...

—Eso quisiera yo, poderlo decir, porque era señal de que lo sabia.

—¡Ah!—exclamó el noble doncel, apretando los puños.—¡Y mi pasión crece á medida que menguan mis esperanzas!...

—Estas son alternativas, señor, y no hay que desanimarse por eso. Mientras os ame doña Rosa...

—Estaremos amándonos toda la vida.

—No se ganó á Zamora en una hora.

—Tendré que renunciar á mi ilusion mas grata, que es la seguridad de que Rosa no me ama por mi nombre ni mis riquezas.

—¿Por qué?

—Viéndolo estás: al fin habré de recurrir al medio de descubrir quién soy.

—Déjeme vuestra señoría: tres dias le he pedido para averiguar...

—Ocho ha señalado el viejo para su boda, ya lo sabes.

—Quedan cinco para echar por medio y acabar de una vez, lo cual puede hacerse en una hora.

—Pues bien,—replicó el conde,—si dentro de tres dias no has averiguado lo que sucede, y Rosa sigue mostrándose tan reservada como ahora, puedes dar el asunto por terminado y olvidarte de mí, porque no te necesito para presentarme al maldito viejo y pedirle formalmente la mano de su pupila.

Fígaro hizo un gesto como si le hubiesen puesto un grano de acíbar en la punta de la lengua.

—¿Lo entiendes?—añadió el conde.

—Perfectamente, señor: vuestra señoría no puede hablar con mas claridad,—respondió Fígaro en estremo descontento por el giro que iba tomando el asunto.

—Ahora dime lo que has sabido.

—Nada en suma, señor. Pregunté á Soledad qué sucedia y me respondió que algo, pero que lo ignoraba.

El conde, con la frente contraida, quedó meditabundo.

Fígaro no se atrevió á decir una palabra.

Así pasaron largo rato.

—Supongo,—dijo al fin el de Alnaviva,—que no me traes carta...

—No.

—¡Oh!... Debe ser de mucha importancia lo que sucede. No escribirme Rosa...

—Sabeis que no siempre tiene ocasion para hacerlo...

—Déjame.

No esperó el barbero segunda órden: la conversacion era demasiado desagradable para que quisiese dilatarla.

Salió, pues, maldiciendo al sacristan, y el conde quedó triste y pensativo, sintiendo pasar los minutos con insufrible pesadez.

No sufría menos la pobre Rosa: sus dudas la atormentaban horriblemente, y aunque sin atreverse á consultar con su doncella, decidióse al fin á hacer algo para aclarar el misterio, y aprovechando la primera ocasion que tuvo, dijo á Soledad.

—Una cosa has de averiguar.

—Otra habreis vos de decirme.

—¿Qué quieres?

—Don Fadrique ha conocido vuestra frialdad y ha sospechado lo mismo que yo.

—¡Que ha sospechado lo mismo que tú!— dijo sorprendida Rosa.

—Y no habrá tenido que calentarse mucho la cabeza.

—¿Pero qué habeis podido sospechar?

—Que algo os sucede.

—No te comprendo.

—Ni nosotros á vos. Antes todo vuestro pensamiento era don Fadrique...

—Y ahora... por desgracia.

—¿Lo veis? ¿Y por qué es desgracia si lo amais y os corresponde?

—Eso me falta saber, si me corresponde.

—Nunca os ha ocurrido dudarlo.

—Pero ahora...

—¿Qué?—preguntó Soledad con su natural desenfado.

—Nada: han pasado los días y he tenido tiempo para meditar... Antes, en el primer arrebato de mi amor... ¿Quién sabe si su intencion es la que debe desear una mujer honrada?

—No puede ser otra: un hombre que ama como don Fadrique...

—Ó que finge amar.

—Si así pensais, casaos con don Bartolo, porque entre ambos teneis que elegir.

—Dura eleccion...

—¿Dudais entre ese viejo asqueroso y don Fadrique?...

—No lo sé.

Soledad se encogió de hombros y miró sorprendida á Rosa.

—Hoy tampoco escribiré,—añadió esta.

—¡Dios mio!... ¡Buena la hareis!...

—Estoy decidida.

—Pensad lo que haceis: mirad que don Fadrique, segun lo que Fíguro me tiene dicho de él, es capaz de cualquiera locura.

—¿Quieres saber mi última determinacion?—dijo la pupila mientras se oprimia el pecho y hacia un gesto doloroso.

—Temo,—respondió la sirvienta.

—Pues bien, pregunta á Fíguro si don Fadrique tiene un paje.

—¡Un paje!—repitió admirada Soledad.

—Sí.

—Pajes los tienen solamente ciertos señores.

—No importa.

—Un hombre solo, que aunque parece disfrutar buena renta y ser de familia distinguida...

—Haz lo que te mando... ¡lo que te ruego, Soledad!

—Lo haré,—dijo esta, cada vez mas admirada.—¿Y si me dice que sí?

—Pregúntale si es jóven y hermoso, muy hermoso, y si va vestido con lujo, con mucho lujo...

—¿Y si tambien me dice que sí, qué sacareis en limpio de eso?

—¡Oh!... De eso deduciré... Basta,—repuso Rosa con voz apagada y oprimiéndose otra vez su agitado pecho.

—¿Pero qué os sucede? Estais pálida y debeis sufrir mucho...

—Mucho... sí...

—¡Por Dios, señorita!... ¿Ya no teneis confianza en mí?—dijo la sirviente con acento triste y cariñoso.

—Sí... Déjame...

—Pero...

—Déjame,—replicó la púpila con alguna severidad.

Soledad salió del aposento, rechinando los dientes de rabia.

Rosa exhaló un suspiro y salieron dos lágrimas de sus negros ojos.

—¡Dios mio!—exclamó.—Si es el mismo, moriré como esa infeliz... ¡Ah!... ¡Y no puedo olvidarlo!

Como era consiguiente y esperaba el doctor, la salida de aquel dia no dispó la tristeza de la pupila ni le abrió el apetito: al contrario, estuvo mas pensativa y apenas tomó alimento.

No sonaron las dulces armonías del clavicordio: el silencio mas profundo reinó en aquella casa.

Don Basilio estaba entusiasmado con el resultado que daba su plan.

—¡Oh!—exclamaba lleno de orgullo.—Cuando yo me empeño en una cosa... Hé ahí ese amor convertido en humo al primer

soplo de mi travesura. Dos sustos horribles me ha hecho pasar ese demonio de las hebillas de diamantes, pero ha de pagarlos con creces. Mas le hubiera valido tenerme por aliado.

El doctor y el sacristan consultaron, y despues de una larga discusion, convinieron en dejar pasar otro dia y dar al siguiente el golpe decisivo si el galan continuaba esperando á la hora de la misa.

Rosa anduvo al dia siguiente mas perezosa que nunca para salir de casa.

Aumentaba su sufrimiento.

La infeliz luchaba entre el deseo y el temor.

No podia olvidar al conde; pero tampoco se apartaba de su pensamiento la desdichada heroina de la horrible historia inventada por el sacristan.

No es difícil que un calavera de cierto género agrade á las mujeres mas que un hombre inocente y pacífico; pero el que ha jugado con el corazon y la honra de una mujer, probando que no tiene honra ni corazon, solo puede inspirar repugnancia ú odio.

Si Rosa hubiera sabido la historia contada por el organista antes de conocer al conde, no se habria enamorado de él; pero como ya estaba enamorada, y la voluntad suele ser impotente contra las pasiones, no podia aborrecerlo, sino sufrir y morir de dolor.

Temblando como si tuviese una convulsion sali6 de casa con la señora Alfonsa; mir6 á través de los pliegues del ancho manto y tuvo que detenerse con pretesto de que un zapato le lastimaba.

El conde estaba en la calle.

Por un instante qued6 Rosa sin aliento.

—¿Hoy tambien?—dijo entre dientes la dueña.—¿Qué os sucede, señorita?

—Un zapato...

—Sabeis donde os aprieta y yo también,—replicó la dueña con ironía.

Continuaron su camino.

Llegaron á donde estaba el mancebo, inmóvil, con los brazos cruzados y el rostro ligeramente contraído.

Aquel momento fué terrible para la jóven.

Su corazón palpitó con violencia y sus mejillas palidieron.

El conde fijó en la pobre niña una mirada que era á la vez una reconvencion, una queja y una promesa de amor.

Rosa comprendió el significado de la mirada y respondió con otra que solo espresaba dolor y sufrimiento.

Si la dueña hubiera tenido el poder de matar con la vista, el conde habria dejado de existir en aquel instante.

Ellas y él se encaminaron al templo: los tres turbados, desesperados y sufriendo mas porque callaban lo que sentian.

Como aquel dia no sucedió ni mas ni menos que el anterior, es decir, que fueron á misa y no la oyeron, que fingieron rezar y no rezaron, los dejaremos para volver á casa del doctor y saber lo que hacia Soledad.

La traviesa doncella, sola en el aposento de la pupila, se entregó á sérias meditaciones sobre la crítica situacion en que se encontraban, y dejando la escoba, empezó el monólogo siguiente:

—Doña Rosa no tiene dos dedos de juicio, es cobarde y empieza á aturdirse; don Bartolò es un bribon, avariento y capaz de todo por atrapar el dote de su pupila; el sacristan es un intrigante tan malo como feo; la señora Anastasia es una lagartona, bachillera, con mas conchas que un galápago, y la señora Alfonsa una hipócrita. Lo que gente de tal calaña puede hacer, escusado es decirlo: cada cual va á su negocio: intrigan, mienten y se engañan, y el dia que se levante la tapa al pastel habrá la de Dios es Cristo.

Yo quiero á Fígaro y Fígaro me quiere: nos casaremos, yo tendré un dote y él un buen acomodo si doña Rosa se casa con don Fadrique; pero sinó, ni dote, ni acomodo ni casamiento habrá, doña Rosa se morirá llorando y á mí no me quedará mas consuelo que sacar la lengua á la señora Anastasia, arrancar á la señora Alfonsa los cuatro pelos que le quedan, señalarle en la cara de pandero al doctor los cinco mandamientos y ver que Fígaro le quebrante los huesos al sacristan. Pero como esto no pasa de ser un desahogo y nada remediaria, es preciso evitarlo. ¿Y cómo? Fígaro y yo valemos mas que el viejo y sus ayudantes; pero si algo hemos de hacer, es preciso que nos espliquemos despacio. Este es el punto de la dificultad. No es asunto de cartas ni yo entiendo de papeles: no salgo de casa mas que los domingos á misa con el talego de la señora Anastasia, y cuando Fígaro viene, la muy... mas vale callar... se planta delante y no nos deja hablar una palabra.

La sirviente guardó silencio por algunos instantes, luego apoyó las manos en las movibles caderas, y contoneándose con aire de taco, echando adelante uno de sus pequeños y tentadores piés, y arrugando el entrecejo, añadió:

— Soledad, acuérdate que has nacido en el barrio de Triana, que tienes muchísima alma en el cuerpo, que eres moza templada como la primera, y no debes dejar que cuatro viejos marrulleros se burlen de tí. ¿En qué piensas? Tienes un novio que es la mismísima espuma de la sal, que está hecho una jalea por tí, que no le hablas porque no te dejan, y tú dejas que te estorben el hablarle. Soledad, si tienes vergüenza, no digas á nadie que has nacido en Triana.

Como si este estraño apóstrofe, picando el amor propio de la sirviente, hubiera aguzado su ingenio, sonrió y dijo:

—¡Pues no faltaba mas!... ¿No habia yo de salirme con la mia? ¡Cómo se reirá Fígaro!...

Restregóse alegremente las manos, volvió á tomar la escoba, y mientras empezaba á barrer, repuso:

—Bien puede suceder que nos atrapen; pero no me faltarán excusas; y sobre todo, camorra mas ó menos... Si por miedo á los gorriones no se sembrara trigo...

Luego empezó la doncella á cavilar sobre el misterioso motivo de los temores de Rosa; pero su ingenio no fué bastante para adivinarlo ni mucho menos comprender qué relacion podia haber entre el amor de don Fadrique y un paje, ni qué podia deducirse de que este fuera jóven, hermoso y llevara vestidos de lujo. Si en vez de un paje hubiera preguntado Rosa por una mujer, no habia que pensar mucho para comprender que la causa de todo eran los celos.

Media hora despues volvieron Rosa y la señora Alfonsa, quedando parado en la calle el conde, que las habia seguido como el dia anterior.

La señora Alfonsa entró en el aposento de don Bartolo para darle parte de lo ocurrido, y la pupila, sin fuerzas ni aliento se dejó caer en una silla.

—¡Ah!—murmuró, oprimiéndose el pecho.

Y levantó al cielo sus negros y rasgados ojos, como demandando consuelo y ayuda.

—¿Estais indispuesta?—le preguntó Soledad mientras le quitaba el manto.

—No,—respondió Rosa.

—¡Por Dios, señorita!—repuso la doncella con dulce acento.—No sabeis cuánta pena me da veros así... ¡Y no quereis confiarme el motivo de vuestro pesar!...

—Soledad,—dijo tristemente la pupila,—hay secretos que no pueden revelarse porque abrasarian los labios....

—¡Jesus!...

—Hay dolores que es preciso ahogarlos en el alma y morir con ellos ocultos.

—Pero debè ser una cosa....

—Horrible.

—Hablais de muerte....

—Soledad, ten lástima de mí; pero no intentes adivinar el misterio, porque será en vano.

—Os juro que noche y dia me devano los sesos sin dar con lo que busco. No hace mucho, tres dias lo mas, amábais á don Fadrique, creíais en su amor y estábais tan confiada como si yo fuese vuestro esposo; pero de repente, á las dos horas de recibir una carta de él, una carta en que os juraba amor eterno y os decia unas cosas capaces de enternecer á las piedras, os pusisteis triste, empezásteis á estar cavilosa, á no querer comer, y acabais por mandarme que averigüe, no si don Fadrique galantea á otra, sino si tiene un paje hermoso, jóven y que lleva ricos vestidos.

—Y es preciso que yo sepa eso.

—¿Quién os ha hablado de ese paje?

—Nadie.

—¿Temeis que sea una mujer vestida de hombre?

—No.

—Pues es lo único que se me ha ocurrido pensar desde ayer,—repuso Soledad.

—Te has equivocado.

—Pero no me equivoco en creer que alguien os ha soplado al oido, porque sinó, ¿de dónde habíais de sacar lo del paje con sus señas? No lo negueis, os han venido con cuentos; pero no acierto

quién, ni cuándo, ni cómo... ¡Así se le hubiera secado la pícaro lengua de escorpion que debe tener!

—Averigua lo que te he dicho...

—Sí, lo averiguaré. ¡Vaya!... ¡Pues no que esto ha de quedar así!... Os digo que estoy hecha un basilisco, y lo he tomado con tanto empeño, que ya he pensado cómo hablar á Figaro á mis anchuras y sin que se nos ponga de planton ese sapo pisado de la señora Anastasia.

—¿Qué has ideado?—preguntó sorprendida Rosa.

—Nada que digamos. Á mí nadie me la pega, que nací en Triana, y cuando los otros van yo estoy de vuelta y he descansado. Ya vereis si se quedan con la boca abierta.

—Cuidado, Soledad...

—Sin cuidado vivo, señorita. Y que no me tienten la paciencia, porque tengo malas pulgas, y si la sangre se me sube á la cabeza y suelto la sin hueso para decir claridades... Pues no será nada el dia que yo diga al sacrismoche que lo engañan cómo á un chino, y á la señora Alfonsa que no hay tales carneros en lo del casamiento del tío sotana...

—¡Oh!...

—¿Os asustais?

—Aun no me has dicho lo que piensas hacer para hablar á Figaro.

—He pensado...

—Calla...

Se oyó la tos de la vieja.

Soledad salió, corriendo y cantando, y la dueña entró, diciendo:

—Loca, aturdida...

La traviesa doncella se detuvo cuando se encontró sola y dijo para sí:

—Poco debe tardar ya Fígaro. La dueña se ocupará ahora en rezar y predicar á doña Rosa ; la señora Anastasia no saldrá de la cocina hasta que suene el aldabon, y don Bartolo está pidiendo á Dios que le perdone las muertes que hace con sus recetas. Buena es la ocasion.

Sin detenerse bajó la escalera, llegó á la puerta de la calle, y descorriendo sin hacer ruido la llave y cerrojo, la entreabrió, asomando la cabeza y quedando inmóvil sin que le arredrara el vienteillo frio y sutil que por allí se colaba.

Así permaneció algunos minutos, con el oido atento al interior de la casa y los ojos fijos en la calle.

No se habia equivocado en la hora en que debia llegar el barbero.

Este se presentó, levantando el brazo derecho para llamar; pero se detuvo al ver á la doncella y exclamó sorprendido:

—¡Soledad!

—Silencio,—replicó en voz baja la sirvienta y poniendo un dedo en los labios.

Obedeció Fígaro ; pero asestó á Soledad una mirada de fuego, y antes de averiguar por qué ni para qué se encontraba allí, sobre una de las tersas mejillas le demostró que no solo con palabras puede manifestarse lo que se siente.

Levantó la doncella una mano amenazadora ; pero como era compasiva, no la bajó, contentándose con decir:

—¡Cuidado!...

—Soledad de mi vida,—dijo el barbero,—luz de mis ojos...

—No podemos gastar el tiempo en requiebros.

—Si lo que siento no lo digo...

—Lo callas.

—Reventaré como el lagarto de Jaen...

—Fígaro...

—¿Y no añades la palabra *mío*?... ¡Ingrata!... Todas sois lo mismo...

—Escúchame.

—Te saludo y me rechazas, y eso que ni al mismo rey en persona hubiera yo saludado como á tí...

—Calla ó te doy con la puerta en las narices.

—Siendo tuyo el golpe, vida mia...

—¿Olvidas el apuro en que estamos?

—Es verdad... Cuando te veo...

—Sí, me ves y no me preguntas...

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote.

—¡Bendita sea esa boca!... ¡Ay!...

—¿Sabes lo que pasa?

—¿Qué he de saber? Algo sucede, no hay duda; pero lo ignoro y por eso te pregunté ayer.

—Mal estamos.

—¿Has averiguado?...

—Nada.

—¡Vive el cielo!

—Doña Rosa empieza á desconfiar de don Fadrique; no hace mas que llorar, no entra en su boca nada...

—¿Y por qué desconfía?

—Eso es lo que no quiere decir.

—Pues don Fadrique está desesperado.

—¿Por qué?

—Es muy sencillito: porque doña Rosa no le escribe y lo mira de cierta manera...

—Fígaro, prepárate á abrir la boca.

—¿Qué vas á decirme?

—Lo que me ha dicho doña Rosa.

—Estoy en ascuas.

—Dios nos saque con bien.

—Sepamos, Soledad.

—¿Tiene don Fadrique un paje?

—Mas de uno.

—¿Pues quién es don Fadrique?

—¡Toma!—replicó Fígaro con indiferencia.—Don Fadrique es... un caballero que se llama don Fadrique...

—Pero un caballero que tiene muchos pajes, debe tener mucho dinero.

—No me lo ha dicho ni me importa.

—Creo que doña Rosa tiene razon,—dijo Soledad, haciendo un gesto de duda.

—¿Te pasas al enemigo?

—Ya ves que es justo que una mujer quiera saber quién es el hombre á quien ama.

—¿No lo ha dicho don Fadrique veinte veces con todas sus letras?

—Lo que menos importa es el nombre. Un hombre que dice ser un simple caballero y sin embargo tiene muchos pajes...

—Soledad, si has de guardar el secreto...

—¿Desconfías de mí?

—Don Fadrique tiene un tío solteron en Indias.

—¡Ah!...

—De manera que es rico y no lo es.

—Entiendo.

—Y como le gusta la buena vida y no le cuesta trabajo ganar el dinero, tiene muchos criados que lo sirvan.

—¡Ya!

—¿Qué dices á eso?

—Nada.

—Prosigue con los pajes.

—¿Uno de ellos es muy jóven?

—Sí.

—¿Muy hermoso?

—Casi tanto como tú.

—¿Y va vestido?...

—Como un señor. ¿Pero quién te ha dado esas noticias?

—Doña Rosa.

—¿Y á ella?

—Lo ignoro.

—¿Y á dónde vas á parar con esas preguntas?—repuso Figaro admirado.

—Doña Rosa me ha mandado averiguar lo del paje.

—¿Para qué?

—Ella lo sabrá. Dice que de eso depende el que siga correspondiendo á don Fadrique.

—¿Del paje?

—Del resultado de la averiguacion.

—Soledad, el asunto se tuerce.

—Figaro, el asunto se lo lleva el diablo, y nosotros...

—Calla, que tiemblo...

—¡Ay!...

—El de la sotana debe estar metido en el ajo, y si no andamos listos...

—Por supuesto, ya se lo he dicho á doña Rosa, la han levantado de cascos...

—¿Ha hablado con ella el sacristan?

—Hace tres dias que ni siquiera le da leccion de música.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco.

—No hay que dormirse, Soledad. Por de pronto dí á doña Rosa que efectivamente don Fadrique tiene un paje que se llama Querubin y el nombre le cuadra bien. Y luego veremos lo que decide.

—¿Se burlarán de nosotros?

—No, con tal que me ayudes.

—Ya lo estás viendo.

Fígaro calló y meditó algunos instantes.

—¿Y la señora Anastasia?—preguntó.

—Sigue creyendo que te casarás con ella.

—No hay que desengañarla por ahora.

—Fígaro...

—¿Tienes celos?

—Me ofendes con esa pregunta.

—La señora Anastasia es un enemigo poderoso, y si consiguiéramos ponerla de nuestra parte...

—No le conviene: el dote...

—En fin, veremos... Pero déjame entrar, que corre un aire...

—No.

—¿Por qué?

—Por muchas razones que no quiero dar por no perder tiempo.

—Soledad, estás quitándome la vida...

—Fígaro, no estamos ahora para dibujos.

—Pero...

—Al negocio.

—Paciencia.

—En el último apuro, descubriendo que don Bartolo engaña al sacristan, á la dueña y á la señora Anastasia...

— Es buena idea, los dividiremos.

— Y mientras ellos riñen...

— Pero ahora nada adelantariamos.

— Mientras que doña Rosa desconfie de don Fadrique...

Interrumpióse Soledad porque oyó la voz de la señora Anastasia que la llamaba con desaforados gritos.

— ¡Bruja condenada!

— Adios...

Cerró apresuradamente la doncella, no sin que las narices del barbero corriesen el peligro de quedar entre la puerta.

— ¡Soledad, Soledad!— seguia gritando el ama de gobierno.

— Voy.

— ¿Dónde te has metido?

— ¡Jesus!— dijo la traviesa muchacha, subiendo apresuradamente la escalera.

— ¿Pero dónde estabas?

— Os lo podeis figurar.

— Hace una hora que te llamo...

— ¿Por qué no decís dos? El mismo trabajo os cuesta...

— Responde.

— Para eso me ha dado Dios la lengua.

— Te sobra la mitad.

— Si os atreveis á cortarla...

— ¡Desvergonzada!...

— ¿Qué quereis?

— Te has dejado la sala á medio limpiar.

— Acabaré.

— No sé lo que has hecho hoy.

— Trabajar como una negra.

— ¡Lastima no te quiebres!...

Soledad volvió á tomar la escoba y dejó que la señora Anastasia desahogase su mal humor.

Pocos minutos despues sonó el aldabon y entró el barbero con alegre rostro.

— Por dentro anda la procesion,—dijo para sí Soledad.

---

---

## CAPÍTULO XXVI.

Del resultado que dió la intriga del sacristan.

Aquel día fué de conferencias, gratas para unos y dolorosas para otros.

Don Bartolo habló largamente con el sacristan, y convencidos de que el galan misterioso seguiria esperando á Rosa á la hora de la misa, determinaron dar el último golpe á la mañana siguiente, conviniendo en todos los detalles del papel que cada uno debia representar.

Figaro entre tanto fué á ver al conde, y participándole cuanto Soledad le habia dicho sobre las dudas de Rosa y el paje, añadió:

—No sé qué tenga que ver el paje de vuestra señoría con sus amores, ni adivino quién pueda haber hablado á doña Rosa tan circunstanciadamente de Querubin.

—¡Que no lo adivinas!— dijo con estrañeza el conde.

—Ni es fácil, señor.

—Figaro, has cometido una torpeza imperdonable: no has

comprendido que su desconfianza y sus temores habrán sido inspirados por alguna infame calumnia...

—Eso mismo he sospechado; pero ¿quién puede haber calumniado á vuestra señoría y qué tiene que ver el paje?

—Te desconozco, Fígaro.

—¡Vive el cielo!—exclamó el barbero, perdiendo la calma por primera vez en su vida.

—¿No te se alcanza que como ignoran mi nombre, han hablado de Querubin como de una seña cualquiera?

—¡Soy un animal!—dijo Fígaro, dándose una palmada en la frente.—No merezco que siquiera me mire vuestra señoría... ¡Oh!... Debo irme á un desierto á morir de vergüenza... Todo lo comprendo ahora. Han calumniado á vuestra señoría y nadie ha sido mas que el sacristan, que como conoce á Querubin...

—Pues bien, si hubieras referido á Soledad el suceso del otro dia, Rosa hubiera comprendido la trama, y la calumnia no tendria valor para ella.

—Yo remediaré el mal: mañana mismo...

—Pero entre tanto...

—Es un dia, señor.

—Es un siglo para mí.

—No estará demas que escribais á doña Rosa, explicándole todo eso, por si Soledad no tuviera mañana ocasion de hacer lo que hoy.

—Sí, aunque, ¿quién sabe si Rosa leerá mis cartas?

—¿Qué ha de hacer si está enamorada?

—¡Enamorada!...

—Pruebas da con estar triste, llorar y no probar bocado.

—¡Si me amase como yo á ella!...

—Mas aun, señor, pues debe tener presente vuestra señoría,

que las mujeres son como la pólvora, su fuego dura poco, pero es mas vivo que ninguno y se enciende con una sola chispa y en un instante.

El conde bajó la cabeza, exhaló un suspiro y quedó silencioso.

—Voy á escribir,—dijo despues de algunos instantes.

Y sentándose delante de una mesa, dió principio á una estensa carta en que á vueltas de sentidas quejas de amor, referia lo que con el sacristan le habia sucedido.

El barbero, sin poder perdonarse la torpeza que habia cometido, y temiendo que el asunto no pudiera arreglarse fácilmente, esperó junto á la chimenea.

No se escapaba al buen juicio de Figaro que la calumnia deja siempre un recuerdo que difícilmente se borra, sobre todo cuando sus efectos han llegado á escitar las pasiones ó herir el amor propio de una mujer en quien la impresion puede constantemente mas que el exámen, porque juzgan por lo que sienten y no por el resultado del análisis y la comparacion. No acertaba Figaro á darse la razon de esto; pero lo comprendia intuitivamente, se lo habia enseñado la esperiencia, y solo le faltaba saber esplicárselo.

Aquel dia no fué á manos del barbero la carta del conde con algunas monedas, lo cual le hizo decir para su sayo:

—No está la Magdalena para tafetanes.

Y despidiéndose salió para llevar el papel al señor Páco y volver á su tienda.

Quedó el conde triste y de tan mal humor, que ni el mismo Querubin se atrevió á dirigirle la palabra en todo el dia.

Entre tanto Soledad buscaba ocasion de hablar con Rosa, y esta deseaba el momento de saber lo que su doncella habia averiguado; pero la impaciencia de la una y la curiosidad de la otra hubieron de contenerse hasta la una de la tarde.

Entonces, que acababan de comer, la señora Alfonsa, al amor del fuego del brasero, se quedó dormida, murmurando una *salve*, y cuando sus ronquidos no dejaron duda de que su sueño no era fingido, la pupila y su doncella dieron principio en voz baja al siguiente diálogo:

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que don Fadrique tiene un paje que se llama Querubin.

—¡Estraño nombre!... Y ese paje...

—Es jóven, casi un niño.

—¿Hermoso?

—Dice Fígaro que casi tanto como... vos.

—¿Y su vestido?...

—Es lujoso, lo cual no debe estrañarse...

—Basta, Soledad, —replicó Rosa, palideciendo y estremeciéndose.

—Señorita...

—Basta...

—He sabido que don Fadrique...

—¿Qué?

—No es rico, pero tiene un tío en Indias, y por eso...

—¿Qué me importa?—dijo con amargura la pupila.—Si mañana me escribe te prohibo que me des la carta...

—Pero...

—La... la quemarás, —balbuceó Rosa con voz ahogada.

—¡Señorita!—exclamó la sirvienta sorprendida.

—Debo... olvidar á ese hombre, —repuso la pupila.

Y se cubrió el rostro con las manos y dejó que saliesen de sus ojos abundantes lágrimas.

—¿Qué haceis?

—Déjame llorar... es el único consuelo que me queda...

—¡El único consuelo!... ¿Aun no me explicareis lo que tiene que ver el paje de don Fadrique con vuestro amor?

—Ya te he dicho que es un secreto horrible...

—Vos teneis celos...

—Soledad...

—Pero celos de un paje...

—No me preguntes.

—¡Que no os pregunte cuando de un solo golpe dais fin, no sólo á vuestra felicidad, sino á la mia!...

—Respetá mi dolor...

—Pues bien, —replicó la sirvienta con acento de ira y levantando la voz sin pensar que podía despertar á la dueña, —ya que de todas maneras hemos de quedar mal y sin conseguir nuestro deseo, me vengaré.

—¿Qué intentas?

—Os juro, á fé de Soledad, que he de armar un zipizape...

—¡Soledad!...

—Hoy mismo sabrán la señora Anastasia y la dueña que los engaña don Bartolo, y en cuanto venga mañana el organista...

—¡Dios mio!...

—No me ha de quedar nada por desembuchar.

—¿Has pensado las consecuencias?...

—Me pondrá vuestro tutor en lo ancho del rey; pero antes de irme le diré cuántas son cinco, que yo no me muerdo la lengua para decir verdades...

—Soledad, Soledad, —interrumpió asustada la pupila, —que vas á despertar á...

—¿Qué me importa? Al fin ha de saberlo todo. No tengo nada que temer porque puedo ir con mi cara descubierta.

— Calla.

— Señorita...

— Te lo mando... Te lo ruego...

—¿Quereis que se rian de mí?

— Quiero que al dolor no añadas el escándalo.

—¡Oh!... Callaré por hoy... y por mañana... pero si seguís firme en vuestro propósito de romper con don Fadrique solo porque tiene un paje...

— Véte, Soledad, te lo suplico.

—¿Pero en qué quedamos?

— Mi resolucion es irrevocable. Quemarás las cartas de don Fadrique.

—¿Qué perdereis por leerlas?

— El que ama es débil...

— Señorita, el que ama es muy fuerte porque todo sabe resistirlo.

—¡Cuántas infelices que se han perdido por escuchar, se hubieran salvado á cerrar los oídos!...

—¿Y para qué no los cerrásteis cuando os vinieron con el cuento del paje?

Soledad no parecia dispuesta á ceder el terreno, y razones sobre razones hubiera tenido para contestar á las de Rosa; pero la dueña se movió como si fuera á despertar, y la traviesa sirvienta, esperanzada de convencer á su señora, salió del aposento sin hacer el mas leve ruido.

Secó el llanto apresuradamente la pupila.

—¡Jesus!—dijo la dueña, abriendo los ojos.— Ya me iba viendo el sueño... Hace dos dias que tengo la cabeza atontada... Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Y continuó rezando.

Aquella noche ordenó don Bartolo que lo despertasen temprano á la mañana siguiente, porque tenia que ir á ver á la enferma recomendada por el sacristan, añadiendo que si este iba antes que él se levantase ó á media noche, no vacilaran para despertarlo, pues seria señal de que la paciente estaba en la agonía.

No fué á media noche don Basilio, pero á las siete de la mañana, ó poco mas, cuando Rosa y la dueña se acababan de vestir para ir á misa y el doctor pedia á toda prisa su capa y su sombrero y preguntaba si hacia mucho frio, sonó el aldabon y entró el organista muy sofocado y diciendo:

—Don Bartolo, no os detengais, os lo suplico...

—¿Qué sucede?

—¿No lo adivináis?

—¿Está peor?

—Quizás será tarde por pronto que llegueis.

—Mi capa, señora Anastasia, mi capa: hace una hora que la he pedido,—gritó el médico.

Salió de su aposento Rosa con la dueña y entró el ama de gobierno con el sombrero y la capa.

—¿Está peor esa pobrecita?—preguntó la vieja al sacristan.

—¡Oh!—exclamó este, haciendo uno de sus gestos favoritos.—¡Si la viérais!...

—¡Dios mio!...

Rosa palideció y no acertó á pronunciar una palabra.

—¿Vais ya á misa?—dijo don Bartolo.—Bien, saldremos juntos...

—No nos detengamos.

—¡Oh!—dijo para sí Rosa.—Fadrique estará en la calle, lo conocerá don Basilio y tal vez haga alguna indicacion á mi tutor...

Voy á salir de dudas... ¡Ah!... ¡Qué horrible debe ser un desengaño!... ¿Tendré fuerzas para resistir el golpe?... ¡Dios mío, tened piedad de mí!...

El sacristan habia visto ya al conde que esperaba cerca de la casa, y no cabia en sí de gozo al pensar en su triunfo.

—Vamos, —dijo con impaciencia el doctor.—Se muere esa desdichada.

Rosa no podia aun comprender que existiera un hombre tan depravado que sin respetar siquiera la agonía de su víctima preparaba á otra la misma suerte.

Salieron á la calle.

No hubieron andado cinco pasos cuando se paró el organista, estendió un brazo para detener tambien á don Bartolo, y haciendo un gesto de horror dijo:

—¡Ah!... Perdonad...

Todos se pararon.

—¿Qué sucede?—preguntó el médico.

—Aquí os dejo, —repuso don Basilio; —daré la vuelta por esa otra calle y os alcanzaré, don Bartolo.

—Pero...

—Allí está...

—¿Quién?

La pupila se estremeció convulsivamente, y por su rostro pálido corrieron algunas gotas de frio sudor.

—Es él, —dijo el organista á media voz y con acento de profundo espanto.—No quiero verlo...

—Explicaos...

—¡Qué horror!...

—¿Pero de quién hablais?—preguntó el médico con impaciencia.

—¿No veis aquel hombre?

—Sí...

—El infame... el vil seductor de esa pobre mujer que se muere...

Rosa exhaló un grito desgarrador, extendió los brazos, su cuerpo vaciló y cayó en brazos de su dueña y don Bartolo.

—¡Dios mio!—exclamó asustada la vieja.

—¿Qué es esto?—dijo el doctor, devorando con la mirada el rostro cadavérico de la jóven.

—Se muere...

—Agua...

—Á casa corriendo...

Y el sacristan, como si poseído del horror que el galan le inspiraba no se apercibiera de lo que sucedia, remangóse la capa y la sotana, y haciendo uso de sus larguísimas piernas, desapareció en dos segundos por el lado opuesto al en que se encontraba el conde.

Este, que habia visto caer desmayada á Rosa, comprendió lo que habia sucedido, dejó escapar un rugido de amenazante rabia, y sin pensar en que podia comprometerse y empeorar la situacion, lanzóse hácia los otros, mas con intento de castigar al organista que con el de socorrer á la jóven; pero tenia que andar un buen trozo de calle y vió frustrado su intento por las dimensiones y ligereza de las piernas del organista, no pudiendo tampoco acercarse á la jóven porque entre el doctor y la vieja la llevaron prontamente á la casa, y como el ama de gobierno, que habia cerrado la puerta, no habia tenido tiempo de alejarse, acudió en seguida y abrió al primer golpe y á los gritos de la señora Alfonsa, quedando el mancebo solo en la calle, aturdido, desesperado y sin saber qué hacer.

Pocos momentos despues se encontraba Rosa en su lecho, rodeada de todos los de la casa.

Pulsóla el doctor y mandó que le rociasen la cara con agua fria y le diesen á oler vinagre mientras él escribia apresuradamente una receta.

La dueña invocaba á toda la corte celestial y mandaba encender un trozo de cirio bendito.

La señora Anastasia no hacia mas que decir:

—Bien... Frescos estamos... ¿Pero qué ha sucedido?

Y Soledad callaba y lanzaba al descuido miradas de siniestra intencion al médico.

Acabó de escribir don Bartolo.

El ama de gobierno salió de casa con la receta.

—¡Santa Rita, abogada de los imposibles!— exclamó la señora Alfonsa.

Y mirando á la mesa, añadió:

—¿Pero en qué piensas, Soledad, que aun no has encendido el cabo del Santísimo?

—Pienso en que el diablo se ha empeñado en tirar de la manta.

—¡Jesus!... ¿Qué quieres decir?

—Que hace unos dias está la casa hecha un infierno.

—Calla, habladora,—dijo don Bartolo.

—¡Ay, señor!— exclamó la dueña, cruzando las manos y mirando al médico.—¿Pero es cosa de cuidado?

—Nervioso...

—Parece que está muerta...

—Parece mucho, pero no es nada.

—¡Dios mio!

—La vereis buena como por encanto apenas tome unas gotas de éter sulfúrico.

—Estaba buena, y tan repentinamente...

—¡Oh!—dijo con énfasis don Bartolo,—los nervios presentan fenómenos muy raros...

—Siempre los pícaros nervios.

Rosa exhaló un suspiro.

—Ya resucita,—dijo la vieja.

—Ahora llorará,—repuso el doctor.

—¿Cómo lo sabeis?

—Es un síntoma infalible de las crisis nerviosas.

Volvió á suspirar la pupila y abrió los ojos.

—Rosita, ¿cómo te sientes?—le preguntó el médico con dulzura.

—¡Ah!—murmuró la jóven, haciendo un penoso esfuerzo y mirando á su alrededor.—¿Dónde estoy?

—¿No lo ves? En tu cama...

—El pecho... apenas puedo respirar... y la cabeza... ¡Ah!...

—La contraccion nerviosa... Pero no es nada... Ya han ido por un medicamento que al instante te pondrá buena...

—Me parece que he soñado,—dijo Rosa con débil voz.—Dejadme... Estoy triste...

—No te muevas...

—Dejadme... ¡Oh!... Quiero estar sola...

—Rosita mia...

—Os lo suplico,—dijo la infeliz jóven, oprimiéndose el pecho. Sufria horriblemente y apenas podia contener el llanto.

—¡Dejarte sola!...

—Sí, sí... Ya estoy buena...

—No.

—Algo fatigada... Dejadme descansar...

—Así que tomes el éter...

—No me deis nada...

—Llora si quieres: las crisis nerviosas...

—Dejadme... ¡Oh!... ¡Dejadme sola!—exclamó la infeliz, haciendo un esfuerzo.

Don Bartolo, que conocia mejor que nadie el estado físico y moral de la jóven, ordenó que la dejaran porque sabia que el desahogo del llanto habia de hacerle mucho bien.

Cuando Rosa quedó sola corrió por sus mejillas un raudal de lágrimas.

—¡Gracias, Dios mio, por este llanto consolador!—exclamó.

Pasóse las manos por la frente, oprimióse el pecho y añadió:

—¡Pobre corazon mio!... ¡Cómo te han hecho pedazos sin compasion!... ¡Qué amargo, qué horrible es un desengaño!... ¡Qué dolorida queda el alma cuando se desvanece la primera ilusion!... ¡Ah! La primera ilusion es un ensueño celestial, y soñar con el cielo para despertar entre las miserias del mundo, es encontrar el tenebroso y frio sepulcro donde se busca la risueña vida.

Calló la desdichada.

Sus lágrimas corrieron y en vano su voluntad luchó tenaz y dolorosamente con su pasion.

No podia olvidar al hombre que la mataba con un desengaño.

El medicamento recetado por don Bartolo llegó; pero no era éter sulfúrico lo que necesitaba Rosa.

Su enfermedad estaba en el alma y su curacion en la muerte.

Don Bartolo no salió de casa.

—Antes que todo es mi Rosita,—dijo.—De todas maneras es imposible salvar la vida de esa pobre mujer.

Cuando llegó el barbero le abrió la puerta la señora Anastasia y le dijo:

—No hagais ruido...

—¿Pues qué sucede?

—Doña Rosa está enferma.

—¡Enferma!... ¿Qué tiene?

—Le dió un desmayo al salir de casa para ir á misa.

—¿Pero es cosa de cuidado?

—Dice don Bartolo que no.

—Me tranquilizo.

—Le ha dado una cosa que se llama... no me acuerdo.

—Os explicais bien.

—No soy doctora.

—¿Pero por qué le ha sucedido eso?

—Por nada, porque se ha desmayado como sucede cada dos por tres á las jóvenes de ahora, que son de alfeñique.

—Quedo enterado.

—Yo me entiendo, señor Fígaro.

—Buen provecho, señora Anastasia,—dijo el barbero.

Y como de costumbre, dejó atrás al ama de gobierno, subió ligera aunque silenciosamente, y encontró en la sala á Soledad.

—Tengo que hablarte...

—No puede ser... El asunto va mal... ¡Ay, Fígaro!...

—Es preciso que hablemos...

—Hoy no.

—Mañana...

—Como ayer...

—Bien.

Fígaro entró en el aposento de don Bartolo, y la doncella en el de Rosa.

Cuando llegó la señora Anastasia no los encontró.

---

## CAPÍTULO XXVII.

De cómo creyeron todos haber hecho mucho y no hicieron nada.

Rosa hizo todos los esfuerzos imaginables para aparentar que su dolencia había cesado y evitar que le obligasen á estar en la cama; pero en realidad no había disminuido su dolor, sino que aumentando por instantes, la infeliz se sentía cada vez mas atormentada. Ora, abandonándose á su pesar, lloraba y pedia la muerte, ya, despertando su amor propio herido, intentaba despreciar al conde, y siempre, luchando su voluntad con su pasión, sufría horriblemente sin encontrar alivio ni consuelo. ¿Cómo olvidar al hombre que la había engañado? Y aun olvidándolo, había perdido una ilusión, y el vacío de una ilusión que se pierde se llena solo con la hiel del desengaño.

Al fin Rosa era mujer, y como tal débil y orgullosa; pero en aquellos primeros momentos de escitacion, mas que abatirse débil, escuchó los consejos de su orgullo, y pensó que, puesto que de todas maneras Fadrique no había de amarla, debía evitar que la despreciase y aun hacerle comprender que nunca lo había amado.

Sin embargo, antes de tomar esta resolución, habia comenzado á escribir una carta, quejándose de su desdicha, pintando con vivos colores su dolor y echando en cara al conde la fealdad de su conducta; pero temió que esto rebajase su dignidad, y entonces resolvió cortar con el galan todo trato no escribiéndole ni leyendo sus cartas.

—¡Oh!—exclamó despues de dos horas de continuado llanto.—Moriré, pero sin exhalar una queja, sin que nadie adivine que el recuerdo de ese hombre está grabado en mi corazon sin que mi voluntad baste á borrarlo.

Poco debia durar esta falsa energía; pero entre tanto, cometiéndose locura tras locura, la desgraciada jóven llamó á su doncella y le preguntó:

—¿Ha escrito don Fadrique?

—Sí,—respondió Soledad, sacando del pecho un papel arrugado.

—¿Por qué no has cumplido mis órdenes?—dijo severamente la pupila.—Te mandé quemar esa carta.

—Como eso podia hacerse á todas horas, esperé por si...

—Basta,—replicó ásperamente Rosa.

—Señorita...

—Dame ese papel...

—Tomad...

Rosa tomó la carta, y haciendo un gesto doloroso, la rompió en menudos pedazos que arrojó lejos de sí.

—¿Qué haceis?—dijo la sirviente, intentando detener á la pupila.—¡La habeis roto cuando tal vez daba esplicaciones que hubieran sido nuestra salvacion!...

—¡Nuestra salvacion!—repitió Rosa con amarga ironía.

—¡Ay, señorita de mi alma!—dijo tristemente Soledad.—

¿Por qué me ocultais el motivo de vuestra determinacion? Os engañan...

—¿Qué me importa?

—¡Que no os importa vuestro amor!...

—He preguntado á mi corazon... Me habia engañado... No amo á don Fadrique...

—¡Que no lo amais!...

—No,—baluceó Rosa.

—Perdonadme, pero...

—Soledad, tu intencion es buena y la agradezco; pero estás equivocada...

—Que pregunten á vuestros ojos, á vuestra cara...

—Estoy enferma.

—Ayer deciais que os era imposible olvidar á don Fadrique...

—Las mujeres somos mudables.

—Las mujeres morimos antes que confesar que nos han engañado.

Rosa no acertó á responder.

—Señorita,—repuso la sirviente con acento de profunda ternura,—ya sabeis que os quiero como si fuéreis mi madre...

—Basta... basta...

—¡Oh!...

—Déjame,—replicó la pupila, haciendo un doloroso esfuerzo.

—Pero...

—¿Y don Bartolo?

—En su habitacion.

—Díle que quiero hablarle.

—Intentais alguna locura...

—Te pordono porque conozco tu cariño y lealtad.

—¡Y ese pícaro organista!...

—Avisa á don Bartolo.

Soledad salió rechinando los dientes y apretando los puños.

Pocos momentos despues entró el doctor.

—¿Me llamas, Rosita?—preguntó con acento melífluo.

La sonrisa de don Bartolo produjo en Rosa el mas desagradable efecto: nunca como entonces le habia inspirado tanta repugnancia el viejo, y es imposible comprender lo que sufrió la infeliz para llevar á cabo la loca determinacion que acababa de inspirarle su desesperacion.

Por algunos momentos no pudo contestar: sus miembros temblaron convulsivamente, y sin valor para mirar frente á frente al médico, bajó los ojos y dijo:

—Sí, quiero hablaros.

—Ante todo: ¿cómo te sientes?

—Bien... estoy completamente buena...

—Veamos el pulso... Aun está nervioso... algo febril... Pero no hay cuidado... Sigue con los calmantes que te he recetado... no te incomodes por nada y mañana te encontrarás en perfecto estado de salud.

—Gracias.

—¿Con que querias decirme?...

—Que... he pensado en...

—¿Nuestra boda?—preguntó vivamente el doctor á la vez que brillaban sus ojuelos.

—Sí,—dijo Rosa, como si con esta palabra le arrancasen el alma.

Y aumentó su palidez y se oprimió mas su agitado pecho.

—Supongo,—repuso el médico,—que mis razones te habrán convencido...

—Sí,—contestó la jóven con voz ahogada.

—¿Es decir?...

—Que podeis... disponer... para cuando gusteis...

—¡Ah!...

—Y cuanto mas pronto...

—¡Dia feliz!—exclamó don Bartolo.

Y su abultado rostro se puso amoratado como una remolacha, y sus ojuelos, revolviéndose en sus órbitas, relumbraron como dos luces y lanzaron sobre la pobre niña una mirada de repugnante pasión mientras se adelantaba, estendiendo los brazos para coger una de las manos blancas y tersas del objeto de su desvarío.

No hubiera podido buscarse mas exacta representacion de un horrible sátiro que don Bartolo en aquellos momentos, ó si por su descomunal barriga no parece muy de molde la comparacion. puesto que generalmente son enemigos el sensualismo y la obesidad, diremos que solo le faltaba despojarse de su leviton y chupa y coronarse con algunas hojas de vid para representar á Baco en su embriaguez y tentaciones de retozo con las nueve bellezas del Pindo.

Rosa no pudo contener un grito de horror y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ah!—exclamó el vejete, postrándose de hinojos á guisa de romántico galan de novela.—¡Ese rubor aumenta tu belleza y me enloquece mas!... ¡El volcan de mi pasión me abrasa!... Parece que por mis venas circula ardiente vitriolo, y mi corazon duplica los latidos como agitado por mortal aneurisma. ¡Rosa, Rosa!... En estos momentos está completamente trastornada mi economía... No es el organismo humano para recibir estas sensaciones; asusta la tension de mis músculos... Hasta el cabello se me eriza de gusto, de felicidad... ¡Me muero de amor!...

—¡Ah!—exclamó Rosa con acento de profunda repugnancia.—Dejadme... os lo ruego... ¡Por compasion!...

—Perdona,—dijo el médico, levantándose y limpiándose el sudor que corría por su frente.—No he pensado, pobrecita mia, en que eres criatura débil y puede sucumbir tu virtud atropellada por la pasión... ¡Paloma inocente, mansa cordera!... He herido las fibras mas sensibles de tu corazón ardiente y enamorado... Yo soy mas fuerte que tú y debo darte el ejemplo...

—Dejadme,—murmuró la jóven.

—Adios, Rosa de Jericó, guarda el aroma de tus estambres para este enamorado lirio que te ofrece sus hojas de terciopelo.

Y el ridículo vejete salió del aposento, diciendo para sí:

—He logrado entusiasmarla, arrebatarla. Esto debería yo haberlo hecho antes, porque Rosa es una niña y á su edad las mujeres no se entusiasman si no les hablan con el lenguaje poético del amor. Ella creería que yo no servía para el caso; pero cuando se ha convencido de su error no ha podido resistir.

Cuando Rosa estuvo sola se pasó las manos por la frente, miró á su alrededor con espanto, oprimióse el pecho, y exhalando un penoso suspiro, exclamó:

—¡Dios mio!... ¿Qué he hecho?... ¡Ah!...

Y se abrieron desmesuradamente sus ojos, se contrajo su frente y sus crispadas manos se levantaron al cielo.

—¡Quitadme la vida!—exclamó con desgarrador acento.

Hasta entonces no comprendió la infeliz toda la importancia de la locura que acababa de cometer.

Soledad, que segun su costumbre habia escuchado la conversacion, entró en el gabinete, y con el coraje de quien está desesperado, dijo:

—¿Qué habeis hecho?... ¡Oh!...

No le quedaban á Rosa fuerzas para fingir, y sin responder inclinó la cabeza sobre el pecho, se cubrió el rostro con las manos y dejó correr nuevamente sus lágrimas.

—Bien,—añadió la sirviente,—ahora ya puedo hacer lo que quiera: habeis determinado por vuestra parte, y yo obraré por la mia.

—Soledad...

—No os casareis con don Fadrique, pero juro por estas cruces de Dios,—replicó la doncella, cruzando las manos y besándolas,—juro que tampoco ha de ser vuestro marido ese viejo asqueroso, hipócrita y avariento.

Y salió del gabinete.

Difícilmente se desenredaria el enredo, y segun el estado en que se encontraba Rosa, habia muchas probabilidades de que el cuento inventado por el sacristan se convirtiese en verdadera historia, siendo la víctima la enamorada jóven.

No habia dado el sacristan á su intriga toda la importancia que tenia; no habia creído que pudiera costar la vida á Rosa, sino que esta, á costa de sufrir mas ó menos, acabaria por olvidar al galan misterioso.

¿Qué iba á suceder?

En vano intentaria Soledad poner remedio, introduciendo la discordia entre el doctor, don Basilio, la dueña y la señora Anastasia; esto no habia de hacer olvidar á Rosa la historia horrible de la pobre mujer que, como ella, moria víctima de un desengaño y deshonorada: las protestas y esplicaciones del conde no tendrian valor en sus labios; para inspirar confianza á la pupila, para cicatrizar la herida abierta en su corazon, era preciso que el sacristan confesase que su acusacion era una calumnia, lo cual no haria jamás.

El conde habia vuelto á su casa ciego de ira, desesperado, y desde que entró no dejó pasar tres minutos sin preguntar si el barbero habia llegado.

Fígaro se presentó al fin, no sin temor al enojo del noble manco, pues aunque no sabia todo lo que habia sucedido, le bastaba para comprender el mal las indicaciones de la sirvienta y el que don Bartolo, al preguntarle por la salud de su pupila, hubiera constatado que el mal era solo una alteracion nerviosa y pasajera, un vahido que á la jóven habia dado al salir de casa.

—¿Cómo está Rosa? ¿Qué has hecho? ¿Qué sabes?—preguntó Almaviva con violenta agitacion apenas Fígaro entró en el aposento.

—Malo,—dijo para sí el barbero, fijando en el rostro del conde su penetrante mirada.

Y luego, para conjurar la tormenta, añadió en voz alta:

—Perdone vuestra señoría que le diga que así nada adelantamos: ó se modera vuestra señoría...

—¡Fígaro!—replicó el de Almaviva, lanzando sobre el barbero una furiosa mirada.

—Dentro ó fuera, señor.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy sencillo.

—Mira que estoy desesperado, loco...

—Ya lo veo,—repuso Fígaro,—y como no quiero pagar ajenas locuras...

—¿Tú tambien has perdido el juicio?—dijo el conde, cuyos pensamientos cambiaron naturalmente al verse acusado, atacado tan de frente cuando intentaba acusar y atacar.

—Si quiere vuestra señoría mandarme, obedeceré, y entonces no seré responsable de nada; pero obligarme á responder, qui-

tándome la libertad de obrar y deshaciendo lo que hago, ni es justo ni razonable.

—¿Pero qué te he prohibido hacer ni qué he deshecho?

—Me dió vuestra señoría tres días para poner en claro lo que sucedía, y antes de concluir el plazo, sin saber mi opinión en cuanto á que se presentase vuestra señoría á doña Rosa, va, la mira, la sigue...

—Fígaro...

—Sé que doña Rosa se ha desmayado al salir de casa.

—Pero ignoras que la acompañaban el sacristan y su tular, que me miraron, y sin duda al decir «aquel es el mismo de quien tal ó cual cosa se cuenta,» exhaló Rosa un grito de espanto y quedó sin conocimiento. ¡Oh!... El miserable que sin duda me ha calumniado, huyó y no pude alcanzarle...

—¿Es decir, que corrísteis tras él?

—Pero en vano.

—Otra locura,—replicó Fígaro con firmeza.

—¡Oh!... Cuenta con mi enojo...

—Señor, vuelvo á la mía: dentro ó fuera de una vez.

—¡Vive el cielo!... ¿Quiero acaso otra cosa?

—Pues bien, dejadme hacer aquello que se me antoje, esperad el resultado...

—¡Esperar!...

El barbero se encogió de hombros y se cruzó de brazos con una calma admirable.

—¿Pero qué piensas hacer?—dijo el conde.

—Señor, uno de nosotros ha de mandar y el otro obedecer ciegamente. Dejo á vuestra señoría la eleccion.

El de Almviva meditó algunos instantes y luego dijo:

—Yo obedeceré.

—Entonces respondo del resultado. Para desbaratar la intriga solo me falta conocerla.

—¿Qué he de hacer?

—Comer, dormir y pasearse, menos por la calle de doña Rosa.

—¿Y escribirle?

—Tampoco.

—¿Y hasta cuándo estaré así?

—Hasta pasado mañana.

El conde hizo un gesto de resignacion porque nada mas podia hacer.

No pronunció una palabra, porque nada tenia que decir.

Fíguro habia parado hábilmente el golpe que le amenazaba.

—¿Está conforme vuestra señoría?

—Sí,—respondió el conde mientras miraba distraidamente las movibles llamas de la chimenea.

—Guarde el cielo á vuestra señoría,—repuso el barbero.

Y aprovechó aquellos instantes para irse, dándose el parabien por el resultado que habia conseguido.

Apenas estuvo en la calle cambió la espresion de su rostro; ya no necesitaba aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir, y su frente se contrajo, apretó los puños y con voz reconcentrada por el coraje juró y maldijo cien veces.

No atormentaba á Fíguro solamente el temor de perder lo que el conde le habia prometido, sino tambien el verse burlado por el organista, lo cual mortificaba su vanidad porque era la primera vez que se habia visto vencido en semejantes luchas.

El barbero era de parecer que el remedio de todos los apuros estaba en el fondo de una botella de Jerez ó Manzanilla, y que por consiguiente era preciso vaciar esta si queria encontrarse aquel. Consecuente con sus principios, pasó, pues, gran parte del dia en

la taberna, bebiendo, meditando y convenciéndose al fin de que si el vino no le sacaba del lance al menos le disminuía la tristeza.

En cuanto á Rosa, con pretesto del dolor de cabeza, consiguió que la dejasen sola muchos ratos y que no le hablasen sino lo preciso. Á medida que pasaba el tiempo iba sintiendo la enervacion consiguiente á la anterior escitacion y aumentaba su sufrimiento, ya porque las fuerzas no podian resistir tanto, ya porque además del agudo dolor del desengaño le horrorizaba el paso que habia dado con don Bartolo. Tarde se habia arrepentido. Veinte veces estuvo para confesar á Soledad el misterioso motivo de sus quejas contra el conde; pero aun quedaban á su orgullo algunas fuerzas y guardó silencio.

El doctor no salió de casa en todo el dia: dedicó sus cuidados á Rosa.

Don Basilio fué tres veces para informarse de la salud de la pupila: habló poco con el médico; pero aprovechó las palabras y las visitas, pues la última vez salió con un doblon en el bolsillo.

—¡Hombre singular!—le habia dicho don Bartolo en el colmo de su entusiasmo.

—¿Pues qué,—respondió el organista, haciendo cómicos ademanes,—habia de jugar conmigo ese mozalvete?

—Pero si hubiérais visto á Rosa turbada, arrebatada, fascinada cuando me arrojé á sus piés y le hice una pintura de mi amor...

—Así son las mujeres, os lo tengo dicho, no les deis sacrificios, sino palabras, porque su corazon se alimenta con la música de cuatro necesidades.

—Es verdad: hoy me he convencido: el desden de Rosa se convirtió en fuego con mis exclamaciones, hasta tal punto que si yo hubiera sido un hombre de mala fé, hubiera la pobrecilla sucumbido á mi seduccion.

—Y como vos sois maestro...

—Sin embargo,—repuso don Bartolo sin comprender que el sacristan se burlaba,—ya hacia mucho tiempo que yo no hacia uso de mi elocuencia en asuntos de amor.

—Lo que bien se aprende tarde se olvida. Y á la edad de doña Rosa, en que es fuego el corazon, el alma, la sangre...

—Me parece que aun estoy oyendo sus palabras. «¡Dejadme por compasion!» exclamó con un acento que queria decir: «No puedo mas: tened lástima de mi debilidad.»

—Pues ahora no dejeis pasar la ocasion. Las mujeres tienen un cuarto de hora, y si no se aprovecha...

—Mañana mismo empezaré á ocuparme de los papeles necesarios para realizar la boda, y dentro de pocos dias...

—Nos casaremos,—dijo el sacristan para recordar sus compromisos al doctor.

Este, para evitar que se tratase de la señora Anastasia, cuyo asunto presentaba tan mal aspecto, se levantó, abrió su papelera, y sacando de un cajoncito un doblon en oro, lo dió á don Basilio, diciéndole:

—Tomad, amigo, no como recompensa de vuestros servicios, sino para que podáis celebrar el dia de hoy.

—En ese concepto lo tomo,—dijo el sacristan, guardando la moneda mientras sus ojos relumbraban.—Por lo demas, ya conoceis mi desinterés...

—No hablemos de eso.

—Gracias, mi generoso amigo.

—Voy á ver cómo sigue Rosa.

—Y yo á dar la última leccion de clavicordio.

Cuatro de nuestros personajes no durmieron aquella noche.

Á Rosa y el conde los desveló su dolor.

Á Soledad el coraje.

Á don Bartolo la alegría.

Fígaro cerró los ojos por la virtud del Jerez.

El sacristan se habia comido diez docenas de caracoles y apurado un jarro con honores de tinaja, y durmió profundamente.

La dueña tenia el activo narcótico de sus camándulas y durmió tambien.

Y la señora Anastasia, molida de ir y venir con brevajes, se entregó á un sueño reparador.

---

---

## CAPÍTULO XXVIII.

Se aclara el misterio

Nunca tuvo ocasión Soledad de hablar á Figaro como á la mañana siguiente: nadie se acordaba de ella porque todos se ocupaban de Rosa.

Á la hora en que debía llegar el barbero bajó la sirviente y abrió silenciosamente la puerta.

No esperó muchos minutos.

Figaro llegó.

Aquel día no estaban para requiebros: era la situación demasiado apurada y desde luego entraron en materia.

—Estamos perdidos,— dijo Soledad.

—Ya sé lo del desmayo— respondió Figaro.

—Doña Rosa está desesperada, y sin duda para vengarse de don Fadrique...

—¿Pues qué le ha hecho para que quiera vengarse?

—¡Si yo lo supiera!...

—¿Con que no has averiguado nada?—dijo el barbero con acento de desden.

—Fígaro,—replicó vivamente Soledad,—tengo la sangre quemada, y si tú también...

—No te enfades, pero...

—¿Te parece que he hecho poco?

—Como no me has dicho todavía lo que has hecho...

—Si no me dejas abrir la boca.

—Soledad, vamos al grano: tú tienes la sangre quemada y yo tengo desde ayer el demonio en el cuerpo, solo de pensar que ese organista se ha burlado de mí.

—Déjalo, que arrieros somos y en el camino nos encontraremos.

—En fin, dime lo que ha hecho doña Rosa para vengarse.

—Como ha perdido el juicio, por dar en la cabeza á don Fradrique se ha dado ella misma.

—Todas las mujeres son locas.

—Fígaro, déjate ahora de indirectas y no me tientes la ropa porque...

—Tú no eres mujer.

—¡Fígaro!

—Quiero decir que... no te pareces á las demás, porque si fueras lo mismo me hubiera guardado muy bien de decirte los ojos tienes negros.

—Entonces has encontrado muchas como yo...

—Al grano, Soledad. ¿Qué ha hecho doña Rosa?

—Una friolera... ¡Oh!... ¡Si estoy hecha un veneno!...

—¿Quieres acabar?

—Doña Rosa, sin mas rodeos, ha dicho á don Bartolo: «Disponed nuestra boda, y cuanto mas pronto, mejor.»

—¡Soledad!— exclamó Figaro, palideciendo de sorpresa y coraje.

—Como lo oyes.

—¡Oh!...

—¿Tengo razon para estar achicharrada?

—Permita Dios que á ese maldito organista se le vuelva una vibora cada trompeta del órgano.

—¡Ay, Figaro!

—Esto va á acabar en tragedia.

—Si doña Rosa se casa con el viejo y no le arrancas la lengua al sacristan, ponte una basquiña, porque no eres hombre.

—Arrancársela y hacerle que se la coma despues.

—Es menester que inventes una de las tuyas para salir del apuro.

—Pero necesito saber lo que á doña Rosa se le ha metido en la cabeza.

—Hasta ahora, por no confesar que la han engañado, calla; pero como la conozco, te aseguro que no pasará el dia sin que me lo diga todo.

—¿Así lo crees?

—Toda la noche la ha pasado en vela, llorando y dando vueltas en la cama. Se durmió al amanecer, y cuando hace una hora despertó y le pregunté si estaba mas aliviada, me respondió: «Mi alivio no puede ser mas que la muerte.» Le dije entonces que si habia perdido la cabeza, y suspirando tristemente contestó: «Lo que he perdido es mi mas querida, mi única ilusion: este desengaño acabará conmigo.» Quise preguntarle mas; pero entró la pícara vieja, luego el sapo de la señora Anastasia y don Bartolo, y tuve que salirme.

—Estraño,— dijo el barbero despues de reflexionar algunos

instantes, — que la carta de ayer de don Fadrique no le haya hecho cambiar de opinion.

— ¡La carta!

— ¿No la recibistes?

— Sí; pero me mandó doña Rosa quemarla.

— ¿Y lo has hecho?

— ¿Acaso soy tonta?

— Soledad, vales un Perú.

— No la quemé; pero doña Rosa, sin leerla la hizo mil pedazos.

— Ahora comprendo... Si hubiera leído la carta...

— ¿Pues qué decía?

Fíguro refirió detalladamente lo que había sucedido al sacristan cuando siguió al conde.

— ¡Ah! — exclamó la sirvienta. — ¿Quién duda entonces que ese tunante ha inventado algun cuento contra don Fadrique?

— Y como no sabe quién es, para dar sus señas mas fijias, habrá hablado del paje.

— ¡Nos hemos salvado!

— ¡Dios te oiga!

— En cuanto sepa doña Rosa todo eso, comprenderá la intriga...

— Siempre le quedará alguna duda. Las mujeres no se convencen fácilmente.

— Eso queda á mi cuidado.

— Empiezo á tener esperanza.

— Lo que importa es que empiece á escuchar las razones de don Fadrique, y luego...

— Al menos ganaremos tiempo.

— ¡Me has dado la vida!...

- Soledad, mucho sentido...
- Ya sabes que nací en Triana.
- Bien puedes jurar que don Fadrique adora á doña Rosa.
- ¿Qué dice de todo esto?
- Está fuera de sí.
- ¡Pobrecito!
- Y le costará la vida...
- Aprende, Fígaro.
- ¿Eso me dices cuando por tí me he metido en este enredo?
- Y si salimos mal...
- Saldremos bien, porque en el último apuro haremos cualquiera barbaridad.
- Á todo estoy dispuesta por tí.
- Esta tarde volveré, porque no debemos perder el día.
- ¿Á qué hora?
- Á la que quieras.
- Después de comer bajaré, porque entonces suelen dormir don Bartolo y la dueña.
- Aquí me tendrás á la una.
- No vengas hasta las dos.
- Bien.
- Véte, Fígaro.
- ¡Que me vaya!...
- Es decir, yo cierro...
- Esperaré un poco y llamaré.
- Adios...
- ¿Así te vas?
- ¿Tienes algo mas que decirme?
- ¿Por qué no me preguntas si quiero algo mas?
- Estoy de prisa...

El barbero no dijo mas; pero se despidió de la doncella con demostracion tan espresivamente cariñosa, que ella dijo:

— Traidor.

Y cerró la puerta.

— Entre col y col, lechuga, — murmuró Figaro.

Soledad no se equivocaba al creer que al fin Rosa le comunicaria la causa de su pesar.

Lo que todos tomaban por tranquilidad de la pupila, no era sino la debilidad consiguiente á su estado: habia agotado sus fuerzas en pocas horas, y como ya dijimos, algunas veces su orgullo de mujer estuvo para darse por vencido ante el dolor. Momentos hubo en que deseó encontrarse á solas con su doncella para revelárselo todo; pero este deseo cambiaba cuando se presentaba la ocasion, y entonces evitaba lo que antes habia buscado.

En tales alternativas, á cual mas dolorosa porque todas eran hijas de una angustiosa incertidumbre, pasó la mañana.

Despues de comer, Rosa pidió que la dejaran sola, lo cual le fué concedido por su tutor, que ya nada temia del rival de las billas de diamantes.

La dueña, en un rincon de la sala se puso á rezar, empezando por *el pan nuestro* y acabando por *el sueño de cada dia*.

Don Bartolo, con pretesto de *reposar la comida*, se metió en su aposento, arrellanóse en un sillón, y entregándose á meditaciones risueñas sobre su amoroso triunfo, cerró los ojos y quedó tambien dormido.

La señora Anastasia se encerró en la cocina, hablando sola segun su costumbre, y entonces Soledad, diciendo,

— Esta es la mia,

Entró en el gabinete de Rosa.

Ambas se contemplaron por algunos instantes.

Los ojos de la sirvienta chispeaban de alegría.

Los de Rosa tenían toda la languidez de su profunda tristeza.

—¡Se acabaron las penas!— exclamó Soledad.— Todo está descubierta...

—¡Soledad!— dijo la pupila, fijando en su criada una mirada afanosa.

—Si hubiérais leído la carta de don Fadrique ya estaríais bailando de contento; pero no quisísteis hacerme caso...

—¿La carta de Fadrique?— interrumpió vivamente Rosa.

—Sí, la que ayer rompísteis... ¡Lo que he sabido!...

—Habla, Soledad..... ¡Ah!..... ¡Si comprendieras lo que sufro!...

—¿Y por qué? Don Fadrique os ama, os adora, está loco, desesperado desde ayer; reniega de su estrella, de su vida, y... ¡hasta ha llorado el pobrecito!— dijo tristemente Soledad.

—¡Oh!...

—Perdonadme, señorita, si os acuso de haber obrado de ligero y sin tener en cuenta mas que lo que os haya dicho el organista.

—Soledad, te ruego que te expliques...

—¿Cómo si antes no me decís por qué habéis dado á don Fadrique el pasaporte?

—Si lo ignoras, ¿por qué acusas á don Basilio? ¿Por qué dices que todo lo comprendes? ¿Qué has sabido entonces que tanto te alegrá?

—¿Tambien desconfiais de mí?

—Te engaña tu deseo...

—Vos sois la engañada.

—Intentas consolarme; pero en vano: á tu perspicacia no se oculta mi mal... ¡Ah!— exclamó Rosa, oprimiéndose el pecho y

exhalando un suspiro.—No puedo rebajarme á tus ojos porque me amas...

—¿Habeis podido dudarle un instante?

—Tu cariño y tu lealtad no merecian la reserva que he guardado...

—Señorita...

—Perdóname, Soledad...

—¿Á qué viene todo eso?—replicó la sirvienta con voz ahogada.

—Tú, siempre dispuesta á sacrificarte por mí...

—¡Oh!—exclamó la doncella sin poder evitar que se humedeciesen sus ojos.—Me hacéis llorar de... coraje...

—De ternura, porque es bueno tu corazon... Lloro, que tus lágrimas me consuelan y las mias alivian mi dolor.

Rosa dejó tambien que de sus negros ojos saliese el llanto.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Soledad,—dijo al fin la pupila, secándose los ojos y con acento sombrío.—Voy á decírtelo todo, quiero que sepas...

—Sí, sí; nada me oculteis.

—¿Sabes quién es Fadrique?

—¿Quién?—preguntó con viva curiosidad la sirvienta.

—Un infame sin corazon...

—¡Señorita!...

—Á estas horas estará exhalando el último aliento una infeliz á quien ha engañado vilmente,—repuso con exaltacion la pupila,—á quien ha deshonrado y abandonado...

—¡Oh!...

—Y la desdichada morirá como yo...

—¿Qué estais diciendo?

—Y él la ve morir con indiferencia...

—¿Estais loca?

—¡Estoy desengañada!—dijo Rosa con acento de dolorosa amargura.

—Eso no puede ser verdad; lo sabria Figaro, y por consiguiente...

—Es demasiado cierto.

—No lo creo, señorita.

—Tengo pruebas.

—¡Pruebas!—repitió Soledad, cuya frente se contrajo.

—Sí.

—Os han engañado.

—No han podido engañarme.

—Hablais como si lo hubiéscis visto...

—Esa historia horrible...

—¿Quién os la ha contado?

—Nadie. Por una casualidad he sorprendido el secreto.

—¿Pero las pruebas?...

—La prueba está en que se han ocultado de mí para referir ese triste suceso, y por consiguiente no han podido llevar la mira de engañarme.

—Todo eso es una invencion del sacristan.

—¿Con qué fin?

—Con el de vengarse de don Fadrique.

—¡Vengarse cuando ni siquiera lo conoce!...

—¡Que no lo conoce!... Estais equivocada.

—¿Cuándo lo ha visto?

—Un dia que don Fadrique estaba en la calle, mirando á las ventanas y oyéndoos tocar el clavicordio, llegó el organista, y sin duda por las señas de la señora Alfonsa, que debe irse derechita á los infiernos, lo conoció y lo siguió para averiguar quién era.

—Prosigue, —dijo afanosamente la pupila.

—Don Fadrique conoció el juego, y como no tiene un pelo de tonto, disimuló, siguió hasta salir de la ciudad y allí se reunió con ese paje que se llama Querubin y otro criado, que lo aguardaban con dos caballos.

—Todo eso...

—Don Fadrique y su paje montaron á caballo y se fueron, y entonces el organista siguió al otro criado para sacar el ovillo por el hilo.

—¿Y despues?

—El criado de don Fadrique, que ya sabia lo que habia de hacer, cuando se cansó de dar vueltas por las calles, se detuvo, compró una buena vara de acebuche y se volvió contra el curioso sotana para molearle los huesos.

—Bien, —dijo Rosa, escuchando con mas afan cada vez.

—Como don Basilio es maestro de música y está acostumbrado á dar lecciones de solfeo, no quiso recibirla, y poniendo piés en polvorosa huyó como alma que lleva el diablo. Entonces el criado de don Fadrique gritó: «¡Al loco, al loco!» y los muchachos dieron á correr tras el sacristan, apedreándolo hasta que se refugió aquí.

—¿Seria aquella mañana que vino tan sofocado?

—La misma.

—¡Ah!...

—Ignora el nombre de don Fadrique y por eso estoy segura que no habrá hecho mas que dar sus señas y las del paje.

—No te equivocas.

—Ya veis que todo ha sido una intriga de ese tunante y vuestro tutor.

—¿Pero entonces por qué se ocultaron de mí? Don Basilio

refirió la historia de esos amores, pero apenas empezó, don Bartolo me mandó salir de la sala...

—¿Y esa es la prueba de que hablais?—dijo Soledad, riendo.—No os conozco, señorita; esa torpeza... ¿Acaso no sabe don Bartolo que las mujeres somos curiosas y que hablais de escuchar la conversacion?

—¡Dios mio!—exclamó Rosa.—¡No me dejéis entrever un rayo de esperanza si luego ha de desvanecerse!...

—¡Un rayo de esperanza!... ¿Todavía dudais?

—Sí...

—¿Es posible?

—¡Ah!... ¡Otra lucha!...

—¿No os convencen mis razones? ¿No os convencen los hechos?

—No lo sé...

—Si el pesar no os ha trastornado el juicio...

—Pero esa horrible calumnia...

—Inventada por el maldito sacristan para vengarse.

—¿Es posible que don Basilio abrigue un alma tan ruin?

—¿Y es posible que don Fadrique sea tan descorazonado que mientras que por su causa se moria una mujer, se divertiera en galantear á otra?

—¡Oh!...

—Responded.

—Dudo, Soledad, dudo...

—Dudad entonces que ahora es de día...

—¡Ah!... ¡Sufro horriblemente!...

—Y os quitareis la vida.

—¿Quién me asegura, que si no todo, algo hay de verdad en esa historia? Tanta infamia...

—Don Basilio no tiene conciencia.

—Pero don Bartolo...

—Por coger vuestro dote...

—Imposible, Soledad: mi tutor es codicioso; hará cualquier cosa por casarse conmigo, ya esté enamorado, ó ya no tenga otra mira que la del interés; pero calumniar tan espantosamente y aun con riesgo de quitarme la vida... ¡Oh!... No, no lo creo...

—Y hacer don Fadrique lo que de él se cuenta...

—Una prueba, Soledad, una prueba...

—Tal la podeis querer...

—Siempre las tiene el inocente.

—Don Fadrique no tiene mas prueba que su palabra...

—Es poco.

—¿Vale mas la del organista?

—No, y por eso dudo.

—Entonces...

—No me queda mas que sufrir y llorar hasta que Dios se apiade de mí y me quite la vida.

Soledad apretó los puños y rechinó los dientes.

—Me falta la paciencia, —dijo, —y voy á echar por medio.

—Además, he dicho á don Bartolo que me casaré con él.

—Os ha engañado.

—Jura que no es verdad lo que ha contado don Basilio de Fadrique...

—Jurar...

—¿No te atreves?

—Lo que no se ha visto ni tocado...

—Pues bien, yo necesito ver y tocar las pruebas de la inocencia de Fadrique.

—Tanto pedís...

—Aun es poco para mi corazón: el que ama no puede ser feliz si tiene dudas.

—Pero querer lo imposible...

—Quiero que don Basilio diga que ha mentado, que ha calumniado, y que don Bartolo haga lo mismo. Cuando ambos hayan confesado su crimen espontáneamente y no obligados por una amenaza, entonces volveré á tener en el amor de Fadrique la fé que tuve.

—Eso...

—No intentes convencerme; cuanto me digas será en vano.

—¡Por Dios, señorita!...

—Déjame, Soledad, con mi dolor,—dijo tristemente Rosa.— Sé que pido un imposible y por eso es mayor mi pena.

—Cuando yo diga eso á Fígaro...

—Asegúrale que es mi última resolución.

—Dios sabe lo que va á suceder.

—Me han arrancado sin compasión mis ilusiones; moriré después de una lenta y horrible agonía... ¿Qué mas puedo temer?

—El ser esposa de don Bartolo, que es peor que morirse.

—Dolor mas ó menos...

—Por última vez, en nombre de...

—Basta.

—¿Os empeñais?

—Estoy resuelta á morir.

—¿Y á que don Fadrique se muera?

—Culpa será de nuestra mala ventura.

—Culpa vuestra...

—Soledad, si algun consuelo quieres darme, llora conmigo.

—¡Oh!...

—Déjame... Me atormentas.

Rosa inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y silenciosa sin que le hicieran hablar las nuevas preguntas, ruegos y observaciones de la sirviente.

Esta se convenció de que la resolución de la pupila era firme, y medio ahogada por el dolor y el coraje salió del aposento, diciendo para sí:

—No hay remedio, se ha vuelto loca.

---

---

## CAPÍTULO XXIX.

Figaro encuentra un medio de salir del apuro y don Bartolo una nueva dificultad.

Acababan de dar las dos y Figaro debía esperar á la puerta.

Soledad no se detuvo un instante, y bajo la influencia del disgusto que le habia producido la determinacion de Rosa, bajó para decir al barbero lo que ocurría.

—Figaro,—dijo la doncella al ver á su novio y sin esperar á que este la preguntase,—te sobra razon, las mujeres no tenemos dos dedos de juicio.

—¡Soledad!—exclamó el barbero, sorprendido con tan extraño exordio.

—Ni mas ni menos,—repuso la sirviente en el colmo de su arrebato,—lo que oyes.

—Pero...

—¡Oh!... Estoy que no me falta nada para reventar.

—¿Quieres explicarte?

—¿Para que la sangre te se encienda como á mí?

—¿Pues qué sucede?

—Lo mismo que nos habíamos figurado; ese bribon de don Basilio ha dicho tales cosas de don Fadrique...

—¡Vive el cielo!

—Ha inventado una historia de amores, y deshonra y muerte de una mujer...

—Cuéntame eso, Soledad; no te dejes una palabra, porque el mas insignificante detalle puede servirnos de mucho.

Soledad, comentando y haciendo observaciones, refirió al barbero cuanto acababa de saber.

—Ya ves, —dijo al terminar el relato, —que no puede estar mas claro que todo ello es invencion del sacristan.

—¿Cómo ha dicho que se llama esa mujer? —preguntó Fígaro despues de algunos instantes de reflexion.

—No la ha nombrado...

—¡Oh! —exclamó el barbero, apretando los puños. —Dejaré de llamarme Fígaro si ese tunante no paga con creces la invencion de tan ruin intriga.

—No sé por qué el criado de don Fadrique se contentó con amenazarle y no le rompió la vara en las costillas.

—Tiempo queda, Soledad.

—Para vengarse; pero no para remediar el mal, porque doña Rosa...

—¿Se obstina en creer esa calumnia?

—Sí.

—¿Y no le has dicho?...

—Todo, Fígaro; pero sigue en sus trece y no hay medio de convencerla. Todo lo que he conseguido es hacerle dudar; pero dice que su corazon no se queda satisfecho con dudas.

—¿Qué quiere entonces?

—Nada menos que el sacristan confiese su pecado sin que nadie le amenaze, y don Bartolo tambien.

—Eso es imposible.

—No puede creer que su tutor tenga el alma tan negra que tomara parte en una intriga que deshonoraba á un hombre y podia costar la vida á una mujer.

—El viejo es capaz de todo.

—Doña Rosa nó lo cree.

—Espero que cambiará de opinion.

—¡Ah!... No lo esperes: la conozco, y me ha dicho de una manera que es su última resolución, que estoy segura de que será trabajo perdido cuanto se haga.

—¿Y hemos de dejar que todo se pierda?

—¡Ay, Fígaro!... No nos queda mas consuelo que vengarnos.

—Es poco, Soledad: necesitamos el dote ofrecido por doña Rosa y lo que me ha prometido don Fadrique.

—¿Tienes algun medio para salir del apuro?

—Lo buscaré.

—Tiempo perdido...

—Si te desanimas y no me ayudas...

—Á todo estoy dispuesta.

—Entonces á luchar.

—Luchemos, pues.

—Vuelve al lado de doña Rosa, háblala, insiste en que deseches sus dudas.

—Lo haré porque me lo dices; pero no tengo esperanza.

—Soledad, con el tiempo, una gota tras otra de agua agujerean una piedra.

—Sí, pero nos falta el tiempo: son pocas las ocasiones que tengo de hablar á doña Rosa y dentro de pocos dias se casará.

—Será lo que tase un sastre.

—Será lo que disponga don Bartolo.

—Aun no se han casado, estamos al corriente de la intriga y podemos hacer mucho.

Soledad, que menos constante que Fígaro habia empezado á perder la fé, prometió ayudar en cuanto estuviera de su parte, aunque sin esperanza de conseguir nada.

Despidióse el barbero con el saludo de costumbre, salió de la calle, y deteniéndose dijo:

—¿Á dónde debo ir, á casa del conde ó á la taberna?

Como el conde no habia de darle medios para salir del apuro, sino al contrario, ponerle en mayor aprieto con su impaciencia, decidió ir á *beber la inspiracion* del Manzanilla, y se encaminó á la taberna donde en otra ocasion lo vimos con el señor Paco, tratando el negocio de las cartas.

Allí, sentado en el rincon mas oscuro, vació un jarro de Manzanilla y atormentó sin resultado su magin.

Entonces empezó á enfadarse y á renegar de su torpeza.

Pidió otro jarro y sorbo á sorbo bebió la mitad de su contenido.

Su rostro se dilató y brillaron sus pupilas.

—¡Ah!—murmuró.

Y volviendo á beber, limpióse la boca y sonrió como satisfecho de sí mismo.

—¡Gracias á Dios!—dijo.—Y gracias tambien á este quitapenas que sin duda contiene el espíritu de las nueve musas. Ahora puedo ir sin cuidado á ver al conde; antes hubiera sido una locura, porque llevar el mal sin el remedio no pasaba de ser una necedad.

Fígaro pagó al tabernero, embozóse airosamente en su capa y

salió, cantando á media voz una de las picantes coplas de su abundante repertorio.

Entre tanto la señora Anastasia, á solas con los platos y pucheros, habia dado en pensar mas que nunca en su casamiento, y á fuerza de reflexiones, suposiciones y conjeturas, acabó de caer en la cuenta de que la conducta del barbero no estaba en armonía con las promesas de don Bartolo.

Esta observacion, muy del caso y que antes debiera haberle ocurrido, inspiróle dudas nada tranquilizadoras.

—Está bien,—dijo, interrumpiendo el fregado de una sartén,—que Fígaro quiera que el secreto se guarde; pero cuando estamos solos, ¿por qué huye de mí sin decirme una sola palabra que indique el asunto grave que se ha tratado? Esto me huele mal. ¿Quién me asegura que no me engaña Bartolo? Otra vez me engañó, no lo olvidaré, y como el que hace un cesto hace ciento, debo estar prevenida. Los dias pasan, doña Rosa está ya conforme en casarse, la boda se hará muy pronto, y si acudo despues á reclamar, Bartolo se reirá de mí, me responderá que he llegado tarde y me quedará á la luna de Valencia. No seré tan boba. Necesito esplicaciones claras, y sobre todo, que Fígaro me diga que está conforme en casarse, aunque despues, para guardar el secreto, no me dé los buenos dias. El llanto sobre el difunto.

La señora Anastasia abandonó su faena, limpióse las manos en el delantal y se dirigió al aposento de don Bartolo.

Este no habia despertado todavía.

El ama de gobierno tosió.

—¿Quién es?—dijo el médico con voz soñolienta y restregándose los ojos.

—Yo,—respondió el ama de gobierno, sentándose porque tenia sin duda intencion de que la conferencia fuera larga.

—¿Está peor Rosa?—preguntó vivamente don Bartolo.

—Tranquilízate,—repuso la señora Anastasia con ironía,— está buena...

—Como me has despertado tan bruscamente...

—¿No hay nada que merezca la pena de quitarte el sueño mas que tu pupila?

—En fin, ¿qué ocurre?

—¡Ay, Bartolo!... ¡Lo que va de ayer á hoy!... Paciencia.

—¿Empiezas, Anastasia?

—¿Ya te has cansado de escucharme?

—¿Pero qué quieres? ¿Por qué me has despertado?

—Despábilate y escúchame.

—Ya te escucho,—dijo el doctor, variando de postura.

—No todo han de ser flores, porque has de saber que el que está para las maduras debe estar para las duras.

—Buen principio.

—Veremos el fin.

—Anastasia, eres capaz de hacerle perder la paciencia á un santo.

—Mira que no estoy de humor de hablar mucho,—replicó el ama de gobierno.

—Por mi parte hemos concluido.

—¿Qué mas quisieras para reírte?

Don Bartolo hizo un gesto de resignacion.

—Todavía no he principiado,—repuso la señora Anastasia.

—Ya lo veo, estás en la introduccion, el exordio... ¡tendrá que oír la exposicion!...

—No me vengas con palabrotas de doctor que no entiendo: ya sabes que á mí me gustan las cosas claras, el pan, pan, y el vino, vino.

—Bien, ya te escucho: si abrevias, te lo agradeceré, porque tengo que salir...

—Para dormir no te faltaba tiempo...

—Anastasia, puesto que tanto te gusta la claridad, dí sin rodeos lo que quieres.

—Ya sabes, Bartolo, que yo no ando con rodeos, porque á buena moza me ganará cualquiera, pero á decir claridades...

—Bien, pues vamos al asunto.

—Me llaman boca de verdades.

—De desvergüenzas, — dijo entre dientes el doctor.

—¿Qué murmuras?

—Nada, mujer, nada.

—¿Quieres que te diga en pocas palabras á lo que he venido?

—Eso estoy esperando hace media hora.

—Pues bien, de hoy no ha de pasar el que quedemos dentro ó fuera.

—¡Dentro ó fuera! — repitió don Bartolo sorprendido. — No te comprendo.

—Lo que no te conviene no lo entiendes. ¿Cuántos asuntos hay pendientes entre nosotros?

—Creo que ninguno.

—¡Ninguno! — exclamó la señora Anastasia, empezando á encolerizarse.

—No recuerdo...

—Bartolo, mira lo que dices.

—¿Pero te has empeñado en volverme loco, Anastasia? — replicó el doctor con impaciencia. — Acaba de una vez, ó suceda lo que suceda, me voy sin escucharte.

—Bien, muy bien, puedes irte; pero cuenta con mi justa venganza.

—¡Oh!... Eres mi martirio...

—Tú eres la causa de todos mis males, y como la conciencia te remuerde...

—¿Á dónde vas á parar?

—¿Todavía no me entiendes?

—No, y cien veces no.

—Pues yo sí te entiendo, y por eso no quiero dejar que me engañes. Vas á casarte...

—No lo niego ni es cosa nueva.

—Tienes un plan infame; pero no has contado con que á mí no se me da gato por liebre. Yo siento nacer la yerba.

—Reconozco tu astucia.

—¿Entonces cómo has pensado que yo podía creer tus mentiras?

—Paciencia,—dijo el doctor, cruzando las manos y descansándolas sobre el vientre.—¿Qué relacion hay entre mi casamiento y todos esos desatinos que estás vomitando?

—Mucho cuidado, Bartolo,—replicó el ama de gobierno, apoyando las manos en las caderas y contoneándose con aire de amenaza:—mucho cuidado, mira que yo...

—¡Dios mio, qué tormento!—exclamó el viejo sofocado.

—Eres un hipócrita, un embustero...

—Basta...

—No callaré.

—Bien, habla cuanto quieras y avisa cuando te canses, si es que tu lengua se cansa de moverse.

—Y tanto como hablaré.

—Te escucharé,—repuso el doctor,—no replicaré una palabra... ¿Deseas mas?

—¡Ay!—exclamó la señora Anastasia, trocando en lastimero

el tono iracundo.— Cuando recuerdo aquellos tiempos en que me tratabas con tanto mimo...

—Aquello acabó, y la culpa es de tu lengua.

—De la tuya, que me sedujo con palabras dulces, con falsas promesas...

—Anastasia, ese es ya asunto concluido; no hace muchos días que lo arreglamos, quedastes conforme y...

—¿Que lo arreglamos?—dijo el ama de gobierno, dejando otra vez el tono sentimental por el ágrío.—Bartolo, de los escarmentados nacen los avisados.

—¿Te retractas?

—¿Qué quiere decir eso?

—Que si te desdices...

—Dí mi palabra y como si hubiera firmado el rey.

—Entonces...

—Vamos con tiento, Bartolo.

—Sepamos qué mas tienes que pedir.

—Me engañastes una vez, y como no quiero que me engañes dos...

—¿Volvemos al principio?

—Tú me prometistes que Fígaro...

—Anastasia, sobre eso no tenemos que hablar: está convenido tu casamiento con el barbero...

—Eso dices.

—¿Lo dudas?

—Sí.

—¿Crees que yo he inventado?...

—Tú eres capaz de todo. ¿No abusastes de mi pasión y mi inocencia y me has abandonado despues?

—Siempre la misma tema...

— ¡Ya lo creo!... Lo que se pierde y no se puede recuperar, se queda grabado en la memoria, en el alma.

— Ahora tratamos de Figaro.

— Pues bien, como yo no veo en el barbero muestras de que piense casarse conmigo...

— Sabes que puso por condicion el que se guardase el secreto mas profundo.

— Estoy conforme.

— Y como para conseguirlo es menester disimular de tal manera que nadie pueda sospechar...

— Bartolo, una cosa es disimulo y otra que ni los buenos dias me dé. Cuando le abro la puerta, que estamos solos y nadie puede vernos ni escucharnos...

— Soledad es curiosa y si acecha...

— Pero una mirada, una sola mirada al pasar...

— ¿Quién hace caso de eso? Á tu edad, Anastasia...

— Mas viejo eres tú y hablas de corazon, y de ardores...

— Eso no es del caso, — interrumpió el médico.

— Pues bien, — replicó el ama de gobierno, — no quiero pasar la plaza de tonta, ¿lo entiendes?

— No nos entenderemos. Arreglo tu casamiento, te conformas con las condiciones, y ahora...

— Estoy en lo mismo; pero quiero una prueba de que no me engañas.

Don Bartolo palideció.

— ¿Una prueba? — dijo sin atreverse á mirar al ama de gobierno.

— Sí, porque puede suceder que tú, para taparme la boca, me digas que Figaro está en casarse conmigo, y no haya tales carneros.

—¿No comprendes que esa mentira se descubriría tarde ó temprano?

—Se descubriría; ¿pero cuándo? despues que estuvieras casado con Rosa, y entonces...

—Anastasia, —replicó don Bartolo con gravedad, —esa sospecha me ofende...

—Bartolo, entre nosotros no puede haber esas ofensas despues de lo que ha pasado. Á todo me avengo, no quiero que Fíguro me mire siquiera; pero es menester que yo le oiga decir que se casará conmigo.

—Eso es imposible.

—Estoy decidida: ó Fíguro se esplica delante de mí, ó descubro á tu pupila el secreto de nuestros amores y reclamo mis derechos.

Don Bartolo, sorprendido con semejante ataque tan directo é inesperado, no acertó cómo salir del apuro. En vano recurrió á la habilidad diplomática de que tanto se envanecia: la señora Anastasia no se convencía mas que con hechos, y su resolucion era efectivamente firme.

Este incidente podia concluir en un momento con la felicidad que empezaba á tocar el doctor y que á tanta costa habia comprado.

—Anastasia, —dijo despues de algunos momentos de reflexion, —debes comprender que una esplicación como la que deseas rebajaria mi dignidad, porque al fin, Fíguro no es mas que un barbero, y no puedo descender...

—Te conozco, —interrumpió el ama de gobierno, sonriendo maliciosamente, —y no me fio de tí. Si crees que con un sermón vas á convencerme, te equivocas. ¿Crees que te rebajas por hablar á Fíguro de mí? Mas me rebajé yo cuando me dejé engañar por tí.

—Es cuestion distinta...

—Sea lo que quiera : no entiendo de esas cosas. Una explicación ó se levanta la tapa al pastel. Dentro ó fuera, ya te lo he dicho.

—Eso es un abuso...

—Es lo qué me conviene...

—Pero la razón, la conciencia...

—Esas son palabras...

—¡Ah!—exclamó don Bartolo sofocado y poniéndose de pie.

—¿Qué determinas?

—Ya que para tí nada significa el decoro ; ya que...

—Mira lo que dices,—interrumpió la señora Anastasia.

Y clavó una mirada tan terrible en el doctor, que este, aturdimado, espantado y sin atreverse á proseguir, cayó nuevamente en la silla.

¿Cómo salir del apuro?

Ganar algún tiempo era cuanto podía conseguir, y aun á trueque de comprometerse mas, por verse en aquel momento libre de la señora Anastasia, cuya mirada ardiente, penetrante y amenazadora no se apartaba de él, dijo:

—Puesto que á pesar de todo quieres ponerme en semejante compromiso, será ; pero es menester que yo hable antes al barbero, lo convenza y quedemos conformes...

—Mañana puedes hablarle.

—Sí, mañana ó pasado...

—Mañana mismo, y al otro día...

—Veremos...

—No aguardaré mas.

—¡Horrible exigencia!...

—Ya he concluido,—dijo el ama de gobierno, levantándose con aire de triunfo.

Don Bartolo dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó pensativo.

—Adios, Bartolo,—repuso con acento grave la señora Anastasia;—nuestra suerte se va á decidir... ¡Mira lo que haces!

Y salió del aposento, echando una última y terrible mirada al pobre doctor.

## CAPÍTULO XXX.

De la resolución estrema que tomó el conde y de cómo don Bartolo se vió en tal aprieto que se dió por muerto.

Espantosa tormenta amenazaba.

Preparábase un dia memorable para los personajes de la *tragedia* que vamos refiriendo.

Si hubieran sabido lo que iba á suceder, lo habrian calificado, Soledad de zipizape de todos los demonios, el sacristan de cataclismo, y el doctor de escándalo.

Debían los unos reir de contento, los otros llorar de pena, estos temblar de espanto y aquellos de coraje, y nadie mas que el barbero y Soledad debían estar en el secreto de la causa y divertirse con los efectos.

Grande iba á ser la confusion: no habian de faltar gritos, exclamaciones, amenazas, juramentos, sorpresas, temblores, lágrimas ni sonrisas.

Fíguro habia tenido una larga conferencia con el conde, y

este no debió quedar descontento, puesto que al despedirse el rapa-barbas puso en sus manos una moneda de oro.

Á la mañana siguiente y á la hora de costumbre, el barbero fué á casa del doctor, y encontrando en la puerta á Soledad, que lo esperaba como los dias anteriores, le dijo alegremente:

—Luz de mis ojos, alegría de mi alma, *soledad* donde muchos quisieran hacer penitencia...

—Hablador, aturdido, embustero,—interrumpió la sirvienta, fingiendo un enojo que estaba lejos de sentir, porque sus ojos decian lo contrario.

—¡Ingrata!...

—¿Estamos para bromas?

—¿Bromas llamas á los desahogós de mi corazon?

—Fígaro...

—¡Ay, Soledad!—exclamó el barbero, exhalando un suspiro mientras relumbraban sus ojos como dos luces.—¡Si yo dijera lo que callo!...

—Que pueden oirnos, que voy á cerrar la puerta...

—Si me abres las del corazon...

—¿Qué sucede? ¿Qué has ideado? ¿Quieres esplicarte?

—Antes has de responder á otra cosa. ¿Sigues viniendo el sacristan á la hora de costumbre?

—Sí.

—¿Has logrado convencer á doña Rosa?

—No.

—Toma, pues,—repuso Fígaro, sacando una carta.—Entrega este billete á tu señora; ruégale que lo lea como el último favor que le pide don Fadrique, y además, encárgale que esté atenta cuando venga el sacristan, que no vendrá solo, escuche lo que hablan con don Bartolo y despues sentencie.

—¿Qué va á suceder?—preguntó la doncella con viva curiosidad.

—Lo verás despues.

—Díme ahora...

—Es largo de contar.

—Tendré paciencia.

—¿Puedes darme alguna noticia?

—Y de mucha importancia,—respondió Soledad, cuya frente se contrajo repentinamente.—Ayer escuché una conversacion entre la señora Anastasia y el viejo.

—¿Sobre qué?

—Nada menos que sobre tí.

—Comprendo,—dijo Fígaro, haciendo un gesto de desagrado.

—Te aseguro que si no fuera por lo que es, á estas horas habria sacado los ojos á esa pícara vieja.

—¿Tienes celos?

—¡Celos yo de ese talegote de mendrugos!... Lo que tengo es rabia...

—Pero en fin...

—La muy bribonaza dijo á don Bartolo que para creer que tú estabas conforme en casarte con ella era preciso que en su presencia lo declararas asimismo, y que sinó cantaba claro sobre lo de la seduccion y el chiquillo que se habia perdido. Se pusieron de desvergüenzas como nuevos, y al fin don Bartolo, para salir del apuro, prometió hablarte hoy con el fin de que mañana se concluyera el asunto.

Fígaro se cruzó de brazos y meditó.

—Supongo,—añadió Soledad,—que les dirás cuatro verdades...

—No.

— ¡Fígaro!

— Primeramente, no nos conviene ahora que don Bartolo me despida, y luego, esa pícara vieja merece mas castigo que el no conseguír sus deseos.

— ¿Qué has de hacer?

— ¿Tienes confianza en mi amor?

— Ciega.

— ¿Y en mi ingenio para engañar á esa gente?

— Mas todavía.

— Pues bien, cuando me oigas decir á la señora Anastasia que me casaré con ella, y aun obligarme con una escritura, ríete.

— ¡Oh!... Eso es ya muy sério para reírse...

— ¿Desconfías de mí?

— Fígaro...

— No desmientas tu valor...

— Es que...

— No te parezcas á las demas mujeres...

— Basta: puedes hacer lo que quieras, y si necesitas que te ayude...

— ¡Oh!—exclamó entusiasmado el barbero.— Esas palabras merecen...

— Cuidado... ¡Ah!... ¿Cuándo acabarás de ser traidor y atrevido?... Ya te he dicho que esas bromas...

— ¿Te disgustan?

— Sí.

— Y con razon si fueran bromas; pero son veras y muy veras...

— Adios...

— ¡Ay!... Sin alma me dejas, porque te la llevas en las mejillas...

Soledad cerró la puerta y corrió al aposento de Rosa, á quien encontró sola, triste y meditabunda.

—Señorita,—dijo la sirvienta, en cuyos ojos se pintaba la alegría,—tomad y no hagais, por Dios, lo que con la otra... Esta carta de don Fadrique...

—¡Una carta!—murmuró la pupila temblando.

—Que os trae la felicidad...

—No... no quiero... no debo leerla...

—Es el último favor que os pide don Fadrique... el último... ¿Se lo negareis?

—¡Ah!—exclamó Rosa, haciendo un gesto doloroso.—Déjame...

—¿No quereis una prueba de la inocencia de don Fadrique?

—¿Está en ese billete?

—Creo que sí... ¿Qué perdereis por leer este papel? Buscais una prueba, os la dan y la rechazais... No sé, entonces, lo que quereis.

Rosa dudó algunos instantes.

—Algo,—añadió Soledad,—habeis de hacer vos, porque lo mismo os interesa que á don Fadrique el poner en claro este enredo.

—Dame,—dijo resueltamente la pupila.

Y tomó el papel.

Temblaron sus manos y su rostro se tiñó de púrpura.

Por algunos instantes dejó de palpar su corazón.

Abrió la carta, y su mirada, á la vez tímida y ansiosa, empezó á recorrer el escrito.

Soledad, inmóvil y con los ojos fijos en su señora, esperaba el resultado con tal afán que no pensó en observar si alguien llegaba.

La agitacion de Rosa se aumentaba por segundos y á medida que leia.

Su rostro palideció cadavéricamente.

Luego exhaló un grito, abrió estremadamente los ojos y pareció querer devorar con ellos el billete.

Volvió la hoja con dificultad porque las manos le temblaban como si tuviese una convulsion.

¿Qué decia el billete?

No contenia mas que el anuncio de lo que iba á suceder y algunas palabras de amor.

Rosa se oprimió el pecho y el papel se escapó de sus manos.

—¡Señorita!— exclamó Soledad asustada.—¿Qué teneis?

—¡Dios mio!— murmuró la pupila con voz ahogada.—¿Qué va á suceder?

—Pero...

—Es preciso evitar...

—Yo nada sé... Fígaro me ha dicho que os encargue...

—Sí, que escuche una conversacion.

—Eso es.

—¡Oh!... Me espanta la sola idea...

—¿Pero quereis explicarme?...

—Cuando venga don Basilio...

Rosa se interrumpió porque sonaron pasos en la sala.

La curiosidad de la sirvienta no pudo verse satisfecha tampoco entonces.

—¡Maldita vieja!— murmuró.

Y recogiendo el papel entró en su dormitorio.

Resonó el aldabon.

Pocos momentos despues entraba Fígaro en el aposento de don Bartolo mientras la señora Anastasia le decia.

—El señor doctor os espera con impaciencia.

—¿Quiere salir temprano?—preguntó el barbero sin detenerse.

—Tiene que hablaros de un asunto muy interesante.

El médico estaba preocupado, y mejor hubiera querido ver á Satanás que á su barbero.

—Buenos dias,—dijo este, apresurándose á sacar las navajas y poner el agua en la bacía.

—Buenos te los dé Dios.

—¿He tardado?

—No.

—Hoy os afeitare en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estás de prisa?

—Sí, señor.

—Lo siento,—dijo don Bartolo, acomodándose en la silla para que le pusiesen el paño al cuello.

—¿Por qué?

—Porque... lo que se hace de prisa...

—Sale mejor.

—Y si me cortas...

—No tengais cuidado.

Ambos guardaron silencio.

Fígaro empezó á jabonar el rostro del médico, y este levantaba de vez en cuando los ojos y miraba al barbero sin atreverse á principiar la conversacion sobre el casamiento de la señora Anastasia.

La operacion de rapar adelantaba con maravillosa rapidez.

Fígaro no habia podido aun combinar su plan, y queria evitar que aquel dia se tratase del asunto para ganar tiempo.

—¿Por qué no te casas?—preguntó al fin el doctor, queriendo esplorar el ánimo del barbero sobre el matrimonio.

—Porque conozco á las mujeres,—respondió Figaro sin detenerse.

—Tanto mejor.

—Estoy convencido de que no hay una buena.

—Exageracion.

—Pura verdad, y sinó, decidme donde haya una que pueda llenar los deseos del hombre menos exigente. Si es fea, no podeis amarla; si bonita, vanidosa y loca, y...

—Eres un aturdido.

—Pero, á Dios gracias, me sobra juicio para no casarme.

Si don Bartolo hubiera tenido la cara limpia de jabon, podria habersele visto palidecer.

Pero torció el gesto y dijo para sí:

—Mal principio.

—¿Os convenceis?—preguntó Figaro.

—No.

—Contra razones, razones.

—Solamente una tiene para mí fuerza,—repuso don Bartolo:—la falta de recursos para atender á las obligaciones que trae consigo el matrimonio.

—Tambien puedo alegar esa, porque bien sabeis que mi oficio apenas produce para comer.

—Es verdad.

—En otro tiempo, cuando los señores no se desdeñaban de que los peinase el barbero, y los peluqueros se ocupaban solamente de hacer pelucas...

—Yo conservo esa buena costumbre.

—¿Qué vale afeitarse? Nada. Si no fuera por las ventosas, las sangrías y alguna muela que se saca, nos moriríamos de hambre.

—Tienes razon.

Un rapa-barbas de nuestros días hubiera dicho que su *arte* estaba en decadencia; pero Fígaro dijo:

—El oficio está perdido, y sería una locura que yo pensara en casarme.

—No distingues bien, lo cual se comprende porque no te han enseñado á raciocinar. Confundes las causas con los efectos, y por consiguiente haces falsas deducciones.

—Sea causa ó efecto, el no tener un maravedí, es una verdad de que me convenzo metiendo la mano en mi bolsillo; y tener una mujer que gruña á todas horas y seis chiquillos que pidan pan cuando no lo hay, es una desgracia positiva con cualquier nombre que se le dé.

—Pero el casarse y pasarlo mal no es la causa, sino el efecto.

—¿De qué?

—De la pobreza.

—Venís á darme la razón,—dijo Fígaro, que estaba acabando á toda prisa su operación.

—Modifica la causa...

—Que es lo mismo que decirme que no sea pobre...

—Eso es.

—¿Y cómo se consigue eso?

—Casándote con una mujer que lleve un buen dote.

—Ya pareció aquello,—dijo Fígaro para sí.

—¿No te parece bien?—repuso don Bartolo.

—¡Oh!... Un dote...

—De seguro te haría cambiar de opinión,—dijo el médico, lisonjeándose de que su elocuencia y habilidad empezaban á producir los efectos que deseaba.

—Nunca he pensado en eso,—respondió Fígaro, apresurándose mas para concluir.

—Llegarás á viejo, no podrás trabajar y debes ponerte á cubierto de la miseria. Una mujer que tuviera seiscientos ú ochocientos ducados..

—¿Dónde está?

—Sobran.

—¿Que quieran casarse conmigo?

—Sí.

—No conozco una.

—Te equivocas.

—¡Que me equivoco!—exclamó el barbero con fingida sorpresa y dando la última mano á los bucles del doctor.—¿Acaso conoceis alguna mujer que tenga esas condiciones?

—Sí,—se atrevió á decir don Bartolo.—¿Estás dispuesto á casarte?

—Tal vez...

—¿De veras?—preguntó el médico sin poder ocultar su alegría.

—¿Os sorprende?

—¡Yo que te habia creído incasable!...

—Así debiera ser teniendo cabal entendimiento y firme voluntad; pero como todos tenemos nuestras flaquezas, no me envanezco con que no caeré en la pícara tentacion del matrimonio, sobre todo si se trata de un dote.

—Eres hombre de mucho juicio. Fígaro, cástate.

—¿Pero con quién?—preguntó el barbero mientras limpiaba la bacía y guardaba las navajas.

—Yo conozco una mujer honrada, muy honrada...

—Don Bartolo, conseguireis quitarme el sueño con alguna promesa seductora.

—¿Empiezas á entusiasmarte?

—No me atrevo á creer que sí...

— Sientate y escúchame.

— El asunto, — dijo Fígaro con gravedad, — merece tratarse despacio. Me esperan y como no quiero faltar á mi palabra...

— ¿Lo dejamos para mañana?

— Sí; vendré mas temprano y con la calma que el caso requiere, hablaremos.

Convino en ello don Bartolo porque pensó que mostrar prisa hubiera sido infundir recelos y sospechas al barbero; así que, disimulando su alegría cuanto pudo, reiteró su promesa y quedó entusiasmado mientras Fígaro salía riéndose del lance.

No tardó en entrar el ama de gobierno con faz severa y actitud imponente.

— ¿Qué me dices? — preguntó, fijando en el médico una mirada penetrante.

Don Bartolo, vuelta la espalda al ama de gobierno y la cara al espejo mientras abotonaba su chupa, lleno de orgullo y sin miedo ya por el éxito que esperaba alcanzar en el asunto de que se trataba, respondió con un si es no es de desden altivo:

— Bien.

— Pero...

— Mañana quedará resuelto.

— Si no te esplicas mas claro...

— Digo que he triunfado en la primera conferencia, gracias á mi habilidad, á mi elocuencia, á la fuerza de mis bien combinados razonamientos, á mi lógica inflexible...

— Déjate de latines, — interrumpió la sirvienta.

— En otros términos: está hecho el diagnóstico y mañana podré hacer el pronóstico.

— Bartolo, — replicó la señora Anastasia con impaciencia, — ya sabes que no soy doctora...

—¿Tampoco lo entiendes?

—No.

—Vale mas tratar con tunantes que con tontos,—murmuró el doctor.

—¿Qué estás diciendo?

—Que mañana tendrás lo que deseas.

—Eso es otra cosa.

—¿Estás satisfecha?

—Segun.

—¡Cómo!... ¿Todavía?...

—Si Figaro se compromete á casarse conmigo...

—Así lo hará.

—¿Con que ya sabes?...

—No puedo decir mas.

—Es que...

—¿No tengo de término hasta mañana?

—Sí.

—Estoy en mi derecho de callar.

—Eres mal intencionado...

—Anastasia, el almuerzo.

—¡El almuerzo!... Sí, échala de amo de casa... ¡Miren y qué imperio!...

—Tengo que salir.

—Aunque no volvieras...

—Basta de conversacion.

Pocos minutos despues se sentaban á la mesa.

Rosa se esforzó por comer; pero no pudo.

Estaba pálida como nunca, y de vez en cuando recorria sus miembros un ligero temblor.

—¿Qué tienes?—le preguntaba el doctor.

—Me duele la cabeza...

—Nervioso,—decía el médico.—Toma otra vez la tila con el éter.

Acabado el almuerzo, don Bartolo se fué á su habitacion y Rosa á la suya con la dueña, llamando á Soledad con pretexto de que le ayudara á coser; aunque no era sino por miedo de estar sola con la vieja cuando llegase don Basilio.

Reinó en la casa un profundo silencio.

Desde entonces los instantes fueron angustiosos para Rosa.

El mas leve ruido que sonase en la calle le hacia palidecer y palpar con violencia su corazon.

La desdichada sufría horriblemente.

Entre ella y Soledad solian cruzarse miradas de inteligencia, cuyo valor nadie hubiera podido comprender.

La traviesa sirvienta, aunque moza de alientos, no estaba muy tranquila, porque el espanto de Rosa le habia hecho temer que Fígaro, á pesar de su claro ingenio, hubiese cometido alguna torpeza por salir del apuro.

El momento terrible se acercaba.

Sonaron pasos en la calle.

Rosa se puso una mano sobre el pecho y ni aun á respirar se atrevió.

En sus ojos se pintó el terror como si sintiera acercarse un fantasma.

La señora Alfonsa acababa de dormirse.

Resonó el aldabon.

La pupila ahogó un grito en su garganta.

La frente de Soledad se contrajo.

Sepamos lo que en la calle sucedia.

El sacristan, revelando en su semblante la mas viva alegría,

había llegado á la puerta de la casa, y cuando, para no tener que desembozarse, sacaba su huesosa diestra por uno de los agujeros de la capa y se disponía á coger el aldabon, aparecióse á su lado otro hombre que no parecia sino que habia caido del cielo ó salido de la tierra.

Iba ricamente vestido, y á pesar de que ocultaba casi todo el rostro con la capa, quedó el organista inmóvil y su rostro se tornó pálido como el de un difunto apenas lo vió.

El aparecido, que no era otro que el conde de Almagro, quedó también inmóvil y silencioso, aunque aparentando la mas completa indiferencia.

¡Con cuánta ligereza hubiera corrido el sacristan si hubiera podido! Pero se encontraba entre el jóven y la puerta y le era imposible moverse.

Algunos segundos pasaron.

El mancebo continuaba inmóvil y como si no hubiera conocido al maestro de música, y viendo este que su enemigo, no solamente no le acometia, sino que ni siquiera le hablaba, respiró como quien se siente aliviado de un enorme peso.

—¿Qué hago?— se preguntó.— Parece que no tiene prisa, y como no he de estar todo el día aquí... Me parece lo mejor hacer como que no lo he conocido... ó que no lo he visto... ¿Y si se enfada?... ¡Oh!... Le preguntaré, porque... al fin respetará mi traje...

Hizo un esfuerzo, tosió, y con voz insegura dijo:

—¿Qué quereis, caballero?

—¿Sois el dueño de esta casa?—preguntó con calma el conde.

—No.

—Entonces...

— Pero...

— Entonces aguardaré á que os abran y entraremos.

— Lo decia por... si acaso venís equivocado...

— Sé á donde vengo. Llamad si gustais ó permitidme...

— No os molesteis...

— Gracias.

Levantó don Basilio la mano, cogió el aldabon y llamó de peo gana que si aquella hubiera sido la puerta del infierno.

Pocos momentos despues abrió la señora Anastasia.

El sacristan se detuvo para dejar libre el paso al conde; pero este dijo,

— Entrad.

Y aguardó.

— ¿Está don Bartolo?— preguntó el organista con la esperanza de recibir una contestacion negativa y verse libre del noble mancebo.

Pero el diablo quiso que el ama de gobierno, mientras fijaba una mirada escudriñadora en el embozado, respondiese:

— Sí.

¿Qué habia de hacer don Basilio en tan crítica situacion? No tenia tiempo para idear ninguna traza, ni tampoco se lo permitia la turbacion hija de su espanto; pero comprendió que cuando el conde no preguntaba nada á la sirviente era porque le convenia entrar sin mas explicacion, y que ponerlo en el caso de que la diese ó hablase podria ser enojarlo.

— Se mete de rondon, — dijo el organista para sí, — nadie le impide el paso... Siga la broma y veremos en qué para. Se conoce que trae propósito de no mover la lengua y puede tambien tenerlo de mover las manos... Prudencia.

Y siguió andando y tras él Fadrique.

La señora Anastasia miró con estrañeza al conde; pero creyendo que acompañaba a don Basilio para tratar algun asunto con don Bartolo, calló y los siguió, no sin que la atormentase la curiosidad y para sus adentros calificase de grosería el entrar con el rostro cubierto y sin dar los buenos dias.

Subieron, entraron en la sala y se detuvieron.

Se agitó la cortina de la puerta del gabinete de Rosa.

Don Basilio y la señora Anastasia se miraron como interrogándose.

—Avisad á vuestro amo,—dijo el conde.

Aunque de mala gana, la sirviente se acercó á la puerta del aposento del médico y gritó:

—Don Bartolo, salid que os espera don Basilio y... otro caballero.

Y luego salió, añadiendo para sí:

—No he visto cosa igual.

El conde contempló como con cariño el clavicordio, y como por Figaro conocia la distribucion de las habitaciones, fijó en la de Rosa una ardiente mirada que parecia querer penetrar á través del tapiz que cubria la puerta.

—Allí debe estar,—pensó.

Y como para responderle, movióse otra vez la cortina.

Como general prudente y esperto, el sacristan miró ante todo la retirada y se colocó cerca de la puerta. Bien comprendia que, cualquiera que fuese el objeto del galan, para él no podia tener buen resultado la escena que se preparaba, y que era muy probable que la ligereza de piés fuese su única salvacion.

Salió el médico, restregándose los ojos porque se habia quedado dormido despues del almuerzo, y haciendo reverencias tan profundas como se lo permitia su enorme barriga.

—Caballero,—dijo al conde.

Pero como este se desembozara y quitara el sombrero, el pobre doctor quedó inmóvil, con los brazos estendidos, la boca abierta y fijos los ojos como si fuesen de cristal. Su rostro palideció y no pudo respirar en algunos momentos.

Quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta sin que exhalase un solo gemido.

Intentó moverse y retroceder, y no le obedecieron sus piés.

Habian perdido sus músculos la elasticidad como si se hubiesen convertido en huesos.

Todo lo observaban ocultas tras la cortina Rosa y Soledad.

La traviesa sirvienta, sin poder contener su alegría y dejándose llevar de su carácter burlesco, dijo al oído de la pupila:

—No tengais cuidado... no es nada... los nervios... ¡Dadle tila con éter!

Y se esforzó para no soltar una carcajada escandalosa.

—¿Es el miedo ó la conciencia?—se preguntó Rosa.

Lo uno y lo otro; pero mas el miedo, el terror era lo que tales efectos producía en don Bartolo.

—¿Me conocéis?—le preguntó tranquilamente el conde.

El doctor no habia visto mas que una vez al mancebo; pero el rostro de un rival queda grabado en el alma y no podia desconocerlo. Además, allí estaban rielando las famosas hebillas, aquellas hebillas de diamantes que habian llamado primero la atención de la señora Alfonsa, servido de contraseña y sido causa inocente de gran parte del enredo.

No pudo responder al momento don Bartolo; pero el organista, queriendo lavar sus manos, eludir toda responsabilidad en cuanto á la visita del conde, se apresuró á decir, no sin algun temor y despues de asegurarse que estaba cerca de la puerta:

—Este caballero... llegó á tiempo que yo llamaba y... ha entrado... pero no tengo el honor... no tengo la honra de conocerlo... Y...

—Caballero, pudo decir al fin el doctor con voz entrecortada,—yo tampoco tengo la honra de... pero... sentaos... Supongo que vendreis á consultarme...

—Con vuestra licencia,—dijo el sacristan, haciendo una profunda reverencia y queriendo aprovechar aquella ocasion;—tendreis que hablar y... no quiero estorbaros...

—Quedaos,—replicó Almaviva.

—Gracias... pero... yo no he venido mas que á saber de la salud de mi amigo don Bartolo... veo que está bueno y...

—Quedaos,—repitió el jóven, asiendo de la sotana al organista, que habia dado un paso para salir.

—¡ Ah!...

—Tengo que hablar con vos tambien...

—¿ Conmigo?

—Sí... Sentaos.

—Sin duda os equivocais, tomándome por otro...

—Sé quién sois, y he esperado á que llegueis para entrar con vos, porque tanta parte os cabe á vos como á don Bartolo en el asunto que me trae.

—Sí, sí, quedaos,—dijo el médico, alegrándose de tal determinacion, porque le espantaba la idea de encontrarse á solas con el mancebo.—Quedaos... cuando este caballero lo dice... Sentaos... y vos tambien.

Sentóse don Basilio, aunque podria decirse que aparentó sentarse, pues casi no tocaba al asiento, figurándosele que así podria escapar con mas prontitud en caso de apuro.

La obesidad no permitió hacer lo mismo al médico, y se dejó

caer como carne muerta en una de las endeblés y medio derren-  
gadas sillas.

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales el doc-  
tor y el sacristán se tranquilizaron algun tanto.

El primero, según su costumbre, cruzó las manos, colocán-  
dolas sobre el vientre, y el segundo estiró los brazos como si le es-  
torbasen las escasísimas mangas de su sotana, y se arregló los  
cabellos con que tan artísticamente se cubría la calva.

—Vengo de paz,—dijo el conde, desplegando una leve son-  
risa,—y os ruego que os tranquiliceis.

—Caballero,—respondió el doctor,—no es posible que ven-  
gais sino de paz, porque aquí nadie os ha ofendido y... yo al me-  
nos... ni siquiera os conozco...

—Yo tampoco,—añadió el sacristán.

—Sí, me conocéis, es decir, me habeis visto en otra ocasión.

—Repito...

—Perdereis en vanas excusas un tiempo precioso,—replicó  
el mancebo.—Solamente he venido á haceros algunas preguntas;  
respondedme la verdad, que por amarga que sea para mí, os juro  
á fé de caballero que me iré sin replicar y no os guardaré el mas  
leve rencor.

—¡Qué dulzura!—dijo para sí don Basilio.—Indudablemente  
he cometido una torpeza en no ofrecerle mis servicios.

—¿Quién creería,—dijo también para sus adentros el doc-  
tor,—quién creería que este hombre tan atento, tan delicado y  
que trasciende desde cien leguas á grande de España se valió de  
una prosáica y asquerosa jeringa para vengarse de mí? Una de  
dos, ó se tiene en muy poco porque no es lo que aparenta, ó á mí  
me tiene en menos porque no aparento lo que soy.

Y luego añadió en voz alta:

—Preguntad, caballero, lo que gustéis: os responderé con franqueza, porque de mis labios no ha salido nunca mas que la verdad.

—Lo mismo me sucede á mí,—dijo el organista,—ni puede ser otra cosa, porque al fin, ya veis, mi clase... siquiera por el traje que visto, y además, la costumbre... todo se pega... y como estoy en continuo trato con tanto ilustre y virtuoso varon...

—Ya se os conoce,—replicó el mancebo con intencion nada equívoca.

—No puede ocultarse...

—¿Y teneis el alma del color del vestido?

—Caballero...

—Vamos al asunto,—dijo el doctor.

—Sí, porque las metáforas que usa este caballero...

—Preguntad, os escuchamos.

—Os advierto otra vez,—dijo el conde,—que desde luego me contesteis la verdad, porque así como esta la recibiré sin alterarme por desagradable que sea, estoy dispuesto á pedir os cuenta de la mentira.

—¡Si yo te cogiera con una pulmonía fulminante!—dijo para sí el doctor, palideciendo.

Y luego añadió en voz alta:

—Descuidad, caballero.

—Decidme,—repuso este, dirigiéndose al sacristan,—¿dónde me habeis visto por primera vez?

Don Basilio no acertó á responder: hizo un gesto, volvió á estirar los brazos y tosió.

Don Bartolo bajó los ojos y fingió distraerse, arreglando su blanca corbata.

—Contestad: ¿dónde me habeis visto por primera vez?

—Os he visto... hoy...

—Cuidado...

—¡Ah!—exclamó el organista, dándose una palmada en la frente y abriendo la boca cuanto podia.—Ahora recuerdo... Me parece que el otro día, cuando salí con mi amigo don Bartolo, doña Rosa y su dueña, pasábais por ahí... ¿No reparásteis, don Bartolo?

—No,—respondió este, aparentando indiferencia;—no me fijé... como Rosita se puso mala... solo me ocupé de ella... y por esa razon...

—Mentís,—replicó vivamente el conde.

—¡Caballero!—gritó el médico asustado y brincando en la silla como si la voz del jóven hubiera sido el estampido inesperado de un cañon.

—Os lo probaré... Ahora voy á continuar con don Basilio... ¿No me habíais visto antes de esa mañana?

Aunque todavia no acertaba el sacristan qué fin tenian las preguntas, porque creia posible que hubiese llegado la calumnia á oídos del conde, comprendió por el lenguaje de este que el negar era colocarse en peor situacion, y dijo:

—Sí: ahora que lo pienso bien, creo que otra mañana estábais tambien en la calle...

—¿Y qué hicísteis?

—Seguí mi camino.

—Seguísteis el mio.

—Perdonad, caballero,—repuso el organista, haciendo una reverencia;—creo que la calle es de todos...

—Pero fuísteis tras de mí...

—Si hubiéseis andado mas despacio, yo podria decir lo mismo. Don Bartolo no escuchaba lo que decia su amigo: ocupábase

en torturar su magin, ya para adivinar lo que queria el mancebo, ya para idear el modo de salir del lance.

—Yo,—añadió el sacristan, volviendo á mirar de reojo hácia la puerta,—llevaba aquel dia intencion de pasear por el campo, y efectivamente, salí de la ciudad...

—Y os volvésteis porque monté á caballo y desaparecí.

—Me volví porque estaba cansado.

—Y por casualidad tambien llevábais á la vuelta el mismo camino que mi criado...

—Por cierto,—replicó gravemente el organista,—que vuestro criado...

—Castigó vuestra impertinente curiosidad: ya lo sé... obedeció mis órdenes.

—Es decir...

—Que á mí, no á él, debeis pedir cuenta de la ofensa. ¿Queréis satisfaccion?

—Caballero,—dijo el sacristan con grave y sentencioso tono,—mi clase me prohíbe empuñar la espada; yo no puedo usar mas armas que las de la elocuencia para convencer.

—Pero vuestra clase no os impide cometer malas acciones...

—Tened en cuenta que el ofendido soy yo...

—Bien, eso no me importa...

—Hemos, pues, concluido...

—No.

—¿Qué mas quereis?

—Que digais si me habeis visto alguna otra vez, en alguna otra parte...

—No recuerdo...

—Sí ó no.

—Pero...

— Terminantemente, — replicó Almaviva con acento que no daba lugar á excusas.

— Pues bien, no.

— Entonces sois un infame.

— ¡Caballero!

— Silencio.

— Es que...

— ¡Silencio! — interrumpió con aspereza el conde. — Os explicaré mis palabras; pero despues... Ahora le toca á don Bartolo.

Este palideció y se estremeció como si le hubiesen dicho que le habia llegado la vez de ponerlo en un tormento para descoyuntarlo.

Ya no podia dudarse de que el galan habia tenido noticia de la calumnia.

— ¡Y Rosa, — dijo para sí el doctor, — estará oyéndolo todo!...

Y luego añadió en voz alta:

— Caballero, deseo saber con qué títulos me interrogais, convirtiéndoos en mi juez.

— Preguntadlo á vuestra conciencia.

— Está limpia...

— De buenos recuerdos.

— ¿Volveis á las metáforas?

— Son verdades desnudas.

— Bien, pero no me decís qué derecho os asiste para hacer, como con don Basilio, esa autopsia de mis pensamientos.

— El derecho de vindicar mi honra.

— ¿Quién la ha puesto en duda?

— Vos.

— Os equivocais.

—Os probaré que no. Hay una mujer que ha sido vilmente engañada por un hombre, lo cual ha quebrantado su salud hasta el extremo de peligrar su vida. Don Basilio conoce á esa mujer y os ha pedido que la cureis, y vos la habeis visto y no esperais salvarle la vida. ¿Es esto verdad?

Por algunos momentos no pudo responder el doctor: tales fueron su sorpresa y su espanto.

El organista miró otra vez á la puerta y aun estuvo tentado á levantarse; pero no se atrevió.

—No he de daros cuenta de mis enfermos,—dijo al fin don Bartolo.

—Entonces,—repuso Almaviva,—don Basilio dirá si es cierto lo que he referido.

—¡Yo!—exclamó el sacristan con todo el lleno de su voz grave y profunda.

—Vos.

—Nada sé de historias de amores...

—Esa la habeis contado vos aquí, diciendo que yo era el seductor infame...

—Caballero...

—Basta de fingimiento,—replicó el jóven, poniéndose de pié con rostro airado y ademan resuelto.

Creyeron el doctor y el sacristan que iba el conde á sacar la espada, y exhalaron un grito de terror, levantándose tambien y retrocediendo, el uno hácia su habitacion y el otro hácia la puerta.

—Quietos,—añadió Almaviva con altivo desden:—no temais que en vosotros, miserables cobardes, ensucie mis manos, que aunque no habeis respetado mi honra, yo respeto vuestra debilidad.

Á pesar de su turbacion comprendió el médico que el mejor

recurso era producir un alboroto, porque así, ni habria lugar á mas esplicaciones ni el galan se atreveria á ponerse en evidencia.

—Caballero,—dijo con voz ahogada y mientras su abultado rostro se ponía cada vez mas amaratado,—me obligareis á...

—Á nada,—interrumpió el conde.—Me habeis calumniado y es preciso que así lo confeseis. No quiero arrancaros una confesion falsa para salvar mi reputacion, y por eso os ruego, os suplico en nombre de la justicia, en nombre de Dios, que declareis terminantemente que habeis mentido al decir que yo he engañado á una mujer honrada y soy causa de su muerte, ó de lo contrario, presentad una prueba.

—Yo,—dijo el sacristan,—nada tengo que ver en este asunto, y por consiguiente, en uso del derecho de libertad de mis acciones...

—Vos teneis mas parte que nadie porque sois el autor de la falsedad.

—Eso es una injuria...

—Decid el nombre de esa mujer y la calle donde vive; decid eso nada mas y me vereis bajar la cabeza y dejaros tranquilos, saliéndome de aquí avergonzado.

—Saldreis de todas maneras,—replicó el doctor, estirándose cuanto pudo;—esta es mi casa...

—Eso es,—añadió el organista;—aquí es dueño absoluto don Bartolo...

—¡Vive el cielo!...

—¡Caballero!...

—Decid el nombre de esa mujer...

—Me obligareis á gritar y pedir socorro...

—Sí, sí, gritaremos...

—Gritad, pues.

—Temblad,—repuso don Basilio con toda la fuerza de sus anchos pulmones:—la justicia anda buscándoos desde la otra noche...

—Como que está dado el auto de prision porque, usando de un instrumento sucio, atentásteis...

—¡Oh!—exclamó Almagro, clavando en sus adversarios una terrible mirada.—¡El nombre de esa mujer!...

—¡Basta!...

—Si no decís su nombre será porque no existe y quedará probada la calumnia...

—Usais de la violencia...

—¡Violencia cuando os suplico, pudiendo aplastaros, miserables reptiles!...

—¡Salid!...

—Os habeis introducido en esta casa sin licencia de su dueño,—dijo el sacristan, que con disimulo iba retrocediendo hácia la puerta.

—Apurareis mi paciencia...

—En nombre de mi amigo don Bartolo y de los derechos de...

—¡Canalla!—gritó el conde sin poder contenerse y dando un paso hácia el organista.

—Esperad,—dijo este.

Y haciendo uso de sus largas piernas, se puso de un brinco fuera de la sala y huyó con la ligereza de su miedo.

Allí fué el apuro del doctor, viéndose solo y frente al hombre á quien, no solo habia herido en su honra, sino que le disputaba el objeto de su amor.

Su agitacion crecia por instantes; apenas podia respirar y la sangre parecia que iba á brotar por sus mejillas.

Sus espantados ojos se fijaron en el conde.

—Caballero,—dijo con voz entrecortada,—salid pronto... Voy á gritar... á pedir socorro... habeis venido á... atentar contra mi vida...

—Viejo ruin...

—¡Ah!...

—El nombre de esa mujer...

—No quiero decirlo.

—¡Sois un infame!—gritó el mancebo, adelantándose hácia el doctor.

Creyó este que habia llegado su última hora, y retrocediendo en el colmo de su espanto, tropezó en una silla que su turbacion no pudo ver y cayó pesadamente al suelo.

Tras la cortina del aposento de Rosa sonó un grito.

Almaviva palideció.

—¡Socorro!—gritó don Bartolo.—¡Que me matan!... ¡Al asesino!...

Comprendió el conde que no quedaba mas que el escándalo y el ridículo, y sin detenerse salió del aposento y de la casa.

La confusion llegó entonces á su último punto.

La señora Anastasia y la dueña entraron en la sala, corriendo y dando álaridos.

Rosa y Soledad acudieron tambien.

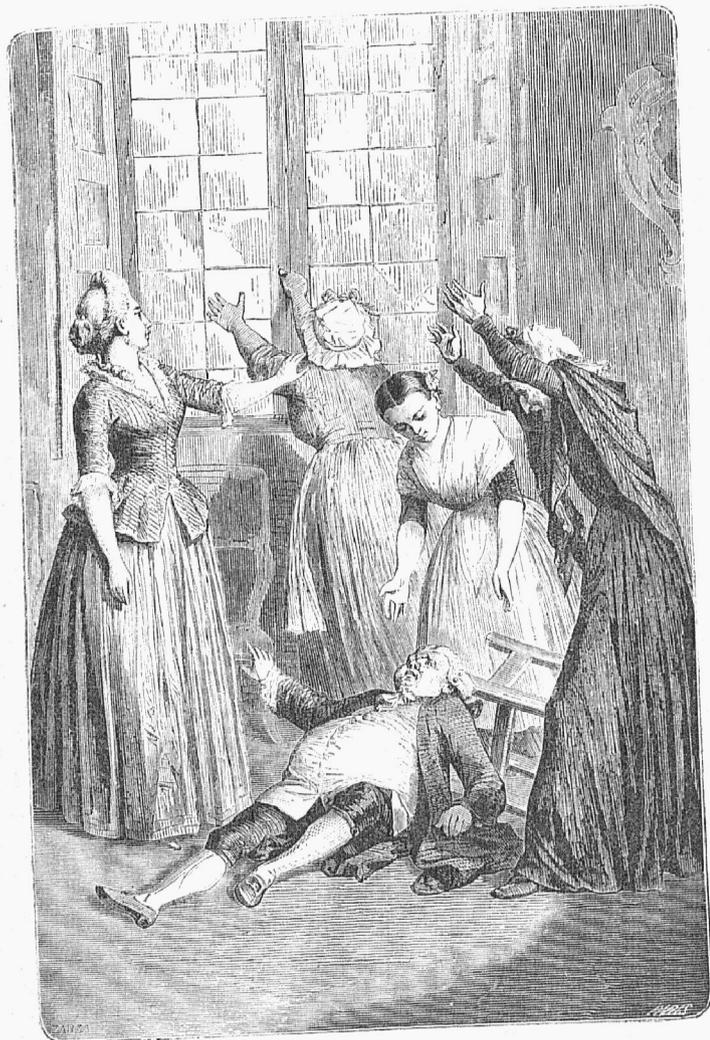
—¡Silencio!—dijo la pupila.

—Ayudadme á levantar al señor,—añadió Soledad,—que yo sola no podré.

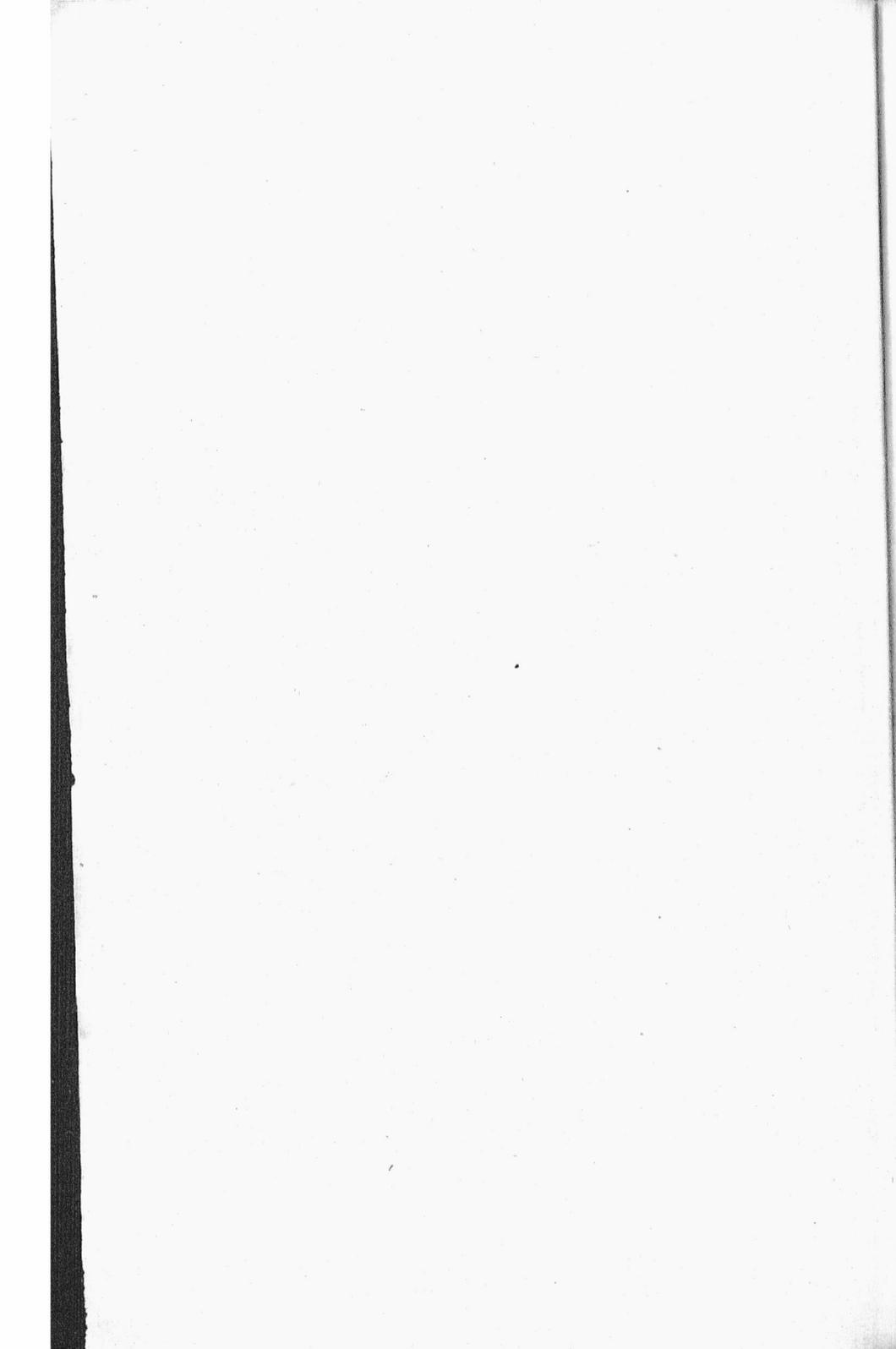
—¡Virgen de los Dolores, santa Rita y bendito san José!—exclamaba la señora Alfonsa.

—¿Dónde está?—gritaba el ama de gobierno, mostrando las uñas con ademan amenazante.—¿Dónde está el asesino?... Á la ventana... Llamemos y que lo cojan...

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 5.ª.—Ayudadme á levantar al señor, --repuso Escobed.



—No,—decía el pobre doctor,—no griteis... ¡Ay!... Levantadme...

—¿Hemos de dejarlo escapar?

—¡Dios mio!...

—Ayudadme...

—No,—repuso don Bartolo,—no hay que... hacer mayor...

¡ay!... la desgracia con el escándalo...

—Silencio,—dijo imperiosamente Rosa, deteniendo á la señora Anastasia,—¿quereis añadir el escándalo á la infamia?

El ama de gobierno lanzó una terrible mirada á Rosa y ayudó á levantar á don Bartolo.

Este exhalaba los mas lastimeros ayes.

—¿Dónde os habeis lastimado?—le preguntó la dueña.

—En todo el cuerpo... ¡Ay!... Ya lo ves,—dijo, volviendo los ojos á su pupila.—Es un asesino... ¡De buena te has librado, conociéndolo á tiempo!

—Don Bartolo,—replicó la jóven, mirando severamente á su tutor,—olvidemos esto...

—Sí, lo olvidaremos... ¡ay!... para que... nuestra felicidad...

—¿Pero qué haces?—dijo la señora Anastasia á Soledad.—  
Agua y vinagre...

—Voy corriendo.

El doctor se oprimió el pecho. Su rostro, mas enrojecido aun, estaba desfigurado, y en sus miradas empezaba á notarse alguna vaguedad.

Mientras Soledad iba por el agua y vinagre, el ama de gobierno y la dueña se colocaron á los lados del médico.

Rosa permaneció en el mismo sitio, inmóvil y grave, mostrando en su mirada la indignacion mas profunda.

—¡Ay, Rosita mia!—dijo el médico, que empezaba á hablar

con dificultad.—Esté lance me... costaría la... vida si no fuera... por... la esperanza de... que muy pronto... serás mía...

—Don Bartolo,—replicó la pupila con un acento de resolución que nunca se había atrevido á usar,—entre nosotros todo ha concluido.

—¡Rosa!—exclamó el doctor, abriendo estremadamente los ojos y tan agitado y turbado que apenas podía hablar.—¡Ah!... Dices... que...

—¿Habeis olvidado lo que acaba de suceder?

—Ese hombre...

—Lo habeis calumniado villanamente.

—No.

—¿Por qué no habeis dicho el nombre de esa mujer?

—Me hubiera matado...

—Pues bien, ahora no teneis nada que temer...

—¡Ay!...

—Decid quién es esa desgraciada...

—¿Y cómo has sabido esa historia?...

—¿No la refirió aquí don Basilio en alta voz para que yo la escuchase?...

—¡Oh!... Te juro...

—Basta,—interrumpió Rosa.—Ya sé que no puedo disponer de mi mano sin vuestro permiso, pero tampoco podeis obligarme á ser vuestra esposa.

—¡Rosa!... ¡Rosa!—gritó el doctor con cuanta fuerza le quedaba.

—¡Yo la esposa de un hombre sin conciencia! ¡Jamás!...

—¡Desdichada!...

—¡Y aun os atreveis á hablar de temor de Dios!... Sois un hipócrita.

—Mi autoridad...

—La habeis perdido...

—¡Oh!... Se ha vuelto loca...

—Os desprecio...

—Está espiritada... llamad á un sacerdote... ¡Ay!... ¡Me ahogo!...

—¡Benditas ánimas!— exclamó la dueña, temblando.— Se muere...

—¿Háse visto desvergüenza igual?— dijo el ama de gobierno con acento de ira reconcentrada.— ¡Miren la mosquita muerta!...

—¿Es esta la niña que de todo se asustaba? Pero yo no me equivoqué, lo he dicho muchas veces, en cuanto empiece á sacar los piés del plato...

—Aquí está el agua y vinagre,— dijo Soledad, entrando.

—Tomad, señor, bebed...

—Agua y vinagre... ¡Ah!... No... yo necesito... otra cosa... empiezo á perder la vista... y... apenas... pue... do... hablar... De... debo... estar amenazado... de... de... de una con... con... gestion...

La señora Anastasia y la dueña dejaron escapar un grito de espanto.

—¿Qué hacemos?— preguntó Soledad.

—Un médico,— dijo Rosa:— al instante...

—¡Ah!— murmuró el pobre doctor.— Ayudadme... á la... cama... Rosa... Muero... por tí... pero te... amo... te... adoro... y... y... y algun... dia...

—Un médico,— repitió la pupila.

—Sí... mi amigo... don... Lucas... que... lo... lo... llamen...

—Voy corriendo,— dijo la señora Anastasia.— Tú, Soledad, ayuda al señor...

—¡Ay!—exclamó la dueña, mirando á Rosa.—Lo matará esa pasión... Comprendo lo que sufre el pobrecito... ¡Ah!...

Y exhaló un suspiro, añadiendo:

—Parte el corazón oírlo... ¿Y lo dejareis morir por ese mozalvete tarambana, desvergonzado y hereje que ni el templo de Dios ha respetado para seduceiros?

—Callad, —dijo severamente la pupila.

Y movida por la compasión, acercóse al médico y le ayudó á levantar.

—¡Oh!—murmuró don Bartolo.—¡Con... consuelo... celestial!...

—Vamos.

Nunca se habia mostrado Rosa con tanta energía para resistir á su tutor, por lo cual, la sorpresa de este fué mayor. Hasta Soledad extrañó ver á su señora firme y resuelta hablar sin miedo y aun despreciar una autoridad que siempre le habia asustado.

El infeliz don Bartolo estaba efectivamente amenazado de una enfermedad peligrosa, producida por la agitacion violenta de su espíritu y por el golpe que habia dado en el suelo al querer huir poseido de un miedo infundado, pues nunca tuvo intencion el conde de hacer uso de las manos para vengar la ofensa.

Media hora despues, un médico ordenaba que sangrasen inmediatamente á don Bartolo y le diesen otro medicamento que recetó.

—¿Es cosa de cuidado?—le preguntaron el ama de gobierno y la dueña al despedirlo.

—Hubiera muerto si no acudís tan pronto.

—¡Dios mio!...

—Por eso os recomiendo que mientras uno llama al sangrador otro vaya á la botica. La curacion de mi buen amigo don Bartolo

depende de que se le saque sangre en seguida para evitar la congestion que amenaza.

—Ahora mismo iré por Fígaro...

—Y mientras puede ir Soledad con la receta...

—¿Cuándo volveréis?

—Á la tarde.

—¡Qué tribulacion!...

—Encargad al barbero que la sangría sea lo menos de ocho onzas, y guardad una poca sangre para que yo la examine.

—Bien, bien.

—Mucho silencio, ningun alimento...

—Descuidad.

—Si despues de la sangría no recobrara el habla, avisadme y avisad tambien al sangrador.

La señora Anastasia salió corriendo en busca de Fígaro, y Soledad fué á la botica.

La dueña quedó al cuidado de don Bartolo.

Rosa, pensativa y triste, pero casi feliz, se metió en su aposento.

El silencio y la calma substituyeron al alboroto y la confusion.

---

## CAPÍTULO XXXI.

### Nuevas trazas del barbero.

Fígaro había esperado al conde en la calle inmediata, y cuando supo el resultado de su plan y recibió algunas monedas de oro, volvió á su casa muy alegre para idear nuevas trazas y burlar la vigilancia del doctor.

Á esta casualidad se debió que lo encontrase el ama de gobierno y le dijese cómo su señor estaba en peligro de muerte de resultas del susto que había recibido con introducirse en casa el atrevido galán de marras para asesinarlo.

—¡Señora Anastasia!— exclamó el barbero, fingiendo admirablemente una sorpresa y horror que estaba muy lejos de sentir.—¿Qué me contais? ¿Es posible que ese hombre se haya atrevido á tanto?

—Como lo estais oyendo.

—Supongo que estará ya en manos de la justicia...

—Logró escaparse, y de ello ha tenido la culpa ese cobarde de don Basilio, que huyó apenas vió peligro.

— ¡Si yo hubiera estado allí!...

— Eso he dicho yo: si acierta Fígaro á venir...

— No sale vivo, le corto la cabeza...

— Vamos, coged las lancetas...

— Corriendo... ¡Vive Dios!...

El barbero no se detuvo un instante, y con pretexto de acudir pronto, dejó atrás á la señora Anastasia, llegando antes que ella á casa del doctor.

Abrióle la puerta Soledad, y mientras entraba y subían la escalera, cruzaron las siguientes palabras:

— ¿Se ha convencido doña Rosa?

— Sí.

— ¿Está dispuesta?...

— Á todo.

— Es preciso que don Fadrique hable con ella.

— Pregúnta antes si es posible.

— Hoy vendré tres ó cuatro veces para saber de la salud de don Bartolo y te comunicaré mis planes.

— Ven prevenido de alguna carta por si no podemos hablar.

— Bien.

El barbero sangró á don Bartolo mientras meditaba sobre una felicísima idea que acababa de surgir en su fecunda imaginación.

Mas de una vez se le vió sonreír mientras la sangre corría.

— ¡Qué cara tan alegre poneis! — le dijo la dueña.

— ¡Oh! — murmuró el barbero. — Parece que me han quitado un gran peso de encima.

— ¿Por qué?

— ¿No advertís que ya no ronca don Bartolo como antes?

— Es verdad...

—Y la sangrè sale ahora con mas facilidad, y tiene el color mas claro.

—¿Es buena señal?

—Se ha cortado el mal...

—¡Dios os escuche!...

—Lo mismo os dirá el médico cuando vuelva. Aunque no he estudiado, la práctica...

—Sí, sí, respira mejor.

Efectivamente, la respiracion de don Bartolo era mas fácil cuando terminó la sangría, y sus pupilas, antes dilatadas, empezaban á contraerse y á brillar.

—Una calentura y se ha salvado.—dijo el barbero con aire de importancia.

Guardó la lanceta, prometió volver tres ó cuatro veces por si era necesario repetir la sangría ó podia ser útil en alguna otra cosa, y despidiéndose, se encaminó apresuradamente á casa del conde.

—Bien,—decia para sí,—con poco que dure este enredo me importará un comino que el conde me cumpla lo prometido, pues con lo que ya me ha dado y con lo que me dará, seré rico. Seguro estoy de que cuando le diga el plan que tengo ideado, le parecerá todo poco para pagarme, y si Rosa, como creo, se atreve y la intriga sale bien, me dará otra prueba de su generosidad.

El conde estaba en extremo alegre y recibió al barbero con una cariñosa sonrisa.

—Señor,—le dijo Figaro,—mi venida debe sorprenderos.

—Sí; pero no temo ninguna mala nueva, porque tu rostro me dice lo contrario.

—Cuando sopla una ráfaga de mal viento, hay que tener paciencia y dejarla pasar sin desesperarse.

—¡Fígaro!— exclamó el conde con alguna inquietud.

—No se alarme vuestra señoría, que la ráfaga de mal viento pasó y principia á soplar la buena.

—¿Has podido averiguar lo que piensa Rosa del pasado lance?

—¿Había yo de esperar hasta mañana? Y como la casualidad me ha favorecido...

—Espílicate...

—Ha faltado muy poco para que el vejete se muera.

—¡Ah!...

—Acabo de sangrarlo y puede vuestra señoría estar tranquilo,—dijo con ironía el barbero,—porque está mejor.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—El susto, señor. ¿Le parece poco á vuestra señoría?

—Y la caída...

—Á su edad un golpe puede ser la muerte.

—¡Oh!—murmuró gravemente el conde.—No me quedaria tranquilo...

—¿Le remuerde la conciencia á vuestra señoría?

—Es verdad que no he abusado de la superioridad de mi juventud y que era muy justo que yo volviese por mi honra; pero como al fin es un viejo débil...

—No le ha estorbado la vejez para calumniar á vuestra señoría.

—¿Pero está en peligro de morir?

—Lo ha estado, pero ya no. Sírvale la enfermedad de castigo.

—Bien, olvidemos al tutor...

—La pupila está convencida de que vuestra señoría es inocente.

—¡Oh!— exclamó el conde.—Esa noticia...

—¿No la esperábais, señor?

—Sí, pero de la esperanza á la realidad...

—Pues he de deciros otra cosa mejor.

—Fígaro, espílicate pronto, que la impaciencia me atormenta.

—No se corregirá vuestra señoría...

—¿De qué sirven los preámbulos?

—Si estoy en el asunto, señor.

—Vamos, acaba...

—Don Bartolo está enfermo.

—Ya me lo has dicho.

—¿Quiere vuestra señoría dejarme hablar como sé? Don Bartolo está enfermo; doña Rosa, aunque ha tenido una alegría, ha pasado un buen susto, y puede suceder que á la noche le acometa una convulsion, un desmayo...

—¿Está indispuesta? —preguntó vivamente el conde.

—Está buena, señor. No me comprende vuestra señoría.

—Prosigue.

—Puede acometerle una convulsion á tiempo que yo llegue para saber de la salud de don Bartolo, y temiendo el ama de gobierno y la dueña que se les muera, querrán que vaya un médico.

—Es consiguiente.

—Me ofreceré á buscar uno, lo cual me agradecerán con el alma y la vida, y como estarán atribuladas y yo saldré corriendo, no me dirán que avise á este ó al otro y llevaré al primero que encuentre.

—¡Ah! —exclamó el conde, cuyos ojos relumbraron.

—Vuestra señoría empieza á comprenderme.

—Acaba, Fígaro...

—El médico dirá que la enfermedad de doña Rosa no admite término medio ni puede ser larga; que en breve sobrevendrá la crisis y la paciente sucumbirá ó quedará buena en una hora. Rece-

tará, y como es consiguiente, no por cariño, sino por miedo, la señora Anastasia y la dueña rogarán al médico que no se separe de allí hasta que pase la anunciada crisis.

—¿Y don Bartolo?

—Nada se le dirá porque seria matarlo; de manera que yo me quedaré por lo que pueda ocurrir; propondré al ama de gobierno que vayamos al aposento de don Bartolo para cuidar de él mientras que el médico, la dueña y Soledad atienden á doña Rosa. La señora Anastasia encontrará el plan bueno, siquiera por tener ocasion de estar á solas conmigo y hablarme de su amor; la señora Alfonsa dormirá en la silla; Soledad estará sorda, aunque no ciega, y el médico entre tanto observará y apreciará el estado de la enferma.

—¿Y ese médico?...

—Puede llamarse don Fadrique...

—¡Oh!—exclamó arrebatadamente el conde.—¡Te ha inspirado el cielo!...

—Mi deseo de servir á vuestra señoría.

—¡Á su lado, escuchando sus palabras, aspirando su aliento!...

—Y como le tomareis el pulso, y este marca las palpitaciones del corazon...

—¡Tanta felicidad!...

—¿Está satisfecho de mí vuestra señoría?

—Has hecho mas de lo posible, y mi recompensa...

—No hablemos de eso, señor.

—Toma,—dijo el conde, metiendo una mano en los bolsillos de la chupa y sacando un puñado de monedas de oro y plata que dió al barbero.

—¡Tanta generosidad!...—dijo este, imitando el acento de Almaviva.

—¿Estás contento?

—Vuestra señoría me da mas de lo que debe,—respondió Fígaro, guardando el dinero.

—¿Pero Rosa?...

—Supongo que nos ayudará, fingiendo el patatús. Está enamorada, y además hoy ha tenido ocasion de convencerse de que no hay mas remedio que fingir y engañar para conseguir algo, y de que aun los que mas santos parecen engañan mas.

—La leccion puede ser fatal para mí,—dijo el conde, dejándose llevar de su inclinacion á sospechar y dudar de todo.

—Al contrario, señor: llegará un dia, cuando seais marido y mujer, en que vuestra felicidad consista en vuestra habilidad para engañaros el uno al otro...

Comprendió Almoviva todo lo grave y trascendental de la observacion hecha por el barbero con apariencias de sencillez, y su frente se contrajo.

—Señor,—repuso Fígaro, sonriendo leve, pero maliciosamente,—no pensemos en lo que ha de venir, porque entonces, avanzando avanzando, iremos á parar á lo último, que es la muerte, y no nos quedarán ganas de otra cosa que de meternos frailes.

—Bien dices, pero...

—Quedamos, pues...

—Suponemos que Rosa convendrá y nos ayudará; pero otra suposicion haces que no debemos tener por tan cierta, y es el sueño de la señora Alfonsa.

—Se pondrá á rezar, y como siempre le sucede, se quedará dormida: solo la presencia de don Basilio podria despabilarla; y para mayor seguridad, hareis la observacion de que está pálida; ella dirá que está muriéndose de los sustos que ha pasado; la pulsareis, echareis cuatro latines y le mandareis tomar un medica-

mento que recetareis en el acto. Yo he de ir á la botica por él y...  
os pongo la cabeza á que duerme,—repuso Fígaro; sonriendo.

—¿Y la señora Anastasia?

—De esa no hay que hablar, corre de mi cuenta y respondo á vuestra señoría de que no estorbará.

Meditó el conde; pensó que aun podían tocarse muchas dificultades; pero su amor le daba alientos para todo y despreció los peligros. ¿Qué le importaba que cualquiera casualidad descubriese la farsa si veía y hablaba á Rosa? Esto merecía la pena de correr mayores riesgos que un alboroto de viejas, que era lo peor que podía suceder.

—Bien,—dijo,—pongamos el plan en ejecución.

—Escriba vuestra señoría á doña Rosa por si yo no tengo ocasion de hablar á Soledad.

—¿Qué hora fijo?

—Al dar la primera campanada de las once, los primeros síntomas de la convulsion.

—Siéntate y espera,—dijo el conde.

Y se puso á escribir mientras el barbero, sentado junto á la chimenea, estendia las piernas con descuido y se calentaba tranquilamente, parodiando el aire de un gran señor.

Almaviva escribió por espacio de media hora y luego entregó la carta á Fígaro.

—Hoy,—dijo este,—la señora Anastasia no se cuidará de Soledad, y por consiguiente no hay necesidad de recurrir á mi buen amigo el señor Paco.

Y levantándose se dispuso á salir.

—¿Cuándo volverás?—preguntó el conde.

—Apenas tenga alguna noticia que dar á vuestra señoría.

—Piensa, Fígaro, en mi natural impaciencia.

—Ocúpese vuestra señoría en preparar el traje que le ha de servir para hacer de médico.

—¡Ah!... No habia pensado...

—Y suprimid esas pícaras hebillas que han hecho un papel tan importante, y esos bucles. Es preciso que os desfigureis: debéis fingir que sois tartamudo ó sordo.

—Lo segundo me será mas fácil.

—Y cambiad la voz en tiple ó bajo, segun os plazca.

—Es por lo único que pueden reconocerme.

—Cuanto mas sucio y roto, mejor,—dijo el barbero.

Y haciendo algunas observaciones mas al de Almaviva, despidióse y salió alegremente.

El conde se levantó y sentó cien veces, paseó por el aposento, sonrió y habló solo, y por último llamó á Querubin sin mas objeto que hacer algo, porque la alegría no le dejaba sosegar un instante.

---

## CAPÍTULO XXXII.

### De lo que determinó Rosa.

Como la señora Alfonsa salía y entraba continuamente para informarse del estado de don Bartolo ó para cuidar de él mientras la señora Anastasia preparaba algun medicamento, sobraron á Soledad ocasiones para hablar con Rosa y participarle los intentos de Figaro para satisfacer los deseos del conde.

Como era natural, anhelaba la pupila hablar con el hombre á quien tanto amaba y en quien tenia otra vez la mas ciega confianza; pero el temor de que se descubriese la intriga y el que le inspiraba su recato, se levantaron contra los vehementes impulsos de su pasion, dando por resultado la duda.

No faltaron á Soledad razones en favor del proyecto, las cuales fueron rebatidas con la de que es necedad discurrir sobre lo que no puede llegar á realizarse; pero la traviesa sirvienta, respondiendo que el estar prevenidos era prudente y sabio y que nada se perdia por hacer suposiciones, sino al contrario, se conseguia

pasar el tiempo tratando de cosas agradables, logró al fin que su señora aceptase la discusión, que era lo mismo que declararse vencida.

Empezó Rosa á defenderse por el riesgo que correría, fuese cual fuese el medio de que se valieran; pero Soledad, haciendo un gesto de indiferencia, respondió:

—¿Y qué? Si os cogen *en foganti*, como dice el viejo cuando habla en latin, ¿qué sucederá? Gritarán, os espetarán un sermón de dos horas y os amenazarán, y mientras vos direis: «Predicame, padre; por un oído me entra y por otro me sale.» ¿Será la primera vez que sucede eso? Pues si ya debéis estar acostumbrada á las voces como los gorriones.

—Otro escándalo...

—Es el pan nuestro de cada día: pues si esta casa es un infierno. ¿Qué sucederá cuando no haya un alboroto cada hora? Se morirá de tristeza don Bartolo, y la señora Anastasia reventará y la dueña no sabrá qué hacer, porque le falta motivo para llamar á Dios y á los santos.

Rosa calló.

—En fin,—prosiguió la sirvienta;—decidme lo que puede suceder: los gritos no han de quitaros ningun pedazo...

—Me hacen sufrir.

—Algo ha de costaros el gusto de hablar con vuestro novio, que esta es la bendita hora de Dios que el pobrecito no sabe si sois tartamuda. ¿Y decís que lo queréis tanto y mas cuanto?

—¡Oh!...

—Mientras no le oigais decir cuatro cosas bien dichas, no sabreis lo que es gloria. ¡Ay! Un «te quiero» frente á frente vale mas que todas las cartas del mundo.

—Aun esponiéndome á todo,—replicó Rosa, cuyas mejillas

se pusieron como el carmin, —debo mirar lo que toca á mi recato.

—¿Se trata de algo malo, señorita? Los mandamientos no prohiben hablar con el novio, y las mujeres mas virtuosas lo hacen, porque solo así se puede tener marido. ¿Quereis casaros por retrato como una reina? Se supone que para veros ha de ser como corresponde, y yo seré la primera que estaré con cada ojo como un plato mientras hablais. Os gusta ese hombre: ¿sabeis si os sucederá lo mismo despues que lo trateis? Antes de casaros es preciso que esteis segura de no arrepentiros, y lo mismo él.

Rosa no acertó á responder, como sucede á todo el que se opone á lo que desea, porque la defensa por deber es en el fuerte mas débil que en el débil la defensa por conviccion, y por eso la virtud, invencible ante la muerte, suele sucumbir ante la seducion y las pasiones.

Pensó la pupila, de acuerdo con Soledad, que el hombre que habia encendido su corazon con los ojos podria apagarlo con sus palabras, y que por consiguiente, como medida de prudencia, debia convencerse de que no se arrepentiria por haberle entregado su corazon.

Hablar á un hombre no es ningun delito, ningun pecado: esto es una verdad clara, sencilla y que no parece admitir réplica; pero verdades como esta suelen ser el primer paso en el camino de la perdicion de las mujeres.

Al abismo de la prostitucion no se llega sino poco á poco las mas veces.

Decidle á un niño que tiene que andar media legua para coger una mariposa, y renunciará á ser dueño de ella por mas que la desee; pero mostrádsela á tres pasos de distancia, y cuando se acerque, vaya á tocarla y el insecto se aleje dos pasos mas, con-

fiado en que será mas feliz en la segunda tentativa, no vacilará en adelantarse, y cuando otra vez se le escape de entre los dedos, posándose en una flor cercana, se adelantará tambien, aunque con propósito de abandonar su empresa si no consigue su deseo; y siempre haciendo el mismo propósito, y no cumpliéndolo nunca, lo vereis alejarse una distancia que antes le hubiera asustado, y no advertirlo ni arrepentirse hasta que la mariposa, revoloteando en distintas direcciones, se pierde al fin en la espesura.

En honor de la verdad debemos decir que los intentos del conde eran los mas puros, y las inclinaciones de Rosa conformes á los mas severos principios de virtud; pero ni uno ni otro podian responder de sus pasiones.

De la determinacion de la pupila nadie debia ser responsable mas que don Bartolo: cualquiera locura de la jóven era hija de la exasperacion, porque para guardarla del mal no se habian tenido prudentes cuidados ni tomado precauciones templadas; la infeliz era en realidad víctima de un exagerado rigor, de la arbitrariedad, de la opresion mas dura; no estaba guardada, sino encerrada: no se le vigilaba, se le espiaba.

Si Rosa hubiera tenido mas libertad y no hubiera estado tan aislada, por lo menos su pasion hubiérase encendido mas lentamente. ¿Qué habia de sucederle si con ningun hombre habia tenido el mas ligero trato? Enamorarse del primero que no se parecia á su tutor, dejándose llevar de las apariencias sin pensar que aquel hombre, á pesar de sus encantos personales podia tener defectos, si quiera de carácter, que hicieran la desdicha de cualquiera mujer.

Largo rato meditó la pupila, y al fin, pensando en que la villanía cometida por su tutor la relevaba de toda clase de consideraciones, y convencida de que contra la maldad y la intriga no podria luchar, procediendo franca y lealmente, decidióse á recibir

á Fadrigue si llegaba á encontrarse medio para ello, y sobre este punto no mas hizo observaciones á su doncella.

—Señorita, —le dijo esta, —no sé cómo habremos de valernos, y aun me parece imposible; pero inventa Figaro tales cosas, que no desconfío si lo ha tomado con empeño.

—Tiemblo, Soledad...

—Yo tambien, pero es de coraje.

—¡Oh!... La conducta de don Bartolo...

—Y que no tendreis duda, porque lo habeis visto cantar de plano. ¿Pues y el sacristan?

—No hablemos de eso, porque la indignacion...

—Al contrario, pensad en ello y tendreis valor para todo. Pues todavía es nada: dejad que se ponga en claro el otro enredo. ¡Buena se armará!

—Calla...

Interrumpieron la conversacion porque sintieron los pasos de la dueña.

—¡Ay! —exclamó esta al entrar. —Demos á Dios gracias...

—¿Por qué?

—¿Por qué ha de ser? Don Bartolo se mejora... Voy á rezar.

Una hora despues llegó Figaro, y aunque Soledad acudió á abrirle, bajó detrás la señora Anastasia, y solo pudo el barbero deslizar el billete en las manos de la doncella mientras preguntaba en voz alta:

—¿Cómo está don Bartolo?

—Mejor, —respondió el ama de gobierno, llegando.

—Me alegre.

—¿No entráis?

—Si puedo servir para algo...

—Muchas gracias, señor Figaro.

— Volveré mas tarde...

— Os lo agradeceré, porque no sabemos lo que puede ocurrir.

— Ya sabeis, — dijo el barbero con dulzura, — que estoy para serviros, y por consiguiente...

— ¡Ay! — exclamó el ama de gobierno, suspirando. — Á nadie sino á vos acudiria en cualquier lance.

Soledad, á pesar de lo prometido y convenido, palideció ligeramente y dijo, haciendo ademan de cerrar la puerta:

— ¿Entrais ó salís?

— Me voy... Hasta luego.

— ¡Ay! — murmuró la señora Anastasia mientras subia la escalera. — Fígaro será todo lo que quieran, pero á servicial nadie le gana, y para un apuro no tiene igual.

— Ya te lo dirán de misas, — pensó la doncella, lanzando una mirada terrible al ama de gobierno. — Envanécete que al freir será el reir.

Apenas Rosa quedó sola otra vez en su aposento, Soledad, que acechaba la ocasion, entró diciendo:

— Mirad.

Y enseñó el billete del conde.

— ¡Ah! — exclamó la pupila, cuyos ojos brillaron con el fuego de su pasión. — ¡Una carta!...

— Y que el corazon me dice que ha de traer buenas noticias.

Rosa desdobló temblando el papel y empezó á leer con afán.

Su rostro cambiaba de espresion y color cada momento, y ya se agitaba su pecho ó se paralizaba su respiracion, ya brillaban sus negras pupilas ó se dilataban y abrian sus ojos, revelando sorpresa ó temor.

Cuando acabó la lectura se oprimió las sienes y murmuró:

— ¡Oh!... No... no... Imposible...

—¿Qué sucede? ¿Qué os dice?— preguntó la sirviente con la mas viva curiosidad.

—Toma... lee... para tí no tengo secretos...

—¡Que lea!...

—Sí...

—¡Ojalá pudiera leer!...

—Es verdad... no sabes...

—Cualquiera diria que os habeis asustado...

—No se equivocaria...

—¿Pero por qué?

—Lo que Fadrique me propone...

—¿Es algo fuera de camino?

—Es un imposible: entrar sin ocultarse, permanecer aquí casi toda la noche á mi lado sin que se lo estorbe nadie y sin mas testigos que tú...

—¿Qué estais diciendo?— replicó sorprendida Soledad.

—Lo mismo que me dice Fadrique...

—¡Oh!... Alguna invencion de Figaro...

—Sí, suyo es el plan...

—Es el demonio...

—¿Eres de mi opinion?

—Segun..... ¿Cómo ha de hacerse ese milagro?..... Explícadme...

Rosa esplicó á su doncella el ingenioso plan del barbero, analizándolo y presentando razones para probar que no podia ponerse en ejecucion sin tener casi por seguro que descubriesen al fingido médico.

—No os conozco,—dijo Soledad:—antes tenais mas valor, érais capaz de engañar á los mas astutos y os burlábais de todos con la mayor frescura. Cuando la intriga del libro y la primera

carta, nada temísteis, y sin embargo, el papel pudo caer en manos de don Bartolo, como estuvo cerca de suceder.

—Entonces...

—No sois la misma desde que don Basilio vino con ese cuento.

—¡Si supieras cuánto he sufrido!—dijo tristemente Rosa.

—¿Pero no sois ya feliz?

—Sí.

—Pues bien,—repuso la doncella,—alegraos, sed la misma de siempre.

—Tienes razon,—dijo la pupila despues de meditar algunos instantes.—¿Quieren engaños, intrigas y travesuras? Las tendrán: no cometeré las ruines acciones que mis enemigos; pero ya que traidoramente me hieren, ocultamente me defenderé.

—¡Bien!—exclamó Soledad entusiasmada.—Veremos quien puede mas.

—Cuando venga Fígaro,—repuso Rosa con acento de firme resolucion y valentia,—dile que me parece bien el plan y que á las once en punto fingiré que me siento muy mala, y pocos momentos despues tendré una convulsion.

—Escribid á don Fadrique, porque si no tengo ocasion de hablar á Fígaro...

—¿Y cómo?

—Es verdad... la pícara vieja volverá en seguida...

—Tampoco tengo papel...

—No importa: bastará que yo diga sí, aunque sea por señas, para que me entienda Fígaro.

—Mucho disimulo...

—¿Eso me encargais? Ya sé que ahora andan con cien ojos, pero tienen que comerse mucha sal antes de atraparme en un renuncio.

—Déjame ahora, para que no sospechen si nos ven hablar mucho.

—Voy á preguntar por don Bartolo... ¡Pobrecito!—dijo con ironía la sirvienta.

—¿Sigue mejor?

—Así parece.

—Me alegro...

—¿Os remuerde la conciencia?

—No; pero si muriese dirían que la causa habia sido yo.

—Descuidad; que como dice el refran, cosa mala nunca muere. Todavía nos dará mucho que hacer el pícaro viejo, porque tiene siete vidas como los gatos.

—Véte, Soledad,—dijo Rosa, mirando á la puerta.

—Nadie viene, pero me voy... ¡Cuando pienso en la burla que les tenemos preparada!...

Soledad salió riendo con todas sus fuerzas.

Los ojos de Rosa brillaron.

—Sí,—dijo con una energía que pocos dias antes parecia haber perdido para siempre,—lo veré á pesar de todos los peligros. Ya no puedo ocultar que lo amo ni debo esperar nada de la codicia de mi ruin tutor, y por consiguiente lucharé. ¿Me provocan en el terreno de la intriga? Me encontrarán. ¿Me hieren con armas alevosas? Me guareceré en la oscuridad para que yerren los golpes.

Las alternativas que vamos viendo en Rosa no hubieran sorprendido á quien la conociese á fondo; pero en este conocimiento quien mas habia adelantado era Soledad.

La intriga quedó, pues, preparada.

Despues de dos horas, don Basilio, aun temblando de miedo, se atrevió á volver á casa del doctor para saber cómo habia terminado la visita del galan. Cuando le dijeron que su amigo habia es-

tado cerca de la muerte, hizo mil gestos y exclamaciones y juró no descansar hasta saber quién era el miserable mancebo y castigar su criminal conducta. Y efectivamente, el sacristan quería á toda costa saber quién era el amante de la pupila; pero no para buscarlo, sino para guardarse de él.

Cada dos horas se presentó el organista á saber de la salud de su amigo y aliado, reiterando sus ofrecimientos y prodigando sus exclamaciones.

Fígaro no faltó en volver, y aunque no pudo hablar á Soledad, comprendió por una seña de esta que Rosa estaba conforme.

El médico declaró á la tarde que don Bartolo estaba fuera de peligro y que se presentaban los primeros síntomas de una fiebre que á la noche se desarrollaría en toda su fuerza, produciendo tal vez el delirio.

Tal era la situación cuando el crepúsculo vespertino empezó á brillar en occidente.

---

---

## CAPÍTULO XXXIII.

Donde se verá que la niña mas inocente y cándida sabe fingir como una consumada cómica cuando quiere satisfacer un amoroso deseo.

La noche estaba oscura; no brillaba la luna ni se veía una estrella, y el frío se dejaba sentir como nunca.

Á las diez y media era muy raro encontrar á nadie en la calle; solo algun enamorado, con riesgo del bolsillo y de la vida, ó algun ratero, con peligro de su libertad, transitaba por las estrechas y tenebrosas calles de la ciudad de Fernando el Santo. Las rondas de alguaciles que en aquel tiempo molestaban á los vecinos honrados y rara vez se apoderaban de un ladron, no se encontraban con tanta frecuencia en las noches oscuras y frias.

Á tal hora el silencio reinaba en todas partes, salvo donde algun galan espadachin, ardiendo en el fuego de su amor, entonaba amorosas trovas al son de una guitarra.

Pocas ventanas ó balcones se veian á través de cuyas rendijas se escapase un rayo de luz.

En fin, la poblacion dormia.

Los personajes de esta historia estaban despiertos.

Dos embozados entraron en la calle donde vivia don Bartolo y se detuvieron delante de la casa de este, contemplándola sin hablar en algunos minutos.

—Bien,—dijo al fin uno de ellos en voz baja,—aquí estamos ya segun ha deseado vuestra señoría, aunque no sé con qué fin hemos venido media hora antes de la convenida.

—Debemos esperar, porque algunos minutos de retraso pueden ser causa de que el plan se trastorne y Rosa se comprometa inútilmente.

—Con habernos anticipado un rato...

—¿Qué perdemos por aguardar?

—El poco calor que tenemos y tal vez que nuestros enemigos nos observen...

—Mientras no nos conozcan...

—Si le parece bien á vuestra señoría, nos meteremos en el hueco de esta puerta.

—Y desde ahí miraremos...

—¿Qué hemos de mirar?

—Por aquella rendija se ve luz.

—Y por aquella tambien.

Los embozados se ocultaron en el hueco de una puerta y quedaron inmóviles.

Uno de ellos exhaló un suspiro.

El otro se restregó las manos bajo la capa.

Pocos minutos despues entró en la calle otro hombre; pero iba provisto de una linterna.

—¿No ve vuestra señoría?

—Sí...

— Apartémonos, señor.

— ¿Por qué?

— Una linterna es ahora mas temible para nosotros que una legion de diablos.

— Ese es un vecino pacífico.

— ¿Y si fuera el organista?

— No lo creo.

— Puede venir á saber de don Bartolo.

— ¡Oh!... Me alegraría.

— ¿Por qué?

— ¿No lo adivinas?

— Cuidado, señor, que si armamos un escándalo, se alborotará la vecindad, acudirá tal vez alguna ronda y será imposible llevar á cabo lo convenido.

— Tienes razon...

— Se acerca... y es él...

— ¡Vive el cielo!...

— Por aquí... sin separarnos de la pared.

Deslizáronse silenciosamente hasta alejarse doce ó quince pasos del sitio en que estaban, y ocultándose bajo otra puerta volvieron á quedar inmóviles.

— Si no es el pícaro sacristan, seguirá su camino y nosotros nos quedaremos, importando poco que nos vean aquí.

— Ya está cerca de la casa...

— ¡Oh!... Estoy seguro de que no me he equivocado.

— Creo que estamos cometiendo una torpeza, Fígaro.

— ¡Una torpeza!

— Si es don Basilio y entra y se detiene una ó dos horas...

— Al fin saldrá.

— Y si en obsequio á su amigo se queda toda la noche...

— Á las once entraré, y si tal es su pensamiento, diré que él ó yo debemos quedarnos para que el uno duerma y pueda relevar mañana al otro.

— Supon que deciden que se quede el sacristan.

— Ahora manda la señora Anastasia y no querrá perder la ocasion de tenerme toda la noche á su lado.

— Esa confianza puede perdernos...

— Entonces estorbémosle el paso, que vuelva atrás, grite, se asomen los vecinos, acuda una ronda y...

— No, no...

— Puede escoger vuestra señoría...

— Esperemos...

— ¡Es él!...

— Se ha parado...

— Va á llamar...

— ¡Oh!...

— ¡Que no se convirtiera el aldabon en alacran!...

Era efectivamente don Basilio, que llamó con fuertes y repetidos golpes porque habia creído ver á lo lejos unos bultos.

Pocos momentos despues preguntaron desde adentro.

— Abrid, señora Anastasia, soy yo,— dijo el organista con su voz grave y hueca que resonó en toda la calle.

La puerta se abrió y volvió á cerrarse despues de haber desaparecido la linterna.

Desde aquel momento, los que pasaron fueron siglos de angustioso afan para el conde.

Cerca de media hora trascurrió.

— Prepárate, Fígaro,— dijo Almaviva.

— Preparado estoy...

— Ese miserable va á trastornar nuestro plan... ¡Oh!... El

día que sin comprometer á Rosa pueda hacerle sentir el peso de mi enojo...

—Silencio, señor.

—Callaré mal que pese á mi coraje.

—Lo peor que puede suceder es que nos haga esperar una hora mas.

—¿Y si Rosa da principio á la farsa á las once?

—No lo hará. ¿Acaso es tonta?

—Tal vez no piense en que la presencia del organista es un inconveniente...

—Se lo advertirá Soledad.

Rechinó el conde los dientes, y en medio de la oscuridad relumbraron sus ojos como dos luciérnagas.

Volvió á reinar un profundo silencio.

Oyóse el metálico sonido de la campana del reloj de la catedral.

—¡Las once!—exclamó Almaviva.

—Algunos momentos mas...

—No,—replió el conde con marcada impaciencia.

—Señor...

—¡Vive el cielo!...

—Callad... Suena la puerta...

Efectivamente, chirrió la llave en la cerradura y se abrió la puerta de la casa del doctor.

—¡Ah!—exclamó el conde como si hubiese despertado despues de una horrible pesadilla.

El organista salió con su linterna, despidióse de la señora Anastasia y se alejó.

—¿Y ahora,—preguntó Fígaro,—no me dejareis esperar?

—Sí; pero lo menos que sea preciso para que no sospechen.

—Ya habrá empezado doña Rosa á decir que le duele la cabeza, y Soledad añadirá que está palida.

Cuando salió de la calle don Basilio, el conde y el barbero volvieron á su primer escondite.

Allí esperaron algunos minutos.

—Fígaro,—dijo el conde.

—Señor...

—Ya es hora.

Fígaro llegó á la puerta de la casa del médico y llamó.

—¿Quién es?—preguntó el ama de gobierno al cabo de algunos instantes.

—Yo... ¿Me conoceis?

—Dios os guarde,—dijo la señora Anastasia despues de abrir y levantando el candil con que se alumbraba á la altura del rostro del barbero.—Bien venido seais.

—¿Cómo está don Bartolo?

—Sigue mejor, pues aunque está muy recargado de la calentura, como dice el médico que es buena señal esa, creemos que ya está fuera de peligro.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el barbero, respirando con toda la fuerza de sus pulmones.—Me quitais un gran peso...

—Ya sé que vos sois de los que mas de veras quereis á don Bartolo: siempre lo he dicho, porque...

—Tengo mucho que agradecerle...

—Pero subid, que aquí se hielan las palabras.

—Con vuestro permiso,—repuso el barbero, empezando á subir la escalera, seguido del ama de gobierno.

—¿Qué hora es?—preguntó esta para reanudar la conversacion.

—Las once acaban de dar.

—¡Tan tarde!

—¿Os ha parecido la noche corta?

—Al contrario, muy larga.

—No he venido antes porque he querido dejar concluidos mis quehaceres con intencion de quedarme aquí toda la noche.

—¡Quedaros aquí!—repitió la señora Anastasia con espresion de sorpresa y alegría.

—Nada mas justo. ¿Cómo he de consentir que en una noche como esta esteis solas tres ó cuatro mujeres?

—¿Qué importa?

—Suponed que se pone peor don Bartolo y es menester salir para buscar médico ó medicinas: ¿qué haríais por esas calles oscuras como boca de lobo y donde si alguien se encuentra es algun ladron ó gente de mala vida?

—Es verdad, pero...

—No hay que hablar de eso,—repuso Fígaro, mirando dulcemente á la señora Anastasia;—tendré el gusto de haceros compañía.

—Si os empeñais...

—Os lo ruego.

El ama de gobierno exhaló un suspiro, sus ojos brillaron y abrió la boca para responder; pero se detuvo porque le salió al encuentro Soledad, y deteniéndola, le dijo despues de dar las buenas noches con indiferencia al barbero:

—Estoy con cuidado.

—¿Pues qué pasa?

—Ya sabeis que hace un rato se queja doña Rosa...

—Sí, de la cabeza... Lo de siempre... Puedes estar tranquila.

—Es que va poniéndose muy pálida...

—No es cosa nueva: desde que le dan músicas y le ofrecen agua bendita, está como un difunto.

—Yo cumplo con avisaros; por lo demas...

—Volveos con ella, que yo voy á acompañar al señor Figaro, que quiere ver á don Bartolo.

—¿Y los gestos?—preguntó Soledad sin moverse.

—¿Qué gestos?—replicó la señora Anastasia con aspereza.—¿Pensais volverme loca?

—Os digo que doña Rosa debe estar mala, muy mala. Ha hecho dos ó tres gestos horribles, torciendo la boca, y me ha mirado con los ojos bizeos.

—Eso es otra cosa,—dijo Figaro, tomando parte en la conversacion:—cuando se tuercen los ojos y la boca...

—No he querido preguntarle si siente alguna novedad, por no asustarla.

—¿Duerme la señora Alfonsa?

—Está despierta y me ha mirado como quien dice: « Esto no me gusta. »

—¡Jesus!—exclamó el ama de gobierno, colgando el candil en la llave de la puerta de la sala.—Se han empeñado en quitarme la vida y lo conseguirán.

—Tranquilizaos,—dijo Figaro.—Entremos, la pulsaré, y si me parece que no es cosa de cuidado...

—¿Cuándo querrá Dios que se case?

Entraron en el gabinete de Rosa.

Esta, sentada junto á un brasero de cobre, parecia muy triste y meditabunda. Tenia los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, de manera que la escasa luz del velon que ardia sobre la mesa no iluminaba su rostro.

Contemplábala la dueña sin decir una palabra, pero dejando

ver en su semblante el mismo temor que habia manifestado Soledad.

— Buenas noches, — dijo Fígaro.

— Buenas nos las dé Dios, — respondió la señora Alfonsa.

Rosa permaneció callada como si no se hubiera apereibido de la llegada del barbero.

— ¿Qué teneis? — le preguntó este, acercándose al brasero como para calentarse las manos. — Parece que estais triste...

La pupila se estremeció, oprimióse el pecho, exhaló un suspiro penoso y dijo con voz débil:

— Nada... la cabeza... y... una opresion en el pecho que apenas me deja respirar... pero...

— Permitidme que os pulse, pues aunque teneis buen semblante, como sois de naturaleza delicada y habeis pasado mal dia...

— Como gusteis, — repuso Rosa, alargando una mano trémula al barbero.

Este observó el pulso, volvió la cabeza y miró á la señora Anastasia, haciendo un gesto de disgusto, y luego dijo:

— No hay cuidado... Lo que teneis es la agitacion de hoy... y como estais acostumbrada á acostaros temprano, la falta de sueño...

— Lo que yo le he dicho, — añadió Soledad, — apenas ha comido, no ha cenado, y si no duerme...

— Acostaos.

— ¿Qué habeis de hacer aquí?

— Don Bartolo está mejor, y Fígaro se quedará toda la noche.

Rosa se puso de pié.

— Me echaré un rato en la cama, — dijo, — descansaré, y si no me alivio...

— Desnudaos.

— No... Soledad... acompáñame... ¡Ah!...

Estendió los brazos Rosa, hizo un gesto doloroso, sus ojos se revolvieron desconcertadamente y vaciló su cuerpo.

— ¡Dios bendito! — exclamaron las dos viejas.

— ¿Qué os sucede? — preguntó Soledad, corriendo á sostener á su señora.

— Á la cama, — dijo Figaro; — al instante...

La pupila cayó en brazos de su doncella, y esta, ayudada por el barbero y la señora Anastasia, la llevó á su lecho.

Empezaron las exclamaciones y la confusion.

Todos pedian agua y vinagre y daban vueltas de un lado para otro sin que ninguno acertase á salir de la habitacion.

— ¡Santa Rita! — exclamaba la señora Alfonsa, cruzando las manos.

— Esto nos faltaba, — decia el ama de gobierno. — Bien venegas mal si vienes solo.

— ¡Señorita, señorita! — gritaba Soledad.

— Silencio, que no se entere don Bartolo, — decia Figaro, pulsando nuevamente á la fingida enferma.

— ¿Pero qué tiene?

— No lo sé; pero creo que es cosa de cuidado...

— ¿Qué va á ser de nosotras?

— Agua...

— Vinagre...

— Le daremos eso que le recetó el señor...

— ¿Y si le hace daño?

Así hablaban mientras Rosa no daba señales de vida sino por que de vez en cuando se estremecia violentamente como si principiara una convulsion.

— Algo ha de determinarse...

— Don Bartolo nos pedirá cuentas...

—Somos responsables de la vida de doña Rosa...

—¡El médico, el médico!—exclamó la dueña.

—¿Quereis que busque uno?

—Sí,—dijo la señora Anastasia,—traed un médico... ¡El cielo os ha enviado, señor Fígaro!

No esperó el barbero segunda orden, y salió corriendo, seguido de la señora Anastasia, que le dijo mientras bajaban la escalera:

—Pensad en nuestro apuro, y que si sucede una desgracia lo achacará don Bartolo á descuido.

—Antes de media hora, de un cuarto de hora, tendreis aquí un médico.

Salió Fígaro.

El ama de gobierno volvió al lado de la pupila.

Esta seguia desempeñando admirablemente su papel.

Ni agua ni esencias bastaron para aliviarla; al contrario, cada momento daba muestras de estar peor.

La señora Alfonsa rezaba; pero sus fervientes invocaciones nada conseguian.

Entre tanto don Bartolo seguia en su lecho sin haberse apercebido de nada y preso de una intensa fiebre que, como habia anunciado el médico, debía producirle un delirio.

Corria de un lado para otro el ama de gobierno, sin saber á cuál de los dos enfermos atender y sin dejar de hablar un instante, maldiciendo al endemoniado galan de las famosas hebillas, causa de todos los males.

Así pasó un cuarto de hora, que fué un siglo de tormento para las atribuladas viejas y otro de afan para las impacientes jóvenes.

Soledad se esforzaba para contener la risa burlona que pugnaba por retozar en sus labios.

Rosa, al revolverse con los fingidos síntomas de convulsión, solía ocultar el rostro en la almohada y reír á su placer.

—¡Virgen santa!— exclamó la dueña. —¡Cuánto tarda Figaro!...

—Á estas horas,—replicó la señora Anastasia,—todo el mundo está durmiendo, y mientras encuentra un médico, consi- gue que se vista y vienen, ha de pasarse media hora.

—¿No le habeis dicho dónde vive el amigo de don Bartolo?

—No, porque lo que ahora nos conviene es que venga un mé- dico, y el que se encuentre mas pronto es el mejor. Además, no he pensado en semejante cosa.

—¡Cuán acertado hubiera sido aceptar el ofrecimiento de don Basilio!

—¿Para qué lo queríamos aquí?

—No sabemos lo que puede suceder...

—Basta y sobra con Figaro, que se interesa como el que mas por nosotros.

—Pero es un aturdido...

—¿Pensais,—replicó la señora Anastasia con tono de dura reconvencion,—que porque tiene el genio alegre le falta corazon? Pues sabed que Figaro, á pesar de las travesuras propias de la ju- ventud, es hombre de buenos sentimientos y capaz de dar la vida por don Bartolo. En fin, los viejos no sirven para nada.

—La gallina vieja hace el caldo.

—En cuanto á las mujeres, sí; pero los hombres...

—Dejaos de disputas,—interrumpió Soledad.

—¿Quién eres tú para mandarnos callar con ese imperio?

—No respetais el estado de doña Rosa, que tal vez se muera...

La pupila se estremeció, hizo un gesto doloroso y se revolvió

en la cama, dejando escapar una especie de rugido sordo y pavoroso.

La dueña y el ama de gobierno exhalaban un agudo grito de espanto.

—¡Señorita, señorita de mi alma!—exclamó Soledad, asiendo de los brazos á Rosa.

Esta dió algunas volteretas mas y luego quedó como alestargada.

—¡Benditas ánimas de los sacerdotes pobres!—exclamó la señora Alfonsa, cruzando las manos y temblando, poseida de terror.—¡Santa Rita, abogada de los imposibles!...

Y sus ojos y los del ama de gobierno, desencajados, fijaron en la pupila una mirada de medroso afán.

Todos quedaron inmóviles y silenciosos por algunos instantes.

La luz escasa, rojiza y vacilante del candel, cuyo garabato habia metido la señora Anastasia en un agujero de la pared, iluminaba aquel triste y doloroso cuadro, donde solo faltaba la negra figura del sacristan para hacerlo pavoroso.

Resonó el aldabon.

—¡Ahí está!—exclamaron.

Y si no hubieran vuelto los ojos á la puerta, hubieran visto que entonces fué cuando verdaderamente palideció el rostro de Rosa, tornándose despues rojo como el carmin.

La señora Anastasia se puso de un salto fuera de la alcoba; tomó el velon que habia en el gabinete y bajó corriendo para abrir.

—¿Quién es?—preguntó con voz ahogada por el susto y la fatiga.

—Abrid, —respondió Fígaro.

Abrió el ama de gobierno.

El barbero entró acompañado de un hombre embozado hasta los

ojos en una capa de paño verde oscuro, que dijo con voz ronca y extraña:

— Buenas noches.

— ¡Ay!... ¡Gracias á Dios!...

— ¿Está peor doña Rosa?— preguntó Figaro.

— Parece que ha llegado su última hora.

— Veremos lo que dice el señor doctor...

— Vamos, vamos... no hay que perder un momento.

El ama de gobierno delante, y el conde y Figaro detrás, subieron, atravesaron silenciosamente la sala y el gabinete y entraron en la alcoba.

Fingiendo distraccion ó que, cuidándose solo de llenar su delicado deber, se olvidaba de cumplimientos, el conde se acercó á la cama sin desembozarse, sacó una mano y cogió con las puntas de los dedos una muñeca de Rosa.

La jóven se estremeció.

— Vuelve la convulsion, — dijo la señora Anastasia.

— Silencio, — replicó Almaviva.

Y observó largo rato el movimiento de la arteria, diciendo para sí:

— Así palpita su corazon... ¡Ah!... Se agita como el mio... ¡Cuánto la amo!... Sí, la amo, y mi pasion es una verdad que no comprendí y negué durante el largo período de mi vida de agitación y placeres; una verdad de que me reí, que busqué en vano y no encontré. Yo escarneí este sentimiento sublime de amor profundo y eterno, que no era para mí mas que una palabra inventada por la seducción para dar al placer mayores atractivos. Lo escarneí, y el vacío que en mi alma sentia, quise llenarlo con goces fugaces; pero no encontré tras ellos mas que el cansancio, el hastío y el remordimiento. ¡Ah! Yo te bendigo, puro y tiernísi-

mo sentimiento de verdadero amor, porque me has hecho feliz y me ofreces un porvenir de tranquila dicha, que no hubiera podido alcanzar si en mi vejez hubiera tenido solo recuerdos de mis extravíos. Ahora comprendo que no estaba mi alma desnuda de nobleza: he caminado solo y me he extraviado; pero mis ojos han visto la luz antes que mis piés resbalasen en el borde del abismo de mi eterna perdición. Aun es tiempo... ¡Oh!... Tengo que arrepentirme de locuras, pero no de crímenes; pueden llamarme loco, pero no depravado. ¡Rosa, Rosa, eres mi ángel de salvacion!

Tal vez el fingido Hipócrates hubiera dado al traste con su papel, si Fígaro, como hombre esperto y de sutil penetracion, no comprendiera que los enamorados, junto al objeto de su amor, suelen olvidarse de lo que mas importa, y rompiendo el silencio preguntara:

—¿Qué opinais, señor doctor?

—Pluma y papel,—respondió Almviva como si despertara de un sueño.—Al instante.

El ama de gobierno salió.

—Venid,—dijo la señora Alfonsa.—Escribireis aquí.

El conde y Fígaro la siguieron al gabinete.

Algunos momentos despues volvió la señora Anastasia con todo lo necesario para escribir.

—¿Hay peligro?—preguntó.

—Sí.

—¡Dios mio!

—Esta misma noche,—dijo el fingido médico mientras escribia,—morirá ó se salvará.

—¡Ah!...

—No hay término medio... mañana... ó en la sepultura... ó buena enteramente...

Ni el ama de gobierno ni la dueña acertaron á decir una palabra; miraban con ojos espantados al conde, que aun no se habia descubierto el rostro y estendia á toda prisa la receta.

—Corriendo,—dijo al concluir,—á la botica con una botella.

Y mirando á la señora Alfonsa, añadió:

—¿Y vos, qué haceis aquí?

—¿Qué he de hacer?—dijo sorprendida la vieja.

—Estais pálida y... Permitidme que os pulse.

—Tambien estoy mala, es verdad...

—Mas vale evitar las enfermedades que curarlas,—dijo el conde despues de haber pulsado á la dueña y tomando otra vez la pluma.—Á vuestra edad... el disgusto que habeis tenido... estais amenazada de...

Y se puso á escribir otra receta.

—Tomando esto... no será nada... pero si os quedais así... Otra botella y... No os detengais.

—Volando,—dijo Figaro.

Y tomó las recetas y salió, añadiendo:

—Me llevaré la llave...

—Os daré las botellas.

—Teneis razon,—dijo la señora Alfonsa, sentándose.—No tengo dos adarmes de fuerza; siento un malestar, un mareo...

—No os movais ó acostaos.

La dueña creyó que efectivamente estaba enferma: la aprension le hizo sentir dolor de cabeza y le pareció que no respiraba con libertad.

—Bien,—dijo la señora Anastasia, volviendo colorada como un tomate y medio ahogada de fatiga.—Estamos mejor que queremos. ¿Con que qué os parece, señor doctor?

—Os lo diré dentro de dos horas.

—Tambien tenemos otro enfermo de peligro, mi señor don Bartolo...

—Lo sé.

—Os lo habrá dicho Figaro... No sé cómo resisto, sola para acudir á todo... ¡Ah!... Entre unos y otros acabarán conmigo. Todo el día de Dios no se oye mas que, «Señora Anastasia, por aquí, señora Anastasia, por allí; el cocimiento, el agua caliente, los si-napismos, la medicina...»

—Callad,—interrumpió el conde, sentándose,—el menor ruido puede matar á la enferma.

—Voy á ver al otro.

El ama de gobierno fué al dormitorio de don Bartolo, abandonado mas de media hora hacia.

La fiebre habia aumentado, y el pobre doctor empezaba á pronunciar palabras inconexas. Presentaba la figura mas estraña que puede imaginarse, oculto entre las ropas de la cama, cubierta la cabeza con un gorro de algodón blanco de figura cónica rematado por una desordenada borlilla, con el rostro lívido y los ojos estremadamente abiertos, dirigiendo á todos lados miradas inciertas.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó la señora Anastasia.

—¿Quién es?—dijo el paciente con voz afónica.

—¿No me conoces?

—Sí... que callen...

—Nadie habla...

—Esa gente... y... las luces...

—No hay nadie.

—Agua.

—Lo ha prohibido el doctor.

—Agua... ¿Y Rosa?... Ya se ha desengañado... ¡Ah!... Que se prepare... Dile que para el día de nuestra dicha... le compra-

ré un vestido de raso y... una basquiña de... alepin francés... y...

—Calla, que te hace daño el hablar.

—Bien... No puedo olvidarla... Agua...

—Agua no puede ser, pero toma esto,—dijo la señora Anastasia.

Y de un líquido que habia en un vaso dió dos cucharadas al doctor, que las bebió con avidez y quedó algo mas tranquilo.

Pocos minutos despues volvió Fígaro con los medicamentos.

El conde ordenó que diesen á Rosa todo el contenido de la botella, que apenas era medio vaso, y lo mismo dispuso con respecto á la señora Alfonsa, volviendo á recomendarle la quietud.

—¿Qué hemos de hacer ahora?—preguntó la señora Anastasia.

—Es cuestion de vida ó muerte,—dijo el conde, siempre cuidando de cambiar la voz;—mi deber me manda permanecer aquí hasta ver el resultado de la crisis.

—Sí, sí, quedaos en nombre del cielo.

—Ahora no hay que hacer mas que guardar silencio y esperar.

—Lo que mandeis con tal que se salve doña Rosa.

—Ya os lo he dicho, morirá ó se salvará en dos ó tres horas. Vos,—añadió el conde, dirigiéndose á Soledad, permaneceréis al lado de la cama, y si viéseis que la enferma empezaba otra vez á hacer gestos, me avisareis; si no se mueve, dejadla, que será buena señal. Yo estaré aquí. Dadme un libro, que puesto que vuestro amo es médico, los tendrá que traten de la ciencia, y pasaré el tiempo leyendo.

—Me parece bien hacer una cosa,—dijo Fígaro.

—¿Qué?

—Hay dos enfermos.

—Y de cuidado.

—Debemos atender á los dos.

—Nada mas justo.

—Pues bien, quédese aquí el señor doctor con Soledad y la señora Alfonsa, y vos, señora Anastasia, y yo iremos al aposento de don Bartolo.

—¡Pico de oro!—dijo el ama de gobierno para sí.

Y destellaron sus ojos de alegría y añadió en voz alta:

—Bien pensado está.

—Si doña Rosa se empeorase, puede avisarnos Soledad.

—Así no haremos ruido entrando y saliendo.

—Voy por el libro.

La señora Anastasia llevó un tomo forrado en pergamino, lo entregó al conde y dijo al barbero:

—Vamos.

Fígaro salió tras ella.

Soledad volvió al lado de Rosa.

La dueña se restregó los ojos.

—¿Cómo os sentís?—le preguntó Almaviva.

—Tengo la cabeza pesada.

—Buena señal, y mejor si os da sueño.

—El cuidado no me dejaria dormir: quiero á doña Rosa como si fuera mi hija.

—¿Sois parienta suya?

—Su dueña; pero como no tiene madre la pobrecita...

—¡Infeliz!

—Ni padre tampoco.

—Es una desgracia horrible.

—Voy á rezar...

—Y yo á leer.

La dueña empezó á pasar las cuentas de su rosario, y antes de tres minutos quedó profundamente dormida.

Un silencio sepulcral reinó en toda la casa.

El conde miró á la señora Alfonsa.

—¿Dormirá?—dijo.

Ella, como para responderle, empezó á roncar.

Para asegurarse, dejó el jóven caer al suelo el libro.

La vieja no dió señales de vida.

—¡Ah!—murmuró el enamorado mancebo.—Ha llegado el instante feliz..... ¡Voy á escuchar de sus labios palabras de amor!...

Su corazon palpitó con violencia y la sangre parecia que iba á brotar por sus mejillas.

Se puso de pié y echó atrás su capa.

Estaba su pecho agitado.

Sus manos temblaban ligeramente.

Sus pupilas brillaban como dos carbunclos.

Amaba por primera vez, y ¡quién que lo conociera lo diria!... ¡Tenia miedo!...

Lanzó á su alrededor una última mirada y escuchó.

Luego entró en el dormitorio de la jóven con todo el afan de su pasion ardiente.

Rosa estaba sentada en el lecho.

Soledad en un rincon, inmóvil como una estatua, dispuesta á mirar, pero no á oír.

---

e

el

e

a

u

á

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 7.<sup>a</sup>— Y alargó sus ardientes manos para coger las agitadas de la pobre niña.

---

## CAPÍTULO XXXIV.

Delirio febril y amoroso delirio.

Rosa, verdaderamente trémula entonces, no tuvo valor para sostener mas que por un segundo la ardiente mirada del mancebo, y bajando los ojos y en tanto que la púrpura de su honestidad y pudoroso recato se estendia por su tersa frente, murmuró con acento que daba claras muestras de su turbacion :

— ¡ Ah!... ¡ Dios mio!... ¿ Qué he hecho?

— ¡ Rosa! — exclamó el conde.

Y alargó sus ardientes manos para coger las agitadas de la pobre niña.

Empero esta, retirándolas vivamente, dijo:

— ¿ Á qué habeis venido?

— ¡ Á qué he venido! — repitió el jóven sorprendido.

— Sí, — repuso Rosa, fijando en su amante una mirada investigadora.

— ¿ No me esperábais para oir de mis labios lo que tantas ve-

un hombre estraviado y loco, pero no depravado: en su alma habia gérmenes abundantes de virtud, de ternura, de nobleza, y solo faltaba que un rayo benéfico de sol los hiciese brotar y producir sus frutos.

Este sol era la virtud y pureza de Rosa, cuya radiante luz habia hecho ver al mancebo el paraíso soñado y no creído.

Al fin rompieron el silencio.

La primera palabra fué pronunciar cada cual el nombre del otro.

¿Cómo habian de empezar?

Á veces con pronunciar un nombre se espresa mas que con todas las frases de que es susceptible un idioma.

Tras el nombre se oyeron palabras de amor.

Luego promesas y juramentos.

Y alternando estos con suspiros, exclamaciones y miradas, se olvidaron de la necesidad que tenian de ponerse de acuerdo para combatir y vencer á sus enemigos.

El amoroso delirio empezaba.

Soledad se lo esplicó á su modo, diciendo para sí:

—Ya han perdido la cabeza. Tendré que recordarles que no estamos para flores ahora, porque ni don Bartolo ni el organista pierden tiempo ni se andan por las ramas.

Lo que es una conversacion de enamorados lo saben todos, y para no cansar á nuestros lectores, debemos escusar repetir palabra por palabra la de Rosa y el conde, así como los comentarios que la traviesa Soledad iba haciendo para sus adentros.

Los dejaremos, pues, y cambiando la decoracion, presentaremos nuevamente el dormitorio de don Bartolo, á quien no es justo que abandonemos en los instantes del peligro. El pobre doctor no es para nosotros un ente despreciable. Tenia sus debilidades y sus

ridiculeces; pero ¿quién está exento de unas ú otras? Ya sabemos que no hubo quien se atreviera á tirar la primera piedra á la mujer pecadora. Perdonamos á don Bartolo su codicioso afan de dinero, porque no tenia otras ambiciones: le perdonamos la ridiculez de su amor, porque todos los viejos pueden enamorarse, porque muchísimos se enamoran sin mas diferencia con respecto á don Bartolo que la de tener el buen juicio de ocultarlo, y como el entendimiento no es prenda que se compra ni adquiere por ningun medio, seria injusto acusar al que ha tenido la desgracia de no recibir de la naturaleza en abundancia tan precioso don. Los instintos del infeliz doctor eran buenos; sus fines, los mejores; el mal estaba en los medios que empleaba, y esta desgracia es la de casi todos los hombres. No hay cosa buena que no se convierta en mala si se entiende mal, y muchas cosas malas pueden convertirse en buenas con habilidad y talento. Don Bartolo carecia de ambas cualidades: era torpe y de escasa inteligencia. No debe acusarse ni castigarse al ciego que tropieza y rompe un mueble de valor, ni hay tampoco derecho para prohibirle andar por temor de que tropiece.

En cambio, somos libres tambien para tener mas miedo á un tonto que á un pícaro.

Los necios deberian formar una sociedad separada para no ser el tormento y la causa de las desdichas de los demas hombres.

No tenemos la pretension de creer que seriamos escludidos del número de ellos; pero ya que no otra cosa, tenemos conciencia y no queremos mas de lo que nos corresponde.

Por eso no hemos ido nunca á mendigar aplausos inmerecidos.

Nunca, nunca hemos buscado la falsa reputacion que muchos, muchos usurpan, quedándose muy contentos con ella, porque no

han advertido que la piel del leon no bastaba á cubrir las orejas del asno.

Tampoco hemos conquistado la falsa reputacion con adulaciones.

Ni la hemos alcanzado con humillaciones.

Ni la hemos comprado en las fondas y cafés, donde suele venderse á precio de trufas, tostadas y ron.

Sin embargo, las reputaciones falsas son por lo regular las que producen mas dinero.

No se olvide que hablamos de los nécios, de los verdaderos tontos vanidosos, y por consiguiente, repetimos lo que dijo Iriarte:

*Quien haga aplicaciones  
Con su pan se lo coma.*

Y volvemos al nécio, ocasion de nuestras reflexiones, es decir, á don Bartolo.

No consiguió la señora Anastasia lo que deseaba y esperaba: el estado del doctor no daba lugar para tener esplicaciones, pues apenas empezada una conversacion habia que interrumpirla para acudir al enfermo, que en el delirio de la fiebre solia prorrumpir en voces destempladas, sosteniendo el mas disparatado monólogo que puede imaginarse, ó hablando como si preguntase y respondiese á los fantasmas creados por su calenturienta imaginacion y vistos por sus trastornados ojos.

El desdichado inspiraba á la vez lástima y miedo.

Sus facciones estaban descompuestas, y sus pupilas dilatadas y sin brillo habian quedado fijas, como si contemplase con ardiente afan algun objeto.

Era que en su estravío creia ver á Rosa tan bella como nunca.

vestida con un finísimo ropaje blanco salpicado de estrellas de plata, tan deslumbrante y vaporoso que mas parecía la túnica de un ángel; una corona de albas rosas se destacaba en su negra cabellera, sin empolvar entonces, y que caía en largas crenchas y relucientes bucles sobre su pecho, hombros y espalda. Una sonrisa de amor vagaba en sus rojos y frescos labios; pero una sonrisa tentadora como la de Satanás, dulce como la de un querubin, fascinadora, arrebatadora, irresistible. La aparición podia tomarse lo mismo por divina que por humana: al pronto creyó el delirante doctor que era un ángel; pero despues se convenció de que era su encantadora pupila, porque pensó que un ángel no podia inspirarle las malas tentaciones que empezaba á sentir. Y efectivamente, los ardores de la fiebre podian ser la medida de los de la pasión del desdichado.

Figúrese, pues, el lector cuál seria el arrebató y trastorno del doctor al ver que la encantadora aparición sonreía dulcemente, y que, dando hácia él un paso silencioso, estendió los torneados y ebúrneos brazos, quedando inmóvil.

—¡Ah!— exclamó don Bartolo con destemplada voz.—Si no eres un ángel, lo pareces... Eres Rosa... Rosita... Ya te veo, tierna y enamorada... Me esperas... allá voy...

Y se revolvió en el lecho como si intentara levantarse, y sus ojos se abrieron mas y mas y su agitacion creció.

—¡Rosa!— volvió á decir, sacando los brazos como si fuese á coger los de la imaginaria niña.—Te has vestido de blanco para... significar tu pureza. Veo sobre tus sienes la corona nupcial... Nos aguarda el sacerdote para bendecir nuestra union.... ¡Bendita seas!... ¡Ah!... ¡Qué hermosa!... ¡Qué hermosísima! Tenemos que esperar... ahora me sujetan aquí... Pero entre tanto, ven, acéreate, voy á ser tu esposo... ¡ay!... tu esposo... ¡Rosita!...

Que me abrasas con los ojos... Que me matas con esa sonrisa... ¡Ay qué boca!... Perdona, Rosita... Rosita mia... Rosita de mi alma... rosa de Jericó... reina de las rosas... ¡Bendita sea la madre que te dió al mundo para encanto de mis ojos!... ¡Ay, Rosita de mi vida!... ¡Cómo rabiara el pisaverde de las hebillas de diamantes falsos!... Porque son falsos como él... ¡Cómo se tiraría de aquellos bigotillos de gato si te viera aquí!... ¡Ah!... No puedo con tanto amor... El pecho se me abrasa y parece que me trituran la cabeza... ¡oh!... y los pulmones... cómo se dilatan... y los ventrículos del corazón, trabajan de una manera horrible... y la sangre abrasa las arterias... ¡No puedo con tanta pasión!...

Mientras así hablaba don Bartolo, hacia mil gestos horribles, se agitaba, volvía y revolvió con cuánta ligereza le permitía su obesidad, y no apartaba la mirada del sitio donde veía la hechicera aparición, que había cruzado los brazos sobre el casto pecho y sonreía cada vez con más dulzura.

Bien podía ser aquel encantador fantasma la figura de la tentación.

Esto pensó don Bartolo, dudó, pasóse las manos por los ojos y dijo:

—Si eres Satanás, que has tomado esa forma para tentar mi castidad, huye, yo te conjuro en nombre de Dios... *vade retro!*...

—¡Qué *retor* ni qué calabazas!—gritó el ama de gobierno, acudiendo y colocándose en el sitio donde el médico creía ver á Rosa.—¿Quieres callar, Bartolo, quieres callar con dos mil de á caballo?

El doctor fijó una mirada de espanto en la señora Anastasia, que con su vestido de estameña y su cofia de percal blanco formaba el más peregrino contraste con la aparición, y dijo:

—Sí, sí... No me equivoqué... es Satanás... Ahora se me

presenta con su negra y horrible figura... y... me ha quitado mi gorro... y creí que era... una corona...

—¡Bartolo!...

—Sí, soy Bartolo... tu víctima...

—¿Eso dices, bribonazo?—replicó el ama de gobierno sin pensar que la oía Figaro y era descubrir sus antiguos deslices el tutear á su amo.—¿Con que eres mi víctima?... ¡Oh!... Agradece á tu mal el que yo calle y no te diga cuántas son cinco.

—Huye... yo te conjuro,—repuso el doctor con voz ahogada.—Déjame en paz... déjame con... esta pasión... abrasadora... como el fuego de tus malditas regiones... que has encendido en mi pecho...

—Dejadlo,—dijo el barbero á la señora Anastasia.—Está delirando.

—¡Jesus!... Estoy tan aburrída, me han apurado de tal modo la paciencia, que ni sé lo que digo. ¿Pues no creí?... ¡Qué se yo lo que creí!... ¡Válgame Dios!

Volvió á su silla el ama de gobierno, y á su tema don Bartolo, exclamando:

—¡Ah!... ¡Otra vez el rostro de Rosa lleno de encantos!... ¡Y la sonrisa!... ¡Dios mio!... No puedo, no puedo contener esta pasión... Aparta... Esa sonrisa no es de amor, es de triunfo... No quiero verte... Parece que ahora me acusas... Sí, pequé, fui cómplice de don Basilio... para calumniar... Me arrepiento... pero te amo...

Y el desdichado volvió el rostro al lado opuesto para no ver la tentadora aparición.

Pero en vez de su pupila vió diez ó doce diablos con hocico, manos y piés de mono, uñas de tigre, larguísimos rabos que les arrastraban y no pequeños cuernos, en forma de espiral los unos

y derechos los otros, pero todos afilados como lancetas. Estaban provistos de instrumentos tales como panderetas, rabeles, trompetas, clarinetes y trompas, los cuales hacian sonar con tal ruido y desconcierto que era imposible oirlo sin espanto. Al mismo tiempo que tocaban, bailaban, dando descomunales saltos y brineos, remontándose y descendiendo, trepando sobre la cama, subiendo y bajando por las paredes, yendo y viniendo, entrelazando, ya los rabos, ya los cuernos, todo con tal desórden, en tropel tan confuso, que no parecia sino que efectivamente celebraban algun importantísimo triunfo.

Añádase á todo esto que los ojos de la infernal tropa relucian y chispeaban como si fuesen de fuego, que solían arrojar llamaredas rojas y azules por las narices, que castañeteaban los dientes con tal fuerza que el ruido se percibia á pesar del estruendo de la música, y que cada vez se acercaban mas á don Bartolo como si intentasen bailar sobre su cuerpo.

El pobre viejo exhaló un grito de terror mientras que sus ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas, seguian con medroso afan todos los movimientos de la diabólica comparsa.

— ¡Ah! — exclamó, haciendo gestos horribles y sobrenaturales esfuerzos como si quisiese huir. — Dejadme, maldecidos de Dios; aun puedo arrepentirme... No os acerqueis... Callad... ¡Oh!... Socorro... que me llevan... Miradlos... suben á la cama... ¿Os reis?... ¿Os mofais de mi tormento, gozais con él?... La amo, sí... es verdad... pero la olvidaré... le pediré perdon... ¡Ah!... ¡No me toqueis, no me toqueis! — añadió con mayor espanto que nunca. — Socorro, socorro... ¡Ay!... Me araña ese... el de los pelos largos... Véte, véte... tú, condenado, el de la pandereta... me azota el rostro con el rabo... ¡Ay!... Se sube al techo... va á caer sobre mí... ¡Dios mio!... ¡Anastasia!... ¡Don Basilio!... Acu-

did... Que me ensarta... el de la trompeta... ¡Oh!... ¡Ay!... ¡Me ha saltado un ojo!... ¿No hay quien me socorra?... Me muelen á cececes... Basta, basta... No me des mas golpes con ese pitorro... vas á romperme el cráneo... ¡Ah!...

El rostro del paciente estaba inundado de sudor, y su respiracion era tan penosa que parecia que iba á quedar ahogado de un momento á otro.

—Va á perder el juicio,—dijo la señora Anastasia;—por mas que el médico asegure que así se salvará, me parece demasiado eso.

—Pues nada puede hacerse ahora,—respondió Figaro.—No tengais cuidado: apenas calme la fiebre cesará el delirio y quedará como si tal cosa.

—Probemos á tranquilizarlo.

—Será peor.

—¿No veis que solo el miedo puede matarlo?

—Vamos, pues.

Figaro y la señora Anastasia se acercaron al lecho; pero apenas los vió el doctor, dió muestras de mayor espanto y prorrumpió en mas descompuestos gritos, diciendo mayores disparates que nunca sobre los diablos que le acometian.

—¿No callareis?—le dijo el ama de gobierno.—Os estais matando, así no os curareis nunca.

—¿Queréis agua?—preguntó Figaro.

—Sí, agua bendita para echar de aquí á estos condenados... ¡Ay!... El rabo de ese maldito de la trompeta... es mas duro que ninguno... Que calle siquiera el de la trompa... ¡Oh!... Quitame ese cuerno retorcido... me lo clavas... basta... no metas mas... va á interesarme un pulmon y... eso no tiene cura... ¡Ay!...

—Don Bartolo...

—¿Quién me llama?

—¿No me conocéis?

—Sí... te conozco... ¡Tú también!... El de las hebillas... Perdonadme... Me ahogo,—dijo el médico con voz apagada.

—Sosegaos...

—No hay diablos ni nadie mas que nosotros, Fígaro y yo...

—¿Fígaro?... Ese no es responsable de nada... porque... cuando ha sangrado... ha sido por orden mia... ¡Cuánto esqueleto!... ¡Oh!... Son los esqueletos de... los que yo he matado... Pero no soy asesino... mi intencion era darles la vida... y se la quité por equivocacion... No me enseñaron mas... ¿Qué queréis?... Nada tengo que ver con vosotros... Pedidle cuentas á quien me autorizó para engañar con una ciencia que no conocia... Pedidle cuentas, que si él me las pide, yo... sabré qué responderle... y no soy solo... somos muchos, muchísimos los malos y pocos los buenos, porque se cree que... basta con aprender como un papagayo... lo que dicen los libros... ¿Es culpa mia?... Volved á vuestras sepulturas... El día del juicio hablaremos despacio... todavía no ha sonado la trompeta... son estos demonios los que tocan... Anastasia, Anastasia...

—¿Qué queréis? Aquí estoy...

—Que se vaya esa gente... esos esqueletos... y que agradezcan que no les pido lo que muchos me quedaron á deber...

—Pero, don Bartolo...

—¡Ay!—gritó este.—Ese espíritu malo en forma de Rosa quiere besarme... Aparta... ¡Tentacion horrible!... ¡Oh!... ¡Y cómo rien los otros y bailan de contento!... ¡Compasion!... Me estrujan... Quieren llevarme en volandas... No... no... no... ¡Dejadme!... ¡Socorro!...

El pobre doctor hizo un esfuerzo horrible y se sentó en la ca-

ma; pero volvió á caer sin alientos ni fuerzas y quedó inmóvil, con el rostro desfigurado y bañado en sudor.

No pudo hablar mas.

Reinó un silencio profundo.

—¡Dios mio!—exclamó la señora Anastasia despues de algunos instantes.— Parece que está muerto...

—Se ha salvado, —dijo Fígaro sentenciosamente y despues de pulsar al médico.— Terminó la crisis... Ya podeis estar tranquila.

—¿Y qué hemos de hacer ahora?

—Dejarlo reposar.

—¡Gracias á Dios!

—Sentaos, descansad, y si podeis dormir...

—¡Dormir!

—Es lo que os conviene.

—¿Os olvidais de doña Rosa?

—No; pero allí está la señora Alfonsa y Soledad...

—Una por vieja y otra por loca, no sirve ninguna. Os aseguro que si no hubiera sido por vos...

—No hablemos de eso.

—¿Os parece que debo ir á ver cómo está la otra enferma?

—Ya sabeis lo que ha dicho el médico...

—Pues esperemos: de todas maneras estoy que no puedo moverme... Sentaos, señor Fígaro, y hablemos ahora que se ha segado don Bartolo.

De mala gana se sentó el barbero; pero no pudo escusarse y se dispuso á mentir y hablar mucho sin decir nada para ganar tiempo.

—¿Y qué es eso,—preguntó la señora Anastasia,— que dice don Bartolo que quereis casaros?

—Cosas de don Bartolo : cuando está de buen humor...

—¿No es verdad?

—Es verdad que hemos hablado del matrimonio...

—¿Pero vos?...

—Le he dicho mi opinion.

—Bien, vuestra opinion, quiere decir...

—Que he explicado el matrimonio segun lo comprendo, con sus ventajas y sus inconvenientes ; pero ha sido esponer la teoria...

—Vos tambien os vais volviendo algo doctor para hablar.

—Ando entre ellos.

—Pero no se os entiende.

—Me explicaré mas claro, señora Anastasia, —repuso el travieso barbero.

—Sí, sí.

—Hablamos del matrimonio en tésis general.

—Os habeis empeñado en dejarme en ayunas, —replicó el ama de gobierno con tono de mal humor.

—No os enfadeis, señora Anastasia.

—No me enfado.

—Me pareció.

—¿Tambien sois de los que dicen que tengo mal genio?

—Ya sé que sois una malva.

—Pues os equivocais.

—Entonces...

—Soy como Dios me ha hecho : tengo mis ratos de mal humor como cada hijo de vecino, pero cuando no me tiantan la ropa...

—Eso he dicho yo siempre.

—Solamente que no quiero pasar la pláza de tonta, y cuando me dicen que es de noche y es de dia...

—Entiendo.

—Demasiado sabeis por dónde voy.

—Por el rio abajo debiera ser, — dijo Figaro para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—Estoy al cabo de la calle.

—Por eso dije, de aquí no paso...

—Hicisteis muy bien, — replicó el barbero, contentísimo porque el giro que habia tomado la conversacion y la verbosidad del ama de gobierno le permitirian entretenerla mas de media hora sin comprometerse con una sola palabra.

—Y tan bien como hice.

—Á no ser así...

—No hubiéramos salido nunca del paso.

—En toda la vida.

—Es verdad que ha habido mares como montañas y he tenido que enseñar los dientes; pero al fin, como dice el refran, no se cogen truchas á bragas enjutas.

—Y mas vale una vez colorado que ciento amarillo.

—Justo y cabal.

—Lo mismo me sucede: dentro ó fuera; herrar ó quitar el banco.

—Nos entendemos, señor Figaro.

—¡Ya lo creo!... Siempre lo he dicho: lo que se ha de empeñar, venderlo, porque como dijo el otro, para poca salud, mas vale ninguna. ¡Pues no faltaba mas!... El que quiera pollos que eche lluecas.

—Ahora habeis dicho la realísima verdad.

—Por eso tengo fama de desvergonzado.

—Como las verdades amargan...

—Y no estoy dispuesto á corregirme.

— Yo tampoco: y eso que don Bartolo está siempre diciéndome: « Os perdereis por la lengua; » pero yo le contesto que por otra cosa se pierden muchos, y que lo que sale del cuerpo no es lo que daña.

— Os sobra la razon, y probais ser mujer de esperiencia.

— No he perdido el tiempo, señor Figaro, — repuso con vanidad el ama de gobierno, sin pensar que daba materia al barbero para seguir burlándose de ella con sus frases de doble sentido.

— Yo tambien aprovecho el tiempo, pues aunque me tienen por loco...

— Estoy segura, — dijo la señora Anastasia, sonriendo maliciosamente, — estoy segura de que nosotros no haríamos malas migas.

— ¡Pues no faltaba mas!

— Don Bartolo se ha empeñado en hacerme creer que vuestro genio y el mio son las cosas mas opuestas del mundo.

— Es que don Bartolo empieza á chochear.

— Me alegro oiros decir eso, porque así no seré sola en pensar que su cabeza empieza á flaquear.

— Ya tiene bastantes años.

— Mas de los que pensais.

— Debe pasar de los sesenta.

— Así no me entiendo, pero os lo explicaré.

— ¿Sabeis su edad?

— Como la mia.

— Veamos.

— La víspera de este San Juan que ha pasado, no, sino la otra cumplió los tres duros.

— ¡Sesenta y dos!

— Eso si no mentia cuando yo lo conocí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Veintisiete años.

—Es decir, que entonces tenía treinta y cinco... De seguro se quitaba ya lo menos dos.

—¡Ay!—exclamó la señora Anastasia, exhalando un triste suspiro.—Entonces era yo una niña, enteramente una niña.

—¿Una niña?

—Tenía catorce años.

—Rebaja lo menos seis,—dijo Fígaro para sí.

No se equivocaba.

—¿Cómo se pasa el tiempo!—repuso la señora Anastasia, dejando escapar otro suspiro.—¡Si me hubiéseis conocido entonces!...

—Yo no había nacido.

—¿Cómo!

—Porque aun no me había echado mi madre á este pícaro mundo. ¿No os parece la razon poderosa?

—¿Pues cuántos años teneis, aunque sea mucho preguntar?

—Muy pocos, aunque muchos de penas.

—Bien, pero...

—Cinco lustros.

—No sé qué moneda es esa.

—Cinco lustros son veinticinco años, segun creo.

—En todo sois raro, señor Fígaro.

—¿Por qué?

—Porque no sabeis fijamente vuestra edad. ¿Á quién sino á vos le sucede semejante cosa?

—No conocí á mis padres, ignoro cuándo y dónde nací y no tengo de mi edad mas noticias que las que han querido darme. Poco tiempo antes de dejar á los gitanos, me acuerdo que me decian: «Ya debes andar cerca de los ocho años, segun nuestras

averiguaciones, y por consiguiente, tienes edad para trabajar. aplícate ó cuenta que no ha de quedarte un hueso sano.»

—¿De qué gitanos me habláis?

—De los que me robaron para enseñarme á robar, á bailar, cantar y otras cosas, y de cuyas uñas logré al fin escapar.

—Yo no sabia nada de eso.

—Pues yo os contaré mi vida durante aquella temporada inolvidable.

—Sí, sí,—dijo la señora Anastasia, cuya curiosidad la hizo olvidarse de lo que le interesaba.

—Me salvé,—pensó el barbero.—Tengo ya materia para hablar diez horas.

Y dió principio á su relato.

Pasó cerca de una hora, y no faltaba media para que el matutino crepúsculo comenzara á sonreír.

Fígaro empezaba á impacientarse y á temer que, abusando el conde de la ocasion que tenia de hablar descuidadamente con Rosa, se olvidase de que cada minuto que pasaba era mayor el peligro de que la intriga se descubriera por alguno de esos incidentes casuales que no pueden prevenirse porque no es posible imaginarlos.

No culpaba, empero, solamente al conde y á Rosa, porque comprendia que estos, como enamorados, podian olvidarse fácilmente de todo lo que no fuera su amor; acusaba, sí, á Soledad que, para no tener un pelo de tonta y ser tan precavida como era, estaba cometiendo la mayor torpeza del mundo en no advertir á los imprudentes amantes que ya era hora de dejar la conversacion y dar gracias á la fortuna, que hartó propicia se habia mostrado.

En aquel momento sonaron pasos en la sala, y suspendiendo Fígaro su acusacion y su relato, dijo:

—¿Quién anda por ahí?

—¿Habrá novedad?—preguntó el ama de gobierno, levantándose.

Y ambos salieron, encontrándose con Soledad y el fingido médico, que habia vuelto á embozarse en su raída capa.

—¿Y la enferma?

—Fuera de peligro, ó mejor dicho, enteramente buena.

—¡Ah!...

—Duerme: no la despertéis.

—¿Hay que darle algo despues?

—Nada: puede comer lo que se le antoje: necesita reponer las fuerzas perdidas. Todo ha sido nervioso, pero se presentaron los primeros síntomas de una epilepsia que hubiera acabado con su vida. Podeis decírselo así á vuestro amo, que él comprenderá lo que ha tenido.

—¿Os acordareis de ese nombre?—preguntó la señora Anastasia á Fígaro y Soledad.—Yo tengo mala memoria para los latines.

—Me acordaré.

—¿Cuándo volvereis, señor doctor?

—Para nada me necesitais ya.

—Don Bartolo querrá conoceros y... pagaros...

—Tengo con qué vivir y no visito á ningun enfermo como no sea algun amigo ó por una casualidad como esta noche...

—Habeis dejado la cama...

—Lo encontré en la calle,—se apresuró á decir Fígaro.—Ya os contaré lo que me sucedió... Ha sido cosa providencial.

—¡Ah!...

—Ya visitaré algun día y como amigo á don Bartolo.

—Cuando gusteis.

—Os acompañaré á vuestra casa,—dijo Fígaro, tomando su

capa y sombrero y la espada que acostumbraba á llevar de noche.

—Voy á otra parte...

—Lo mismo es: á estas horas suelen robar mas fácilmente porque ya se han recogido las rondas.

La señora Anastasia tomó el candil y acompañó al conde y al barbero.

Cuando bajaban la escalera sonó el aldabon.

—¿Quién puede ser?—dijo sorprendida el ama de gobierno.

El rostro de Fígaro se contrajo.

Almaviva se estremeció.

Ambos dijeron para sí:

—El maldito sacristan.

Pero no tenían ningun pretexto para detenerse ni ocultarse, y mal de su grado hubieron de seguir adelante.

No se habian equivocado.

Apenas la señora Anastasia abrió la puerta entró el organista.

El conde subió mas el embozo.

Fígaro se colocó delante de él.

—Buenos dias,—dijo don Basilio con su voz grave y sonora.

Y se detuvo para dejar libre el paso á los que salian, fijando una curiosa mirada en el bulto que veia tras el barbero.

—Entrad,—dijo este.

—Salid,—respondió el sacristan, haciendo una reverencia como hombre bien educado y por si el que se ocultaba era persona digna de tales honores.

—Sí, sí, salid,—añadió el ama de gobierno, retrocediendo por detrás del conde.

Y rozando con este al pasar, dejóle caer el embozo.

Dió el noble mancebo media vuelta para poder embozarse;

pero como á la vez adelantase un paso el organista, quedaron ambos frente á frente.

Difícilmente pudo el maestro de música reprimir un grito de sorpresa y terror; pero hizo un gesto horrible, abrió estremadamente los ojos y la boca y retrocedió hasta dar con la espalda en la pared, quedando allí inmóvil como una estatua.

Allí del ingenio y travesura de Figaro.

Perder un segundo era perderse.

No habia tiempo mas que para obrar sin pensar.

¿Y qué hacer ni decir que no infundiera sospechas al ama de gobierno y atajara el mal instantáneamente?

—Me alegro veros, don Basilio,—dijo el barbero, acercándose al espantado sacristan, y dejando, por consiguiente, tras él á la señora Anastasia.

El maestro de música lo miró.

La escena muda que siguió duró mucho menos tiempo del que se necesita para contarla.

Figaro, que se habia desembozado, hizo un espresivo gesto de terrible amenaza y mostró su tizona al sacristan.

Este hizo otro gesto como si le hubiesen clavado una aguja en la punta de la nariz.

Luego abrió el barbero la mano derecha y dejó ver una moneda de oro, diciendo á la vez:

—Un caballero á quien afeitó hace dos años, que tiene una hija de diez y seis años, me ha encargado que busque para esta un buen maestro de música.

—¿Y habeis pensado en mí?—preguntó don Basilio, respirando con mas libertad y mientras brillaban sus ojos al contemplar la moneda.

—Reunís las circunstancias deseadas.

— Gracias...

— Hablaremos despues...

— Iré á veros, y mientras me afeitais...

— Á las ocho estaré fijamente en mi casa, porque á esa hora almorzaré.

— Me tendreis allí...

— Que el cielo os guarde.

— Dios conserve al mas hábil de los barberos.

No sin razon tenia Fígaro la fama de ser el hombre de mas ingenio que habia nacido en aquella tierra.

De nada se apercibieron la señora Anastasia ni Almaviva.

Cuando despues de salir á la calle esplicó Fígaro el enigma, el conde, admirado y entusiasmado, vació sus bolsillos y entregó cuanto llevaba al travieso barbero.

---

## CAPÍTULO XXXV.

Donde se verá que el sacristan tenia el estómago mas ancho que la sotana.

Mientras don Basilio, sin acertar á darse cuenta de lo que acababa de sucederle, escuchaba ó parecia escuchar el relato que la señora Anastasia iba haciéndole de la repentina enfermedad de Rosa y del espantoso delirio del doctor, el conde y Fígaro se alejaban, celebrando su triunfo, aunque temerosos de que el organista, mas deseoso de vengarse que de aumentar su caudal, diese cuenta á don Bartolo de lo que habia visto.

El barbero era el que mas tranquilo estaba.

—Señor, —decia, —el sacristan sabe que yo no amenazo en balde, y en la alternativa de recibir palos ó dinero, preferirá lo segundo, con mas razon porque tiene tanto de cobarde como de avariento. Ya lo vió vuestra señoría tranquilizarse apenas le enseñé el oro y decir él mismo que iria á verme, lo cual prueba que sus intenciones son las que podemos desear.

— Veremos, Figaro.

— Y muy pronto.

— De cualquier manera no tiene menos mérito la ingeniosa traza con que salistes del apuro tan pronto y tan disimuladamente que ni yo mismo acerté á comprender lo que habias hecho.

— Y por consiguiente, la señora Anastasia se ha quedado á oscuras.

— ¡Noche feliz!—exclamó el conde.

— Fáltame tranquilizar á doña Rosa.

— Pero ella...

— Cuando haya sabido que era el sacristan quien llamó y entró antes de que nosotros saliésemos, temeria lo que ha sucedido, y no estará con sosiego hasta que Soledad le asegure que el peligro fué momentáneo y se conjuró.

— ¿Volverás temprano?

— Señor, he pasado la noche sin dormir, y no al lado de mi hermosa Soledad, como vos al de doña Rosa, sino contemplando al ama de gobierno; he corrido, he subido y bajado cien veces la escalera, y he cavilado y hablado lo que no es imaginable; por consiguiente, necesito descansar, y apenas deje á vuestra señoría, iré á dormir hasta las ocho, hora en que me visitará don Basilio.

— ¿Y luego?

— Probablemente iremos á almorzar juntos para arreglar el negocio mientras se vacia un par de botellas.

— Bien.

— Despues iré á participaros el resultado y á referiros los disparates con que el pobre doctor se ha atormentado en la fuerza de la calentura, y en seguida volveré á casa de este y procuraré decir á Soledad que no hay nada que temer.

—¿Y si don Basilio se negase á callar?

—No se negará, me teme y necesita dinero.

—Ofrécele, dale cuanto quiera.

—Si puedo contentarlo con dos no le daré cuatro, porque es un bribon que no merece mas que una paliza.

—Lo dejo á tu discrecion.

—Duerma tranquilo vuestra señoría.

Callaron.

Figaro empezó á calcular sobre sus ahorros, que crecian prodigiosamente.

El conde se entregó á sus amorosos pensamientos.

Cuando llegó á su casa, el barbero se fué á la suya, durmió, y á las siete y media de la mañana abrió la tienda y saludó á los vecinos, que le contestaron con chanzas y sonrisas maliciosas.

Hacia muchos dias que Figaro era el objeto de la murmuracion de la vecindad: tenia la tienda casi siempre cerrada, lo abandonaban los parroquianos, y sin embargo, se le veia gastar mas dinero que nunca en las tabernas y hosterías, llevaba los dias de trabajo el vestido que antes usaba en los de fiesta, y para estos se habia comprado otro de mucho lujo. Los envidiosos se consolaban anunciando que Figaro acabaria su vida en una cárcel ó en la horca; pero el travieso y alegre barbero, punteando su guitarra, cantando ó bebiendo buen vino, se reia de todos y dejaba correr la bola.

No faltó á la cita el sacristan.

Á las ocho se presentó en la tienda, saludando á Figaro y sentándose con cierto aire de triunfo y superioridad que no se hubiera atrevido á usar algunas horas antes.

—Sois puntual, —le dijo el barbero.

—Ya veis, el asunto me interesa, se trata de aumentar el

número de mis discípulos, y en estos tiempos en que el dinero anda tan escaso...

—Mirais el negocio por el lado que os conviene...

—Es natural.

—¿Decíais que queríais afeitaros?

—Lo dejaremos para otro día,—respondió el sacristan, mirando con desconfianza al barbero;—tengo frio, y como mi barba no es muy espesa...

—Entonces haremos otra cosa.

—Decid.

—Puesto que no hemos de hacer mas que hablar y yo estoy en ayunas, nos iremos á la hostería, almorzaremos, remojaremos el paladar y trataremos despacio de nuestro asunto.

—¡Almorzar!—repitió el organista, abriendo cuanto pudo su ancha boca.—¡Remojar el tragadero!... ¡Oh!...

—¿No os parece bien?—preguntó Fígaro con maliciosa sonrisa.

—¿Habia yo de permitir que almorzáseis solo y os aburriéis? No, amigo mio. Vamos, pues, á la hostería: yo no soy gran comedor ni me gusta escederme porque lo paga la salud; pero haré lo posible por animaros con mi ejemplo si estais desganado.

Fígaro tomó su capa y sombrero, y saliendo con el organista, volvió á cerrar la tienda.

—¿Vais á misa?—le preguntó con tono burlon un vecino zapatero.

—Voy á sangrar,—respondió el barbero.

—Un tonel,—dijo para sí don Basilio.

Y ambos se encaminaron á una hostería que no estaba lejos de allí, y á donde Fígaro solia concurrir á menudo.

Entraron, tomaron posesion de una habitacion aislada donde

solo habia una mesa, y Fígaro mandó que llevasen un conejo en salsa, pan y dos botellas para dar principio.

Cuando en una fuente de estaño humeaba el cuadrúpedo sobre la mesa, esparciendo un escitante olor á especias y ajo, y las botellas, como dos víctimas destinadas al sacrificio, permanecian inmóviles y con la boca cerrada, don Basilio abrió la suya, *relamióse á manera de manteca, la superficie de los labios seca, y por temor de alguna carambola...* (1) tomó una de las dos y destapóla.

—Bien, —dijo Fígaro, — es buena idea comenzar enjuagándose la boca.

—*In nomine Dei*, —dijo el sacristan con voz grave y echando la bendicion con la mano izquierda, porque la derecha la tenia ocupada con la botella.

Y llenó un vaso mientras sus ojuelos brillaban al ver caer el espirituoso liquido.

Lo mismo hizo el barbero, y uno y otro empinaron á la vez, exclamando:

—¡Hasta verte, Jesus mio!

Castañetearon la lengua, relamiéronse, limpiáronse la boca y dijo el organista:

—Moro y del año pasado.

—Sois buen catador, —respondió Fígaro; — yo creí que no entendiais mas que de ayudar á misa y tocar el órgano.

—Un poco de todo.

—Ya veis que aquí me sirven á conciencia.

—Se conoce que sois parroquiano y amigo.

—Afeitó al dueño de la hostería y no quiere engañarme...

---

(1) Lope de Vega. — *La Gatomaquia*.

— Por si os tiembla el pulso.

— Probemos el conejo.

Empezaron á comer.

Don Basilio era gloton, y como además estaba hambriento, porque no habia almorzado ni cenado la noche anterior, dejó á un lado repulgos y cogió un pedazo, ó mejor dicho, medio conejo, devorándolo con la avidez de su hambre y su glotonería.

Mascaba poco y tragaba muy deprisa, alternando con grandes pedazos de pan mojados en la salsa y con algun vaso de vino.

Reinó un profundo silencio, interrumpido solamente por el ruido de las muelas y el de los huesos del cuadrúpedo, que triturraba y engullia tambien el organista.

— ¡Ah! — exclamó cuando vió que no quedaba mas que la parte de esqueleto de huesos grandes, que no era posible romper con la boca. — Bueno está; pero habeis comido muy poco, señor Fígaro, y soy de opinion que traigan otro, porque sinó os quedais casi sin almorzar. La racion de uno para dos...

— Venga, pues.

— Bebamos mientras.

Tres minutos despues habia en la mesa otro conejo.

El maestro de música siguió comiendo como si entonces empezara.

— Hablemos de nuestro asunto, — dijo Fígaro.

— Os escucho.

— Dejemos cumplimientos á un lado, y desde luego entremos en materia.

— Soy de vuestra opinion.

— Nos conocemos ¿no es verdad?

— Y hoy mas que nunca.

— Pues bien, principiarié diciéndoos una cosa que os honra.

Sois un verdadero amigo de don Bartolo, y por su bien haríais cualquier sacrificio.

—No os equivocais.

—Don Bartolo es ya viejo, y el menor disgusto puede acabar con él.

—Hoy habeis tenido la prueba, —dijo el sacristan, suspendiendo por un instante el comer y estremeciéndose.

—Si el doctor hubiera visto al médico que ha curado á su pupila...

—¡Ah!...

—Se moriria, y por consiguiente, es preciso evitar una desgracia.

—Hemos prometido hablar claramente, —replicó el sacristan, llenando un vaso porque habia dado fin al segundo conejo.

—Así lo hago, —dijo Fígaro.

—Aquí hay una lucha...

—Que os será fatal.

—¿Por qué? —preguntó don Basilio con tono de arrogancia. —No penseis que porque he sido hasta ahora prudente...

—Somos dos contra dos.

—Partido igual.

—En número.

—Y en fuerzas...

—¿Dudais de la eleccion que doña Rosa hará entre don Bartolo, que es viejo, feo y pobre, y el otro galan, que es jóven, hermoso y rico?

—No dudo, porque ya ha elegido.

—Y entre vos y yo, ¿quién pensais que vencerá?

—¡Oh!...

—Habeis calumniado al amante de doña Rosa...

— Señor Figaro...

— Hemos convenido en decir la verdad.

— Adelante.

— ¿De qué os ha servido? Os lo diré: habeis conseguido que ese galan os aborrezca, y en la primera ocasion que se le presente os atravesará de una estocada, como ha estado muy cerca de suceder, pues anoche cuando entrásteis en casa de don Bartolo...

— ¿Estábais en la calle?

— Escondidos en el hueco de una puerta.

— ¡Oh!...

— Podeis decir que nacísteis entonces, porque si no quito á nuestro hombre la espada...

— ¡Un asesinato!...

— Un castigo.

El organista palideció, hizo un gesto de espanto, y como para reponerse del susto, llenó su vaso y dijo:

— Bebamos.

— Y comamos... ¿No quereis mas?

— Por animaros...

— Traerán unas perdices.

— Bocado escelente.

Figaro pidió cuatro perdices aderezadas con vinagre y mas vino, reanudando la conversacion mientras comian.

— Pues bien, eso habeis ganado con la calumnia, —dijo el barbero.— ¿Cuánto os ha dado el doctor por la invencion y ejecucion del plan? Estoy seguro de que ni una peseta.

— Podeis jurarlo.

— Conozco á don Bartolo y os creo.

— Todo lo he hecho por amistad.

— Un trago y respondedme.

—Bebamos y preguntad.

Llenaron y vaciaron los vasos; concluyó el sacristan con una perdiz, tomó otra y dijo:

—Aguardo la pregunta...

—¿Estais dispuesto á seguir favoreciendo á don Bartolo?

—¡Oh! —murmuró don Basilio, haciendo un gesto.— Á eso no puede contestarse en seguida.

—Pues es preciso que quedemos en algo, amigos ó enemigos.

—Me poneis en grande aprieto.

—¿Vacilais?

—Sí, porque obraré segun las circunstancias.

—Don Basilio, no hay cosa peor que defender una causa perdida.

—Os haceis ilusiones, señor Fígaro, ó por lo menos exagerais: mientras conserva un resto de vida el enemigo, no hay que cantar victoria aunque se le tenga el pié en la garganta y el puñal sobre el corazon.

—¿Aun teneis esperanza de que don Bartolo se case con su pupila?... ¡Ja, ja! —exclamó el barbero, soltando una ruidosa carcajada.

—Poco á poco, seor burlon, —replicó el organista, pulverizando el pescuezo de la segunda perdiz.— No digo que don Bartolo conseguirá casarse; pero puede estorbar á doña Rosa todo trato y comunicacion con ese galan á quien favoreceis.

—No lo ha conseguido hasta ahora.

—Porque no ha recurrido á medios extraordinarios.

—¡Vive el cielo!... ¿Qué mas puede hacer? Tiene encerrada á doña Rosa, no le permite asomarse á la ventana y le ha puesto centinelas y espías que no la dejan un instante.

—¿Qué haríais, —replicó el organista con aire de triunfo,—

si don Bartolo, repentinamente, en medio del silencio y la oscuridad de la noche, sacara á su pupila de casa y luego de la ciudad y la llevara cerca ó lejos, pero al campo, y no se apartara de ella noche y dia? ¿Qué haríais, decidme, seor astuto, ladino y travieso? ¡Oh! Parece que no se os ocurre traza alguna para salir del apuro, á menos que tengais el olfato del perro y os valierais de él para descubrir el paradero de la niña.

—Si con otros medios no cuenta don Bartolo quedará lucido.

—¿Cómo?

—Ese es tan vulgar que no hay amante que no lo prevea por duro que tenga el caletre.

—Si es que aprovechais la indicacion...

—Es que hace tiempo que no falta un centinela que observa dia y noche quién entra y sale en casa del doctor.

—No hay semejante plan,—repuso el organista, arrepentido de lo que habia dicho;—he querido poner un ejemplo para convencerlos de que un tutor, lo mismo que un padre, cuenta con muchos medios para hacerse obedecer.

—Estamos hablando en balde.

—Es verdad,—contestó don Basilio, empezando á comer la tercera perdiz.

—¿En qué quedamos?

—Señor Figaro, no me gusta meterme en lances donde haya de quedar derrotado.

—Doña Rosa está decidida á casarse con el galan de quien hablamos.

—No puede hacerlo sin la licencia de su tutor.

—Eso será lo que tase un sastre.

—Un solo recurso os queda.

—¿Cuál?

—El rapto.

—Ni él puede proponer semejante cosa, ni ella lo aceptaría.

—En cuanto á él...

—Estad seguro.

—Y ella... al fin es mujer, y como tal aturdida y casquivana.

—No hay que pensar en eso.

—Pues aguardad á que ella cumpla veinticinco años; y para entonces Dios sabe si se habrá enamorado de otro ó lo que habrá sucedido.

—Para entonces,—repuso Fíguro, arrugando el entrecejo y mientras llenaba con calma su vaso,—para entonces puede haber sucedido lo siguiente: que don Bartolo se haya muerto de un susto como el de ayer y que á vos os hayan roto tres ó cuatro huesos, contando el cráneo.

—¡Señor Fíguro!—exclamó el sacristan, dejando caer el último trozo de perdiz que iba á llevar á la boca.—Atropellos, abusos y barbaridades no son de gente honrada que lucha.

—¿Y las calumnias?

—Un ardid...

—Una infamia.

—Si os acalorais...

—No.

—Hablemos con calma.

—Decidíos y hemos acabado.

De buena gana se hubiera declarado el organista partidario del conde, porque comprendía que este pagaría generosamente, como lo probaba el que, solo para tratar del asunto, se le daba un abundante almuerzo.

—Esto solo,—decía para sí el sacristan,—vale mas que todo lo que es capaz de dar el doctor: ya me he comido conejo y me-

dio y tres perdices, y aun vendrá algun postre para desengrasar y endulzarse la boca. Me parece un sueño semejante esplendidez. Pero favorecer el casamiento de ese galan, es dar al traste con mis pretensiones respecto á la señora Anastasia, ó lo que es lo mismo, renunciar ochocientos ducados por ciento ó doscientos que pueda producirme la liberalidad del misterioso amante. No me conviene, pues. Veamos lo que ganaré ayudando á don Bartolo. Si salimos bien, lo cual es muy dudoso, me casaré con el ama de gobierno; pero en cambio, Fígaro, que tiene el alma atravesada, y el de las hebillas, que se desesperará, me molerán á palos ó me enviarán al otro mundo de una estocada. Tampoco me conviene esto. ¿Qué he de hacer? ¿Engañaré al doctor y al galan? ¡Oh!... Puede descubrirse la intriga como se descubrió la calumnia y... Me horrorizo no mas que de pensar lo que me sucederia.

El organista meditó, apoyando los codos en la mesa y la frente en las manos.

Fígaro esperó con calma.

Al cabo de algunos segundos, levantó don Basilio la cabeza, bebió un vaso de vino, se limpió la boca, estiró los brazos como tenia de costumbre, y dijo:

—Estoy decidido.

—¿Á qué?—preguntó el barbero.

—Me declaro neutral.

—¡Neutral!

—Lo cual debeis agradecerme y...

—¿Pagaros?

—Lo dejo á vuestra conciencia.

—Si no nos ayudais...

—Tampoco os estorbaré.

—¿Qué nos importa?

—¿Por qué solicitais mis servicios?

—Ya os lo he dicho, para evitar disgustos á don Bartolo...

—Y quitarle la novia y tal vez la vida con la pesadumbre.

—No tanto.

—Suponed que digo al buen doctor que anoche se introdujo en su casa...

—¿Habeis olvidado lo que os enseñé hace algunas horas?—  
interrumpió Figaro.

—Elijo lo segundo.

—Pero...

—Callaré; pero no me pidais mas.

—Bien poco ofreceis.

—Y aun eso con ciertas condiciones.

—¿Acabaremos de entendernos?

—Con pocas palabras y muy pronto.

—Explicaos.

—No diré á don Bartolo una palabra de lo que ha sucedido; pero no exigireis de mí otra cosa.

—Ya habeis dicho eso, y os repito que es poco.

—Y yo repito que no me conviene conceder mas, y que eso lo hago en cambio de la moneda que me enseñásteis y de que el galan endemoniado renuncie á tomar venganza de la calumnia, contentándose con el susto que ayer me hizo pasar.

—Os daré la moneda de oro de valor de cuatro duros que os enseñé.

—Bien.

—El galan renunciará á su venganza.

—Perfectamente.

—Y vos callareis...

—Como un muerto.

—No nos ayudareis...

—En nada.

—Pero tampoco al doctor.

—Tampoco.

—Y si faltais á lo tratado...

—Señor Fígaro, aunque no sea mas que por el traje que visto...

—Vuestra sotana no me responde de vuestro proceder: ya sabeis que el hábito no hace al monge; y esto es tan verdad, que á pesar de la sotana habeis calumniado al... galan.

—¡Oh!...

—Tengo la garantía en mis puños y vuestra cabeza.

—Cuidado...

—Hemos concluido... Tomad,—replicó el barbero, echando sobre la mesa el doblon prometido.

—¡Ah!—exclamó el organista, abriendo estremadamente los ojos y poniendo sus huesosas manos sobre la reluciente moneda.

Y despues de convencerse de que no era falsa, la guardó y exhaló un suspiro.

—¿Por cuántas como esa,—preguntó Fígaro,—seríais nuestro y haríais todo, absolutamente todo cuanto se os mandase?

—¡Oh!...

—¿Volveis á dudar?

Don Basilio meditó nuevamente y dijo para sí:

—Si ese misterioso galan me diera lo que importa el dote de la señora Anastasia, me convenia ser suyo en cuerpo y alma, y aceptaria la proposicion; pero dudo que se alargue tanto, aunque parece sobrarle el dinero. Veamos.

Y añadió en voz alta:

—Señor Fígaro, lo que me proponeis es muy grave, muy trascendental, muy...

—Cuanto os dé la gana ; pero decid si os conviene y poned

precio.

—Ser traidor á un amigo...

—Dejad los comentarios. ¿Cuántas monedas como las que os he dado quereis?

—Doscientas, —respondió el sacristan sin atreverse á mirar al barbero.

Este soltó una carcajada burlona.

—¡Ochocientos duros! —exclamó.

—¿Os parece mucho?

—Habeis perdido el juicio.

—Señor Fíguro, —replicó el organista con tono misterioso, — sabed que...

—Acabad.

—¿Me prometéis guardar el secreto?

—Sí.

—Pues sabed que esa cantidad que os parece exorbitante, es la que me tiene ofrecida don Bartolo...

—Estais equivocado.

—Os juro...

—No son ochocientos duros, sino ochocientos ducados.

Don Basilio miró de reojo y con desconfianza á Fíguro y preguntó:

—¿De dónde sacais que son ducados y no duros?

—Porque tales son, —respondió el barbero con calma, — los cuatrocientos del dote de la señora Anastasia y los otros cuatrocientos que añadirá don Bartolo.

—¡Ah! —exclamó el organista, haciendo un gesto de sorpresa y estendiendo los brazos.

—Ya veis, pues, —repuso Fíguro como si no advirtiese el

efecto que producian sus palabras, — que habeis aumentado cerca de la mitad, pues de ocho mil ochocientos reales de vellon á diez y seis mil...

—¿Quién os ha contado tales mentiras? —replicó el sacristan, que se habia puesto pálido como un cadáver.

—Pues aun sé mas que callo.

—¡Qué desatino!...

—Ni tampoco ignoro las pretensiones de la señora Alfonsa y el engaño de que es víctima.

—¡Señor Figaro!...

—Don Basilio, no os altereis.

—Eso es una calumnia...

—Que no es tan fácil desvanecer como la vuestra, —replicó el barbero con ironía.

—Eso es infame, espantoso, horrible...

—Tencis razon: engañar así á una pobre vieja que tiene la manía de querer casarse...

—Es preciso que os expliqueis...

—¿No me habeis entendido?

—Que digais quién ha inventado semejante patraña.

—¿Quereis saberlo?

—Sí.

—Con la condicion de que no direis que he sido yo quien ha descubierto á esa persona.

—Conforme.

—Y si faltais, preparad las costillas.

—Juro cumplirlo...

—Me lo ha contado la señora Anastasia.

—¡La señora Anastasia!

—La misma.

—¡Oh!—exclamó el sacristan con voz que hizo temblar las paredes.

—Decidme ahora que miento.

—¿Pero qué sabe ella de lo que pasa con respecto á la señora Alfonsa?

—Ha escuchado una conversacion entre vos y don Bartolo...

—¡Oh, traicion!...

—Ella tiene el vicio de escuchar...

—Es cierto.

—Pero debeis tranquilizaros, porque no le importa lo de la dueña.

—¡Ah!... Soy juguete de una intriga infame...

—Al contrario, sois el autor de una gran intriga que debe daros por resultado un dote de ocho mil ochocientos reales. ¿Tenéis derecho á quejaros?

—Descubrir el secreto...

—Es que yo he tenido habilidad para hacer hablar al ama de gobierno.

—Así son las mujeres.

—¿No las conocíais?

—Demasiado.

—Ahora solo me resta deciros que, dueño como soy de ese secreto y de otros, puedo haceros mucho daño, y que por consiguiente, si no cumplís lo que habeis prometido...

—Así me conviene hacerlo.

—No insisto en que nos ayudeis...

—Seria trabajar contra mí, á menos que el galan me diese los ochocientos ducados.

—Es mucho... Quedaos con la esperanza del dote.

—¿Me daría la mitad?

— Tampoco. Lo mas doscientos ducados, que se os entregarian el dia que se casara doña Rosa.

— ¿Pero quién es ese hombre?

— No podeis saberlo.

— ¿Ni aun declarándome vuestro partidario?

— Ni aun así.

— Ese misterio me disgusta.

— No se trata de complaceros.

— Pues bien, lo pensaré y contestaré...

— Habéis de decidiros ahora.

— ¡Repentinamente!...

— Sí.

— No me conviene, — dijo el organista despues de reflexionar algunos instantes.

Fígaro se puso de pié.

— ¿Os vais?

— Hemos concluido.

Apuró el sacristan el vino que quedaba en las botellas y guardó un pedazo de pan que habia sobrado.

El barbero pagó, y ambos salieron, separándose en la puerta de la hostería y tomando distinto camino.

— Cayó en el lazo, — dijo Fígaro mientras se encaminaba á casa del conde. — Convencido estoy de que ese tunante no cumplirá nada de lo que ha prometido y que muy pronto sabrá el vejete que la repentina enfermedad de su pupila ha sido una farsa, pero no se atreverá ni á darme quejas por temor de que yo acabe de descubrir el secreto. Ahora empezarán las esplicaciones, y acabarán por no entenderse. Entre tanto, trabajaremos nosotros, adelantaremos, y cuando piensen que las discordias intestinas van á dar la victoria al enemigo comun, habremos triunfado. ¡Oh! Si

doña Rosa nos ayuda, antes de ocho días será esposa del conde, yo dejaré para siempre las navajas y lancetas, y la mano de Soledad con un buen dote será el premio de mis fatigas y el término de mis trabajos.

—¡Oh!—murmuraba entre tanto el sacristan, dirigiéndose á casa de don Bartolo. —¡Almuerzo digno de un Baltasar!... ¡Cuán-do me veré en otra!... Conejo y medio, tres perdices, dos botellas de vino... Me han pagado bien el haberlos engañado. El barbero es ladino, pero no ha conocido mi plan, no ha sospechado mis intenciones y se ha quedado muy satisfecho, creyendo que sus amenazas me harían callar y renunciar á mis proyectos. No comprendo que tengo mil medios de obrar sin que me descubran y que recibirán los golpes sin saber de dónde vienen. Estoy seguro de aturdirlos, confundirlos, desconcertarlos, y cuando se convenzan de que les es preciso acudir á medios extraordinarios, atacar al corazón, ya será tarde. ¡Oh! Si don Bartolo tiene valor, antes de ocho días será esposo de su pupila, y la mano de Anastasia con el dote de ochocientos ducados será el premio de mis fatigas, el término de mis afanes. Por lo demás, será preciso que el ama de gobierno dé cuenta de su conducta. Su indiscrecion ha podido comprometernos. ¡Oh! Si las mujeres no tuvieran lengua serian ángeles, y entre los hombres reinaria la mas completa paz; con las mujeres mudas, este mundo no seria valle de lágrimas, sino mansion de felicidad. Pero Dios ha querido castigar los pecados de los hombres y ha dado lengua á las mujeres.

Don Bañilio continuó haciendo reflexiones sobre la mujer hasta llegar á casa del doctor.

Se preparaban grandes sucesos.

---

## CAPÍTULO XXXVI.

Empieza don Basilio á poner en ejecucion su plan de intriga.

Rosa y el conde, en la conversacion que habian tenido, empezaron, como sabemos, hablando de su amor; pero acabaron tratando de la situacion en que se encontraban y de los medios que podrian emplear para vencer las dificultades que se oponian á sus deseos. Estaban convencidos de que el doctor no cederia; al contrario, con la prueba de que su pupila amaba al misterioso galan, redoblaría sus cuidados y aun adoptaría medidas estremas para estorbar aquellas relaciones: por consiguiente, no quedaban mas que dos partidos que tomar, renunciar á ser felices ó apelar á la fuga, fiando Rosa su honor á la buena fé del mancebo. Para lo primero encontraba la jóven el inconveniente de su amor, que era su vida, y á lo segundo se oponian sus severos principios de virtud.

El conde habia dicho que un amor que no supiera vencerlo todo no era amor; pero Rosa contestaba que su amor le daba alien-

tos para morir si era preciso sacrificar la vida, pero no para faltar á lo que su honor le aconsejaba.

La lucha entre los dos amantes habia sido tenaz; pero Rosa habia salido triunfante.

Sin embargo, en su interior quedaba la duda: ella estaba dispuesta á morir; pero renunciar á Fadrique era mas que perder la vida.

—¿Quién sabe, —decia cuando meditó á solas, —quién sabe á qué extremo pueden llegar los abusos de mi tutor? Ha empezado enseñándome el camino de la mentira, del engaño y la traicion, y puede acabar por enseñarme el de la violencia, en cuyo caso no respondo de mí.

Faltaba que Soledad diese la última mano á la obra comenzada por el conde, haciendo uso de sus razonamientos que, aunque en lenguaje desaliñado y rudo, solian tener una lógica irresistible.

Así sucedió: mientras la dueña seguia durmiendo y la señora Anastasia, despues de haberse ido el sacristan, se entregaba al sueño tambien, la traviesa sirvienta dijo á su señora:

—Ya lo veis, no podemos andarnos por las ramas.

—Lo que Fadrique me propone no puedo aceptarlo, —respondió la jóven. —¡Huir de mi casa!...

—Huir de vuestra prision.

—Arriesgar mi honra...

—Figaro y yo sabremos guardarla.

—¿Quién sabe lo que puede suceder?

—Si os fuéreis sola con don Fadrique...

—No, no.

—Pero como no nos separaremos de vuestro lado...

—Imposible.

—Pues bien, casaos con don Bartolo.

— No me casaré...

— ¿Qué hareis al pié del altar? ¿Dareis el escándalo de decir que no?

— Soledad, no han llegado á tal extremo las cosas: la obstinacion de don Bartolo no irá tan lejos.

— ¡Un viejo enamorado!...

— Su amor se estrellará en mi firmeza.

— Se vengará.

— ¿Qué puede hacer?

— Os sacaré de Sevilla y no volvereis á saber de don Fadri- que ni él de vos.

— Semejante abuso...

— ¿Acaso no han inventado una calumnia? Pues de todo son capaces. ¿Á que no creíais que don Bartolo tuviese tan poca conciencia?

— No...

— Pues lo mismo sucede con lo demas.

— Soledad, dejemos que el tiempo y los sucesos nos aconsejen. Tal vez mi tutor, despues de lo que ha sucedido, no se atreva á insistir en sus locas pretensiones.

— Puede ser; pero tampoco consentirá que os caseis con don Fadrique, y este, cansado y aburrido, os volverá la espalda.

Rosa no acertó á contestar: se aumentaban sus dudas y empezaba á tener miedo de sí misma, miedo de su pasion.

— En esto,—repuso la sirviente,—sucederá como en todo: os atormentais cavilando, y al fin, convencida de la verdad, hareis lo que antes os parecia un imposible y os asustaba.

— Déjame, Soledad: necesito descanso: mi espíritu ha sufrido mucho...

— Sosegaos, dormid, y cuando esteis mas tranquila hablaremos.

Algunos minutos despues, la enamorada jóven dormia; pero su sueño era agitado.

Antes de resolverse á aceptar lo que el conde le proponia como única salvacion, debia luchar y sufrir mucho: la primera impresion al escuchar el plan de Fadrique habia sido el espanto.

Todo el dia lo pasó Rosa meditando y triste, tan absorta en sus pensamientos que á veces ni oia lo que le hablaban ni se apercebía de lo que pasaba á su alrededor.

Habia empezado la lucha.

Entre tanto don Bartolo seguia mejorando rápidamente: se le habia ocultado hasta entonces la estraña enfermedad de Rosa para evitarle conmociones que pudieran agravar su estado, y por esta razon tambien el sacristan se limitó á informarse de la salud de su amigo, guardando para mejor ocasion las esplicaciones que pensaba provocar.

Así pasó aquel dia y el siguiente, que pudiéramos llamar de tregua, sin mas novedad que el haber recibido la pupila dos cartas del conde, tratando de la fuga, y contestado ella, primero con toda la energía de su decoro, y luego con el dolor de sus dudas.

No habia dejado Soledad de aprovechar todas las ocasiones para discutir con su señora, y si bien no la habia convencido, habia logrado que la escuchase.

El doctor dejó el lecho al tercer dia; al cuarto recorrió toda la casa, y al quinto se encontró restablecido, aunque un poco débil.

Entonces fué cuando supo que su pupila habia estado enferma y en peligro de muerte, y al escuchar la palabra epilepsia, abrió los ojos y la boca con espanto y dejó escapar una prolongada exclamacion, haciendo en seguida mil preguntas que no pudieron ser contestadas por el ama de gobierno ni por Soledad. Pidió la receta del fingido médico; pero Fígaro la habia dejado en la botica ó la

habia perdido; quiso ver el medicamento, pero la botella estaba vacía porque Rosa habia tomado de una vez toda la porcion.

— Ese médico, — dijo, — debe ser un farsante ó un sabio: ó no ha habido tal principio de epilepsia, y él lo dijo así para dar importancia á la cura, ó ha hecho casi un milagro en cortar tan pronto y tan de raiz el ataque.

Pulsó á Rosa, la observó cuidadosamente y le preguntó:

— ¿Y nada has sentido despues?

— Algunas veces, — respondió la pupila, — me quedo... así... como distraida ó medío dormida... y siento una cosa rara... que no acierto á esplicar; pero en seguida pasa aquello.

— Mucho cuidado para evitar una recaida; procura distraerte.

Rosa, por toda contestacion, sonrió irónicamente y miró las paredes del aposento.

— Si entras en razon, — repuso don Bartolo, — te permitiré salir de aquí, pasear y cuanto sea necesario para tu salud.

Tampoco respondió la pupila, y por su fortuna, no entró el viejo en mas esplicaciones por entonces, pues se contentó con echarle una tierna mirada y volver á su aposento.

Eran las once de la mañana, hora en que en la casa del doctor empezaba á sonar el almirez porque á las doce se comia.

La señora Anastasia machacaba, pues, con todo el entusiasmo que siempre lo hacia, porque era operacion que le encantaba y porque, segun ella decia, no merece el nombre de mujer la que no sabe machacar.

Al ruido del almirez se unió el del aldabon.

Soledad corrió á abrir, creyendo que era Fígaro, y por la misma razon interrumpió la molienda el ama de gobierno y corrió tras Soledad.

Pero ambas se encontraron con el organista, que entró ha-

ciendo reverencias y preguntando si don Bartolo seguia tan bien como al dejar la cama.

—Muy bien,—contestó la doncella, volviendo la espalda y alejándose.

—Hoy comerá de todo,—añadió la señora Anastasia.—En su cuarto lo teneis.

Y se fué á la cocina para continuar su estrepitosa faena.

Don Basilio entró en el aposento del doctor.

Este se hallaba envuelto en su bata y sentado junto al brasero.

—¡Ah!—exclamó al ver al maestro de música.—Me sorprende vuestra visita.

—¿No me esperábais?

—No, amigo mio.

—¿Pues no comprendéis que yo no hubiera estado tranquilo sin saber cómo seguiais?

—Ya sé, don Basilio, el interés que por mí os tomáis; pero como estoy completamente bueno...

—¿Completamente?

—Tanto, que si no he salido hoy de casa, ha sido por mera prudencia y nada mas, y porque dicen que corre un airecillo norte como el hielo.

—Es verdad.

—Pero sentaos...

—Me alegro mucho, don Bartolo, que os encontreis tan bien, ya por lo que me interesa vuestra salud, como porque podreis empezar á ocuparos de lo que tanto nos importa.

—Por la misma razon deseaba veros,—dijo el doctor, revolviendo las ascuas del brasero.—Durante mi enfermedad no he podido observar nada, y no he querido entrar en esplicaciones con Rosa antes de consultaros.

—Pues yo,—contestó el organista con tono y gesto de estudiada reserva,—tengo muy poco que deciros.

—¡Muy poco!

—Don Bartolo, perdonadme y no dudeis de mi amistad y gratitud; pero el aspecto que ha tomado el asunto me obliga á obrar en adelante con mucha prudencia, á observar una conducta distinta de la que he seguido hasta ahora, evitando así verme comprometido en los desagradables sucesos que espero.

—¡Don Basilio!—exclamó sorprendido el doctor.—Eso es lo mismo que decir que me abandonais.

—Ya habeis visto el resultado...

—Sí, el resultado de... nuestro plan; pero eso no es mas que una desgracia, que por mas cara que me haya costado, no me desalienta: al contrario, ahora como nunca ardo en deseos de vengar las ofensas que he recibido, de castigar la audacia de ese hombre que ha traído á mi casa la discordia y el llanto.

—Pero esa desgracia,—replicó el organista,—no hubiera sucedido si el secreto de nuestro plan hubiera estado bien guardado.

—¿Y quién lo ha descubierto?

—Claro es que doña Rosa, lo cual prueba, don Bartolo, que se comunica con ese galan, que le escribe, le habla...

—¡Hablarle!... ¡Imposible!

Don Basilio miró compasivamente al doctor y dijo con amargo desden:

—Sois muy cándido.

—¡Don Basilio!...

—Muy inocente, ciego y...

—Pero...

—Todo lo que aquí pasa,—repuso el sacristan,—bajando la

voz y gesticulando espresivamente, — todo lo que aquí se hace, hasta lo que nosotros hablamos, se sabe fuera.

—¿Qué estais diciendo? ¿Por ventura la traicion?...

—¡Silencio! — interrumpió el organista con fingido espanto.

—¿Quién me vende?...

—¡Silencio! — volvió á decir don Basilio.

Y tapó al médico la boca mientras miraba á la puerta.

—Me asustais...\*

—Basta, don Bartolo; soy vuestro amigo mas leal; pedidme la vida si os sirve de algo; pero no reclameis mi ayuda para triunfar de vuestro rival. Renuncio á... á todo, ya me entendeis, y... punto redondo... Rogaré á Dios por vuestra dicha; pero no puedo hacer mas.

Don Bartolo, en el colmo de su sorpresa, miró al maestro de música sin acertar á contestarle hasta despues de algunos minutos que dijo:

—Pero esplicaos; no me oculteis los motivos que teneis para obrar así; decidme en quién puedo fiar...

—¡Imposible!

—En nombre de nuestra amistad, don Basilio...

—Esperad, — dijo este.

Y levantándose, anduvo de un lado para otro del aposento, mirando en los rincones, debajo de la mesa, dentro de los armarios, y asomando la cabeza á la puerta.

—¿Qué haceis? — preguntó el médico, mas sorprendido cada vez.

—¿Estais seguro, — dijo el sacristan, — de que no pueden oirnos?

—¿Acabareis?

Don Basilio volvió á sentarse, colocando su silla junto al doc-

tor, y despues de echar otra ojeada por el aposento, á media voz y con tono misterioso, dijo:

—Hay quien escuche todas nuestras conversaciones y las publique.

—¡Ah!...

—Se sabe que yo me casaré con la señora Anastasia y vos le dareis cuatrocientos ducados; se sabe que la dueña me ama y yo la engaño...

—¿Pero quién sabe eso?

—¿Quién lo sabe?... Admiraos, horripilaos...

—Horripilado estoy.

—Juradme que el secreto...

—Sí, juro; pero esplicaos...

—Todo eso y mucho mas, hasta lo que pensamos, lo sabe...

¡Oh!...

—¡Acabad!

—Lo sabe el traidor que ayuda al galan de las hebillas, el mismo que sin duda inventó la burla del jeringazo, porque de nadie sino suya pudo ser tan diabólica invencion...

—¡Sospecha horrible!—exclamó don Bartolo, cuya nariz empezó á amaratarse.

—El mismo que tiene vuestra vida en sus manos cada veinticuatro horas...

—¡Fígaro!...

—Fígaro, sí.

—¡Ah!—exclamó el doctor, limpiándose el sudor que corria por su frente.

—Es dueño del secreto... lo sé de su boca...

—¡Dios mio!...

—Me lo ha referido todo con pelos y señales, añadiendo que

sabia mucho mas y que el dia que se le antojase, con una sola palabra...

—¡Estamos perdidos!

—¿Creceis ahora que se comunican doña Rosa y el galan?

—Sí, creo que vengan y vayan cartas por medio de ese condenado Fígaro; pero no me esplico cómo ha podido saber...

—Se lo han dicho.

—¿Pero quién? Sin duda esa desvergonzada de Soledad...

—No.

—¿Acaso la señora Alfonsa?...

—Tampoco.

—Pues Rosa no habla con el barbero...

—No ha sido doña Rosa.

—¿Entonces?...

—La señora Anastasia.

—¡La señora Anastasia!... Don Basilio, permitidme que os pulse, porque dudo que esteis en vuestro sano juicio...

—Bien sabeis que la señora Anastasia reventaria si guardara un secreto.

—Es verdad; pero ella, tan interesada como yo...

—Como no desconfia de Fígaro, sin duda por envanecerse le ha dicho que se casa, y lo del amor de la dueña... tambien por vanidad, como un triunfo.

—¡Ah!—exclamó don Bartolo, dándose una palmada en la frente.

Y quedó silencioso, diciendo para sí:

—No hay duda, ella ha sido. No fiándose de mí, le habrá hablado á Fígaro de su casamiento, se habrán arreglado, y por eso le ha confiado el secreto sin sospechar que podia perderla su indiscrecion. ¡Oh! Don Basilio no puede comprender esto porque

cree de buena fé en que se casará, y es preciso evitar esplicaciones, porque Anastasia solitaria su pícara lengua y se descubriría mi intriga.

—¿Estais convencido?—preguntó el sacristan.

—Sí.

—Pues hay mas y mas grave...

—¡Mas todavía!

—Sí, preparaos á que el cabello se os erice; pero os lo diré con la terminante condicion de que habeis de callarlo y no hacer del secreto mas uso que para vuestro gobierno; de otra manera, dejaré de ser vuestro amigo y aun me convertiré en vuestro enemigo.

—¡Vos mi enemigo!

—Sí, porque mi vida depende del sigilo...

—Tiemblo,—interrumpió el doctor, volviendo á limpiarse el sudor que corria por su frente.

—Con razon temblais.

—¿Pero de qué se trata? ¿Qué puede haber peor que lo que me habeis dicho? ¿Qué puede haber peor que lo que ha sucedido? Acabad, don Basilio, porque la duda me atormenta horriblemente.

El sacristan volvió á mirar hácia la puerta, estiró los brazos, arqueó las cejas y dijo:

—Ese hombre que ha escandalizado la calle con sus músicas; que ha profanado el templo de Dios, convirtiéndolo en lugar de galanteos indecorosos; que se ha mofado de vos; que os ha insultado y atropellado y ha podido ser causa de vuestra muerte, ese hombre, don Bartolo, se ha introducido en vuestra casa la primera noche de vuestra enfermedad...

—¡Ah!...

—Y ha estado hasta el amanecer al lado de vuestra pupila...

—¡Don Basilio!

—Ella en la cama, fingiendo estar enferma; junto á la cama él, fingiendo curarla...

—¡Dios bendito!...

—Durmiendo la dueña en el gabinete; aquí Figaro y la señora Anastasia, oyéndoos delirar...

—Y allí... en la alcoba...

—Soledad por único testigo...

—¡Horror, horror!— exclamó el pobre don Bartolo, cubriéndose el rostro con las manos.

—Yo, ¿lo entendéis? yo, con estos ojos que la tierra ha de comerse, ví al galan cuando salia con el barbero: lo conocí...

—¿Y qué hicisteis?

—Figaro selló mis labios enseñándome la punta de un puñal y diciéndome, que además de matarme, descubriría la intriga de mis amores y otras cosas que callaba.

El doctor, sofocado, se levantó, paseándose por el aposento y haciéndose aire con el faldon de la bata.

—¡Ah!— exclamó.—¿Qué va á ser de mí? ¿Qué va á suceder? Ese hombre en mi casa toda la noche, casi á solas con esa niña inocente...

—Sí, toda la noche.

—De manera, que el ataque de epilepsia...

—Fué un ataque de amor.

—Y el médico...

—Era el galan de las hebillas, que aquella noche se presentó mal vestido. Y por lo que he podido colegir de las preguntas que disimuladamente he hecho, á la señora Alfonsa le dieron un narcótico.

—¿Y quién sabe si fué otro lo que Rosa tomó?

—No lo creo, porque bastante narcótico eran las miradas del galán, y las palabras de amor el más dulce arrullo.

—¡Oh!—murmuró don Bartolo atormentado por los celos.—  
¡Oh, mujeres, falsas y engañadoras! ¡Y la hipócrita fingió entusiasmarse, arrebatarse cuando me vió á sus piés y le pinté mi amor!...  
¡Ay, Rosa!... ¡Para otro el aroma de tu cáliz... para mí tus espaldas!

—Prudencia, templanza, valor...

—¡Ah!...

—Estais rodeado de traidores...

—Y no puedo castigarlos. Soledad debe ser cómplice; pero si la despido, el barbero la vengará; y á este tampoco puedo decirle una palabra, porque revelaria cuanto sabe, y entre la señora Anastasia y la dueña darian al traste con mis proyectos.

—Por eso lo que os conviene es disimular y dar el golpe decisivo sin que sientan el amago.

—¡Sublime idea! ¡Gran pensamiento!...

—Pero habeis de tener mucho valor, nada de escrúpulos ni vacilaciones...

—Por supuesto,—replicó el doctor, dejándose caer nuevamente en la silla,—cuento con vos.

—Don Bartolo...

—No me abandoneis...

—Permitidme...

—Tengo que desconfiar de todos, hasta de los que están más interesados en mi triunfo.

—Me comprometéis...

—En nombre de nuestra amistad...

—Por nuestra amistad lo haré; pero á condicion de que hemos de disimular todo lo posible para que no sospechen que esta-

mos de acuerdo. Cuando tengamos que hablar, nos veremos en otra parte, y así, creyéndome ajeno al asunto, se descuidarán y será mas fácil vencerlos.

—Pero tiemblo al pensar que todos los dias he de poner mi vida en manos de ese bribon de Fígaro, que con escusa de un estreccimiento nervioso puede cortarme el pescuezo con poca ó ninguna responsabilidad.

—No se atreverá á tanto; pero en fin, es menester arriesgarlo todo.

Don Bartolo meditó algunos instantes, exhaló un suspiro y luego preguntó:

—¿Y qué pensais que debo hacer?

—Ya os lo he dicho, un golpe inesperado: amenazad á doña Rosa con sacarla de Sevilla el dia que menos lo espere si no se casa con vos.

—Magnífico plan. Y en cuanto á la señora Anastasia, soy de opinion que nada se le diga, porque como tiene ese carácter tan violento, puede quejarse á Fígaro y...

—Teneis razon; mejor es callar.

Don Bartolo se tranquilizó: temia que el sacristan se hubiera obstinado en entrar en esplicaciones con el ama de gobierno, y esto hubiera sido descubrir la intriga tan bien combinada y felizmente sostenida hasta entonces.

Algunas esplicaciones mas tuvieron, y puestos de acuerdo en todo, despidióse el maestro de música, recomendando nuevamente á su amigo que no vacilase, porque el peligro estaba muy cerca.

El médico no se quedó tranquilo: cuando Rosa se habia atrevido á recibir al galan, debia estar muy enamorada y decidida á todo. Sin embargo, quedaba el recurso de sacarla de la poblacion,

tomando acertadas precauciones para que el misterioso amante no averiguara el paradero de la niña. Esto, si no era un triunfo completo, era una consoladora venganza.

Aquel día, para evitar sospechas, no hizo don Bartolo la mas ligera indicación á su pupila.

Esta siguió luchando y atormentándose.

---

---

## CAPÍTULO XXXVII.

Fígaro sigue haciendo de las suyas.

El día siguiente fué de tribulaciones y llanto.

Pocos minutos despues de haberse levantado don Bartolo, se le presentó la señora Anastasia, diciéndole :

—Ya estás bueno y es preciso que concluyamos nuestros asuntos pendientes.

Y en seguida espuso nuevamente y con mas seriedad que nunca sus reclamaciones sobre arreglo de boda con Fígaro.

Llamó la atencion del médico que el ama de gobierno insistiera tan tenazmente, cuando segun él creia, ella debia haber arreglado ya lo que tanto deseaba; y por si era disimulo y por dejar mas en claro sus dudas, hizo algunas observaciones, concluyendo por decir :

—Pudieras haberme ahorrado la mitad del trabajo, aprovechando alguna ocasion para terminar tú misma el negocio.

Pero la señora Anastasia, como si el diablo la hubiese inspirado, respondió :

—Eso no es cuenta tuya ni de nadie: si yo quiero hacer algo porque me convenga, lo haré; pero no por eso quedas fuera del compromiso. Cuando he tenido ocasiones, he hecho lo que me ha parecido conveniente, y de ello no tengo que darte cuenta.

—No hay duda,—dijo para sí don Bartolo,—ha hablado con Figaro, y el pretender que yo tome parte en el asunto, debe ser con el fin de comprometer mas al barbero.

Convencido de esto el doctor, prometió reanudar aquel día las interrumpidas negociaciones, despidió al ama de gobierno, no sin tener que escuchar terribles amenazas que le hicieron estremecerse, pensando en lo crítico de su situación.

Á la hora de costumbre fué el barbero, y aunque no pudo hablar ni ver á Soledad, bastóle una mirada para comprender por el gesto de don Bartolo que este habia tenido esplicaciones con el organista y por consiguiente sabia que el conde se habia introducido en la casa.

—Bien, muy bien,—dijo con su natural alegría;—teneis buen semblante, don Bartolo.

Y sacó las navajas y puso el agua en la bacía, añadiendo:

—En cinco minutos he de afeitaros hoy.

—¿Tambien tienes prisa?—dijo el doctor, examinando atentamente el rostro de Figaro.

—Segun: si teneis algo que mandarme, nada tengo que hacer, estoy á vuestras órdenes.

—No; pero... ya sabes que hemos de hablar...

—Cuando gustéis.

—Te acordarás... Que me ahogas...

—¿Os aprieta el paño?

—Un poco... Bien, así... Te acordarás...

—¿De qué?

—¿Tan mala memoria tienes? ¿No dejamos el otro día pendiente una conversacion... sobre casamiento?...

—Sí, sí... Deseando estoy que acabeis de decirme dónde está esa mujer que puede hacer mi fortuna.

—Cuidado...

—¿Hace daño esta navaja?

—No, pero...

—Con que hay una mujer que posee la cantidad de...

—Cuatrocientos ducados.

—¿Nada más? No me conviene: proponedme otra y hablaremos.

—Tienes poca paciencia y... mucha ambicion.

—¿Acaso mi libertad no vale mas de cuatrocientos ducados? Pensadlo bien, don Bartolo, y os convencereis de que un hombre que tenga sentido comun no acepta la pesada carga del matrimonio por esa cantidad. La paciencia, señor, no se vende tan barata, y un marido tiene que hacer grande acopio de ella.

—Hablemos seriamente.

—Pues seriamente hablando, en jalapa y sal de higuera para limpiarse el cuerpo de bilis, se gastan mas de los cuatrocientos ducados.

—Siempre el mismo.

—Y no pienso variar.

—¿Con que decididamente no te conviene la mujer con esa cantidad?

—No, señor.

—Me falta decirte que un protector de esa mujer le ha prometido otros cuatrocientos ducados para cuando se case.

—Eso es otra cosa.

—De manera... Me parece que te tiembla el pulso...

—No.

—Por consiguiente, supongo...

—Me acomoda. Sepamos quién es la mujer, quién el protector, qué garantías tendré para evitar un chasco, cuándo podrá verificarse la boda...

—Mucho pides.

—Todo es necesario. ¿Puedo casarme sin saber con quién?

—Pero eso de las garantías...

—No dejaré que me echen la bendición sin tener el dote en el bolsillo.

—Lo tendrás; pero te advierto que la novia no es joven...

—La prefiero vieja.

—Y en cuanto á hermosura...

—Me caso con el dote.

—Empiezas á entrar en razon, y para evitar que esa mujer quede en ridículo si no aceptas, te daré á conocer todas las circunstancias y callaré el nombre, que para nada hace al caso.

—Convenidos.

—¡Ah!—exclamó el doctor, respirando fuertemente y tranquilizándose porque Fígaro había cerrado la navaja.

—Os escucho.

—Es una mujer de cuarenta y tantos años.

—Buena edad: sabe lo que hace.

—Su protector, que tambien va á casarse, le dará los cuatrocientos ducados despues que verifique su matrimonio, y entonces podrá ella casarse.

—Ese protector, ¿es hombre de fiar?

—Lo garantizo.

—Basta.

—Y en cuanto á lo que ella posee, es seguro.

—Desconfío de las mujeres.

—Tambien garantizo.

—Mi deber me prohíbe aceptar ese compromiso.

—¿Pero qué mas garantía quieres que el dinero el mismo dia que hayas de casarte?

—¿Y si para entonces lo gasta?

—No te casas.

—Despues de haberlo prometido formalmente, seria un escándalo.

—Entonces no acierto lo que pueda hacerse.

—Hablaré con claridad, porque esto, mas que una boda, es un negocio.

—Sí.

—Al dar mi palabra de casamiento, recibiré los cuatrocientos ducados.

—¡Fígaro!

—Poco á poco. Firmaré un papel, declarando haber recibido esa cantidad y obligándome á devolverla en el término que se fije si no me caso. Eso será una garantía mútua.

—Hubieras hecho mejor comerciante que barbero.

—Si falto á mi palabra de casamiento, tendré que devolver el dinero y nada perderá la novia; y si no lo devuelvo habré de casarme.

—Diabólica combinacion.

—¿No os parece buena?

—Demasiado.

—Es cuanto tengo que decir.

—No es poco.

—Haced la proposicion, y si la aceptan...

—Lo dudo.

— Ya veis que en cuanto al protector no soy exigente; pero en tratándose de una mujer, todas las precauciones me parecen pocas. ¡Las conozco tan á fondo!...

— No te engañarán, Fígaro.

— Me he criado entre gitanos, señor.

Don Bartolo meditó mientras el barbero daba la última mano á los bucles, y luego dijo:

— Creo que si supieras quién es la mujer en cuestion, tendrías mas confianza.

— Aunque sea la persona mas allegada á vos; perdonadme; pero ya os lo he dicho, en tratándose de mujeres no me fio de ninguna.

— Entonces,— repuso don Bartolo,— queda aplazada la cuestion para mañana.

Fígaro guardó las navajas, tomó la bacía y se despidió mientras decia para sí:

— Se han empeñado en que los engañe y me veré obligado á darles gusto. Adelante: sopla el viento de la fortuna... lo aprovecharé.

No quedó muy descontento don Bartolo, pues aunque temia que la señora Anastasia perdiese el dinero y el marido, lo que mas le importaba era salir del paso y ganar tiempo hasta realizar su plan de boda con la pupila.

Llamó en seguida á la señora Anastasia, le manifestó las condiciones con que Fígaro se comprometeria solemnemente á casarse, y despues de una larga discusion, halagada con la idea de tener un documento que asegurase su boda, el ama de gobierno se avino á entregar sus ahorros.

Muy ufano el doctor con lo que tenia por un triunfo debido á su talento y habilidad, creyó que en todo alcanzaria tan buen re-

sultado aquel día, y decidió tener una conferencia con Rosa después que esta hubiese dado la lección de música y almorzado.

Empero el buen doctor se equivocaba: no debía concluir ni aun mediar el día tan bien como aparentemente había comenzado: ya hemos dicho que fué de llanto y tribulaciones, y pronto lo veremos.

Va á cambiar el cuadro, y tanto tendrá la escena de cómica como de dramática.

Vuelve la hoja, lector.

---

## CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se verá lo peligroso que es sentarse de espaldas á una puerta.

Desde muy temprano tenia Soledad una carta del conde, esperando ocasion para entregarla á Rosa, lo cual no pudo hacer hasta despues del almuerzo, porque entonces la señora Alfonsa, pretestando un fuerte dolor de cabeza, se habia echado en su cama, quedándose profundamente dormida, y el doctor, para coordinar sus ideas y preparar el discurso con que pensaba amonestar á su pupila, se habia retirado á su aposento.

Entonces, decimos, la sirviente entró en el gabinete de Rosa, y entregándole el ansiado papel, le dijo:

—Tomad y leed. Yo me voy á la cocina porque la señora Anastasia me espera para que le ayude á limpiar. Don Bartolo se habrá quedado dormido; pero debeis estar con cuidado, no sea que despierte y le dé la tentacion de haceros una visita.

—Dame, —dijo afanosamente Rosa, arrebatando el papel.

Y mientras Soledad desaparecia, lo desdobló y fijó en él una mirada ansiosa y ardiente.

Preciso es que sepa el lector que habia querido la casualidad que la enamorada jóven estuviese sentada de espaldas á la puerta, y es preciso que sepa tambien que la lectura de la carta embargó de tal modo su espíritu, que á los pocos renglones que llevaba descifrados, se olvidó de todo y solo pensó en Fadrique, en su amor y en su situacion diffeil y dolorosa. Algunos tiernos suspiros exhaló su agitado pecho, y sus negros ojos se vieron empañados por alguna lágrima, secada por los relámpagos abrasadores que la pasion dejaba escapar por las pupilas.

No hay enamorado que se contente con leer una vez lo que el objeto de su amor confia á los indiscretos papeles, y por eso Rosa, despues de haber leído la carta del conde, oprimióse el pecho y suspiró, tornando á comenzar tan afanosamente como si aun no supiera lo que decia ó se viese obligada á aprenderla de memoria.

Don Bartolo, entre tanto, habia salido de su aposento, y deteniéndose en la sala para dar á su rostro la espresion de gravedad que el caso requeria y arreglar su hata de manera que le cubriese bien la barriga, miróse al espejo, escuchó y dijo para sí:

—¿Que hará? Por entre la cortina podré verla sin ser visto... ¡Ah!... Quiero contemplarla un momento, recrear mis ojos con su belleza, que tendrá mas encantos que nunca ahora porque no se cuidará de dar á su rostro la espresion que pudieran exigir otras circunstancias.

Con tal propósito se dirigió al gabinete sin hacer el mas leve ruido, y colocando un ojo en la estrecha abertura que quedaba entre la cortina y el marco de la puerta, miró.

—Me he equivocado,—pensó al ver que Rosa estaba de espaldas.—¿Qué hace? No cose...

Pero como levantándose sobre las puntas de los piés observa-

se mejor y viese que leía, se contrajo su frente y una sospecha horrible le hizo afluir la sangre á la cabeza.

—No está la señora Alfonsa, —dijo para sí, — y lee... ¡Oh!... Puedo sorprenderla... Suspira... ¡Negra traicion!...

Ardiendo en ira y sin poder apenas respirar, levantó la cortina, y silencioso como una sombra, entró en el gabinete.

Rosa de nada se apercibió.

En aquel momento leía por cuarta vez la carta y estaba mas absorta que nunca.

Don Bartolo consiguió llegar hasta la jóven, estiró el cuello cuanto pudo, y sus ojuelos, desencajados como si fuesen á leer su sentencia de muerte, fijaron en el papel una mirada chispeante y vió que era una carta que empezaba diciendo:

«Mi adorada Rosa, mi luz, mi encanto, mi vida...»

Faltó muy poco para que el pobre doctor perdiese el conocimiento: la luz huyó por un instante de sus ojos, y arrebatado, fuera de sí, no pudiendo contenerse, estendió un brazo y cogió el papel, exclamando:

—¡Horror, horror!

Rosa exhaló un agudo grito de espanto y quiso ocultar el papel, resultando que se rompiese y quedase un pedazo en la mano de don Bartolo.

Como impulsada por un resorte, púsose de pié la dolorida niña y se apartó de su tutor.

Hubo entonces algunos momentos de inmovilidad completa, de silencio absoluto.

El rostro del doctor estaba descompuesto, amoratado y horrible, y su abultado vientre se agitaba con violencia y desigualdad, entreabriendo la bata como si los faldones de esta fuesen las hojas de una puerta que se abriesen y cerrasen incesantemente.

Rosa estaba pálida como un cadáver; también contraída la tersa frente y sombría la mirada. Su pecho se levantaba á impulsos de su agitada respiracion y sus temblorosas manos estrujaban el pedazo de papel con fuerza convulsiva.

—¡Oh!— exclamó al fin don Bartolo.—¿Y eres tú la niña inocente, cándida y tímida, modelo de virtudes? Gavilan con pluma de paloma, sirena con voz de ángel, cervatilla con garras de tigre... Eso eres, falsa, traidora, culebra que crié en mi pecho y que se enrosca á mi garganta.

—Basta,—replicó enérgicamente la jóven,—basta, don Bartolo: no estoy dispuesta á tolerar vuestros insultos como he sufrido vuestras arbitrariedades.

—¡Rosa!—gritó el doctor con tono amenazante.

—La traicion es de quien abusa de mi descuido, y de tigre ó culebra tiene mas quien silenciosamente se arrastra para sorprenderme.

—Ten la lengua.

—Entre nosotros,—repuso la jóven, decidida á sostener la lucha,—han concluido todas las consideraciones. ¿Qué quereis? ¿De qué podeis acusarme?

—¡Descaro sin igual!... ¿No puedo acusarte cuando tengo én mis manos la prueba de tu delito?

—¿Para qué quereis esa prueba? No he negado que amo al hombre á quien calumniásteis...

—¡Oh!...

—Don Bartolo, soy dueña de mi corazon y de mis sentimientos.

—Venga ese papel.

—¡Este papel!...

—Lo mando...

—No os lo entrego.

—Represento á tu padre...

—Pero sois mi verdugo.

—Mi autoridad...

—Guardadla para otra ocasion.

—Ese papel ó me obligarás...

—¿Os atreveríais á poner vuestras manos sobre mí?—replicó la jóven con dignidad.

—¡Ese papel!—volvió á decir el doctor, adelantándose hácia su pupila.

—No,—replicó esta.

Y veloz como el pensamiento, metió el papel en el inviolable nido oculto por el corsé.

—¡Ah!—exclamó don Bartolo, apretando los puños con rabia.

—Venid por él,—dijo Rosa con acento de triunfo.

Iba á replicar el viejo; pero se detuvo porque la señora Alfonso, que habia despertado á las voces, salió de la alcoba, diciendo:

—¿Qué sucede?

Y al ver los ceñudos rostros y las nada tranquilizadoras actitudes, cruzó las manos, elevó al cielo una mirada y exclamó:

—¡Dios mio!

—Vos tambien,—dijo el doctor, dirigiéndose á la dueña,—vos tambien, temblad...

—Pero, señor...

—Sí, temblad porque habeis de darme cuenta del tesoro que os he confiado, estrecha cuenta de vuestra conducta...

—¡Virgen santa!...

—Vieja hipócrita, mirad, mirad este papel y morid de vergüenza, de remordimientos.

La señora Alfonsa en su turbacion no acertaba á responder, y temblando miraba alternativamente á don Bartolo y á Rosa.

—¿Sabeis lo que es esto?—prosiguió el doctor con todo el fuego de su coraje.—Una carta amorosa, una carta del miserable que atentó contra mi vida.

—¡Una carta amorosa!

—Un pedazo de carta, porque el resto está donde no puedo poner las manos. ¿Cómo la ha recibido mi pupila? ¿Es así como cumplís con vuestro deber?

—¡Ah!... ¡Dios santo!... No sé lo que me pasa...

—Oid, señora hipócrita, oid lo que dice este papel,—replicó el doctor.

Y comenzó á leer.

Pero Rosa, ligera como una ardilla, aprovechó la ocasion, y dando un salto arrebató al viejo el pedazo de carta, ocultándolo tambien en su pecho.

—¡Oh!—exclamó don Bartolo en el colmo de la desesperacion.—¿Qué haces, desdichada?

—¡Santa Rita me valga!...

—Este papel me pertenece,—dijo Rosa,—y su lectura no os ha de descubrir nada nuevo. ¿Quereis saber si amo? Ya os lo he dicho, sí, y ni encierros ni vigilancia ni ningun abuso podrán hacerme olvidar al hombre á quien he dado mi corazon. Tal vez, y lo dudo, podreis estorbar que sus cartas lleguen á mis manos, pero nada mas.

—Con razon dudas, porque estoy rodeado de traidores.

—¡Don Bartolo, mi señor don Bartolo!—exclamó la dueña, cayendo de rodillas.—Os juro por lo mas sagrado que ni un instante he perdido de vista á doña Rosa.

—Pasais el dia durmiendo.

—Doy alguna cabezada, es verdad; pero es porque paso la noche en vela, levantándome á cada instante para vigilar...

—Ya sé á qué atenerme...

—Señor don Bartolo, mi generoso protector; mi respetable señor...

—Silencio...

—¡Ay!—exclamó la vieja, dejándose caer medio desmayada en una silla.

—Escuchadme las dos,—repuso el médico,—escuchadme atentamente y responded categóricamente á mis preguntas, porque nuestra suerte va á decidirse.

La dueña exhaló otro suspiro lastimero y de sus ojos brotaron lágrimas gelatinosas, que no encontrando pestañas donde quedar pendientes, se precipitaron de arruga en arruga del rostro hasta perderse entre la peluda estameña de su vestido.

Don Bartolo, quebrantado por el coraje y la fatiga y sin poder apenas respirar, se dejó caer en una silla, se limpió el sudor que corría por su frente y agitó, según costumbre, un faldon de la bata á guisa de abanico.

Rosa se sentó también con propósito de hablar cuanto menos pudiese para abreviar aquella desagradable escena.

Cuando el doctor hubo tomado aliento, clavó en la joven una terrible mirada, y le dijo:

—Tu honra está comprometida, y como yo tengo el deber de guardarla, no omitiré medio para salvarte del peligro que te amenaza tan de cerca. ¡Ay, Rosa! si tu padre saliera de la sepultura y te viera, se moriría otra vez de una congestión, diciendo, «esa no es mi hija.» ¿Quién te ha aconsejado, infeliz criatura? ¿No has sospechado que la dulzura del jarabe de la seducción era encubridora del corrosivo sublimado que había de atacar las entra-

ñas de tu virtud? Tiempo es aun de que el antídoto de la razon anule los efectos del veneno del engaño; tiempo es, oveja descarriada, de que vuelvas al redil donde no puede penetrar la garra del hambriento lobo; escucha mis consejos, escúchalos, que son la verdadera receta de la felicidad, y si algun dolor quedara en las fibras de tu corazon herido, yo te proporcionaré calmantes cuya eficaz accion devolverán á tu espíritu la tranquilidad perdida. Ya sabes que los padres representan á Dios en la tierra, y yo represento á tu padre; ergo mi autoridad es sagrada, y desobedecerme es cometer un pecado mortal. Por consiguiente, si te niegas á contestarme ó no me dices la verdad, caerá sobre tí el anatema divino como hija desobediente y rebelde. Para vos, señora Alfonsa, tengo igual argumento; los padres representan á Dios, y los amos á los padres; yo soy vuestro amo, ergo mi autoridad es tambien sagrada para vos.

—¡Ay!—exclamó la dueña con voz entrecortada por los sollozos.—¿Podeis sospechar que yo deje de respetaros ni deciros la verdad? Sois depositario de todos mis secretos, conoceis á fondo mi alma...

—Bien, bien,—replicó el doctor;—no quiero palabras, sino hechos. Rosa, necesito saber quién te ha traído esa carta...

—Nadie,—contestó la jóven:—esta carta, como las demas que he recibido, ha llegado á mis manos sin necesidad de que nadie se comprometa en traérmela, sino por otro medio que difícilmente adivinareis.

—Eso no puede ser.

—Sí puede ser, puesto que ha sido.

—Pruébalo.

—Probarlo seria descubrir el secreto...

—Lo mando.

Por toda respuesta, Rosa sonrió irónicamente.

—¡Rosa!—exclamó el doctor.

—No os canséis, porque es en vano,—replicó la jóven.

—¿Olvidas que mi autoridad?...

—Perdeis el tiempo,—replicó la jóven con entereza.—No sabreis mas de lo que os he dicho.

—¡Tiembra!...

—¿Por qué?

—Tu rebeldía...

—Me habeis enseñado el camino de la intriga, de la traicion...

—¡Oh!...

—Don Bartolo, no me amenaceis si no quereis verme reir.

El médico miró sorprendido y espantado á Rosa: nunca la habia visto rebelarse con aquella energía, ni hubiera sospechado en ella tanto valor. Esto le quitaba al infeliz toda esperanza, y empezó á convencerse de que lo mas que adelantaria seria estorbar los fatales amores que le robaban de una vez una mujer bonita y una fortuna.

No comprendia, sin embargo, el doctor que para mostrar aquellos alientos se atormentaba la jóven, esforzándose dolorosamente para hacerse superior al respeto que, á pesar de todo, le infundia su tutor.

—Bien,—dijo este, después de algunos momentos y con voz apagada porque sus fuerzas iban agotándose.—Bien, señorita, ya sé á qué atenerme, y puesto que habeis perdido todo sentimiento noble, puesto que nada os queda de la cristiana educacion que habeis recibido, dejaré el cariño de padre con que os he tratado y os haré sentir todo el peso de mi autoridad y justo enojo. Ya os lo he dicho, tengo el deber de velar por vuestra honra, y la salvaré á cualquier precio.

—Gracias, —respondió la pupila, —gracias porque me haceis el mayor bien que puedo desear. Hacedme sentir el peso de vuestro enojo, que me atormentará menos que vuestro impertinente y repugnante amor.

—¡Qué escucho!...

—Ha llegado el caso de decir la verdad.

—Ha perdido el juicio, no hay remedio...

—Eso me habeis hecho creer de vos cuando me hablábais de vuestra pasión sin pensar en vuestros años.

—¡Rosa!...

—¿Qué más quereis saber? Olvidad vuestros locos proyectos de boda...

—Lo veremos.

—Bien, llevadme al pie del altar, —replicó la jóven, diciendo lo que no hubiera tenido valor para hacer, —y allí os diré cien veces que no. ¿Podrá vuestra autoridad, esa autoridad que calificais de sagrada, de divina, á pesar de ser puramente humana, podrá arrancar de mis labios el consentimiento que deseais? Haced la prueba, don Bartolo.

—¡Ah! —exclamó el doctor, limpiándose con la bata el sudor frío que inundaba su frente. —No has perdido el juicio, pero sí la vergüenza... ¡Qué horror, qué horror!... Basta, no puedo escucharte. Ya que así pagas el sacrificio que yo hacia de mi libertad por tu dicha, han concluido mis consideraciones.

—Lucharemos.

—¡Un reto!...

—Es mi defensa...

—Acabemos.

—Lo deseo más que vos.

—¿Renuncias á ese amor loco que ha de ser tu perdición?

—No.

—¡Piensa lo que dices!...

—No,—repitió enérgicamente Rosa.

Y se oprimió el pecho.

—Pues bien,—dijo don Bartolo, poniéndose de pié,—no volverás á ver á ese hombre, no volverás á saber de él.

—Pensad lo que decís,—replicó á su vez la jóven.

—Medios me sobran para cumplirlo.

—Difícil es...

—Te sacaré de Sevilla...

—¡De Sevilla!—repitió Rosa, estremeciéndose.

—Y te sacaré de manera que no puedan seguirte ni averiguar tu paradero.

—¡Oh!...

—Y si eso no bastase, hay conventos.

—Callad... ¡Oh!... Callad,—interrumpió la jóven con espanto.

—¿Dudas que así lo haga?

—No... no dudo de vos nada... ningun abuso...

—Estoy en mi derecho, y desde hoy no será esta vieja descuidada quien te guarde, sino yo.

Rosa dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó silenciosa.

—Aun es tiempo,—repuso el doctor,—aun es tiempo de que te arrepientas...

—No,—replicó la pobre niña con voz débil.

—Rosa...

—Basta: amo y amaré á Fadrique: me quitareis la vida, pero no arrancareis su imágen querida de mi corazon.

—Señora Alfonsa,—dijo el doctor á la vieja,—ya lo oís. Os perdono el pasado descuido; pero en adelante...

—Seré su sombra, os lo juro,—dijo la dueña.

—De dia, de noche, á todas horas, y la menor cosa que observeis la pondreis en mi conocimiento.

—Hasta de un estornudo os daré parte.

Por las mejillas de la jóven corrieron silenciosas lágrimas.

—¡Padre mio, madre mia!—exclamó, levantando al cielo los ojos.—Rogadle á Dios que me lleve á vuestro lado.

—Rosa... adios,—dijo el médico con voz ahogada porque empezaba á enternecerse.—Adios... Has rechazado mi cariño... mi ternura... Pero seré inflexible para cumplir mi deber.

Y salió del aposento.

Rosa se dejó caer de rodillas, volvió á invocar el nombre de sus padres y rezó mientras el llanto seguía corriendo por sus pálidas mejillas.

—Ya lo veis,—dijo la señora Alfonsa,—vuestras locuras...

—Respetad mi dolor...

—Eso es, ahora...

—Callad. Podeis vigilarme; pero os prohibo que me habéis.

—¡Válgame Dios!... Santa Rita y san Antonio bendito nos den consuelo. ¡Ah!... Yo que soy toda ojos y oídos, y no haber visto nada de esos pícaros papeles... Lo veo y no lo creo.

Acomodóse la vieja junto al brasero, empezó á pasar las cuentas de su rosario y á rezar para sí, y antes de cinco minutos estaba profundamente dormida.

---

---

## CAPÍTULO XXXIX.

Donde se verá que el doctor había trabajado en favor de su rival,

Pocos momentos despues se entreabrió la cortina de la puerta y asomó el picaresco rostro de Soledad, que entonces estaba ligeramente contraído.

Como antes habia hecho el doctor, la sirviente entró en el aposento sin que se sintieran sus pasos, contempló á la señora Alfonsa, apretando los puños y meneando la cabeza con aire de amenaza, y luego llegó á su señora, que no la habia visto y seguia de hinojos y orando, y llamándole la atencion con un golpecito en el hombro, le señaló á la dueña y sonrió burlonamente.

Rosa hizo seña á Soledad para que callase y se alejara, dándole á entender el peligro que habia en que permaneciese allí; pero la hija de Triana, haciendo un gesto de desprecio, dijo en voz baja á su señora:

— Ya sé lo que ha sucedido porque he estado escuchando.

— ¡Ah! — murmuró Rosa, oprimiéndose el pecho.

—¿Pensais vengaros del pícaro viejo muriéndoos de pena?

—Soledad, —dijo la pupila, bajando los ojos, —sufro mucho.

—Ya lo sé; pero...

—Mi única esperanza es la muerte.

—No habreis tenido que cavilar mucho para salir del apuro de esa manera; pero mientras llega la hora de cerrar el ojo, vuestro tutor os encerrará en una celda y allí podreis suspirar á vuestras anchuras.

—¿Qué he de hacer?

—Me parece que es muy sencillo: haced lo que hacen con vos, y sinó dejad que os lleven á un desierto, porque de seguro don Bartolo...

—Silencio, —interrumpió Rosa, señalando á la dueña.

—Duerme.

La frente de Rosa se contrajo mas de lo que estaba y su mirada se hizo mas sombría. Por un instante asomó á sus mejillas un vivo carmin y se agitaron convulsivamente sus miembros.

La lucha fué en aquellos momentos ruda, tenaz y dolorosísima.

—No volvereis á ver á don Fadrique, —dijo Soledad; —os sacarán de Sevilla, os encerrarán en un convento hasta que seais mayor de edad...

—Antes, —replicó Rosa vivamente, —me habrá matado el dolor...

—Entonces...

—¡Oh! —exclamó la pobre niña con febril arrebato y á la vez que se iluminaban sus negros ojos. —Lo quierén... Sea.

—Ahora os conozco, —dijo Soledad.

—Estoy resuelta...

—Silencio y escribid...

— ¡No puedo escribir!...

Soledad sacó un pedazo de papel y un lápiz y lo presentó á Rosa.

Esta cogió ambas cosas; pero antes de trazar la primera letra vaciló.

— Un convento, — repuso la sirvienta.

Y como si estas palabras hubiesen sido un resorte de acero que impulsara la mano de la enamorada niña, con movimiento nervioso estampó las siguientes palabras:

«Las terribles amenazas de mi tutor, amenazas que está dispuesto á cumplir, han hecho lo que no hubieran conseguido tus ruegos jamás. Quieren separarnos para siempre... Estoy resuelta á fiar mi honor al tuyo. Soy huérfana, y nada tengo mas que la honra. ¿Serás tan cobarde que abuses de mi debilidad y desamparo y me arrebatas lo único que poseo? Fadrique, no tengo una madre que recoja mis lágrimas y me consuele, no tengo padre que me vengue; si has de sellar mi frente con la deshonra, quítame la vida ó abandóname, que el dolor me matará. ¡Ah! No me mires con desden porque en un momento de mortal angustia, de desesperación, dejo que mi pasión triunfe de los deberes que me impone el decoro y la virtud. ¡Soy tan desgraciada!...»

Soledad interrumpió á su señora, diciéndole:

— Que puede despertar la vieja...

— Es verdad, — contestó Rosa.

Y su agitada mano firmó, entregando el arrugado papel á la sirvienta.

Esta salió del gabinete sin hacer el mas leve ruido.

Rosa quedó inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados.

Así permaneció cerca de media hora.

Luego levantó la cabeza, se oprimió el pecho, exhaló un suspiro y murmuró con acento breve:

—Ya está hecho... Así lo han querido.

La señora Alfonsa despertó en aquel momento, miró á la joven para convencerse de que esta no se habia apercibido de su sueño, y dijo como si continuase rezando:

—Llena eres de gracia, el Señor es contigo... ¿Qué haceis, doña Rosa?

—Nada,—respondió la pupila.

—¡Ay!... Si el lance de hoy no me cuesta la vida... Y todo por no escuchar mis consejos. ¿Cómo habia yo de pensar que os atreviais á recibir papeles? Ya vereis lo que os dice el padre José cuando vayais á confesar: no estrañaré que os niegue la absolucion ó por lo menos os imponga una penitencia que no se os olvide. ¡Qué siglo este, qué siglo de perdicion!... Por supuesto que no estraño lo que sucede, estando cerca de vos esa desvergonzada de Soledad. No sé por qué don Bartolo la tiene en casa..... ¿No me oís?

Efectivamente, Rosa no escuchaba las necesidades de su hipócrita dueña: tenia mucho y muy grave en que pensar.

—¿No me oís?—volvió á preguntar la vieja.—Si os hablara esa bachillera de Soledad, que ha de ser causa de vuestra perdicion, la escucharíais.

—Dejadme en paz,—respondió la pupila con aspereza.

—Lo de siempre...

—Os he prohibido que me habléis...

—Señorita, que me quejaré á vuestro tutor: ya sabeis lo que me ha dicho...

—Quejaos en buen hora: vos tambien sabeis que se acabaron todas las consideraciones.

La dueña principió un largo discurso que tampoco escuchó Rosa.

Entre tanto Soledad meditaba sobre el medio de que se valdria para entregar á Fígaro la interesante carta de su señora. No le seria fácil esperar á la puerta como otras veces, porque todos la espiaban como la persona sospechosa.

Así pasó aquel día que don Bartolo creyó haber principiado felizmente y no pudo terminar peor.

Por su parte el conde estaba desesperado: habia visto ponerse el sol dos veces sin recibir carta de Rosa, y empezaba á temer que el plan de Fígaro hubiera dado el resultado opuesto al que se deseaba; pero el barbero tenia fé en sus bien combinadas trazas y tranquilizaba al impaciente amante, diciéndole:

—Esta broma toca á su fin, es imposible que se prolongue, y muy pronto saldrá de penas vuestra señoría. El resultado ha de ser bueno, porque como doña Rosa está enamorada, acabará por decidirse á lo que le tiene pedido vuestra señoría.

—Es muy tenaz su resistencia, — respondió Almaviva.

—Tambien cuando vuestra señoría le rogó que le permitiese hablarle.

—Y como el pícaro viejo es capaz...

—De todo, es verdad, señor; pero no dará lugar doña Rosa á que le quiten todos los medios.

—No me escribe...

—Ni escribirá hasta que se haya decidido.

—Pero entre tanto...

—Paciencia, señor, que no se ganó á Zamora en una hora: las mujeres suelen ser tardías, pero ciertas. El corazon me dice que hemos de tener buenas noticias.

El conde exhaló un suspiro y se entregó á sus cavilaciones.

El sol se habia ocultado.

Fígaro fué á recoger su tizona y despues se dirigió á la taberna para saludar á sus amigos y beber á costa del espléndido conde de Almaviva.

Fué aquella noche de aparente calma para los personajes de esta historia.

Hablaron muy poco; pero durmieron menos y cavilaron mucho.

Cuando empezó á sonreir la aurora, empezaban ellos á entregarse á un sueño agitado y poco reparador.

No era don Basilio el que mas tranquilo estaba: temia que don Bartolo, en un momento de arrebato, descubriese el enredo y que Fígaro se vengase, cumpliendo sus amenazas.

---

---

## CAPÍTULO XL.

Donde se verá la diabólica traza que inventó Soledad para entregar á Fíguro la carta de Rosa.

Al día siguiente intentó Soledad esperar á la puerta al barbero, lo cual le fué imposible, porque apenas se movía la llamaba la señora Anastasia, preguntándole á dónde había ido y qué había hecho; pero como la traviesa muchacha no se daba por vencida ante ningún obstáculo, ideó otro medio, quizás demasiado atrevido, y cuyo resultado parecía seguro.

Cuando se acercaba la hora de la llegada del barbero, Soledad, con rostro risueño y afable tono dijo á la señora Anastasia, que limpiaba la cocina:

—¿Quereis que os ayude?

—Á los muertos se les dice quieres,—respondió el ama de gobierno con aspereza.

—Teneis razon. Voy á limpiar estos platos y el vasar.

—Cuidado con lo que haces.

— ¡Vaya!... Cualquiera diría...

— Que eres una aturdida y rompes cuanto tocas.

— Por una vez que rompí una cazuela...

— Por todo lo que has destrozado. Ya se ve, no piensas mas que en lo que no debes pensar...

— Señora Anastasia, dejadme tranquila ó me iré de aquí.

— ¿Te disgustan los consejos?

— No quiero sermones fuera de cuaresma; cada cosa en su tiempo.

— Mejor será callar, porque sinó acabarás por desvergonzarte.

Con estrañeza de Soledad calló el ama de gobierno, y ambas continuaron su faena.

No habian trascurrido muchos minutos cuando sonó el aldabon, y la señora Anastasia, limpiándose apresuradamente las manos, corrió para abrir mientras la doncella sonreia con aire de triunfo.

Era Fígaro quien habia llamado y entró, dando los buenos dias y lanzando al ama de gobierno una mirada tierna.

— Bien venido, señor Fígaro, — dijo la señora Anastasia, turbada por la significativa muestra de cariño que acababa de recibir. — ¿Qué hay de nuevo por la ciudad?

— Mucho frio.

— Os podeis calentar, que hay un buen brasero...

— Ya no es menester porque he entrado en calor al entrar aquí, — repuso el barbero maliciosamente y mirando por segunda vez al ama de gobierno.

Esta exhaló un suspiro capaz de hacer reir á una estatua, y dijo con acento de conmocion profunda:

— ¡Ay!... Decís unas cosas...

—Suspirais vos de una manera...

—Vamos, señor Fígaro, no abuseis de mi debilidad...

—Señora Anastasia, no siempre puede uno contener los impulsos...

—Cuidado, que os vais metiendo en honduras y...

—Si os enfadais, callaré.

—No me enfado,—dijo el ama de gobierno, desplegando una sonrisa que hinchó sus mofletes, poniéndolos del tamaño de naranjas.—Es que... ya conoceréis que... porque...

—Comprendo.

—Pues al buen entendedor...

—Sí, por aquello de «ojo al Cristo, que es de plata.»

—Las cogéis al vuelo.

—No puedo hacer con vos lo mismo, porque os perdeis de vista...

—Sois un adulator.

—Pues aun no os he dicho otras cosas que siento,—replicó Fígaro, mirando á todos lados por si veia á Soledad.

En aquel momento acababan de subir la escalera y entraban en el corredor.

—¿Temeis que nos escuchen?—dijo la señora Anastasia que habia observado la mirada del barbero.

—Sí,—contestó este,—porque...

No pudo proseguir, porque en la cocina sonó un gran ruido de platos como si se hubiesen caido cuantos habia en el vasar.

—¡Dios mio!—exclamó el ama de gobierno.—¿No lo dije?... Esa loca ha roto toda la vajilla.

Y corrió desalentada para ver lo que habia sucedido, gritando y amenazando con toda la fuerza de sus pulmones.

Fígaro la siguió, y ambos encontraron á Soledad en un rincon,

encorvada y mirando con espanto diez ó doce platos rotos que habia en el suelo.

—¿Qué has hecho, desalmada?—le dijo el ama de gobierno, enseñándole los puños con ademan amenazador.

—Yo no he sido,—respondió la jóven con voz entrecortada.—Aquí debe haber... brujas... ó duendes... Se han caido solos...

—¡Ay de tí cuando el señor vea esto!—replicó la señora Anastasia.

Y se volvió para examinar el destrozo.

Entonces la doncella, aprovechando aquellos preciosos instantes, hizo una seña á Figaro, y este se acercó á ella mientras decia:

—Buena la habeis hecho. En verdad que tiene razon la señora Anastasia al decir que sois una aturdida.

—No he sido yo... no los he tocado,—repuso Soledad, deslizando en la mano del barbero la carta de Rosa.

—Sin duda quereis hacernos creer que hay duendes en la casa,—dijo Figaro,—y que se entretienen en echar á rodar los platos.

—Ahora mismo,—gritó el ama de gobierno,—te vas á poner en lo ancho del rey; por supuesto, desquitándote de tu salario el valor de los platos... Esto no se puede sufrir... Ocho... nueve... diez y once... ¡No ha quedado mas que uno y es el peor!... ¡Jesus, Jesus!... Condenadas manos...

—Sosegaos, que peor será si os sofocais...

—¡Sosegarme viendo esto!... ¡Ah!... ¡Le va á costar á don Bartolo otra enfermedad!...

—¡Qué va á ser de mí!—exclamó Soledad.—Por Dios, señora Anastasia, no digais nada á don Bartolo...

—¡Que no le diga nada!...

—Yo los pagaré...

—Y ahora que lo pienso bien, tienes cobrado el salario y aún adelantado un mes, porque como no piensas más que en comprarte galas... ¿Con qué has de pagar?

Los desaforados gritos del ama de gobierno llegaron al aposento del doctor, y asustado este, corrió á la cocina para enterarse de la causa del escándalo.

—¿Qué pasa?—preguntó al entrar.

Pero viendo el destrozo, palideció, fijó en los tientos una mirada de horror y quedó como petrificado.

Aquello era para don Bartolo la mayor desgracia que podía haberle sucedido.

No tenía de dónde reintegrarse del valor de los once platos.

No podía tampoco castigar aquel terrible ataque á sus intereses despidiendo á Soledad, porque temía que Fíguro se vengase.

¿Qué hacer?

Sufrir, callar y pagar.

Hubiera preferido que le rompiesen un hueso.

Semejante golpe era terrible.

Tal vez no se equivocaba el ama de gobierno al creer que costaría al pobre doctor una enfermedad aquella horrible desgracia.

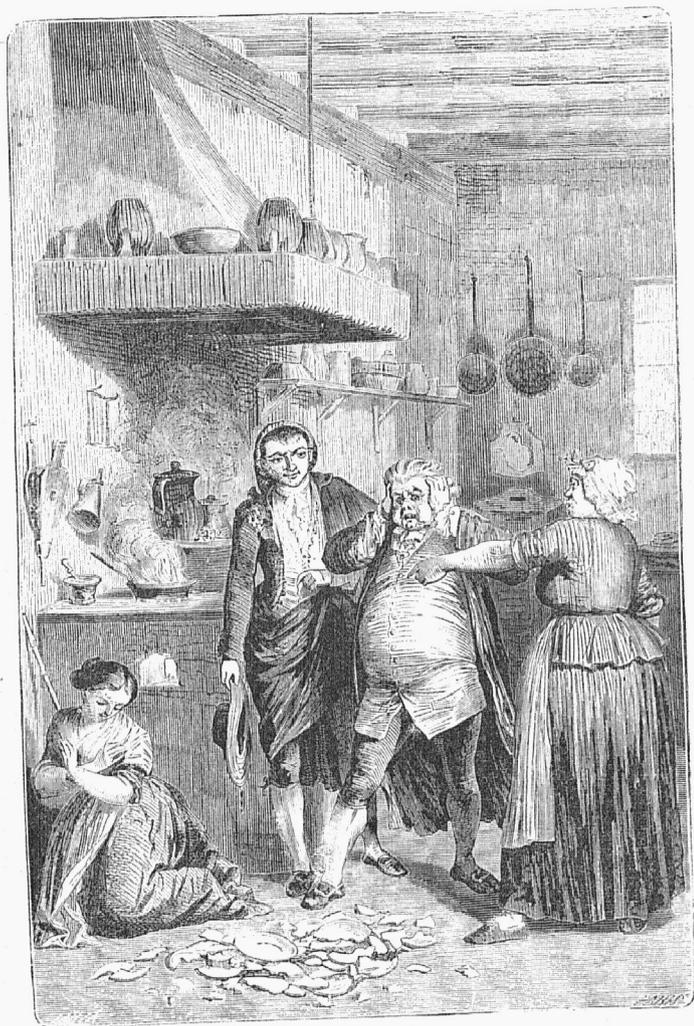
—Ahí los tencis,—gritó la señora Anastasia, señalando á los desiguales pedazos.

Y volviéndose hácia Soledad y estendiendo un brazo con gravedad cómica, añadió:

—Esa, esa es la criminal.

—Sí,—dijo don Bartolo con voz ahogada,—ya la veo, agobiada bajo el peso del crimen, torturada por los remordimientos, espantada de su propia obra, aterrada por el temor del castigo...

EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 8.ª —..... Y estendiendo un brazo con gravedad cómica, añadió:—Eea, esa es la criminal.

el

e

e

e

r

e

e

—Once, señor; han sido once; no ha quedado mas que uno, el peor...

—¡Once! —repetió don Bartolo.—¡Once de una vez!... ¡Once, que valen once reales!... ¡Horror!... ¡Desolacion!... ¡Cataclismo!...

Reinó un profundo silencio.

Soledad permanecia en el rincon, encorvada y con el rostro contraído, no por el miedo, sino por los esfuerzos que hacia para no reirse.

La señora Anastasia seguia con el brazo estendido y la cabeza erguida, clavando en la doncella una terrible mirada.

Don Bartolo estaba inmóvil, pero en actitud de retroceder, con el rostro pálido y desfigurado, los ojos abiertos como si fuesen á salirse de sus órbitas, y oprimiéndose las sienes con ambas manos.

El barbero los contemplaba y contenia con dificultad la risa que pugnaba por retozar en sus labios.

El cuadro no podia ser mas original, mas cómico, mas digno de estudio, y para dar de él cabal idea, hemos rogado á nuestro amigo el señor Zarza que lo reproduzca con su maestro lápiz, seguros de que le damos ocasion de demostrar una vez mas su relevante talento artístico.

—Señor don Bartolo, —dijo al fin el barbero con el mismo tono que si consolara á un padre que acaba de perder á su único hijo,—probad vuestra grandeza de alma: un hombre de vuestro temple no debe abatirse: para estas situaciones son los corazones grandes.

—Tienes razon, Figaro, —respondió el médico, estirándose la bata,—tienes razon, preciso es hacerse superior á la desgracia.

—Pague la delincuente su falta, comprando otros once platos...

—No,—replicó don Bartolo.

—¿Tan generoso sereis?...

—Soy grande,—repuso el doctor, levantándose sobre las puntas de los piés;—soy noble y buen cristiano y debo perdonar.

—¡Señor!—exclamó Soledad, cayendo de rodillas á los piés de su amo.—¡Cuánto os debo!...

—Levanta,—dijo con grave tono don Bartolo.—Estás abusuelta... ¡Quiera el cielo que mi generosidad te sirva de provechosa lección!

La doncella se ocultó el rostro con las manos, fingiendo derramar lágrimas de ternura y gratitud.

—Eso es,—dijo entonces la señora Anastasia con acento de despecho,—perdonad y vereis cómo no queda en la casa mueble sano. El loco por la pena es cuerdo. Si esta aturdida pagara los platos, veríais cómo no volvía á romper ninguno.

—¡Qué sentimientos tan mezquinos abrigan las mujeres!—replicó el doctor con desden.—No comprenden lo grande, lo sublime...

—Lo que comprendo,—interrumpió la señora Anastasia,—es que nos hemos quedado sin platos, y que es verdad y muy verdad que tendreis que rascaros el bolsillo y aflojar once reales como once flores.

—No importa.

—¿Cómo que no importa?—gritó el ama de gobierno fuera de sí.

—Señora Anastasia,—dijo severamente don Bartolo,—no me levanteis el gallo.

—Haya paz,—dijo Fígaro.—Ya no tiene remedio la desgracia, y será mayor alterándose.

—Soledad, á tus quehaceres... Fígaro, ven y aféitame.

La doncella no esperó segunda órden y desapareció.

El barbero siguió á don Bartolo.

La señora Anastasia se quedó murmurando mientras recogía los platos rotos.

---

---

## CAPÍTULO XLI.

De cómo la señora Anastasia dió cuatrocientos ducados en oro de buena ley por una promesa falsa.

La aparente generosidad de don Bartolo le habia costado un sobrenatural y doloroso esfuerzo que solo pudo hacer impulsado por el miedo que Fígaro le inspiraba. Así que, no le quedaron al pobre doctor alientos para hablar ni mucho menos entrar en seguida en la cuestion de casamiento de la señora Anastasia, y se dejó afeitar silenciosamente, mirando de vez en cuando al barbero por si en el rostro se le conocia alguna mala intencion.

Pero la señora Anastasia, temerosa de que su amo olvidase lo que tanto le interesaba á ella, se dejó ver, preguntando si la llamaban, lo cual recordó al médico el compromiso contraido.

Aunque de mala gana, cuando estuvo afeitado y peinado, don Bartolo dijo al barbero:

—Nada me preguntas...

—No por falta de ganas,—respondió Fígaro;—pero despues de la desgracia que ha pasado, no me atrevia...

—Deja esas consideraciones, que con interrumpir nuestros asuntos no hemos de remediar el mal.

—Entonces...

—Ocupémonos de tu casamiento.

—¿Habeis hablado con mi futura?

—Sí.

—¿Y acepta mis condiciones?

—Sí.

—¿De manera que ya puedo saber quién es ella y el protector?

—No hay ningun inconveniente, si como prometistes, has de conformarte con cualquiera.

—Lo que prometo, lo cumplo.

—Pues bien, la mujer que te he destinado es... la señora Anastasia.

—¡La señora Anastasia!—exclamó el barbero, levantando la voz con muestras de entusiasmo.

—¿Quién me llama?—preguntó el ama de gobierno, asomándose otra vez á la puerta.

—Nadie,—respondió el doctor.

—Entrad, entrad,—dijo el barbero;—de vos hablamos y... en fin, ya adivinareis...

—No sé,—murmuró la vieja, entrando y bajando los ojos como avergonzada.

—Nuestra boda está arreglada...

—¡Ah!...

—Y por consiguiente,—repuso Fígaro,—ahora mismo firmaré la obligacion...

—¿Ahora?

—¿No os parece bien?

—Sí... Lo pregunto para traer el dinero, porque... ya que desconfiais...

—No es desconfianza, —replicó Fígaro, asestando una mirada tierna al ama de gobierno;—pero el mundo da muchas vueltas, no sabemos lo que puede suceder, y... como no falta quien pretenda...

—No me habéis de eso, —interrumpió vivamente la señora Anastasia:—lo decís por ese hambriento de don Basilio que me persigue; pero me ofendeis al creer que yo...

—El pobre porfiado saca mendrugo.

—Vamos, señor Fígaro...

—Dejemos eso; ya estamos arreglados y por consiguiente nada tenemos que temer.

—Solo falta, —dijo don Bartolo, —convenir en el plazo que ha de fijarse y que, según mi opinión, no debe ser muy corto, porque hay que dejarme tiempo para que yo arregle mi boda.

—Por mi parte, —respondió Fígaro, —no quiero apuraros.

—Como os dé la gana, —añadió el ama de gobierno.—Por casarme no tengo prisa, y como no hay plazo que no se cumpla, podeis poner el que mejor os parezca.

—Tres meses, —dijo Fígaro.

—¡Tres meses! —repitió el doctor, pensando que era muy poco tiempo para vencer la tenaz resistencia de su pupila.

—¿No estais conforme?

—Hablemos con franqueza. Rosa no se niega á casarse conmigo; pero ya sabeis que anda galanteándola un mozalvete, y aunque ella no le corresponde, como al fin es una niña y los galanteos pueden haberle hecho alguna impresion, quiero dejarla tranquila hasta que se le olvide eso. Así me lo aconseja la prudencia. Por consiguiente, y puesto que sois dueños de abreviar el

plazo cuando os dé la gana, opino que se fije un año. ¿Qué os parece?

—Me someto á lo que dispongais, porque de alguna manera he de pagaros vuestra generosidad.

—Yo tambien...

—Entonces...

—El llanto sobre el difunto,—dijo la señora Anastasia.

—Don Bartolo, escribid, que lo haceis mejor que yo, y firmaré. Ponedlo bien claro, de manera que no pueda yo escusarme de lo que me obligo.

—Cuatro renglones bastan.

—Escribid cuatrocientos si os place.

El doctor, contento porque acababa con aquello de entender en tan desagradable asunto, se puso á escribir.

—Voy por el dinero,—dijo la señora Anastasia alegremente.

Y con cuanta ligereza le permitian sus carnes, salió del aposento.

—Se han empeñado,—dijo Fígaro para sí,—y lo han conseguido. Esta mujer está reñida con su dinero, le estorba, no sabe en qué gastarlo y quiere que yo me divierta con él. Bien, me servirá para hacerle á mi Soledad un buen regalo de boda: le compraré unas arracadas de corales y un collar de perlas. Eso y mucho mas merece: lo que ha hecho hoy no tiene precio.

Don Bartolo, meditando cada palabra que ponía, siguió escribiendo y concluyó precisamente cuando la señora Anastasia volvió, llevando un taleguillo que contenia en monedas de oro los ahorros de toda su vida.

Fígaro iba á cometer un crimen, lo cual no estaba conforme con sus ideas ni sus instintos; pero lo hacia porque no habia dado á su proceder mas importancia que á una travesura cualquiera.

—Atencion, —dijo don Bartolo, disponiéndose á leer.

El barbero y la señora Anastasia se le acercaron, inclinando la cabeza para oír mejor.

Limpió el médico los anteojos, colocándolos nuevamente sobre la nariz, tosió, y con voz gangosa leyó lo siguiente:

«Declaro yo el abajo firmado, vecino de esta ciudad y de oficio barbero, sangrador y sacamuelas, que he recibido de la señora Anastasia Carcomalenta, tambien de esta vecindad, la cantidad de cuatrocientos ducados que me entrega en calidad de depósito, los cuales me obligo á devolverle en el término de un año, contado desde este día, si para entonces no me hubiera casado con ella en cumplimiento de la palabra que de hacerlo así le he dado.»

—Perdonad, —interrumpió Fígaro. — En todas las cosas me gusta la verdad.

—¿En qué se falta á ella?—preguntó el doctor.

—En decir que he dado palabra de casarme.

—¿No lo has hecho?

—No, señor.

—¡Cómo!—exclamó el ama de gobierno, cogiendo el taleguillo, que habia dejado sobre la mesa.

—Me explicaré. Lo que prometo es casarme con la señora Anastasia ó devolverle el dinero; pero segun dice el papel, parece que ya teníamos anteriores compromisos, lo cual no es verdad.

—Aquí dice, —repuso el doctor, — «la palabra que de hacerlo así le he dado...»

—Ya lo veis, —replicó Fígaro, — eso se refiere á una cosa pasada.

—Pero pasada hace pocos momentos, porque sinó diria *le di* ó *le habia dado*.

—Debiera decir *le doy*, ó mas bien nada, puesto que ya me comprometo anteriormente á casarme si no devuelvo el dinero, que es lo tratado.

—Figaro, esta es cuestion gramatical, y supongo que no pretenderás darme leccion.

—Es cuestion de lo que á cada cual conviene, señor don Bartolo.

—Bien, pues por mi parte no veo inconveniente en que se supriman esas palabras. Diga la señora Anastasia su opinion...

—Yo no entiendo de letras: lo que quiero es que se explique bien que son cuatrocientos ducados en buenas monedas de oro y que ha de devolvérmelos ó casarse conmigo.

—Entonces, pongo la fórmula final y la fecha, —dijo el médico.

Y haciendo un nuevo recibo con la supresion propuesta por el barbero, añadió:

—Ya está. El dinero y la firma.

Figaro, para dar una muestra de confianza y galantería, firmó antes de recibir los cuatrocientos ducados.

Hasta aquel momento no comprendió la señora Anastasia toda la importancia del sacrificio que hacia, ni cuán doloroso debia serle ver desaparecer en un segundo aquellas relucientes monedas, reunidas una á una en fuerza de privaciones, aquellas monedas tantas veces contadas y acariciadas, guardadas tan cuidadosamente por espacio de muchos años. Sintió el corazon oprimido, y tuvo que hacer un doloroso esfuerzo para contener el llanto que pugnaba por brotar de sus ojos. ¡Ah! Se habia acordado de las noches que, el estío en camisa, y el invierno antes de desnudarse, en medio del silencio mas profundo y á la macilenta luz de un candil de garabato, habia contado y contemplado una por

una aquellas monedas, cuyo brillo alegre y grato sonido le hacia estremecer de gozo como á una madre las sonrisas inocentes y tiernas caricias de sus hijos. Las veia por última vez, iba á darles el adios postrero, y esta idea triste y desgarradora le atormentaba horriblemente. Tambien le torturaban el alma los gritos de la conciencia, porque tras los recuerdos acudieron á su mente otras consideraciones, temores y sospechas. Era una ingratitud sacrificar aquellas monedas, que la habian hecho feliz, á una pasion. Además, si Figaro no tenia buenas intenciones, lo cual era muy probable, aquellas prendas queridas, antes tan cuidadas y guardadas, tan limpias y brillantes, se verian sobre la sucia mesa de alguna taberna ó bodegon, ó tal vez irian á manos de alguna mujer bonita y jóven que vendiera á Figaro sus gracias como Figaro vendia las suyas y su libertad. Esta sospecha era horrible, y el ama de gobierno se puso primero colorada como un tomate y luego palideció como un difunto.

Poco le faltó para arrepentirse.

Empero ya no podia romper el trato sin quedar en ridículo y renunciar para siempre á las ventajas del matrimonio.

—¡Ay!—exclamó, exhalando un triste suspiro.—Tomad... contad bien...

Figaro cogió el talego, lo vació sobre la mesa y contó las monedas tan ligeramente como si aquel fuera su oficio.

—Cabales,—dijo;—cuatrocientos ducados ó sean cuatro mil y cuatrocientos reales de vellon.

Y guardando nuevamente en el taleguillo el inesperado tesoro, metiólo entre la faja y añadió:

—Señora Anastasia, seremos felices: entre nosotros no se turbará nunca la paz, porque cuando os enfadeis, callaré, y cuando yo cante vos os reireis.

—¡Si lo cumpliérais así!...

—Delante de don Bartolo lo prometo.

—Pensad, señor Fígaro, que ese dinero lo he reunido á costa de mucho trabajo y muy honradamente.

—Mejor, porque el dinero ganado así es el que mas luce.

—Ya no andareis huyendo de mí...

—Es preciso disimular; hay por medio graves cuestiones...

—Sí, sí,—dijo don Bartolo, que hasta entonces habia permanecido callado y triste por el mal efecto que le habia producido ver y no guardar las monedas.—Hay que disimular todo lo posible. Don Basilio es envidioso, y si llegara á saber...

—¿Qué me importa?—replicó la señora Anastasia.

—¡Que no os importa!... Mucho, lo mismo que á mí. Don Basilio se vengaria, intrigando para estorbar mi boda, de la cual depende que yo os dé los cuatrocientos ducados prometidos.

—Mientras doña Rosa os quiera...

—Es que,—repuso el doctor,—las mujeres son tan inconstantes, su cariño es tan pasajero...

—Señor Fígaro,—interrumpió la señora Anastasia con acento de cólera,—no hagais caso de lo que oís, porque...

—Ya sé á qué atenerme en cuanto á eso,—dijo Fígaro:—lo que os importa es que yo me case...

—Y que si sois de mi opinion no esperaremos á que cumpla el año...

—Creo que me faltará la paciencia.

—Dejadme,—dijo don Bartolo.—Ya hemos concluido y no quiero oír hablar de este asunto hasta que llegue el dia convenido.

El barbero se despidió y salió seguido de la señora Anastasia.

—¡Ah!—exclamó esta con tono sentimental.—Pensad en mí...

—Prudencia,—dijo Figaro, mirando á todos lados.

—Nadie nos oye...

—Las paredes escuchan.

—Algún desahogo he de tener...

—Pero me comprometeis porque... ya veis... al fin... no soy de piedra...

—Y cómo á mí me ha dado Dios esta manera de querer... ¡Ay!...

—Señora Anastasia, cuidado, que soy una yesca y...

—Idos... Adios...

—Malo tengo el pulso para afeitarse...

—Idos... Compadeceos de las fragilidades humanas...

—Adios, hermosa mía.

Figaro bajó de cuatro brincos la escalera.

—¡Cómo me palpita el corazón!—exclamó el ama de gobierno.

---

## CAPÍTULO XLII.

De lo que trataron el conde y Figaro.

Figaro se dirigió apresuradamente á casa del conde con la esperanza de que los cuatrocientos ducados del ama de gobierno no fueran las únicas ganancias de aquel dichoso día.

Con no menos impaciencia esperaba el noble mancebo. Cien veces habia preguntado ya si el barbero habia llegado, y las respuestas negativas que habia recibido aumentaron gradualmente su mal humor.

—¡Ah!—exclamó al ver entrar á Figaro.—¿Traes carta?

—Sí, señor, y presumo...

—Dame...

—¡Oh!... Me tiemblan las manos al tocarla...

—¿Pues qué sucede?... Dame...

—Digo que me tiemblan de alegría, porque... Tomad...

El conde tomó el papel, lo desdobló, y apenas hubo leído los primeros renglones, dejó escapar un grito de alegría y sus ojos relumbraron como dos ascuas.

Fígaro, que como presumirán nuestros lectores, se había enterado del contenido del billete porque no estaba cerrado, sin pensar que delataba su indiscreción, dijo:

—Siga vuestra señoría y verá que no es peor lo último que lo primero.

—¡Ah!—exclamó el conde, después de haber leído y besado con ternura el nombre de Rosa.—¡Cuánto debe haber sufrido!... Estas pocas palabras revelan la lucha que ha tenido que sostener, lucha que prueba su virtud, que la engrandece á mis ojos. ¡Y dice que á mi honor fia el suyo, lo único que posee la desluchada niña, la desvalida huérfana!..... ¡Oh!... Esa quedará su honra, yo lo juro por la mía, y antes que manchar su pura frente me arrancaría el corazón con mis propias manos.

Los ojos del conde se humedecieron con dos lágrimas de ternura.

—No tiene padres,—añadió con acento de conmoción profunda,—ni hermanos, ni amigos... ¡Sola como yo!... Pero débil y pobre... ¡Ah!...

Fígaro, impresionado por la mágica influencia de los sentimientos nobles de Almaviva, murmuró:

—¡Vive el cielo!... Á conocer antes á vuestra señoría como ahora lo conozco, lo hubiera servido de balde y de mejor gana.

—Gracias... Tienes un corazón noble y grande,—dijo el conde.

Y en el arrebato de su alegría, estrechó la diestra del barbero como si fuera la de un igual.

—¡Ah!—exclamó, dejándose caer en un sillón.—Mi dicha no tiene igual, y dudo que con tanta felicidad pueda vivirse.

—Ya ve vuestra señoría,—dijo el barbero con vanidad,—que no me equivoqué.

—Reconozco tu talento y habilidad, todo te lo debo y mi recompensa...

—Dejemos eso, señor, y tratemos de lo que importa, pues aun falta mucho que hacer.

—Sacar á Rosa de su casa...

—Lo cual no es muy fácil.

—Con tu ayuda, Fígaro, nada encuentro imposible. Te prometí obedecer y lo cumplo: por consiguiente dispon lo que mejor te parezca.

—Ante todo, señor, es preciso contar con que os casen sin la licencia del tutor.

—Eso queda á mi cargo: cuento con medios para conseguirlo.

—Pues no es lo de menos, señor, porque entre la gente que debe entender en el asunto, se hila bastante delgado.

—Todos los días se ven casamientos secretos.

—Bien, puesto que esa parte la toma á su cargo vuestra señoría, pensemos cuándo y cómo ha de salir de su casa doña Rosa.

—¡Cuándo!... Mañana, esta misma noche...

—Poco á poco, señor, que es menester contar con la huéspeda.

—¿Por qué hemos de dilatarlo?

—Nosotros podremos entrar en casa del viejo por la puerta ó por el balcón; pero doña Rosa tiene que salir de su dormitorio, pasando poco menos que por encima de la dueña, y para conseguirlo habrá de idear Soledad algun medio que tal vez no pueda poner en práctica tan pronto.

—Dando á la vieja un narcótico...

—Buena idea: lo mismo convendría que hiciésemos con don Bartolo y la señora Anastasia; pero ¿cómo?

—¡Perder mas tiempo!...

—Sí, perder tiempo, que es ganarlo en muchas ocasiones.

—Tu opinion, Fígaro,—dijo el conde con impaciencia.—Tu plan...

—Tengo dos y no me he decidido por ninguno todavía. Uno es escalar el balcon, que abrirá por dentro Soledad, y el otro entrar por la puerta para evitar que algun vecino observe el escalamiento, grite y nos cojan como ratones en la ratonera ó nos obliguen á huir.

—Eres prudente.

—Antes de entrar debe mirarse si se puede salir.

—Y por la puerta ¿cómo ha de hacerse? ¿Habria facilidad de una llave?

—Es imposible; pero por segunda vez engañaré á la señora Anastasia, mi prometida. Hoy he concluido el negocio de que os tengo hablado, y aquí llevo el dinero. Creo que me costará menos trabajo hacerle abrir la puerta que el bolsillo.

—Dudo que el ama de gobierno haga traicion á su amo, porque está interesada en el casamiento de este.

—¡Traicion!... Libreme Dios de proponerle semejante cosa: no soy tan torpe. La señora Anastasia, sin ser traidora á don Bartolo, puede darme una cita.

—Pero cuando vea que no vas solo...

—Sobre ese punto tengo otros dos planes.

—Tantos proyectos, divididos y subdivididos...

—Nada mas sencillo, señor. Supongamos que nos decidimos por la puerta en vez del balcon.

—Supuesto.

—Pediré una cita á la señora Anastasia, y ella, que no desea otra cosa, otorgará. Llegado el momento, podemos hacer dos cosas. Una será la sorpresa, dándole á escoger entre el silencio ó una puñalada en el corazon.

—Pero si en uno de esos arranques de valor heroico que suelen tener las mujeres, despreciara la amenaza...

—Malo.

—Porque supongo que no llevas propósito de asesinarla en caso de apuro.

—Y ha supuesto bien vuestra señoría, porque nunca he pensado en cometer un crimen tan cobarde.

—Entonces no nos quedaria mas recurso que apelar á la fuga, y para intentar otra vez el golpe, encontraríamos mas dificultades. Por consiguiente desechemos ese medio.

—El otro consiste en entrar yo primero, meterme con ella en su cuarto, decirle cuatro cosas que la ablanden y turben, y cuando esté mas entusiasmada, aprovechar un descuido, teparle la boca y quitarle la llave.

—Un grito se da muy pronto, y mas si es una mujer... Figaro, ese medio me parece tambien muy arriesgado.

—Volvamos al balcon. El cómo ha de salir doña Rosa de su dormitorio, es cosa que la dejo á Soledad.

—¿No seria mas seguro decirle lo que habia de hacer?

—¿Quién mejor que ella, que está dentro de la casa, puede conocer las ocasiones? Nunca hubiera yo inventado lo que Soledad ha hecho hoy para poder darme el billete. Se ha armado una de dos mil demonios, es verdad; pero ha conseguido lo que queria.

—Quede, pues, á su cargo esa parte.

—Pues bien, fijaremos la noche y la hora, y que nos esperen, abriendo el balcon y sujetando la escala que desde la calle tiraremos.

—Una cosa me ocurre. ¿No podria Soledad abrir la puerta?

—El viejo guarda la llave de noche, y aun muchos dias se la lleva al salir. No nos queda mas que el balcon.

—¿Y cuándo?

—Preciso es dejar que pasen tres ó cuatro dias para que Soledad tenga tiempo de combinar su plan.

—¡Tres ó cuatro dias!—repitió el conde como si hubiese dicho tres ó cuatro años.

—Bien puede tener paciencia vuestra señoría, viendo tan cercano el término de su afan.

—Pasado mañana...

—Es muy pronto.

—Son tres dias.

—No contemos el de hoy...

—Basta con ese plazo,—replicó el conde con impaciencia.—Para mi amoroso afan, un dia es una eternidad...

—Y para mis planes un tesoro.

—Es bastante, Fígaro, es bastante...

—Sea como quiere vuestra señoría,—dijo el barbero;—por mí no ha de quedar.

—Lo que no se le haya ocurrido á Soledad para entonces no se le ocurrirá jamás.

—He dicho que está bien, señor, y por consiguiente nada tenemos que hablar ya del asunto.

El conde exhaló un suspiro y volvió á besar el papel mensajero de su dicha.

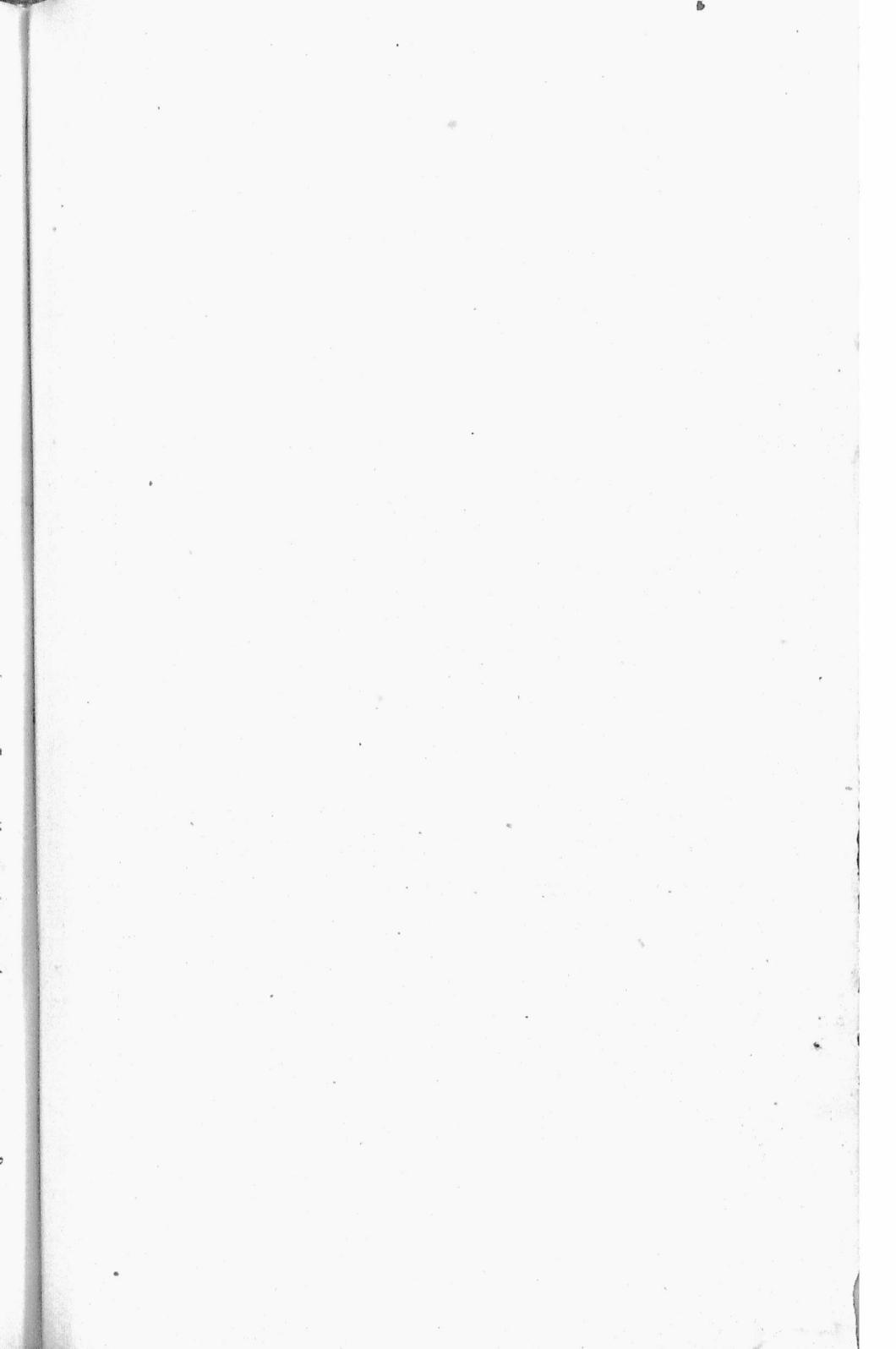
—Busque vuestra señoría el cura que ha de echarles la bendicion,—repuso el barbero,—y lo demas se arreglará:

—Ahora voy á escribir á Rosa...

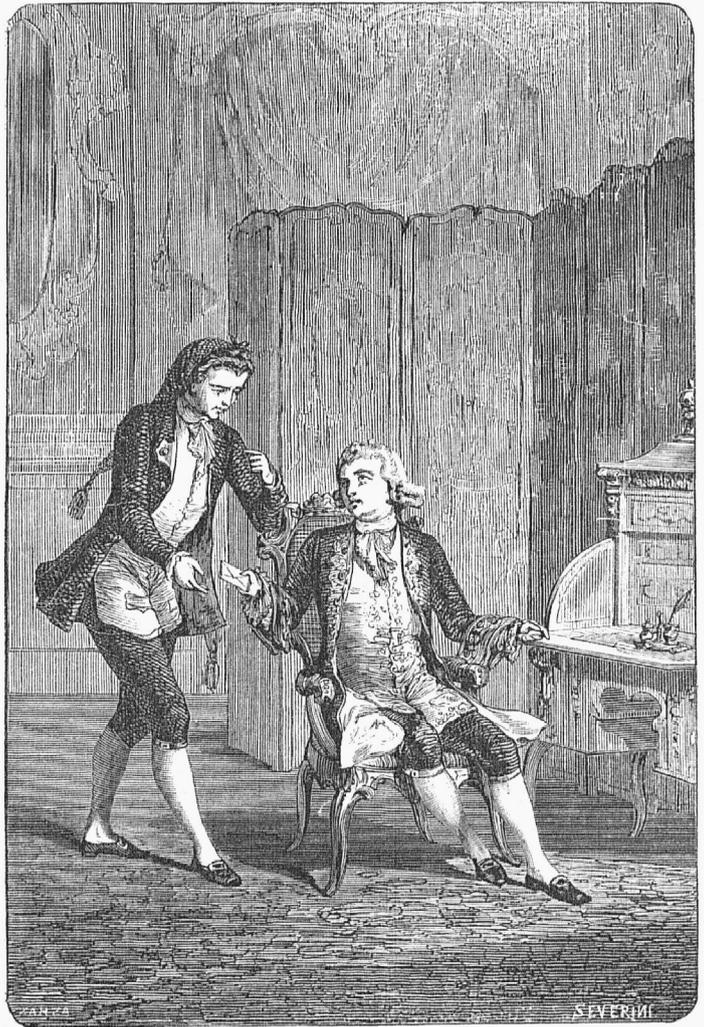
—Esplicadle bien el plan...

—Pasado mañana á las doce en punto de la noche...

—Estaremos en la calle, y Soledad deberá abrir el balcon, sujetar la escala que le tiremos y... Nada mas.



EL BARBERO DE SEVILLA.



LAMINA 9.<sup>a</sup> —..... Lo entregó á Figaro.....

—Volveré á decirle que no iré solo: tú me acompañarás y Querubin tambien.

—¿Y para qué necesitamos á Querubin?

—¿No comprendes que cuantas mas personas vengan conmigo, Rosa tendrá mas confianza en mis intenciones? Además, no sabemos si nos veremos obligados á andar á cuchilladas con alguna ronda, y nosotros dos solos podemos ser envueltos fácilmente.

—¿Y ese niño?...

—Tiene el corazon de hombre, el brazo de hierro, y me ama como si fuese mi hijo. Ese niño á quien miras con desden me ha salvado la vida dos veces, una con su agudo ingenio y otra con su temerario arrojo y su espada.

—¡Por quien soy! que hemos de ser buenos amigos.

—Ya te quiere porque te conoce muy á fondo, Fígaro.

—¿Está enterado de los amores de vuestra señoría?

—Lo mismo que tú: para Querubin no tengo secretos.

—Que nos acompañe, pues, y participe de los peligros y satisfacciones que nos esperen.

El conde leyó nuevamente la carta de Rosa y se puso á escribir.

La pluma corrió velozmente sobre el papel, y en el rostro del mancebo iban retratándose sus tiernas emociones.

Mas de una vez se empañaron sus negros ojos como si fueran á humedecerse; pero luego brillaron como carbunclos.

Su frente se vió tambien nublada y surcada por alguna arruga; pero despues una dulce sonrisa dilatava su semblante.

Cuando con invisibles letras llenó el papel que debia ir á casa del doctor, envolviendo garbanzos ó lentejas, lo entregó á Fígaro, y luego abrió un cajoncito de una papelera, diciendo:

—Ven.

El barbero se acercó y vió que el cajon estaba lleno de oro.

—Toma cuanto quieras, —añadió el conde;— todo lo que ambiciones... ¡todo lo que hay!

Fíguro no se movió.

Sus pupilas relumbraron por un instante, y luego se contrajo su frente.

¿Le habia turbado la vista de aquel tesoro?

No.

¿Le habia trastornado la emocion de alegría que debia sentir al considerarse dueño de tal riqueza?

Tampoco...

Pasaron algunos silenciosos momentos.

El conde miró con estrañeza á Fíguro, diciendo al fin:

—¿Qué te detiene?

— Señor...

—¿Te parece poco?... Tendrás mas, cuanto quieras, —repuso Almaguiva.

Y abrió otro cajon que estaba igualmente lleno de relucientes monedas.

El barbero desplegó una leve sonrisa de ironía y volvió la espalda, encogiéndose de hombros.

—¡Fíguro! —exclamó sorprendido el conde.

— Señor, —dijo el barbero, —á un hombre que es valiente y llora lo sirvo de balde... ¡Vive el cielo!...

—¡Ah!...

—¿Nada tiene que mandarme vuestra señoría?

El conde no acertó á responder. Alargó su diestra y estrechó la del barbero como la de su mejor amigo.

—Hasta mañana, señor, —dijo Fíguro.

Y salió sin pronunciar una palabra mas.

—¡Oh!—murmuró el conde.—¡Gracias, Dios mio, porque me habeis proporcionado ocasiones en que convencerme de que no son todo miserias en este mundo!... ¡Rosa es mi ángel de salvacion!..... ¡Ah!..... ¡Mi corazon gastado, envejecido, rejuvenee!...

Dejóse caer en un sillón y se entregó á profundas meditaciones.

Era completamente feliz.

## CAPÍTULO XLIII.

Empiezan á peligrar los planes de Fígaro.

Aquella noche don Bartolo, al acostarse, dijo para sí:

— En este endemoniado enredo de los amores de Rosa, debe haber algo mas de lo que sé, y puede suceder mas de lo que temo. Ella me ha perdido el miedo, se rie de lo que antes le hacia temblar, y por consiguiente, rotas las consideraciones que la sujetaban, no vacilará en romper las puertas que la guardan. Es preciso, pues, cambiar de sistema: los enemigos están dentro de casa y no es bastante la vigilancia de la señora Alfonsa. Necesito hacer yo mismo lo que otros han hecho hasta ahora tan torpemente. Á valiente, atrevido y astuto me ganará cualquiera; pero tímido, no. Me he empeñado en saber cómo llegan á manos de Fígaro los pícaros papeles que le han trastornado la cabeza, y lo necesito. Nadie sino Soledad puede ser la que intervenga en el asunto. Consiguiente desde mañana al amanecer me consiguientemente. Veremos si así me la pegan: estaré en todas

partes, lo veré todo, escucharé cuanto se hable, y nada, en fin, se hará sin que yo lo observe.

Resuelto á cumplir este propósito, se durmió el doctor, y al amanecer, á pesar de que la mañana estaba fria y húmeda y en aquella casa no abundaba el fuego, dejó la cama, vistióse y salió de su aposento, dirigiéndose á la cocina.

Nadie se habia levantado mas que la señora Anastasia.

—No has esperado á que te despierte,—dijo esta sorprendida.—Ahora iba á entrar á pedirte la llave para salir.

—Espera algunos minutos, porque necesito hablarte. Siéntate y escúchame.

—Me siento y escucho,—dijo el ama de gobierno.—¿Qué quieres?

—¿Y Soledad?

—Durmiendo. ¿Pues qué has creido que esa muchacha madruga? ¡Bah!... Es muy delicada y teme constiparse. Como todo te lo encuentras hecho, piensas que los demas trabajan; pero te equivocas; aquí está todo sobre mis costillas. La señora Alfonsa no se ocupa de nada; Soledad dice que no tiene mas obligacion que servir á su señora, y si algo mas hace por matar el tiempo, lo vende como un favor, y yo tengo que...

—Ya arreglaremos eso,—interrumpió el doctor;—la razon te sobra; pero en este momento debemos ocuparnos de cosas que nos importan mas.

—¿Qué cosas son esas?

—Tu dote peligra.

—¡Mi dote!... ¿Los cuatrocientos ducados que ayer dí á Figaro?

—Los que yo he de darte.

—¡Ah!... Me tranquilizo...

—¿Acaso no te importa?

—He perdido la esperanza de ese dinero, y si nada he dicho, ha sido porque no me convenia.

—¿Y en qué te fundas para creer eso?

—En que tu pupila te ha dicho redondamente que no quiere casarse contigo, y no se casará.

—Aun hay remedio; no es un caso desesperado: si consigo que no vuelva á ver á ese misterioso galan, ni á tener con él trato alguno, el tiempo borrará ese amor, y si no es dentro de un año, dentro de dos acabará por casarse conmigo. Pero es preciso para esto que yo vigile muy de cerca hasta averiguar cómo vienen las cartas de ese hombre. Primero sospeché de Fígaro; pero no puede ser él, porque al entrar se encuentra contigo...

—Y no me separo de él hasta que lo dejo en tu habitacion.

—Entonces, ¿quién es el traidor?

—¿No lo adivinas?

—Pienso que Soledad.

—No te equivocas.

—Pero ¿quién le da las cartas á ella?

—No sale de casa, no se asoma á la ventana, y á no ser que las reciba de los duendes que dice que rompieron los platos...

—Esos duendes son los que quiero descubrir.

—Pues mucho ojo, Bartolo.

—¿Qué es lo primero que hace Soledad cuando se levanta?

—Venir aquí y darme mucha conversacion. Algunas mañanas suele ayudarme, porque moviéndose no siente tanto el frio, y aquí se queda mientras yo voy á arreglar tu ropa y despertarte.

—¿Y luego?

—Va á llamar y á vestir á su señora, limpia malamente por allí fuera, y en idas y venidas pasa toda la mañana.

Don Bartolo meditó algunos instantes y luego dijo:

—Creo adivinar... Mientras tú estás fuera de casa...

—Me llevo la llave.

—Por debajo de la puerta...

—¡Por debajo de la puerta!... No puede ser, porque no queda rendija ninguna: ya sabes que llega hasta el suelo y por eso cuesta trabajo abrirla y cerrarla.

—Por el ojo de la cerradura...

—Es muy pequeño.

—Pues no puede ser de otra manera.

—Lo dudo.

—Necesito observar lo que Soledad hace mientras tú estás fuera de casa.

—Pues es lo mas fácil del mundo. Cuando se levanta viene aquí, porque allí está todo cerrado y no tiene otra parte donde estar. Escóndete en la despensa, y por la gatera mira lo que hace.

—¿Y si baja?

—Como está frente á la puerta y desde ahí se ve el corredor y el principio de la escalera...

—Es verdad... ¿Pero y si abre y me encuentra?

—No puede abrir, porque como yo guardo la llave...

—¿Es decir que he de quedarme encerrado?

—Sí.

—No importa: la idea no puede ser mejor. Ahí me estaré hasta que ella salga para ir á despertar á Rosa. Anastasia, tienes mucho entendimiento.

—Cuando te saco de un apuro soy muy buena. En otro tiempo me jurabas que yo era una diosa de hermosura, y ahora te parezco la mas fea del mundo y dices que soy un animal y que no tengo mas que el *distinto* como los gatos.

—Son palabras hijas de la mucha confianza...

—Te veo,—replicó irónicamente el ama de gobierno.

—Vamos, enciérrame y véte... Debajo de mi almohada está la llave de la puerta...

Don Bartolo se metió en la despensa, cuya puerta tenía en la parte inferior un agujero que servía para que entrase el gato á perseguir á los ratones, y encerrándolo la señora Anastasia, tomando una carta y el manto, salió para ir á comprar las provisiones de boca.

Púsose el doctor en acecho, y aunque tuvo que tenderse sobre el suelo duro y frío, aguardó pacientemente.

No había pasado un cuarto de hora cuando se sintieron pasos en el corredor, y Soledad, bostezando y restregándose los ojos entró en la cocina.

Hasta entonces no se le había ocurrido á don Bartolo pensar que la doncella tenía tan bonito el pié como la cara.

—Empiezo á hacer descubrimientos,—dijo para sí.—Bien principio y bien he de acabar.

Soledad se detuvo como si no supiera qué hacer, y luego se restregó las manos, diciendo:

—Fresca está la mañana. La señora Anastasia, á pesar del tocino que tiene encima de los huesos, ha de tiritar bien. ¡Si supiera que el frío que pasa es, no solo para traer la comida, sino los billetes amorosos á doña Rosa!... ¡Ja, ja!...

Segunda sensación del médico.

—¡Anastasia,—dijo para sí,—trae los billetes sin saberlo!...

Soledad se sentó con todo el descuido de quien no sospecha que la espían.

Los ojos del doctor relumbraron como si fuese el gato el que allí estaba.

—¡Oh!—repuso.—Siguen los descubrimientos... Anastasia es el instrumento inocente...

Tuvo que contener un golpe de tos. En la posición en que se encontraba, fácilmente afluyó la sangre á su cuello y cabeza. Pero esforzóse, contrajéronse todos sus músculos y quedó inmóvil y silencioso.

La tercera sensación no lo había dejado bien parado. ¿Qué había de sucederle? Jamás hubiera imaginado que el ama de gobierno llevaba los malditos papeles. Pero ¿cómo?

Sobre este punto empezó á devanarse los sesos sin adivinar nada.

Al cabo de algunos minutos se cansó de cavilar y volvió á ocurrírsele la idea de que Soledad era bonita, muy bonita y que, como suele decirse, no tenía pero.

—Lo que es ahora,—pensó,—aparte el dote, si me dieran á elegir entre mi pupila y esta muchacha, dudaría, quizás me quedaría con esta.

Don Bartolo, embebido en la idea de casarse con Rosa, no había fijado la atención en Soledad, y como entonces no tenía que hacer más que mirarla, pudo convencerse de que la doncella era una mujer encantadora.

—Si Rosa,—dijo,—llega á casarse con ese condenado mozavete, y Anastasia con Figaro, yo podría casarme con Soledad, porque bien mirado, aunque es alegre de genio, es buena, virtuosa... Los dos ganaríamos: yo tendría una mujer hechicera y graciosa, que me haría mil monadas, y ella, de la humilde y tristísima condición de criada pasaría á la de doctora.

Si no hubiera sido por tales alternativas, el doctor no hubiera podido aguantar allí mucho tiempo; pero lo pasó casi sin sentir, de sensación en sensación, agradables las unas y desagradables las

otras, y todas producidas por sorprendentes descubrimientos que iban llevándole al fin que deseaba.

Trascurrió media hora, y tras el crujido de la puerta de la calle, oyóse la respiración fatigosa y los pasos del ama de gobierno, que entró en la cocina y dejó la cesta sobre la mesa, exclamando:

— ¡Ah!... Vengo medio muerta de cansancio y de frío, aunque bien me ha quemado la sangre el ladronazo del carnicero, que no contento con tener las pesas faltas, no da más que huesos. Y todavía me llena de desvergüenzas, diciéndome que si me parece poca carne que añadida de la que me sobra, y que si para cuatro onzas que compro ha de destrozar un carnero. Siempre lo mismo: ó una faldeta de pecho ó una costilla larga y pelada como un espadín. No sé para qué sirve la justicia.

Así diciendo, vació la cesta y se puso á encender algunos carbones.

— Buenos días, señora Anastasia, — dijo entonces Soledad.

— Mas vale tarde que nunca.

— Esperaba á que acabáseis de hablar, porque me habeis dicho muchas veces que no os interrumpa.

— Muy obediente te has vuelto.

— ¿Quereis que os ayude?

— Estoy escarmentada; no se me han olvidado los platos...

— Dejádme soplar mientras vos arreglais otra cosa, y así acabareis más pronto.

— Bien; pero con cuidado, que pasas el fuego en dos por tres y todo lo llenas de ceniza.

Aquella mañana no estaba la doncella de humor de hablar mucho, ni el ama de gobierno tuvo por conveniente seguir haciendo comentarios sobre las malas mañas de los carniceros y descuido de

la justicia; de manera que ambas callaron, y un cuarto de hora despues habian concluido sus respectivas faenas.

Soledad se sentó, dando muestras de cansancio.

—¡Qué tiernas son las mujeres de hoy dia!—dijo la señora Anastasia.

Y salió como para ir á despertar á don Bartolo.

—Así, tiernas,—dijo este para sí,—me gustan las mujeres.

Entonces la doncella dejó la silla, se acercó á la mesa y cogió el papel en que habian ido envueltos los garbanzos.

—Carta, carta,—dijo alegremente.

—¡Carta!—repitió admirado el médico.—¿Ha perdido el juicio?... Un papel blanco... ¿Será verdad que andan brujas en el asunto?

Empero su admiracion cesó y comprendió la traza cuando vió que Soledad acercaba el papel al fuego y lo calentaba. Fácil le fué adivinar que el billete no estaba escrito con tinta y que el tendero era cómplice del galan.

Soledad siguió su operacion, y su rostro se dilataba á medida que las letras iban brotando del papel como por encanto.

—¡Qué invenciones!—exclamó.

Don Bartolo se puso primero pálido y luego amarotado como una remolacha: revolvióse como un escarabajo que lo han puesto patas arriba y se esfuerza por volver á su posicion natural.

Lo primero que le ocurrió fué salir y sorprender á la sirvienta; pero se acordó de que estaba encerrado y se apoderó de él una ira rabiosa.

¿Qué hacer en aquella situacion?

Llamar para que abriese el ama de gobierno, no era adelantar nada: al primer grito, Soledad, que no tenia un pelo de tonta, quemaria el papel, y aunque no pudiera negar su delito, conse-

guiría ocultar el contenido del billete, que era lo que mas interesaba al doctor.

Tales reflexiones se hizo este y hubo de contentarse con limpiar el frio y copioso sudor que corria por su frente.

— Paciencia, — dijo. — De todas maneras, será lo mismo con carta mas ó carta menos. Bien pensado, no es de gran importancia que reciba ese papel. Mañana será otro dia y veremos quién anda mas listo. No me conviene darme por entendido; debo fingir que nada sospecho, y así no desconfiarán, y cuando me entere de lo que diga el billete que vendrá mañana, obraré segun convenga. ¿Quién habia de creer que se valian del tendero y de Anastasia? ¿Cómo sospechar que los papeles de los garbanzos eran las cartas de amor? De Satanás debe ser la invencion... Pero no lo estraño: anda Figaro en el asunto y todo debe esperarse de ese bribon.

La sirvienta guardó en el pecho el papel, y el médico, no teniendo que hacer ya mas que esperar, volvió á sus observaciones sobre las bellezas, gracias y hechizos de aquella.

La señora Anastasia entró:

— Ya está todo arreglado, — dijo. — Me parece que es hora de que despiertes á tu señorita, como acostumbras á llamarla.

— Como debo llamarla, — replicó Soledad.

— En mi tiempo no se usaban esas palabras: á cada uno se le daba su nombre, y no por eso se le quitaba ningun pedazo.

— Voy á despertarla...

— Cuidado con hacer ruido, que don Bartolo ha vuelto á dormirse, encargándome que no lo llame hasta dentro de media hora.

— Bien, — dijo la sirvienta.

Y salió corriendo.

— Abre, — dijo entonces el médico, asomando por la gatera una parte de su amoratado rostro.

Obedeció el ama de gobierno y don Bartolo salió, respirando fuertemente y limpiándose la frente con un faldon de la bata.

—¡Me ahogo!—exclamó.

—¿Qué has conseguido?

—¡Qué horror, Anastasia, qué horror!... Todo lo he descubierto.

—¿De veras?

—¿Quién crees que trae las cartas del maldito galan?... Tú, Anastasia, tú las traes...

—¡Bartolo!—exclamó sorprendida y asustada el ama de gobierno.—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco?

—Tú eres la mensajera, el Mercurio...

—¡Bartolo, Bartolo!...

—Tú eres la estafeta, la portadora de esos papeles que han trastornado á mi pupila...

—Trastornado debes tú estar...

—Busca el papel en que venian los garbanzos...

—Pero...

—Búscalos,—repitió imperiosamente el doctor.

—¡Dios mio!... No está... Pero...

—Era la carta...

—¿Te has vuelto loco?

—Yo te explicaré ese enredo; pero ahora no debo detenerme...

—Está visto: acabarán por hacerme creer que hay brujas ó duendes...

—Escucha, Anastasia...

—Ya te escucho,—dijo esta, aturdida y mirando á su amo con estrañeza.

—Mañana guarda el cucurucho de los garbanzos, y en su lugar pon otro que compres en cualquiera tienda.

—Bartolo, si no te esplicas vas á tener que curarme una enfermedad, porque...

—¡Curiosidad maldita!

—No puedo remediarlo.

—¿Acaso no adivinas?...

—¿Qué he de adivinar?

—Ya te he dicho que el papel de los garbanzos es una carta...

—Pero si es un papel blanco...

—Que poniéndolo cerca del fuego se convierte en papel escrito.

—Pues no entiendo eso.

—¿Cómo has de entenderlo si no has estudiado química?

—¿Y Soledad?

—Hace lo que le dicen: ve aparecer en el papel lo escrito y se admira como tú.

—¡Oh!... Me confundo con ese enredo.

—El tendero que te vende los garbanzos es cómplice del amante...

—¡El señor Paco!... ¡Ah, rebribon!... No me he equivocado: siempre he dicho que no podía ser bueno: tiene mala cara y no puede tener buenos hechos.

—Pues cada dia te da un billete y tú lo traes con la mayor candidez del mundo.

—¡Oh!—exclamó el ama de gobierno, rechinando los dientes.—¿No he quedado mas que para eso?

—Paciencia; se acerca el dia de la venganza, y entonces te despacharás á tu gusto.

—He de arrancarle el moño á esa desvergonzada de Soledad.

—No consentiré,—dijo el doctor para sí,—que toques unos pelos tan bonitos, tan negros, tan relucientes, tan finos, tan bien

colocados y que son una de las bellezas de esa encantadora muchacha.

Y luego añadió en voz alta:

—Sí, cuanto quieras, eso y mucho mas...

—Como que mas merece.

—Bien, haz lo que te digo, porque importa mucho leer una de esas cartas.

—¡Ay!... Si yo tomo parte en la intriga, veremos quién engaña á quién.

—Me voy... ¡Ah!... Se me olvidaba... Cuando venga don Basilio, adviértele que tengo que hablarle, y que te diga dónde me espera cuando acabe de dar lección á Rosa.

—¡Á don Basilio!...

—Sí, Anastasia: obedece, que todo lo sabrás.

—Es que...

—Modera tu curiosidad.

—Va á darme un tabardillo.

—Me voy, porque Soledad puede volver, y si me encuentra aquí...

—Sí, véte; no tardará en venir por agua caliente para que se lave tu pupila. ¡Lástima no se constipe!... Tiene el pellejo muy delicado. ¡Agua caliente!... Así está ella, que parece que la han vomitado, pálida, ojerosa... Ya se ve, se lo consienten...

Don Bartolo salió, encaminándose á su aposento en tan afortunados instantes, que llegó sin encontrar á la traviesa sirvienta.

---

## CAPÍTULO XLIV.

De cómo el sacristan fué por lana y volvió trasquilado.

Apenas acabaron de almorzar llegó el maestro de música, y la señora Anastasia, cumpliendo las órdenes que tenía, le preguntó mientras subían la escalera:

—¿Á dónde ireis cuando salgais de aquí?

Don Basilio contempló sonriendo al ama de gobierno, y respondió:

—Es mi deber daros cuenta de mis acciones, y voy á hacerlo...

—Nada quiero saber,—interrumpió la sirvienta con aspereza:—os pregunto porque don Bartolo tiene que hablaros mucho y muy reservadamente y quiere que le digais dónde os encontrará.

—¡Ah!...

—Y si me ha mandado que os lo pregunte, es porque no lo vean hablar con vos.

—Entendido.

—Por mi parte,—repuso el ama de gobierno,—nada tengo que ver con lo que hagais...

—Sois muy cruel, señora Anastasia,—replicó el organista, exhalando un suspiro.

—Don Basilio, á vuestra edad no está bien que suspireis como un muchacho.

—Hablemos claramente,—dijo el sacristan, deteniéndose.

—¿Me decís dónde esperareis á don Bartolo? Acabad... No pensais que pueden observarnos...

—Paciencia...

—Que os dejo.

—Podeis decir á mi buen amigo don Bartolo, que no he tenido tiempo para almorzar y pensaba hacerlo al salir de aquí; de manera que lo mas acertado será que vaya á buscarme á la hostería de los *Dos amigos*, donde me encontrará.

—Bien.

—Allí podremos hablar despacio y sin temor de que nos observen...

—Entrad en la sala...

—Siempre estais de prisa para hablar conmigo.

—Tengo que atender á mis obligaciones.

—Adios, ingrata, tirana hermosa, premisa de mis tormentos y consecuencia del castigo de mis pecados... desde que os conocí es para mí una palabra sin aplicacion el *pax vobis*...

La señora Anastasia se alejó, renegando de los latines del sacristan, y este entró en la sala, haciendo reverencias al doctor y luego á Rosa y á la dueña que salian del gabinete.

Cruzáronse algunas palabras indiferentes, don Bartolo entró en su aposento para vestirse y salir, y la jóven se sentó delante del clavicordio en tanto que la señora Alfonsa exhalaba un sus-

piro tierno y lanzaba á don Basilio una espresiva y ardiente mirada.

—¿Habeis estudiado mucho?

—Muy poco.

—No importa: vuestro talento suplirá la falta de aplicacion... Empezad...

Resonaron las primeras notas.

—Bien, —repuso el organista.—Así... Mucha espresion... ¡Bravísimo!... ¡Ah!... Me envaneceis... Esa escala... ¡Sorprendente!... Ahora *forte*... mas *forte*... ¡Arte divino, idioma del alma, intérprete de los mas sublimes sentimientos!...

Y en su entusiasmo se puso de pié el sacristan, estendiendo los brazos y levantando al cielo y poniendo en blanco los ojos.

La dueña se sentia arrebatada y llena de orgullo.

—¡Qué hombre, qué hombre!—dijo para sí.—¡Cómo se entusiasmo!... ¿Pues qué será cuando á mi lado, sin trabas á nuestro amor, en vez de esa música escuche mis arrullos?... ¡Luego dicen que las mujeres se pierden!...

Y con otro suspiro tierno y profundo desahogó la enamorada vieja su pecho, cuyas descarnadas costillas estaban á punto de crujir y romperse, agitadas por las violentas palpitations de su corazon.

La leccion terminó sin que nada de particular ocurriese, y despidiéndose el maestro de música, salió, diciendo:

—¡Ventura inesperada!... Otro almuerzo como el que Figaro me dió, porque si mi amigo no me ofrece tanto, yo pediré y el resultado será el mismo.

Pocos minutos despues salió tambien don Bartolo, y encaminándose á la hostería, no muy contento porque sospechaba que iba á costarle el dinero la cita, encontró allí á don Basilio.

—¡Gracias á Dios!— exclamó este.— Gracias á Dios que tengo ocasion en que obsequiaros. Sentaos, almorzarcis conmigo, y hablaremos.

—Ya he almorzado...

—¡Muchacho!— gritó el sacristan, asomándose á la puerta.— Dos conejos en salsa, dos botellas del añejo y el correspondiente pan...

—Pero si os digo que he almorzado,— replicó el doctor asustado al oir lo que su amigo pedia.

—No importa.

—Me daría una indigestion...

—Siquiera un trozo de conejo: poco veneno no mata. Yo tampoco tengo apetito ni acostumbro á beber mas que agua; pero por animaros...

—No...

—Ya está pedido, haced lo que gusteis.

—Solo he venido á participaros el gran descubrimiento que he hecho.

—¡Gran descubrimiento!— repitió el sacristan, abriendo estremadamente los ojos y la boca.

—Sí, una cosa de mucha importancia.

—Esperad que traigan el almuerzo, para que no nos interrumpan. Veo, don Bartolo, que la situacion va haciéndose mas grave cada día.

—Mi pupila ha perdido el miedo, se rie de mis amenazas y desafia mi autoridad con un valor tan temerario que raya en locura.

—¡Qué horror!...

—Y habla con una frescura de libertad de sus afecciones, de sus derechos, de mis deberes...

—Las ideas del siglo.

— Es verdad, caminamos á la perdicion.

— Desde que se va estendiendo la moda de que las mujeres aprendan á leer y escribir...

— Esa es la causa de todos los males. ¿Qué dirian nuestros abuelos si resucitaran y vieran que las jóvenes de ahora saben de todo menos hacer calceta, coser y fregar? ¿Qué dirian si las vieran leer de corrido y discutirlo todo?

— Pues dia llegará, —repuso el organista con sentencioso tono, — en que estudien como los hombres y se conviertan en literatos y filósofos, dando al traste con la filosofia y la literatura, y aun ha de vérselos querer entender en los negocios públicos, alegando la razon de que son hijas de Dios como nosotros. ¡Ay de ese tiempo desdichado! ¡Cómo andará la sociedad! Por de pronto se quedará sin mujeres, porque dejarán de serlo desde el dia en que dejen de aprender á ser esposas y madres. Por ahí principiará la desmoralizacion y el desquiciamiento de las repúblicas.

Cortó la palabra al organista el mozo que llegó con el almuerzo.

Comenzaron nuevamente las instancias de don Basilio y las escusas de don Bartolo sobre si este habia ó no de almorzar, y al fin aquel, empuñando el tenedor y el cuchillo, empezó á comer mientras decia:

— Si lo hubiera sabido... no hubiera pedido esto... Y el caso es que en las hosterías no me gusta dejar nada, porque lo cobran todo y es una bobería... Con que...

— Escuchadme.

— Os escucho, —repuso el organista, apurando un vaso de vino.

— El gran descubrimiento consiste en saber de qué medio se

vale el misterioso galan para que sus cartas lleguen á manos de Rosa.

—¿Lo habeis averiguado?

—Sí... ¡Qué invencion tan diabólica!

—Invencion de Figaro será, como la otra de la jeringa...

—No me recordéis eso,—replicó vivamente el doctor.

—Proseguid, amigo mio.

—¿Quién direis que lleva las cartas?

—Imposible es adivinarlo.

—La señora Anastasia...

—¡Horrible traicion!—exclamó el sacristan.—¡Oh!...

—Pero es inocente. El culpable es un infame tendero que envuelve los garbanzos en el billete...

—Basta, lo comprendo todo.

—¡Estoy desesperado!...

—De manera que ese tendero estará enterado del contenido de las cartas, y la honra de vuestra pupila rodará entre lentejas, aceite y vinagre...

—Para evitar eso han tomado una precaucion ingeniosísima y que prueba que el galan no es ajeno á las ciencias, por lo menos á la química.

—¿Qué me contais?

—Lo que oís.

—Esplicadme eso,—dijo el sacristan, dispuesto á escuchar, callar y engullir.

Don Bartolo refirió punto por punto cuanto habia podido averiguar, y añadió todas las reflexiones que habia hecho, excepto las referentes á los encantos de Soledad, dando así tiempo al organista para concluir con uno de los conejos y parte del otro y apurar una botella.

—¿Qué os parece?—preguntó el doctor, viendo que don Basilio seguía comiendo sin hablar.

—Horrible,—contestó el maestro de música, que no quería interrumpir su interesante ocupación.

—¿Y qué opináis?

—Lo mismo que vos.

—Ya sabía yo que seríais de mi parecer.

—Sí.

—¿Cuál debe ser mi conducta?

—Disimular.

—Y sorprender una carta para deducir de ella el estado de esos condenados amores.

—Perfectamente.

—Por eso he prevenido á la señora Anastasia lo que ya os he dicho, y mañana caerá en mis manos el papel.

—Triunfaremos.

—Empiezo á tener esperanza desde los descubrimientos de hoy.

—Con razón.

—Si por el billete de mañana comprendo que tratan de hacer algun disparate, sacaré de Sevilla á Rosa y al cabo de un año, de dos ó aunque sea de tres, se acabará su paciencia y preferirá ser mi mujer á ser mi prisionera.

—Eso es.

—Me parece que el plan es bueno.

—Admirable.

Don Bartolo palideció porque vió que el sacristan devoraba el último pedazo del segundo conejo y que apenas quedaba vino.

—Ahora me acuerdo,—dijo para sí,—que no traigo en el bolsillo mas que una peseta... Preciso es evitar el compromiso...

Y luego añadió en voz alta:

—De manera que mañana nos veremos otra vez; os enseñaré la carta del galan y resolveremos.

—Sí.

—¿Dónde nos reuniremos?

—Aquí,—respondió el organista, apresurándose á concluir.

—¿Á la misma hora?

—Á la misma,—dijo el maestro de música, vaciando en el vaso el vino que quedaba.

—Entonces,—repuso el médico, poniéndose de pié,—os dejo...

—¿Ya os vais?—preguntó vivamente don Basilio.

—Sí, tengo que ver á un enfermo que probablemente no saldrá del día...

—Menos urgencia si ha de morirse al fin...

—Pero están citados otros profesores para junta y no puedo hacerles esperar,—dijo don Bartolo.

Y mirando su reloj de cobre, exclamó:

—¡Ah!... ¡Cerca de las diez y la hora fijada es las nueve y media!...

—Don Bartolo,—replicó el organista, temblando de miedo porque veía el peligro que le amenazaba,—os conozco y... cuidado que no hagais de las vuestras...

—No os comprendo...

—¡Muchacho!—gritó don Basilio con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero el mozo no lo oyó ó no quiso acudir.

—Quiero decir,—añadió el sacristán, levantándose y acercándose al doctor para entretenerlo,—que conozco vuestra liberalidad y...

—Ya... ya,—balbuceó el médico.

—Tengo la convicción de que al salir pagareis el almuerzo, lo cual no puedo permitir porque...

—Sí, sí... pero...

—De ninguna manera; no lo consentiré, porque yo os he convidado y...

—En fin,—dijo don Bartolo, tranquilizándose,—si os empeñais en no aceptar...

—¡Oh!—exclamó el organista.—Si es que lo tomáis en sentido de un desaire, entonces... todo menos disgustaros...

—Pase por hoy,—replicó el doctor, resolviéndose á salir de una vez del paso;—mañana pagaré...

—Os repito que no es mi ánimo despreciar vuestra fineza, y que...

—No, no...

—Parece que os disgusta...

—Quedo satisfecho.

—¡Ah!...

—De todas maneras, hoy... me olvidé de tomar dinero porque salí precipitadamente para no haceros esperar y... no llevo mas que una peseta... ¡Son las diez!—exclamó el médico, volviendo á mirar su reloj.—Que el ciclo os guarde...

Y antes que don Basilio pudiera reponerse del susto, salió del aposento y abandonó la hostería.

El pobre sacristan, con los brazos estendidos y los ojos desencajados, mirando hácia la puerta como si aun quisiera detener al doctor, permaneció inmóvil algunos instantes.

Luego se remangó la sotana y...

¡Oh, desdicha sin igual!

El infeliz no llevaba mas ropa interior que una camisa de es-

topa, una chupa de bayeta negra y las medias de lana, pues los calzones los había perdido la noche anterior á una sota contra unas de oros.

Nunca como entonces pudieron verse sus larguísimas y flacas piernas, que parecían no tener mas que el hueso y el pellejo.

Miróse de arriba abajo, y como el pavo real, que al verse las patas se entristece porque son tan feas como bellissimo su plumaje, exhaló un lastimero y prolongado suspiro capaz de conmovier al corazón mas duro.

—¡Ay!—dijo con lánguido acento.—¡Cómo te ves, Basilio!... ¡En qué estado tan deplorable te puso aquella maldita sota!... ¡Hembra había de ser!...

Luego metió á manera de pinzas el pulgar y el índice de su diestra en uno de los bolsillos de la raída chupa, y sacó algunas monedas de cobre.

—¡Treinta y dos maravedises!—murmuró.—Y aun esto porque cuando me ví sin calzones me atreví á *levantar un muerto*, arriesgándome á que me molieran á puñadas y coces. ¡Oh!... ¡Ayúdame, ingenio; inspírame!...

Y se dejó caer pesadamente en una silla.

Largo rato permaneció inmóvil y silencioso, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¿Qué haré?—dijo al fin.—No hay mas remedio que pagar y no tengo dinero. No me dejarán salir con solo la promesa de volver, porque mi porte no inspira mucha confianza. No los ablandaré con un discurso, porque esta gente no tiene corazón: las palabras son para ellos moneda sin valor... ¡Estoy perdido!... ¿Y aun comeré la torpeza de servir á ese miserable don Bartolo? Otro gallo me cantaría si hubiera aceptado las proposiciones del barbero, que solo por amenazarme me hartó de conejos y perdi-

ces y me dió un doblon... ¡Oh!... Estoy resuelto... ¡Me paso al enemigo!

Púsose de pié, miró á la puerta, escuchó, y como no viese á nadie ni oyese ruido alguno, dijo :

— Á grandes males grandes remedios. El mozo andará tal vez por la cocina : saldré en dos brincos y... adivina quién te dió. En llegando á la calle los desafío á que me echen galgos, sobre todo ahora que para correr no pueden estorbarme los calzones. Bien dice el refran, no hay mal que por bien no venga... ¡Valor!

Y como el ratón que ve abierta la ratonera, el organista se lanzó á la puerta con tal ímpetu y tan ciego que no vió al mozo que apareció en aquel instante y tropezó con él.

— ¡Ah! — exclamó, retrocediendo espantado.

— ¡Demonio! — dijo el sirviente con calma. — ¡Pues no sois muy ligero!... Ya oí que me llamásteis; pero me tenia ocupado el amo.

— Sí, sí... — balbuceó el organista. — El amo... ¿Con que tienes amo?

— Claro es que sí, cuando yo soy criado.

— Es verdad, — repuso don Basilio, que no sabia qué decir. — ¡Oh!... ¡Qué lógica!... Lástima que se pierda tu talento en la cocina de una hostería.

— Estoy contento con mi suerte.

— Sin embargo, puedes aspirar á mucho, y si tomaras mi consejo... ¿Sabes leer y escribir?

— Medianamente.

— ¿Y qué mas?

— Las cuatro reglas.

— Es decir, sumar, restar, multiplicar y dividir...

— Eso es.

—La base de las matemáticas, el fundamento, el cimiento del gran edificio del cálculo, de la ciencia de Arquímedes, de la madre de las ciencias...

—No entiendo eso, —replicó el mozo, mirando con estrañeza al sacristan.

—¿Quieres hacerte hombre? Vente conmigo.

—¿Para qué?

—Te tomo bajo mi proteccion.

El sirviente echó una mirada al miserable ropaje del sacristan, y dijo para sí:

—Sin duda está loco.

—Quiero hacer tu fortuna, —repuso el organista, mirando de vez en cuando á la puerta por si la veia libre. —Te enseñaré latin, música con toda estension, hasta contrapunto y composicion, y á tocar el clavicordio y el órgano, que es el instrumento que tocaba santa Cecilia; te recomendaré para que te den una beca en el seminario; estudiarás filosofia, y si te gusta la carrera de la iglesia, podrás ser sacerdote, obtener un curato, un canonicato y ¿quién sabe si llegarás á ser obispo, arzobispo, cardenal ó papa? Sixto V era un pobre pastor y acabó por sentarse en la silla de san Pedro.

—Muchas gracias.

—Acércate y escucha, —dijo el sacristan con intencion de quitar al mozo de la puerta.

—Estoy bien aquí.

—Decídetes: la ocasion de ser rico no se presenta mas que una vez en la vida; acuérdate del refran que dice que la fortuna no tiene mas que un pelo...

—No se lo arrancaré yo.

—En tu frente se revela un talento privilegiado: brota de tus

ojos la divina chispa de la inspiracion... ¡Y has de morir en el olvido!...

—¿Pero á qué viene esa letanía?

—¡Si supieras quién soy!...

—Lo presumo.

—Escucha.

—Tengo mucho que hacer.

—¿No aceptas mi ofrecimiento?

—Acabad, que me espera el amo...

—Pero...

—¿Qué quereis? ¿Para qué me llamásteis? ¿Íbais á pedir algo mas ó á pagarme?

—¡Á pagar!...

—Sí.

—¿Pues cuántas veces se paga aquí?

—Una.

—Entonces...

—¿Me habeis dado algo?

—No; pero te ha pagado mi amigo al salir, y para eso te llamé...

—Os engañais.

—¡Cómo!—exclamó el sacristan, fingiendo sorpresa.

—Como lo digo.

—Te has equivocado.

—Repito que no.

—Salió de aquí con un duro en la mano...

—Por mi lado pasó, y el amó es testigo de que no me dió mas que los buenos días.

—¿Será posible que un hombre de su calidad me haya dado semejante chasco?... Recuerda bien, muchacho...

- Antes creí que estábais loco ; pero ahora...
- ¡Cuidado con lo que dices!
- Venga el dinero y en paz.
- Ese caballero me convidó...
- No es cuenta mia.
- Preciso es poner esto en claro.
- Muy fácilmente: dadme doce reales...
- ¡Doce reales!...
- Sí.
- Los daré; pero como mi palabra vale por lo menos tanto como la tuya...
- Estais conocido: no quereis pagar...
- ¡Insolente!...
- Hemos concluido, —replicó el mozo, cerrando los puños.
- Voy á llamar á ese caballero...
- No saldreis.
- Saldré para ir á mi casa por dinero.
- No,—dijo el sirviente con una calma que asustaba al organista.
- He venido convidado, y por consiguiente no me cuidé...
- Que tengo prisa.
- ¿He de convertirme en dinero?
- ¿No lo teneis?
- No, y cien veces no.
- Pues para que otra vez no se os olvide, saldreis con una tira menos de pellejo.
- ¿Me amenazas?
- Dispuesto á cumplir lo que digo.
- En ese caso veremos...
- Antes que digais Jesus teneis la cabeza rota.

—Gritaré, pediré socorro...

—No os tocaré; pero...

El mozo se metió dos dedos en la boca y dejó escapar un agudo silbido.

Como al sonar el pito del contraamaestre de un buque se mueven y crujen los aparejos, así al silbido del criado tembló el sacristan y crujieron sus huesos.

En la puerta del aposento apareció un enorme mastin blanco.

—¿Qué intentas, salvaje?—preguntó don Basilio, con espanto.

—Cuidado con ese hombre,—dijo el sirviente al perro.

Y este fijó en el sacristan una ardiente mirada, gruñó y dejó ver sus largos colmillos.

—Ahora,—repuso el mozo,—gritad: cuando acudan, será tarde, y yo me escusaré con el perro, que os ha embestido porque le habeis pegado.

No acertó el organista á moverse ni á pronunciar una palabra: sus espantados ojos estaban fijos en el corpulento cuadrúpedo, y un sudor copioso y frio inundaba su rostro.

—¡Ah!—exclamó al fin.—¡Esto es horrible!... ¿Qué he de hacer si no tengo dinero? Matadme; pero no cobrareis.

—Os castigaré.

—Dejadme salir y os juro...

—No entiendo de juramentos,—replicó el mozo con su calma imperturbable.

—He sido víctima de un engaño...

—¿Qué me importa?

El desdichado sacristan, haciendo mil gestos y contorsiones, empezó á suplicar en todos los tonos y estuvo á punto de derramar lágrimas, acabando por exclamar con el mas lastimero acento:

—¡Por compasion!... ¡Por caridad!... Si eres cristiano, si no tienes corazon de hiena...

—Acabemos: yo no puedo dejaros salir sin pagar porque tengo que dar cuentas al amo.

—Pues bien, píntale á tu amo mi situacion, y estoy seguro...

—Solo una cosa haré si lo aprueba.

—¿Qué?—preguntó afanosamente el organista, entreviendo un rayo de esperanza. —Piensa que vas á hacer una obra de caridad...

—Por caridad se da un pedazo de pan al hombre que tiene hambre; pero no se le regala un par de conejos y otras tantas botellas de vino, y además se le sirve como si pagara.

—Tienes razon; pero sabes que soy víctima de un engaño infame, de una burla cruel...

—En fin, ¿no decís que ireis á vuestra casa por dinero?

—Sí.

—Me conformo, si el amo lo aprueba; pero dejad una prenda en fianza.

—¡Una prenda!... ¿Qué he de dejarte? Ya ves que no gasto hebillas en los zapatos ni llevo reloj, porque á las personas de mi clase no sienta bien el lujo; y en cuanto á la ropa, soy despreocupado, no me cuido de ella, y toda la que llevo no vale un duro.

—La sotana parece nueva.

Nuestros lectores recordarán que don Bartolo habia dado al organista para que se comprase una sotana cuando se la rompieron los alguaciles la noche de la pesada burla de la jeringa. El mozo, pues, no se habia equivocado, y don Basilio se horrorizó al pensar que atentaban contra la única prenda nueva que tenia, y la única tambien que tapaba la falta de sus calzones.

—Imposible,—dijo.—¿Cómo quieres que deje la sotana?

—Quitándoosla...

—Mira,—replicó el sacristan, remangándose;—mira, desdichado... ¡No llevo calzones!

No pudo el sirviente contener la risa al ver la estraña figura que presentaba don Basilio, alegrándose no poco de que semejante circunstancia hiciese mas pesado el lance, y por consiguiente mayor el castigo.

—¿Por eso os apurais?—dijo despues de haber reido á su placer.—La capa es bastante larga, y embozándoos...

—¡Ah, desalmado!—exclamó el sacristan con rabiosa desesperacion.—¿Y si el aire me desemboza?

—Llevad cuidado...

—¿Y el frio? Si una pulmonía me mata no me resucitarás.

—Eso es cuenta del médico.

—Imposible...

—El perro... Decidíos... Por supuesto que he de ir á preguntar al amo para no ser yo responsable.

Un nuevo rayo de esperanza animó á don Basilio.

—Bien,—dijo con intencion de aprovechar la ausencia del mozo,—pregúntale á tu amo.

—*Palomo*,—dijo el sirviente al perro,—quieto ahí... Que no se vaya ese cuervo.

Y salió, quedando inmóvil el obediente bruto.

—¡Y le llama palomo á esa fiera!—exclamó el organista.—¡Sarcasmo horrible!

Limpió con la capa el frio sudor que inundaba su pálido rostro, contempló al perro y añadió:

—No me será difícil engañar á ese animal para que me deje libre el paso... Probemos.

Cogió un pedazo de pan y un hueso y se los enseñó al cuadrúpedo, que movió sus narices.

Luego lo llamó cariñosamente; pero el fiel centinela no se movió.

—Toma,—dijo, arrojándole á un lado el pan y el hueso.

Relamióse el perro el hocico; meneó el rabo; enseñó los dientes y gruñó, permaneciendo en su puesto.

—¡Sorprendente instinto!—exclamó el organista.—¡Sabe tanto como yo!... Se relame para indicar que le gusta; mueve la cola en señal de agradecimiento, y me enseña los dientes y gruñe para hacerme comprender que tiene que cumplir las órdenes de su amo... ¡Estoy perdido!

—No tardó en volver el criado.

—¿Qué ha resuelto?—le preguntó afanosamente don Basilio.—¿Se apiada de mí?

—El amo tiene buen corazón, y no quiere que os eche el perro si dejais la sotana.

—¡Siete veces bergante!... ¿Y á eso le llamas buen corazón?

—Así es.

—De manera...

—Es cosa decidida, y no habeis de tardar porque tengo mucho que hacer.

—¡Abuso inaudito!

—Palomo,—dijo el criado.

Y el perro gruñó mas enérgicamente y se le erizaron los pelos del lomo mientras sus ojos relucian como dos ascuas.

—¡Espera, bárbaro!—gritó el organista, retrocediendo con espanto.—Voy á darte la sotana.

Y quitándose la capa, empezó á despojarse de su mas querida prenda, añadiendo:

—¿Le has dicho á tu amo que pertenezco á la iglesia?

—Ya le he dicho que teneis toda la pinta de un rapa-velas...

—Esa palabra es ofensiva, denigrante...

—Bien, bien.

—Pensad, desgraciados, que vais á cometer una profanacion, y que haré que os excomulguen.

Por toda respuesta, el sirviente soltó una estrepitosa carcajada al ver al sacristan en camisa, con chupa medias y zapatos.

Apresuróse el infeliz á ponerse la capa y embozarse, temblando de frio, de miedo y de ira, y exclamando con voz grave y profundo y solemne acento:

—¡Profano!... ¡Caerá sobre tí el divino anatema y pesará sobre tus descendientes hasta la cuarta generacion!...

Encogióse de hombros el criado y recogió la sotana, mirándola al trasluz por si tenia algun agujero.

No esperó un segundo el sacristan: su última y terrible amenaza no habia producido efecto, y salió con toda la ligereza que le permitian sus largas piernas.

—No,—dijo apenas se encontró en la calle,—no favoreceré los proyectos de ese viejo ruin que me ha puesto en tan terrible apuro. Ahora mismo voy á ver al barbero, á ofrecerle mis servicios, y á prestárselos de mucha consideracion, porque le diré que han descubierto la intriga, y así, cuando mañana busque don Bartolo el papel de los garbanzos, se quedará con la boca abierta. ¡Oh!... Tengo un frio inaguantable... ¡Como que voy en camisa y sin mas abrigo que esta capa, que no pesa seis onzas!

Con el firme propósito de venderse al conde, aunque perdiera la mano y dote del ama de gobierno, encaminóse don Basilio á la barbería, y tuvo la fortuna de encontrar solo á Fígaro, que punteaba su guitarra y entonaba una alegre cancion.

—¡Salud!—exclamó el organista al entrar en la tienda.

Y se dejó caer en una silla.

—¿Qué os sucede?—preguntó el barbero sorprendido.—Estais pálido como un difunto.

—¿Qué ha de sucederme, amigo mio? Acabo de verme en un conflicto horrible, y por milagro he llegado aquí con vida.

—¿Ha querido alguno haceros pagar lo mucho que debeis?—dijo el barbero, colocando sobre las piernas la guitarra y sonriendo.

—Señor Fígaro, chanzas á un lado; mi situacion es muy crítica; he recibido un desengaño que nunca esperé, y vengo para tratar con vos de una cuestion en extremo importante.

—Me alegro, porque como tenemos cuentas pendientes, las dejaremos ajustadas. ¿Qué os pasa?

—Necesito vengarme, señor Fígaro.

—¿De quién?

—Del miserable don Bartolo...

—¡Calla!... ¿Desde cuándo sois su enemigo? ¿Se ha desbaratado quizás vuestro casamiento con la señora Anastasia?

—No, y renuncio á él y á los ochocientos ducados porque ese viejo ruin me pague lo de hoy. ¡Ah!—exclamó el organista, haciendo un horrible gesto de desesperacion.—Tenga yo el gusto de vengarme, y quiteme Dios la vida despues.

—Pero aun no habeis dicho...

—Escuchadme con atencion y juzgad si mi enojo tiene sobrado fundamento.

—Ya os escucho, —dijo Fígaro, disponiéndose á reir á costa del pobre sacristan.

Este reunió sus trastornadas ideas y negros recuerdos, y con la entonacion levantada que usaba en los casos graves, refirió el

pesado lance de la hostería, pero exagerando y añadiendo que don Bartolo le había convidado á almorzar.

El relato de tan estraña aventura hizo pasar al barbero un rato divertidísimo, teniendo que esforzarse mas de una vez para no soltar una estrepitosa carcajada.

—Hé ahí,—dijo el organista al terminar su narracion,—hé ahí lo que ha sucedido sin quitar punto ni coma. ¿Tengo razon para volver la espalda á ese miserable? Me sobra.

—¿Y cómo pensais vengaros?

—Sirviendo de todas veras á ese caballero que ama á doña Rosa; y como prueba de mi firme resolucion, está el chasco que he sufrido, pues no es posible que otra cosa quiera hacer quien se encuentra en el caso que yo. Renuncio al dote de la señora Anastasia y acepto los doseientos ducados que me ofrecísteis. Me encargaré de llevar cartas y traer respuestas, de alentar á doña Rosa si empezara á desmayar y de hacer cuanto puedo, que es mucho, pues ya sabeis que tengo en aquella casa la entrada libre y nadie desconfia de mí. Además os revelaré secretos de mucha importancia y estareis al corriente de los planes del doctor, pues como no me mostraré quejoso, seguirá confiándome todos sus pensamientos. En fin, mirad cómo me han puesto y comprendereis lo que soy capaz de hacer.

Quitóse el embozo don Basilio, dejando ver su desnudez, y Figaro soltó la carcajada.

—¡Y os reís!... ¡Ah!...

—Don Basilio,—dijo el barbero despues de haber desahogado su justo arranque de hilaridad,—habeis llegado tarde.

—¡Tarde!—exclamó asustado el organista.—Esplicaos...

—Á eso voy,—repuso Figaro, cuyo rostro empezó á contraerse.—¿Os acordais de lo que hablamos en la hostería?

—Sí...

—¿Y os acordais tambien de vuestra promesa de guardar secreto?...

—Promesa que he cumplido fielmente...

—No.

—¡Señor Figaro!...

—Don Bartolo sabe que estuvo en su casa su rival, que fué fingida la enfermedad de doña Rosa...

—Os juro...

—Sois un bribon,—replicó el barbero con aspereza.— Todo se lo habeis contado, y si nada me ha dicho es porque teme que yo descubra lo que le importa que esté oculto.

Don Basilio, sorprendido y asustado, miró al barbero y luego á la puerta para asegurarse de que tenia franca la salida.

Para quien habia vencido todas las dificultades y conseguido que entraran en casa del doctor, no solo las cartas, sino el galan, nada debia haber imposible, y el organista empezó á temer que Figaro, por uno de los diabólicos medios que nunca le faltaban, hubiera llegado á saber cuanto habia pasado.

Aquel era aciago dia para el infeliz sacristan.

—Os han engañado,—dijo.

—¿Quién?... Vos intentásteis hacerlo; pero os habeis equivocado. No os acordásteis de aquel refran que dice que las paredes escuchan. Temblad, pues, y encomendaos á Dios...

—¿Qué intentais?—replicó don Basilio, disponiéndose á emprender la fuga.

—Nada mas que cumplir lo prometido, porque tengo mucha conciencia...

—¡Señor Figaro!...

—En vez de venir aquí os hubiera valido mas meteros en un

garito por si conseguíais sacar los doce reales por que está en prenda vuestra sotana.

—Os advierto que don Bartolo me ha confiado un secreto del cual depende...

—Guardadlo.

—¡Que os perdeis!...

—Pero tendré el gusto de romperos la cabeza,—replicó Figaro, empuñando el mástil de la guitarra con ademán nada equívoco, y echando una mirada espresiva á la bolsa donde tenia las navajas de afeitar.

Don Basilio se puso de pié.

—¡Deteneos!—exclamó con espanto.

—¡Rezad el credo!—gritó Figaro, levantándose y enarbolando la guitarra como si fuese á descargar un furiosísimo golpe sobre la cabeza del sacristan.

Este no necesitaba tanto para poner piés en polvorosa; así que, poseido de un miedo cerval, enteramente aturdido y casi ciego, sin ver mas que la puerta, porque era el camino de su salvacion, y reconcentrando en sus piernas la fuerza de todos sus miembros, de un solo brinco se puso en la calle sin advertir que daba con su cuerpo sobre una mujer que iba vendiendo naranjas.

El rudo choque puso por tierra á la mercadera y su mercancia, y el sacristan, mas espantado aun, si era posible mayor espanto del que ya sentia, queriendo evitar el nuevo peligro que le amenazaba, y sin pensar que le esperaba otro mayor, dió hácia atrás un segundo brinco que hubiera envidiado el mas ágil acróbata, y ¡fatalidad horrible! su espalda chocó contra el cuerpo de un vendedor de sartenes, las cuales con gran ruido se esparcieron por el suelo.

Desatóse en improprios, desvergüenzas y amenazas la ro-

busta vendedora que, apenas se levantó, en vez de recoger su maltratada hacienda, la convirtió en arma ofensiva, y alternando las naranjas con las piedras que se le iban á la mano, comenzó con loca furia á tirar unas y otras al pobre sacristan, en tanto que el sartenero, levantando su martillo, arrojóle tambien á guisa de venablo y con tal acierto que fué á dar contra los descarnados huesos de la espalda del infeliz contra quien parecian haberse conjurado todos los habitantes del infierno.

Un tercer brinco, dado con toda la fuerza de su terror y desesperacion, puso al organista fuera del alcance de sus acometedores; pero como no habia sufrido aun la última desdicha, quiso la pícara casualidad que el mango de una de las sartenes se enganchara en un agujero de su capa, de manera que no podia moverse sin llevar tras sí el estrepitoso rabo.

Mil cabezas asomaron por puertas y ventanas.

Como por encanto aparecieron muchachos haraposos y perros de todas castas.

Voces, gritos, silbidos, risotadas y ladridos resonaron confundidamente, y para que el ruido fuese mas atronador y espantable, los vendedores de comestibles, zapateros y carpinteros empezaron á golpear con pesas, hormas y martillos en los pesos, puertas y tablas.

Allí del ruido, el estrépito y la confusion como si llegara el fin del mundo.

Dió el sacristan á correr, ó mas bien á volar, pues no parecia sino que le habian nacido alas en los talones; pero el destemplado son de la sarten que llevaba por rabo, á mas de que aumentaba la burla y el contento de los espectadores, daba á los mal intencionados rapaces alientos para perseguir á su víctima, y enardecia la furia de los perros para ladrar.

Diez minutos mas y el desdichado organista hubiera sucumbido.

Su cuerpo estaba inundado de sudor ; la respiracion empezaba á faltarle , y si seguia corriendo era porque sus piernas se movian impulsadas aun por el primer empuje que habian recibido del terror y la desesperacion.

Emperó la desgracia , falta sin duda de alas bastante poderosas para seguir al sacristan en su veloz carrera , se resolvió á dejarlo en paz.

La sarten se desprendió de la capa , si bien quedándose con un pedazo de esta , y cuando ya su sonido no pudo llamar nuevos perseguidores , como los primeros , por no correr con la ligereza del que huye , iban perdiendo terreno , revolviendo esquinas y entrándose al fin por una solitaria callejuela , consiguió el desdichado maestro de música verse libre aunque aporreado y medio ahogado.

Detúvose , miró atrás , escuchó , y seguro de que nada tenia que temer , sentóse ó mas bien se dejó caer en una piedra que habia junto á la pared.

Su rostro estaba horriblemente desfigurado ; su frente pálida y sus mejillas amoratadas. Temblaban sus miembros convulsivamente , y un sudor copioso y frio bañaba su cuerpo.

El lastimoso estado en que el infeliz se encontraba hubiera inspirado compasion , no solamente á Figaro , sino al mismo sartenero y aun á la furiosa naranjera.

Parecia un cadáver , pues habian perdido el brillo sus ojos , que permanecian fijos como los de una estatua , y por lo menos se le hubiera creido en los últimos instantes de su vida.

— ¡ Me ahogo ! — murmuró despues de algunos momentos.

Y exhaló un suspiro penoso.

Luego se limpió el rostro con la capa y volvió á quedar inmóvil.

Al cabo de algunos segundos empezó á sentir frio, y esto le hizo comprender que medio desnudo como iba, en el estado de agitacion en que se hallaba era casi seguro que antes de media hora le acometiese una pulmonía, contra la que no bastase toda la ciencia de don Bartolo ni las afiladas lancetas de Figaro.

Entonces miró á su alrededor como para saber dónde se encontraba, y sus ojos se animaron al fijarse en la puertecilla de una miserable casa que tenia enfrente.

— ¡ Ah! — exclamó. — La Providencia me ha traído aquí para consolarme y remediar parte de mis desdichas... ¡ No dejaré pasar la ocasion!

Intentó levantarse; pero estaban tan doloridos sus miembros que no pudo. Mas que cuando lo recibió, sintió entonces el descomunal martillazo del vendedor de sartenes.

— Es preciso, — murmuró: — aquí me quedaria tieso en cinco minutos.

Hizo un gesto doloroso y un esfuerzo sobrenatural y consiguió levantarse.

Un ay desgarrador se escapó de su boca, y sus dientes castañetearon de frio.

— En medio de mi desgracia, — dijo, — ha sido una fortuna que me encuentre alimentado, porque esta corrida, que con propiedad pudiera llamarse carrera en pelo, no hubiera podido resistirla con el estómago vacío. Caro, sin embargo, me cuesta el almuerzo... ¡ Y no puedo vengarme del viejo ruin!...

Empujó don Basilio la puertecilla de que hemos hecho mencion, y desapareció en el interior de la casa.

Esta era un nido de jugadores de náipes de la gente mas per-

dida de la ciudad, y por eso el organista habia dicho que la Providencia lo habia llevado á donde podian remediarse sus desgracias, á pesar de que allí era donde la noche anterior habia perdido los calzones y levantado el muerto de los treinta y dos maravedises.

Empero como el huracan de la desgracia habia cambiado en aire de fortuna, sucedió que el sacristan, poniendo á un tres de oros todo el dinero que poseia, ganó y jugó segunda vez con la misma suerte, y entusiasmado, siguió sin perder albur ni entrés, doblando siempre, hasta que se encontró dueño de una, para él, respetable cantidad.

Alivióle la alegría los dolores de los huesos; sus miembros empezaron á templarse, y cuando vió entre sus manos ocho duros en diferentes monedas de plata y cobre, se olvidó de sus desdichas y aun las bendijo porque lo habian llevado allí.

—¡Vencer ó morir!— exclamó entusiasmado.

Y puso al rey de copas los ocho duros.

¡Oh, felicidad!...

Á las cinco cartas un rey...

—Otro talla,— dijo el banquero despues de pagar.

Y dueño el organista de diez y seis duros, por si el nuevo banquero era mas hábil para manejar las cartas, dejó la partida y tomó el partido de ir á recoger su sotana y á descansar.

---

---

## CAPÍTULO XLV.

De cómo Rosa se decidió á huir.

Como la señora Alfonsa no habia podido dormir despues del almuerzo, apenas se fueron don Basilio y el doctor y quedó sola en el gabinete con la pupila, que segun costumbre tomó su bordado, empuñó las camándulas y al son del primer *Padre nuestro* empezó á dormitar.

—¡Jesus!—dijo, esforzándose para abrir los ojos.—¡Pícara jaqueca!... Ya comienza á darme tormento. De seguro va á llover.

Rosa no contestó.

—¿Qué haceis?—repuso la vieja.

—Viéndolo estais.

—¿Cuándo acabareis ese bordado?

—Cuando dé la última puntada.

—¡Señorita!...

—Dejadme en paz.

—Sí, os dejo porque no puedo resistir el dolor de cabeza y

voy á acostarme un rato ; pero tened entendido que no dormiré porque no tengo sueño y además estoy escarmentada.

— Haced lo que gustéis.

— Os lo advierto porque...

— Mejor será que os quedeis aquí,— replicó Rosa.

Como don Bartolo no estaba allí para observarla, acostóse tranquilamente la dueña y pocos momentos despues quedó profundamente dormida.

No tardó Soledad en asomar la cabeza por entre la cortina, mirar, escuchar y sonreír porque oyó un ronquido de la señora Alfonsa, entrando luego y sacando del pecho el papel mientras Rosa decia:

— Dame... ¡Dios mio!... Me despreciará...

Y sus trémulas manos desdoblaron el papel.

Á las primeras palabras que leyó, su rostro, pálido y contraído, dilatóse y se tiñó de carmin.

— ¡Me ama como nunca!— murmuró despues de algunos instantes.

Y siguió la lectura mientras su corazon palpitaba con violencia.

Empero luego volvió á palidecer, se estremeció convulsivamente y exclamó:

— ¡Dios mio!...

— ¿Qué os sucede?— le preguntó Soledad.

— Imposible... ¡Oh!... imposible...

— Pero...

— Mañana...

— ¿Mañana?— preguntó afanosamente Soledad, porque advinó el contenido del billete.

— Rosa no contestó.

Su radiante mirada parecia querer devorar el escrito.

Los latidos de su corazón eran cada vez mas fuertes y desiguales.

Empezaba á arrepentirse de haber prometido al conde lo que tal vez no tendria valor para cumplir.

— Mi honor, — dijo con voz ahogada, — sí, quiere ante todo salvar mi honor y por eso busca testigos que respondan en un dia y desvanezcan dudas... Pero al fin... ¡ Ah!...

— Explícaos, señorita, — replicó la sirviente. — ¿ Qué dice que os pone en tan grande aprieto?

— Soledad, mañana...

— ¿ Nos veremos libres?

— Imposible, imposible, — volvió á decir Rosa. — Lo que Fadrique me propone...

— ¿ Pero qué os propone?... Probablemente será una cosa fácil, porque lo habrá inventado Figaro, que sabe muy bien del pié que cada uno cojea.

— Dice que vendrá mañana á las doce de la noche con su paje Querubin y Figaro; que nos esperará un sacerdote para bendecir nuestra unión...

— Así debe hacerse, y... al mismo tiempo... puede casarme con Figaro, porque... una bendicion mas poco le cuesta... Y ¿ cómo saldremos?

— Como ellos piensan entrar, por el balcon...

— Buena idea.

— Una ronda, los vecinos, cualquiera que pase por la calle...

— ¿ Temeis que los tomen por ladrones?

— Temo que sospechen que vienen á llevarse mi honra.

— ¿ Cómo han de creer eso cuando vean que son tres? Sus peligros tiene la entrada y la salida, pero no puede hacerse sin arriesgar algo.

— ¡Oh!...

— ¿Qué quereis, que venga el cura, le abra don Bartolo la puerta y deje que os caseis y os vayais tranquilamente?

— Pero escalar el balcon...

— No puede abrirse la puerta.

— ¿Y cómo salimos de nuestros dormitorios?

— La señora Alfonsa dormirá.

— Tiene el sueño ligero cuando no es menester que despierte. Recuerda aquella noche de la serenata...

— Es verdad; pero...

— Á tu cuidado dejan buscar el medio de vencer esa dificultad. La sirvienta quedó pensativa.

— Oye lo que dice Fadrique sobre ese punto: «Á las doce abrirá Soledad el balcon y sujetará la escala que le tiraremos desde la calle. Estoy seguro de que su ingenio le suministrará el medio de salir del apuro, pues en esta parte Fíguro se da por vencido y á ella lo confia todo.»

— Bien pensado, — dijo Soledad, — no es la cosa tan sencilla.

— Al fin te convencerás de que es imposible, — contestó Rosa, alegrándose porque esperaba encontrar motivo para dilatar, ya que no escusar, el cumplimiento de su loca promesa.

— Eso no, — replicó la traviesa sirvienta; — antes me borraré el nombre que tengo. Si hubiera de hacerse ahora mismo, tal vez habríamos de renunciar á ello; pero como me queda tiempo para pensar, estoy segura de que no ha de faltarme un recurso para salir del paso.

— Ten en cuenta, — repuso la pupila, que procuraba aumentar las dificultades, — que si la señora Alfonsa llegara á despertar, es preciso darle tal escusa que no le quede la mas leve sospecha.

— Por supuesto.

—Mas aun: si despierta, habrá que decirle tales cosas, que no solo quede satisfecha, sino que no nos estorbe la fuga.

—Pues en eso consiste la dificultad, que á no ser esa, poco tendria que calentarme los cascos para inventar una mentira. Tambien me apura el cómo he de dar á Figaro la carta en que le digais á don Fadrique que estamos dispuestas.

—No espera contestacion: dice que una mirada tuya hará comprender á Figaro si deben venir...

—Ya nos conocemos,—repuso maliciosamente la doncella.— En fin, queda á mi cuidado arreglarlo todo. Lo único que falta es que no vacileis en el momento crítico...

—Soledad,—murmuró la pupila, estremeciéndose,—no respondo...

—Pues dentro ó fuera, señorita.

—¡Oh!... Todo lo domino; pero la conciencia...

—¿Volvemos á las andadas? Pues decid á don Fadrique que no hay nada de lo dicho y renunciad para siempre...

—Ten lástima de mí, Soledad.

—Porque os tengo lástima os digo eso; porque me duele veros aquí encerrada y maltratada por ese pícaro viejo, que acabará por convertirse en vuestra dueña y cumplirá su amenaza de enjaularos en un convento ó llevaros á vivir donde no veais mas que su horrible y asquerosa figura.

—¡Ah!...

—¿Teneis miedo?

—Soledad,—dijo Rosa, oprimiéndose el pecho, como si quisiese contener las violentas palpitations de su corazon,—mañana saldremos de aquí si aciertas á vencer los inconvenientes...

—¡Gracias á Dios!

—Déjame ahora...

—Sí, necesito cavilar mucho..

La sirvienta salió.

De los ojos de Rosa brotaron abundantes lágrimas.

Su pecho exhaló tristes suspiros.

La palidez de su rostro, la contraccion de su frente, su mirada sombría y las repentinas y violentas sacudidas nerviosas que agitaban de vez en cuando sus miembros, revelaban lo que sufría la infeliz.

Era desgarradora la lucha entre su conciencia y su amor.

La resolucion quo habia tomado era hija de la desesperacion, del miedo que le infundian las amenazas del médico.

Soledad pasó el dia meditando y trazando planes; pero todos tenian algun inconveniente.

Ya empezaba á desesperarse, porque llegó la noche y la hora de acostarse y aun no habia conseguido que su fecunda inventiva le diese lo que le pedia.

—¿Será posible, —dijo para sí mientras se desnudaba,—será posible, Soledad, que habiendo nacido en Triana no sirvas para engañar á una vieja chocha?

De repente brillaron sus negros ojos, y despues de meditar algunos instantes, exclamó:

—¡Pues no faltaba mas!

Y sin hacer el mas leve ruido salió al dormitorio de Rosa, que aun estaba despierta, se acercó á la cama, inclinóse y dijo con voz casi imperceptible:

—¡He triunfado!... ¡Mañana nos iremos!

Poco faltó á la pupila para exhalar un grito de sorpresa, miedo y alegría; pero se contuvo, y como no podia pedir esplicaciones por temor de que la vieja oyese que hablaba, quedó inmóvil y silenciosa.

Soledad volvió á su aposento, apagó la luz y se acostó sin hacer el mas leve ruido.

Lector, yo pienso hacer lo mismo, aunque para dormir mas que Rosa aquella noche.

Buenas me las dé Dios y hasta mañana, que volveré á mi tarea de llenar papel para divertirte ó fastidiarte.

---

---

## CAPÍTULO XLVI.

Don Bartolo hace nuevos descubrimientos.

Á la mañana siguiente la señora Anastasia cumplió fielmente las órdenes del doctor, entregándole el papel en que habian ido envueltos los garbanzos.

Bien hubiera querido don Bartolo tener un pretexto para volver á la gatera ; pero temió que el ama de gobierno acabase por caer en la cuenta de los descubrimientos, y se resignó á perder aquella ocasion, aunque con propósito de aprovechar la primera que se le presentase.

Temblaron sus manos al tocar el papel, y mirándolo al trasluz y viendo las ligeras y confusas señales de la escritura, sonrió de gozo y luego rechinó los dientes de ira.

Para el caso tenia ya encendido el brasero, de manera que sin salir de la habitacion pudo hacer brotar las invisibles letras, convirtiéndolas en visibles y tan legibles que el mas torpe no hubiera perdido una palabra.

—¡Ah!— exclamó.— Voy á saber á qué grado llega el trastorno mental de Rosa: por lo que diga el infame seductor, conoceré el estado del corazón de esa pobre niña, comprenderé si la hipertrofia es mortal... Veamos... Necesito mucho valor... ¡Oh!... ¡Cómo me atormentan los celos!...

El vejete exhaló un suspiro, su rostro se puso amoratado como una remolacha, y sus ojuelos, abiertos como si fuesen á salir de sus órbitas, fijaron en el papel una mirada afanosa, leyendo lo siguiente:

«Rosa mia...»

—¡Suya!— exclamó el doctor.—¿Quién se la ha dado á ese tunante?... Ya se lo dirán... ¡Oh!... No me conoce todavía... Y sigue diciendo:

«Rosa mia, te escribo por última vez...»

—¡Por última vez!..... ¿Han reñido?... Bien puede ser..... Veamos...

«Te escribo por última vez... ¡Qué felicidad!...»

—Este hombre está loco. ¡Se felicita porque ya no ha de comunicarse con ella!... Pues si me descuido un solo día no cojo ninguna carta... ¡Gracias, protectora fortuna!... Ahora vendrán los lamentos, las quejas, las acusaciones... Esto es curioso... ¡Voy á divertirme!

Don Bartolo empezó á tranquilizarse y siguió leyendo:

«Dentro de pocas horas te tendré á mi lado...»

—¡Ah!— exclamó sorprendido y espantado el doctor.—Sin duda leo mal... «Pocas... horas...» Sí, aquí dice pocas horas... está muy claro... y... «te tendré á mi lado...» No hay duda... ¡Dios mio!... ¡Piensa hacerle otra visita!... Bien, nos veremos, señor galan; á mí no se me engaña como á esa bestia de Anastasia, y es posible que la entrevista concluya por un verdadero ata-

que de epilepsia... Veamos: algo dirá del plan que tengan trazado...

«Te tendré á mi lado, libre de la tiranía de tu miserable tutor!...»

—¡Oh!... ¡Me llama miserable!... Y dice que se verá libre... ¡Libre!... ¿Qué significa esto?

«Libre de la tiranía de tu miserable tutor, y pudiendo llamarte mia á la faz del mundo...»

—¡Qué desvergüenza!...

«Porque el sacerdote habrá bendecido...»

—¡Van á casarse!— exclamó don Bartolo con voz ahogada y sin poder continuar la lectura.—¡Trama horrible!... ¡Y dentro de algunas horas!...

El rostro del infeliz se contrajo; cerró los ojos y se oprimió las sienes, que le latian con violencia.

Así permaneció algunos instantes.

—¡Qué horror!— volvió á decir, limpiándose el sudor que empezaba á correr por su frente.—¡Qué horror!..... Sin duda..... se trata de... una fuga... ¡Es preciso apurar hasta las heces la copa del dolor!

Y siguió leyendo:

«Porque el sacerdote habrá bendecido nuestra union. Nada temas, Rosa mia: tu honra quedará tan limpia como está; te lo he prometido y lo cumpliré porque así es mi deseo y para probarte que soy digno de tí.»

—¡Cómo la engaña!... ¡Y no ha visto la inocente el lazo traidor que le han tendido!... Pero yo la salvaré, sí, yo la salvaré, y no quedará sin castigo ese infame.

«¡Las doce de la noche!..... Hora en que seré el mas feliz de los mortales.»

—¡Á las doce!—repitió don Bartolo, interrumpiendo la lectura porque apenas podia respirar.—Bien; tomaré mis medidas y ese bribon caerá en sus propias redes.

El pobre doctor se restregó los ojos y continuó leyendo.

«No espero carta tuya porque supongo que Soledad no tendrá ocasion de entregarla á Figaro; pero como estos se entienden con una mirada, recibiré la nueva de que están vencidos los inconvenientes. Advierte nuevamente á Soledad que asegure bien la escala que tiraremos al balcon. Si no hubiérais encontrado medio de burlar la vigilancia de tu dueña y crees que se le puede hacer callar con dinero, ofrécele cuanto quiera, que yo iré prevenido y le daré mas oro del que pueda desear.»

—¡Oro, mas oro del que pueda desear!... ¿Pero quién es ese hombre que gasta hebillas de diamantes y ofrece el dinero sin poner tasa?... ¡Oh!...

«Ya sabes que para tu tranquilidad me acompañarán Figaro y mi paje Querubin.»

—Sí, el paje de marras... Los tres irán de aquí á la cárcel sin que les valga la bula de Meco, y antes de un mes todo ese oro y las hebillas estarán en poder de escribanos y alguaciles. Adelante.

«El sacristan está furioso contra don Bartolo porque este no le ha pagado un almuerzo, lo cual puso á aquel en un compromiso grave, dando lugar á escenas que te harán reir: para vengarse fué á ofrecer á Figaro sus servicios; pero este, quizás con falta de prudencia, lo despidió bruscamente. No sé lo que hará el pobre diablo, ni si habrá salido con vida del lance en que despues se vió, que fué algo sério. Á mí, á la vez que risa, me inspira compasion, y le hubiera dado algun dinero, siquiera por socorrer su necesidad.»

La última sorpresa del médico fué mayor y mas dolorosa que ninguna.

—¡Tambien me vende!—exclamó.—¡Tambien es traïdor don Basilio!... ¡Oh!... ¿Qué va á ser de mí?... Gracias á que el barbero, cometiendo un desatino, lo despidió malamente, pues de otro modo, esta carta no habria caido en mis manos y me seria imposible evitar la fuga de Rosa.

Volvió á la lectura don Bartolo, sin encontrar ya mas que frases de amor, y cuando hubo concluido, guardó el papel, meditó algunos instantes y dijo :

—Debo obrar con mucha prudencia, con mucha reserva, con mucho tino. No es bastante evitar la fuga de Rosa : necesito que ese miserable reciba el castigo que merece. Á las doce vendrán y escalarán el balcon. Si acertara á pasar una ronda, les echara mano, creyendo que eran ladrones, y ellos no tendrian mas que confesarse tales ó descubrir la verdad. En ambos casos los llevarian á la cárcel, porque tan crimen es lo uno como lo otro. Pues bien, eso sucederá si yo lo preparo. Veré á mi amigo y cliente don Pedro de Zúñiga, que es alcalde ; le diré lo que pasa, y con el número de alguaciles que crea conveniente, se ocultará... Esto es preciso combinarlo bien. Á las once puede venir la ronda : yo mismo abriré la puerta, y quedarán abajo hasta que llegue el momento. ¡Oh!... ¡Cómo se quedarán cuando se vean rodeados de alguaciles!..... Es posible que intenten resistir ; pero don Pedro traerá gente decidida y no bajará de diez ó doce el número de los corchetes : además, si se traba la refriega, gritaremos, acudirán los vecinos y... ¡Se entregarán ó morirán!

Don Bartolo se restregó las manos con la alegría de su esperado triunfo. Ya le parecia ver al galan, al barbero y al paje, maniatados y cabizbajos implorar compasion ó caminar silenciosa-

mente en medio de la alguacilesca tropa hácia la cárcel. Semejante humillacion de su rival, victoria tan completa, recompensaba todas las amarguras del viejo.

Iba á quedar completamente vengado.

—En cuanto á Rosa, —dijo, — despues de un ataque nervioso, que combatiré con algunas gotas de éter sulfúrico y un cociamiento de calaguala si le impresiona mucho la sorpresa, y cuando se haya desahogado llorando, acabará por reconocer que me debe mas que la vida, y siquiera por gratitud me dará su mano. Esto sin contar con que una vez que olvide á ese hombre, que lo aborrezca porque solo verá en él un criminal, volverá á renacer en su pecho la pasion que antes conseguí encender y de la cual se aprovechó ese hombre, haciendo creer á la inocente niña que era á él y no á mí á quien amaba. Porque es menester tener en cuenta, y esto es lo mas gracioso, que Rosa ama por equivocacion á ese mozalvete. ¿Cómo, sinó, se comprende, que se hubiera estinguido la pasion que le inspiré, aquella pasion que le hacia temblar, que la turbaba, que la trastornaba? ¡Ah! No olvidaré aquel dia en que, llevado de uno de esos ímpetus de mi vigorosa naturaleza, me arrojé á los piés de la pobrecilla y tuvo que pedirme por Dios que me alejase porque no se sentia con valor para resistir á mis halagos.

Siguió el buen doctor dándose razones para convencerse de que su pupila acabaria por casarse con él, y meditando otra vez sobre su plan, acabó por decir:

—Nadie sabrá esto. Á don Basilio le diré que ya no necesito su ayuda ni quiero hacer nada, y para castigarlo le indicaré que es dudoso su casamiento con Anastasia. Á esta le haré las preveniones oportunas; pero le ocultare el secreto, porque desconfio de su discrecion, y en cuanto á la señora Alfonsa, la dejaré para ver

si la engañan ó se vende. Esta noche el golpe terrible, y mañana fuera de Sevilla.

Luego se asomó el doctor á la puerta y llamó al ama de gobierno.

Esta se presentó á los pocos instantes.

—¿Qué quieres?—preguntó con su acostumbrada aspereza.—Acaba pronto, que tengo puesta al fuego la sarten con el aceite y se va á quemar...

—Anastasia, oye y guarda bien en la memoria lo que voy á decirte.

—Empieza.

—No dirás á nadie una palabra de lo que he descubierto de los cucuruchos.

—Bartolo, me tienes por una bachillera...

—No es eso, sosiégate: quiero decir que el secreto es de mucha importancia.

—Ya lo sé.

—Pero no sabes que hay, no solamente quien observe y esuche, sino quien adivine los pensamientos,—repuso el doctor con acento misterioso.

—Me haces tonta, Bartolo.

—¡Si supieras!—repuso este con misterioso tono.—Pero mas vale callar... En fin, Anastasia, conviene que hoy no te cuides mas que de la comida.

—¿Pues cuándo hago otra cosa?—replicó ásperamente el ama de gobierno.—¿Acaso me meto nunca en camisa de once varas? Y aunque quisiera meterme no podria porque estoy hecha una esclava de mis obligaciones y...

—Es verdad,—dijo don Bartolo con dulzura;—no he pensado siquiera acusarte de entremetida: lo que deseo que entiendas

es que hoy debes hacerte á todo la ciega, la sorda y la tonta. Si Soledad entra, sale, sube, baja, habla ó ríe, déjala sin preguntarle ni prohibirle nada.

—¿Por qué?

—Porque he tendido un lazo á los traidores y debemos dejarlos que caigan en él.

—Mira, Bartolo, que los ratones huelen la ratonera antes que el queso.

—Pero si el queso se pone en la madriguera...

—En fin, dime de qué se trata...

—Ahora no puede ser... mañana lo sabrás todo, todo...

—¿Y por qué no ahora?

—Porque...

—Porque no te da la gana, —repuso la vieja.—Pues ten entendido que no me gusta que me lleven y me traigan como lanzadera de tejedor...

—Anastasia, prudencia...

—Tengo mucha; pero tanto va el cántaro á la fuente...

—Que el aceite se quema...

—Eso te vale, —replicó el ama de gobierno, dando media vuelta para salir.

—Espera...

—No puedo.

—Tengo que hacerte una advertencia muy importante: Figaro debe ignorar...

—Ya pareció aquello.

—¡Ay, Anastasia!

—Desde que sabes que Figaro me quiere lo has aborrecido.

—¿Estás loca?

—¿Es que tienes celos como hace treinta años? Pues es me-

nester que sepas que no tienes derecho para estar celoso, porque me has abandonado y...

—Lo que tengo es miedo de que no haya quien cargue contigo...

—¡Bartolo!...

—El aceite se quema...

—Agradece á mi prudencia...

—Déjame en paz.

—¡Pobrecito! —dijo con ironía la señora Anastasia.

Y salió, murmurando como de costumbre, mientras el doctor volvía á entregarse á sus meditaciones.

Una hora despues llegó Fígaro, y el ama de gobierno y Soledad acudieron á la vez á abrirle, de manera que ninguna pudo hacer mas que darle los buenos dias; pero la traviesa doncella lanzó al barbero una tan espresiva mirada, que este comprendió que se habian allanado todas las dificultades.

Don Bartolo no habló aquel dia una palabra mientras lo afeitaron; ocupóse en observar á Fígaro, temeroso de que lo degollara por ser la última vez, y cuando volvió á quedarse solo, exclamó:

—¡Mentira me parece que he escapado con vida!... ¡Ah, bribonazo!... Esta noche seré yo quien te afeite; pero sin navaja. Ya verás lo que te vale tu afamado ingenio, tu temible travesura.

Entre tanto Fígaro, mas ligero que el viento y gozoso á mas no poder, se dirigia á casa del conde para darle la feliz noticia de que Rosa esperaria á la noche.

---

---

## CAPÍTULO XLVII.

Dos diplomáticos.

Don Basilio habia pensado en su situacion; habia comprendido que la mas leve imprudencia podia perderle, y estaba resuelto á ocultar al doctor el pesado lance de la hostería, aunque decidido á no volver á ella á satisfacer su apetito devorador.

No podia dilatarse el desenlace de los amores de Rosa, y por consiguiente, como toda situacion que toca á su término, era mas delicada que nunca y debia procederse con mucho cuidado, so pena de que se perudiese todo.

—Todavía, — dijo el sacristan, — no pierdo la esperanza de que el amante de Rosa acepte mis servicios y los pague generosamente. Por lo mismo, debo observar con don Bartolo una prudente conducta y estar á lo que mas me convenga, pues unos y otros me han probado, conforme á mi antigua opinion, que en este pícaro mundo no hay mas amigos que el dinero, no hay mas afeciones que la conveniencia. Si el doctor no se muestra dispuesto

á recompensarme como debe, trabajaré por mi cuenta. No será la del fingido mal repentino de la niña y visita del galán la última locura que hagan, porque los enamorados, que todo lo ven de color de rosa, creen que la fortuna ha de serles siempre propicia, y á cada hora están dispuestos á cometer una imprudencia. Otra vez intentarán verse y hablarse, ideando nueva traza, y por consiguiente, tarde ó temprano me darán ocasion de ponerlos entre la espada y la pared, amenazándoles como pude hacerlo cuando cogí al galán *in fraganti* al salir de casa del médico. Este debe ser, pues, mi plan de conducta. Don Bartolo se habrá apoderado de la carta, me la enseñará, y segun su contenido, obraré, calculando con toda seguridad.

Con tal propósito, el sacristan fué á casa del doctor, y apenas el ama de gobierno le dió los buenos dias, dijo con el acento mas dulce y cariñoso que le fué posible :

— Señora Anastasia...

— Hoy, — replicó esta con acritud, — no tengo ningun encargo para vos.

— Lo sé; pero yo tengo que advertiros una cosa muy importante, porque ya sabeis que don Bartolo...

— Sí, sí, las dichosas cartas...

— ¿Supongo que le habreis entregado el papel, segun ayer os ordenó?

— Escusada es la pregunta. ¿Pensais que yo no sirvo para nada? Desde muy temprano lo tiene y ya lo habrá leído veinte veces.

— Bien, señora Anastasia; valeis mucho...

— Dejad los piropos...

— Escuchadme.

— Don Basilio...

—Silencio,—repuso el sacristan.—Es preciso que digais á don Bartolo que no podemos vernos en la hostería. Despues de la leccion entraré en su aposento y podrá indicarme cuándo y dónde hemos de reunirnos.

—Así lo haré,—respondió la señora Anastasia.

Y dejó al sacristan.

Rosa, con el pretesto de sus dolores de cabeza, abrevió cuanto pudo la leccion de música, escuchó distraidamente las observaciones de su maestro, y se volvió á su gabinete con harto sentimiento de la señora Alfonsa, que no pudo disfrutar mucho tiempo de la presencia del que tenia por su apasionado amante.

Habia llegado el instante de que pusieran en juego toda su diplomática travesura don Bartolo y el organista.

Ambos pensaban engañarse y no creían ni remotamente poder ser engañados.

—Ya sé,—pensaba don Basilio,—que tiene la carta del galan. Fingiré que lo ignoro.

—Ya sé,—decía para sí don Bartolo,—que ayer prometió este intrigante hipócrita ayudar á mis enemigos. No me daré por entendido de esto.

Cuando se vieron se saludaron afectuosamente, empezando el sacristan por preguntar:

—¿Os ha dicho la señora Anastasia?...

—Sí,—interrumpió el médico.

—Voy á esplicaros el motivo...

—De cualquier modo,—volvió á interrumpir el doctor con alguna frialdad,—nada se pierde.

—Es verdad; pero...

—Ya no es urgente nuestra conferencia, y aun casi puede decirse que es inútil...

—¿Qué significa esto?— dijo el organista para sí.—Ese tono... esas palabras... Aquí hay gato encerrado.

Y luego añadió en voz alta y mientras fijaba en el doctor una mirada escudriñadora:

—No os comprendo.

—Amigo mio, —respondió don Bartolo, procurando disimular lo que sentía, —ya no puedo mas. Los tristes desengaños que he recibido, los traidores abusos de que he sido víctima, han acabado con las fuerzas de mi espíritu y acabarán muy pronto con las de mi cuerpo.

—¡Vos, —repuso el organista, —un hombre de tanta energía, de tan poderosa fuerza de voluntad, de tanto talento, de tanta constancia!...

—Pues me declaro impotente.

—¡Qué escucho, amigo mio! —exclamó el sacristan, abriendo los ojos y la boca y mostrando una sorpresa que estaba muy lejos de sentir.

—Todo se acaba, don Basilio, y es preciso conformarse, —repuso el médico con fingida resignación.

—¡Oh!...

—Me he convencido de que una mujer es capaz de burlarse de todos los hombres. ¡Cómo he recordado vuestras acertadas y filosóficas observaciones con respecto á la hermosa mitad del género humano!

—Las mujeres...

—Consiguen cuanto les da la gana, y en tomando una cosa con empeño...

—No os equivocais.

—Por eso, despues de meditar, me he convencido de que en este enredo de los amores de mi pupila, no adelantaré nada,

y acabaré por perder la existencia, como ha estado muy cerca de sucederme hace muy pocos días.

—Pero ese cambio...

—Es hijo de las reflexiones que me he hecho.

—¿Y de ayer á hoy?...

—¿Qué he de hacer? Todos conspiran contra mí; me encuentro solo...

—Sois injusto. Os he prometido mi ayuda...

—Ya es tarde. Han llegado á tal punto las cosas, que serán inútiles vuestros esfuerzos y los míos.

—Desconfiais sin razon. ¡Ahora que podíais ser dueño de esas cartas!...

—No me habéis de eso,—replicó vivamente don Bartolo,—porque me recordais la sospecha de un nuevo desengaño mas horrible que ninguno.

—¡Un nuevo desengaño!... Me llevais de sorpresa en sorpresa,—replicó el sacristan, haciendo un cómico gesto.

Y añadió para sí:

—Te conozco, pícaro viejo, y fácilmente adivino á dónde vas á parar.

—Don Basilio,—dijo el médico, bajando la voz,—creo que la señora Anastasia se ha vendido á mis enemigos.

—¡Cómo!—exclamó el organista, brincando en la silla.—¡La señora Anastasia!...

—Sí.

—¿Y en qué os fundais, don Bartolo, para abrigar semejante sospecha?

—En que el papel de los garbanzos venia sin escribir, y al dármele palideció y se estremeció.

—¡Don Bartolo!

— En su semblante se pintó el crimen y el remordimiento, y por consiguiente he deducido con mucha razon que ha cambiado el papel.

— Puede suceder, — repuso el organista, — que el galan no haya escrito hoy.

— Tengo otra prueba. Hice algunas preguntas á la señora Anastasia, la sorprendí con algunas observaciones, y como no es muy aguda ni viva de imaginacion, se turbó hasta el punto de no saber qué contestarme.

— Tampoco eso...

— Otra prueba.

— Otra sospecha debeis decir.

— Es prueba material, — repuso el doctor.

— Explicaos.

— Me acerqué á la cocina sin hacer ruido; escuché y oí sonido de dinero, ¡sonido de oro que no puede confundirse con ninguno!

— ¡Oro! — exclamó don Basilio.

— ¿Qué os parece eso?

— Don Bartolo...

— El precio de la venta.

— Seria el sobrante de la compra...

— Ya me lo habia dado.

— Sus ahorros...

— No los tiene en su poder; se los guardo yo.

— Entonces...

— No hay duda.

— Pues bien, paguemos intriga contra intriga, traicion contra traicion...

— Estoy resuelto á desistir de mi propósito.

—Aun teneis recursos...

—Pero los sinsabores me matarán, y antes que todo es mi vida. Á mi edad un disgusto es una congestion, y una congestion la muerte.

—Exagerais.

—Ya lo habeis visto hace pocos dias.

—Aquel fué un lance muy sério...

—Muchos pueden suceder como aquel.

—¿Y el honor de vuestra pupila?

—Por eso la vigilaré,—replicó el doctor,—haré cuanto pueda para evitar su perdicion, cumpliré, en fin, con mi deber, pero nada mas.

—Cumplir con vuestro deber,—dijo el organista, que queria batir al médico hasta en la última trinchera,—cumplir con vuestro deber es acabar esos amores, porque en ellos está la perdicion de doña Rosa.

—Intentaré acabarlos,—repuso el médico,—y si no lo consigo, paciencia.

—¿Con eso os contentais?

—Me contento con que mi conciencia quede tranquila,—dijo el doctor con gravedad.

—No es bastante.

—Cumpliré tambien con el mundo para que nada puedan echarme en cara.

—¡Tranquila vuestra conciencia, sabiendo que habeis procedido tibia y flojamente!...

—No es tibieza mirar por mi vida. Vigilaré á Rosa, la encerraré, la sacaré de Sevilla si fuese preciso, y en último caso la pondré en un convento. ¿Puede el mundo, por exigente que sea, pedirme mas?

— El mundo...

— Estoy resuelto,— interrumpió el doctor, que queria acabar la conversacion á toda costa.— Despediré á Soledad, observaré á Anastasia, y si se confirman mis sospechas...

—¿La despedireis tambien?

—¿Quién lo duda?

— Sobre ese punto me permitireis que os haga algunas observaciones...

— Comprendo.

— Sabeis el compromiso...

— Sí, sí, vuestro casamiento...

— Eso es.

— Don Basilio, estamos en el caso de hablar con franqueza: nuestra antigua amistad...

— Ha sido mi única garantía.

— Pues bien,— repuso el doctor con secreta alegría, porque creia que iba á dar un golpe terrible al maestro de música,— sobre ese punto tengo tambien una sospecha...

—¿Cuál?— preguntó vivamente don Basilio.

— Creo,— respondió el médico,— que la señora Anastasia ha variado de opinion.

—¿Qué os ha dicho?

— Nada, y por eso es sospecha.

—¿Pero en qué se funda? Explicaos...

— Ayer hablé de vuestro casamiento á la señora Anastasia, á propósito de las dificultades que van presentándose para mi boda, y por consiguiente para que os dé los cuatrocientos ducados convenidos, y ella me respondió con una frialdad, con palabras tan ambiguas...

—¡ Ah!...

—Además, he advertido que suele cruzar con el barbero miradas de inteligencia...

—¡Con el barbero!...

—Lo cual me hace creer que ese bribon de Fígaro ha embaucado á la pobre mujer, haciéndole creer que la ama, para convertirla en instrumento de sus intrigas.

El organista levantó al cielo los ojos, estendió los brazos é hizo un gesto de resignacion.

—¡Dios mio!—exclamó.

—Hé ahí una de las razones que he tenido para creer que ha cambiado el papel de los garbanzos.

—Todo lo creo...

—Ya veis, pues, si tengo motivos para renunciar á mi proyecto de boda.

—Lo que no entiendo,—repuso el sacristan, despues de meditar algunos instantes,—es cómo enamora Fígaro á la señora Anastasia, cuando puede asegurarse que ama á Soledad y ella le corresponde.

—Me parece que Soledad sirve á ese hombre por dinero y no por cariño á Fígaro: y aun cuando así no sea, puestos ambos de acuerdo...

—¿Y no comprende la señora Anastasia que el barbero se burla de ella?

—Don Basilio, conocéis á las mujeres y debéis saber que siempre están dispuestas á creer que las aman.

—Es verdad,—repuso sentenciosamente el organista,—no hay ninguna tan desnuda de amor propio que sospeche que se burlan al decirle que es hermosa.

—Unido eso al oro de que os he hablado...

—Entiendo.

— Por consiguiente, seguiré observando.

— Por mi parte, — dijo con fingida indiferencia el sacristan, — no cuento ya con que se realice semejante proyecto, y dejaré de fingir con la señora Alfonsa.

— No os aconsejo nada ahora.

— Bien, — dijo el sacristan, levantándose y tomando su sombrero. — ¿Con que decididamente renunciáis á casaros con doña Rosa?

— Decididamente.

— Si otra cosa pensáis, siempre me encontrareis dispuesto á serviros.

— Gracias...

— Que Dios os guarde.

Y don Basilio salió diciendo para sí:

— Todo lo que me ha dicho es mentira: no hay tal cambio de papeles; al contrario, el contenido de la carta debe ser importantísimo: se prepara algun suceso ruidoso... Bien... Trabajaré por mi cuenta.

Absorto en estos pensamientos, no reparó el organista en la dueña, que se le puso delante al atravesar la sala, y tropezó con ella.

— ¡Ay! — exclamó la pobre con acento de dulce reconvenccion y agarrándose al respaldo de una silla para no caer.

— ¡Siempre en medio esta vieja! — dijo el sacristan sin detenerse.

— ¡Dios mio! — murmuró la señora Alfonsa. — ¿Qué escucho? Sin duda me ha equivocado... porque él es muy galante... ¡Oh!... ¡Ha creído que soy la señora Anastasia!

Consolóse con esto la dueña, suspiró tiernamente y volvió al aposento de Rosa.

Don Basilio bajaba entre tanto la escalera seguido del ama de gobierno, y decia:

—Supongo que don Bartolo os ha encargado...

—Sí, lo que no era menester, pues ya sabia yo que todo el mundo debe ignorar lo de la carta de hoy. Pero me tienen por boba...

—No es eso, sino que ya conocéis á Figaro...

—¿Vos tambien? No sé lo que os habeis figurado.

—Nada; pero...

—Por mí no ha de desgraciarse el plan de don Bartolo.

—¡El plan!—dijo para sí el organista.—Con razon he sospechado que me engañaba... Veamos.

Y añadió en voz alta:

—¿Y qué tal os parece el proyecto?

—No ha tenido tiempo para decírmelo; pero segun como se ha puesto al leer la carta de ese galan...

—Le produciria mal efecto.

—Cuando entré en su cuarto y lo miré, creí que iba á darle otra como la pasada; pero no pudo decirme mas sino que me hiciera á todo la ciega y la sorda y que dejara en libertad á Soledad para que cayeran en el lazo.

—Eso es.

—Á vos os habrá explicado...

—Me ha indicado algo; pero como tenemos que conferenciar despues...

—No sé lo que va á suceder aquí.

—Ha amanecido nublado...

—Y corre aire tormentoso.

—Espero relámpagos, truenos y...

—Rayos tambien.

—Sí, preparaos á todo, porque sospecho que el dia ha de acabar ruidosamente.

No quedó ya al organista duda de que don Bartolo lo habia engañado y que algo de mucha gravedad debia suceder aquel dia.

—¿Será,— se preguntó,— que tienen proyectada otra entrevista? Probablemente.

---

## CAPÍTULO XLVIII.

### Cómo acabó el día y empezó la noche.

Todos estaban tristes y meditabundos; hablaban poco; iban y venían sin objeto aparente, y sus miradas eran recelosas como si cada uno sospechase y tuviese miedo de los demás.

La risueña esperanza de conseguir lo que tan ardientemente deseaba, no era bastante para alegrar el ánimo de Rosa, ni la confianza que tenía en el valor, recursos de ingenio y cariño de Soledad y Fígaro, la tranquilizaba. De una parte la acusaba su conciencia, pues al fin no era razón de fuerza el desco de librarse de la tiranía de su tutor para faltar á los principios del decoro y esponer su honra, y de otra temía que cualquier accidente impre- visto trastornase el plan de fuga, y lo que sería peor, diese lugar á un escándalo.

Aquel día, pues, que debía ser de completa dicha para la jó- ven, sufría mucho, porque entre dudas, temores y anhelo, luchaba y se atormentaba.

Empero ya no podia retroceder, habia dicho que sí y bajo la fé de su promesa la esperaba quien no habia vacilado ante ningun peligro.

Muchas veces brotó el llanto en los ojos de Rosa aquel dia, precursor de muchos de una felicidad que tanto habia deseado; muchas veces buscó en el rezo consuelo á su dolor que no acertaba á esplicarse, y así pasaron para ella las horas, no lentas como son las de angustia, sino veloces como las del que espera el mal y lo ve con espanto acercarse.

Al contrario, para Soledad el tiempo trascurria pesadamente: nada temia, confiaba en sus propias fuerzas y en Fíguro y estaba impaciente porque llegara el momento en que debia concluir aquella situacion.

No menos afanosos estaban el conde y Fíguro. Ni uno ni otro pensaban en los peligros del paso que iban á dar. Se trataba de su dicha, eran valientes y nada temian porque estaban seguros de triunfar con su arrojo y despreciaban á sus enemigos. Á ellos les parecieron tambien las horas largas, porque todo lo habian preparado y no tenian que hacer mas que esperar.

El doctor no se habia descuidado, abandonó á sus enfermos, y solo se ocupó en arreglar con su amigo don Pedro de Zúñiga el asunto de la sorpresa. Empero aunque no podia dudar del éxito de su trama, por mas que el golpe fuera seguro y nada tuviese que temer, no estaba tranquilo, temblaba á la sola idea de encontrarse frente á frente con el galan y el barbero, que habian de enfurecerse hasta el punto de perder la razon cuando se viesen cogidos en el lazo.

—¿Quién sabe,—decia el buen doctor,—si en el primer arrebato de su ira, con la falta de juicio de la desesperacion, me darán una cuchillada tan velozmente que no puedan evitarla los

que me ayuden? Verdad es que esto los colocaria en peor situacion; pero el que está desesperado y anhela vengarse no piensa en las consecuencias, porque su razon se ofusca; y á no ser así, nadie cometeria un crimen de que se arrepiente despues. Mas como no tengo medio de evitar ese peligro, debo arrostrarlo ó renunciar á mi venganza. ¡Oh! Tal vez he hecho mal, llevado del primer impulso de mi enojo, en volver la espalda á don Basilio: juntos hubiera sido el peligro menor, porque mientras con él se ensañaban hubieranme dado lugar á huir. En fin, hecho está y no tiene remedio. Defiendo la buena causa y Dios me ayudará. ¡Rosa, Rosa, objeto de todos mis afanes, causa de todas mis angustias, qué ingratamente pagas mi amor!

Así, entre quejas y temores, pasó don Bartolo el dia, ya perdiendo al tiempo que detuviera su curso, ya que acelerase su vuelo, segun pensaba en el peligro ó le aguijoneaban los celos y el deseo de venganza.

Entre tanto el ama de gobierno iba y venia, mirábalos á todos como si quisiera adivinar lo que sentian, sin conseguir otra cosa que atizar el fuego de su curiosidad que, con su pico y uñas de demonio, le hacia sufrir un tormento sin tregua semejante al de Prometeo.

—¿Dónde está el lazo,— se preguntaba,— dónde la red tendida por Bartolo? ¿Qué va á suceder? ¿Qué venganza ó castigo es ese tan terrible? Al fin saldremos con alguna pata de gallo. ¡Bartolo será siempre el mismo!

La señora Alfonsa era la única que estaba tranquila. Arrullada por las dulces ilusiones de su amor, se entregaba á sosegados sueños al grato calor de la lumbre del brasero, sin cuidarse del bordado de Rosa ni advertir la inquietud de esta, sus lágrimas y suspiros.

—¡Qué felicidad;—decía la vieja,—qué dicha tan incomparable hubiera sido la mia, si Basilio no me hubiera tomado por la señora Anastasia cuando el feliz tropezon!... ¡Ah!... Pero ocasiones vendrán en que nos encontremos de la misma manera, sin equivocaciones y mas despacio, y entonces nuestros sensibles corazones, como dos mariposas que aletean entre las llamas, agitados entre el fuego de nuestra pasión, palpitarán juntos y apretados, sin acertar á separarse como el imán no se separa del acero. ¡Ay!... ¡Yo quiero amar, morir amando, que mi último suspiro sea de amor!

Y suspiraba la vieja, y sus camándulas chocaban unas con otras al agitarse sus huesosas manos, y se quedaba dormida para soñar con la sotana del sacristán.

Este, que despues de comer bien y beber mejor, habia vuelto á meditar, afirmóse mas en su opinion de que algo de muchísima importancia habia de suceder, y de que no debia dejar pasar lo que parecía ser una ocasion afortunada de dar un golpe en firme y hacerse rico.

Con tal propósito empezó sus observaciones, colocado, ya tras una esquina, ya en algun portal desde donde pudiera ver la casa del médico sin ser visto, y resuelto á pasar la noche de centinela, incrustado en el hueco de una puerta. Las continuas entradas y salidas de don Bartolo llamaron la atención del maestro de música, y convencido de que eran inequívocas señales del suceso que se preparaba, dijo:

—No hay remedio: alguna locura intenta el galán, alguna diablura ha inventado el maldito barbero. Aquí estaré al toque de ánimas, que anticiparé en mi parroquia algunos minutos para no perder tiempo. Ya habré cenado; vendré provisto de una botella de Jerez para calentar de vez en cuando el estómago, porque

el frio aprieta y la lluvia amenaza. No podrá ser mas que una noche perdida, una noche á perros; pero no me faltará la paciencia porque me figuraré que he puesto á una carta todo mi caudal y espero el resultado. Si bien se piensa esto no es mas que un juego de azar, y ante un albur no me canso ni me duermo. Si la noche pasara sin novedad, mañana pondré mi segundo plan en ejecucion; espíaré á Fígaro, por supuesto con cuidado, y así averiguaré quién es el galan misterioso de las hebillas de diamantes, con lo cual tendré un medio mas, una nueva arma para luchar. ¡Y no se me ha ocurrido antes tan buena y sencilla idea!

En tal estado se encontraban nuestros personajes.

Y como si hubiera querido la atmósfera dar á los sucesos que se preparaban mayor tristeza, hacer mas sombríos los colores del cuadro que empezaba á bosquejarse, negras y espesas nubes iban amontonándose en el horizonte, velando el sol y amenazando deshacerse en agua y vomitar centellas al retumbar los truenos.

Esto contribuía sin duda á infundir á Rosa mas tristeza y miedo y mas espanto á don Bartolo, porque sus nervios sufrían la influencia atmosférica, y ayudaba también á que los sueños de la señora Alfonsa fueran mas frecuentes, mas viva la curiosidad del ama de gobierno, mayor el entusiasmo del organista y mas impaciente el afán del conde, Fígaro y Soledad.

El sol tocó al fin á su ocaso sin que los crepúsculos pudieran esparcir sus resplandores porque habían espesado las nubes.

La dueña dormía profundamente, sentada junto al brasero, con los brazos cruzados y la cabeza doblada sobre el pecho que se levantaba al compás de sus ronquidos. Su estraña figura se dibujaba confusamente entre las sombras que empezaba á esparcir la noche.

Rosa y Soledad, que pensaban aprovechar aquella ocasion

para hablar por última vez de lo que tanto deseaban y temían, guardaban profundo silencio hasta convencerse de que no era fingido el sueño de la impertinente vieja, porque entonces desconfiaban de todos.

Á los ronquidos de la dueña se mezcló otro ruido leve, igual y continuado, el de la lluvia que empezaba á caer y azotaba las celosías y los vidrios de la ventana.

—Llueve,—dijo vivamente Rosa, pensando si podría con tal pretexto dejar para otra noche su fuga.

—¿Qué importa?—replicó la traviesa Soledad.—Os abrigais bien, y aunque diluvie, como teneis que andar muy poco, porque sabéis que en la otra calle esperará un coche para vos y para mí...

—Soledad,—interrumpió con voz ahogada la pupila,—tengo miedo y...

—¿Quereis luz? No la he traído por si despertaba este demonio...

—No es eso.

—Entiendo; va á tronar y...

—Tengo miedo de mí misma.!

—¡Ah!... ¿Otra vez perdeis el ánimo?

—Nunca lo he tenido, ya lo sabes: solo un momento de locura pudo decidirme...

—Ya es tarde para pensar en eso.

—Harto me pesa...

—Ni es el caso para asustarse: salir de aquí, entrar en un coche y dejarse llevar como una duquesa por cuatro calles; salir del coche y entrar en una casa donde espera el cura, el novio y los testigos; casarse sin mas dilacion ni hablar mas palabra que para decir sí, no es cosa que deba hacer temblar á una mujer que

tiene novio y lo quiere, pues para eso lo quiere y lo tiene. No diré que no os pongais colorada al responder al cura y oír el sermón que acostumbran á echar; pero mas de eso no puede sucederle á ninguna.

Rosa exhaló un suspiro y se estremeció.

—Pero como ya no es tiempo,—añadió la sirvienta,—de volvernós atrás, debemos pensar solamente...

—Soledad,—interrumpió la pupila,—no puedo tranquilizar mi conciencia.

—Quien no debe tenerla tranquila es vuestro tutor, que con su conducta os obliga á hacer lo que por vuestra voluntad no hubierais hecho.

—He debido sufrir y esperar...

—¿Hasta cuándo?

—No sé; pero...

—El remedio hubiera llegado tarde: no era posible vivir mucho tiempo así: ya lo habeis visto, empezábais á enfermar y antes de un año...

—¡Dios mio!...

—En fin, dejemos lo pasado.

—¿Es mas risueño lo futuro?

—Indudablemente, porque todo va saliendo á medida de nuestro deseo. Hasta el tiempo parece que quiere ayudarnos. De seguro habrá tormenta...

—Para aumentar mi terror...

—Para que yo abra el balcon mientras suenan los truenos,—repuso la sirvienta,—pues aunque he tomado la precaucion de untar con aceite los goznes, sin embargo, como las maderas están medio apollilladas y desvencijadas, pueden crujir y echarlo todo á perder.

—Imposible es vencer tanto obstáculo...

—Todos si teneis serenidad.

—La señora Alfonsa ha pasado casi todo el dia durmiendo, y el sueño no la vencerá despues.

—Sabeis que es un liron.

—Acuérdate, Soledad, que la noche de la serenata despertó á los primeros sonidos de la música.

—Debeis pensar, señorita, que las seguidillas que Figaro cantó aquella noche podian resucitar á un muerto, y así no es extraño que despertasen todos; pero la lluvia y el aire...

—¡Oh!...

—En fin, despierte en buen hora: ya os lo he dicho: vos saldreis junto á mí: yo toseré, bostezaré y me quejaré para que la vieja comprenda que no es mi intento salir ocultamente, y si me pregunta, le diré que estoy rabiando de un dolor de tripas que me obliga á dejar la cama con mas prisa de lo conveniente á mi pereza y al frio. Además me acusaré del olvido de no haber dejado á mano con qué encender luz. ¿Qué sucederá? Nada: saldremos y se volverá á dormir, dejándonos en libertad.

—Es desconfiada...

—Pero torpe.

—No me tranquilizó...

—Tened presentes mis advertencias y descuidad.

Rosa guardó silencio por algunos instantes.

Espesaba la lluvia.

Soplaba con mas fuerza el viento.

La oscuridad era casi completa.

—Soledad, trae luz...

—Esperad á que despierte la bruja...

—Será darle motivo de enojo.

—Mejor: cuando se enfada se le abre el apetito, y cuando come mucho duerme mas. Verdad es que la cena que le espera no tiene nada de fuerte; pero si llena bien las tripas caerá en la cama lo mismo que un pedazo de plomo.

La alegre Soledad lo encontraba todo favorable; de todo sabia sacar partido; nada habia para ella que no tuviese un lado tan bueno que compensase sobradamente el malo. Por eso no sabia lo que significaba la palabra *inconveniente* y ante los que se le presentaban no se detenia.

¿Quién hubiera podido hacerle creer que iba á verse presa en sus propias redes? ¿Cómo habia de sospechar que el doctor, su enemigo mas despreciable, habia descubierto la intriga de las cartas con una habilidad de que la traviesa doncella se hubiera envanecido?

Como Rosa callaba, suspiraba y tal vez, favorecida por las tinieblas, dejaba correr su amargo llanto, entró Soledad en nuevas esplicaciones y hubiera seguido largo rato si la señora Alfonsa, dejando escapar un ronquido mas sonoro que ninguno y moviéndose luego, no diera muestras de que empezaba á sacudir el pesado sueño.

Silenciosa y velozmente se deslizó Soledad, dejando el aposento.

—¿Qué es esto?—preguntó la vieja despues de restregarse los ojos.—Ya es enteramente de noche y estamos á oscuras.....

¿Doña Rosa?

—¿Qué quereis?—respondió la jóven.

—¿Esto consentís?

—No os comprendo.

—¿Qué hace esa bachillera de Soledad?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no ha traído luz?

—Estará ocupada...

—Y llueve...

—Sí.

—¿Pero cómo tolerais que nos tenga á oscuras? ¿Acaso somos murciélagos? Si fuera el descuido mio...

—Como no necesitábamos la luz y don Bartolo se queja de que se gasta mucho aceite...

—Don Bartolo se queja de lo que se desperdicia. ¿Ya empezais á murmurar?

—Señora Alfonsa, estábais durmiendo, á mí me dolía la cabeza...

—No os faltarán excusas; pero os equivocais, porque yo no dormía, rezaba...

—¿Rezais roncando?

—¡Jesus!... ¿Teneis valor para decir que yo roncaba? El ruido de la lluvia os ha parecido...

—Acabó la cuestion,—replicó Rosa.

—Alabado sea Dios,—dijo Soledad, entrando con un velón encendido.

—Por siempre bendito y alabado, amen,—respondió la señora Alfonsa.—Ya era hora...

—Para que rabieis todas son buenas,—repuso la traviesa sirviente.

—¿Empezais á desvergonzaros?

—Buenas noches: no puedo detenerme, porque tengo mucho que hacer.

—Como de costumbre.

—Estoy cosiendo...

—¿De cuándo acá tan aplicada?

—Y con mas gusto lo haria si fuera para daros un punto en la boca...

—¡Atrevida, insolente!...

—Silencio,—dijo ásperamente Rosa.

Desapareció riendo Soledad, y la señora Alfonsa prorrumpió en quejas y amenazas que no obtuvieron respuesta y acabaron por observaciones sobre el frio, la lluvia, el viento y la tormenta que se preparaba.

Al fin volvió á reinar en toda la casa el silencio mas profundo, interrumpido solamente por el monótono ruido de la lluvia y el viento.

Se acercaba la hora de la última desgracia de los pobres enamorados.

---

## CAPÍTULO XLIX.

De cómo se acometió la atrevida empresa por el galán y se prepararon don Bartelo y el organista.

Al toque de ánimas, en tanto que la familia del doctor rezaba, el conde hablaba con Querubín, y Figaro bebía vaso tras vaso de Manzanilla en una taberna, en la solitaria y estrecha calle en donde el médico vivía, embozado hasta los ojos y con acelerado paso entró un hombre.

Á pesar de la lluvia, que espesaba cada vez más, detúvose al llegar frente á la casa del doctor, volvióse á uno y otro lado como si observase, y luego anduvo algunos pasos más, metiéndose en el hueco de una puerta resguardada de la lluvia por un ancho balcón, y diciendo:

—¡Vive Dios!... Estoy calado hasta los huesos.

Por la voz grave y hueca con que pronunció estas palabras era fácil reconocer al organista.

Y desembozándose, sacudió la raída capa y añadió:

—Aquí no me mojo, y aunque el aire es frío, echaré un trago y nada tengo que temer.

Dicho y hecho: aunque confusamente, pudo verse cómo el sacristan sacó un bulto de debajo de la sotana y lo acercó á la boca, quedando inmóvil por espacio de algunos instantes.

—¡Ah!—exclamó luego.

Y castañeteó la lengua y volvió á embozarse.

Hubiera sido imposible distinguir su negra figura en medio de la oscuridad y en aquel rincon: solo moviéndose ó hablando hubiera podido advertirse que estaba allí.

El sitio donde se habia colocado era el mas á propósito para sus fines: aunque á mas de veinte pasos de distancia, podia observar desde allí á cuantos se acercasen, entrasen ó saliesen en la vivienda de don Bartolo.

Armado de paciencia, provisto de vino y á cubierto de la lluvia, pensó el maestro de música que podria pasar toda la noche sin mucha incomodidad ni riesgo alguno.

—Los transeuntes,—dijo,—que en esta calle se ven pocos, y tal vez ninguno á estas horas y con esta lluvia, pasarán de largo porque nada les importa que yo esté aquí: los ladrones no me verán porque no llevan luz, y si alguna ronda se acercara, saldré y seguiré delante de ella hasta dejar la calle. En cuanto al misterioso galan y al barbero, si viniesen por este lado con luz, los conoceré y haré como con la ronda, y si á oscuras, pasarán sin verme. Posible es, aunque muy difícil y dudoso, que una casualidad imprevista me ponga en cualquier aprieto; pero entonces haré uso de mis piernas, y como la noche está oscura y nadie me gana á correr, me libraré fácilmente del peligro. ¡Oh!... Todos me han despreciado, maltratado y engañado; pero unos y otros no han de tardar en arrepentirse, temerme y convertir sus amena-

zas en ruegos. No me conocen, y el saber lo que valgo ha de costarles mucho. Quieto, pues, aquí.

Resuelto á no moverse permaneció el pobre sacristan en su escondite sin que nadie lo interrumpiese en sus interesantes meditaciones.

Una hora pasó.

Seguia lloviendo.

La calle se habia convertido en un cenagoso arroyo.

En lontananza y á la parte de donde soplabá el viento brillaron algunos relámpagos, pero sin que se oyese el ruido de los truenos.

—Dentro de una hora ó dos,—dijo el organista,—tendremos encima la tormenta. Mejor, porque así transitará menos gente por la calle.

Y despues de restregarse las manos, añadió:

—El estómago se enfria.

Otro trago dió al sacristan nuevos alientos para aguardar sin perder la paciencia.

En todas las casas iba reinando un profundo silencio.

Iban desapareciendo los rayos de luz que se escapaban por las rendijas de algunas ventanas.

Por la estrecha calle no habia pasado una sola persona.

El tiempo trascurria lentamente para don Basilio, no porque se cansase de esperar, sino porque anhelaba el momento de su venganza y su triunfo, y sospechaba que lo que intentase el atrevido galan no sucederia hasta la media noche, hora á propósito para tales aventuras.

—¡Fiel compañera!—exclamó, sin duda acariciando la botella de Jerez.—Contigo me atrevo á pasar, no digo horas, sino dias enteros, resistiendo á la intemperie con lluvias, huracanes y tormentas, y arrostrando los mayores peligros.

Pasó otra hora y otra media sin novedad.

El silencio mas profundo y la mas completa oscuridad reinaron en toda la calle.

Solo se oia el ruido sordo y monótono de la lluvia al caer y del arroyo que habia formado y corria impetuosamente.

Don Basilio pensó que el amor del galan misterioso habia de ser mucho para que no renunciase á sus proyectos, sobre todo si se reducian á cantar un amoroso romance.

Se acercaba la tormenta, y aunque lejano, se oia ya el crujido de los truenos.

Dieron al fin las once, y el sonido de la campana del reloj de la catedral se apagó entre la densa atmósfera.

—¡Las once!—murmuró el maestro de música.

Y volvió á beber.

La oscuridad, la soledad y el silencio de la calle fueron interrumpidos.

Por el extremo opuesto al en que se encontraba el sacristan se esparcieron algunos rayos de luz.

Luego se vió una masa negra é informe.

Despues se oyó el sordo ruido de muchas pisadas.

—¡Ah!—exclamó don Basilio, mirando afanosamente hácia donde brillaba la luz.—¿Qué es aquello?... Son... muchos hombres... ¡Una ronda!... Se dirigen hácia aquí...

Efectivamente, eran diez ó doce hombres vestidos de negro, envueltos en anchas capas, divididos en dos grupos, en medio de los cuales iba otro embozado.

Los dos que caminaban delante llevaban sendas linternas.

Por debajo de las negras y largas capas asomaban las relucientes puntas de las espadas que, sin duda por precaucion, llevaban desnudas.

Á buen paso se dirigian hácia donde estaba el organista, y ya este se preparaba á salir de su escondite, cuando se detuvieron frente á la casa del doctor.

—¿Qué significa esto?— se preguntó don Basilio.

Y vió con sorpresa que la ronda permanecía inmóvil como si esperase.

Su curiosidad duró tres ó cuatro minutos, al cabo de los cuales, se convirtió en tan grande sorpresa que hasta la respiracion le faltó.

Los alguaciles, como si se evaporasen, empezaron á desaparecer silenciosamente, y cuando ya no quedaba ninguno en la calle, pudo observar el organista que salia luz por la puerta de la vivienda del médico, que estaba abierta y se cerró sin hacer el mas leve ruido.

—¡Ah!— exclamó.— Una ronda... entra en casa de don Bartolo... él la esperaba... ¡Todo lo comprendo!... ¡Es una emboscada!... Bien: ya no cabe duda: el galan debe venir é introducirse en la casa, donde lo cogerán como raton en la ratonera y llevarán á la cárcel en compañía del barbero... ¡Ese es el lazo de que me habló la señora Anastasia!... ¡Y el pícaro viejo me lo ha ocultado!... Desbarataré sus planes y haré mi fortuna... ¡Oh!... ¡Noche feliz!

En su entusiasmo apuró el sacristan el vino que quedaba en la botella, se restregó alegremente las manos, brillaron como dos ascuas sus ojuelos y quedó inmóvil.

Al mismo tiempo que esto sucedia en la calle, en casa del conde, este, Fígaro y Querubin, sin poder dominar su impaciencia, se preparaban para salir.

El rostro del conde estaba pálido y contraído..

El del barbero revelaba alegría: estaba acostumbrado á seme-

jantes lances, nada tenia que perder, y por consiguiente no sentia mas que el gozo de su triunfo, que creia tener asegurado.

Querubin, apoyado en el respaldo de un sillón con la indolencia y languidez que tan sin causa ni esplicacion alternaban con su viveza y alegría, haciendo incomprensibles sus sentimientos y su carácter, parecia en aquellos momentos indiferente á cuanto sucedia, y guardaba el mas profundo silencio.

—Querubin, —dijo el conde, volviéndose hácia su hermoso paje, —esta noche estás insufrible.

—Perdóneme vuestra señoría, —respondió el adolescente, enderezando su esbelto talle.

—¿Y por qué me das ahora ese tratamiento que en tus labios me enoja?

—Quiero acostumbrarme para cuando haya de hablaros delante de la señora condesa.

—Parece que te desagrada mi casamiento, —replicó el conde; —esa indiferencia, y aun pudiera decirse el disgusto que se trasluce en tu semblante, precisamente en los momentos en que voy á ser feliz...

—Os habeis equivocado, señor conde, lo cual no es extraño, porque muchas veces ha sucedido lo mismo.

—¿Tienes aun la pretension de creer que no te conozco? Es tu manía.

—Mi error.

—Tu único defecto.

—Mi desgracia única.

—Tienes razon, eres incomprensible, —dijo el conde con algun enojo.

—Señor, —repuso tranquilamente el paje, —valgo muy poco para que nadie se tome el trabajo de comprenderme.

Y una leve, pero amarga sonrisa, dilató sus rojos y frescos labios.

—Lo que dices, —respondió el conde con tono de reconvención cariñosa, — es una ingratitud.

—¿Por qué me habeis acusado sin tener pruebas ni convencimiento de la falta? Perdonadme, señor conde, pero vuestras dudas me...

—Ya sé que me amas, —interrumpió Almaviva, dominado, como casi siempre le sucedía, por la influencia que en su ánimo ejercía el hermoso niño.

—Pues bien, señor, entonces no dudeis de mí.

—Querubin, —repuso con dulzura el conde, — no dudo de tu cariño, es que lamento tus rarezas, tus extravagancias, los contrastes incomprensibles de tu carácter, que no me han dejado adivinar...

—¿Si soy bueno ó malo?

—Lo que serás.

—Un desgraciado, señor; pero un desgraciado que no se quejará.

—¡Vive el cielo!... Siempre con tus negros augurios...

—¿Debo esperar otra cosa mas que desdichas?

—¿Por qué?

—Porque lo pasado me enseña lo porvenir. Como todos, nací débil y llorando; cuando quise sonreír busqué una madre y no la encontré; cuando necesité apoyo y guía busqué un padre y no existía; cuando sentí la necesidad de amar me ví sin hermanos; luego busqué un amigo...

—¿Y tampoco lo encontrastes? —preguntó vivamente el conde.

—Á vos, señor; pero no me atrevía á daros ese nombre...

¡Hay entre nosotros tanta distancia!... Vos sois el señor y yo el criado...

— Querubin...

— Señor, olvidais...

— ¡Oh!... Cuando discurrees tienes la habilidad de conducirme á donde no pienso llegar...

— Me habeis acusado de indiferente á lo que va á decidir de vuestra dicha...

— No aparentas tomar parte en mi alegría, y eso...

— Señor, doña Rosa os ha convertido, lo cual me prueba que es un ángel.

— No te equivocas.

— Debeis, pues, pagarle, tanto mas cuanto que al hacerlo así haceis vuestra felicidad.

— ¿Entonces?...

— Pero en vos me duele, y en Fígaro me admira, que tengais por cosa tan segura el triunfo de vuestro plan: semejante confianza os hará olvidar mil importantes precauciones y puede suceder una desgracia.

— ¿Acaso dudas?...

— ¿No he de dudar? ¿Pues qué el tutor de doña Rosa y los que le ayudan habrán dormido mientras vosotros habeis velado? Serán torpes, cobardes, cuanto se quiera; pero ¿quién os asegura que no los ha favorecido una casualidad? El éxito de vuestro plan depende de la mas insignificante circunstancia.

— Sabemos que hay peligros...

— Pero ni pensais en ellos ni los temeis si os los recuerdan. Y como de esto no puedo convenceros, ante vuestra obstinacion no me queda mas recurso que cruzarme de brazos, callar y obedecer. Ahí teneis lo que llamais mi indiferencia.

—Rara esplicacion.

—Antes lo habeis dicho, soy raro, estravagante...

—Despues del triunfo...

—Diera, señor, mi vida porque saliéscis bien; pero no es cosa tan sencilla lo que se intenta.

—¡Oh!—pensó el barbero, porque no se atrevió á decirlo en voz alta.—He ayudado á la fuga de algunas mujeres y no hay cosa tan fácil.

—¿Qué piensas de eso, Figaro?—preguntó el conde.—Nada dices...

—Pienso, señor, que han dado las once y estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Ó ganando una ocasion propicia,—replicó el paje.

—¡Oh!...

—Asegurad que no es así.

—Bien dice su señoría, señor Querubin; en todo sois raro. Al diablo no le hubiera ocurrido semejante idea.

—Cuando se camina á la ventura puede ser tan malo llegar demasiado temprano como demasiado tarde.

—Teneis razon que os sobra.

—Pero puesto que la cita es para las doce y ya dieron las once...

—Vamos,—dijo el conde, levantándose.

Querubin salió, volviendo á los pocos instantes con capa y sombrero.

El conde abrió la papelera de que ya hablamos en otra ocasion, y además de una bolsa de seda que llevaba llena de monedas de oro, llenó tambien los bolsillos de su chupa.

—Buena municion para dueñas,—murmuró Figaro.

—¿Llevas la escala?—preguntó el conde á su paje.

—Y la linterna tambien, —respondió este; enseñando ambos objetos.

—Nada nos falta...

—Ahí teneis vuestra espada, capa y sombrero...

—¿Y las pistolas?

—Miradlas sobre la mesa.

El de Almaviva tomó sus armas, capa y sombrero, y embalzándose, dijo:

—Rosa será mia esta noche ó perderé á su lado mi vida.

Salieron á la calle sin pronunciar una palabra.

No cesaba la lluvia.

Brillaban con mas frecuencia los relámpagos y sonaban mas cerca los truenos.

Las calles estaban intransitables, convertidas en arroyos y charcos y sin una sola luz.

—¡Maldita tormenta! —exclamó el conde.

—Bendita, señor, —dijo Querubin, —porque así no habrá curiosos que nos observen.

—Pero Rosa...

—Poco tiene que andar.

—¿Has hecho entender bien á Antonio el sitio donde ha de esperar con el coche?

—Dejásteis ese asunto á mi cuidado, y para evitar errores, he llevado á Antonio al lugar donde debe situarse.

—Eres precavido.

—Además irán dos lacayos armados con órden de acudir si nos oyesen gritar, aunque sin saber para qué ni por qué.

—¿Y aun desconfiais? —preguntó el barbero.

—De nuestra fuerza, no; pero como lo menos que quizás debemos temer son obstáculos que puedan vencerse á cuchilladas,

no me entrego á la alegría de un triunfo que no hemos alcanzado aun.

Con ayuda de la luz de la linterna pudieron seguir sin hundirse en el lodo ó caer, aunque no sin tropezar de vez en cuando y mojarse.

Sin encontrar alma viviente dejaron atrás calles y calles hasta llegar á la del doctor.

Entonces ocultó Querubin la luz y se detuvo.

— ¿Qué esperas?— le preguntó el conde.

— Nos sobra tiempo, señor, y antes de seguir será prudente escuchar y observar.

— Nadie pasa; los vecinos duermen...

Brilló un relámpago y á su luz fugaz pudieron ver que la calle estaba desierta.

— Estamos solos,— dijo el conde.

Y su voz se perdió entre el ruido del trueno.

— Nos alumbra Satanás,— dijo Fígaro.

— Será para llevarnos al infierno,— añadió Querubin.

Sonó la campana del reloj de la catedral.

— ¡Las doce menos cuarto!...

— Ahora no nos sobra tiempo...

— Adelante.

Entraron en la estrecha calle, y registrando uno por uno los huecos de todas las puertas, fueron avanzando con lentitud.

La impaciencia del conde crecía cuanto mas se acercaba el momento deseado.

Ninguno de los tres pronunciaba una palabra.

Aunque no tenían mucho que andar, como iban despacio porque á cada paso se detenían, invirtieron mas de diez minutos en llegar á la casa del doctor.

Allí se paró el conde.

—¿No seguimos?—preguntó en voz baja el paje.

—¿Para qué?—dijo Almaviva.—Esperemos á que el balcon se abra.

—Soy,—replicó Figaro,—de la opinion del señor Querubin: debemos registrar toda la calle.

—Y si entre tanto Soledad se asoma y no nos encuentra aquí...

—Aguardará.

—Ó creerá que no hemos venido.

—Desde luego aseguro á vuestra señoría que no sucederá así.

—Por si acaso...

—Bien, tomad la escala y esperad, y entre tanto yo...

—Mira,—interrumpió el conde al brillar un relámpago.

—Es verdad, á nadie se ve; pero...

Resonó el trueno sobre las cabezas de los atrevidos aventureros.

Entre tanto el sacristan permanecía inmóvil en su escondite.

Á favor de la azulada luz de las centellas habia visto tres hombres y pudo observar que se detenian frente á la casa del médico. Si en vez de tres hubieran sido dos, el organista no hubiera dudado en creer que eran el galan y Figaro. En tal caso, esperó sin decidirse hasta asegurarse de que no se equivocaba.

El barbero y Querubin iban á disputar sobre cuál de ellos habia de registrar el resto de la calle; pero les cortó la palabra el vibrante sonido de la campana del reloj, que anunció las doce.

En aquel instante vomitaron las nubes un nuevo rayo y se oyó, mas espantable que nunca, el tableteo del trueno, cuyo ruido aprovechó sin duda Soledad para abrir el balcon, pues en este sonó una tos levísima y ronca.

—¡Es Soledad!—murmuró Figaro.—La escala... pronto...

—¡Ah!—exclamó el conde, cuyos ojos brillaron en medio de la oscuridad.

—Silencio,—dijo Querubin con voz apenas perceptible.

Como no era la primera vez que Fígaro tiraba una escala, lo hizo entonces con tal acierto, que la que lanzó al balcón fué á dar en manos de la sirvienta, la cual, sujetándola con presteza, volvió á toser.

El conde, sin poder sospechar la emboscada en que iba á caer, trepó por la escala con sorprendente ligereza.

Siguiólo Fígaro y á este Querubin, sin que ninguno se aventajase en agilidad<sup>r</sup> y arrojo, mientras que don Basilio, que oía el rumor sin ver lo que sucedía, preparándose á salir de su escondite, decía para sí:

—Juraría que alguien se ha asomado al balcón..... ¡Oh!.... Nada veo... Pero debe ser el galán... ¡Allá voy!...

Un relámpago acudió en su ayuda y pudo ver que un hombre asaltaba el balcón.

Era Querubin.

—¡Ah!—exclamó el organista.

Y temiendo llegar tarde se lanzó velozmente al lugar de la escena.

Al entrar el conde en la sala, donde no había luz, se volvió y dijo á su paje, que en aquel momento saltaba dentro del balcón:

—Ven... La linterna.

Acudió Querubin, y pensando solamente en obedecer, descubrió la luz y se olvidó de recoger la escala ó tal vez creyó que lo haría el barbero.

—¡He llegado tarde!—decía entre tanto el sacristán.—Ya están dentro... ¡Ah!... ¿Qué es esto?... La escala... Han cometido una imprudencia que los salvará... Yo tras ellos y les daré el avi-

so antes que caigan entre las uñas de los tigres que los acechan...  
¡Gran golpe!

Sin perder un instante remangóse la sotana, aseguróse de que la escala estaba firme, y trepó con no menos agilidad que los otros.

Arreció la tormenta: los relámpagos y truenos se sucedían sin interrupción, y el viento silbaba furiosamente.

No podía ser la noche mas á propósito para la escena que se preparaba.

¿Qué iba á suceder?

Aun cuando llegase el organista á tiempo, no lo tendrían para ponerse en salvo el conde ni sus acompañantes.

Por otra parte, era dudoso que ante el peligro quisiese huir Almaviva, abandonando á Rosa, que necesariamente sería entonces el blanco de las iras de su tutor y el objeto de una curiosidad impertinente y aun tal vez ofensiva burla de los alguaciles.

No era, pues, probable que el noble mancebo dejase á la desgraciada niña en medio de aquella gente soez y ruin: tal proceder hubiera sido una ingratitud horrible, una miserable cobardía que no podía abrigarse en un alma generosa.

Á esto se oponía tambien el carácter impetuoso del conde, mas exaltado aun en tales momentos por su ardiente pasión.

Y como Fígaro y Querubin, valientes hasta ser temerarios, no necesitaban para sacar los aceros mas que ver desnudo el de Almaviva, era lo mas probable que se trabara la refriega y corriese la sangre.

Si así sucedía, el resultado, siendo el mejor, sería malísimo, pues como los gritos, que no dejarían de dar muchos las mujeres, alborotarían la vecindad, nuestros amigos, aunque vencedores, en casa ó en la calle caerían en poder de la justicia, y al conde no

le valdria su título ni sus riquezas para ser encausado criminalmente, pues se trataba, no solo de pobres alguaciles, sino tambien de un respetable alcalde de casa y corte.

Embebido en sus ilusiones risueñas, no pensó en nada de esto el organista ni pudo sospechar que él seria la primera víctima del enojo y rabiosa sed de venganza del médico.

¿Y la desgraciada Rosa? ¿Qué le quedaria despues de un suceso tan horrible? Ni siquiera honra, porque esta, llevada, traída y maltratada por lenguas murmuradoras, quedaria destrozada sin que razones ni pruchas bastasen á volverle el concepto que merecia.

Entonces, aunque tarde ya, la desdichada comprenderia que todo lo que la virtud y el decoro han vedado á la mujer, es peligroso aunque parezca lo mas sencillo é inocente.

Vamos, pues, al lugar de la escena.

---

---

## CAPÍTULO I.

### Sorpresas.

La luz de la linterna iluminó la interesante figura de Rosa, que estaba en un extremo de la habitación, envuelta en un ancho y largo manto negro que no permitía ver mas que su rostro. Mas que la alegría y el afán de su amor, pintábase en sus ojos el espanto, y su frente pálida y contraída, sus labios secos y temblorosos y su respiración agitada y desigual, daban claras muestras de lo mucho que sufría. Sin embargo, nunca había estado tan hermosa, y sobre todo tan interesante. Entre los negros pliegues del manto se destacaba el blanco mate de su bellissimo rostro, animado por el brillo de sus negras pupilas, sombreado por sus pestañas y cejas relucientes como el azabache.

Al verla el conde se precipitó hácia ella con todo el impetu de su pasión y de su contenido anhelo; pero la turbada jóven lo detuvo, estendiendo los brazos y cruzando las manos con ademán y gesto de tan tierna súplica, que no fueron menester palabras para comprender que decía:

— ¡Ten compasion de mí! ¡Mi honra, mi honra!

Almaviva puso una mano sobre su corazon y elevó al cielo una mirada, cuyo significado se adivinaba fácilmente.

Hubo algunos momentos de vacilacion.

Soledad colocó sobre sus labios el dedo índice de su mano izquierda para recomendar el silencio, y señaló con la diestra al balcon, indicando que no debia perderse tiempo para huir.

Querubin habia quedado inmóvil como una estátua. Su primera mirada no habia sido mas que curiosa; pero luego relumbraron como dos centellas sus azules ojos, se contrajeron todos los músculos de su rostro, que se habia enrojecido para palidecer en seguida, y la respiracion le faltó por algunos instantes. ¿Qué le habia sucedido? Dificil era adivinarlo; empero violenta, ruda y muy dolorosa debió ser su conmocion, porque con la fuerza de un convulso apretó los puños hasta clavarse las uñas. Otro que no hubiera sido aquel niño singular, de espíritu tan fuerte, de voluntad tan poderosa, en el completo trastorno físico y moral que lo dominó algunos momentos, no hubiera sabido contenerse y la escena habria cambiado y terminado mas tristemente de lo que empezaba y se esperaba.

Para todos pasó desapercibida la visible, pero misteriosa conmocion del paje. Sin embargo, era el principio de una historia horrible que debia costar sangre, lágrimas y espantosos sufrimientos.

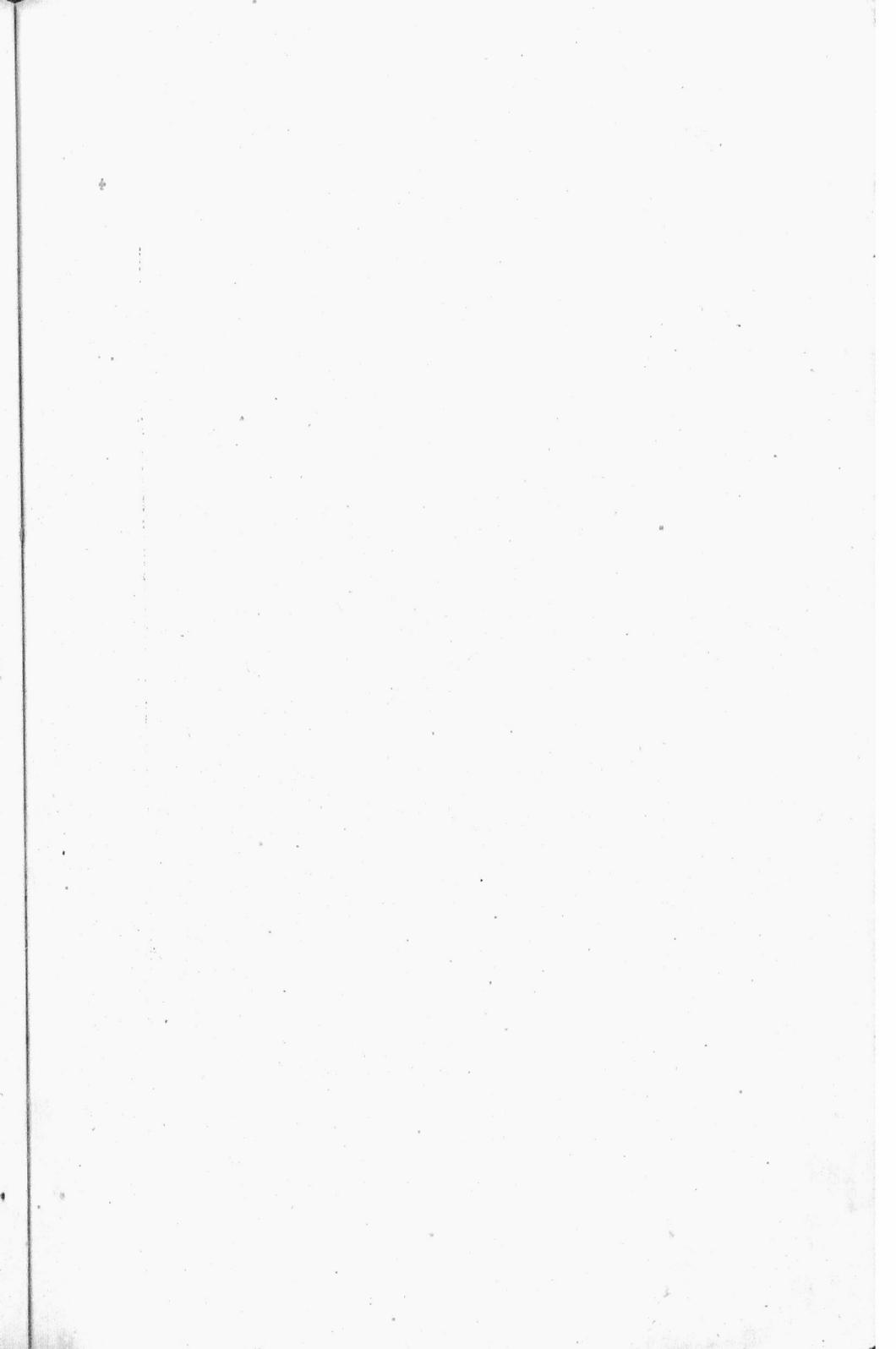
Tras un relámpago vivísimo resonó un trueno como ninguno.

— ¿Qué es esa tormenta comparada á la de mi alma?— dijo para sí el paje.

Y tambien sus ojos despidieron dos centellas.

¡Pobre niño!

No un abismo, el infierno acababa de abrirse á sus piés y la



EL BARBERO DE SEVILLA



LAMINA 40. — .... Pusieronle cerca del pecho las puntas de las espadas, mientras el conde, amartillando una pistola.....

fatalidad, con su mano de hierro, lo empujaba hácia la insondable y negra sima.

Fígaro, lo mismo que Soledad, indicó por señas lo conveniente de huir cuanto antes, y acercándose el conde á Rosa y cogiendo las temblorosas y ardientes manos de esta sin atreverse á besarlas, la contempló dulcemente como si quisiera tranquilizarla, y luego le dijo en voz baja:

—Rosa mia, por Dios, por mi madre que está en el cielo, por mi nombre y por mi honor, te juro que el tuyo no ha de empañarse y que el sacerdote nos espera para bendecir nuestra union.

Rosa se oprimió el pecho y se esforzó para sonreír.

—Vamos,—repuso el conde, volviéndose hácia el balcon.

Empero su frente se contrajo, su mirada se tornó horriblemente sombría y amenazadora y ahogó en su garganta un grito de desesperacion y sorpresa.

Todos miraron hácia el mismo lado, y vieron la negra figura del sacristan, que con pasos silenciosos como un fantasma, se acercaba mientras decia con voz apenas perceptible:

—Silencio... Vengo á salvaros... Escuchadme ó estais perdidos...

Pero Fígaro y Querubin, sin escucharlo ni darle tiempo á decir mas, pusiéronle cerca del pecho las puntas de las espadas, mientras el conde, amartillando una pistola, apuntóle con la mano derecha en tanto que con la izquierda le enseñaba un bolsillo, diciendo:

—Plomo y oro... Elegid...

No acertó á moverse el pobre organista; sus ojuelos se fijaron alternativamente en la pistola y el bolsillo, y cuando intentó hablar lo interrumpió Almagro, añadiendo con acento que no dejaba duda de sus intenciones:

—Silencio... Elegid... ¡Pronto, vive Dios!...

No era la eleccion dudosa, y mucho menos para el sacristan; así que, estendiendo uno de sus largos y flacos brazos, cogió el bolsillo, arqueó las cejas y dijo:

—Alguaciles... dentro de casa... huid... huyamos...

La escena habia sido tan rápida que Rosa no habia tenido tiempo para reponerse de su sorpresa y espanto ni para pensar en lo crítico de la situacion.

Los demas no comprendieron al pronto lo que el sacristan queria decir, y aturdidos no acertaron á moverse.

Pero cesaron sus dudas cuando don Basilio, despues de hacer un nuevo gesto, añadió:

—Don Bartolo ha cogido una carta y ha traído alguaciles... muchos... ¡Huyamos!

No pudo entonces Rosa contener un grito de terror.

—¡Vamos!—dijo el conde, intentando arrastrar tras sí á la pobre niña.

—¡Estamos perdidos!—murmuró esta.—¿Qué va á ser de mí, qué va á ser de mi honra?... ¡Dios mio!...

—¡Valor, señorita!—dijo Soledad.

Y mientras espada en mano, resueltos á todo, Fígaro y Querubin se colocaban delante del conde y la pupila, el sacristan, dirigiéndose al balcon para huir, exclamó:

—¡Dios os proteja!

—¡Ya es tarde!—se oyó entonces gritar hácia el aposento de don Bartolo.

Y este salió, arrojándose sobre el sacristan y asiéndose á la sotana para que no se le escapase.

Rosa lanzó un grito de terror, retrocediendo hasta encontrar la pared y quedar muda é inmóvil.

Á su lado se colocó Soledad y delante el conde á la vez que dejaba escapar un rugido de rabia y desesperacion.

Y á estos tres los cubrian con sus cuerpos Fígaro y Querubin, que no articulaban una sílaba, pero cuyos rostros infundian miedo.

Entre tanto, pugnando el organista por desasirse y el doctor tirando de la sotana, luchaban ambos, gritando este con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Favor, favor!

Oyóse el ruido de muchas pisadas en el corredor, y como manada de toros que se escapa del encierro, en tropel y furiosamente, espada en mano y con los rostros ceñudos, entraron en la sala el alcalde y diez alguaciles.

—¡En nombre del rey!—dijo el alcalde, mostrando su largo baston y pegando con él en el suelo.

—¡Quietos!—añadieron los corchetes.—¡Nadie se mueva ó morirá!

Y unos y otros quedaron como estátuas.

La inmovilidad, el silencio, la turbacion y las dudas hubieran durado tal vez algunos minutos, si la señora Alfonsa no hubiera despertado al alboroto, y asustada porque no sabia lo que iba á suceder, no se arrojara de la cama, creyendo que eran ladrones, y saliera en camisa, corriendo y gritando desaforadamente. Empero al verse entre tantos hombres, el miedo y el pudor turbáronla hasta tal punto, que no acertando á volverse atrás, escondióse tras una de las hojas del balcon, que aun estaba abierto, y acurrucándose en el suelo ocultó la cara entre las manos y las rodillas.

No era la situacion para reirse; pero algun alguacil no pudo contener la carcajada al ver la estraña y horrible figura de la dueña, y tal vez hubiera seguido la burla si nuevos gritos no resonaran, apareciendo, despavorida tambien y á medio vestir, el ama de

gobierno que, como iba mas honestamente cubierta, no se ocultó, sino que quedó como petrificada y con los ojos fijos en el cuadro que tenia delante.

No eran menester esplicaciones para que una y otra comprendiesen lo que sucedia: bastaba ver á Rosa y Soledad con sus mantos y al galan y sus acompañantes para adivinar que se trataba de una fuga que no habia podido llevarse á cabo.

El conde, que con la mano izquierda subia el embozo de su capa y no dejaba ver mas que los ojos, relucientes como los de un tigre, lo mismo que Fígaro y Querubin, habia clavado en los alguaciles una mirada que era una atrevida provocacion y una amenaza terrible.

No estaban los corchetes muy tranquilos porque la esperiencia les habia enseñado á conocer el valor de los hombres en el rostro, y comprendieron que los tres que estaban armados no se dejarian prender sin enviar antes al otro mundo á algunos de sus contrarios, y menos tranquilo estaba aquel de entre ellos que conocia á Fígaro, porque sabia que este bastaba por sí solo para quitarse en dos por tres á un par de enemigos de delante.

El cañon de la pistola que por encima de los hombros del barbero y el paje asomaba, tenia pálido como un difunto al pobre doctor, porque pensaba que el que tan buen tino habia tenido con una jeringa á larga distancia y á oscuras, lo tendria mejor con una pistola, de cerca y con luz.

La cuestion iba á resolverse; pero ¿cómo?

Sin duda á cuchilladas.

No quedaba otro medio, porque ni el conde y los suyos cedrian, ni los contrarios dejarian escapar la presa.

Rosa estaba, pues, perdida, perdido el conde, y por consiguiente tambien Soledad, Fígaro y Querubin.

Don Bartolo, despues de parapetarse tras la señora Anastasia, rompió el silencio.

—Esos,—dijo con voz ronca,—esos son los criminales.... Desarmadlos... Atadlos bien, muy bien, sin compasion porque sinó se escapanán.

—Silencio,—dijo el alcalde con gravedad,—escuchadme todos y responde el que fuere preguntado.

—Eso es,—replicó la señora Anastasia, que ya no podia sujetar la lengua;—así nos entenderemos, aunque no sé lo que van á contestar esos bribones...

—Silencio,—interrumpió el alcalde.

—Pero no os acerqueis,—dijo entonces Querubin, dejando ver una pistola que tenia en la mano izquierda.

—Niño loco, dejad esas armas...

—Efectivamente,—repuso el paje,—los niños somos locos, y por lo mismo debéis mirar lo que hacéis, porque puedo cometer una locura que os cueste la vida. Estas armas no las dejamos, porque para eso hubiéramos podido escusar el trabajo de traerlas.

—Mancebo...

—Si me escuchais arreglaremos bien este asunto.

Llamó la atencion del alcalde la serenidad de Querubin, y dijo: —Ante la justicia no hay mas que doblar la frente con respeto; cuando la autoridad manda, el único arreglo es obedecer. El juez pregunta, el delincuente responde...

—Aquí no hay delincuentes, sino hombres honrados y de bastante corazon para no dejarse atropellar.

—La resistencia es un crimen...

—No resistiremos, nos defenderemos...

—Basta.

—Somos tres y vosotros once; pero podemos disparar seis pis-

toletazos y dejar fuera de combate en un segundo, por lo menos á cuatro de vuestros enemigos: quedareis siete y... ¡Siete hombres que pelean para obedecer, nada suponen ante tres que lo hacen en defensa de causa propia! Sin embargo, tenemos conciencia y no queremos derramar sangre sino en el último extremo, lo cual, y no el miedo, me hace rogaros que nos dejéis tranquilos.

—¡Dejarlos!—exclamó el doctor.

—¿Háse visto mayor desvergüenza que la de ese muchacho?—dijo la señora Anastasia.—Á la cárcel con ellos, señor alcalde, y no los escuche usía...

—Callad.

—Señor alcalde,—dijo entonces don Basilio, haciendo una profunda reverencia,—soy ajeno á esta cuestion, y no quisiera presenciaria porque va tomando un giro desagradable; por consiguiente, usía me permitirá...

—Es el peor de todos,—interrumpió vivamente el médico.

—¡Yo!...

—Vos; tambien habeis entrado por el balcon...

—Ví que lo escalaban, creí que eran ladrones y subí para avisaros...

—Mentís, y os lo probaré con documentos...

—Los cuatro,—dijo el alcalde,—habeis asaltado esta casa como ladrones. ¿Qué buscábais aquí?

—Á esa desdichada que se oculta allí...

—¡Un rapto!...

—Sí, querian llevársela y... ella irse,—dijo la señora Anastasia con sarcástico acento.—¡Fíate del agua mansa!...

—Decidido estoy á morir,—repuso el alcalde,—antes que dejaros escapar y que quede impune un delito como ese. ¡Entregad, pues, las armas!

Rosa quiso implorar la compasion del médico; pero no pudo moverse ni acertó á hablar, segun estaba de poseida de terror. Temblaba convulsivamente, su corazon palpitaba con violencia y apenas podia respirar.

Soledad, á pesar de su valor, no estaba menos atormentada; empezaba á remorderle la conciencia y temia que Figaro sucumbiese en la lucha que era inevitable.

La señora Alfonsa no daba señales de vida; temblaba de miedo y de frio, y se sentia desfallecer á la sola idea de tiros, cuchilladas y sangre.

Don Basilio miraba á todos lados sin encontrar por dónde huir porque estaba rodeado de alguaciles.

Iba á comenzar la sangrienta refriega.

—Venid si os atreveis,—dijo Figaro á los corchetes,—que estoy deseando tener el gusto de cortaros las uñas, gatos con cara de lechuza y alma de condenados... ¡Oh!... Solo por el placer de ensartar alguaciles...

—¿Os entregais?—preguntó el alcalde, cuya frente se contrajo mas de lo que estaba.

—No,—respondió el barbero.

—Yo sí,—dijo el sacristan,—y pido que se me permita salir de aquí, porque no es justo que me toque un golpe sin ser de los rebeldes.

—Tiene razon... Atadlo y sacadlo... Y vos tambien, don Bartolo, salid con las mujeres...

—No es menester,—dijo Querubin, adelantándose y arrojando al suelo las armas.—Yo solo soy el criminal; yo he intentado sacar á doña Rosa de su casa para deshonorarla y abandonarla...

—¡Querubin!—exclamó sorprendido el conde.

—¡Le llaman Querubin!—dijo la señora Anastasia.—¡Vaya un angelito!

No menos que Almaviva se sorprendieron Fígaro, el sacristan y don Bartolo.

—Miente,—replicó este.—El seductor es aquel... el que se oculta el rostro con la capa...

—Yo y nadie mas que yo,—repuso con firmeza el paje.— Cuando un criminal confiesa su delito no hay para qué buscar testimonios...

—Pero...

—Esos dos hombres han venido engañados por mí, creyendo que se trataba de otra cosa. Llevadme á la cárcel y dejadlos libres, que yo daré la mas cumplida esplicacion. Si miento, castigadme. ¿Puede haber engaño en esto?

—Vuestra cabeza,—dijo un alguacil,—responde del engaño, pero no de las costas...

—Callad,—replicó vivamente el alcalde.

—Estoy pronto á seguiros,—repuso tranquilamente Querubin.—Vamos...

—Ese no es el seductor infame, sino el otro,—dijo el médico, atreviéndose á dejar el parapeto tras que se resguardaba:—lo conozco muy bien...

—Y yo,—añadió el ama de gobierno.

—Y yo,—dijo el organista.—Este es su paje...

—No es verdad...

—¿Cómo os llamais?

—Leon Querubin de Astorga y Meneses.

—Buenos apellidos...

—Nobles son y sin mancha...

—Hidalgo sois,—repuso el alcalde,—y debo fiar en vuestra

palabra; pero es mi deber apoderarme de todos los que han entrado aquí como ladrones y no como caballeros.

—¡Caballeros!—exclamó don Bartolo.—Mirad, señor don Pedro, aquel es un barbero, sin padres conocidos y criado entre gitanos...

—Y á mucha honra,—replicó Figaro,—porque los barberos tenemos la conciencia tan limpia como las manos, y en lo de tener padres conocidos, desciendo de Adan lo mismo que vos. Y para acabar, sepamos si nos dejais libres: dentro ó fuera de una vez, que no puedo estarme quieto. ¿No entendeis por razones? Pues veamos si os convenceis á cuchilladas, que he de dar mas que socialiñas y estafas han hecho todos los alguaciles del mundo.

—¿Pero quién es ese hombre que se oculta el rostro?—preguntó el alcalde con impaciencia y señalando al conde.

—Miradme,—dijo este, adelantándose y bajando el embozo.—¿Me conoceis?

—¡Señor conde!—exclamó sorprendido el alcalde.

—¡Es un conde!—repitieron todos menos Figaro y Querubin.

Figúrese el lector cuál seria la sorpresa, no solo del médico y don Basilio, sino de Rosa y Soledad, así como del ama de gobierno y la dueña.

Hubo algunos momentos de silencio profundo.

Don Bartolo y el organista se restregaron los ojos y miraron al noble mancebo.

Rosa, en su turbacion, no acertaba á esplicarse lo que veía y oía.

La dueña tembló mas que nunca.

El ama de gobierno pensó entonces que no estaba vestida con el decoro que requería la presencia de un conde.

Soledad se envaneció y miró desdeñosamente á la señora Anastasia y á la señora Alfonsa.

Y los alguaciles torcieron el gesto porque comprendieron que no habria prision, ni registro de bolsillos, ni costas.

—Salid y esperadme abajo,—dijo el alcalde á los corchetes.

Estos obedecieron.

Los que quedaron volvieron á contemplarse silenciosamente unos á otros.

Rosa se dejó caer en una silla porque la abandonaban las fuerzas, y Soledad, movida por la compasion, quitóse el manto, cubrió con él á la dueña y cerró el balcon despues de recoger la escala.

—Estraño,—dijo al fin el alcalde á don Bartolo,—que hayais negado la mano de vuestra pupila á mi amigo el señor conde de Almaviva...

—¡El conde de Almaviva!—exclamó el médico.

—¡De Almaviva!—añadió el sacristan con voz tan grave que hubiera podido tomarse por el mugido del huracan.

—¿Habeis dicho de Almaviva, señor don Pedro?

—Sí.

—¿Ese potentado..... que hace poco vino á Sevilla..... y de quien se cuentan tales grandezas... y que es tan querido del rey?...

—El mismo; pero...

—¡Dios mio!—exclamó don Bartolo, dejándose caer en una silla y limpiándose el sudor que inundaba su frente.—¿Qué va á ser de mí?

—¿Acaso ignorábais?...

—Yo no sabia quién era...

—Os esplicaré lo que ha sucedido,—dijo el conde al alcal-

de.—He ocultado mi nombre para poner á prueba el amor de doña Rosa...

—Ahora lo comprendo todo, y vuestra conducta no me sorprende, porque sé que sois incrédulo y desconfiado.

—Y ya que no tengo duda de la sinceridad de la mujer á quien amo tanto, dejando de ser un simple hidalgo para don Bartolo, y siendo como antes Fadrique para Rosa, pido la mano de esta y el olvido de lo pasado...

—Concedido, concedido,—respondió vivamente el médico.—Lo pasado debe olvidarse. Ya comprendereis que, ignorando yo quién fuéscis, es decir, quién era vuestra señoría... mi deber... y... Acércate, Rosita... ¡Qué feliz vas á ser!...

—Perdonadme,—murmuró la jóven con voz débil.—Ahora no sé si debo...

—Rosa,—dijo el conde, acercándose á la pupila y mirándola con toda la ternura de su amor,—repito que para tí seré siempre Fadrique...

—No hay mas que hablar,—dijo el organista, estendiendo los brazos.

—¡Ah!—exclamó el ama de gobierno.—Señor conde, no estrañe usía nada de esto, porque don Bartolo tiene la habilidad de hacerlo todo al revés.

—¡Señora Anastasia!—gritó el médico.

—Tiene razon,—dijo el sacristan...

—¡Vos tambien, ingrato, traidor!...

—Dicen muy bien,—interrumpió la dueña, que hasta entonces no se habia atrevido á hablar.—Á mí me quiso comer porque dejé que doña Rosa tomase agua bendita de la mano del señor conde. ¡Bah! No parecia sino que le habia dado veneno...

—Fuera de aquí las dos...

—Yo no me iré,—replicó la señora Anastasia,—porque como de vuestro casamiento dependia el mio...

—Y el mio,—añadió la señora Alfonsa, poniéndose de pié y envolviéndose en el manto.

—Y el mio tambien,—dijo el sacristan.

Don Bartolo tembló como si hubieran vuelto á relucir las espadas y amartillarse las pistolas.

—Otro dia se hablará de eso,—interrumpió el conde:—Rosa necesita descansar: está pálida, agitada...

—Sí, sí,—repuso el doctor.—El éter, señora Anastasia.

—Lo traerá Soledad y mientras diré cuatro palabras.

—¡El éter!...

—No hay.

—Señor alcalde,—dijo el ama de gobierno,—don Bartolo me tiene prometido un dote...

—Condionalmente, si me casaba con Rosa.

—No os casais,—replicó el sacristan,—*ergo* no estais obligado á dar el dote.

—No desmentís vuestro talento, don Basilio,—repuso el doctor.

Pensó el conde aprovechar aquellos momentos, y dejando que los demas siguiesen su disputa, sentóse al lado de Rosa, y ambos entablaron en voz baja una conversacion en extremo tierna.

Entre tanto Querubin, con el rostro pálido y desfigurado, como si de nada se apercibiese, permanecia inmóvil en el rincón mas apartado y oscuro, con los brazos cruzados, pero oculta la diestra bajo su chupa y camisa, y con la mirada ardiente y fija en Rosa.

Todos lo habian olvidado.

La disputa no se interrumpió.

—Pero yo, —repuso el sacristan, gesticulando segun su costumbre, —esclavo de la razon, declaro que debo contentarme y me contento con los ahorros de mi prometida.

—No esperaba yo menos, —dijo entonces la dueña, exhalando un suspiro, —de un alma tan generosa y sensible como la vuestra.

Fíguro y Soledad soltaron una burlona carcajada.

Don Bartolo volvió á limpiarse el sudor y tuvo necesidad de sentarse.

—¿Por qué os reís? —preguntó la señora Alfonsa.

—¿Por qué ha de ser? —dijo el sacristan. —Ya lo veis, se burlan porque habeis creido que yo me casaria con vos, y hacen bien en burlarse.

—¡Dios mio!... ¿Qué escucho?

—La mano que tengo solicitada y prometida, —añadió el organista, —es la mórbida de la señora Anastasia.

Resonó una segunda carcajada.

—Ahora sí que no comprendo la risa, —dijo don Basilio.

—Pues sois muy torpe, —replicó el ama de gobierno. —Se burlan, y con razon, porque pensábais casaros conmigo, cuando yo tengo dada á Fíguro mi palabra.

—¡Á Fíguro! —repitió el sacristan.

Pero Soledad empezó á reir tan estrepitosamente, que el ama de gobierno dijo:

—No os reiríais así si supiérais que Fíguro ha firmado un papel...

—Lo sé, pero...

—Hay un año de plazo, —dijo el barbero, —y cuando se cumpla, pagaré y...

—¿Qué significa esto? —preguntó el alcalde.

—Nada, señor, —respondió Figaro: — don Bartolo los ha engañado y... yo me he burlado de ellos.

—¡Ah! —exclamó la dueña, oprimiéndose el pecho.—¿Con que no me amais? ¿Con que era una mentira la ardiente pasión que debía corresponder á la mía?... ¡Oh!... No puedo mas... Este desengaño...

Y se dejó caer en una silla como si hubiese perdido el conocimiento.

—Todos hemos quedado iguales, —dijo don Bartolo, —y por consiguiente...

—No me conformo, —replicó don Basilio.

—Ni yo, —añadió el ama de gobierno.—Hablabamos mañana y veremos...

—Hora es ya de descansar, —interrumpió el alcalde.— Tranquilizaos y despues arreglad ese asunto buenamente.

—Sí, sí, ahora á descansar, —dijo el doctor.— Rosa necesita sosiego: debe haber sufrido mucho, y como es tan nerviosa... Voy á pulsarla.

Hízolo así, arrugó la frente y añadió:

—Es preciso que se acueste y que haya mucho silencio... Señor don Pedro, si alguno intenta hablar llevadlo á la cárcel, porque antes que todo es la vida de Rosa.

Así consiguió el médico conjurar la tormenta aquella noche.

Solo hablaron el conde, don Bartolo y el alcalde para hacerse algunos cumplimientos, despidiéndose todos.

Querubin salió sin pronunciar una palabra; pero llevaba ensangrentadas las uñas de su mano derecha, y en su camisa habia dos ó tres manchas rojas.

Un cuarto de hora despues estaban acostados Rosa, el ama de gobierno y don Bartolo.

—¿Qué haceis ahí?— preguntó Soledad á la dueña, que no se habia movido.

La vieja exhaló un suspiro.

—Consolaos, —añadió la doncella;— de todo tiene la culpa don Bartolo, porque si no os hubiera consentido...

—Es verdad...

—El amor es como una luz, que arde cuanto mas aceite le echan, y si no hubieran llenado con el aceite de la esperanza el candil de vuestro corazon...

—¿Qué es ya la vida para mí?— dijo la dueña con débil voz.— Una carga pesada y horrible...

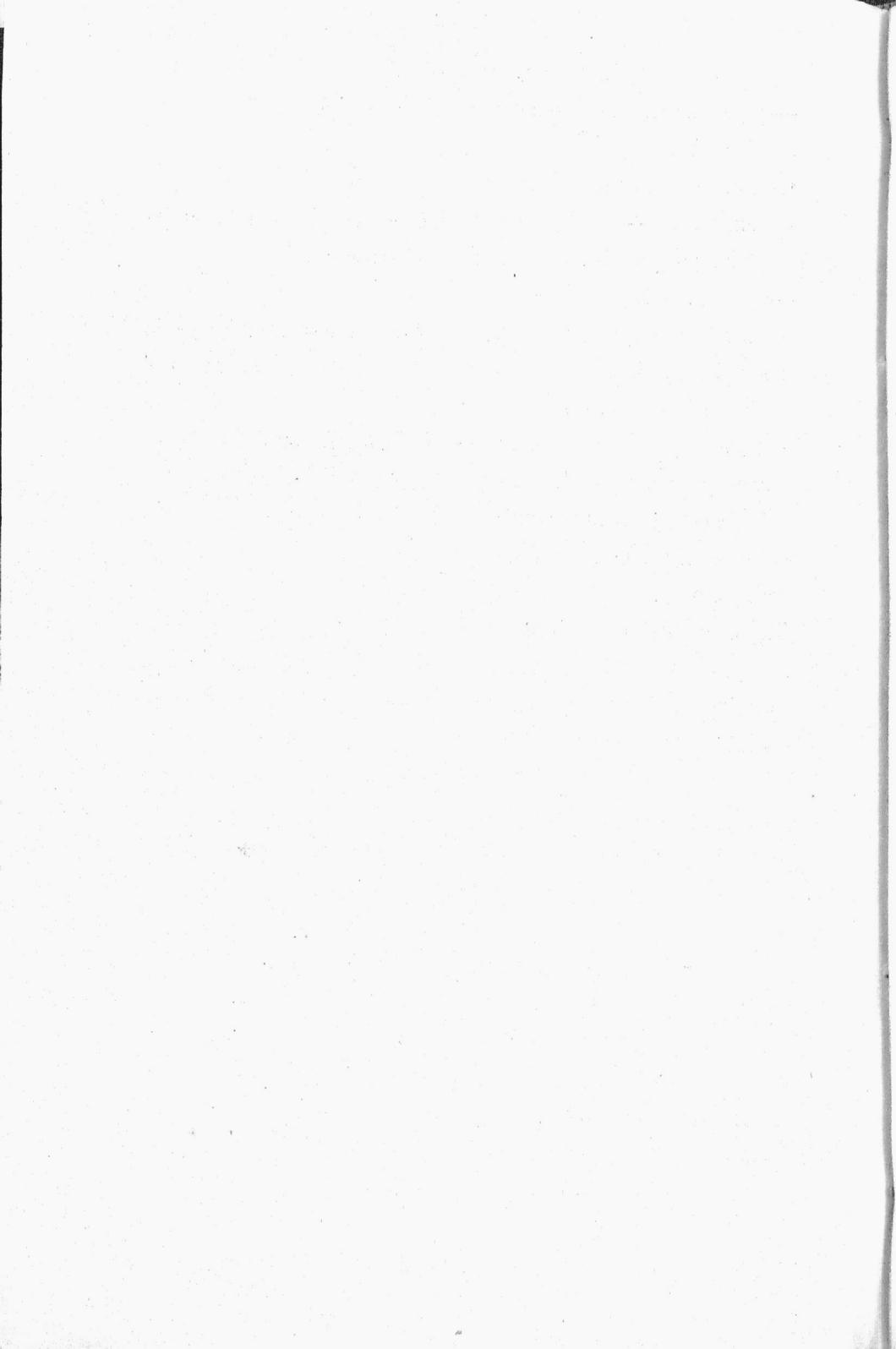
—Acostaos y dormid, que así se olvidan penas.

La tormenta habia cesado.

Ya no llovia.

Tampoco silbaba el viento.

Así terminaron las amorosas penas de Rosa y el conde; pero esta conclusion feliz fué el principio de otra historia horrible y no menos interesante.



# ÍNDICE.

	Páginas.
PRIMERA PARTE. Rosa.—CAPÍTULO I. Fígaro. . . . .	3
CAPÍTULO II. La serenata. . . . .	16
— III. Donde se da cuenta del suceso que tuvo lugar mientras tocaban y cantaban los músicos. . .	24
— IV. De cómo el conde se convenció de que no era Rosa la que habia contestado á su cancion. . . .	56
— V. De lo que determinó don Bartolo. . . . .	52
— VI. De cómo Fígaro empezó á tener ocasiones de enredar. . . . .	65
— VII. Quién era el galan que á Rosa galanteaba. . .	79
— VIII. Donde conoceremos á un nuevo personaje. . .	88
— IX. De cómo la dueña refirió á don Bartolo lo del agua bendita. . . . .	108
— X. Soledad empieza á dar pruebas de su ingenio. . .	117
— XI. La doncella continúa demostrando su habilidad. . . . .	124
— XII. Donde se verá que Fígaro no valia menos que la doncella. . . . .	154
— XIII. De cómo el barbero arregló el negocio de las cartas. . . . .	143
— XIV. De cómo la señora Anastasia puso al doctor en un nuevo aprieto. . . . .	152

CAPÍTULO XV. Donde el doctor empieza á demostrar sus dotes de aventajado diplomático. . . . .	165
— XVI. De cómo don Bartolo no descubrió nada de la intriga del libro, y el barbero empezó á descubrir los planes del ama de gobierno. . . . .	174
— XVII. El doctor se ve en mayor aprieto. . . . .	184
— XVIII. Amor sublime. . . . .	191
— XIX. De cómo leyó Rosa la carta del galán. . . . .	197
— XX. El doctor se convence de que ha de servirle mas la intriga que la diplomacia. . . . .	205
— XXI. Nuevas travesuras de Fígaro. . . . .	218
— XXII. De cómo el barbero estuvo á punto de reventar de risa, Rosa de trastornarse en fuerza de sus amorosas emociones y el sacristan morirse de espanto. . . . .	240
— XXIII. Dudas. . . . .	265
— XXIV. De cómo el doctor tendió hábilmente á Rosa un segundo lazo. . . . .	274
— XXV. Aumentan las sospechas. . . . .	285
— XXVI. Del resultado que dió la intriga del sacristan. . . . .	305
— XXVII. De cómo creyeron todos haber hecho mucho y no hicieron nada. . . . .	316
— XXVIII. Se aclara el misterio. . . . .	329
— XXIX. Fígaro encuentra un medio de salir del apuro y don Bartolo una nueva dificultad. . . . .	345
— XXX. De la resolucion estrema que tomó el conde y de cómo don Bartolo se vió en tal aprieto que se dió por muerto. . . . .	356
— XXXI. Nuevas trazas del barbero. . . . .	388
— XXXII. De lo que determinó Rosa. . . . .	397
— XXXIII. Donde se verá que la niña mas inocente y cándida sabe fingir como una consumada cómica cuando quiere satisfacer un amoroso deseo. . . . .	407

CAPÍTULO XXXIV. Delirio febril y amoroso delirio. . . . .	427
— XXXV. Donde se verá que el sacristan tenia el estómago mas ancho que la sotana. . . . .	449
— XXXVI. Empieza don Basilio á poner en ejecucion su plan de intriga. . . . .	468
— XXXVII. Fígaro sigue haciendo de las suyas. . . . .	485
— XXXVIII. Donde se verá lo peligroso que es sentarse de espaldas á una puerta. . . . .	490
— XXXIX. Donde se verá que el doctor habia trabajado en favor de su rival. . . . .	502
— XL. Donde se verá la diabólica traza que inventó Soledad para entregar á Fígaro la carta de Rosa. . . . .	508
— XLI. De cómo la señora Anastasia dió cuatrocientos ducados en oro de buena ley por una promesa falsa. . . . .	516
— XLII. De lo que trataron el conde y Fígaro. . . . .	525
— XLIII. Empiezan á peligrar los planes de Fígaro. . . . .	534
— XLIV. De cómo el sacristan fué por lana y volvió trasquilado. . . . .	546
— XLV. De cómo Rosa se decidió á huir. . . . .	575
— XLVI. Don Bartolo hace nuevos descubrimientos. . . . .	580
— XLVII. Dos diplomáticos. . . . .	589
— XLVIII. Cómo acabó el dia y empezó la noche. . . . .	604
— XLIX. De cómo se acometió la atrevida empresa por el galan y se prepararon don Bartolo y el organista. . . . .	612
— L. Sorpresas. . . . .	627

---

## COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

---

	<u>Páginas.</u>
PORTADA. . . . .	4
LÁMINA 1. <sup>a</sup> . . . . .	96
— 2. <sup>a</sup> . . . . .	132
— 3. <sup>a</sup> . . . . .	160
— 4. <sup>a</sup> . . . . .	227
— 5. <sup>a</sup> . . . . .	278
— 6. <sup>a</sup> . . . . .	382
— 7. <sup>a</sup> . . . . .	427
— 8. <sup>a</sup> . . . . .	512
— 9. <sup>a</sup> . . . . .	551
— 10. . . . .	629

---

